



Noelia
Amarillo

NO LO
LLAMES
PASIÓN

se

Lectulandia

Yo era una mujer felizmente casada, con dos hijas maravillosas y un marido estupendo. O eso creía. Porque hace seis años descubrí que me estaba poniendo los cuernos. Pero, ojo, no unos cuernos pequeñitos y disimulados, no. Unos que envidiarían incluso los miuras de pura raza. Grandes, voluminosos y afilados. De esos que todo el mundo ve menos la interesada, que, en este caso, era yo. Así que dejé de estar felizmente casada. Me divorcié, me compré un piso tan lóbrego como mi alma y me mudé a él con mis hijas.

Comencé una nueva vida, conocí a nuevos amigos y poco a poco el rencor que sentía hacia el género masculino de mi especie fue desapareciendo. La cuestión es que estaba muy cómoda con mi nueva vida repartida entre mi trabajo, mi familia y mis amigas. Hasta que, de repente, llegaron ellos. Sí, dos a falta de uno. Y radicalmente distintos el uno del otro. Al principio no es que me hiciera mucha ilusión despertar su interés, pero qué queréis que os diga, seis años practicando sexo única y exclusivamente conmigo misma son demasiados años. Así que me estoy planteando tener un *affaire*. Bueno, dos en realidad.

Lectulandia

Noelia Amarillo

No lo llames pasión

ePub r1.0

Karras 02.11.2018

Noelia Amarillo, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Prólogo](#)

[El cortejo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[La boda](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[El infierno](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)
[Capítulo 72](#)
[Capítulo 73](#)
[Capítulo 74](#)
[Capítulo 75](#)
[Capítulo 76](#)
[Capítulo 77](#)
[Capítulo 78](#)
[Capítulo 79](#)
[Capítulo 80](#)
[Capítulo 81](#)
[Capítulo 82](#)
[Capítulo 83](#)

[Capítulo 84](#)
[Capítulo 85](#)
[Capítulo 86](#)
[Epílogo](#)
[Nota de la autora](#)
[Referencias a las canciones](#)
[Sobre la autora](#)

*Para mi hermano,
la persona más íntegra, leal y responsable que jamás he conocido.
Es un privilegio ser tu hermana.*

VECINOS				
TERCERO INTERIOR			TERCERO EXTERIOR	
IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA	IZQUIERDA	DERECHA
Vicenta García (la Chata)	Estudiantes	Eva Borrego	Félix Lara Mercedes Robles	Dolores Carrión Adán Vega- Sombria
SEGUNDO INTERIOR			SEGUNDO EXTERIOR	
IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA	IZQUIERDA	DERECHA
Babar Darzi Trisha Misra Falak, Anuja y Neeja Darzi	Pedro Pablo Pérez	Gala Aráoz Jimena y Gadea Aguilar	Óscar Fuentes Charo López (la Morosa) Los trillizos	En alquiler
PRIMERO INTERIOR			PRIMERO EXTERIOR	
IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA	IZQUIERDA	DERECHA
Cruz Santos Bruno Cortes	Familia Galán	Calisto Ramos (Calix)	Rodrigo Castro (el Estirado)	Federico Rivera Encarna Gómez
BAJO INTERIOR			BAJO EXTERIOR	
IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA	IZQUIERDA	DERECHA
Familia Asiática	Jon Wu Huan Zuou Xiao y Maylin Wu	Manuel Gómez (el Inspector)	Juan Contreras (el Mudo)	Salvador Martín (el Ogro)

Prólogo

Sábado, 20 de octubre de 2018

Los jardines de Cecilio Rodríguez en El Retiro son uno de los rincones más bonitos de Madrid. El suelo de baldosas ajedrezadas, los cipreses de formas geométricas, las columnas graníticas, las fuentes, los estanques y las pérgolas lo convierten en un lugar mágico.

Y en el centro de este rincón de fantasía estoy yo.

Vestida de novia. Con un vestido de corte sirena que no me llega a las rodillas, escote barco y mangas de encaje que acaban en un elegante pico en el dorso de mis manos. No voy vestida así para acudir a un baile de disfraces o porque me haya escapado de un manicomio, aunque esta última opción no es descabellada. De hecho, si hace un par de años alguien me hubiera dicho que iba a volver a casarme, le habría dicho que ni loca.

Pero aquí estoy. A punto de casarme. Otra vez.

Tal vez sí estoy loca.

Locamente enamorada.

¿Quién podría habérselo imaginado? Yo, que odiaba democráticamente a los hombres, esto es, a todos por igual. Que era feliz con mi soledad autoimpuesta. Que la palabra *amor* me producía urticaria y la palabra *boda*, náuseas. Yo, que no confiaba en los hombres, que no apostaba por ninguno, que sólo sentía desdén y resentimiento hacia el género masculino de la especie, estoy a punto de casarme con uno de esos a los que tanto odiaba.

Pero no es un hombre cualquiera. Es especial. Me ha conquistado poco a poco, abriéndose paso hasta mi corazón a través de mi mal genio, mi rencor y mi obcecación.

Y ahora no sabría vivir sin él, a pesar de que es un estirado prepotente más terco que una mula que nunca se da por vencido.

Y por eso me ha atrapado.

Ahí está, hermoso como un dios frente al pabellón de los jardines, esperando a que deje de perder el tiempo y reúna el valor de caminar hasta él.

Aprieto con fuerza el tallo de la rosa que sujeto en la mano. No tiene espinas. Mi futuro marido ha tenido la santa paciencia de quitárselas. Igual que ha hecho conmigo. Aunque, no os engañéis, sigo teniendo miles de afiladas espinas con las que repeler a cualquiera que se acerque demasiado a mí. Cualquiera que no sea él, por supuesto.

Él es el único hombre que ha tenido el valor y la determinación necesarios para conocerme y quererme tal cual soy.

Y yo estoy deseando casarme con él.

Vaya, acabo de darme cuenta de que he empezado a contaros el cuento por el final cuando lo mejor es empezar por el principio.

Y el principio fue hace ocho años, cuando me enteré de que mi por entonces marido me estaba poniendo los cuernos. Pero no unos cuernos discretos, ¡qué va! Unos cuernos de esos que hacen historia, porque no me los ponía con otra mujer, sino con otras. Así, en plural. ¿Para qué follarse a una, a dos o a tres, si podía follarse a docenas?

Fue una gran decepción que destrozó mi mundo y me rompió en pedazos. ¿Qué queréis que os diga?, estaba profundamente enamorada de él. Mi ex era el hombre perfecto. Guapo, divertido, simpático, con un punto de irresponsabilidad que lo volvía aún más atrayente, porque ¿quién no se ha enamorado alguna vez de Peter Pan?

Lo malo es que mi Peter Pan particular no sólo se tiraba a Wendy, que sería yo, sino también a todas las indias, hadas y sirenas de la isla de Nunca Jamás.

En definitiva, a toda mujer que se le cruzara por el camino.

Y, sinceramente, una cabeza humana, la mía en este caso, sólo puede resistir el peso de una cantidad limitada de cuernos.

Así que, un año después del descubrimiento, que fue el tiempo que tardé en comprender que él no tenía intención de redimirse, le pedí el divorcio y dejé el ático de alquiler en el que vivíamos para mudarme con mis hijas a un piso diminuto que compré —y que aún estoy pagando al banco— en el Madrid de los Austrias, más exactamente en la plaza de la Paja.

No voy a mentiros, fueron los peores meses de mi vida. Dejé atrás todo lo que conocía, mi casa, mi barrio y mis amigos, que también eran los de mi ex, pues llevábamos juntos desde niños. Y lo peor era que el hombre al que había amado con locura durante más de la mitad de mi vida se había convertido de la noche a la mañana en la persona a la que más odiaba del mundo. Aunque no la única. Porque lo cierto es que a partir de ese momento comencé a sentir un odio visceral hacia todos los hombres. Sin excepciones.

Era algo irracional, sin lógica ni fundamento, pero a mí me daba igual. No podía evitar odiarlos. Ninguno era decente. Ninguno era leal. Ninguno merecía la pena. Todos me traicionarían haciéndome sufrir. Nunca más volvería a fiarme de ellos. Eran escoria. Egoístas mezquinos sin sentimientos ni empatía. Ingratos inconscientes que sólo se movían por su propio placer e interés.

El único hombre bueno era el que estaba muerto, o, en su defecto, capado.

Por supuesto, intentaba guardarme estos pensamientos para mí cuando estaban presentes mis hijas, al fin y al cabo, mi ex era —y es, porque todavía no le ha caído encima ningún rayo— su padre y ellas no tienen por qué sufrir por culpa de sus errores y mi odio. Pero creedme si os digo que estuve a punto de envenenarme de tanto morderme la lengua. De hecho, acabé enferma de odio de tanto guardarme el

rencor y la rabia para mí. Y, poco a poco, la hiel que sentía se enconó en mi corazón, convirtiéndome en un ser horrible lleno de odio.

Estaba a punto de estallar cuando conocí a Eva.

Fue mi salvación.

Yo buscaba a alguien que me limpiara la casa y llevara y recogiera a mis hijas del colegio, y ella buscaba trabajo. Con la ventaja de que era —y es— mi vecina. Así que llegamos a un trato y yo me convertí en su jefa. En poco tiempo nos hicimos amigas y, para qué negarlo, ella se convirtió en mi paño de lágrimas. No tardé mucho en conocer a sus amigos, que ahora son los míos. También son nuestros vecinos. Vicenta, una mujer de ochenta y tantos años que vive frente a Eva, y Cruz, un homosexual delicioso que vive en el primero.

Y gracias a ellos dejé atrás meses de tristeza y amargura, y comencé a sonreír.

Eso sí, no dejé de aborrecer a los hombres.

Pasaron seis años de tranquilidad en los que odiar a los hombres se convirtió en una especie de terapia, y las reuniones con mis amigas —porque a Cruz lo consideramos «ella» y no «él»—, una salida para mi carácter arisco. Y, ¿qué queréis que os diga?, yo era feliz en mi reducido mundo con mis hijas, mis amigas y mi vibrador. No necesitaba más. Hasta que hace un par de años sucedió algo que fue el punto de inflexión a partir del cual cambió mi vida. Aunque yo no me di cuenta de eso hasta mucho tiempo después, cuando ya estaba sumergida en una trama de seducción, amor y deseo de la que no podía —ni quería— escapar.

Todo comenzó cuando una mañana de septiembre de 2016 mi edificio amaneció con las barandillas untadas de mierda. Sí, literalmente. Apestosa caca orgánica igual que la que evacuamos cada mañana (siempre y cuando tengamos suerte y no estemos estreñidas). Mis hijas la tocaron sin querer —¡qué tontería, nadie la tocaría queriendo!— y se pusieron histéricas. O eso me han contado, porque yo en ese momento me encontraba trabajando.

Estaban a punto de sufrir un telele cuando apareció un héroe que las salvó con el sencillo método de hacerlas entrar en su casa y ordenarles que se lavaran las manos. A fondo.

Ese héroe inesperado resultó ser el vecino más estirado e insoportable de toda la comunidad, y mira que eso era difícil, porque mi comunidad está llena de vecinos repelentes. Pues fue el más odioso de todos el que acudió en su ayuda. Esto dio como resultado que al regresar del trabajo y enterarme de lo que había pasado no me quedara más remedio que ponerme la máscara de persona sociable —o, al menos, todo lo sociable que podía llegar a ser con un hombre— y bajar a su casa para agradecerle su heroica actuación en tan escatológica situación. Que mi hija pequeña, Gadea, me hiciera prometer que sería agradable con él fue el colofón para un día de mierda. Nunca mejor dicho.

Así que ahí estaba yo, frente a la casa del tipo más arrogante del planeta. Pero una promesa es una promesa. Llamé y esperé a que don Perfecto me abriera. Y no sé si

fue porque estaba cansada tras todo el día trabajando o porque me había tomado un par de copitas de vino para atemperar mi carácter, pero, fuera por lo que fuese, el Estirado no me pareció tan... estirado. Me resultó, en cierto modo, agradable. También atractivo. Mucho, de hecho.

Sí, os juro que sólo me había tomado dos copas de vino. Ni una más.

Le di las gracias, él las aceptó sin aspavientos y nos separamos. Y ahí debería haber acabado nuestra relación de no ser por que poco tiempo después nos invitó a mis hijas y a mí a un espectáculo de payasos... y como es un tipo listo, lo hizo delante de las niñas, de modo que me fue imposible no aceptar.

¿Alguna vez habéis intentado negar algo a unas niñas que hacen frente común? Creedme, es imposible. Por tanto, fuimos los cuatro. Y me lo pasé en grande. Fue una noche tan maravillosa que incluso me olvidé de que era un hombre y debía odiarlo. He de decir que él tampoco hizo nada para recordármelo, pues se mostró encantador. Tanto, que me sentí tentada de no volver a casa. Por primera vez en mucho tiempo estaba disfrutando, no como una amiga o una madre, sino como una mujer. Y no quería que acabara. Aunque, por supuesto, todo llega siempre a su fin.

Y el fin llegó cuando entramos en el portal. Mis hijas subieron la escalera dejándonos solos. Y, antes de que pudiera darme cuenta, él me besó.

No fue un beso de esos que te hacen temblar las rodillas y mojar las bragas. En absoluto. Apenas fue un roce de labios, pero fue suficiente para erizarme la piel y hacerme desear más. Mucho más. No obstante, alguien nos interrumpió cuando íbamos a besarnos de nuevo. Calix. Mi vecino de abajo, a quien le sentó fatal pillarme in fraganti. Por lo visto, se creía con derechos sobre mi persona por haber tratado de seducirme —sin mucho éxito, la verdad— unas semanas antes.

¿No os he hablado de Calix?

Pensad en el hombre más guapo del mundo. Joven, de unos veinticinco años, rubio, de cuidado pelo liso hasta los hombros. Alto, con músculos trabajados al detalle pero sin ser excesivos, lo justo para resultar apetecibles de acariciar, lamer y mordisquear. Ojos verdes, labios jugosos y lengua ágil. Porque, sí, a éste también lo he besado y desde luego puedo confirmar que sabe besar. Y muy bien. La pena es que el asunto de la seducción no es lo suyo. O, al menos, ésa es la impresión que me dio en nuestra primera cita, cuando me invitó a cenar. En mi casa. Con un pedido a domicilio de *sushi* que, por cierto, pagué yo.

A ver, entiendo que los chicos jóvenes, y él lo es, no se preocupan mucho por la seducción. Son arrogantes, seguros y muy pagados de sí mismos, más aún Calix, que sabe que es muy guapo y lo usa en su beneficio. Pero yo no soy una jovencita impresionable, sino una mujer adulta con poca paciencia para los engreídos. Y mucho me temo que Calix lo es. Y, además, ¡qué narices!, era mi primera cita en seis años, esperaba una cena interesante, un paseo agradable y unas copas en un sitio chulo antes de subir a casa y entrar en materia. Lo que se dice una seducción un poco más

compleja que pedir *sushi* por internet y tumbarme en el sofá para metérmela mientras esperábamos a que nos trajeran el pedido.

Como podéis imaginar, lo mandé a freír espárragos.

Aunque antes tuve que quitármelo de encima. A él y a su tremenda erección. Porque otro de sus magníficos atributos es el pene que gasta. Grueso y largo, perfecto para hacer las delicias de cualquier mujer. Siempre y cuando, como he mencionado antes, se moleste en seducirla antes de comenzar a bombear.

Reconozco que no debió de resultarle divertido que lo echara de casa empalmado y a medias, pero era lo que se merecía. Incluso debería darme las gracias por no haberlo capado.

Estuvo un par de semanas evitándome, hasta que me pilló besando al Estirado, que, por cierto, se llama Rodrigo. Eso debió de despertar su instinto competidor, porque el día de Halloween volvió a invitarme a salir. Y, si os soy sincera, no tengo ni idea de por qué acepté. Tal vez fue porque me prometió una cita aterradoramente divertida o porque se burló de mi plan para esa noche —sofá, pijama y película—, pero la cuestión es que accedí. Y esta vez sí se lo montó bien. Cenamos fuera, paseamos y tomamos unas copas. Demasiadas, en realidad.

Me achispé, lo confieso.

Y cuando él me besó en el portal le devolví el beso. Y luego, juguetona —algo que cuando estoy sobria no soy—, me escapé por la escalera. Me persiguió. Nos besamos. Volví a escaparme. Volvió a atraparme. Intentó besarme... y como resultó que nos paramos en el rellano de la casa del Estirado, no lo dejé. Aunque todavía no sé por qué hice eso. Había pasado una noche maravillosa con Calix y tenía ganas de follármelo, pero no quería que Rodrigo nos viera. Así que lo paré. Y no debió de sentarle bien, porque al llegar a mi descansillo me besó con rabia y, cuando yo estaba deseando que se metiera en mis bragas, se apartó y se fue. Me dejó tan caliente que no me quedó otro remedio que desfogarme con mi vibrador, al que cada vez recurría más a menudo.

De hecho, había pasado de usarlo un par de veces al mes a hacerlo a diario. En ocasiones, más de una vez.

No cabía duda de que había llegado a un punto de inflexión en mi vida.

Tras seis años odiando a los hombres, comenzaba a echarlos de menos. Bueno, tal vez no a ellos al completo, sino más bien a algunas partes de sus cuerpos. A saber: lengua, dedos y polla. El resto me sobraba.

Estaba hecha un mar de dudas. No hacía ni un mes que quería caparlos a todos. ¡Y ahora, a falta de uno, me apetecía follarme a dos! ¡Y no podían ser más distintos!

Calix era travieso, atrevido, divertido, apasionado, con un dominio de los movimientos pélvicos impresionante... y diez años menor que yo.

Rodrigo, en cambio, era atento y serio, un caballero de modales impecables y besos lánguidos... y diez años mayor que yo.

Y, como no era poca locura sentirme atraída por dos hombres tan distintos, para rematar el asunto mis hijas habían tomado partido por mis pretendientes. Cada una por uno, por supuesto. ¡Era demasiado pedir que a las dos les gustara el mismo!

Jimena, la mayor, estaba loquita por Calix, algo que no era de extrañar, porque Calix es guapísimo. Mientras que para Gadea, la pequeña, Rodrigo era su héroe particular y no había mejor hombre en el mundo para mí. Estas, llamémosles, preferencias convertían nuestro día a día en una guerra sin cuartel en la que luchaban con todas las armas a su alcance para liarme con sus pretendientes.

Y, entre la cruzada a la que me sometían mis hijas, mi libido desatada y los consejos de mis amigas, me estaba volviendo loca.

Así que en diciembre de 2016 estaba tan mareada que decidí aprovechar que las niñas iban a pasar la Nochevieja con su padre para tomarme unos días de relax y olvidarme de todo.

Puse el océano entre mis hijas, mis amigas, mis pretendientes y yo, y me fui a las islas Canarias.

El cortejo

Madrid, sábado, 31 de diciembre de 2016

Rodrigo se remangó la camisa y bajo la tenue luz de la cocina fregó los tres platos, el bol y las dos copas que había usado esa noche. Normalmente manchaba sólo un plato y una copa, pero era Nochevieja y la cena se suponía que tenía que ser especial. Y, ya que no había sido pantagruélica —cenaba solo y no le sobraba el dinero para tirarlo en un menú innecesario—, sí había sido elegante. Había sacado la vajilla de porcelana inglesa de su abuela para servir la lombarda con manzanas y pasas, el consomé al jerez, el pollo asado y la sopa de almendras. Todos los platos se correspondían con los que su madre y su abuela cocinaban en Navidad desde que podía recordar. Todos menos el pollo asado, por supuesto. Esa receta vulgar y simplona no iba acorde con las viandas que solía degustar en esas fechas, pero su bolsillo no podía asumir el coste de la pularda, que era el plato principal del menú cuando su padre vivía y su situación económica no era tan precaria.

Sumergió una copa en el agua jabonosa y una austera sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en la indignación que sentiría su progenitor si lo viera fregando.

Don Diego Castro era un hombre de rígidas costumbres y vetustas convicciones, para él cada persona tenía su lugar en el mundo, y desde luego el de su hijo no estaba en la cocina. En realidad, el de ningún hombre que se preciara de serlo. Pero su situación económica había cambiado mucho desde su fallecimiento y él ya no podía permitirse mantener el servicio, aunque éste constara de una sola persona. Así que cuando se demostró que la crisis iba para largo y afectaba por igual a todos los estamentos sociales, incluidos a los maestros camiseros con negocios que contaban con un siglo de vida, como el suyo, se vio obligado a prescindir de la empleada doméstica. Y, aunque había aprendido a mantener la casa y a sí mismo en condiciones óptimas, no por eso era menos cierto que en fechas señaladas echaba de menos una mano femenina. En realidad, más que una mano, una sonrisa femenina. El cálido brillo de los ojos de su madre y la sonrisa cómplice de su abuela al pasarle en secreto el aguinaldo por debajo de la mesa, también la risa socarrona de su padre mientras su abuelo abría el cabernet, único desempeño del que ellos se ocupaban en esas fechas.

Pero el tiempo no se detenía por nadie, y hacía ya muchas Navidades que sus padres y sus abuelos compartían nicho en la Almudena. Se habían ido poco a poco, primero su madre, una muerte prematura que lo dejó huérfano de risas y besos, después sus abuelos, como les correspondía por edad, y, por último, su padre, unos años antes de que la crisis se cerniera sobre el negocio que adoraba. Ahora, de su familia sólo le quedaba esa casa llena de rincones oscuros y recuerdos felices, y la camisería. Mas esta última tenía los días contados.

Sacudió la cabeza renuente a dejarse llevar por la melancolía y la desesperación. Cumpliendo con la tradición familiar, lavó y peló las doce uvas con las que daría la bienvenida al nuevo año. Las colocó con meticulosa simetría en el platito que tenía preparado para tal fin y las llevó al sombrío comedor junto con la copa tulipa con la que brindaría. Por supuesto, ésta era alta, sin tallar y con la base más ancha que la boca para concentrar los aromas y evitar que el gas se escapara, aunque lo cierto era que el champán que iba a verter en ella no precisaba de tales consideraciones. No era el Moët & Chandon que tanto gustaba a don Diego ni el Veuve Clicquot que acostumbraba a tomar doña Concepción. El espumoso con el que esa noche brindaría al aire era tan vulgar y simplón como el pollo que había cenado. Pero era lo único que podía permitirse; en realidad, ni eso.

Comprobó que la camisa de popelín que vestía siguiera impecable, se ajustó la corbata y se puso la chaqueta del traje. Era Nochevieja, y en su casa siempre se había despedido el año con la elegancia y la sobriedad apropiadas para tal acontecimiento.

Encendió el televisor, sujetó el platito con las uvas y esperó con templada calma a que cayera el carillón. Se tomó cada uva con su campanada, descorchó el ordinario champán y brindó solitario por el recuerdo de quienes no estaban. Dejó la copa a medias, no merecía la pena beberse ese líquido ramplón, y se acercó a la terraza. A través de los cristales vio cómo la plaza se iluminaba con la pirotecnia que los vecinos lanzaban. Tomó una bengala, la encendió y salió al exterior tal como siempre hacía en Nochevieja con su madre. Trazó espirales en el aire hasta que la luminaria se consumió y volvió a entrar.

Un aliviado suspiro escapó de sus labios. Ya estaba. La Nochevieja se había acabado y la Navidad tenía los días contados. Una semana más y la tortura acabaría.

Fue a su dormitorio y se desvistió colocando las prendas con puntilloso cuidado en el galán de noche. Se puso el pijama mientras pensaba, no por primera vez en esa noche, que cada año le disgustaban más esas fiestas. Y no era sólo porque echara en falta a su difunta familia, hacía años que había asimilado su pérdida. Era esa nostalgia insoportable que lo dominaba cuando caminaba por Madrid y veía las iluminaciones de las calles que había recorrido de niño con sus padres y que ahora recorría solo. Era la añoranza por esas cenas llenas de amor y risas que ahora compartía con recuerdos sentados en sillas vacías. Era la dolorosa melancolía que lo torturaba al no oír el sonido de las copas en alto chocando, las risas de su madre y su abuela, y las discusiones de su padre y su abuelo. Pero lo peor de todo era el terrible vacío que llenaba su casa. Y también su vida.

Se había acostumbrado a la soledad, pero en esas fiestas pesaba mucho. Demasiado.

Retiró la colcha y se metió en la cama. Aunque fuera Nochevieja, no tenía sentido permanecer despierto más tiempo, al fin y al cabo, no había nadie con quien celebrar que había resistido un año más al borde de la ruina sin caer en ella. Aunque tampoco era que eso fuera algo digno de celebrar.

Se volvió para apagar la lamparita y en ese momento vio sobre la mesilla el papel que le había dado ese pequeño diablillo que tenía por hija su vecina del segundo. Una imagen de la madre apareció en su mente. Era alta y de estilizada figura, tan hermosa que podría haberla moldeado Hefesto en su fragua para hacer enfermar de celos a Afrodita. Dueña de una oscura melena que caía en ondulada cascada hasta la mitad de su espalda, su cara de rasgos duros, pómulos afilados y penetrante mirada gris poseía una esquiva sonrisa que, cuando aparecía, podía embrujar al hombre más sensato haciéndolo caer en la locura.

Era una bendición para los hombres que sonriera tan poco, pensó Rodrigo tomando el papel que había dejado con fingido descuido junto al teléfono. Lo hizo girar entre los dedos, recordando a la pequeña Gadea, tan bella como su madre, pero sin su carácter arisco. Se lo había dado tres días atrás mientras le contaba que iba a pasar unos días con sus abuelos paternos y que su madre iba a quedarse sola. «Ella dice que está encantada, que se va a ir a una isla para relajarse y reponer fuerzas, pero yo sé que se va a sentir muy triste sin nosotras. Llámala, seguro que se alegra».

Gran Canaria, domingo, 1 de enero de 2017

Gala observó los fuegos artificiales que marcaban el inicio de 2017. Levantó la copa de champán y brindó con el viento, si es que a agitar la copa en el aire se lo podía llamar brindar.

Muchos pensarían que había algo intrínsecamente romántico en estar en una isla paradisíaca la última noche del año, tumbada junto al mar, desnuda, con el horizonte iluminado por los fuegos artificiales y las olas lamiéndole los pies. Con una copa en la mano y la sonrisa de la luna asomándose entre los alargados retazos de nubes que otorgaban al firmamento un halo de misterio.

Sí. Muchas personas pensarían que ese escenario era el *summum* del romanticismo. Pero Gala no. Gala pensaba que echaba mucho de menos a sus hijas y a sus amigas, que el champán estaba caliente y sabía a pis de camello, y que la arena era un fastidio.

¿Por qué demonios se le había ocurrido celebrar el fin de año bañándose desnuda en una playa perdida de la mano de Dios?

Porque se lo había oído decir a una pareja que estaba de luna de miel en el hotel y le había parecido una idea maravillosa. Claro que no se le había ocurrido pensar que la parejita de marras estaría gozando en ese mismo instante de un apasionado interludio sexual, probablemente sobre una toalla para no acabar con arena hasta en los ovarios, mientras que ella estaba con el culo desnudo sobre un pareo de chichinabo, más sola que la una y aburrida como una ostra.

Había llegado la hora de regresar al hotel, darse una ducha y meterse en la cama.

Vació la copa de plástico sobre la arena, la metió en la bolsa junto con la botella de champán individual que le había costado un ojo de la cara y parte del otro, y buscó su ropa convencida de que eso del nudismo no iba con ella. Mientras buscaba las braguitas, sus dedos se toparon con el móvil. Lo sacó, tentada de llamar a sus hijas y a sus amigas y felicitarles el Año Nuevo, pero había hablado con ellas hacía media hora, no era plan de que notaran lo amargada y desesperada que estaba. Así que volvió a soltarlo en la bolsa y agarró las braguitas.

Acababa de vestirse cuando el móvil sonó, sobresaltándola.

—Feliz Año Nuevo —le dijo una voz masculina, serena y sobria, cuando respondió.

—Gracias, igualmente. ¿Con quién hablo? —indagó desconcertada. Conocía esa voz, pero no conseguía ponerle cara.

—Disculpa, soy Rodrigo.

—¿Mi vecino? ¿Cómo sabes mi número? —inquirió turbada, visualizando su piel pálida, sus penetrantes ojos violetas y sus labios delgados. Le dieron unas ganas tremendas de tenerlo frente a ella para poder mordisqueárselos.

—Me lo dio... —se interrumpió, como si no quisiera delatar a su soplón.

—Ya. No hace falta que digas quién, me lo imagino. Al menos dime que no te lo dio por las buenas, que esperó a que se lo pidieses. —Él no contestó—. Voy a matar a esa pequeña conspiradora —siseó abochornada. ¡Tenía que hablar muy seriamente con su hija menor!

—No se lo pedí, pero quería hacerlo. Y lo habría hecho si no me lo hubiera dado, así que no puedes castigarla por algo que de todas maneras habría sucedido —la defendió Rodrigo.

—¿Eso que oigo es una confesión? —comentó animada por primera vez en toda la noche—. Dime, ¿para qué querías mi teléfono? —preguntó con una voz tan sensual que la sorprendió incluso a ella misma.

—Para felicitarte el año.

—¿Sólo para eso? Qué decepción.

—También pensé que quizá te apeteciera conversar.

—Estoy en una isla paradisíaca, con una temperatura ideal y desnuda en la playa —murmuró con voz ronca, sin saber bien por qué le decía todo eso, más aún cuando era mentira—. ¿Qué te hace pensar que quiero perder el tiempo charlando contigo?

—¿Estás desnuda en la playa?

Gala sonrió al oír su pregunta.

—Así es.

—Y ¿por qué estás sola? —exigió saber en tono grave, casi enfadado.

—¿Cómo sabes que estoy sola? —repuso atónita.

—Porque eres una mujer hermosa, Gala, la más hermosa de todas. Si un hombre que se preciara de serlo estuviera contigo, no te dejaría coger el teléfono. Al contrario, te tendría tan ocupada gozando que ni siquiera lo oirías sonar.

Gala sintió que algo se derretía dentro de ella al oír su voz resuelta y rotunda.

Al otro lado de la línea, Rodrigo esperó paciente a que ella replicara su inapropiado comentario. Era consciente de que había ido demasiado lejos con sus palabras y de que éstas no eran acordes con la relación vecinal que mantenían, pero no soportaba pensar que se sentía sola y aislada de todo lo que quería. Era una sensación amarga que conocía muy bien, y no iba a permitir que ella la experimentara.

—¿Vas a colgarme? —preguntó con fingida serenidad al ver que ella permanecía en silencio.

—¿Quieres que lo haga? —musitó Gala.

Rodrigo sintió que su corazón se detenía para luego latir con explosiva fuerza.

—No.

Se quedaron en silencio sin saber qué decir. Ninguno de los dos estaba acostumbrado a mantener charlas telefónicas con miembros del género opuesto.

—Descríbeme la playa en la que estás —susurró él al cabo de unos segundos.

—Es preciosa, de fina arena dorada y dunas interminables. Las olas lamen con suavidad la orilla, deslizándose por ella como lo harían los dedos de un hombre sobre el cuerpo una mujer —musitó Gala sintiendo un intenso calor en su interior, probablemente por la vergüenza. ¿Qué mosca le había picado para decir eso?—. ¡Vaya tontería que acabo de soltar! —exclamó incomoda, intentando restar importancia a lo que había dicho.

—¿Estás en la orilla? —indagó Rodrigo, ignorando su nervioso comentario.

Sabía cómo se sentía ella porque él se sentía igual. Inquieto, perdido, en cierto modo asustado por lo que estaban creando entre los dos, pero incapaz de pararlo.

—A unos pocos metros.

—Camina hasta el agua.

Gala, sin saber por qué, lo obedeció.

—Ya estoy.

—¿Las olas te lamen los pies?

—Sí.

—Siéntate —ordenó con voz ronca—. Hazlo con las rodillas dobladas y las piernas separadas.

Gala dudó un instante, apenas un segundo, y después se deshizo con rapidez de los *shorts* y las braguitas, y se sentó como le había ordenado.

—Ya está. Se me acaba de llenar el chirri de arena —comentó entre molesta y excitada. Oyó la risa grave de él, y sintió que su propia sonrisa afloraba a sus labios.

—No te voy a preguntar qué es el *chirri* —dijo Rodrigo con evidente diversión—. Creo que lo sé. Aunque debo hacerte notar que llamarlo así, durante un interludio obviamente erótico como el que estábamos manteniendo, le quita toda la sensualidad al asunto.

Gala estalló en carcajadas al oír su acusatorio razonamiento.

Al otro lado de la línea, Rodrigo esbozó una inusual sonrisa.

—Ya veo, o, mejor dicho, oigo, que no te tomas en serio mis palabras —comentó él con voz grave—. Deberías saber que el sexo telefónico es un asunto muy serio en el que la excitación pende de un frágil hilo. Una carcajada en el momento más inadecuado puede estropearlo todo.

—¿Perdona? —le llegó la voz cortante de Gala a través del auricular, y Rodrigo deseó haber mantenido la boca cerrada. Muy poca gente entendía su humor incisivo—. Te recuerdo, capullo, que la única de los dos que tiene el chirri lleno de arena soy yo, mientras que tú y tu culebrita estáis cómodos e impolutos en la cama —replicó Gala seca—. Así que si alguien está a punto de perder la excitación aquí, desde luego no eres tú —continuó en tono desafiante—. Si fueras un caballero, algo que dudo

mucho, estarías ahora mismo de rodillas, afanándote en limpiarme la arena del chirri. Con la lengua —especificó sensualmente y las mejillas coloradas como tomates.

—Con la lengua —repitió Rodrigo, tan aturdido que no se le ocurrió nada más ocurrente.

—Sí. Y a conciencia —agregó ella con severidad.

Rodrigo sintió que su corazón se saltaba dos latidos antes de empezar a palpar con fuerza. Ella había captado su broma... y se la estaba devolviendo.

—Nada me complacería más que arrodillarme a tus pies y reparar el daño que mi irreflexiva petición ha propiciado. No obstante, y ante tal imposibilidad, te propondría que avanzaras por el agua hasta que ésta te cubriera las caderas y, separando las piernas, te mecieras contra la corriente. Tal vez así la molesta arena desaparecería.

—¿De verdad crees que es tan fácil de solucionar? —señaló Gala desafiante. Sujetó con fuerza el teléfono en la mano y se adentró en el mar hasta que el agua le besó el vientre—. Pues siento decirte que no da resultado. ¿Alguna idea mejor? —susurró sofocada mientras imaginaba que las olas que acariciaban su sexo eran en realidad la lengua de él.

—Tal vez no tengas las piernas lo suficientemente separadas...

—Por supuesto que las tengo separadas. Muy separadas. Tanto que podría cabalgar sobre un tritón. De hecho, tal vez busque uno que me complazca.

—Dudo que un hombre con cuerpo de pez pudiera complacerte.

—Quién sabe, tú desde luego no lo estás haciendo.

—Mi cometido no es complacerte, sino librarte de la arena.

—Algo en lo que estás fallando estrepitosamente —repuso ella seducida por el intercambio de pullas que mantenían.

—¿Segura? —susurró Rodrigo desafiante—. Lleva las manos hasta tu sexo y sepárate los labios con los dedos.

Se hizo el silencio durante unos segundos y, después, un jadeo.

—¿Ya lo has hecho? —indagó él con voz gutural.

—Sí. Y la arena sigue ahí —gimió Gala.

—Entonces habrá que usar métodos más... invasivos para librarnos de ella. Desliza los dedos sobre los labios vaginales, ¿encuentras arena en ellos?

—Sí.

—Quítala despacio con las yemas, con suaves caricias que los recorran hundiéndose entre ellos, presionando tu sexo pero sin penetrarte. ¿Mejor?

—Mucho mejor —musitó agitada.

—Sube ahora a ese pequeño botón escondido entre los pliegues.

—Ya no está escondido —jadeó ella al sentir bajo los dedos su hinchado clítoris.

—¿Está duro?

—Mucho.

—Traza espirales sobre él, tal vez tenga arena y habría que limpiarla.

—Sí, no podemos dejarla ahí.

—Hazlo con cuidado, no queremos dañarlo.

—No.

—¿Se ha erguido más?

—Sí.

—¿Cuántos dedos estás utilizando para acariciarlo?

—Dos —gimió ella al cabo de un momento.

—Atrápalo entre ellos y tira con suavidad.

Un fuerte jadeo siguió a su orden, dejándole claro que ésta había sido ejecutada.

—Ahora, usa esos mismos dedos para buscar arena en tu vagina.

—¿Qué? No. Ahora no —protestó ella sofocada.

—Ahora sí. Hazlo.

—Sólo tengo una mano libre —señaló lo evidente, pues con la otra sujetaba el teléfono—, y todavía tengo arena en el clítoris. No puedo parar hasta... librame de ella —dijo sin aliento.

—Para. Ahora —ordenó él con vehemente severidad.

Y Gala, sin saber bien por qué, obedeció.

—¿Dónde están tus dedos? —inquirió Rodrigo usando todavía esa voz grave que hacía estremecer a la mujer del otro lado de la línea.

—Sobre mi vientre.

—Bien. Súbelos hasta tus pechos.

—¿Mis pechos? Has dicho que...

—Eso ha sido antes de que me desobedecieras, ahora he pensado que deberías comprobar que no tienes arena en los pezones. Hazlo.

Un suave suspiro seguido de un jadeo le indicó que su orden había sido obedecida.

—Pellízcalos. ¿Están duros?

—Como piedras.

—Juega con ellos. Imagina que soy yo, que estoy en esa playa contigo. Los lamería despacio y a conciencia para luego atraparlos entre los dientes y calmarlos con mi lengua. Los saborearía hasta dejarte temblorosa y anhelante, y luego descendería por tu vientre y pararía a probar tu ombligo antes de seguir bajando. Separaría con mis dedos los pliegues que ocultan tu sexo y sumergiría la lengua entre ellos. Recorrería tu vulva despacio acariciando apenas tu clítoris, convirtiendo tu deseo en tortura hasta que gimieras suplicante mi nombre... Sólo entonces me colocaría sobre ti y te penetraría para hacerte el amor.

—Rodrigo...

—¿Dónde tienes los dedos ahora?

—En mi vagina.

—¿Cuántos?

—Dos.

—Mi pene es más grueso. Hunde uno más. ¿Lo sientes llenándote?

—Sí.

—Mécete sobre ellos, haz que entren y salgan despacio, deja que te colmen y luego sácalos hasta sentirte casi vacía. ¿Lo has hecho? —Oyó un suave sollozo que interpretó como un «sí»—. Vuelve a hundirlos y luego sácalos. Otra vez. No te detengas. Y mientras lo haces imagina que soy yo quien te hace el amor. Quien te penetra cada vez más rápido y más profundo.

Un gutural gemido rompió el silencio, después otro.

—Ahora, vuelve a ese botón secreto que tanto te gusta y friccióvalo con los tres dedos que has humedecido con tu placer. Encuentra el ritmo y mantenlo —le ordenó con voz ronca—. Di mi nombre.

—Rodrigo...

—Ahora, Gala, córrete ahora.

Oyó a través del auricular un sonido que no olvidaría jamás. Si las sirenas existieran y las voces con que hechizaban a los marinos fueran reales, tendrían el mismo tono que el sollozo que exhaló Gala en ese momento. Serían tan eróticas como el suave gemido que lo siguió y tan sensuales como el jadeante suspiro con que terminó. Y el exquisito silencio que siguió, tan cargado de carnalidad y placer, sólo podría compararse con el éxtasis de los marinos atrapados por el canto de las ninfas marinas.

Y él se sentía uno de ellos, sumergiéndose voluntariamente en la profundidad del mar tras su sirena de cabellos negros, ojos grises y labios maduros.

—Voy a tener que matarte cuando te vea en el barrio —la oyó decir de repente.

—¿Podría saber el motivo?

—Es obvio. No voy a poder mirarte a la cara sin morirme de vergüenza al recordar lo que he hecho esta noche, y para morirme yo, prefiero matarte a ti —replicó ella en un tono ligero que no ocultaba la verdad de sus palabras.

—Eso tiene fácil arreglo, no mencionaremos jamás lo que ha pasado y tú no tendrás ningún motivo para sentirte incómoda.

—Sí lo tendré, porque sabré que cuando me mires estarás pensando que has hecho que me corra con tu voz y eso me hará sentir muy nerviosa. Y cuando estoy nerviosa tiendo a ser peligrosamente agresiva. Acepta un consejo: no te acerques a mí cuando lleve tacones o correrás el riesgo de convertirte en eunuco —advirtió socarrona en un intento por ocultar lo confusa que se sentía.

—No te equivoques, Gala, cuando vuelva a verte mi cerebro estará tan ocupado en funcionar bajo el hechizo de tu belleza que no tendrá capacidad para recordar lo que ha sucedido esta noche —dijo en tono grave antes de aseverar—: No te sentirás incómoda, porque yo no lo permitiré.

Gala se mantuvo callada, cavilando sobre sus palabras. No sabía por qué, pero se sentía tentada de creerlo. Sólo que ella jamás creía a los hombres. No eran de fiar.

—¿Te has librado ya de toda la arena? —preguntó de repente Rodrigo; bajo el deje burlón de su voz subyacía una oferta de tregua.

—Sí, el agua hace milagros. De hecho, me siento tan maravillosamente bien que voy a nadar un poco —afirmó Gala, dándose cuenta de que eso era exactamente lo que le apetecía hacer. Jugar con las olas y sumergirse bajo el índigo océano nocturno.

—Por supuesto, quién no lo desearía si estuviera en una isla paradisíaca —susurró encantado de sentir la sonrisa en sus palabras—. Disfruta de tu baño, hermosa sirena, y cuando salgas a tierra no permitas que los sueños de los hombres te limiten.

—Nunca lo permito —replicó ella con altivez—. Buenas noches.

—Dulces sueños —se despidió él, colgando el teléfono.

Y fue en ese momento cuando Gala se dio cuenta de que no sabía si él se había corrido. De hecho, ni siquiera sabía si se había masturbado mientras hablaban. Aunque la verdad era que no conseguía imaginarse al puntilloso Estirado masajeándose la polla mientras la seducía con su voz. Claro que tampoco habría pensado jamás que ese hombre pudiera hacer algo semejante a lo que había hecho. Era totalmente inconcebible.

Y, sin embargo, había sucedido.

Miró el teléfono, tentada de llamar y preguntarle si se había corrido, y si no lo había hecho, ofrecerle la misma atención que él le había prodigado. Observó el cielo estrellado, el móvil que tenía en la mano y el suave oleaje que besaba la playa, y tomó una decisión.

Salió a la orilla, guardó el móvil en el bolso y se adentró de nuevo en el agua. Si él no se había corrido había sido porque no había querido, porque tiempo había tenido.

Madrid, domingo, 1 de enero de 2017

Rodrigo dejó el teléfono en la mesilla y salió del dormitorio con la mirada baja para evitar deslumbrarse con la luz del pasillo. Entró en el baño y se desnudó despacio, sujetando con voluntad férrea su impaciencia. Colocó la camisa y los pantalones del pijama en la percha que había en la pared para tal fin y echó el eslip a la cesta de la ropa sucia, luego entró en la ducha. Una cálida lluvia le cayó sobre el pecho y resbaló por su vientre hasta el nido de rizos plateados sobre el que se alzaba su gruesa erección. Se mantuvo inmóvil en un ejercicio de contención que pocos hombres lograrían en las circunstancias en las que él se encontraba.

Estaba excitado. Lo había estado desde que había oído el primer susurro de Gala. Su pene se había erguido enardecido, tan duro como no lo había sentido nunca. Pero no se había rendido a él. Al contrario, lo había ignorado. Había puesto toda su atención en la mujer que estaba al otro lado de la línea. En complacerla y seducirla. En llevarla al éxtasis. Y durante esos mágicos minutos todo su mundo había estado centrado en ella, en su voz, en sus deseos, en el melódico rumor de su respiración.

Ni siquiera él entendía por qué había puesto todo su empeño en eso. No estaba en su naturaleza tener ese tipo de encuentros. En realidad, su única ambición al llamarla había sido sentirse como una persona normal con amigos a los que felicitar el nuevo año. Pero luego la voz de ella se había tornado sensual y su juicio había dejado de ser cabal.

Había sufrido un cortocircuito cerebral. Otra explicación no había.

Observó su bamboleante erección; tendría que hacer algo con ella o no le permitiría dormir en toda la noche.

Bajó la cabeza de manera que el agua le cayera sobre la nuca y sus ojos estuvieran protegidos de la luz y deslizó una mano por su pecho. Cuando los dedos rozaron las tetillas tembló bajo la suave caricia. Sí, no cabía duda de que estaba muy excitado. Cerró los ojos y se obligó a descender despacio, disfrutando del agua que resbalaba por su piel mientras imaginaba que eran los dedos de ella los que lo torturaban. Aferró el tallo de su pene y se estremeció en una sucesión de espasmos que estuvieron a punto de hacerlo caer. Apoyó una mano en la pared y ordenó a su cuerpo que se sobrepusiera y se mantuviera erguido. No era el tipo de hombre que se postraba ante el placer, menos aún si era él mismo quien se lo proporcionaba. Respiró hondo y, una vez recuperada la calma, comenzó a masturbarse con movimientos lentos que pronto aumentaron en rapidez y presión, hasta que todos sus músculos se tensaron y eyaculó con un gruñido gutural.

Esperó bajo la ducha hasta que su respiración volvió a la normalidad y salió. Al ir a vestirse descubrió que, quizá por primera vez en su vida, se le había olvidado llevar ropa interior limpia al baño. Miró el pijama y, reacio a recorrer desnudo el pasillo, acabó por ponérselo. Un gemido escapó de sus labios cuando la suave tela le rozó el glande desnudo. Se sentía inquieto y acalorado, y su pene acababa de demostrarle que estaba demasiado sensible.

Suspiró. Iba a ser una noche muy larga.

Calix tragó la última uva mientras los ecos de las campanadas se apagaban sofocados por los gritos entusiastas de las veinticinco mil personas que colapsaban la madrileña Puerta del Sol. Se volvió hacia el desconocido que estaba a su izquierda y le felicitó el año, luego hizo lo mismo con el de su derecha, y éste, tras un cálido apretón de manos, le pasó una botella de cava. Tomó un trago. Estaba caliente, pero le dio lo mismo. La cuestión era celebrar que había nacido un nuevo año. Aunque eso tampoco le importaba demasiado. En realidad, lo importante era celebrar. Con quien fuera y sin importar qué. Sólo celebrar y sentirse acompañado, aunque fuese por desconocidos amables y un tanto ebrios que le ofrecían cava caliente. Evadirse de la soledad angustiosa de su casa, escapar del estrés tóxico del trabajo y olvidar por un momento que estaba lejos de su familia, de su ciudad, de su gente, sintiéndose insoportablemente solo en una urbe de tres millones de habitantes.

Dio otro trago a la botella y se la pasó a una desconocida. Ella la aceptó encantada y le ofreció el matasuegras que llevaba en la boca. Él sopló, arrancándole una carcajada. Ella comenzó a bailar al son de una música que nadie más oía. Se volvió dándole la espalda y movió el trasero a escasa distancia de su entrepierna. Él aprovechó la coyuntura y dio el paso que los separaba. Bailó con ella y, cuando sintió que la gente comenzaba a disiparse, le dio un beso en la nuca y se marchó. La chica era mona, pero no era la mujer que él quería y, tras pasar las últimas semanas trabajando catorce horas diarias siete días a la semana, no le apetecía perder su escasísimo tiempo libre con una mujer que no fuera... especial.

Aunque la verdad era que el asunto del sexo estaba a punto de convertirse en un problema. Ya no le apetecía follar tanto como antes. O, mejor dicho, sí le apetecía, pero no con tantas como antes. Se había vuelto, por así decirlo, un sibarita. Había catado la perfección y ahora no podía conformarse con menos. Lo malo era que la perfección sólo la había encontrado en una mujer..., y ésta le había dado calabazas en la primera cita, mientras que en la segunda había sido su estúpido orgullo el que lo había hecho recular y no tirársela.

Había sido un error.

Debería habérsela follado, pero no lo había hecho porque era idiota. Ella estaba dispuesta. También achispada. Borracha, de hecho. Y él, que además de idiota era orgulloso, no soportaba pensar que si se la tiraba sería gracias a las copas que había tomado y no a su encanto. Ella no era una mujer accesible, y si esa noche se había mostrado receptiva era porque llevaba varias copas de más. Y lo peor había sido que lo había apartado cuando había intentado besarla frente a la puerta de su competidor. Ni siquiera borracha quería que el otro se enterara de su... devaneo.

Eso le había escocido. Mucho. Y le había hecho no seguir adelante. Y ahora se arrepentía porque no había vuelto a tener otra oportunidad de seducirla. Y eso era una putada porque estaba obsesionado con ella.

Al principio había sido sólo un capricho. Ella estaba buenísima y quería probarla. Pero el capricho se había convertido en obsesión cuando lo había rechazado sin pensarlo dos veces. ¡Por el amor de Dios! ¡Ninguna mujer había hecho eso nunca! Todas caían rendidas a sus pies con sólo mirarlo. Era guapo; más que guapo, impresionante. Sólo tenía que sonreír y las mujeres mojaban las bragas. Todas, menos ella.

Por primera vez en su vida, una mujer no se sentía atraída por su trabajado cuerpo, su mirada seductora ni su sonrisa de cuatro mil euros (los *brackets* no habían sido baratos). Conquistarla requería de algo que no poseía en abundancia: inteligencia. Oh, sí. Tenía talento para la seducción; sabía sacar partido a su físico y era capaz de conversar con cierta gracia, pero no conquistaba a las mujeres con su palabrería, sino con su cuerpo y la promesa de placer que éste irradiaba. Nunca había necesitado mantener una conversación inteligente con ninguna para tirársela. Hasta Gala.

Ella no se dejaba deslumbrar por su apariencia, y eso lo complicaba todo.

Seducirla era lo más complicado que había intentado nunca. Porque no era sólo a ella a quien tenía que conquistar, también a sus hijas. Con Jimena, la mayor, no tenía ningún problema. Era una preadolescente y estaba colada por él, como todas las mujeres con ojos en la cara. Sin embargo, la pequeña, Gadea idolatraba al Estirado y hacía lo imposible por enredarlo con su madre. Y parecía que sus trapicheos funcionaban, porque ya los había visto besarse una vez.

Rodrigo era..., no era feo, pero tampoco atractivo. Ni joven. Estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Y aunque vestía con elegancia, no sabía sacarse partido. Sus trajes eran sobrios y aburridos, no sonreía jamás y caminaba tan tieso como si tuviera un palo en el culo. Era un altanero que miraba a todos por encima del hombro, y lo cierto era que no le faltaban motivos para hacerlo. Estaba bien situado, era respetado en la comunidad y los vecinos tenían en cuenta sus opiniones, y eso daba mucho lustre. Mientras que Calix sólo era el chico nuevo que estaba muy bueno y no se relacionaba con nadie, el Estirado era el vecino al que recurrían y escuchaban. Además, el Estirado, al contrario que él, tenía la vida resuelta, un piso de su propiedad, su propio negocio, dinero para gastar, estilo, elegancia, saber estar y cultura para hablar durante horas de cualquier tema sin parecer un idiota iletrado.

Era obvio quién tenía más posibilidades de llevarse el premio gordo. Aunque también era ilógico. ¿Cómo podía vencerle un viejo que se teñía el pelo?

Gala debía de tener algún defecto en la vista. O en el cerebro. No era posible que no viera las ventajas de acostarse con él. Todas mujeres deseaban meterse en su cama, eso tenía que significar algo, ¿no? Y si ninguna le duraba más de una noche era porque se aburría de ellas.

«Y ellas de ti», le susurró esa voz interior que todos tenemos y nos dice las verdades que no queremos oír.

¿Cómo no iban a aburrirse si sólo follaban y no hablaban? Se podría decir que a sus relaciones con las mujeres les faltaban argumentos. Y eso era lo que lo había seducido de Gala: con ella, o tenía argumentos o no se comía un colín. Y estaba hambriento, joder.

Un tropiezo con un adoquín lo sacó de sus cavilaciones, y fue entonces cuando se dio cuenta de que había llegado a la estatua del Oso y el Madroño, un punto de encuentro habitual entre los madrileños y que, por tanto, estaba rodeada de gente felicitándose el año.

Una aguda punzada de melancolía se le clavó en el corazón al pensar en su familia. Ahora mismo sus padres estarían en Segovia celebrando la Navidad con toda la familia. Su madre estaría ajetreada preparando el turrón mientras su intransigente marido estaría dándole la charla a su yerno sobre cómo arreglar el mundo. Sus abuelas estarían discutiendo sobre quién estaba más enferma mientras que su abuelo estaría tratando de convencer a su bisnieto para que se hiciera del Real Madrid, sin importarle que el padre del crío fuera del Barça. Eso provocaría una discusión a la que su tía pondría paz con el sencillo método de subir el volumen de la tele y sacar a bailar a su hijo.

Suspiró entristecido, si estuviera en casa estaría bajo los arcos del Acueducto, esperando a sus amigos para subir a la plaza Mayor, parando, eso sí, en todos los bares por los que pasaran. Hablarían, reirían, besarían a las chicas y disfrutarían de la Nochevieja como si no hubiese un mañana. Pero no estaba en Segovia. Tras demasiados meses en paro, se había trasladado a Madrid en busca de un futuro mejor que había resultado ser peor. Ahora vivía en un lóbrego piso de alquiler y trabajaba un montón de horas a cambio de un sueldo miserable. Y estaba perdiendo el tiempo en recuerdos en lugar de disfrutar de las pocas horas que tenía libres. ¡Y eso era intolerable!

Siguió a la marea de gente que salía de Sol. Le daba lo mismo adónde ir, sólo quería disfrutar de la noche. Y, si podía ser acompañado, mejor, decidió de repente. Estaba harto de estar solo. Quizá también por eso se había empeñado en Gala. Ella vivía en su mismo edificio, si salieran juntos podría verla a diario y cenar alguna noche con ella y sus hijas, disfrutando del espíritu familiar que tanto echaba de menos. Con ella, su vida en Madrid dejaría de ser un cúmulo de noches de sexo, mañanas vacías y días perdidos.

Se acercó a un *pub*, en el interior del cual había tal multitud de personas que no quedaba un hueco libre. Y eso era lo que lo había llevado a tomar las uvas en la Puerta del Sol. Gente. Contacto humano. Personas anónimas que no le gritaran ni lo trataran como a un perro, que era como se sentía últimamente por culpa del trabajo, o, mejor dicho, de su jefe. Pero, tal como estaban las cosas, ¿quién era el valiente que protestaba y se iba al paro? Él no, desde luego. Entró. El local estaba acondicionado

para esa noche, lo que significaba que habían agudado los licores y subido los precios, pero le dio lo mismo. Esas Navidades estaba trabajando más duro y haciendo más horas extras que nunca. Así que tenía dinero suficiente para tomarse varias copas... e invitar a alguna mujer, si encontraba alguna que le hiciera tilín.

Una Nochevieja sin follar no era una Nochevieja decente, y no iba a desperdiciar su noche libre pensando en Gala cuando ella estaba a un océano de distancia. Estaba obsesionado con ella, sí, pero eso no significaba que fuera eunuco. Inspeccionó el local y sus ojos verdes se cruzaron con los de una rubia que lo miraba con erótica insistencia. Era alta, con una delantera impresionante, labios carnosos y el pelo ondulado en elaborados rizos.

Esbozó su sonrisa más luminosa y ella le devolvió el gesto, sus ojos insolentes le decían que sólo quería pasar un buen rato y, mañana, si te he visto no me acuerdo. Y aunque él se estaba dando cuenta de que eso no era exactamente lo que quería en una mujer, sí era consciente de que no iba a tropezar con una compañera de vida en Nochevieja. Además, ya tenía una candidata para eso, Gala, así que más le valía centrarse en conquistarla y no complicarse la vida esperando encontrar en una desconocida algo más que sexo.

Se acercó a ella esquivando a los borrachos y los juerguistas que llenaban el lugar.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó a la vez que le pasaba la mano por la cintura para acercarla a él en un estudiado gesto seductor.

—Mucho. También me gusta lo que huelo. —Le acarició el cuello con la nariz—. Hueles a dulce. —Le dio un lametazo a la vez que su mano derecha se escurría hasta rozarle la entrepierna. El pene reaccionó al instante.

—A roscón de Reyes. No te haces una idea de la cantidad de gente que desayuna roscón en lugar de churros en Nochevieja —apuntó él antes de bajar la cabeza y besarla. Sabía a champán y a chocolate. A deseo y a lujuria. A libertad y a sexo.

Le agarró el culo pegándola más a él y ella respondió meciéndose contra su erección.

—Me encantaría darte un mordisco para descubrir a qué sabes —le confesó al oído abriéndole la bragueta para agarrarle la polla.

—Conozco una pensión aquí cerca —dijo. Si algo tenía claro era que no iba a subir a ninguna mujer a su casa. Su edificio estaba lleno de vecinas cotillas y no quería que ninguna le fuera con el cuento a Gala, complicándole aún más las cosas.

La rubia se alzó sobre las puntas de sus pies para darle un beso de tornillo; siempre era mejor probar el material antes de comprar. Sus ágiles dedos resbalaron por su polla en una caricia impaciente que se la puso aún más dura, momento en el que ella se apartó esbozando una sonrisa lasciva.

—No estás mal armado, espero que folles igual de bien que besas —comentó antes de ir a la salida.

Calix sonrió encantado, parecía que no iba a pasar solo su primera Nochevieja en Madrid.

Lunes, 2 de enero de 2017

Rodrigo echó la llave en la puerta de la camisería, aunque no bajó el cierre metálico, pues aún faltaban veinte minutos para la hora de cerrar. No obstante, como no había entrado nadie en toda la tarde, en realidad en todo el día, y dudaba que eso fuera a cambiar, decidió que bien podía adelantar la limpieza diaria y salir antes el primer día laboral del año.

Tomó la gamuza y se dispuso a limpiar los muebles de cerezo que daban distinción a la camisería. Comenzó con el alargado mostrador de la entrada; allí recibía a los clientes y su padre le había enseñado que la primera impresión era la que contaba, por lo que siempre estaba reluciente. Luego pasó a la vitrina que ocupaba la pared principal; en su interior, maniquís de un siglo de antigüedad exponían camisas creadas por él. Bruñó la consola ubicada bajo el arco que dividía en dos la tienda, el mueble cajonero que contenía los muestrarios y la mesa, el aparador y la estrecha librería que ocupaban la pared del fondo.

Observó con atención buscando motas de polvo que, por supuesto, no halló y empujó la librería, que en realidad era una puerta para entrar en una estancia diáfana con las paredes forradas de espejo y dos elegantes espejos móviles que rodeaban un antiguo maniquí. Le pasó el plumero y se dirigió a la puerta oculta tras un panel.

Lo abrió y ante él apareció el verdadero corazón de su negocio: el taller.

No tenía la elegancia vetusta de la tienda, pero era su lugar favorito. Las estanterías de metal, la termofijadora y la mesa de trabajo. Una mesa que carecía de la apostura de las maderas nobles, pero en la que cada melladura narraba la historia de tres generaciones de Castro cortando, cosiendo, ensamblando y, en definitiva, confeccionando camisas artesanales. Había pasado su infancia en ese lugar, sentado al pie de la mesa viendo a su padre y a su abuelo trabajar, aprendiendo, hasta que al llegar a la adolescencia le fueron encomendados los trabajos más básicos y triviales, aquellos que sólo ejecutaban los principiantes.

Comenzó a barrer y, mientras lo hacía, le pareció oír de nuevo el susurro de las antiguas empleadas. En los buenos tiempos, allí trabajaban una preparadora, una rematadora y una planchadora que realizaban el trabajo final después de que don Diego y él tomaran las medidas, crearan los patrones y cortaran las telas. Pero luego todo empezó a ir mal. Ya en vida de su padre se vieron obligados a prescindir de la planchadora y la preparadora y, tras su fallecimiento, tuvo que despedir a Amalia, la rematadora. Cuando tenía trabajo requería de sus servicios, aunque últimamente eso no sucedía a menudo.

No había sido fácil trabajar en solitario. Oh, sí, sabía llevar a cabo a la perfección las tareas que realizaban sus empleadas, don Diego le había enseñado a no dejar en manos de nadie lo que él no supiera hacer, pero era angustioso trabajar en la vacuidad de un taller antaño lleno de voces y vida.

Pensó, no por primera vez, que debería vender la tienda. Eso le proporcionaría ingresos suficientes para empezar de nuevo en otro lugar, con un establecimiento más pequeño que produjera menos gastos. Tal vez con una camisería menos especializada, con materiales más económicos, hechuras más toscas y precios más bajos.

La gente ya no quería calidad, sino precios baratos.

Cualquier cosa sería mejor que la lenta agonía de asistir a la anunciada ruina del negocio familiar. Pero se resistía a vender, porque sabía que, si lo hacía, su padre se revolvería en su tumba. Y no era que creyera en fantasmas; en lo que creía era en la tradición, el esfuerzo y los sueños. Y los de su padre, su abuelo y los suyos propios estaban ligados a esa camisería. No podía deshonorarlos, ni deshonorarse, vendiéndola. Aunque, en realidad, los deshonoraba cada día que pasaba sin conseguir mantenerla a flote.

El melódico sonido del timbre lo arrancó de sus lúgubres pensamientos. Faltaban dos minutos para la hora del cierre, ¿quién podría ser? Uno de sus escasos clientes no, eso seguro. Los pocos que le quedaban no eran tan maleducados de llegar al cierre. No por las molestias que pudieran causarle, en absoluto, sino porque sabían que el primer paso para la confección de una camisa ocupaba una hora larga, más si el cliente era indeciso. Tampoco creía que fuera un turista perdido buscando una de las horrendas corbatas de seda falsa con estampado de toros y flamencas que compraban a modo de lamentable souvenir. De éstos entraban todas las semanas unos cuantos, pero por las mañanas. A esas horas de la tarde estarían en algún restaurante masificado observando asqueados la cena que les habrían vendido como típicamente madrileña y que constaría de callos rancios, orejas correosas, gallinejas gomosas y huevos estrellados sobre patatas grasientas.

Por tanto, su inesperado visitante sería, con toda seguridad, algún despistado atraído por los espléndidos trabajos que exponía en el escaparate. Sabía perfectamente lo que pasaría; entraría y su mirada se vería atrapada por las camisas de la vitrina. Pediría verlas, las tocaría sin reparos con dedos no muy limpios y las arrugaría entre sus torpes manos para después proclamar entusiasmado que quería una. Sería entonces cuando, tras saber el precio de la más barata, comenzaría a regatear como si estuviera en un mercadillo ambulante.

Un bufido escapó de los labios de Rodrigo ante ese pensamiento. Salió del taller y se dirigió a la puerta mientras el timbre no dejaba de sonar insistente. Por lo visto, su visitante, además de no respetar los horarios incumpliendo una de las más elementales normas de cortesía, tampoco tenía educación ni paciencia.

¡Qué maravilla, no había nada que le gustara más que acabar el día atendiendo a un zoquete ignorante y ansioso!

Llegó a la entrada y a través del cristal pudo ver a una mujer que rondaría la treintena vestida con una llamativa gabardina rosa y pantalones vaqueros remetidos dentro de floreadas botas de agua. No pudo evitar arrugar el ceño ante tan burda vestimenta. No soportaba los vaqueros, no había prenda más chabacana que ésa.

No fue hasta que abrió la puerta cuando vio a los hombres, grandes como armarios, que la acompañaban.

—No has cerrado aún, ¿verdad? —le preguntó la mujer con un marcado acento extranjero a la vez que entraba. No se molestó en limpiarse las botas en el felpudo puesto en la entrada para tal fin, y las suelas mojadas ensuciaron el suelo impoluto.

La siguieron los dos gorilas, y el agua que chorreaba de sus paraguas creó charcos frente al mostrador a pesar del paragüero que había junto a la puerta, que era donde deberían estar escurriéndose.

—Evidentemente, no —replicó Rodrigo esforzándose para que su cara no mostrara el desdén que sentía ante tanta ordinariez—. Si lo desean pueden dejar sus paraguas en el paragüero —indicó a los hombres observándolos con atención.

Vestían pantalones informes cuyos bajos deshilachados arrastraban por el suelo y, debajo de los abrigos amorfos, camisas mal ensambladas y peor cosidas de colores llamativos y tejidos bastos. Y, si eso no fuera suficiente atentado al buen gusto, también tenían las iniciales mal bordadas, exageradamente grandes y en la pechera equivocada. Una aberración.

—¿En qué puedo ayudarla? —le requirió a la mujer observando con disimulo el maquillaje exagerado de sus ojos y el rojo chillón de sus labios carnosos.

—Quiero comprar un par de camisas de las tallas 42 y 54 —dijo ella quitándose el anorak como si pensara quedarse un buen rato.

—No vendo camisas hechas, las hago artesanales. A medida —especificó Rodrigo deseando acortar la visita. Se veía claramente que esas personas no podían permitirse pagar por sus servicios. De hecho, por el acento extranjero de la mujer, estaba por asegurar que pertenecían a algún país de Europa del Este.

—Lo sé. Por eso he venido, me recomendó tu tienda Eusebio Monteserín —replicó ella.

Rodrigo no pudo ocultar su sorpresa. ¿Qué hacía esa mujer relacionándose con uno de los asesores financieros más reputados de Madrid?

—El señor Monteserín —puntualizó Rodrigo. Ese apellido pertenecía a una de las familias más prominentes de la capital y no podía mentarse acompañado del nombre, como si fuera un amigo de toda la vida—. Un caballero de un gusto sobrio y definido. Y dice que le recomendó mi tienda... —musitó intentando disimular su perplejidad.

La última vez que el señor Monteserín había visitado la Camisería Castro había sido en vida de don Diego, por lo que no podía decirse que fuera un cliente habitual. Y, aunque lo fuese, no veía qué motivo podía tener para recomendarle a esa rústica mujer, salvo que quisiera gastarle una broma. Una muy pesada, por cierto, porque no

era agradable tratar con personas de modales tan limitados que ni siquiera tenían la cortesía de limpiarse los zapatos al entrar.

—Le pedí consejo para comprar camisas a medida para mi padre y mi marido y regalárselas en Reyes, y me recomendó tu tienda —señaló la mujer—. ¿Cómo lo hacemos?

Rodrigo tardó un instante en procesar su petición.

—¿Quiere dos camisas para Reyes? Me temo que es muy precipitado, faltan tres días.

—Te aseguro que sé contar —repuso ella sonriente.

—No lo pongo en duda, señora...

—Heresanu, Lavinia Heresanu.

Rodrigo asintió al oír su apellido, como había supuesto, era rumana.

—Señora Heresanu, lamento decirle que me es imposible atender su petición. No se puede crear una camisa artesanal en sólo tres días. Dependiendo del modelo elegido, la elaboración puede requerir entre doce y treinta y seis horas.

Los dos hombres que hasta entonces se habían mantenido aparte mostrando un aburrido interés por la conversación se irguieron de repente, dando un paso hacia ellos, sus miradas perezosas pasando de la indiferencia a la amenaza con un solo parpadeo.

—Hasta Reyes aún quedan setenta y dos horas —declaró la mujer levantando la mano en un gesto que devolvió a los hombres a su postura indolente, aunque sus miradas aviesas continuaron fijas en Rodrigo—. Sé que vas a tener que trabajar en tu tiempo libre, y te recompensaré bien por ello —dijo frotando los dedos índice y pulgar—. Di tu precio.

—No es una cuestión de precio, sino de falta de tiempo y honestidad hacia el trabajo realizado —contestó Rodrigo molesto. ¿Cómo se atrevía a hablarle como si fuera un vulgar mercader?—. No puedo confeccionar una camisa apresuradamente porque su calidad se resentiría.

—Has dicho que se podría hacer en doce horas.

—Las camisas más sencillas, sí. Pero no doce horas seguidas, cada fase lleva su tiempo, y una camisa necesita al menos un par de semanas —dijo muy consciente de que, al no tener trabajo, podría entregarlas en el plazo deseado si se quedaba a mediodía y hasta la noche en el taller.

Pero el tiempo no era el principal escollo. Esa mujer, con sus pintas de mafiosa y sus matones del tres al cuarto, no podía permitirse pagar dos camisas artesanales, por muy sencillas que fueran. Y él no estaba dispuesto a perder el tiempo discutiendo con alguien que no entendía su trabajo y que, por ende, no lo valoraría.

La mujer lo miró con los ojos entornados.

—Ésta no es la primera camisería artesana en la que entro. Y, a pesar de que las primeras visitas las hice a finales de noviembre, en todas me han dado la misma respuesta: es un encargo muy precipitado. Imagino que es mucho más sencillo decir

que no os da tiempo en lugar de confesar que sois todos unos estirados incapaces de rebajar vuestros estándares clasistas para hacer una camisa a una gitana rumana — espetó desafiante.

Rodrigo permaneció inmóvil unos segundos para luego volverse y sacar una camisa de la vitrina que había a su espalda.

—Camisa clásica de corte regular. —Extendió la prenda sobre el mostrador—. Algodón Sea Island, trenzado Oxford en fondo blanco con rayas granates de un milímetro. Cuello italiano de corte bajo, abertura de mangas reforzada por una tirilla de tela mimetizada y puños sencillos de corte sesgado con un solo botón. Tapeta lisa —deslizó el índice por la parte central de la prenda— con ojales confeccionados a mano y, en este caso, botones de pasta. Por supuesto, puede optar por el nácar, pero no se lo recomiendo, dada la fragilidad de ese material. Por último, iniciales bordadas con letra tipo palo. Todo cosido a mano —dijo con severidad—. La confección de esta camisa requiere doce horas. Puede personalizar el cuello, los puños, las iniciales... Todo lo que desee, aunque debe tener en cuenta que algunas personalizaciones pueden incrementar el plazo de entrega.

—Me gusta tal cual está —afirmó la mujer—. Quiero dos.

—El precio de esta prenda asciende a doscientos cuarenta euros, aunque el monto final dependerá de la personalización y la tela que elija. —Se la tendió para que comprobara su ductilidad—. El Sea Island es un tejido excepcional de altísima calidad, pero yo no desecharía un algodón suizo de trenzado popelín, y su precio, en esta hechura, no sobrepasaría los ciento noventa euros —informó Rodrigo fijando los ojos en la mujer—. No obstante, si tengo que crearla en tres días, me veré obligado a trabajar fuera de mi horario, lo cual supondrá un incremento de un treinta y cinco por ciento.

—¿Me está diciendo que esta camisa, tal cual, con esta tela y sin añadir ni quitar nada, me costaría trescientos treinta euros? —preguntó ella fijando en él una fiera mirada.

—Aproximadamente, sí —respondió Rodrigo, incapaz de evitar que sus labios se curvaran en una media sonrisa.

¿No quería una camisa artesanal? Pues ése era su precio. El que cobraría a un rey, a un banquero o a un soldador. No iba a hacerle descuento por ser rumana.

—Y las tendría para el jueves.

—A última hora de la tarde. Siempre y cuando tomara las medidas mañana a primera hora para estudiar el planteamiento y poder marcar el patrón antes del mediodía.

La mujer lo observó pensativa unos segundos y esbozó una ladina sonrisa.

—En otras camiserías me han pedido el triple de lo que tú me pides, y sin aceptar el plazo de entrega que necesito. Intuyo que querían espantarme con el precio. Por lo visto, tú no lo consideras necesario.

—Yo no valoro mi trabajo basándome en el origen de mis clientes, sino en la calidad del tejido, la complicación y la especialización de la prenda que debo realizar —declaró irritado.

—Me alegra saberlo —admitió burlona—. Mañana a las siete de la mañana Mihai —señaló a uno de sus hombres— estará aquí con mi padre y mi marido. No puedes decirles cómo serán las camisas. Quiero que sea una sorpresa. A mediodía vendré a elegir las telas y a personalizarlas, te sugiero que lo tengas todo preparado.

—Lamento decirle que no abro hasta las diez —apuntó Rodrigo arrogante.

¿Quién se había creído que era para darle órdenes? Conocía a las personas como ella, orgullosas, altaneras, incapaces de dar un paso atrás. No era la primera vez que alguien así entraba en su tienda, le hacía sacar todas las camisas y las muestras del catálogo, pedía cita para que le tomara medidas y luego no volvía a aparecer más.

—Mañana abrirás a las siete —aseveró ella antes de asentir a sus acompañantes.

Uno de ellos sacó del bolsillo un grueso fajo de billetes verdes sujeto por una goma.

Rodrigo se obligó a permanecer impasible y a no parpadear como un idiota tras los cristales amarillos de sus gafas. Era la primera vez en su vida que veía tantos billetes de cien euros juntos.

—Dame cinco —le ordenó Lavinia al gorila. Éste lo hizo y ella los dejó con soberbia en el mostrador—. Esto valdrá como entrega a cuenta. Cuando la víspera de Reyes venga a recoger el encargo te daré tres más —dijo antes de dirigirse a la puerta.

En ese momento, el gorila que había sacado del fajo de billetes comenzó a hablar en su idioma en un tono enfadado a la vez que sacudía la manga de la camisa extendida sobre la mesa. Ella lo escuchó con atención, sus ojos estrechándose en un gesto de desconfianza que acabó convertido en la mirada acusadora que centró en Rodrigo.

—Los puños de la camisa no son iguales —dijo indignada poniendo uno sobre otro para demostrar que, efectivamente, el izquierdo era más ancho que el derecho.

—¡Desde luego que no lo son! —replicó Rodrigo enfadado al ver que dudaban de su maestría—. El perímetro del izquierdo siempre es un centímetro o centímetro y medio más ancho. Depende del reloj que use el caballero, éstos cada vez se llevan más voluminosos y, para darle cabida y que ambos puños asomen por igual bajo la chaqueta, se le debe dar más holgura —afirmó cortante—. No pretenda enseñarme mi oficio, señora Heresanu.

—Me gusta tu actitud —declaró Lavinia sonriendo antes de salir a la lluviosa noche.

El metro se paró en Callao y, a pesar de que parecía imposible, entró más gente en el vagón. Rodrigo, atrapado entre dos mujeres cargadas con bolsas de Primark y varios adolescentes sobreexcitados, centró sus pensamientos en su nueva clienta.

En ella y en el dinero que le quemaba en el bolsillo interior de la chaqueta del traje.

Lo había comprado. Ésa era la verdad. Lavinia Heresanu no había adquirido dos camisas: lo había comprado a él. Al maestro camisero. Había dejado con insolencia quinientos euros en el mostrador con la seguridad de que no se negaría a aceptar su encargo, y así había sido. Aunque lo cierto era que en realidad no lo había aceptado.

No había sido capaz de abrir la boca, ya fuera para protestar o para aceptar.

Quien calla otorga. Y con su silencio había otorgado.

Una desdeñosa carcajada brotó de sus labios. Toda su vida se había conducido por los estrictos principios que su padre le había inculcado. La honradez, el esfuerzo, la educación, el respeto al trabajo y la deferencia al cliente eran los axiomas de su código de conducta. Y acababa de saltarse el más importante: el respeto al trabajo. Porque no iba a engañarse: hacer una camisa para esa mujer de horrendo gusto sería una herejía al trabajo que don Diego le había enseñado a amar.

¡Sabía Dios qué confección le pediría! ¡Qué tejidos! No serían discretos, eso seguro. La señora Heresanu era del tipo de personas que exigían estrafalarios coloridos, iniciales enormes, costuras esport para camisas de vestir y tapetas invisibles para camisas informales. Sintió que el corazón se le detenía en el pecho. El buen nombre de la camisería se vería arrastrado por el fango por culpa de una rumana cuyo burdo gusto mancillaría la delicada atención por los detalles y el notorio refinamiento que caracterizaban a sus camisas.

No lo haría. Rechazaría el trabajo.

Pero ¿cómo? No le había dejado ningún teléfono en el que localizarla. De hecho, no tenía más datos que su nombre y su primer apellido. Aunque eso era irrelevante. Pues, a pesar de lo que su honor le exigía, no iba a rechazar el trabajo. No podía.

Los pobres no podían elegir sus desempeños, y él, por desgracia, estaba al borde de la ruina. Ese dinero le serviría para pagar algunas deudas acuciantes. Ochocientos euros, si es que ella cumplía su promesa, era una cifra muy baja por la que vender su orgullo, pero el orgullo no pagaba acreedores ni llenaba estómagos. Y él necesitaba con desesperación solventar ambas cosas.

Suspiró, quien no arriesga no gana, y él iba a ganar mucho dinero con ese encargo.

Además, tal vez había una solución para ese disparate. Lavinia necesitaba las camisas el jueves, por lo que sólo podría elegir las telas que tenía en la tienda, lo que

significaba que al menos los tejidos serían adecuados, pues no almacenaba género de gusto dudoso. Luego sólo sería cuestión de aconsejarla para que no las personalizara con detalles estrafalarios. Y eso iba a ser complicado, todo el mundo sabía que los rumanos poseían un criterio grotesco y llevaban la extravagancia en los genes.

El metro se detuvo en Ópera, perdiendo a casi todos sus ocupantes, y Rodrigo se quedó petrificado al ver junto a las puertas a una mujer de figura estilizada, piernas interminables y oscura melena hasta media espalda. Vestía con gusto impecable un ajustado pantalón negro de corte trompeta, mocasines de terciopelo negro y un chaquetón cruzado en tono marfil, y agarraba el asa de una pequeña maleta mientras miraba ausente los cristales de las ventanas.

Era su vecina. Gala.

—¿Ya has vuelto del paraíso?

Gala apartó la vista de la hipnótica oscuridad de los túneles y una coqueta sonrisa se dibujó en sus labios al encontrarse con su vecino del primero exterior.

—No me ha quedado más remedio, me expulsaron por hacer perversidades.

—Me pregunto qué harías —dijo Rodrigo con semblante serio—. ¿Tal vez actividades relajantes en la orilla del mar a medianoche?

—Depende de lo que entiendas por relajante...

Él apretó ceñudo los labios a la vez que negaba con la cabeza.

—Me estás poniendo muy difícil que cumpla mi compromiso de no recordar. — La recorrió con mirada acariciante antes de detenerse en sus pies—. Aunque, en vista de los zapatos planos que llevas, creo que puedo arriesgarme a visualizarte desnuda en el mar sin temor a ser emasculado por un afilado tacón —comentó en un susurro que sólo ella pudo oír.

Gala lo miró perpleja, incapaz de conciliar la imagen seria y aburrida que tenía de él con esa respuesta tan osada e insolente. Aunque, en honor a la verdad, debía reconocer que, cuanto más lo conocía, más la sorprendía.

—Tú verás si quieres arriesgarte, imagino que todo depende del aprecio que les tengas a las joyas de tu Corona —dijo burlona—. Debes tener en cuenta que antes o después volveré a ponerme mis pateahuevos y, cuando lo haga, tal vez recuerde esta conversación y decida darte una lección de la que no creo que salgas bien parado.

Rodrigo se llevó la mano al corazón con una brusca exhalación, herido de muerte.

—Decididamente, tu belleza eclipsa mi cerebro y me imposibilita recordar ninguna imagen, comprometida o no, anterior a esta mañana —afirmó inclinando la cabeza en respetuosa aceptación.

Gala estalló en una carcajada que arrancó a su vecino una pícara sonrisa que transformó su rostro, de normal reservado, en el de un bribón.

Uno muy atractivo, por cierto.

Lo observó embelesada: alto y de porte erguido, iba impecablemente ataviado con un austero traje azul marino, camisa un tono más claro y corbata azul Prusia. Siempre había pensado que era un hombre parco en palabras, arrogante, áspero y poseedor de una presunción insufrible, pero estaba descubriendo que las apariencias engañaban, y que ella se había dejado cegar por viejas rencillas vecinales, aumentando sus defectos e ignorando sus virtudes.

Era un tipo sobrio y elegante, reservado y bastante estirado, eso no iba a negarlo, pero también era ocurrente y audaz, y poseía un humor ácido que costaba captar. Y, ante todo, era un caballero. No se había dado cuenta de eso hasta hacía un par de meses cuando, tras una situación muy desagradable provocada por el loco que estaba

martirizando al edificio, acudió en ayuda de sus hijas a pesar de que éstas no eran santo de su devoción. De hecho, por cómo se comportaba cuando se cruzaba con los niños, siempre había pensado que los odiaba. No obstante, en esa ocasión no dudó en salvarlas del aprieto. Y debido a su, en palabras de su hija pequeña, heroica actuación, no le quedó más remedio que ignorar la antipatía mutua que se tenían y bajar a agradecerle su gesto. Fue entonces cuando descubrió a un hombre muy distinto del insoportable estirado que siempre había imaginado que era.

Él no esperaba su visita y abrió en pijama y sin las gafas de cristales oscuros que siempre usaba. Y ella había podido ver por primera vez sus ojos. Unos ojos de un imposible color violeta que la hechizaron sin remisión. Habían comenzado a hablar con cierta animadversión, hasta que de repente había surgido una inesperada chispa de cordialidad entre dos personas que, hasta ese momento, no se caían bien. Desde entonces ya no lo veía como a un hombre severo y distante; al contrario, sentía un fuego inusual en él. Una calidez que se reflejaba en su luminosa piel alabastrina, tan apropiada para el rubio platino que hacía casi invisibles sus cejas y sus pestañas y que, sin embargo, desentonaba con el dorado de su pelo.

Ese pensamiento la hizo fijarse en la línea de su pelo y comprobar que sus raíces eran mucho más claras que el resto. Ese tono casi blanco acompañaba mucho mejor su faz que el rubio oscuro con el que ocultaba su verdadero color. Aunque eso no era algo que a ella le incumbiera, pensó mientras examinaba los cristales amarillos de sus gafas tratando de atisbar aunque sólo fuera un destello de sus fascinantes ojos violetas.

—Por favor, permíteme —susurró él de improviso.

Y Gala, absorta en contemplarlo, no supo a qué se refería. ¿Iba a quitarse las gafas para enseñarle los ojos? Sintió un repentino tirón, alguien trataba de quitarle la maleta. Alguien no. Rodrigo. ¿Para qué quería su equipaje? Y fue entonces cuando comprendió que le estaba pidiendo permiso para llevársela.

—No te molestes.

—Me mortificaría la grosería de no llevártela —afirmó él con voz grave.

Aferró el asa y sus dedos acariciaron durante un segundo los de ella.

Gala sintió que su piel se erizaba ante el eléctrico contacto. Soltó la maleta como si le diera calambre y, al moverse, vio que las puertas del vagón estaban abiertas. Habían llegado a la estación y ni siquiera se había dado cuenta, tan cansada estaba del viaje. O, al menos, ésa fue la excusa con que justificó su fugaz desconcierto. Dejó la maleta en manos de su apuesto vecino y salió al andén. Si él quería cargar con ella, adelante, no era lo que se dice ligera y había unos pocos escalones hasta la calle.

Rodrigo se situó junto a Gala, quedando entre las vías y ella. Posó con cortés suavidad la mano en la curva de su espalda, en un gesto de protección, que no de guía, y acompasó sus pasos a los de ella. Al llegar a la escalera, subió tras ella y, cuando salieron a la plaza de la Cebada, volvió a colocarse a su lado, interponiéndose entre ella y la calzada.

Gala no pudo evitar sentirse turbada ante tanta consideración. Era la primera vez en su vida que alguien la trataba con una caballerosidad tan obsoleta. De hecho, no recordaba haber visto jamás a nadie comportarse con una cortesía tan propia de épocas pasadas. Pero lo más extraño era que, en lugar de reírse por sus rancios modales, se sintió fascinada.

Observó embelesada los finos dedos de uñas recortadas que se cerraban sobre el asa, sus pálidos nudillos sobresalían y en el dorso de la mano sus marcadas venas trazaban senderos que, por algún extraño motivo, Gala deseó seguir con los labios. Anheló más allá de toda lógica deslizar la lengua sobre la piel alba de esas manos cuidadas. Unas manos cuya visión, por inexplicable que pareciera, se le antojaba atrayente y cargada de erotismo. Sintió una súbita ráfaga de calor al recordar que él era maestro camisero, lo que significaba que tendría dedos ágiles y hábiles, capaces de coser con pericia... y de acariciar con sensual destreza. Sintió que se le erizaban los pezones. No hacía mucho, había imaginado esos dedos sobre ella, acariciándola y penetrándola, mientras se masturbaba arrullada por el carnal hechizo que creaba su voz ronca a través del teléfono.

Se lamió los labios repentinamente secos en tanto que notaba cómo su sexo se humedecía. Había algo intrínsecamente erótico en esos dedos, en la firmeza con la que aferraban la maleta. ¿Habrían aferrado igual el pene mientras le susurraba las órdenes que la llevaron al orgasmo? Si es que se había masturbado, claro. Porque eso era algo que no sabía.

—¿Acabaste? —le preguntó de repente, clavando la mirada en sus labios.

Rodrigo la miró confundido.

—No sé a qué te refieres.

—Ayer, ¿acabaste?

Él entornó los ojos, sin entenderla aún.

—Ayer, durante nuestra conversación telefónica en la playa... ¿Te corriste? —inquirió ella sin dar más rodeos. Y no pudo por menos que sorprenderse al ver que la piel nívea del hombre se teñía de un suave rosa.

—Me temo que no lo recuerdo —replicó él.

—¿Cómo no lo vas a recordar! —jadeó indignada.

—En realidad, no me atrevo a recordarlo. —La miró a los ojos, una sardónica sonrisa curvando sus labios—. De mi amnesia depende la supervivencia de mi masculinidad, a la que tengo cierto aprecio.

Gala lo miró perpleja antes de echarse a reír.

—Tal vez no debería haberte amenazado con castrarte —bromeó mientras bajaban la costanilla de San Andrés—. ¿Qué tal el barrio? ¿Ha pasado algo más? —preguntó, refiriéndose a la inquietante oleada de sucesos, a cuál más escalofriante, que asolaba su edificio.

—Gracias a Dios, no; parece que nos está dando un respiro. ¿Qué tal tus vacaciones? —preguntó él, deseando dejar atrás el desagradable tema.

—Relajantes, tranquilas, plácidas... Monótonas —contestó con una mueca de desagrado.

—¿Y eso? ¿El hotel no contaba con animación?

—Había espectáculos cada noche. El viernes lo pasé muy bien, pero el sábado se me vino el mundo encima, el domingo estaba deseando irme, y hoy se me ha hecho eterno hasta que he tomado el avión —masculló frunciendo el ceño.

Rodrigo arqueó una ceja, instándola a explicarse.

—No estoy acostumbrada a la tranquilidad. Es lo único que se me ocurre para explicar lo inexplicable. Estaba en una isla paradisíaca, sin cargas ni preocupaciones y rodeada de gente decidida a pasárselo bien..., y me he aburrido como una ostra —dijo resignada—. Tanta relajación me provoca urticaria. Estaba en la playa y sólo podía pensar en si mi suegra se habría acordado de que Gadea odia los tropezones en la sopa y Jimena no soporta la cebolla. No te imaginas lo exquisitas que son —resopló—. La playa estaba llena de niños y no podía dejar de pensar en lo bien que se lo habrían pasado mis hijas allí —musitó melancólica—. Debo de estar loca, tengo unos días para mí, sin niñas, discusiones, gritos ni exigencias y, en lugar de disfrutarlos, tengo morriña.

—Las has echado de menos, es comprensible —comentó Rodrigo interponiéndose entre los coches y Gala al llegar al paso de cebra. Se mantuvo atento al tráfico mientras cruzaban y volvió a colocarse a su lado cuando atravesaron la plaza hacia el portal—. Es difícil encontrar alegría en la soledad cuando estás acostumbrado a compartir tu vida con la familia.

—Sí lo es —convino Gala extrañada por la carga de pesar, tan similar a la que ella sentía cuando estaba lejos de sus hijas, que transmitían sus palabras. Sabía por Vicenta que él no tenía familia, y en ese momento fue consciente de que, hasta donde ellas sabían, pasaba la Navidad solo. No se le ocurría nada peor que pasar esas fechas solo en casa—. ¿Qué tal las fiestas?

Rodrigo permaneció en silencio un instante, como si estuviera meditando qué revelar.

—Tranquilas —respondió al fin. A ella, ni a nadie en realidad, le interesaba el imperturbable vacío que parecía tragarse la alegría de la que antaño gozaba su casa—. No me atraganté con las uvas, y para celebrar el Año Nuevo mantuve una notoria conversación con una mujer deliciosamente perversa. Conversación de la que, por supuesto, no guardo ningún recuerdo —apuntó, arrancándole una sonrisa a Gala a la vez que se detenía en el portal para abrir la puerta.

Atravesaron el vestíbulo y, al llegar a la escalera, esperó a que ella lo precediera, y después alzó la maleta y la siguió.

—¿Cuándo vuelven Jimena y Gadea? —preguntó por llenar el silencio.

—Tengo que recogerlas el viernes por la tarde.

Rodrigo la observó pensativo mientras una descabellada idea se hacía fuerte en su cabeza. Una locura que fue incapaz de ignorar y silenciar.

—Sería un privilegio que aceptaras cenar conmigo la víspera de Reyes —le propuso, consciente del dinero que tenía en el bolsillo. Un dinero que bajo ningún concepto debería gastar en una cita.

Gala lo miró sin saber bien qué contestar, aunque era muy consciente de lo que deseaba hacer.

—¿Por qué no? —dijo esbozando una seductora sonrisa.

Rodrigo suspiró, tan inquieto por su respuesta que había contenido la respiración.

—Pasaré a recogerte entre las ocho y media y las nueve —afirmó sintiendo una extraña exaltación.

No era la anticipación sexual provocada por una cita con una mujer hermosa, en absoluto. Era una emoción diferente. Una turbación intensa que, sin embargo, le provocaba una sublime placidez. Como si todo fuera exactamente como debía ser.

—Estupendo, te esperaré impaciente —exclamó ella, más entusiasmada de lo que debería estar, pues, al fin y al cabo, no era la primera cita que tenía con él. Aunque sí era la primera en la que saldrían solos. Un calor líquido se derramó sobre su piel, instalándose en zonas que hacía mucho tiempo no recibían ninguna visita masculina. Se abanicó con la mano, extrañada de sentir eso por culpa de una simple cita con ese hombre—. Vaya, qué calor hace.

—Debe de ser por el esfuerzo de subir la escalera —comentó tan acalorado como ella.

—Ya estás en tu piso —anunció Gala al pisar el descansillo del primero, que era donde vivía Rodrigo—. No hace falta que subas más, ya puedo yo con la maleta.

—Por favor, permíteme —solicitó él con una resolución imposible de rechazar.

—Eres todo un caballero —resopló burlona enfilando la escalera.

Rodrigo esperó a que se adelantara antes de seguirla. Y, aunque intentó no mirar, sus ojos se deslizaron ardientes por las largas y torneadas piernas para detenerse embelesados en el perfecto trasero que podía intuir bajo el chaquetón.

«No, querida. No soy ningún caballero», pensó molesto por su debilidad, aunque no por eso apartó los ojos de la magnífica anatomía de la mujer que lo precedía.

—Gracias por acompañarme y hacer de mula de carga —dijo guasona al llegar al rellano del segundo, sus ojos fijos en los de él.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para contenerse y no quitarle las gafas.

—Ha sido un placer —musitó Rodrigo incapaz de despedirse, dar media vuelta e irse.

—Seguro. No me imagino nada mejor que hacer un lunes por la noche que arrastrar una maleta por medio Madrid —susurró Gala deslizando una acariciante mirada por la boca de él.

Rodrigo tragó saliva para humedecer su garganta repentinamente seca.

Gala observó su nuez subir y bajar, y su lengua asomó ansiosa por lamer ese excitante trozo de piel.

Él no pudo evitar inclinarse hacia la promesa de sus labios. Ella elevó la cabeza, ofreciéndoselos. Y en ese momento una estridente algarabía de animales los sobresaltó, haciéndolos separarse.

—Perdona, es Jimena —se disculpó Gala, reconociendo el tono de llamada de su hija—. Hola, cielo, estoy a punto de entrar en casa, dame dos minutos y te llamo.

Un segundo después, apagaba el móvil esbozando una incómoda sonrisa.

—Es hora de entrar en casa —declaró mientras buscaba las llaves en el bolso.

Cuando las encontró, las sostuvo en la mano, indecisa. No le apetecía deshacerse de él tan pronto; al contrario, deseaba invitarlo a una copa. Y también a su cama. Seis años de celibato eran muchos años. Ya era hora de romper la abstinencia. Pero estaba molida por el viaje y todavía le quedaba deshacer la maleta, poner la lavadora y tenderla.

«Excusas, excusas», la acusó una inoportuna voz interior que no sabía que tenía.

—Te invitaría a pasar, pero tengo un montón de cosas que hacer y estoy muy cansada.

—Por supuesto, regresar siempre es duro —admitió Rodrigo—. Te veré el jueves.

—¿Adónde iremos?

—Aún no lo he pensado. ¿Alguna preferencia?

—Sorpréndeme —susurró con voz sensual.

—Lo intentaré —aceptó dirigiéndose a la escalera, aunque se detuvo antes de llegar a ella—. Te pido disculpas por anticipado, pero no puedo evitarlo —musitó regresando.

—¿Qué no puedes evitar?

—Besarte.

Le pasó la mano por la cintura, estrechándola contra él antes de darle un tórrido beso que la dejó con las rodillas temblorosas, los pezones endurecidos y los labios entumecidos.

—Eres la belleza hecha mujer —susurró antes de dar un paso atrás para no dejarse vencer por el deseo y volver a besarla. Era tarde y lo que ella necesitaba era descansar, no un pretendiente pegajoso intentando meterse en su cama—. Buenas noches —dijo utilizando toda su voluntad para irse.

Gala fijó la mirada en la escalera hasta que él desapareció por ella. No sabía cómo lo había hecho, pero con un solo beso había conseguido que su cuerpo estallara en llamas.

Entró en casa, dejó el bolso sobre la mesa y apenas si le dio tiempo a quitarse los zapatos antes de que el móvil volviera a sonar impaciente. Habían pasado los dos minutos prometidos y sus hijas requerían atención inmediata. Una luminosa sonrisa se dibujó en su rostro cuando oyó la voz alterada de Jimena y Gadea. No pasó mucho tiempo antes de que las niñas comenzaran a discutir por ver qué le contaba cada una, tema este de lo más peliagudo, pues ambas estaban en casa de la abuela y, por ende, vivían las mismas aventuras. Como era de prever, ninguna de las dos quiso renunciar

a su derecho, por lo que Gala acabó escuchando dos versiones muy parecidas de la misma historia.

Cuando colgó, observó la maleta. No le apetecía deshacerla, ya lo haría al día siguiente. Estaba sola, lo que significaba que no tenía que dar buen ejemplo a sus hijas y podía ser perezosa. Perezosa... y perversa. ¿Cuánto tiempo hacía que no se daba un baño?

Llenó la bañera, fue al dormitorio y buscó al fondo del cajón el vibrador que se había convertido en el mejor amante que había tenido nunca. Sumergible, con cinco velocidades, un grosor más que apropiado y un tacto sedoso de lo más excitante. Puede que sólo fuera un juguete, pero era igual de satisfactorio que la mayoría de los hombres con los que se había acostado, con la ventaja de que era mucho más complaciente, siempre estaba disponible, no le contaba su vida y jamás le ponía los cuernos.

Comprobó que el agua estuviera a su temperatura favorita, distribuyó una docena de velas aromáticas por el baño y apagó la luz. Un agradable aroma a canela la rodeó, despertando aún más sus sentidos. Se metió en la bañera y el tibio roce del agua hizo que sus pezones se fruncieran robándole un jadeo. Encendió el vibrador a la velocidad más suave y lo pasó por las endurecidas puntas. Todo su cuerpo respondió con una sacudida de placer. Apretó los muslos tratando de calmar el hambre de su sexo y continuó atormentando sus pechos mientras deslizaba la mano libre por su vientre, tan despacio que se sintió arder de impaciencia. Ignoró el capuchón de su clítoris y dejó vagar los dedos sobre los labios vaginales, abriéndolos para que el agua caliente le besara la vulva. Un nuevo estremecimiento le hizo mecer las caderas buscando un roce más intenso que se negó a proporcionarse. Aún era pronto para el orgasmo, esa noche no tenía prisa y quería jugar un poco más. Rendirse a la sensualidad mientras mantenía el deseo sometido y obligar al placer a crecer tal como Rodrigo había hecho con ella en la playa.

Imaginó las poderosas manos de él recorriéndola. Sus dedos pálidos penetrándola con rudeza para abrirse en su interior y curvarse en busca de ese punto secreto que la hacía jadear. ¿Sabría encontrarlo? Más aún, ¿se molestaría en buscarlo? Su exmarido nunca había puesto mucho afán en ello. Tampoco los hombres con los que había follado sin control los funestos meses posteriores a la separación. Sus experiencias con el sexo opuesto se reducían a unas cuantas caricias para lubricarla, un par de lengüetazos mal dados y varios minutos de mete-saca mientras perseguían su propio placer. No se habían preocupado de mucho más. Algunos lo habían hecho mejor, otros peor, y sólo unos pocos habían puesto cierto empeño en satisfacerla.

Frunció el ceño al darse cuenta de que su excitación menguaba. Estaba a punto de desperdiciar una maravillosa puesta en escena por dejar entrar a la realidad en su fantasía. Apretó los ojos y conjuró al hombre irreal con el que llevaba follando seis años. No tenía cara ni voz, no existía y nunca la dejaba insatisfecha.

Deslizó el vibrador por su vientre y, al llegar a su sexo, dejó que le rozara los labios. El sensual cosquilleo pronto se convirtió en excitación. Lo mantuvo allí mientras se pellizcaba los pezones, tironeando de ellos para luego calmarlos con la caricia del agua. Cuando el deseo se tornó tan ardiente que quemaba, quitó el tapón de la bañera y la vació hasta que sólo quedaron unos pocos centímetros de agua, los suficientes para acariciarle el cuerpo.

Cogió la alcachofa y subió los talones al borde. Un escalofrío de anticipación la recorrió cuando giró el cabezal y el agua se concentró en un potente chorro. Lo dejó en el suelo de la bañera, sujetándolo con el trasero, y comenzó a jugar con el vibrador sobre su clítoris, preparándolo para las intensas caricias que vendrían después. Aumentó la velocidad y acarició el endurecido brote hasta que sus muslos se cerraron involuntariamente por el placer. Se obligó a separarlos y deslizó el falo de silicona por su vulva, rozando con atormentadora ligereza la entrada de su vagina, a pesar de que ésta se contraía ansiosa por sentirse llena. Jugó hasta que estuvo tan sensibilizada que el más mínimo roce la hacía gemir y entonces aumentó al máximo la velocidad del vibrador y lo enterró con violencia en su interior.

Un gutural jadeo escapó de su garganta al sentir la anhelada invasión. Lo sacó despacio para volver a hundirlo hasta el fondo. Sus caderas elevándose en un espasmo involuntario mientras su clítoris palpitaba endureciéndose aún más.

Agarró temblorosa la alcachofa y orientó el potente chorro de agua a su vientre. Lo sintió golpearle el pubis y resbalar sobre su vulva en una dura caricia. Esperó un instante y lo dirigió a su sexo.

Un gemido de dolor escapó de su boca al sentir el impacto sobre sus labios vaginales. Apretó los dientes y se obligó a separar aún más los muslos, a pesar de la aguda caricia del agua. Sabía por experiencia que esa pequeña tortura haría el orgasmo más intenso. Pronto el dolor se transformó en placer y, cuando por fin apuntó el cabezal a su clítoris y el intenso chorro cayó sobre él, sintió que todo su cuerpo estallaba en una irresistible mezcla de tormento y éxtasis. Sus caderas se mecieron libidinosas mientras metía y sacaba el vibrador en su vagina y el agua impactaba con violencia contra su clítoris, el placer arremolinándose en su interior hasta que estalló en rabiosas ondas que la hicieron estremecerse y gritar silente durante interminables segundos. Después se quedó laxa, el vibrador saltando en el suelo de la bañera mientras sujetaba sin fuerza la alcachofa para que el agua no mojara las paredes y el techo.

Esperó unos segundos, disfrutando del gozoso relax posterior al orgasmo y, cuando se sintió recuperada, se puso en pie, cambió el modo del cabezal para recuperar la lluvia y se duchó con perezosa languidez.

¿Para qué necesitaba a un hombre cuando tenía sus manos, su ducha con masaje y su vibrador?

Martes, 3 de enero de 2017

—Perdona, ¿tienes un momento?

Gala se detuvo frente a la supervisora que ese día se había incorporado a su central desde la de Alicante.

—¿Algún problema, Verónica? —inquirió con una amigable sonrisa.

Sabía lo duro que era empezar de cero en una ciudad nueva, sin nadie a quien recurrir y en un trabajo tan estresante y exigente como el suyo, y estaba decidida a hacer ese trance lo más leve posible para su nueva compañera.

—Me preguntaba si te apetecería tomar algo al salir —comentó la mujer con timidez.

Gala la miró dubitativa, no acostumbraba a irse de copas tras el trabajo para no llegar muy tarde a casa. No obstante, las niñas estaban con su suegra, quien las tenía durante el período navideño que le correspondía a su ex, así que era libre.

—Sería estupendo —contestó animada—. Aunque no puedo despistarme mucho, tengo un montón de cosas que hacer en casa.

—Será sólo una cerveza, ¿nos vemos dentro de veinte minutos en la entrada del edificio?

Gala asintió y atravesó presurosa la enorme sala, en la que más de quinientas personas trabajaban en hileras de cubículos. Un monitor, un teclado, un ratón y unos auriculares con micrófono eran sus únicas herramientas. Eso, y sus voces, claro; al fin y al cabo, trabajaban en un *contact center* que recogía campañas de atención al cliente, reclamaciones, soporte técnico, encuestas y *telemarketing*. Se podía decir que eran mercenarios telefónicos al servicio del mejor postor. Gala era una de las supervisoras que se ocupaban de que, entre otras cosas, se cumplieran los objetivos de las campañas a su cargo.

Comprobó los partes para llevárselos al jefe de servicio, llamó a su despacho y esperó impaciente a que él tuviera a bien permitirle entrar, algo que tardó en suceder. Cuando por fin oyó el deseado «pase», su impaciencia se había convertido en un cabreo de proporciones épicas porque sabía que él la hacía esperar para molestarla.

Abrió la puerta y allí estaba él, repantigado en su silla como si no tuviera nada que hacer. Y, en realidad, así era. Ya se encargaba ella de hacer su trabajo. Apretó los dientes y enfiló hacia él mientras pensaba que era una lástima que con tantas balas como se disparaban en el mundo ninguna apuntara a ese papanatas engreído cuyo único propósito en la vida era hacerle la suya imposible. Le tendió la carpeta y él la dejó sobre la mesa sin mirarla, así que Gala abrió su copia y lo informó de lo acontecido para que tuviera constancia de todo. Al terminar, esperó a que le dijera

algo y, como no lo hizo, se despidió con voz seca decidida a marcharse a casa, que ya iba siendo hora.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando su jefe la llamó.

—Espera un momento, quiero comentarte algo.

Gala soltó un resoplido claramente audible antes de volverse para atenderlo.

—Imagino que te han llegado rumores de que va a haber cambios en el centro —comentó él.

—Algo he oído, sí.

—Habrá una reestructuración de plantilla. Algunos coordinadores serán destinados a otros centros, otros serán despedidos y dos de ellos ascenderán a supervisores. También habrá movimiento entre vosotros. Como habrás comprobado, Ana y José ya no trabajan aquí, y desde central nos han enviado a una compañera de Alicante para suplirlos, Verónica.

Gala asintió mientras contaba mentalmente. Se habían marchado dos supervisores y habían traído a una nueva, y sin embargo pensaban ascender a dos, lo que significaba que iban a despedir o a trasladar a alguien más. Sintió un brote de puro terror extendiéndose por su cuerpo. No podían cambiarla de provincia, había rehecho su vida en Madrid, sus hijas tenían su pandilla y ella tenía unos amigos que se habían convertido en la familia que nunca tuvo.

—Has empaldecido, ¿algún problema? —inquirió él esbozando una péfida sonrisa.

—En absoluto, debe de ser un efecto de la luz —respondió Gala irguiéndose desafiante.

—Seguro —repuso burlón—. También van a trasladar a un jefe de servicio. A mí, más exactamente. Han reconocido mis méritos y me van a premiar destinándome como gerente de planta al centro que van a abrir en Buenos Aires —anunció jactancioso—. Aún no tengo una fecha concreta, aunque imagino que será antes de fin de año.

Gala contuvo la carcajada histérica que se formó en lo más profundo de su garganta. Por fin iba a librarse de él, pero ya no importaba, porque quizá también la trasladaran a ella, lo que provocaría su dimisión inmediata, pues no pensaba irse de Madrid.

—Felicidades, señor Romero. Le deseo lo mejor en su nuevo puesto.

—Claro que sí, princesa —convino burlón, utilizando a propósito un apelativo cariñoso pues sabía que la fastidiaba que se refiriera a ella de esa manera—. La cuestión es que mi puesto será para uno de los supervisores de este centro, entre los que te cuentas tú.

Gala no pudo evitar que la sorpresa y el alivio se reflejaran en su cara. Ningún supervisor iba a ser trasladado o despedido, lo que significaba que su trabajo no peligraba.

—Como puedes imaginar, mi opinión será relevante a la hora de elegir un candidato u otro —prosiguió—. Sé que no te caigo bien; en realidad, tú a mí tampoco. Eres arisca, orgullosa, te crees muy lista y no te gusta recibir órdenes, y eso, querida, sólo tiene razón de ser si eres rica o jefa, y que yo sepa no estás en ninguno de esos grupos.

Gala lo fusiló con la mirada, pero no abrió la boca. Lo conocía lo suficiente para saber que estaba jugando con ella, provocándola para divertirse porque sabía que, por mucho que la enfadara, no podía replicarle. Demasiadas discusiones había tenido ya con todos los jefes de la empresa como para añadir otra más a su abultado currículum.

—Pero, además de desagradable y prepotente, también eres trabajadora e intuitiva —afirmó dejándola pasmada—. Tienes mucha iniciativa y posees una impresionante inteligencia emocional que te permite canalizar tus emociones y las de tus agentes para lograr los objetivos deseados. No en vano, tu equipo tiene las métricas más altas de la empresa. Tampoco es casualidad que lleves algunas de las campañas más importantes del centro. Es una pena que seas tan antipática; con tu cuerpezco y tus dotes de líder hace tiempo que serías jefe de servicio si hubieras sido un poco más agradable. Pero no, nuestra regina Gala no puede ser simpática con nadie ni aunque le vaya el ascenso en ello.

—No me interesan los ascensos —aseveró altiva.

—El orgullo no da de comer, encanto, y tampoco paga las facturas. Por experiencia sé que ser agradable abre muchas puertas. Y tú no eres agradable ni aunque te vaya la vida en ello. Lo cierto es que si continúas trabajando aquí es gracias a mí. No me mires así. Es la verdad. Has discutido con todos los jefes que has tenido y ninguno te soporta. De la misma manera que tú no nos soportas a nosotros. Imagino que es porque todos somos hombres y no te llevas demasiado bien con el género masculino, ¿verdad?

—Sí me llevo bien —replicó Gala esbozando una torcida sonrisa—, pero sólo con aquellos que merecen la pena. Por desgracia, son muy pocos.

—Y entre ellos no me cuento yo —finalizó la frase el jefe.

Gala contuvo la lengua para no decir nada de lo que luego pudiera arrepentirse.

—Oh, vamos, estábamos siendo sinceros el uno con el otro, no lo estropees ahora —se burló él—. Odias a los hombres. Y, sin embargo, ellos te desean. Estás muy buena, hasta yo soy capaz de verlo, a pesar de que mis apetencias discurren por otros derroteros. Tu culo, tus tetas y tu cuerpo han deslumbrado a todos los hombres de la empresa, jefes incluidos, que han albergado la esperanza de invitarte a una copa y echarte un polvo. Al fin y al cabo, soñar es gratis. Pero lo que han conseguido han sido palabras cortantes, malos gestos y discusiones cuando has ignorado, muy acertadamente, sus instrucciones sobre las campañas. Mientras que las jefas te ven como una amenaza, así que te odian sin más provocación —dijo categórico.

—Yo no lo veo así —repuso Gala, conteniendo a duras penas su mal genio.

Porque él no se estaba inventando nada. Las cosas eran así. O incluso peores. Su trabajo era estresante, monótono y anímicamente agotador. Los jefes, fueran del género que fuesen, la presionaban para cumplir objetivos imposibles. Los auditores la asediaban con estándares de calidad y focos de mejoras que debía trasladar a los agentes y coordinadores, a quienes se veía obligada a presionar. Y éstos, a su vez, requerían constantemente su presencia para que mediara en los conflictos que surgían a diario con clientes insatisfechos, furiosos e incluso agresivos, algo que era psicológicamente demoledor.

—Tú puedes verlo como quieras, pero la realidad es la que es —señaló él hiriente—. Lo que te ha salvado del despido todos estos años ha sido que tus campañas siempre han estado entre las mejores en la ratio de satisfacción del cliente. Y eso cuenta mucho. Así que has ido pasando de un jefe a otro hasta llegar a mí, que soy el único que te soporta. Y no porque me caigas bien, sino porque haces muy bien tu trabajo. Y el mío.

Gala dio un respingo al oírlo. Nunca había sido tan claro hablando. Apretó los puños. Era eso o meterle los dedos en los ojos y sacárselos. ¡Cuánto odiaba a ese hombre!

—¿Puedo saber a qué se debe este arranque de inusitada sinceridad? —inquirió sintiendo que la indignación y el cabreo comenzaban a ganarle la partida a la razón y a la medida.

—A que quiero hacer un trato contigo, preciosa. He conseguido que me den la campaña de un nuevo banco que podría convertirse en uno de nuestros mejores clientes. Como puedes imaginar, es primordial que obtenga los mejores resultados del centro, ya sabes, para inflar mis méritos y tener mejores referencias que mostrar en Buenos Aires.

—Y ¿de qué le va a servir? —preguntó desdeñosa—. Yo no voy a estar en Buenos Aires para hacer su trabajo. No tardarán mucho en descubrir que es usted un incompetente que no da un palo al agua y se aprovecha de los demás —dijo, harta de callarse.

—¿Tú crees? Hace seis años que trabajo aquí y nadie se ha percatado aún. No veo por qué ha de ser diferente en mi nuevo puesto.

Gala lo miró perpleja por su descaro. Aunque lo cierto era que no mentía.

—Deja que te cuente un secreto, querida, no es el mejor trabajador quien obtiene el mejor puesto, sino el que mejor se relaciona y mejor sabe utilizar los recursos y las actitudes de sus subordinados. Y yo soy un hombre agradable y muy bien relacionado que sabe qué equipo elegir para lograr los mejores resultados. A las pruebas me remito —afirmó recorriéndola con la mirada—. Mañana, gerencia anunciará que hemos conseguido la campaña de atención al cliente de InBank. Comenzará a finales de mes, así que deja de quejarte tanto y ponte las pilas.

—Y ¿qué obtengo a cambio de ponerme las pilas? —inquirió Gala desafiante.

—Ya has obtenido algo: información —respondió ladino—. Nadie sabe que mi puesto va a quedar vacante, y eso ya supone una ventaja sobre los demás candidatos. Te da tiempo para cambiar tu actitud desagradable y sacar a la mujer encantadora que escondes en tu interior. Por supuesto, también te recomendaré para ser la nueva jefa de servicio. Créeme, con eso tendrás el ascenso asegurado.

—No pienso cambiar de actitud para complacer a nadie. Hago muy bien mi trabajo, con eso debería bastar —replicó vehemente—. Y, de todas maneras, no me interesa el ascenso. Estoy bien donde estoy.

—Pero ése es el quid de la cuestión. ¿De verdad crees que vas a quedarte donde estás cuando me vaya? Piénsalo bien, cielito, cuando yo no esté, sólo quedarán los jefes que no tienen ganas de aguantarte, lo que significa que tu puesto dependerá de que quien me sustituya acceda a tenerte en su equipo, algo bastante improbable dado tu historial. Hazme caso, cambia de actitud, sé agradable, consigue los mejores resultados para mi campaña y acepta mi recomendación para el puesto, porque, si no lo haces, acabarás en la calle.

Gala sintió que toda su rabia se concentraba en su estómago y formaba una bola de hierro candente imposible de digerir. Ojalá pudiera dejarla salir y demostrarle que ella no se plegaba a los caprichos de ningún hombre. Pero él tenía razón en todo. Así que se tragó como pudo la rabia —ya se tomaría después un Almax— y esbozó una arrogante sonrisa.

—¿Cuándo presentará la campaña? —le preguntó, indicándole así que aceptaba.

—La presentaremos el lunes que viene.

Gala lo miró confundida por el uso del plural. Sería la primera vez que él, un megalómano de manual, compartiera protagonismo en una presentación.

—No habrás pensado que con todo lo que tengo que preparar para mi traslado voy a perder el tiempo organizando esta campaña, ¿verdad? Mañana te daré el dossier para que lo estudies y puedas transmitirles a la formadora, a las coordinadoras y a los agentes los protocolos. También quiero que prepares el planteamiento que expondré en la presentación —exigió artero—. No dirás que no soy un jefe generoso: voy a permitirte presentar a mi lado e incluso te daré cierto protagonismo para que puedas lucirte ante los jefazos.

—Pero no puedo preparar su...

—Puedes irte. —Giró sobre su sillón y miró por la ventana dándole la espalda.

Gala apretó los puños luchando por contener su mal carácter. Tomó aire con una fuerte inhalación, dio media vuelta y agarró el pomo de la puerta para abrirla e irse.

—Por cierto, encanto, te aconsejo que seas amable conmigo durante el tiempo que nos queda juntos. Va a ser muy difícil convencer a los jefazos de que has cambiado y eres agradable si sigues poniendo la cara de perro que tienes ahora.

—Tendré presente su consejo —afirmó Gala fijando en él una fiera mirada.

—Eso espero, cariño —dijo tirándole un besito.

* * *

—Siento llegar tarde —se disculpó Gala al salir y encontrarse con la nueva supervisora.

—No importa. Has estado un buen rato en el despacho del jefe. —Verónica la observó con curiosidad—. ¿Ha ocurrido algo?

Gala dudó antes de responder. No le gustaba mentir, mucho menos a una compañera, pero la conversación con su jefe era demasiado comprometida para compartirla con nadie.

—Sólo hablábamos de las próximas campañas, nada importante.

—Estupendo. ¿Adónde te apetece ir?

—La verdad es que se me ha echado el tiempo encima y no voy a poder entretenerme mucho —dijo pensando en su maleta sin deshacer—. ¿Te parece si tomamos algo rápido en el Gimnasio?

—¿En el gimnasio? —Verónica la miró como si estuviera loca.

—Sí. —Gala sonrió burlona—. Sígueme.

Enfiló la calle y no tardaron en llegar al Gimnasio. Un bar de los de toda la vida, con el escaparate lleno de carteles escritos a mano con ofertas de montaditos y platos combinados y un maravilloso olor a tapas saliendo por los respiraderos de la puerta.

—¡Pensaba que me llevabas a un gimnasio de verdad! —exclamó Verónica divertida por la broma de esa mujer que parecía tan inaccesible pero que había sido tan hospitalaria.

—No te dejes engañar por el nombre, aquí el único ejercicio que se hace es el levantamiento de vidrio en barra —explicó Gala guiñándole un ojo antes de entrar.

Una oronda camarera se acercó a ellas, puso una copa de rioja frente a Gala y le preguntó a Verónica qué iba a tomar. Le sirvió la cerveza solicitada, les puso una tapa de magro con tomate y regresó a su taburete para seguir viendo «Sálvame».

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Verónica, aunque ya sabía la respuesta.

—Almuerzo aquí todos los días, tienen unos montaditos divinos y el vino es decente.

—¡Más que decente! —gritó la camarera sin desviar la mirada del televisor.

—Donde esté una buena cerveza... —rebató Verónica alzando su pinta.

—Discrepo —replicó Gala haciendo chocar su copa con la jarra de su compañera.

Pasaron la siguiente media hora comentando asuntos relacionados con el trabajo. Confrontaron ideas, comentaron experiencias y, cuando acabaron sus bebidas y llegó la hora de marcharse, Verónica pagó la cuenta a pesar de las quejas de Gala.

—Deja de protestar, mañana pagarás tú —dijo Verónica esbozando una brillante sonrisa—. Muchas gracias por ser tan maravillosa, no sé qué habría hecho hoy sin ti.

—Para eso estamos las compañeras —le restó importancia—. ¿Hacia dónde vas?

—Estoy en una pensión de mala muerte a un par de paradas de autobús —masculló disgustada—. Mi traslado fue tan repentino que no tuve tiempo de buscar. Así que mandé mis cosas a la primera pensión barata que encontré con la intención de buscar un piso cuando llegara. Me llevé la sorpresa de mi vida cuando vi el cuchitril que había contratado.

—En mi edificio hay un piso en alquiler, si quieres pregunto a ver qué me dicen. Es un segundo exterior, muy luminoso, aunque creo que está sin reformar. Imagino que no será muy caro, y de todas maneras lleva más de un año vacío, tal vez puedas negociar.

—¿Tiene cucarachas?

—Espero que no... y, si no, podemos comprar Cucal y exterminarlas —señaló Gala, poniendo tal cara de asesina que arrancó una sonrisa a su nueva amiga.

Miércoles, 4 de enero de 2017

—Este tinte es específico para hombres —comentó la dependienta de la perfumería.

—Prefiero el que le he pedido, si no le importa —replicó Rodrigo con voz seca.

—Por supuesto, ¿sabe aplicárselo? —inquirió la muchacha nerviosa—. Tiene que...

—Sé cómo hacerlo, gracias —la cortó molesto al ver que dejaba el tinte en el mostrador, de modo que cualquiera podría ver lo que compraba—. ¿Me cobra de una vez, por favor?

Si había algo que lo disgustaba más que verse obligado a comprar el tinte en unos grandes almacenes a la vista de todo el mundo era toparse con una dependienta latosa empeñada en decirle lo que ya sabía. Pero a esas horas la discreta perfumería a la que siempre acudía estaba cerrada, por lo que no le había quedado otro remedio que entrar en El Corte Inglés de Serrano.

Recogió desdeñoso el tique, tomó la bolsa y se encaminó a los aseos. Odiaba comprar allí, donde siempre había tanta gente. Ociosos despreocupados sin nada mejor que hacer que dar vueltas alrededor de los stands mientras elegían en qué gastarse el dinero. Sacudió la cabeza, consciente de que no estaba siendo razonable. Él mismo estaba allí, rondando los stands en busca del tinte que siempre usaba, y por eso estaba tan enfadado y frustrado. Porque no había conseguido encontrarlo y se había visto obligado a recurrir a la dependienta, una jovencita parlanchina que se había entretenido recomendándole varios productos antes de darle el que había solicitado.

Entró en el aseo, sacó el tinte de la bolsa y miró desdeñoso la caja. ¿Por qué tenían que hacerla tan poco discreta? ¿De verdad era necesario que una mujer de sedosa melena rubia ocupara todo el frontal? Las cajas de tinte para hombres eran mucho más comedidas, pero no se atrevía a cambiar de marca por si variaba el color. Se teñía desde niño y la única vez que se había arriesgado a cambiar había sido un desastre, pues todo el mundo lo había notado. Aunque, claro, en esa ocasión no le había quedado otra opción. La crisis había caído sobre la camisería y se había visto obligado por imperativo económico a dejar de teñirse en la peluquería de caballeros a la que siempre acudía para hacérselo él mismo en casa. Había sido un ahorro considerable. Y también una dolorosa humillación. No por tener que mancharse las manos con ese mejunje repugnante que olía a rayos, sino por la mortificación que habían supuesto las miradas curiosas de sus vecinos y conocidos cuando no había conseguido igualar el tono y, debido al evidente cambio de color, todos habían descubierto que se teñía.

No se había sentido tan mal desde que era niño y sus compañeros del colegio se burlaban de él por el color de su pelo y por los movimientos espasmódicos de sus ojos. Gracias a Dios, el tinte había solucionado el primer problema, mientras que el segundo se había relajado con el paso de los años hasta casi desaparecer, siempre y cuando no estuviera nervioso, claro. Porque los nervios siempre traían consigo un aumento del nistagmo^[1].

Sacudió la cabeza para librarse de tan ingratos recuerdos y metió el tinte en el maletín, a buen recaudo de miradas indiscretas. Después regresó a la camisería, a pesar de que aún no era la hora de abrir. Pero no podía perder el tiempo si quería entregar las camisas el día fijado.

Ocupó el resto de la tarde en ensamblar las piezas que había aparejado durante la mañana. Eran casi las ocho cuando una mujer de escasa estatura, mejillas rubicundas y mirada severa acentuada por unas gafas bifocales de montura afilada entró en la tienda.

—Buenas tardes, Rodrigo —saludó con una dulce sonrisa que no casaba con sus rasgos austeros—. ¿Tienes preparadas las camisas?

—Buenas tardes, Amalia, gracias por responder a mi precipitada llamada de auxilio —dijo con evidente cariño.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Incluso en la víspera de la cabalgata de Reyes —replicó burlón.

—Ya estoy vieja para andar detrás de camellos y Reyes Magos —señaló ella observando las camisas. Tomó una con dedos ágiles y sabios—. Un tejido espectacular, cuellos dúctiles, buen aplomo, costuras más que correctas —enumeró complacida antes de levantar la cabeza y mirarlo suspicaz—. Elegantes, aunque muy básicas.

—Sólo he tenido dos días, Amalia, no puedes pedirme más —se excusó—. Las iniciales van en la parte alta del bolsillo en letra de imprenta de ocho milímetros.

—¿Ocho milímetros? —jadeó apurada—. ¡Eso es una enormidad! Quedarán monstruosas.

—Lo sé. Pero el cliente lo quiere así. En sus propias palabras, quiere «que se vean» —masculló disgustado recordando la agria discusión que había tenido con Lavinia sobre la conveniencia de bordar iniciales discretas en lugar de llamativas.

Lo único que había conseguido había sido rebajarlas de un centímetro a ocho milímetros. Menos era una ridiculez, según el espantoso gusto de la mujer.

—Tú mandas —se resignó Amalia mirando disgustada la camisa. Era una pena que una prenda tan bien confeccionada se estropeará de esa manera—. Las traeré mañana a las dos.

—Y tendrás mi eterna gratitud —afirmó Rodrigo empaquetándolas.

—Eso y algo más, espero. De la gratitud no se come —replicó burlona.

—Por supuesto, ¿la tarifa habitual más un treinta por ciento por la premura?

La mujer asintió, tomó el paquete con las camisas, cabeceó despidiéndose y se fue.

Rodrigo cerró con llave y se apresuró a limpiar la tienda como cada tarde, aunque en esta ocasión fue menos meticulado que de costumbre. Las horas que llevaba cosiendo le estaban pasando factura y sufría un considerable dolor de cabeza que mucho se temía alcanzaría proporciones épicas. Se acercó al baño para lavarse la cara con agua fría e intentar calmar el ardor de sus ojos. Apenas si consiguió paliar las molestias, así que, consciente de que la camisería podía pasar sin una limpieza profunda, guardó las gafas de cristales transparentes que usaba para trabajar y se puso las de cristales amarillos que utilizaba en casa y en la calle, siempre y cuando no fuera un día demasiado luminoso, claro.

Si había algo que sus ojos no soportaban era la luz directa o muy intensa, con la peculiaridad de que, dada su limitada agudeza visual, precisaba de una buena iluminación para realizar su trabajo. De ahí que tuviera diferentes gafas con distintos cristales reductores de luminosidad que usaba dependiendo de la luz imperante y el desempeño que fuera a realizar. Por descontado, ver la tele no suponía el mismo esfuerzo visual que coser una camisa. El suyo no era el mejor trabajo del mundo para un hipermétrope fotófobo.

Se puso el abrigo y se marchó. Media hora después llegaba al portal de su casa, el dolor lanzando afilados dardos contra sus palpitantes sienes y emborronándole la vista hasta hacerle imposible enfocar.

Sacó las llaves y buscó a tientas la cerradura, pues a su turbia visión debía sumarle la pésima iluminación exterior del portal.

—Espera, tengo el móvil en la mano, deja que ponga la linterna —oyó una voz tras él. Un haz de luz resplandeció contra la cerradura de latón, deslumbrándolo dolorosamente.

—Gracias. —Rodrigo se volvió para encontrarse con el vecino del primero interior, Cruz, que lo saludó distraído antes de entrar con la mirada fija en el móvil.

Rodrigo lo observó intrigado; debía de ser algo muy importante, pues ese hombre no tenía por costumbre ser maleducado. Su interacción se limitaba a los saludos habituales entre dos vecinos que no se conocen ni tienen intención de hacerlo, pero tampoco había acritud entre ellos, sino un peculiar respeto propiciado por la amistad que los unía a ambos con Gala.

De los amigos de Gala, Cruz era el que menos disparatado le parecía. Él, Eva, Vicenta y Gala formaban un cuarteto de descerebrados pendencieros que, según estaba descubriendo, no lo eran en absoluto. De hecho, se estaba dando cuenta de que, a pesar de sus peculiaridades, eran personas íntegras y de trato agradable.

Eva, a pesar de su molesta tendencia a las travesuras, era una mujer cabal y responsable. Y, desde que se relacionaba con Adán Vega-Sombría, su afilada lengua parecía haberse relajado un poco. Vicenta, con más de ochenta años a sus espaldas, llevaba el pelo azul y de punta como si fuera un puercoespín. ¿Acaso no tenía espejos

en su casa? Aunque debía reconocer que le gustaban sus maneras francas y directas. Siempre sabías a qué atenerte con ella. Y, por último, Cruz: todas las comunidades tenían un vecino mariquita, y él era el suyo. Tenía una galería de arte en la que hacía exposiciones y no parecía mal tipo. En realidad, no eran tan horribles y chabacanos como había creído siempre.

Y sólo le había llevado toda la vida descubrirlo y salir de su error.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó de repente Cruz—. Esto es inconcebible, horripilante y espeluznante —jadeó guardando el móvil en el bolsillo con un gran aspaviento.

—¿Problemas? —preguntó Rodrigo mientras esperaba el ascensor.

—Todos los del mundo —suspiró Cruz con teatralidad—. Tengo asuntos muy importantes que arreglar y no puedo hacerlo porque tengo tanto trabajo acumulado que no me da la vida —se quejó sacando el móvil de nuevo, pues había vuelto a sonar el silbidito del WhatsApp.

Rodrigo lo miró enfadado. ¡Cómo era posible que un mariposón como ése estuviera desbordado de trabajo cuando él veía día a día desaparecer sus clientes y languidecer su negocio! ¡Y encima se quejaba por ello! Era tan injusto...

Cruz apagó el teléfono, tomó las cartas del buzón, se dirigió a la escalera y en ese momento descubrió la mirada de puro odio que el Estirado le dedicaba. Parpadeó extrañado. No eran exactamente amigos, pero en los últimos meses, y por consideración a Gala y a Gadea, que parecían tenerle cierto aprecio, había comenzado a relacionarse con él. Incluso creía que empezaban a llevarse bien. Más o menos. Se encogió de hombros y subió la escalera presuroso. Si el Estirado quería cabrearse, que lo hiciera; él no tenía tiempo que perder.

Esa tarde había reunión de chicas y él tenía una noticia muy gorda que dar.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! Me ha sido imposible llegar antes. He tenido el día más horrorosamente horripilante de toda mi vida. ¡Decir que ha sido caótico es quedarse corto! Por un lado, el artista exigiendo lo imposible y, por el otro, la familia de Bruno llamándome al móvil sin parar y ¡exigiendo también lo imposible! Estoy a un paso de volverme loca —exclamó Cruz al traspasar el umbral de la casa de Vicenta.

—Tranquilízate, guapa, que te va a dar un tabardillo —lo instó la anciana.

—¿Por qué la familia de Bruno te llama exigiéndote lo imposible? —inquirió Gala con los ojos entornados.

Cruz se quedó petrificado en el pasillo, la cazadora a medio quitar y la boca abierta en un gesto de absoluto pasmo al darse cuenta de que había metido la pata. Hasta el fondo.

Gala era demasiado perspicaz como para no buscar el mensaje oculto en sus palabras. También era muy perseverante y no se daría por vencida. Y él necesitaba más tiempo para preparar su confesión. Un par de siglos, año arriba, año abajo, serían suficientes para estar listo. Suspiró, pensando por millonésima vez que debería haber hablado del tema con sus amigas el mismo día que había llegado de Málaga tras pasar la Nochebuena con la familia de Bruno. Pero no lo había hecho. Y ahora le tocaba contárselo. Y no sabía cómo.

Esas Navidades habían sido reveladoras. Tras años de relación, había conocido por fin a la familia de su novio, quien, por cierto, no les había dicho que era gay. A pesar de sus temores —y del pánico de Bruno a confesar su homosexualidad—, todo había salido a pedir de boca. Habían aceptado su relación sin resquemor y lo habían tratado como a uno más de la familia. Todo había sido perfecto, y él, para qué negarlo, se había quedado aturullado por todo lo ocurrido... y por la exigencia final de la madre de su novio.

Durante el viaje de vuelta a Madrid había llegado a la conclusión de que no podía tomarse en serio la inesperada petición de su suegra. Aunque Bruno hubiera accedido por darle el gusto a su madre, lo conocía lo suficiente como para dudar, y mucho, de que el asunto llegara a término. Al fin y al cabo, Bruno adolecía de una tremenda aversión al compromiso, a los eventos sociales y a exponer su intimidad.

Así que Cruz había decidido no compartir con sus amigas aquello que estaba seguro que nunca iba a ocurrir. Pero, por lo visto, sí iba a ocurrir. Y ahora tocaba confesar. Más que nada porque iban a enterarse sí o sí. Si no, como el cobarde que era, se lo habría ocultado por los siglos de los siglos, amén. Pero ¿cómo esconder una boda?

Miró a Gala y supo que el tiempo de las dudas había acabado. No le iba a permitir escabullirse.

—Cruz... ¿Por qué la familia de Bruno no te deja tranquilo? —inquirió ella persistente.

—Bueno, es... complicado de explicar —farfulló él con la culpabilidad escrita en la cara.

—¿Qué es complicado? —preguntó Eva entrando en la casa, al fin y al cabo, todos tenían las llaves de todos y no necesitaban llamar al timbre.

—¡Eva, querida! —exclamó Cruz tal vez con demasiado entusiasmo; pero es que había visto en ella su salvación, al menos eventual, hasta que encontrara el valor para confesar el gran secreto—. Cuéntanos, ¿cómo está hoy Dolores? ¿Más tranquila que ayer?

—Muchísimo mejor —respondió Eva, quien había pasado toda la tarde en el hospital con Adán y la abuela de éste—. Está muy animada, ya le ha echado la bronca al personal por llevarle la comida fría, ha vuelto locas a las enfermeras con sus exigencias y ha discutido con el médico por mil chorradas.

—Vuelve a ser ella en toda su esencia —apuntó Vicenta poniendo la mesa.

—Más o menos —aceptó Eva contenta, aunque el tono cetrino de su piel y sus marcadas ojeras daban buena muestra de lo cansada que estaba.

—¿Adán se ha quedado a dormir? —preguntó Vicenta preocupada, pues, aunque Dolores fuera su enemiga acérrima, eso no significaba que no hubiera cariño entre ellas. Al fin y al cabo, llevaban más de sesenta años conviviendo en ese edificio.

—Sí, no quiere dejar a su abuela sola.

—Es un buen hombre, Evuchi —musitó Cruz mirándola con cariño mientras sacaba cuatro copas de la vitrina—, no lo dejes escapar.

—No digas tonterías, no existen los hombres buenos. Se extinguieron en la última glaciación —intervino Gala en el tono bronco que acostumbraba a usar cuando hablaban de los hombres—. Además, es él quien no tiene que dejar escapar a Eva. Y, si la deja escapar, ya me ocuparé yo de mostrarle su error.

—No creo que a éste convenga castrarlo, Galita; Eva podría enfadarse si la dejas sin su juguete favorito —apuntó Vicenta, arrancándoles una carcajada a todos.

A todos, menos a Gala.

—Nadie ha dicho nada de castrarlo —replicó molesta mientras cogía el sacacorchos para abrir la botella de vino.

—Es tu *modus operandi* habitual —señaló Cruz siguiendo la broma de la anciana.

—Ni que hubiera castrado a alguien alguna vez —masculló ella agarrando la botella por el cuello con tanta firmeza que más parecía estrangularla que sujetarla. Se lamió los labios en un gesto de placer y clavó con saña la punta en el corcho. Lo hizo girar, hundiendo la afilada espiral de metal con los movimientos medidos de un torturador profesional, y tiró arrancándolo de cuajo con un gesto de sádica satisfacción—. ¿Qué miráis?

—Ay, Gala, das miedo. Mejor suelta eso, en tus manos parece un arma —murmuró Cruz sin apartar la mirada del sacacorchos.

Ella arqueó una ceja, miró desdeñosa el descorchador y lo soltó en la mesa para, acto seguido, verter el vino en las copas y alzar la suya.

—Por los hombres y las muchas maneras que hay de caparlos —propuso con gesto feroz, arrancando sonrisas a sus amigas, que se apresuraron a brindar con ella, Cruz incluido.

—¿Ha pasado algo? —inquirió Eva al percatarse de que su amiga no sonreía—. ¿El Indeseable ha vuelto a hacer de las suyas? —dijo refiriéndose a su exmarido, pues cuando Gala hablaba de castración normalmente era por algo que le había hecho él.

—No, sólo que no parece el mismo de siempre —contestó ella—. Las niñas me han dicho que está pasando estos días con ellas en lugar de olvidarlas con la abuela como tiene por costumbre. De hecho, se está comportando como un padre por primera vez en su vida. Las ha llevado a Cortylandia, a la plaza Mayor, a ver las iluminaciones de Navidad, y hasta se ha caído patinando con ellas en la pista de hielo de la plaza de Colón.

—A ver si va a estar enfermo... —comentó Vicenta burlona mientras servía la cena.

—No lo descarto, pero, por lo visto, más que por enfermedad es por amor. Al parecer, se ha echado novia. Sólo una en lugar de las tres o cuatro habituales —apuntó mordaz, pues la fidelidad era un concepto que no iba con su ex—, y parece que ha cambiado. Ahora es un padre cariñoso y entregado —dijo Gala, a quien la actitud de su ex le resultaba de lo más extraña.

De hecho, más que extraña, inconcebible.

Era la primera Navidad en los seis años que llevaban separados que se había molestado en pasar las fiestas en la misma casa que sus hijas en lugar de acercarse a verlas un par de horas cada día. De hecho, las niñas parecían tan sorprendidas como ella cuando hablaban por teléfono. Sorprendidas y encantadas. Sólo esperaba, por el bien de su ex, que no las decepcionara tras haberlas ilusionado, porque entonces tendría que vérselas con ella.

—Entonces, si con Eduardo todo va bien, ¿por qué estás tan agresiva? —indagó Cruz.

—Va a haber cambios en el trabajo y no sé cómo van a afectarme —respondió Gala para, acto seguido, detallarles la propuesta de su jefe.

Debatieron sobre ello un buen rato y, aunque no llegaron a ninguna conclusión sobre cómo afrontar el reto, ella se quedó mucho más tranquila. No había nada como hablar entre amigas. Luego les contó que tenía una nueva compañera que estaba buscando piso.

—Así que la he puesto en contacto con la propietaria del segundo exterior derecha, si llegan a un acuerdo sobre el alquiler tal vez tengamos nueva vecina.

—¡Madre mía, sí que te han pasado cosas en dos días! —exclamó Cruz asombrado.

—Sí, estás Navidades están siendo muy movidas. Para todas —apuntó Gala fijando una penetrante mirada en su amigo, lo que puso sobre alerta al resto del grupo.

—¿Ha pasado algo que no sepamos? —Eva miró alternativamente a ambos.

—Por lo visto, la familia de Bruno no deja de llamar a Cruz por teléfono...

—Vaya, qué interesante —comentó Vicenta, que se tenía por la mejor investigadora del grupo, del edificio y del mundo entero en general—. ¿Algún secreto que no nos hayas contado, hijita? —clavó la vista en Cruz, al igual que Gala y Eva, y él tragó saliva aturullado.

—Me caso —anunció con voz débil. Sus amigas lo miraron perplejas y él, nervioso, comenzó a parlotear—: Fue idea de Rocío, la madre de Bruno. Bueno, en realidad no fue una idea, sino una exigencia. No os podéis imaginar lo contundente que es esa mujer. Encantadora, sí, pero muy vehemente cuando quiere algo. Le dijo a Bruno que no le gustaba que viviéramos juntos sin casarnos y que no lo iba a consentir. ¡Y Bruno me pidió que me casara con él! ¡Allí mismo! —gritó escandalizado llevándose las manos a la cara.

—Y ¿qué le dijiste? —lo increpó Gala sin respiración.

—¡Que sí!

—¡¿Por qué?!

—¡Porque lo quiero!

—Pero... ¡casarse es un error! ¡El mayor que cometerás en tu vida! —Se levantó alterada—. Lleváis años viviendo juntos y sois felices, ¿¡por qué estropearlo con un matrimonio!?! ¡Es demencial!

—Gala, tranquilízate —la paró Eva poniéndole la copa de vino en la mano.

Ella se la tomó de un trago.

Cruz aprovechó el respiro para llenarse la suya, tomársela y volver a llenársela.

Vicenta se la quitó antes de que se la bebiera.

—Ni se te ocurra, bonita, que ya sabemos lo mucho que te afecta el alcohol y tienes que estar serena para contarnos todo lo que ha pasado. Y, por cierto, ¡enhorabuena!

Cruz miró a su anciana amiga y rompió a llorar.

—¿Has contado cuántas copas ha bebido? —le susurró preocupada Eva a Gala.

—Sólo una.

—Y otra más ahora. No son suficientes para que esté borracho. Incluso él necesita al menos tres para echarse a llorar sin motivos —murmuró Eva alarmada.

—No es sin motivos, yo también lloraría como una magdalena si tuviera que casarme —masculló Gala, ganándose un malhumorado codazo de su amiga.

—Si no vas a decir nada agradable, mejor ten la boca cerrada.

Gala la miró, agarró la copa y una botella de vino, y se tiró en el sillón. La desafortunada boda de Cruz era un motivo perfectamente válido para darse a la bebida.

—Ya está, mi niña, ya está. Tranquila, estás con la abuela Vicenta, cuéntaselo todo, que ella lo arregla —canturreó la anciana sin dejar de abrazar a Cruz.

—Me caso... el tercer... sábado de junio en... la Casa de la Panadería —hipó él.

—Pero ¡eso es fabuloso! —exclamó Eva animada—. Es un lugar precioso y en una fecha perfecta, verano, pero sin que haga mucho calor.

—En junio del año pasado alcanzamos los treinta y nueve grados —señaló Gala alzando su copa de vino en un malicioso brindis—. Hacía más calor que en el infierno.

—¡Es una fecha horrible! Nos moriremos de calor, a la madre de Bruno le dará una lipotimia, todo saldrá mal y ¡él me odiará y pedirá el divorcio! —gimoteó Cruz.

—Nada va a salir mal y no va a hacer calor —afirmó Eva, lanzando una mortífera mirada a Gala, quien se apretó los labios con los dedos en el gesto universal de «cierro la boca».

—Sí lo hará, porque tengo una suerte espantosa...

—¡Pues si lo hace les das abanicos! —exclamó Vicenta agarrando a su amigo por los hombros y zarandeándolo—. Deja de llorar y compórtate como un hombre.

Cruz la miró como si se hubiera vuelto loca. ¡Llevaba toda la vida sin comportarse como un hombre! No obstante, sorbió por la nariz e irguió la espalda.

—Lo de los abanicos no es mala idea —aceptó limpiándose las lágrimas.

—Y, si no es suficiente, en las tiendas para turistas venden gorras con ventilador incorporado —apuntó Gala burlona antes de dar un trago a su copa—. Seguro que tus invitados estarán monísimos con ellas.

—Va a ser un desastre —murmuró Cruz derrumbándose—. No debería haber aceptado.

—No digas tonterías, Cruz —lo regañó Eva—. ¡Te vas a casar! ¡Eso es maravilloso! Y superromántico. ¿Por qué no nos lo habías contado? —le preguntó entre intrigada y molesta.

—Porque no creía que fuera a hacerse realidad y me daba apuro contároslo para luego no casarme. Si tenía que desilusionarme, prefería hacerlo sola y no meteros en el ajo —confesó avergonzado—. Ya sabéis lo reservado que es Bruno y lo poco que le gustan los eventos. Y las bodas son eventos llenos de gente en los que todos cotillean sobre todos. Estaba seguro de que sólo me lo había pedido para complacer a su madre y que una vez en Madrid se limitaría a dar largas a la fecha eternizando la boda —confesó con un sollozo.

—Y no ha sido así... —lo instó Eva a continuar.

—El lunes me llevó al registro a abrir el expediente para casarnos, allí nos esperaban su hermano y mi socio para actuar de testigos. Me llevé la sorpresa del siglo. Nos dieron un número de registro y con eso fuimos a la Casa de la Panadería

para ver qué fechas tenían... Bruno cogió la primera que le dieron. Dijo que, ya que iba a casarse, prefería hacerlo rapidito para quitarse el marrón de encima lo antes posible —explicó antes de echarse a llorar otra vez.

—Desde luego, tu novio es puro romanticismo... —masculló Vicenta enfurruñada.

—Córtale los huevos para que aprenda a ser más sensible —propuso Gala.

—Les dijo la sartén a las brasas —masculló Eva acercándose para quitarle la botella de vino, aunque ya se la había bebido casi entera.

—Eso sería un desperdicio. Si le corto los huevos, no voy a poder tener sexo con él, y Bruno folla de maravilla —masculló Cruz con gran seriedad llenando su copa y la de Vicenta.

—No seas tonta, te he dicho que le cortes los huevos, no la polla —rebatía Gala yendo a por otra botella—. Hay que saber elegir qué cortar. ¿Los huevos peludos sirven para algo? No. Pues eso es lo que tienes que cercenar. La polla la dejas.

Cruz se bebió la copa y se la volvió a llenar mientras miraba pensativo a su amiga.

—Pero a mí me gusta comérselos —murmuró cabizbajo—. Y, además, no los tiene peludos, se los afeita.

—Me rindo —musitó Eva sirviéndose una copa de vino. No iba a ser la única sensata, con lo aburrido que era eso.

Dos horas después estaban los tres apretujados en el sofá, recostados unos contra otros, ideando planes para la boda mientras Vicenta ocupaba el sillón orejero.

—Rocío va a ser la madrina. No es que yo se lo pidiera, se autonombró ella, y cualquiera le lleva la contraria —apuntó Cruz encogiéndose de hombros. Estaba bastante más tranquilo después de hablar largo y tendido con sus amigas y de que éstas le aseguraran que todo iba a salir bien—. Pero vosotras seréis mis damas de honor. Os vestiré de gala, con vestidos de ajustados corpiños, escotes palabra de honor y cola de tul.

—Me niego a vestirme de princesa cursi —declaró Gala bebiendo a morro de la botella, las copas olvidadas hacía rato en la mesa.

—Pues tendrás que hacerlo —sentenció Eva—. Si yo me pongo un vestido moñas, tú también.

—No va a ser moñas —protestó Cruz ofendido.

—Pues a mí sí me gusta la elección de vestido. El escote palabra de honor me queda espectacular. Era el que llevaba de joven, claro que antes no tenía que usar poleas para subirme las tetas a su sitio —afirmó Vicenta recolocándose el pecho—. ¿Has pensado de qué color será? No me gustaría que desentonara con mi pelo. —Se atusó coqueta el pelo azul radiactivo—. Aunque siempre puedo teñírmelo del mismo color que el vestido, así iría conjuntada.

Gala, Eva y Cruz miraron a Vicenta mientras trataban de imaginar su gran delantera contenida en un corpiño y su robusto cuerpo en un vestido de tul rosado.

—Tal vez sea mejor elegir vestidos con escote cuadrado —apuntó Cruz.

—Y con un corte discreto y sin mucho vuelo —respaldó Eva.

—Y negros —señaló Gala.

—¿Negros? —jadearon Cruz, Eva y Vicenta al unísono.

—Al fin y al cabo, vamos a una boda, qué mejor que ir de luto por la buena vida que dejarás atrás, por la libertad arrebatada, la muerte del amor y el dolor de la inminente infidelidad.

Cruz la miró, sus labios temblando al borde del sollozo. Tomó aire con fuerza conteniendo el llanto, se levantó tambaleante del sofá y, para quedar enfrente a ella, giró sobre sus talones, lo que estuvo a punto de provocar que diera con el trasero en el suelo. Porque ya sí que llevaba más de tres copas de vino. Y él no toleraba bien el alcohol.

—Aunque tenga que atarte, drogarte o ponerte una mordaza, a Dios pongo por testigo de que me casaré con Bruno y tú serás mi dama de honor —afirmó con el puño en alto cual Escarlata O'Hara antes de dirigirse dando tumbos a la puerta.

—Lo acompaño, no tiene equilibrio para bajar la escalera —anunció Eva yendo tras él.

—No sé por qué se ha puesto así —masculló Gala.

—Porque eres una cafre. —Vicenta la miró compasiva—. Que hayas tenido mala suerte en tu matrimonio no significa que todos los matrimonios acaben en desastre.

—Y eso lo dice una mujer que nunca se ha casado, a pesar de tener cientos de amantes.

—Pero el hombre al que yo deseaba ya estaba cazado —repuso Vicenta, a quien el vino había soltado la lengua—. Y ése te puedo asegurar que nunca fue infiel a su mujer, y ocasiones no le faltaron —afirmó con un melancólico suspiro antes de volver a centrar su atención en Gala—. Deja que Cruz disfrute con la boda y no le amargues la existencia. Ya tendrás tiempo más tarde de cortarle los huevos a Bruno si le hace daño.

Jueves, 5 de enero de 2017

Gala se tragó el segundo ibuprofeno del día y miró el reloj. Faltaban quince minutos para las cinco, que era cuando finalizaba su jornada. Y ese día, así iba a ser. Y no por el tremendo dolor de cabeza con el que se había levantado y que gracias a Dios casi había desaparecido, sino porque esa tarde tenía una cita. Bueno, en realidad, dos. Buscó a Verónica en la sala.

Su nueva compañera ya había hablado con la dueña del piso e iba a verlo esa tarde. Gala se había ofrecido a acompañarla, así que no tenía un segundo que perder si quería que le diera tiempo a arreglarse para su cita. Recogió los papeles que ocultaban su mesa y se dirigió al despacho de su superior. A su alrededor, los agentes emitían y recibían llamadas sin parar mientras las coordinadoras comprobaban que todo se desarrollara correctamente y los auditores los escuchaban desde su madriguera, valorando las llamadas, su tono al hablar, las palabras que utilizaban y el flujo de información que se movía.

Allí, todo estaba medido, se trabajaba bajo una gran presión con condiciones laborales muy duras y salarios de risa, pero a ella le gustaba el ritmo diabólico que le imponían. La fascinaban los estudios para mejorar la accesibilidad de la información y optimizar la calidad del servicio, la lucha por los objetivos y el análisis de estrategias. Si alguien le hubiera dicho que llegaría a convertirse en supervisora, le habría llamado loco. Pero así era.

Le gustaba su trabajo, no quería perderlo, y por eso iba a luchar por el ascenso.

Llamó a la puerta de su jefe y entró con más celeridad de la esperada, pues, en contra de lo normal, la respuesta de éste fue instantánea.

—¿Hay algún problema? —inquirió él con voz acerada. No era habitual que Gala llamara al despacho antes de las seis si no era viernes.

—En absoluto. Traigo el informe de producción, eficiencia y objetivos.

—¿Tan pronto?

—Es mi hora de salir.

Él arqueó una ceja mirándola displicente.

—Pensé que después de lo que hablamos te tomarías en serio tu trabajo y cambiarías tus prioridades.

—Me tomo muy en serio mi trabajo. Y el suyo —replicó Gala con tono belicoso—. Y mis prioridades están perfectamente ordenadas.

—Eso espero, no querría verte en el paro, con lo complicado que es encontrar trabajo hoy en día —señaló en tono afilado—. ¿Has estudiado el dossier de InBank?

—He hecho un primer análisis y tengo algunas ideas para la estrategia que implementar, aunque aún tengo que definir las.

—El planteamiento tiene que estar listo para la presentación del lunes.

—Y lo estará.

Él se limitó a esbozar una artera sonrisa, por lo que Gala sacudió la cabeza a modo de despedida y se marchó. No tenía sentido perder el tiempo hablando con ese cretino.

Se encontró con Verónica en la calle y tomaron el bus que las llevaría a su destino.

Gala estuvo todo el trayecto ensimismada pensando en su cita. La elección de vestuario era un asunto complicado. No sabía dónde tenía pensado cenar Rodrigo, y no era lo mismo vestirse para ir a un encopetado restaurante de cinco tenedores, a la Tasca de Ventura, a tapear en el mercado de San Miguel o, Dios no lo quisiera, a tomar una hamburguesa en el *Burriking*. Frunció el ceño al pensar en esa posibilidad, pero la descartó al instante. ¡Su cita era con Rodrigo! Era imposible imaginar un sitio más alejado del estilo sobrio y refinado de él que ése. La llevaría a un restaurante elegante en el que sirvieran comida casera, de servicio exquisito y ambiente relajado e íntimo para hablar sin sobresaltos, por lo que necesitaría un atuendo elegante, aunque no en exceso, sofisticado pero que no desentonara con el traje que llevaría él. Repasó mentalmente su armario y se detuvo en la falda de cuero negro...

—¿Estás soñando despierta? ¡Vamos, que nos cierra las puertas!

Gala miró sobresaltada a su compañera y tardó un segundo en darse cuenta de que habían llegado a su parada. Bajó con rapidez del bus y enfiló hacia la plaza de la Paja.

* * *

—Está en un lugar estratégico, a cinco minutos de la plaza Mayor y a diez del Rastro y de la Gran Vía —dijo la agente inmobiliaria—. Como puede comprobar, tiene mucha luz y está sin remodelar, por lo que guarda la apariencia característica de las casas con solera de este barrio histórico.

—Que es otra manera de decir que tiene el suelo arañado, las paredes sucias y los muebles más viejos que Matusalén —señaló Verónica mirando a su alrededor con acritud—. ¿Las puertas también chirrían como en la mansión del conde Drácula, o voy a tener suerte y de eso me he librado?

La agente dio un respingo, mirándola ofendida durante el segundo que tardó en contener su indignación y esbozar una sonrisa complaciente.

—No voy a negar que está un poco desangelado, pero tenga presente que hablamos de un piso en pleno Madrid de los Austrias. Créame, este precio es una oportunidad única.

—Pues ¿qué quiere que le diga? No veo yo dónde está la ganga —replicó Verónica adelantándose para echar un vistazo al piso.

Gala la siguió por la cocina, curioseando los estantes. Desde luego, los anteriores inquilinos eran unos horteras, pensó al ver que los botes de legumbres eran de cristal y los de pasta de cerámica. ¡Vaya mezcla!

Recorrió el piso intentando imaginar cómo lo tendría decorado Rodrigo. Los muebles serían clásicos, sin ninguna duda, sobrios y con pocos adornos. En las paredes, paisajes sombríos; en el suelo, refinadas alfombras, y tupidas cortinas cubriendo las ventanas para que no le molestara la luz del sol, pensó recordando su expresión de dolor cuando había visto por primera vez sus ojos violetas. Él se había quitado las gafas al salir a la penumbra de la escalera y un instante después ella había dado la luz, provocando que se tapara los ojos y diera un paso atrás con gesto dolorido.

Le había parecido tan vulnerable en ese momento...

Sintió un extraño aleteo en el estómago al recordar esa escena, aunque se dijo que era porque tenía hambre, pues ese día le había tocado comer a las doce y eran... Dio un respingo al ver que pasaban de las seis. ¡Y todavía no había empezado a arreglarse!

Miró a Verónica, quien discutía con la agente inmobiliaria sobre las condiciones. Ojalá acabara pronto. Estaba deseando ir a casa a revisar el armario, pues quería combinar la falda con la blusa apropiada. Una que le diera fuerza y sensualidad. También tenía que peinarse y maquillarse, algo discreto y elegante pero sexi. Quería que Rodrigo se quedara sin respiración. Conseguir que ese hombre tan sobrio jadeara de pasión al verla. Romper su contención y hacerle perder la razón. Que la mirara con hambre mientras sus manos temblaban por el deseo de acariciarla y su entrepierna se abultaba sin que pudiera evitarlo.

Un súbito calor ascendió por su cuerpo erizándole la piel. Pero no era excitación, sino algo muy distinto: ilusión e impaciencia.

Entornó los ojos. ¿Impaciencia? ¿Ilusión? ¿A sus años y por una simple cita? Tenía que ser una broma. Aunque, si lo pensaba bien, tampoco era tan raro que se sintiera así. Llevaba seis años sin follar, y eso era mucho tiempo. Y, para qué negarlo, Rodrigo se había convertido en el candidato perfecto para dejar atrás su autoimpuesto celibato. Por eso estaba excitada. Porque desde luego no estaba ilusionada. No. No. Y no. La ilusión era para las idiotas ingenuas que creían en cuentos de hadas. Y ella no era nada de eso.

—Lo pensaré, aunque me parece muy caro para las condiciones en las que está —oyó que le decía Verónica a la agente inmobiliaria en lo que parecía una despedida. ¡Por fin!

Bajaron a la calle, se despidieron de la mujer y, cuando ésta se alejó, Verónica se volvió hacia ella con una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

—¡Es un piso magnífico! —exclamó sorprendiéndola.

—Pero si has dicho que no te gustaba y no has hecho más que ponerle pegas...

—Claro, para conseguir que me lo rebaje —replicó Verónica con mirada artera—. No hay nada mejor que hacerse la dura para conseguir lo que quieres al mejor precio.

Gala la miró pasmada, su actuación en el piso distaba mucho de ser dura. Había sido desagradable, más aún, dañina. Le había sacado punta a todo con una ironía nociva tan ofensiva que en ocasiones le había hecho sentir mal hasta a ella.

—No sé si esa estrategia dará resultado, ya está muy barato.

—Lleva más de un año sin alquilarse, ¿verdad? —Gala asintió—. Entonces ten por seguro que el lunes o el martes me llamará ofreciéndome una rebaja. ¿Vamos a tomar una copa para celebrar que pronto seremos vecinas?

—Me encantaría, pero no puedo. He quedado y tengo que arreglarme.

—¿Tienes una cita? Y tus hijas no están en casa... Sé de una que no va a dormir mucho esta noche —comentó burlona.

—En absoluto, sólo voy a salir a cenar con un vecino.

—¿Con un vecino? Eso no me lo habías contado...

—Porque no tiene importancia —expuso Gala. Si ya le costaba compartir ese tipo de intimidades con sus amigas, menos iba a hacerlo con ella, por muy compañera que fuera.

—No quieres hablar, lo que significa que vas a salir con un hombre guapísimo y superinteresante que no quieres compartir con nadie —afirmó guasona—. Pícaro, que te he pillado.

Y lo dijo con una sonrisa tan amplia y un brillo tan travieso en la mirada que Gala no pudo por menos que soltar una modesta risita.

—Feo no es. Y aburrido tampoco —se avino a confesar.

—Y ¿no habrá alguno más de ese estilo en el edificio? Sólo a modo de información, no vayas a pensar que me mueve ningún interés *chechual* —dijo burlona.

—Humm... En el primero hay un rubio muy guapo que nada tiene que envidiar a mi cita —comentó Gala siguiéndole la broma.

—Me lo tienes que presentar.

—Cuando quieras —se despidió Gala entrando de nuevo en el portal.

Verónica esperó a que se cerrara la puerta antes de exhalar un sentido suspiro.

De nuevo sola.

No había nada más desagradable que empezar de cero en un lugar en el que no conocías a nadie. Tenías que hacer nuevos amigos, descubrir los puntos débiles y fuertes de tu nueva situación laboral y aprenderte las calles y los transportes para desenvolverte por la ciudad. Y, mientras lo hacías, te pasabas la mayor parte del tiempo perdida, sin saber hacia dónde ir o qué hacer. Había sido una suerte conocer a Gala. Vivir en su edificio sería todo un acierto. Contempló el que sería su nuevo barrio, parecía un lugar agradable. Sonrió satisfecha y se dirigió a las cafeterías de la plaza. Conocer sitios interesantes era una de las cosas buenas de empezar de cero. Se

decantó por una terraza con calefactores que la mantuvieran caliente y pidió una cerveza y un bocadillo de calamares.

Acababa de terminar su merienda cuando vio a un espécimen digno de mención caminar hacia el portal. Joven, no tendría más de veintiséis años. Alto, rondaría el metro noventa. Rubio, con el pelo liso, largo hasta los hombros, y felinos ojos verdes enmarcados por pestañas y cejas tan oscuras que no cabía duda de que su rubio era debido a las mechas. Vestía unos vaqueros rotos que le quedaban como un guante y una cazadora de piel desabrochada que dejaba ver la ceñida camisa que llevaba y los músculos que ondulaban bajo ella. Era un macho de primera. De los que sólo se ven un par de veces en la vida.

Dejó el importe de la cuenta en la mesa y caminó hacia él.

—Disculpa. ¿Podrías indicarme cómo ir al mercado de San Miguel?

El joven le dio un repaso general antes de esbozar una seductora sonrisa.

—Por supuesto. —Le puso la mano en la espalda, casi rozándole el trasero, y señaló con la otra el principio de la plaza—. Baja hasta el jardín del Príncipe de Anglona, gira a la derecha por la calle Segovia y, al llegar a Puerta Cerrada, sube por...

—No sé qué es Puerta Cerrada —lo interrumpió, su boca fruncida en un sensual mohín.

—Lo reconocerás fácilmente, es una plaza con un mural enorme en uno de sus edificios —detalló el joven ampliando su sonrisa al ver que ella no sólo aceptaba su mano en tan estratégico lugar, sino que además se pegaba a él restregándole los pechos en el brazo. Y tenía un buen par de tetas—. Luego subes por Cuchilleros y enseguida verás el mercado.

—Soy malísima orientándome, seguro que me pierdo —musitó Verónica lamiéndose los labios—. ¿Por qué no me acompañas y nos tomamos una copa?

Él la miró dubitativo. Era guapa. Mucho. Pero sobre todo era sensual. Toda ella. Desde la ondulada melena dorada que enmarcaba su cara de pómulos altos, intensos ojos azules y labios gruesos pintados de un rojo furioso, hasta su estilizado cuerpo de pechos rotundos y caderas redondeadas. Estaba para comérsela vestida con esos ajustados pantalones negros encerados y el ceñido jersey de punto rojo, tan brillante como sus labios, bajo el chaquetón que llevaba desabrochado. Arrugó el ceño, vacilante antes de decidirse a hablar.

—Me encantaría tomarme una copa, o varias, contigo. Pero acabo de salir de trabajar y estoy agotado, lo siento.

—Qué casualidad, yo también estoy cansada, si tuvieras una cama cerca podríamos descansar juntos —propuso ella con voz traviesa a la vez que hundía las manos en los bolsillos de los pantalones, de modo que el chaquetón se abriera dejando ver su prominente pecho.

Él la miró torturado. Esa deliciosa mujer haría realidad las más imposibles fantasías de cualquier hombre, incluso de uno tan exigente como él. Pero de verdad

estaba agotado. Acababa de salir de un turno de veinte horas y necesitaba dormir. Y, aunque estaba seguro de que podría encontrar fuerzas para echar un polvo apresurado, había un asunto de fuerza mayor que le impedía subirla a casa y tirársela.

Gala. Su vecina de arriba.

La mujer a la que estaba empeñado en follarse. Aunque no era exactamente eso. Lo que quería era conquistarla. Atraparla en sus redes y conseguir que quisiera quedarse con él más de una noche. En realidad, todas. Estaba harto de ligues de una noche. Se había dado cuenta en Nochevieja cuando, tras el impersonal polvo había sentido una abrumadora sensación de soledad que lo había hecho romper a llorar nada más poner un pie en su piso. Sólo en su desangelado hogar, sin nadie con quien compartir su angustia o que pudiera ayudarlo a combatir la sensación de desamparo que lo torturaba desde hacía unos meses y que había culminado en ese llanto desgarrado.

Esa mañana, perdido en la soledad de su casa, había decidido tener una relación sólida con una mujer. Eso era lo que necesitaba. Estabilidad. Una mujer que estuviera a su lado cuando la nostalgia y la soledad lo atormentaran y con la que poder hablar de cualquier cosa.

Quería una compañera, no sólo un cuerpo en el que vaciarse.

Y la única con la que se había sentido tan fascinado como para intentarlo era Gala.

Y eso significaba que no debía coquetear con ninguna otra mujer en la plaza, frente al portal en el que ambos vivían. Porque, si lo hacía, seguro que los vecinos cotillas no tardarían en darle el chivatazo y ella podría enfadarse.

—Me encantaría *descansar* contigo —musitó pesaroso—, pero sólo tengo seis horas antes de tener que volver al trabajo y necesito dormir. Lo siento de verdad.

Y no mentía. Esa mujer era todo lo que un hombre como él podía desear: guapa, atrevida, con iniciativa y directa. Si no estuviera decidido a tener una relación se habría ido con ella sin dudarlo. Incluso se habría esforzado en mantenerla a su lado después de follársela.

Pero las cosas eran como eran y no iba a arriesgarse a meter la pata con Gala.

—Tú te lo pierdes —afirmó ella echando a andar en la dirección que le había indicado.

En ningún momento se volvió para mirarlo, ni siquiera cuando dobló la esquina.

Calix la observó caminar garbosa hasta que desapareció de su vista. Y luego, sin pensarlo un instante, echó a correr en esa dirección, martirizado por la desagradable sensación de que se arrepentiría si no averiguaba su nombre y su teléfono. Algo le decía que esa mujer podría llegar a ser alguien muy importante para él.

Corrió por la calle de Segovia atento a cada persona con la que se cruzaba, pero no la vio. Llegó a Puerta Cerrada y siguió sin encontrarla. Incluso subió Cuchilleros, a pesar de que intuía que ella había tomado otra ruta y que, dado el trazado laberíntico de esa zona, iba a ser imposible localizarla. De todas maneras, no perdió

la esperanza y, al llegar al mercado de San Miguel, se abrió paso entre la marabunta de personas que lo llenaba, buscándola en cada tasca.

Pero no la encontró.

—Son muy bonitas —comentó Lavinia acariciando las camisas.

Rodrigo contuvo un bufido. ¡¿Bonitas?! Sus camisas no eran bonitas, eran agradables al tacto, ligeras y de factura intachable.

—Esta noche se las regalaré a mi padre y a mi marido, espero que les gusten —continuó ajena a la indignación del vendedor.

—Estoy seguro de que sabrán apreciar sus hechuras y su comodidad —afirmó Rodrigo, mordiéndose la lengua para no decirle que dudaba de que su padre y su marido tuvieran la capacidad y el buen gusto necesarios para diferenciar una camisa confeccionada a mano de una creada en cadena en una fábrica.

—Ya te contaré qué les parecen —dijo Lavinia—. Están bien, pero les falta alegría. Son perfectas para ocasiones formales, que es para lo que yo las quería, pero para el día a día son muy sosas.

—Yo las definiría como discretas y elegantes —rebatía Rodrigo sin poder contenerse.

—Está claro que tenemos disparidad de opiniones. En caso de que quisiera encargarte más tendrías que ofrecerme telas vistosas, aunque de la misma calidad que éstas.

—Puede que eso resulte bastante complicado, las casas con las que trabajo no crean estampados... —«chillones, extravagantes, recargados»— llamativos.

—Pues tendrás que cambiar de proveedores, ¿no crees? —Dejó un sobre en el mostrador.

Rodrigo lo observó inmóvil. ¿Había algo más soez que dejar un sobre con dinero en la mesa? ¡Por Dios, ni que fueran mafiosos! Aunque tal vez ella sí lo fuera. Lo tomó esforzándose por no manifestar el desdén que sentía y lo guardó en el cajón del mostrador.

—¿No vas a contarlo? Te advierto que una vez salga de aquí no admito reclamaciones —le advirtió Lavinia mirándolo intrigada. Era la primera vez en su vida que alguien no contaba de inmediato el dinero que le entregaba. Era una de las rutinas asociadas a ser rumana y gitana.

Rodrigo la miró ofendido. ¿Con qué clase de persona sin modales había pensado que hablaba?

—Por supuesto que no voy a contarlo, mi educación me impide tal descortesía.

Ella lo miró de arriba abajo a la vez que una sincera sonrisa curvaba sus labios.

—¿Sabes qué? A pesar de lo estirado que eres, me caes bien. Eres auténtico —afirmó antes de irse de la tienda.

Dos de los tres gorilas que la acompañaban se apresuraron a seguirla.

—Quiero una camisa de ésas —informó el que se quedó retrasado—. Pero sin prisas, de las de ciento ochenta euros. Azul con algún dibujito chulo. El sábado vendré a que me tomes medidas. —Y, sin más, salió de la tienda.

Rodrigo parpadeó perplejo, sin saber si tomarse su declaración como una petición o como una amenaza. Aunque, en vista del tejido solicitado, optó por la amenaza.

¡Azul con algún dibujito chulo!

Y ¿qué más? ¿Perritos naranjas sobre fondo morado?

Sacudió la cabeza, de ninguna manera iba a trabajar con telas con «dibujitos chulos». ¡La Camisería Castro tenía una reputación que no pensaba emborronar con ese tipo de trabajos! Claro que tampoco era que le sobraran trabajos, de ese o de cualquier otro tipo, para andar rechazándolos. De hecho, las camisas de la señora Heresanu habían sido el único encargo de esa semana. Suspiró abatido, consciente del limitado margen de decisión que su desesperada situación le permitía. Si sus nuevos clientes rumanos querían camisas rojas con topos esmeraldas, él se esforzaría por encontrar las telas. Aunque tuviera que arrancarse los ojos ante tal aberración.

Miró el reloj, las siete y cuarto. Aún faltaban cuarenta y cinco minutos para el cierre. Se acercó a la puerta y observó la calle a través del cristal. Estaba desierta, algo nada extraño en ese día especial para los niños. La cabalgata de Reyes pasaba cerca, quizá Gadea estuviera allí con su hermana, disfrutando del espectáculo y nerviosa por la inminente llegada de los Reyes Magos. ¿Crearía aún en ellos?

Entornó los ojos, ¿cuántos años tenían las hijas de Gala? La mayor rondaría los trece, mientras que la pequeña estaría a punto de cumplir los once. Probablemente ya habían descubierto el gran secreto que todos los padres del mundo guardaban, aunque seguro que eso no restaba emoción a la noche. Y su madre no estaría a su lado, viendo la ilusión en sus caritas cuando recogieran los caramelos que tiraban desde las carrozas, siguieran a la cabalgata o aplaudieran a los camellos cargados con los regalos de los Reyes Magos.

Debía de ser duro para Gala no estar con sus hijas en esos momentos, pensó.

Miró la calle por última vez y, sin pararse a meditar en lo que estaba a punto de hacer, fue al mostrador, se guardó el sobre en la chaqueta, se puso el abrigo y cerró la camisería.

Una hora después entró en su dormitorio con el pelo húmedo tras la ducha. Se deshizo del albornoz con el que cubría su desnudez y se acercó al espejo basculante para observarse con mirada desdeñosa. El color platino de su pelo estaba perfectamente oculto bajo el tinte que se había dado la noche anterior. Le llamaron la atención sus cejas, tan claras que apenas se veían. Tal vez debería teñírselas, pero era algo que nunca había hecho, y de sobra sabía que los experimentos, con él, nunca acababan bien. Además, ¿para qué ocultar las cejas si no podía hacer nada con sus pestañas casi transparentes? Apretó las mandíbulas mortificado. No había nada que le disgustara más que la palidez cadavérica de su piel.

Se vistió con la ropa que había preparado. Comprobó que el cuello de la camisa, un *soft-roll* alto de rigidez media, se acoplara al del traje y lo dejó abierto para tener un aire informal. Esa noche había descartado la corbata y el pañuelo para conseguir un aspecto más moderno y desenfadado. Cabeceó satisfecho ante su reflejo. Esa velada nadie, y mucho menos Gala, podría pensar que parecía un estirado.

Se puso unos zapatos Derby para completar su atuendo informal y se dirigió a la puerta. Se detuvo antes de abrirla. Eran las ocho y media, lo que significaba que aún quedaban treinta minutos para la hora límite. Tal vez fuera demasiado pronto para ir a buscar a Gala. La impuntualidad, tanto por defecto como por exceso, era una descortesía, y llegar a la hora mínima fijada no sólo era descortés, sino que podía resultar molesto para la otra persona. De hecho, lo más probable era que Gala estuviera terminando de arreglarse y su anticipación la incomodara. Aunque tal vez ella estuviera deseando salir de casa ese día que era tan especial para pasar en familia y que, al igual que él, se veía obligada a pasar en soledad.

Negó consciente de que ese pensamiento era sólo una excusa para dejarse vencer por la impaciencia y bajar a buscarla. Deseaba verla de nuevo tanto... Dio un paso atrás y se dirigió al comedor, decidido a comportarse como debía y esperar un poco más.

Exactamente noventa y dos segundos después de tomar esa decisión salió de casa.

Si llegaba demasiado pronto ya se encargaría Gala de mandarlo a paseo.

No pudo evitar sonreír al pensar que ella era muy capaz de hacer eso.

Gala se secó con cuidado la traidora lagrimita que se escurría por su mejilla, amenazando con estropearle el *look pin-up* que tanto se había esforzado en conseguir y apagó el televisor. Había sido una idiotez encenderlo. Y aún era más idiota poner la cabalgata de Reyes. Aunque lo más más estúpido de todo había sido pensar que no le afectaría ver las caritas ilusionadas de los niños mientras las carrozas engalanadas pasaban junto a ellos.

Había llevado a Jimena y a Gadea a tantas cabalgatas como años tenían, y a casi todas había tenido que ir sola porque su ex siempre tenía demasiado trabajo para acompañarlas. Demasiado *trabajo de cama*, por supuesto. Aunque de eso se había enterado más tarde. Cada 5 de enero se había emocionado con sus hijas al ver a sus majestades los Reyes Magos de Oriente. No había fallado ningún año, excepto ése, en que su exmarido le había pedido quedarse con las niñas hasta Reyes para poder llevarlas a la cabalgata.

Y ¿quién era ella para negárselo?

Además, no era como si no le correspondiera; al contrario, el juez había establecido que las niñas pasaran la mitad de las vacaciones con cada uno de los progenitores. Que él nunca hubiera hecho uso de ese derecho no significaba que no lo tuviera.

Una Navidad hacía algunos años, Vicenta, haciendo gala de las dotes detectivescas adquiridas durante el visionado de cientos de series de televisión, había afirmado que, si estaba tan obsesionada con ir con sus hijas a la cabalgata, era porque tenía un trauma infantil. Todos se habían reído por su ocurrencia. Pero la verdad era que no iba muy desencaminada. Oh, no tenía un trauma, aunque sí era consciente de que, en cierto modo, estaba tratando de enmendar en Jimena y Gadea sus carencias infantiles. Y celebrar la Navidad en familia, ir a la cabalgata de Reyes, hacer de los cumpleaños una fecha que recordar y crear momentos especiales entre madre e hija eran cuestiones muy importantes, casi vitales, para ella.

Sus hijas no iban a sentir nunca que estaban solas.

Se secó otra estúpida lagrimita y comenzó a preparar el bolso.

Pasaban cinco minutos de las ocho y media cuando sonó el timbre. Una sonrisa afloró a sus labios. Sólo Rodrigo podía ser tan puntual. Se detuvo frente al espejo de la entrada, comprobó que las dos lágrimas vertidas no habían modificado su maquillaje y, tras ponerse el abrigo, abrió la puerta.

Se quedó perpleja al verlo.

No parecía él.

Oh, por supuesto que era él, pero no lo parecía.

Se había puesto un entallado traje azul de doble botonadura que lo hacía parecer aún más alto de lo que ya era. Y mucho más... moderno, aunque sin dejar de lado su elegancia intrínseca. Pero lo más sorprendente era que no llevaba corbata y se había dejado el cuello de la camisa desabrochado, mostrando una pequeña porción de piel alabastrina que ella se moría por besar. Y lamer. Y tal vez incluso mordisquear.

Rodrigo, de pie en la puerta, se quedó petrificado al verla, tan preciosa estaba. Y eso que llevaba un abrigo *evasé* que la cubría desde el cuello hasta media pierna y le impedía deleitarse con su hermosa figura. Pero su cara... Ah, su cara. Moriría por el privilegio de besar sus labios y verse reflejado en esos ojos enmarcados por larguísimas pestañas. Se había peinado con la raya a un lado y el pelo retirado de la cara, la larga melena domada en voluminosas ondas que le recordaban a la sensualidad que emanaba de las modelos de los años cincuenta del pasado siglo.

Tan hermosa que mirarla era a la vez tortura y delirio.

—¿Llego demasiado pronto? —comentó al ver que parecía tan perpleja como él.

—No, en absoluto. —Gala apartó la mirada reaccionando al fin. Salió de casa—. Estaba haciendo tiempo frente a la tele.

—¿Tal vez viendo la cabalgata?

—Sí —exhaló un involuntario suspiro que confirmó la intuición del camisero.

Rodrigo asintió meditabundo antes de esbozar una sonrisa que esperaba contagiarle.

—¿Carmena ha permitido este año las ocas o tampoco? —dijo burlón en referencia a las críticas de años pasados, en los que no se permitió participar a los tradicionales animales.

—La verdad es que no me he fijado..., pero sí he visto a una acróbata colgando de varios globos que hacía piruetas de lo más espectaculares.

—Eso, desde luego, parece mucho más interesante de ver que las ocas.

—¿Habla el niño que fuiste... o el hombre que eres? —resopló Gala con sorna yendo hacia la escalera.

Rodrigo la miró sin saber a qué se refería, y ella esbozó una sonrisa desdeñosa.

—¿Qué es más interesante, un hada volando merced a unos globos mágicos o una mujer con un ajustado maillot haciendo posturitas colgada de unas cuerdas? —preguntó cáustica.

—Un hada repartiendo ilusión, por supuesto —afirmó él fijando la mirada en Gala—. El hombre que soy está esclavizado por tu belleza y no es capaz de ver nada más —musitó bajando la cabeza para darle un beso tan breve y exquisito que la dejó deseando más.

Luego, con la caballerosidad que lo caracterizaba, bajó la escalera delante de ella.

—¿Temes que pueda caerme? —le reclamó mordaz, decidida a no dejarse embaucar por él. Por su manera de actuar. Y de besar.

—No son muchas mis virtudes, y mi atractivo es poco menos que inexistente, pero gozo de una esmerada educación y una inteligencia moderada que a veces me

sorprende con un pensamiento audaz. Y como ésas son las únicas armas que tengo para conquistarte, más me vale hacer uso de ellas —afirmó burlón, volviéndose hacia ella al llegar al último peldaño.

La sonrisa se le borró al ver la seriedad con que lo miraba Gala.

—Tienes muchas virtudes y, desde luego, eres muy atractivo —afirmó antes de acercarse y devolverle el beso que él le había dado antes, haciéndolo igual de efímero y suave.

Cuando se separaron, Rodrigo buscó desesperadamente algo que decir que no revelara lo torpe que se sentía, pero no lo encontró. Así pues, se quedó mirándola como quien se asoma a un milagro y no se atreve a parpadear por si desaparece.

—Deberíamos seguir bajando, si continuamos aquí corro el riesgo de convertirme en un idiota balbuceante y eso estropearía la cita —dijo antes de atravesar el descansillo.

Gala lo miró perpleja sin saber a qué atenerse. ¿Qué clase de hombre diría algo así? Uno muy seguro de sí mismo, desde luego. O, al contrario, uno que utilizara el humor, dirigido contra sí, para ocultar su inseguridad. ¿Cuál de los dos era Rodrigo? Tal vez era ambos, pensó al percatarse del detalle que faltaba en su cuidada indumentaria y que quizá se debía a que estaba nervioso... Si es que eso era posible en alguien tan flemático como él.

—¿No vas a coger tu abrigo? —le preguntó esbozando una ladina sonrisa.

—¿Mi abrigo?

—En la calle no llegamos a los cuatro grados —señaló recorriéndolo con la mirada.

Él por fin fue consciente de que no llevaba nada que lo protegiera del frío.

—Parece que ya me he convertido en un idiota y ni siquiera me he dado cuenta —masculló dirigiéndose a su casa. Abrió la puerta y se situó a un lado, invitando a Gala a entrar.

—Mejor no —rechazó ella, consciente de que si pasaba tal vez no saliera en toda la noche. Y antes de caer en la cama con él quería conocerlo un poco más.

Con un par de horas sería suficiente, pensó lamiéndose los labios un minuto después, cuando regresó enfundado en un elegante abrigo negro y un pañuelo de punto envolviendo su cuello en un refinado nudo que le recordaba a los antiguos galanes de Hollywood.

Rodrigo llamó el ascensor ajeno a la mirada de aprobación que ella le dirigía. Cuando salieron a la calle, se colocó a su lado y ahuecó el brazo, ofreciéndole el codo.

Gala lo miró divertida por tan obsoleta caballerosidad.

—Tengo las piernas perfectas, no necesito ayuda para sostenerme.

—Ciertamente, no cabe duda de que son perfectas. Más aún, divinas. —Deslizó una mirada acariciante por ellas—. Pero está helando y puedes resbalar con la escarcha que cubre el suelo.

—No está helando. Quizá cuando llegue la madrugada, pero ahora no —rebatíó suspicaz.

—Sé benevolente y permítame la mentira —insistió Rodrigo esbozando una sutil sonrisa.

Gala contuvo una carcajada y, tomando su brazo, aceptó el ofrecimiento. Caminaron en amigable charla por las laberínticas calles hasta que él se paró frente a un acogedor restaurante. Abrió la puerta y se colocó a un lado cediéndole el paso.

Ella cruzó el umbral y se detuvo frente al atril de recepción, observando fascinada el lugar elegido para cenar. Era aparentemente sencillo: paredes de ladrillo visto, grandes ventanales y cálida iluminación. Las mesas y las sillas de distintos estilos y colores le daban un aire *vintage* que creaba un ambiente íntimo y agradable.

El *maître* se acercó y los guió a una mesa ubicada en un rincón apartado de la sala. Al llegar allí, Rodrigo se situó tras ella para ayudarla a quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero. Y, en el momento en que sus ojos se posaron en Gala, todo desapareció de su vista.

Todo, excepto ella.

Vestía una blusa de seda blanca de larguísimos y ajustados puños y cuello abierto que revelaba una gargantilla de terciopelo negro de la que colgaba una estilizada rosa de plata. Completaba su atuendo una ceñida falda de cintura alta y larga hasta la rodilla con una abertura delantera hasta medio muslo, perdición y martirio de quien la mirara y no pudiera deslizar los labios sobre la sedosa piel que mostraba.

Era el deseo hecho mujer, un súcubo enviado a la Tierra para hacerlo caer de rodillas e implorar cual suplicante sus favores. Y de buena gana se postraría y suplicaría si no supiera que mostrar debilidad ante esa mujer de espléndida fortaleza e inquebrantable carácter era perderla. Y eso era algo que no iba a consentir.

Gala se mantuvo inmóvil mientras él parecía embeberse de ella. Jamás nadie la había mirado así, con tal anhelo y a la vez tal contención. Un extraño aleteo se despertó en su vientre y recorrió veloz su cuerpo, calentándole la sangre y erizándole la piel cuando lo vio cerrar los ojos, como si necesitara tomar distancia para librarse de su hechizo.

—Disculpa mi torpeza, es difícil comportarse como es debido cuando el cerebro deja de funcionar —musitó disgustado mientras separaba una silla de la mesa para ofrecérsela.

Gala lo miró pasmada. ¿Estaba ofreciéndole la silla? ¿En serio? Contuvo la sonrisa que afloraba a sus labios y se sentó decidida a no dejarse seducir por ese gesto arcaico.

—Y ¿puedo saber por qué ha dejado de funcionar? —inquirió burlona.

—¿Acaso no lo imaginas? —musitó él sentándose frente a ella—. Tu belleza me ha provocado una súbita descarga de calor que me ha fundido el cerebro.

—¿Sólo el cerebro? —inquirió burlona.

—En realidad, también otras zonas que no mencionaré para evitar herir tu sensibilidad.

—Oh, por eso no te preocupes, no soy susceptible, puedes mencionarlas —replicó artera.

Rodrigo la miró con gesto serio antes de dejar caer su servilleta al suelo para así tener la excusa de agacharse a cogerla. Se entretuvo un instante en deleitarse con sus piernas y sus estilizados pies antes de volver a erguirse.

—Acabo de comprobar que tus zapatos no sólo están adornados por afiladas tachuelas, sino que también cuentan con unos peligrosos tacones de aguja —comentó a la vez que asentía a un gesto del *maître*—. Tal vez no seas susceptible, pero discúlpame si no me atrevo a comprobarlo... más, habida cuenta de las armas de destrucción genital que tienes en los pies.

Gala lo miró pasmada, incapaz de conciliar el tono serio e incluso austero con que había hablado con la irreverencia de lo que había dicho.

—¿Te apetece abrir la cena con un rioja? —le planteó Rodrigo antes de que ella pudiera procesarlo todo y contestar adecuadamente.

—Por favor.

—Sólo por oír esas dos palabras en otras circunstancias más íntimas me atrevería a herir tu susceptibilidad —musitó él con voz ronca.

Gala sintió que su cuerpo, demasiado sensible esa noche, se inflamaba con el sonido de su voz. Fue una suerte que el camarero se acercara en ese momento, porque mientras Rodrigo pedía el vino, ella tuvo tiempo de recuperarse. Tomó una carta y comenzó a ojearla. Frunció el ceño al ver que los precios no figuraban en ella, tal como obligaba la ley.

—¿Me dejas tu carta? —le pidió a Rodrigo.

Él se la cambió y ella repitió la búsqueda con idéntico resultado, lo cual era bastante incómodo, porque ¿cómo iba a pedir sin saber lo que valía cada cosa? Más aún con los nombres tan rimbombantes que tenían los platos. ¡Seguro que costaban un ojo de la cara!

—¿Algún problema? —inquirió Rodrigo al ver su gesto.

—La carta no tiene precios.

—En efecto —aceptó sin inmutarse—. ¿Has visto algo que te apetezca?

Gala lo miró sorprendida por su indiferencia.

—¿Tienes algo que ver con que no los tenga?

Él esbozó una sonrisa condescendiente antes de hablar.

—¿No crees que es de muy mal gusto invitar a una hermosa mujer a cenar y permitir que vea el monto de la cuenta?

—Sí, pero para eso está la velocidad, ya sabes, ese asunto de tirarse a por la cuenta cuando el camarero la trae para que el invitado no la coja —afirmó Gala con gesto descarado.

—Soy demasiado mayor para, ¿cómo lo has descrito?, tirarme a por la cuenta. Además, tengo en alta estima tu inteligencia y doy por seguro que serás capaz de sumar el importe de tus platos si lo ves en la carta, de ahí que haya pedido éstas.

—Que son especiales para los clientes estirados y relamidos que quieren impresionar a sus acompañantes —apuntó maliciosa.

—¿Lo he conseguido? ¿Te he impresionado?

—Sí —asintió ella con voz ronca a la vez que apoyaba los antebrazos en la mesa.

Se inclinó y el cuello de su blusa cayó, lo que le permitió a Rodrigo atisbar el sujetador de encaje que llevaba. Se obligó a apartar la mirada de tan sugerente tentación, aunque al cabo de unos segundos sus ojos volvieron a estar fijos en tan atrayente porción de piel.

Y, mientras él la devoraba con la mirada, Gala cayó fascinada por sus ojos, hasta tal punto que se dispuso a alargar el brazo con la intención de quitarle las gafas de cristales amarillos que llevaba.

La llegada del camarero los sorprendió, devolviéndolos al mundo real. Vertió un poco de vino en la copa de Rodrigo y, cuando éste dio su aprobación, lo sirvió empezando por Gala.

—Son tan caballerosos como tú.

—Por supuesto. No exijo menos para mi dama —replicó—. ¿Quieres que pida por ti?

—Adelante, sorpréndeme.

Rodrigo la miró pensativo antes de dirigirse al camarero.

—Habras salteadas con huevo y *topping* de ibérico para compartir de entrante y dos hamburguesas de vaca rubia con queso trufado, una de ellas sin cebolla confitada, por favor —pidió bajo la atenta mirada de Gala, que en realidad estaba absorta en la porción de garganta que la camisa de él dejaba al descubierto.

Tenía una nuez prominente que le llamaba poderosamente la atención cada vez que tragaba, aunque no tanto como el pequeño triángulo de su torso que le permitía ver el cuello abierto de la camisa. Su piel era allí aún más clara que en su rostro, si es que eso era posible. Ascendió de nuevo a sus mágicos ojos y los encontró fijos en ella.

—Quítate las gafas... —susurró sin ser consciente de lo que decía.

Rodrigo dio un respingo, echándose hacia atrás como si lo hubieran golpeado.

—Qué extraña petición. —Unió los dedos frente a sus labios formando una pirámide.

—Compláceme —exigió Gala, sus ojos fijos en los de él.

Él bajó la cabeza, zafándose de su mirada a la vez que su pecho se hinchaba con una gran bocanada de aire. Se quitó las gafas despacio y las dejó sobre la mesa, aunque no la miró, impidiendo así que pudiera verle los ojos.

—¿Te molesta la luz? —murmuró Gala inquieta al ver que mantenía la cabeza gacha.

—Ésta no —declaró alzando la vista para fijarla en ella. Al menos, por un segundo, pues sus ojos no tardaron en desviarse a la izquierda. Luego a la derecha—. Adolezco de una visión bastante limitada y me resulta incómodo no llevar gafas —dijo ladeando la cabeza de manera inconsciente.

Y, aunque no mentía, tampoco decía toda la verdad. Porque lo cierto era que sólo su vista de cerca era precaria. Necesitaba las gafas para leer o coser, y el resto del tiempo miraba por la parte superior del cristal progresivo, que apenas tenía graduación.

—Pero ahora no tienes nada interesante que mirar —replicó Gala burlona sin apartar la mirada de sus preciosos ojos, que no dejaban de oscilar a un lado y a otro.

—Disiento —objetó él. Sus iris violetas se detuvieron en ella unos segundos para después comenzar a moverse de nuevo.

—¿Seguro que no te molesta la luz? —inquirió arrepentida de su exigencia. Le pasaba algo, estaba segura. Nadie movía los ojos así de manera voluntaria.

Rodrigo apretó los párpados en un gesto de frustración al intuir por la mirada turbada de Gala, y también por la inclinación de su cabeza, que el nistagmo había hecho su desagradable aparición. ¿Cuánto tiempo hacía que no lo acosaba de forma evidente? Años. Desde que era un adolescente acomplejado y asustado.

—En realidad, tengo una relación de amor-odio con la luz. La necesito para paliar mi limitada agudeza visual, pero a la vez sufro fotofobia y la luz directa o intensa me produce una aguda molestia, por decirlo de manera suave —explicó poniéndose las gafas, aunque no irguió la cabeza.

Mientras estuviera nervioso, el nistagmo permanecería, y esa ligera inclinación permitía a su cerebro buscar un ángulo que lo compensaba, ayudándolo a bloquear los movimientos espasmódicos de sus ojos.

—No debería haberte obligado a quitártelas —musitó Gala mirándolo intrigada.

La luz del restaurante no era intensa y tampoco le daba directa en la cara, pues surgía de las lámparas que estaban sobre sus cabezas.

—No lo has hecho. Nadie, ni siquiera tú, puede obligarme a hacer lo que no deseo —aseveró él sintiéndose seguro tras los cristales amarillos que disimulaban el color anormal de sus ojos. Y aunque desearía llevarlos totalmente ahumados, no había mentido con respecto a la luz. La necesitaba para ver con nitidez, por eso sólo usaba cristales oscuros en días muy luminosos—. ¿Qué tal están los nervios de tus hijas esta noche? —preguntó para desviar la atención de sus ojos.

—La verdad es que no tengo ni idea —resopló indignada—. Todas las tardes hablamos una hora como poco. Pero hoy, cuando por fin han tenido a bien responderme, me han dicho que estaban en la cabalgata con su padre y me han colgado. Ya ves, ten hijos para esto.

—Ya lo dice el refrán: cría cuervos y te sacarán los ojos —señaló él divertido.

—A mí no me hace gracia. Es la primera noche de Reyes que no vamos a pasar juntas, y se supone que es una noche especial para nosotras. O, al menos, lo era,

porque por lo visto eso ha cambiado hoy —suspiró dolida—. Tampoco les costaba tanto hablar un ratito conmigo, pero, claro, por fin su padre se ha dignado hacerles caso después de seis años ignorándolas y, lógicamente, han perdido el culo por él olvidándose de mí, que sólo soy la aburrida y previsible madre que siempre está disponible para ellas —señaló con irónica acritud antes de apretar los labios disgustada—. Joder, parezco una plañidera.

—Ciertamente, sólo te falta el velo oscuro y el lacrimatorio^[2] —afirmó Rodrigo con voz grave—. Si quieres puedo pedir una servilleta para que te cubras la cabeza y una copa en la que recoger tus lágrimas. No será lo mismo, pero le dará un aire.

Gala parpadeó sorprendida por su falta de empatía. No podía estar hablando en serio, nadie era tan cabrón. Estaba a punto de decirle exactamente dónde podía meterse la copa para las lágrimas cuando observó que su boca se curvaba en una sonrisita maliciosa.

—¿Sabes que eres un poco capullo? —lo acusó ofendida.

—Un capullo estirado —apuntó—. No me despojes de mi título más antiguo.

Gala no pudo evitarlo y una radiante sonrisa se abrió paso entre sus labios para acabar convertida en una suave carcajada.

Y ése fue el momento elegido por el camarero para servirles el entrante.

—La noche de Reyes era mi favorita cuando era pequeño —comentó Rodrigo sirviéndole una ración de habitas—. Esa noche estaba tan nervioso que no podía dormir y mi padre no sabía qué hacer conmigo. Durante todo el año era un niño tranquilo y obediente, pero en Reyes me convertía en un torbellino de actividad, desquiciándolo.

—Y ¿qué hacía para tranquilizarte? —inquirió Gala, incapaz de imaginárselo inquieto, ni siquiera de niño.

—¿Él? Nada. Era mi madre quien se ocupaba de eso. Me pedía que la ayudara a colocar los presentes para los Reyes Magos y, mientras lo hacía, me inflaba a tilas hasta que acababa relajándome.

—¿Qué les dejabas a los Reyes? —preguntó con la mirada ilusionada de una niña.

Rodrigo la miró sorprendido. Ni en mil años habría pensado que su aburrida infancia le interesara.

—Tres copas de champán y unos trozos de turrón. Y, para los camellos, un cubo de agua y una barra de pan —respondió nostálgico—. Al día siguiente, el suelo estaba lleno de migas, como si los camellos se hubieran dado un festín. Mi padre despotricaba contra ellos por ser tan marranos, y yo, pobre ingenuo, le pedía que no gritara porque si los Reyes se enteraban no volverían. Él consentía en calmarse siempre y cuando barrieran las migas, algo que, por supuesto, corría a hacer.

—¡Qué malvado! —exclamó divertida.

—Sólo bromeaba en ocasiones especiales, pero cuando lo hacía, era épico.

—Tuviste una infancia feliz —declaró Gala, y no era una pregunta.

—Como todos los niños. Me gané algunas riñas de mi abuelo y no pocos azotes de mi madre, pero debo reconocer que mi padre me tenía muy consentido.

—Como todos los niños, no. Hay algunos que no tienen la suerte de tener a sus padres con ellos esta noche —murmuró taciturna.

—Estoy seguro de que Jimena y Gadea disfrutaban de una infancia maravillosa —dijo Rodrigo malinterpretando sus palabras.

—Por supuesto, yo me encargo de que no echen de menos nada, ni siquiera a su padre —replicó ella con ferocidad—. Aunque últimamente no es que Eduardo falte demasiado...

—Lo cual es bueno para las niñas —apostilló él.

—Imagino que sí —aceptó reticente antes de probar las habitas—. Están exquisitas.

Rodrigo esbozó una complacida sonrisa antes de asentir.

—En efecto. Exquisita —afirmó en singular sin haberlas probado, la mirada fija en Gala.

Era extraño caminar del brazo de un hombre, los dos solos, sin prisas ni interrupciones. De hecho, era algo que no hacía desde tiempos tan pretéritos que no podía recordar cuándo había sido la última vez. Oh, sí, había salido con Calix en Halloween, pero había sido una cita alocada y trivial que no guardaba semejanza alguna con ésta. Antes de eso había salido con Rodrigo y las niñas al espectáculo de un famoso *clown*, pero Jimena y Gadea habían imposibilitado la intimidad que esa noche auguraba entre Rodrigo y ella. También había salido con otros hombres, demasiados, los primeros meses del divorcio, pero esos encuentros no eran citas. Era follar, nada más. Sexo frío e impersonal con hombres que sólo eran sombras a las que utilizaba para librarse del amargo sabor de la infidelidad de su exmarido. Hacía ya seis años de eso, y aún se estremecía al recordar lo hundida que había estado. Cómo había tocado fondo.

—¿Te encuentras bien? —Rodrigo la observó intranquilo por su repentino silencio.

—Sí, sólo estaba... abstraída —esbozó una efímera sonrisa.

Él la miró incrédulo. Parecía disgustada, no abstraída. Y no iba permitirlo.

—¿Temes que los Reyes Magos pasen de largo frente a tu puerta?

Gala parpadeó perpleja ante tan estrambótica pregunta; no obstante, le siguió el juego.

—¿Por qué harían eso?

—¿Tal vez porque te has portado mal?

—Siempre he sido una niña muy buena —replicó con un mohín infantil.

—Discrepo. A mí ya me has amenazado un par de veces..., eso no es ser buena.

—No te he amenazado, te he advertido. Y lo he hecho por tu bien. Podría decirse que ha sido un acto de bondad, lo que da consistencia al hecho de que soy una niña muy buena.

Rodrigo le dedicó una mirada chispeante.

—Mañana le preguntaré a Gadea qué te han dejado los Reyes; espero que no me diga carbón, aunque me temo que es lo que te dejarán.

—¿Pretendes interrogar a mi hija para obtener pruebas contra mí? Ni te molestes. Soy su madre, no me traicionará.

—Y yo, te recuerdo, soy su héroe. No me mentirá.

Gala lo miró con gesto amenazante.

—Es una niña, te prohíbo que la encandiles con tus argucias de caballero de brillante armadura.

—Y a la madre, ¿puedo encandilarla?

—A la madre ya la tienes encandilada —repuso Gala fijando en él una intensa mirada. Había llegado la hora de ir a por lo que quería—. ¿Te apetece tomar una copa en mi casa?

Rodrigo se detuvo en seco, mirándola sorprendido. De todos los posibles finales para esa noche, ése era el único con el que no se había atrevido a soñar.

—Más que nada en el mundo.

Gala sonrió y deslizó su mano en la de él, quien las observó perplejo. Sus labios se curvaron en una tímida sonrisa mientras entrelazaba los dedos con los de ella. Caminaron en silencio hasta el portal, demasiado inquietos para hablar. Rodrigo lo abrió permitiéndole el paso y la siguió hasta el descansillo del segundo interior.

Ella se paró frente a la puerta de su piso, la abrió y, tras encender la luz, entró.

Rodrigo, deslumbrado por los halógenos, se detuvo un instante antes de seguirla.

—¿Qué te apetece beber? —le preguntó Gala recorriendo el pasillo sin esperarlo.

—Una copa de vino estaría bien.

—¿Has probado el Ferrer Bobet de 2011? —inquirió ella entrando en el salón.

—No he tenido el placer —le llegó la voz alejada de él.

Gala se dio la vuelta, descubriendo que no estaba tras ella. Se quitó el abrigo y regresó al pasillo, en donde él observaba con atención los cuadros. Y fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo molesta que debía de resultarle la intensa luz de los halógenos. Y, aun así, continuaba allí parado, observando unas ilustraciones que eran de todo menos bonitas.

—Son intensos y descarnados. ¿No intimidan a tus hijas? —comentó él.

—Están acostumbradas. Llevan ahí desde que nos mudamos, y eso fue hace más de seis años. Para ellas son poco más que láminas anatómicas.

—Nada más lejos de la realidad —la contradijo Rodrigo, observando los cuadros con la cabeza baja para que la luz no incidiera en sus ojos.

En todos, el tema principal era la mujer. En el primero, una mujer con la boca entreabierta en un rugido de dolor, que lucía una capa roja que le cubría los hombros. La piel de su pecho desnudo no existía, por lo que mostraba el interior de su cuerpo. Los pulmones de un intenso granate, las costillas de un pálido marfil, las venas y las arterias en un vivo rojo. En el centro de todo, desplazado de su lugar habitual, un contraído corazón de un negro tan profundo que parecía oscurecer lo que lo rodeaba.

—¿Qué ves? —susurró Gala parándose a su lado.

—La inocencia perdida. La capa me hace pensar en Caperucita Roja. Pero la niña del cuento ha crecido y ahora es una mujer llena de dolor y rabia que muestra su interior, aparentemente normal, hasta que te fijas en que el corazón es el centro de todo y está... ¿enfermo?

—Está muerto —aseveró Gala con voz seca, cruzándose de brazos.

Rodrigo la miró sorprendido por su actitud beligerante; esos lienzos eran mucho más que simples cuadros para ella. Retornó la vista a la pintura buscando el detalle que confirmaría su suposición. No tardó en encontrarlo. El siguiente lienzo era la

representación anatómica de una mano. Realizados en tinta negra con magistral detalle, los músculos, los tendones, las articulaciones y los huesos. Sobre cada dedo, como si de un anillo se tratara, un capullo de rosa de vivo color. Excepto en el anular. En éste, la rosa era negra y sus pétalos marchitos caían convertidos en lágrimas oscuras que formaban un charco de brea.

—Desalentador —murmuró Rodrigo—. De una limpieza visual espléndida en la que el uso del color logra conmover. Aunque no me gusta la tristeza y la derrota que me transmite.

—No transmite derrota —rebató Gala con voz fiera.

—Aceptación sin lucha, entonces. Desilusión.

—Tampoco. No hay nada frágil en esa pintura. Nada que transmita resignación.

—En ningún momento he hablado de fragilidad o resignación.

—¿Te apetece una copa o no? —inquirió ella dando media vuelta para ir al salón.

Estaba furiosa sin motivos. Lo sabía. Cada cual podía sentir lo que le diera la gana con los cuadros, pero la cabreaba que él viera debilidad en ellos. Entró en el salón y se dirigió a la vinoteca para coger el Ferrer Bobet. Se detuvo en seco al darse cuenta de que la iluminación allí era aún más intensa que en el pasillo. Encendió la suave luz de la vitrina y apagó la potente lámpara del techo.

Rodrigo echó un último vistazo a los cuadros y entró en el salón. Se quedó perplejo por la suave luz que lo iluminaba y que tan agradable era para sus sensibles ojos. Asintió agradecido y observó los cuadros que decoraban las paredes. Estaban llenos de vida y color.

—Son preciosos, Gala. Impecables en su ejecución, aunque lo que realmente me conmueve es la felicidad que transmiten. Son tan diferentes de los del pasillo que parece imposible que los haya pintado la misma persona. Eres una artista consumada —afirmó acercándose a ella para tomar la botella—. ¿Me permites abrirla?

—¿Por qué piensas que los he pintado yo? —murmuró ella tendiéndole el sacacorchos.

—Están firmados por Gala Aráoz, y ése es tu nombre, si no me equivoco.

—Qué perspicaz. —Gala conectó el móvil al equipo de música, y la voz seductora y transparente de Ella Fitzgerald sonó a través de los altavoces—. ¿Te gusta el arte?

—No soy un entendido, pero me gusta la pintura, y por deformación profesional tiendo a fijarme en los pequeños detalles, como la firma. —Dejó la botella y se quitó el abrigo.

—¿En qué otros detalles te has fijado? —preguntó ella meciéndose al ritmo de la música mientras sacaba las copas de la vitrina y las llevaba a la mesa.

—En el balanceo de tus caderas cuando andas.

—Siento comunicarte que no eres nada original. Ése es un detalle en el que se fijan todos los hombres —replicó mordaz sin dejar de moverse con erótica languidez.

—¿Por qué será? —ironizó Rodrigo abriendo la botella. Vertió un poco de vino en cada copa y se acercó con una de ellas a la fascinante mujer que tanto lo atraía.

Gala tomó la copa que le tendía y dio un sorbo.

—Exquisito —susurró fijando la mirada en los singulares ojos que la devoraban tras los cristales amarillos.

—¿Puedo probarlo?

—Por supuesto —musitó ella lamiéndose los labios.

Rodrigo la estrechó contra sí a la vez que hundía los dedos en la sedosa melena negra. Bajó la cabeza y ella entreabrió los labios. Un torbellino de pasión estalló en su interior cuando probó el tacto aterciopelado de su boca. Más aún cuando Gala hizo resbalar su lengua sobre la de él para luego chupársela mientras le aferraba el pelo para acercarlo más a ella.

Se besaron con pasión desatada y pronto las manos de Gala abandonaron puertos seguros para explorar terrenos desconocidos. Las deslizó por los hombros masculinos, asió las solapas del traje y tiró, quitándole la chaqueta. Luego lamió el triángulo de piel nívea que llevaba tentándola toda la noche.

Rodrigo jadeó al sentir los labios de Gala sobre la piel y todo su cuerpo tembló cuando su lengua juguetona transitó por su garganta. Tomó aire llenando sus contraídos pulmones y avanzó la mano que tenía en la cintura femenina hasta casi traspasar el límite en el que la espalda pierde su nombre. Se detuvo allí, indeciso. Demasiado consciente de la súbita erección que abultaba su entrepierna y que ella no tardaría en notar. ¿Era demasiado pronto para mostrarle hasta dónde llegaba su pasión? O, por el contrario, ¿estaba yendo demasiado despacio? ¿Cómo debía actuar? ¿Debía pegarla a él para que notara la evidencia de su deseo? ¿O era mejor mantenerlo oculto para que no se sintiera presionada? Hacía tanto tiempo que no salía con una mujer...

Gala tomó la decisión por él. Recorrió su torso por encima de la camisa con dedos impacientes y, después, le rodeó la cintura apretándolo contra ella. Acunó excitada la potente erección contra su pubis, provocando que Rodrigo abandonara su habitual flema.

Deslizó la mano sobre el trasero femenino y lo amasó excitado mientras tiraba con suavidad de la larga melena hasta que ella expuso su cuello de cisne. Observó embelesado las elegantes líneas de sus prominentes clavículas y las acarició con la lengua. Y, mientras lo hacía, le desabrochó la blusa, revelando el sujetador con el que lo había tentado durante la cena. Deslizó los dedos por el borde de las copas, aunque se detuvo antes de liberar los pechos de la cárcel de encaje.

Alzó la cabeza y fijó la mirada en los tormentosos ojos grises de ella.

—¿Puedo saborearlos? —musitó. Era más una súplica que una pregunta.

—Por favor...

Se le escapó un gruñido gutural ante su respuesta. Apartó con fiereza la tela que contenía los senos y los acarició con los labios dominando apenas su pasión.

Gala intuyó su contención y, sin pararse a pensar en lo que hacía, deslizó la mano sobre su entrepierna, apretando y tentando la gruesa erección.

Rodrigo no pudo soportarlo más, esa magnífica mujer había sobrepasado su límite en todos los aspectos en que podía ser sobrepasado. No le quedaba serenidad, medida ni razón con las que contenerse. La alzó en sus brazos y atravesó el salón para dejarla con delicadeza sobre el sofá. Le acarició los labios con increíble ternura y le desabrochó la falda. Se la bajó despacio hasta liberarla de ella y jadeó al ver que llevaba las medias sujetas por un ligüero blanco a juego con la ropa interior. Abrió las manos en sus muslos desnudos, separándoselos, y, tras arrodillarse en el suelo, le dio un suave beso en el pubis.

Gala se arqueó separando más las piernas al notar los labios de él resbalando sobre su piel, jugando con el ligüero mientras deslizaba los dedos sobre las braguitas, atormentándola. Lo agarró del pelo, obligándolo a llevar la boca a su sexo. Más tarde podría torturarla todo lo que quisiera, ahora no tenía paciencia para eso. Quería sentir su boca exigente y dulce sobre el clítoris, sus dientes atrapándole los pliegues y la lengua hundiéndose en su vagina.

Rodrigo sonrió ante su impaciencia, le apartó las bragas y le separó los labios vaginales con los dedos. Estaba húmeda y caliente. Bajó la cabeza para degustarla, y en ese momento ella gruñó frustrada y lo empujó para apartarlo.

No tardó en averiguar qué le había provocado esa reacción.

En los altavoces ya no sonaba Ella Fitzgerald, sino la banda sonora de *El exorcista*.

—Son mis hijas —dijo Gala con la respiración agitada—. Les puse ese tono porque cuando se enfadan son como la protagonista —comentó aturullada mirando alternativamente el teléfono que vibraba sobre la mesa y al hombre que lucía una imponente erección.

—Deberías responder —musitó Rodrigo apartándose como el caballero que era.

Gala se levantó tambaleante, cogió el teléfono y aceptó la llamada.

—¿Mamá? ¡Sí que has tardado en contestar, jopé! ¿Qué estabas haciendo? —se oyó la voz ofendida de Gadea por los altavoces.

—Pensaba que ya no me ibais a llamar —murmuró ella sentándose en el suelo con las piernas recogidas. Quitó el Bluetooth para mantener la conversación en privado.

Rodrigo se dejó caer en el sofá mientras la observaba hablar con sus hijas. Su gesto emocionado demostraba lo inesperado de la llamada y lo mucho que le afectaba. No porque la niña los hubiera pillado a punto de hacer el amor, sino porque Gala de verdad había creído que sus hijas la habían olvidado en esa noche tan importante para ella. Era impactante ver el brillo de sus ojos mientras hablaba, incluso la entonación de su voz había cambiado, tenía un matiz dulce y aterciopelado que nunca le había oído. Sonrió enternecido al darse cuenta de que lo que embellecía su voz era la alegría incontenible de saber que sus hijas no se habían olvidado de ella.

Y, dada la sonrisa que iluminaba su cara, no tuvo dudas de que la llamada no iba a ser breve. Al contrario, por lo que le había dicho esa misma noche, tenía por delante al menos una hora de conversación. Una conversación familiar en la que él no tenía cabida.

Gala estalló en una alegre carcajada al teléfono mientras observaba a Rodrigo. Lo vio levantarse del sofá, recoger la chaqueta del suelo y dar un largo trago a la copa de vino. No pudo evitar lamerse los labios al ver su nuez subir y bajar mientras bebía. Apretó las piernas ante la punzada de deseo que calentó su sexo. Qué no daría por deslizar la lengua por esa parte de su cuerpo... Y por todas demás, pensó bajando la vista para comprobar si aún mantenía la erección. Sí. La mantenía.

—Sí, claro que te escucho, Gadea —se apresuró a contestar cuando ésta reclamó su atención—. Así que a papá le han dado con un caramelo en el ojo durante la cabalgata. ¿Lo ha dejado tuerto? Seguro que no ha caído esa breva —comentó distraída, pues Rodrigo se dirigía hacia ella—. Por supuesto que no quiero que tu padre se quede tuerto —declaró ante el ofendido grito de su hija—. Claro que lo he dicho en broma. ¿Cómo puedes pensar lo contrario? No odio a papá y no quiero romperle las pelotas. Y tú no deberías decir esas cosas.

Rodrigo tuvo que esforzarse para contener la risa. Esa chiquilla revoltosa y locuaz era igual de franca y peligrosa que su madre, pensó divertido. Llegó junto a Gala e hincó una rodilla en el suelo para ponerse a su altura. Se inclinó y pegó sus labios al oído contrario al que ella tenía el teléfono.

—Gracias por esta maravillosa noche —susurró en voz muy baja antes de darle un suave beso en los labios y otro en la frente.

Se irguió de nuevo, tomó su abrigo y salió al pasillo. Pocos segundos después, Gala oyó el sonido de la puerta cerrándose.

—Sí, cariño, estoy aquí. Perdona, me he distraído —dijo con voz débil, perpleja por la reacción de Rodrigo.

¿Cuántos hombres en su situación habrían actuado así? No se había enfadado, y tampoco se había mostrado impaciente para que colgara. Al contrario, se había mantenido tranquilo, marchándose para darle el tiempo que necesitaba.

Se acarició los labios que él acababa de besar.

Ya lo echaba de menos.

Calix abrió los ojos desvelado por el molesto y persistente clap-clap de los tacones de Gala. Los altos techos de esos pisos antiguos, en lugar de aislar, amplificaban los ruidos. Miró el reloj, aún le quedaba un cuarto de hora para levantarse e ir a trabajar. Quince minutos que no podía aprovechar para dormir porque su queridísima vecina de arriba lo había desvelado con su taconeo. ¿Por qué cojones no se quitaba los zapatos en casa como siempre hacía?

Se rascó a conciencia las pelotas y fue al baño. Poco después salió con el pelo húmedo y un viejo albornoz deshilachado que apenas lo protegía del frío glacial que reinaba en el piso. Oh, sí, podría poner la calefacción, pero para media hora que le quedaba no merecía la pena el gasto. A pesar de las horas extras que había hecho ese mes, y que todavía no había cobrado, no le sobraba el dinero. Prefería emplearlo en otros asuntos, como, por ejemplo, las rebajas.

Se tomó un Gelocatil con un vaso de leche. La falta de sueño, el cansancio y el puñetero taconeo le habían provocado un dolor de cabeza monumental. Regresó al dormitorio para vestirse y fue entonces cuando oyó un sonido en el que no había reparado y que le provocó un cabreo instantáneo.

Gala no estaba sola. Había alguien con ella. Y había muchas posibilidades de que ese alguien fuera un hombre, pues el sonido de sus pasos no se parecía en nada al afilado clap-clap de los tacones; era más bien el pesado tap-tap de unos zapatos masculinos.

Gala había llevado un ligue a casa.

Se sintió hervir de rabia. ¿Por qué lo había hecho? Joder, si quería follar sólo tenía que decirlo, él estaba disponible. Más aún, se estaba esforzando mucho por ser alguien adecuado para ella. Ya casi no follaba y, cuando lo hacía, no se llevaba a las chicas a casa para no darle motivos para mosquearse. Era amable con sus hijas, sobre todo con la mayor, porque la pequeña era insoportable. Y también había empezado a leer en su tiempo libre para adquirir cultura y tener temas de los que hablar con ella. ¡Hasta veía los telediarios para mantenerse informado!

Miró enfadado el techo mientras se preparaba el sándwich que sería su comida y fue al salón a comérselo sin dejar de prestar atención a los sonidos del piso superior. Mientras Gala y su ligue siguieran andando, la cosa iba bien, porque significaba que no estaban follando. ¿Quién podría ser? Que él supiera, no se estaba viendo con nadie, Jimena se lo habría dicho. Tal vez fuera un polvo de una noche, pero lo dudaba. Ella no era una mujer que perdiera el tiempo en sexo esporádico. Lo que sólo dejaba una posibilidad.

Estaba con el Estirado. Lo cual era una putada, porque ese tipo era su principal competidor. Ese viejo no tenía su juventud ni su atractivo físico y sexual, pero era un

cabrón elegante con mucha cultura que sabía cómo tratar a las mujeres. Un talento importante del que él, a la vista de su escaso éxito con Gala, carecía. Clavó la vista en el techo cuando pasaron unos segundos sin que ningún clap-clap rompiera el silencio. Podía ser debido a que se habían quitado los zapatos, a que estaban sentados en el sofá o a que el Estirado había dejado de serlo y la había tumbado en el suelo y se la estaba follando.

Él, desde luego, habría optado por eso, pero dudaba que ese arrogante fuera lo suficientemente hombre para realizar un poco de sudoroso y jadeante ejercicio físico. Antes tendría que sacarse el palo del culo. Además, estaba seguro de que sería incapaz de tirársela en la primera cita. Ni siquiera lo intentaría, era demasiado anticuado para hacer algo tan vulgar.

Sonrió complacido por ese pensamiento y se preparó un termo de café y un par de tortillas francesas para llevarse al trabajo. Su jefe le había dicho que esa noche haría un turno de doce horas, y, a tenor de los horarios de la última semana, no le extrañaría que fueran más. Fregó los cacharros y regresó al comedor para ver si había novedades. Nada más entrar oyó a Gala atravesando el salón, pero no a su cita. Se mantuvo atento y poco después oyó el tap-tap de él avanzando por el pasillo. ¡Se iba! Se puso la cazadora, cogió las llaves y la cartera, y salió de casa para enfilarse raudo la escalera.

Si se daba prisa se cruzarían en el descansillo.

Tanto corrió que, al saltar el último peldaño y aterrizar en el rellano, a punto estuvo de llevarse por delante al hombre que acababa de llegar allí desde el segundo.

—Si tienes tanta prisa, te sugiero que salgas antes de casa, así evitarás atropellar a nadie —lo increpó Rodrigo mirándolo desdeñoso.

Calix lo recorrió con la mirada, tomando buena nota de que no iba tan impecable como acostumbraba. No se había puesto corbata, la camisa estaba arrugada, varios botones abiertos, y tenía el pelo revuelto. Su aspecto contrastaba ruidosamente con la elegante sobriedad de la que siempre hacía gala. De hecho, tenía la pinta de un hombre que acaba de pasar un buen rato con una mujer.

Sintió que el aire abandonaba sus pulmones y el corazón se le paralizaba en mitad de un latido. El Estirado se la había follado. Aunque eso no era lo importante. Lo que de verdad lo dejaba hundido en la miseria era saber que ese viejo pretencioso había conseguido pasar un buen rato con ella sin que lo echara y sin necesidad de emborracharla, algo que él todavía no había logrado.

El Estirado había conquistado a la mujer inconquistable.

Aunque tal vez no. Nada le confirmaba que hubieran follado o que fueran a repetir la experiencia. Quizá todavía tuviera una oportunidad.

—¿Te pasa algo? —lo increpó Rodrigo preocupado por su súbita palidez.

Calix negó con un gesto, se volvió y enfiló el tramo de escaleras que lo llevaría al portal.

Todavía estaba a tiempo de cambiar su suerte. Tenía que aferrarse a eso. Esa noche, mientras trabajara, trazaría su plan. No podía ser tan complicado conquistarla. Era más joven, más atractivo y tenía más trucos y experiencia en la cama que esa momia que tenía por vecino. Sólo debía llevarla a su terreno, besarla y hacerle ver las estrellas.

Y entonces la conquistaría.

Porque la otra opción que le quedaba era darse por vencido y dejarlo todo como estaba.

Y eso no lo iba a hacer.

Estaba harto de estar solo. No iba a conformarse.

Viernes, 6 de enero de 2017

—Angélica es superdivertida, mamá, y tiene un montón de ideas para hacer cosas. Hemos ido a Cortylandia, a la cabalgata, al parque de atracciones, a la plaza Mayor y a Navacerrada a ver la nieve. ¡Es genial! —estalló Gadea entusiasmada desde el asiento trasero del coche.

—¡Te quieres callar, idiota! —la regañó Jimena al ver la mueca disgustada de su madre.

—¡Te callas tú, imbécil! —Fue la réplica instantánea de la menor de las niñas.

—¡Tú sí que eres imbécil, anormal! —gritó Jimena.

—Os calláis las dos o no salís de casa en un mes —las amenazó Gala frenando al ver un sitio libre tras un largo rato dando vueltas a la busca y captura de aparcamiento.

—Ha empezado ella —protestó Gadea.

—Me da igual quién haya empezado. He dicho que basta —dijo más molesta de lo que quería mostrar, porque en realidad no había ninguna razón para estar tan irritada, excepto lo maravillosa que era la nueva novia de su marido. Y eso no era un motivo lógico para estar enfadada. ¿O sí?—. Ni siquiera estáis discutiendo por algo, sólo os insultáis. ¿No veis que es absurdo? —intentó razonar con ellas mientras aparcaba.

Las niñas la miraron antipáticas para luego mirarse ofendidas entre ellas. Un segundo después, bajaron del coche enojadas y enfilaron hacia la plaza sin esperar a su madre.

—¡Eh! Caraduras, no se os ocurra dejarme tirada con las maletas —las reclamó Gala.

—Tampoco es que vayas a cargar con mucho —repuso Jimena malhumorada poniendo las manos en las caderas en una pose de lo más chulesca.

—Sea lo que sea, será menos si lo cargamos entre las tres —señaló Gala a punto de perder la paciencia. ¿Que no era mucho? Pero ¡si estaba el maletero a reventar!

—Yo te ayudo, mamá —se brindó Gadea con voz melosa regresando a su lado.

—¡Pelota! —la acusó su hermana.

—¡Borde!

—¡Retromónger!

—¡Basta! —intervino Gala—. No quiero oír ni una palabra más. ¿Entendido? Sois hermanas. Y las hermanas no se insultan. Se protegen y se quieren.

—Pues yo preferiría ser hija única —afirmó Jimena despectiva.

Gala se encaró con su hija mayor. No tuvo que inclinarse para que sus ojos quedaran a la misma altura porque la niña era casi tan alta como ella.

—No sabes la suerte que tienes de tener una hermana. No puedes siquiera hacerte a la idea —dijo entre dientes, sujetando con férrea determinación las ganas de gritar—. No sabes lo que es estar sola y no tener a nadie que te apoye si las cosas van mal o con quien compartir las alegrías si tienes suerte de que te vaya bien. Así que no vuelvas a decir eso.

—Pues a lo mejor a mí no me parece que tener por hermana a esa relamida sea tener tanta suerte —escupió Jimena para luego echar a correr a la plaza.

¡Estaba harta de que siempre se posicionara del lado de Gadea! Sólo había intentado impedir que esa estúpida siguiera alabando a la nueva novia de papá para que su madre no se sintiera mal, y ella, en lugar de agradecersele, se había puesto en su contra. Como siempre.

—¡Jimena! —la llamó Gala.

—No te preocupes, mamá, yo te ayudo —musitó Gadea agarrando las bolsas que contenían los regalos. Y no eran pocas.

Gala se colgó de un hombro la bolsa de rafia con los táperes de comida que le había dado su suegra, del otro su bolso y la mochila de Jimena, y agarró las maletas de las niñas.

—Este año papá nos ha hecho un montón de regalos —informó Gadea feliz.

—Ya lo veo. —Gala observó las bolsas que cargaba su hija con no poca preocupación.

Había engalanado la casa para cuando llegaran. Sus zapatos estaban junto al sofá y, sobre éste, los regalos envueltos en papel rojo con enormes lazos dorados. Pero, desde luego, no eran tantos ni tan caros como los que habían recibido de sus abuelos y de su padre. Y de la novia de éste.

—Estoy deseando enseñarle a Maylin y a Neeja lo que me ha regalado Angélica —suspiró Gadea, acelerando. Hacía más de una semana que no veía a sus amigas y estaba loca por hablar con ellas.

«Ni siquiera está impaciente por llegar a casa para ver cuáles son sus regalos», pensó Gala mientras su hija le contaba otra vez lo bien que lo había pasado y la cantidad de cosas que le habían regalado. Nada más llegar a la plaza, Gadea echó a correr hacia el grupito de niños y niñas de diferentes nacionalidades reunido cerca del portal.

—¡Gadea! —la llamó Gala. La niña se volvió sin ganas—. Tenemos que subir todas las cosas a casa. Busca a tu hermana y dile que venga a ayudarnos, luego bajáis.

—¡Jopetas! —resopló frustrada la niña antes de ir a por su hermana.

Jimena se levantó malhumorada y, tras despedirse de sus amigas y lanzar una última mirada al chico nuevo del grupo, que además era un genio con el monopatín, acompañó resignada a Gadea.

Cuando las vio llegar enfurruñadas, Gala sintió que se le caía el alma a los pies. Ninguna de las dos se acordaba de que aún quedaban regalos de Reyes por abrir. Por lo visto, los regalos de su exmarido y su novia habían sido tan estupendos que habían eclipsado los suyos incluso antes de que los abrieran.

Las niñas subieron enojadas, pero al entrar en casa y ver las guirnaldas que señalaban el camino a los regalos se les olvidó el mal humor y corrieron al salón.

—¡Hala! —gritó Gadea al abrir el paquete que contenía su nueva mochila para el colegio—. ¡Es justo la que quería! ¡Gracias, mamá!

—¿Cómo sabías que lo quería? —exclamó Jimena sorprendida al ver el maletín de acuarelas y el caballete con el que llevaba soñando desde el verano.

—Ya ves, tantas veces me has acusado de ser una bruja que al final va a resultar que es cierto y adivino los pensamientos...

Jimena miró a su madre pesarosa.

—Sólo te he llamado bruja una vez —replicó.

—Pero seguro que lo has pensado muchas más.

La niña bajó la cabeza avergonzada porque tenía razón. Últimamente no se llevaban demasiado bien. Su madre no la comprendía y ella estaba harta de tener que ceder siempre.

—Siento lo que ha pasado antes —se disculpó.

—Abre tus otros regalos, anda. A ver si también he acertado o no —la instó Gala dándole un cariñoso beso en la frente. Y fue un milagro que Jimena no se apartara, pues llevaba unos meses en los que eso de los besos no le gustaba nada.

—¡La carpeta que quería! —chilló dando un salto—. ¡Toma ya! Verás cuando la vea Anuja, se va a morir de envidia —afirmó enseñándole a Gadea un archivador de terciopelo con la silueta de un dragón y los rotuladores para pintarla.

—A mí me han traído un cuadro de un caballo para pintar. Tienes que dejarme el *rotu* dorado, ¿vale? —pidió Gadea entusiasmada mostrándole el regalo.

—¡Qué chulo! Te lo dejo si tú me pasas el morado...

Gala se sentó en una silla, pues el sofá estaba ocupado por las niñas y sus regalos, y observó complacida la estampa familiar. Puede que tuvieran menos regalos y que éstos fueran más baratos que los de su otra familia, pero ella se había dejado la piel para averiguar qué querían sus hijas y su esfuerzo había merecido la pena.

—¡Huelo a niñas buenas! —anunció de repente alguien con la voz impostada de una mujer queriendo parecer un hombre.

Jimena y Gadea saltaron del sofá y corrieron hacia el Rey Mago que se asomó a la puerta del salón.

—¡Eva! Pero ¿de qué te has disfrazado? —preguntó Jimena riéndose a carcajadas—. ¡Pareces un pordiosero con capa de maleante!

—Ya te dije que las cortinas no daban el pego como capa de Rey Mago —le recriminó gruñona Eva, vestida de Gaspar, al Rey Mago que iba tras ella.

Cuando éste entró en el salón, incluso Gala estalló en carcajadas.

—Eres el primer Melchor que veo con el pelo azul radiactivo —consiguió decir Gadea entre risas.

—Y vestido de Rappel —apuntó Gala observando perpleja a su amiga—. ¿De dónde has sacado esa túnica?

—De una tienda de disfraces, ¿de dónde crees? —replicó orgullosa Vicenta.

—Y ¿era de Rey Mago?

—Humm..., casi.

—Era de mago. A secas —señaló Cruz, oculto en el pasillo—. Y si te han sorprendido Eva y Vicenta, espera a verme a mí. Tuve la suerte de sacar la pajita más corta y me tocó Baltasar —dijo asomándose a la puerta—. Y no es que tenga nada contra los negros, pero ¿de verdad era necesario que Baltasar fuera negro carbón? ¿No podía ser de un discreto marrón chocolate?

—Pero ¡¿qué te han hecho?! —inquirió Jimena al verlo.

Le habían pintado la cara, el cuello, las manos y toda la piel que tenía a la vista de negro. Pero no de un negro suave que permitiera ver sus facciones, en absoluto. Era un negro tizón que lo cubría todo, convirtiendo su cara en una masa informe en la que sus ojos destacaban como faros.

—Y lo malo es que no sale —se lamentó apesadumbrado.

—¿Cómo no va a salir? —replicó Gala yendo hacia él con un pañuelo que sacó del bolso. Lo mojó con saliva y se lo pasó por el cuello. El pañuelo se volvió negro, pero el cuello no se aclaró—. Con agua y jabón seguro que sale.

Cruz levantó las manos, estaban sólo un tono más claras que su cara.

—Ya lo hemos intentado. No se quita. Tampoco con toallitas desmaquilladoras.

—Y ¿por qué te has pintado la cara si sabías que no se quitaba? —planteó Gadea.

—No lo sabía. Aquí, la bruja Avería —señaló a Vicenta— me ha pintado esta mañana para ver qué tal quedaba el maquillaje... y desde entonces estoy así.

—Es lo malo de usar pinturas baratas, que luego es difícil quitarlas —sentenció la anciana.

—¡Difícil! ¡Llevo todo el día frotándome con un cepillo de raíces! ¡Si no consigo recuperar mi color de piel, Bruno no querrá casarse conmigo! —exclamó Cruz melodramático.

—Eso que ganas —afirmó Gala.

Cruz se volvió hacia su amiga y la miró con rabia. O, al menos, eso imaginaron porque como no se le veían las cejas ni los párpados ni nada, no podían saber cuál era su expresión.

—Que sepas que acabas de quedarte sin regalo, bonita —anunció orgulloso antes de ir al sofá con las niñas y coger dos paquetes del saco que llevaba—. ¿Habéis sido buenas?

Gadea y Jimena prorrumpieron en un estentóreo «sí» y extendieron las manos para recibir sus regalos.

Gala observó emocionada la escena. Imposible sentirse sola teniendo a Eva, Vicenta y Cruz a su lado. Ellos eran su familia.

Calix colocó los trocitos de fruta escarchada en los círculos de masa, los alternó con montoncitos de azúcar húmedo, distribuyó las almendras laminadas y metió la bandeja en el horno antes de salir del obrador. Nada más cruzar la puerta, se quitó el gorro y la redecilla del pelo. Normalmente no le molestaban, pero tras llevarlos todo el día, no los soportaba más.

Su jefe había cumplido su palabra. Su turno había sido de diez horas. Al menos, por la mañana. Había salido a las diez, para regresar a las tres y continuar trabajando, pues no daban abasto para hacer todos los roscones que el público requería en el día de mayor venta del año. Y él no estaba en condiciones de discutir con su jefe las abusivas jornadas que le exigía. No era que sobrara el trabajo, menos aún para alguien que había acabado la ESO de pura chiripa antes de ponerse a trabajar. O, mejor dicho, a buscar trabajo. O, como decía su padre, a hacer el vago. Y razón no le faltaba, pues los primeros años se los había tomadosabáticos, aunque luego se le había acabado el chollo. Su padre se había quedado en paro y su madre ya llevaba allí un par de años, lo que había llevado a su progenitor a advertirle que en casa no sobraba el dinero, pero sí las bocas.

Y ahí estaba ahora, en Madrid, esclavizado con un horario de locos y un sueldo miserable.

Entró en el vestuario y se cambió la bata blanca por unos vaqueros gastados y una sudadera. No era un *look* del otro mundo, pero en ese momento su imagen no le importaba tanto como la comodidad. Ahogó un bostezo y, agarrándose al dintel, estiró su contraída espalda. ¿Cuántos roscones podían comerse en Madrid en esas fechas? ¡Millones! Había hecho tantos que todo le sabía a fruta escarchada, masa fermentada y azúcar. Dudaba que volviera a comer uno en su vida.

Fue a la oficina a fichar y el encargado lo sorprendió con la noticia de que esa noche se incorporaba tres horas más tarde al trabajo. Por lo visto, el jefe se sentía benevolente.

«Pues vaya mierda», pensó Calix. Prefería entrar a su hora y que no le descontaran las extras que había hecho esa tarde.

—No te retrases —le advirtió el encargado—. El jefe no está de buen humor hoy.

Calix sonrió burlón, su jefe jamás estaba de buen humor. Así que no entraba en sus planes llegar tarde y convertirse en la diana para sus gritos y humillaciones. Aunque tampoco era necesario hacer nada para ser agredido verbalmente por el dueño del obrador. Bastaba con existir para que vomitara sobre quien fuera toda su rabia. Y la tomaba con Calix demasiado a menudo como para arriesgarse a darle excusas llegando tarde.

—Todavía no he cobrado diciembre, ¿hay algún problema? —se aventuró a preguntar.

—El señor Pascual quiere pagaros las horas extras de diciembre y por eso se ha retrasado. La semana que viene recibirás el sobre y la nómina, no te preocupes.

Calix asintió y abandonó la oficina. Cuando salió a la calle era de noche, a pesar de ser poco más de las siete de la tarde. En las aceras, junto a los contenedores de basura, se acumulaban las cajas de los regalos que los Reyes Magos habían repartido. Suspiró nostálgico al recordar lo mucho que se había quejado de niño —y de no tan niño— por no recibir todo lo que había pedido. Ahora el único regalo que le gustaría tener sería estar en casa con su familia. Aunque lo que en realidad le encantaría sería presentarse ante su padre con un montón de regalos y demostrarle que, en contra de su agorero pronóstico, al vago de su hijo le iba muy bien en Madrid, tenía mucho dinero y un trabajo cojonudo. Pero la cuestión era que, como no había cobrado, no tenía un duro para viajar, menos todavía para comprar regalos. Aun así, pronto cobraría. Y se daría el capricho de ir a Segovia cargado de regalos. El gasto valdría la pena sólo por ver la cara pasmada de su padre. También la emocionada sonrisa de su madre.

Habían hablado esa tarde y ella le había preguntado ilusionada si había recibido una «cosita» que le había enviado. Pues no. No la había recibido. Por lo visto, los camellos de Correos no eran tan puntuales como los de los Reyes. Frunció el ceño apesadumbrado: ése iba a ser su único regalo de Reyes. Ojalá lo hubiera tenido esa mañana... lo habría puesto bajo el árbol de Navidad, sobre sus zapatos, como hacía ella cada noche de Reyes.

Se frotó los ojos avergonzado al sentir un inesperado brote de emoción surgiendo de sus lagrimales. Estaba seguro de que su madre le había mandado esa «cosita» sin que lo supiera su padre. Era lo que hacían las madres, mimar a sus hijos y quererlos por encima de todo, incluso a pesar de que sus maridos estuvieran enfadados —y con razón— con ellos.

Los hijos siempre eran lo primero para ellas.

Se detuvo de improviso, ese pensamiento dando vueltas en su cabeza. Tal vez había equivocado la estrategia para conquistar a Gala. Quizá no necesitaba ver telediarios ni leer para culturizarse y parecer inteligente. Tal vez sólo tenía que recurrir a cierta ayuda.

Caminó con fuerzas renovadas a la parada del autobús, poco después subió al que lo llevaría a casa. Cuando se bajó tenía un plan en mente. Al llegar a la plaza vio que Jimena y Gadea estaban allí con sus amigos. Las vigilaba Gala, quien estaba charlando con Cruz, Vicenta, Eva y el novio de ésta, Adán. Debido a los extraños ataques que se daban últimamente en la plaza, a ningún adulto le gustaba dejar solos a los niños allí.

Dudó un instante entre acercarse a Gala o a Jimena, pero al final se impuso el sentido común. Necesitaba hablar con la cría y ganarla para su causa.

—No miréis, pero el buenorro del segundo viene hacia aquí —susurró excitada Anuja, la mediana de la familia hindú del segundo interior izquierda.

—¡No mires! —regañó Xiao, la mayor de las hermanas asiáticas del bajo, a Jimena al ver que se volvía sin ningún disimulo—. Se va a dar cuenta de que lo estamos mirando...

—¿Cómo no lo vamos a mirar si está buenísimo? —repuso Malena estirando el cuello para ver mejor al rubio—. Y eso que hoy viene de lo más normal. Lo prefiero cuando sale a hacer deporte y las mallas le marcan el paquete...

—Cállate, idiota, que te va a oír —siseó Jimena poniéndose roja como un tomate.

—Hola, Jimena —saludó Calix parándose frente a ellas—. ¿Qué tal los Reyes?

—Genial. Me han echado un montón de cosas. ¿Y los tuyos qué tal? —preguntó, encantada por las miradas alucinadas de sus amigas.

—Yo debo de haber sido muy malo porque no he recibido nada, ni siquiera carbón —bromeó él sin pizca de humor en la mirada—. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro. —Jimena saltó del banco para acompañarlo.

Irguió la espalda y sonrió ufana al pasar frente al grupo de los chicos. Uno de ellos, un chaval espigado de aspecto descuidado, nariz respingona, tieso pelo castaño, sonrisa triste y mirada desafiante, observó enfadado a Calix, y éste le respondió con una sonrisa torcida. Por lo visto, Jimena tenía un pretendiente. Sin embargo, ella ni siquiera se percató de que el chaval existía, pues tenía la vista fija en el chico nuevo del barrio, que en ese momento hacía una mueca de fastidio al verla con Calix. Se había mudado hacía menos de un mes y ya se había convertido en el líder de la pandilla. Era el mayor de todos. También el más guapo. Y el más interesante, con su pelo de punta, sus vaqueros rotos y el pendiente en la oreja. Aunque no era que Jimena se hubiera fijado en él. No demasiado, al menos.

Acompañó a Calix hasta un banco en el extremo de la plaza y se sentó con él.

—¿Qué pasa? —le preguntó con la confianza de viejos conspiradores.

—Estoy pensando en invitar a tu madre al cine...

—¡Estupendo! A mamá le encanta el cine. Si quieres ir este fin de semana puedo convencerla de que nos deje con Vicenta o con Eva.

—He pensado en ir los cuatro, vosotras tres y yo —apuntó él. Las niñas habían pasado toda la semana con su padre y dudaba que Gala se aviniera a separarse de ellas.

—¿Con nosotras también? —Lo miró asombrada. ¡Vaya caca de seducción iba a hacer con Gadea de por medio!

—Sí. Los sábados trabajo por la noche, por eso he pensado en el domingo.

—Los domingos no le gustan mucho a mamá porque al día siguiente hay colegio. —Lo miró pensativa—. No creo que vayas a conseguir nada con ella si vais al cine con nosotras. Sería mejor que fuerais solos y luego la invitaras a cenar o algo así.

—El problema es que aún no he cobrado y no tengo dinero para cenar fuera —confesó Calix, sin entender por qué le decía eso. Tal vez fuera porque esa cría era la única persona que había intentado trabar amistad con él en los meses que llevaba viviendo allí.

—Pues el cine tampoco es barato —resopló Jimena.

—Ya, pero tengo una tarjeta descuento y me salen las entradas muy bien de precio.

—Eso es genial.

—Lo malo son las palomitas...

—Uf, sí, son supercaras.

—Por eso he pensado que podría comprarlas en el colmado y eso que me ahorro.

—Buena idea. Y si compras las patatas *gourmet* del Mercadona te ganarás a mamá, le chiflan —agregó conspiradora.

—¡Fenomenal! Eso haré —aceptó encantado—. También quería pedirte un favor. Verás, tenemos que pensar en una distracción que me permita... —le susurró su maquiavélico plan.

—¡Vaya! —exclamó Jimena—. Se me ocurre algo, pero vamos a necesitar la ayuda de Anuja.

—¿Es de fiar?

—Al cien por cien —afirmó muy seria.

* * *

Rodrigo se asomó a la ventana al oír gritos infantiles en la calle. La plaza estaba llena de vida a pesar de ser de noche. Los preadolescentes formaban ruidosos grupitos cerca de la capilla del Obispo. Chicos y chicas intentaban llamar la atención con gritos, risotadas y desafíos. En las terrazas de las cafeterías, los jóvenes se reunían al amparo del calor de las estufas para degustar tapas típicas del Madrid más castizo. En los bancos, los adultos vigilaban a sus hijos, temerosos de que hubiera un nuevo ataque y, cerca del portal, Gala y sus amigos observaban algo en la plaza. No le costó localizar a Gadea. Se movía por la acera a velocidad de vértigo sobre unos patines que brillaban como luciérnagas, su bufanda rosa ondeando al viento cual bandera mientras reía feliz.

Se acodó en el alféizar para disfrutar del sonido de sus carcajadas. Esa cría tenía una vitalidad imparable y una alegría contagiosa. Y él estaba harto de estar en casa. Solo.

Se apartó de la ventana, cogió el abrigo y salió.

—Los patines han sido idea de su abuela —comentó Gala observando asustada a su hija menor. ¡En su época, los patines no alcanzaban tanta velocidad!

—Parece mentira que se los haya puesto hoy por primera vez. Es una patinadora nata —aseveró Cruz—. Y no creas que es fácil patinar, yo lo intenté y me rompí la clavícula.

—A mí no se me daba mal de niño, aunque dudo que ahora consiguiera mantenerme en pie —comentó Rodrigo acercándose a ellos.

—¿Patinabas de niño? —inquirió Gala asombrada de verlo allí. Aunque más la asombró su confesión.

Era imposible imaginarse al Estirado patinando. Ni siquiera de niño. Siempre había sido muy serio y solitario. Demasiado reservado para volar en una pista de patinaje.

—Por supuesto. Mis padres me llevaban casi todos los sábados a la Rolling Disco.

—No te imagino vestido con pantalones de licra y marcando paquete. —Eva lo miró burlona.

—A algunos no nos gustaba hacer el ridículo e íbamos con pantalones de pana —replicó Rodrigo con voz grave.

—La licra no estaba nada mal, pero sólo si eran las chicas quienes la llevaban —intervino Adán burlón—. Feliz Año Nuevo —dijo tendiéndole la mano.

Rodrigo le deseó lo mismo y le preguntó por su abuela, entablando una grata conversación mientras Eva, Gala, Vicenta y Cruz continuaban hablando de sus cosas.

Ninguno se percató de que Calix se sentaba en un banco cercano para observarlos en silencio. Era algo que solía hacer las tardes entre semana. Le gustaba bajar a la plaza para charlar con Jimena y sentirse en cierto modo acompañado por los vecinos que se reunían allí cuando los niños salían del colegio.

—¿Qué más les han regalado los otros a las niñas, aparte de esos diabólicos patines? —preguntó Vicenta estrechando los ojos con desconfianza.

Adán se echó a reír al oírla.

—Parece que estéis hablando del enemigo.

Cruz, Eva y Vicenta lo fulminaron con la mirada para después ignorarlo y seguir hablando entre ellas.

Adán miró a Rodrigo y se encogió de hombros, indicándole que no había quien comprendiera a las mujeres. Y Rodrigo no pudo evitar sonreír ante su gesto. Era extraño verse incluido dentro de un grupo. También agradable. Le gustaba el nieto de Dolores. Era un hombre amigable e íntegro con el que se podía conversar.

—A Gadea le han regalado unas botas carísimas y a Jimena un maletín de maquillaje, ambas cosas elegidas por la novia de su padre —respondió Gala con

evidente disgusto.

Su hija mayor llevaba todo el año pidiéndole maquillaje y ella se había negado, lo que la había convertido en la mala de la película. Y todo para que la novia de su ex quedara como una tía genial regalándole lo que Jimena tanto deseaba.

—Pero ¡si aún no ha cumplido trece años! —exclamó Cruz—. A ver, yo entiendo que las niñas de ahora se pinten la raya muy jóvenes, pero de ahí a tener un maletín de maquillaje...

—Pues eso pienso yo. ¿Acaso quiere que mi hija se pinte como una puerta?! —estalló Gala enfadada.

—Esa arribista lo ha hecho a propósito para dejarte mal —afirmó Vicenta.

—O eso, o no tiene ni una pizca de cerebro —apuntó Cruz.

—Yo me inclino por eso último —intervino Eva—. Me apuesto el cuello a que es el prototipo de mujer que todo hombre desea: joven, tetona, culona, con un tipazo y sin un ápice de sentido común.

Gala asintió. Ése era justo el tipo de mujer que atraía a su ex.

—No nos metas a todos los hombres en ese saco —protestó Adán—. Mi prototipo tiene las tetas justas y es más bien bajita, aunque debo reconocer que no anda mal de culo —confesó mirando a Eva de arriba abajo.

—No soy bajita —repuso ella herida en su orgullo.

—Tal vez lo que pretendía la novia de tu ex era caerles bien a tus hijas —señaló Rodrigo ganándose las miradas de animadversión de las mujeres y de Cruz.

—¿Y por eso le regala unas botas carísimas a una cría de diez años y un maletín de maquillaje a una de trece? —lo increpó Eva, atacando a quien se posicionaba en el bando de «Los otros». Ya sabía ella que el Estirado no era trigo limpio—. No son regalos para niñas.

—Quizá no pensara en eso. Tal vez sólo quería regalarles algo que le hiciera ganar puntos con Jimena y Gadea —insistió Rodrigo—. Al fin y al cabo, son las hijas de su pareja. Es lógico que quiera llevarse bien con ellas.

—No seas ingenuo, lo que quiere es dejar en ridículo a Gala —replicó Eva.

—Yo pienso lo mismo —convino Calix, sorprendiéndolos a todos.

Y no porque no supieran que estaba allí, sino porque no estaban acostumbrados a que interviniera en las conversaciones, pues siempre se mantenía al margen.

—Seguro que lo ha hecho para darse aires ante el ex de Gala y ganar puntos con él usando a las niñas —afirmó con su acostumbrada indiferencia, que, por cierto, era fingida.

—Por lo visto, soy el único que discrepa —comentó Rodrigo fijando la mirada en Gala—. Pero eso no significa que no tenga razón.

—Tampoco que la tengas —rebató Calix.

Rodrigo lo miró desdeñoso. ¿Qué se había creído ese majadero?

—Por supuesto. Sólo significa que tengo la facultad de pensar por mí mismo y que no digo lo que mi interlocutor quiere oír, sino lo que pienso realmente.

Calix se envaró con la indirecta, sus ojos fijos en los de Rodrigo, embarcados en un duelo de voluntades del que salieron al oír un infantil grito de dolor.

—¡Gadea! —exclamó Gala echando a correr hacia el centro de la plaza, donde su hija se encontraba en el suelo, aferrándose la rodilla mientras lloraba dolorida.

Rodrigo echó a correr tras ella igual que Calix, aunque, dada su excelente forma física, el segoviano fue el primero en llegar. Se arrodilló junto a la niña en el mismo momento en que Gala llegaba hasta ella.

—¿Qué ha pasado?

Y lo que había ocurrido era que Gadea, creyéndose una estrella del patinaje, había intentado dar un doble giro con salto y había acabado con sus huesos en el suelo, desgarrándose el pantalón nuevo —que era lo que más le dolía— y haciéndose un rasponazo en la rodilla.

Calix intentó levantarla para llevarla a casa en brazos, seguro de que eso haría que Gala cayera rendida a sus pies, pero la puñetera niña se negó en rotundo, empujándolo frenética hasta que logró apartarlo de ella.

Gadea, consciente de que todos la observaban preocupados, jugó sus cartas. Miró a Rodrigo con unos enormes ojos de gacela herida y extendió los brazos hacia él. Si alguien tenía que hacerse el héroe llevándola a casa, sería su candidato, no el de su hermana.

Rodrigo sacudió la cabeza al ver su gesto desamparado. Esa cría era digna de ganar el Oscar a la mejor interpretación femenina del año.

—Arriba, señorita, no es tan grave como para que te lleve en brazos —dijo sonriente a la vez que le daba la mano para tirar de ella.

—Pero sí para que me acompañes a casa, ¿verdad? —preguntó melosa apoyándose en él.

—Por supuesto, un caballero siempre cuida de su dama —contestó Rodrigo.

—Vaya tunanta que está hecha tu hija —se burló Vicenta al ver a la niña cojear hasta que Rodrigo le dijo algo que la hizo reír y la cojera desapareció como por ensalmo.

—Y tanto que sí, es una mentirosa aprovechona —masculló Jimena, quien se había acercado al ver a su hermana en el suelo.

—Tiene que dolerle la rodilla, se ha dado un buen golpe —repuso Gala yendo tras Gadea y Rodrigo—. Vámonos a casa, Jimena, ya es tarde.

—¡No jorobes! Están todos mis amigos aquí y yo voy a tener que subirme por culpa de esa idiota, que se ha caído por hacer el tonto. ¡No es justo!

—Es de noche, no puedes quedarte sola con todo lo que ha pasado estos meses.

—Yo me voy a quedar un rato, si quieres puedo vigilarla —se ofreció Calix.

Aunque en realidad debería meterse en la cama y dormir el tiempo que le quedaba hasta que le tocara volver al trabajo. Pero le caía bien la cría y entendía su postura. Él también querría quedarse la última noche de las fiestas navideñas con sus amigos si éstos estuvieran en Madrid. Además, ahora que estaba en la calle, al aire libre,

parecía que el dolor de cabeza se estaba desvaneciendo y, como siempre le pasaba, no le apetecía encerrarse en casa.

Gala lo miró intrigada. ¿Calix ofreciéndose para cuidar de su hija? ¿Así, sin más? ¿Qué pretendía conseguir a cambio?

—*Porfa*, mamá, todas mis amigas se quedan y llevo una semana sin verlas —suplicó Jimena—. Te prometo que voy a hacer caso a Calix en todo y no voy a irme de la plaza.

—Estaré atento, te lo prometo —insistió él.

—¿De verdad no te importa?

—No tengo nada mejor que hacer, y Jimena es una buena amiga —afirmó sonriente.

Gala soltó un cansado suspiro y asintió.

—Muchas gracias por ofrecerte —le dijo antes de mirar a su hija—. Media hora, ni un segundo más —le advirtió yendo al portal con Rodrigo y Gadea.

Entraron en el vestíbulo y la niña subió tres escalones antes de soltar un acongojado sollozo que, aunque no convenció a Rodrigo de la mortal gravedad de su rasponazo, sí lo hizo replantearse su decisión de no llevarla en brazos.

—Anda, sube —resopló dándole la espalda.

Gadea no dudó un instante en saltar sobre él a caballito.

Gala tuvo que taparse la boca para contener la carcajada que le provocó ver a ese hombre tan serio subir la escalera con su hija montada a caballito, la bufanda rosa, los pantalones malva, el anorak rojo chillón y los patines rosas en contraste con el sobrio abrigo negro, los pantalones de pinzas y los zapatos brillantes de él.

—Espero que esa risa que estás conteniendo no se deba a la estampa que Gadea y yo ofrecemos —comentó Rodrigo con voz solemne.

—No, qué va —replicó Gala—. Para nada.

—Mamá está mintiendo —musitó Gadea al oído de Rodrigo.

—Eso parece —convino él. A su espalda oyó la risa de Gala—. Tendremos que vengarnos.

—Sí —aceptó la niña para luego preguntar confundida—: ¿Por qué?

—Porque se está riendo de nosotros.

—Ah. Pues cuando te vayas a vengar avísame para que me vaya muy lejos. Mamá se enfada mucho cuando le hacen cosas que no le gustan —le avisó muy seria.

—Esperaba alguna ayuda por tu parte —comentó él jadeante al subir los últimos peldaños. La fuerza de la gravedad y el peso de la niña se habían unido para dejarlo sin aliento.

—¿Por qué?

—Se supone que eres mi aliada.

—Y lo soy, pero eso no significa que sea idiota —aseveró muy digna, arrancándole una nueva carcajada a su madre.

Rodrigo llegó por fin al segundo y se apresuró a liberar su castigada espalda del peso de la niña. La próxima vez lo pensaría mucho antes de ejercer de caballero andante.

—Entonces ¿vas a abandonarme en mi revancha? —le preguntó a la pequeña con una media sonrisa mientras Gala abría la puerta del piso.

La niña miró de refilón a su madre y luego se volvió hacia Rodrigo y le hizo señas para que se agachara. Eso despertó la suspicacia de Gala, quien aguzó el oído.

—Tú no tienes que vivir con mamá cuando está enfadada —Gadea bajó la voz hasta convertirla en un susurro. Uno bastante audible, por cierto. Era difícil ser discreta con un tono de voz tan agudo como el suyo—. Además, cabrearla no es una buena idea si quieres ser su novio. Te puede capar —le advirtió preocupada.

—¡Gadea! —la regañó ella abochornada mientras Rodrigo intentaba contener una carcajada sin conseguirlo—. No sé de dónde has sacado eso.

—Lo comentaste con Eva en Navidad y Jimena me explicó lo que significaba —confesó con sincera inocencia.

—Entra en casa, cámbiate de ropa y métete en el baño para que te cure —ordenó Gala poniendo fin a la conversación.

—Pero, mamá...

—Ahora.

—Jopetas —masculló Gadea enfilando el pasillo.

—Por lo visto, no soy el único que está al corriente de tu tendencia a la emasculación —musitó Rodrigo cuando Gadea entró en un dormitorio.

—Oh, cállate. —Gala curvó los labios en una maliciosa sonrisa.

—Mejor cállame tú —la desafió atrapándola por la cintura.

Tiró de ella acercándola y arqueó una ceja, retándola a realizar el siguiente movimiento.

Gala lo miró pendenciera, se volvió un instante para comprobar que su hija seguía en el cuarto con la puerta cerrada y le pasó las manos por la nuca, obligándolo a bajar la cabeza. Rodrigo aceptó su orden silenciosa. Un segundo antes de que sus labios se juntaran, la luz del rellano llegó al final de su tiempo, apagándose. Él alargó el brazo para volver a encenderla, pero ella se lo impidió sujetándole la mano. Se la llevó a la cintura, instándolo a abrazarla, y después aprovechó la oscuridad rota por la luz que salía de su casa para quitarle las gafas.

Rodrigo cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás.

—¿Te molesta la luz? —susurró ella confusa, pues ésta era muy suave.

—No —murmuró él abriéndolos.

Toda su vida los había ocultado tras las gafas, y no sólo para protegerlos de la luz. También para protegerse de las burlas de los niños en su infancia y de la insultante curiosidad de los extraños, y no tan extraños, en su madurez. No le resultaba fácil mostrárselos a ella.

—Tienes unos ojos preciosos —susurró Gala, a pesar de que no podía ver su tono violáceo en la penumbra.

Se puso de puntillas y él bajó la cabeza, encontrando sus labios en un dulce beso que no tardó en volverse apasionado, al menos hasta que oyeron el sonido de una puerta al abrirse y se separaron alterados.

—Mamá, ¿me vas a curar ahora o me ducho primero para que no se caiga la tirita? —inquirió Gadea atravesando el pasillo envuelta en un viejo albornoz.

—Mejor dúchate, cariño —susurró Gala sin apartar los ojos de Rodrigo.

—¿Vienes conmigo, mamá? Me duele la pierna y no la puedo doblar bien —reclamó la niña los mimitos que le correspondían por su caída.

—Buenas noches, Gala —susurró Rodrigo antes de asomarse al pasillo—. Buenas noches, Gadea, compórtate como la valiente que sé que eres.

—Claro que sí —aceptó ella irguiendo la espalda orgullosa.

* * *

Media hora después, cuando Gadea ya estaba curada gracias a su tirita superchula de Bob Esponja, Jimena regresó a casa acompañada de su cuidador.

—La dejo sana y salva en tu puerta —bromeó Calix cuando Gala salió al rellano.

—Gracias, espero que se haya portado bien.

—Es una niña muy dulce, es imposible que se porte mal —declaro él con sinceridad.

Gala lo miró con incredulidad. ¿Su hija, dulce? ¿Desde cuándo?

—Estaba pensando que lo mismo os apetecería venir al cine el domingo —comentó Calix como por casualidad.

—¿Las tres? —Gala lo miró sorprendida de que quisiera ir con sus hijas.

Hasta ese momento, todos los movimientos que había hecho estaban orientados a meterse en su cama. Ir al cine acompañados por dos niñas se salía de su estrategia habitual.

—¡Di que sí, mamá! ¡*Porfaplease!* —estalló Jimena—. ¡Hace años que no vamos al cine!

—Fuimos hace dos semanas —rebatía Gala perpleja. ¿A qué venía tanto entusiasmo?

—Jo, mamá, por favor. Echan una peli que quiero ver... *Porfa*, anda.

—¿Cuál? —Gala la miró confusa, no le había dicho que quisiera ver ninguna.

Jimena boqueó y miró a Calix recelosa. Su madre los había pillado in fraganti.

—Una de amor o algo así dijiste, pero no me sale el título —farfulló Calix. Hacía siglos que no iba al cine, no tenía ni idea de lo que había en cartelera.

—¿*La La Land*? —propuso Gala.

—¡Ésa! —exclamó Jimena sin importarle el título. Lo importante era ir al cine.

—Sí, ésa es. ¿Os paso a buscar el domingo a las siete? —insistió Calix.

—¡Yo no quiero ir! —protestó Gadea asomándose al oírlos. ¡No iba a permitir que Calix tuviera una cita con su madre, ni siquiera si ellas iban como carabinas!

—Pero ¡yo sí! *Porfa*, mamá, quiero verla...

Gala miró a Gadea y luego a Jimena.

—Está bien, si no quieres ir al cine, te quedarás con Vicenta y listo —resolvió.

Gadea parpadeó perpleja. ¡No! ¡Eso era aún peor! No podía dejar que su madre fuera al cine sola con Calix y Jimena, seguro que su hermana hacía lo posible por enrollarlos.

—Espera, ¿vais a ver *La La Land*? Ésa sí la quiero ver.

Domingo, 8 de enero de 2017

—¿Estáis seguras de que queréis ver ésta? —Calix observó renuente el cartel de la película. En él, una pareja bailaba en una carretera bajo la luz de una farola—. Tiene pinta de ser una pastelada...

Jimena miró a su héroe, parecía aturdido.

—Es de amor, como tú querías —comentó mirando de refilón a su madre, que los esperaba fuera del laberinto de la cola.

—Pero es un musical —repuso Calix, incapaz de creer que iba a tragarse veinte minutos de cola y pagar un pastizal para ver ¡un musical!—. Hay un montón de películas de amor que no son musicales. —Miró la cartelera—. Podríamos ver *Dementes criminales*.

—Ésa no parece muy romántica —apuntó Gadea burlona.

—Seguro que hay una historia de amor. En todas las pelis la hay —defendió Jimena a su candidato, aunque su gesto horrorizado dejaba claro que no era un filme que le apeteciera ver.

—¿Y *Assassin's Creed*? —preguntó Calix a la desesperada al ver que la cola avanzaba.

—Ésa parece de miedo —replicó Gadea fingiendo un escalofrío.

—¡Qué va a ser de miedo! —exclamó Jimena enfadada por el sabotaje de su hermana.

—Sale un hombre vestido de monje malvado con espadas. ¡De amor seguro que no es! —dijo Gadea sacándole la lengua.

—Cómo si tú supieras mucho de amor, renacuaja.

—¿Y si vemos *Rogue One*? Es de Star Wars —intervino Calix intentando mediar entre las niñas.

Lo ignoraron.

—¿Y tú sí? —contestó Gadea a su hermana.

—Pues más que tú, sí —afirmó Jimena altanera.

—Ah, claro, se me olvidaba que estás colada por David.

—¡Cállate, idiota! —gritó Jimena abochornada porque Calix la hubiera oído.

—Chicas, tranquilas, que no corra la sangre —terció asustado al verlas tan crispadas.

—No me callo, es la verdad. Estás por David.

—¡Te odio!

—¿Hay algún problema? —inquirió Gala acercándose al ver que sus hijas discutían.

—Gadea es una bocazas —estalló Jimena echando a correr hacia los servicios.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gala atónita por su reacción.

—Una discusión entre hermanas —contestó Calix, dedicándole una furiosa mirada a Gadea.

Gala miró a su hija enarcando una ceja.

—He dicho algo que no debía —admitió ésta disgustada.

—Ven conmigo, vas a pedirle perdón ahora mismo —ordenó Gala agarrándole la mano.

—¿Vas a comprar la entrada o no? —increpó a Calix el hombre que iba tras él al ver que no se adelantaba a la taquilla a pesar de que estaba libre.

Calix lo miró furioso antes de ir. Estuvo tentado de elegir *Rogue One*, pero al final pensó que lo mejor era ceñirse al plan. Compró las entradas y esperó a que sus acompañantes salieran del baño. Luego se dirigieron a la sala y, al llegar a la fila de asientos, se formó un pequeño drama. A Gadea no le gustaba sentarse junto a desconocidos, por lo que siempre se ubicaba entre Gala y su hermana, pero en esa ocasión, como había un adulto más, se empeñó en sentarse entre Calix y su madre, según ella, para estar más protegida. Gala captó las intenciones de su hija, pero como le venían muy bien para mantener a Calix alejado, aceptó. Y eso hizo que Jimena montara en cólera, no tanto porque Gadea hubiera separado a su madre y a Calix, sino porque le daba una vergüenza atroz sentarse junto a éste ahora que sabía que le gustaba el chico nuevo del barrio.

Calix creyó que estaba enfadada porque Gadea había frustrado su plan de conquista, así que la miró esbozando una sonrisa cómplice.

—Ya llegará nuestro turno, tranquila —le dijo en un susurro. Tenían un plan para después del cine, y ése ni siquiera Gadea podría fastidiárselo.

La niña bajó la cabeza para zafarse de su mirada y se sentó abochornada.

Calix la miró pensativo desde su butaca y de repente intuyó lo que le pasaba. Esperó a que la sala se quedara a oscuras y los tráileres llenaran el silencio antes de volverse hacia ella.

La niña lo miró sofocada. La chivata de su hermana le había contado su secreto más secreto, ¡y quería morirse o, en su defecto, enterrarse bajo tierra, bien profundo a poder ser!

—No pasa nada porque te guste un chico —murmuró Calix en su oído.

—No me gusta ningún chico.

—Bueno, pero si te gustara no pasaría nada. A mí me gusta tu madre y, ya ves, no me he muerto. Aunque tal vez me muera de aburrimiento mientras veo esta película...

La niña soltó una risita al oírlo.

—Seguro que te lo pasas bien, aunque sea un musical.

—Tal vez, pero si ves que ronco, por favor, despiértame.

—Te daré un codazo.

—Pero flojito, *porfa*. —Se quedó pensativo antes de seguir hablando—: Y si alguna vez te gusta un chico y quieres que te diga qué me parece o que le parta las piernas por no portarse bien o que le dé un toque o lo que sea, dímelo. Sé guardar un secreto —afirmó muy serio.

—Gracias —susurró Jimena antes de darle un cariñoso beso en la mejilla.

Y ese beso, junto con la taza de desayuno con la foto de toda la familia que le había mandado su madre, fue el mejor regalo de Reyes que había recibido nunca. Porque no era un simple beso. Era una promesa de amistad. Y eso era algo de valor incalculable.

* * *

—¿Te ha gustado la película? —le preguntó Gala a Calix mientras paseaban de regreso a casa. Y no era que les faltaran temas de conversación. Más bien al contrario. Él parecía estar muy puesto en todo lo que ocurría en el mundo, de hecho, su conversación era una mezcla extraña de las noticias y los documentales de La 2.

—No.

Gala arqueó una ceja mirándolo expectante.

—Se pasan la mitad de la película cantando. En inglés. Así que para enterarme de lo que decían he tenido que leer los subtítulos, lo que significa que me he perdido un montón de detalles. Y, para colmo, ese final. O sea, ¡vaya cagada! ¿Cómo pueden decir que es una película romántica acabando así? ¡Más bien parece un drama!

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Es un timo. Eso no es romántico ni por asomo —coincidió Gadea sorprendiéndolos a todos, ya que jamás apoyaba a Calix en nada.

—Pues a mí me ha encantado —declaró Jimena—. Es tan romántica... Se quieren tanto, y al final... —Se limpió la lágrima traidora que brotó de sus ojos.

—Al final son idiotas —afirmó Gadea malhumorada.

Calix no pudo por menos que asentir, totalmente de acuerdo con ella.

—Qué va —replicó Jimena—. Deciden renunciar a su amor para conseguir sus sueños...

—Y ¿eso es romántico? —se burló Gadea.

—En cierto modo, sí —respondió Gala sonriendo.

—Y, al final, cuando se encuentran, la chispa sigue ahí. Se devoran con los ojos y desean besarse y amarse, pero no pueden...

—Porque son idiotas —finalizó Gadea.

—¡Qué sabrás tú del amor! —la increpó Jimena caminando con rapidez para alejarse.

—Lo mismo que tú.

—Cuando sea mayor voy a vivir una historia de amor como la de *La La Land*.

—Pues si la vives, a mí no me vengas luego llorando...

—¡Eres horrible! —chilló Jimena empujando la puerta al llegar al portal.

Gala se apresuró a abrir antes de que la sangre llegara al río. Se encaminó con Gadea hacia la escalera, por lo que no vio a Jimena sacar el móvil y mandar un whatsapp bajo la mirada conspiradora de Calix.

—Gracias por esta velada, ha sido estupenda —le dijo Gala a Calix al llegar al segundo.

—Ha sido un placer —contestó él, sin hacer intención de irse.

Gala esperó unos segundos, pero él seguía allí quieto.

—Te invitaría a entrar, pero es tarde y las niñas tienen que cenar —comentó decidida a ser amable, a pesar de que estaba deseando que se fuera para hacer la cena, acostar a las niñas y sentarse a leer un ratito.

—Lo entiendo —aceptó él con una sonrisita, apoyándose en el marco de la puerta.

Gala lo miró perpleja. ¿Lo entendía? ¿En serio? Pues no parecía tener intención de irse, sino todo lo contrario. De hecho, había algo en su postura relajada, su mirada traviesa y sus labios burlones que le daba muy mala espina. Parecía un depredador a punto de lanzarse sobre su presa. Y a ella, que por lo visto era la presa, no le apetecía en absoluto que intentara cazarla. De hecho, si lo hacía, tenía todas las papeletas para salir escaldado. Y capado.

—Entonces ¿te vas? —inquirió abriendo la puerta de su casa para que pasaran las niñas.

Aunque éstas, por supuesto, no pasaron. Era mucho más interesante quedarse mirando cómo su madre bregaba con el guaperas.

—Claro, ahora mismo. —Calix encajó los pulgares en los bolsillos de los pantalones de manera que sus dedos enmarcaran su paquete.

Gala arqueó una ceja. Ese semental estaba pidiendo a gritos un escarmiento. Y era una pena, porque esa tarde había sido fantástica y no le gustaría que acabara mal.

—Verás, no sé si has entendido lo que... —Se interrumpió al ver que la puerta situada frente a la suya se abría para dar paso a una agitadísima Anuja.

—¡Gadea! —la llamó con un agudo chillido—. ¡Qué maravilla verte! ¡Me haces una falta tremenda!

Gala miró perpleja a la mejor amiga de su hija mayor. ¿Por qué gritaba?

—¡Anuja! ¡Qué sorpresa más inesperada! —exclamó Jimena con teatralidad—. ¿Para qué necesitas a mi hermana?

—Para que ayude a Neeja con un problema que no entiende —respondió Anuja, mirando nerviosa a Gala para luego mirar a Calix y soltar una risita histérica.

—Pero si va un curso por encima de mí —observó Gadea turbada—. ¿Cómo voy a ayudarla?

—No importa, es un problema que no entiende y se está volviendo loca. Tienes que ayudarla —suplicó Anuja.

—Y ¿por qué no la ayudas tú? Vas dos cursos por encima, seguro que lo resuelves mejor que yo —replicó Gadea con desconfianza.

Anuja y Jimena se miraron azoradas, para esa pregunta no habían ensayado ninguna respuesta. Se volvieron hacia Calix, pero éste estaba igual de pasmado que ellas.

—Porque está enfadada conmigo y dice que le grito mucho —inventó Anuja, ganándose un gesto aprobador del segoviano.

Gala miró a las niñas mayores y a Calix, comprendiendo al fin que toda esa escena era una treta para conseguir que se quedaran solos. No pudo evitar sonreír ante tan evidente trampa. Era algo que podía esperar de una niña como su hija, pero no de Calix. O tal vez sí, pensó divertida. Al fin y al cabo, era poco más que un chaval.

—Está claro que todas las hermanas son iguales. —Calix le guiñó un ojo a Jimena y se volvió hacia Gadea—. Deberías ir con Neeja. Es tu amiga, y las amigas están para ayudarse.

—Sí, claro. Si voy con Neeja, ¿quién se queda con mamá y contigo? —repuso suspicaz.

—Que yo sepa, no necesito carabina —intervino Gala, intrigada por el teatro que Calix y su hija mayor, en confabulación con la vecina, habían montado—. Ve a ayudar a tu amiga, Gadea, no puedes dejarla tirada si el problema es tan complicado que tiene que recurrir a ti a pesar de que vas un curso por debajo. En cuanto a ti, Jimena, quédate con Anuja y ayuda a tu hermana y a Neeja con ese problema supercomplicado —dijo en un tono tan exagerado como el que habían empleado las niñas. Luego miró burlona a Calix—. Parece que al final sí voy a tener tiempo para invitarte a una cerveza.

Entró en casa sin comprobar que la seguía. Aunque tampoco era que hiciera falta. Él había dejado muy claras sus intenciones.

Calix sonrió ufano a Jimena, le lanzó un beso a Anuja, haciendo que ésta se pusiera roja como un tomate, y le sacó la lengua a Gadea antes de seguir a Gala.

—Y ahora vas a contarme por qué narices has liado a mi hija para que monte este teatro —le exigió ella en el momento en que cerró la puerta.

Calix la miró divertido, por supuesto que se había dado cuenta de todo. Era una mujer inteligente a la que no era fácil engañar. Y por eso le gustaba tanto.

—¿No es evidente? Quería quedarme a solas contigo.

Se acercó seductor a ella y le rodeó la cintura con un brazo, colocando una mano en su culo mientras con la otra le envolvía la nuca.

La besó.

Gala parpadeó atónita ante el carnal ataque y, no supo si llevada por la sorpresa o por la curiosidad, respondió a su avance. Dos segundos después se dio cuenta de que ese beso no era lo que deseaba. En absoluto. Su lengua era demasiado agresiva y sus labios muy bruscos, sus manos en exceso atrevidas y sus besos tan absorbentes que la dejaban sin aire. En el sentido más literal de la palabra. Lo apartó para tratar de

retomar su respiración y él deslizó los labios por su cuello para mordisqueárselo con pasión. Pero esa pasión, que en otro momento y con otro hombre sería bien recibida, en ese instante y con él era molesta. Agobiante. Y la cabreaba de mala manera.

—Te agradezco la intención, pero no es un buen momento —dijo Gala esforzándose por ser amable. Acababan de pasar una tarde agradable y no era plan de mandarlo a la mierda. Aunque, desde luego, ganas tenía de hacerlo.

—Por supuesto que es un buen momento —insistió Calix redoblando sus esfuerzos al ver que estaba a punto de perder su oportunidad.

Comenzó a amasarle el trasero con la mano que tan estratégicamente había colocado allí y metió la rodilla entre las piernas de ella para frotarle el sexo con el muslo.

Gala lo aferró por el pelo y tiró con despiadada fuerza.

Él se apartó con un quejido.

—¿Por qué has hecho eso? —protestó masajeándose la cabeza para comprobar que su cuidada melena siguiera en su sitio. ¡Con ese tirón podría haberlo dejado calvo!

—Me estabas agobiando —contestó ella intentando contener su mala leche. Calix era un hombre encantador, pero no era el que deseaba—. Me caes muy bien, pero la verdad es que te veo como un amigo, no como un amante —confesó conciliadora.

Él la miró perplejo. La había respetado cuando estaba borracha, se había esforzado en culturizarse para poder hablar con ella sin quedar en evidencia, había bajado cada puñetera tarde al parque para hacerse el encontradizo y poder verla aunque sólo fueran cinco minutos, había sido encantador con ese monstruito de Gadea e incluso había ido al cine a ver un soporífero musical. ¿Qué más tenía que hacer para ganársela? ¿Convertirse en otro hombre?

—Pues no me veías como amigo en Halloween. De hecho, si mal no recuerdo, tuve que pararte los pies porque un poco más y me metes mano en la escalera —replicó furioso.

Gala lo miró atónita.

—No sé si recuerdas que esa noche estaba borracha... —repuso malhumorada.

—Sí, y en vez de follarte como querías, me tragué las ganas y el calentón que me provocaste y te dejé en casa sin tocarte un pelo —jadeó furioso—. ¿Sabes qué? Eres una borde insoportable, no sé qué he podido ver en ti. No me extraña que tu marido te pusiera los cuernos, tal vez el pobre hombre sólo buscara un poco del cariño que eres incapaz de dar...

Gala lo miró empalideciendo y con una expresión que hablaba de tanto sufrimiento que Calix no tuvo ninguna duda de que había tocado un tema muy sensible. Se arrepintió en el acto. Pero su orgullo le impidió disculparse.

—Fuera de mi casa —siseó Gala abriendo la puerta—. No quiero volver a verte más.

Calix apretó los labios y, tras asentir una sola vez, salió.

Lunes, 9 de enero de 2017

—InBank lanzará la campaña publicitaria en televisión y radio, y empezaremos a recibir llamadas. La señorita Aráoz será la supervisora. Ella os pondrá al corriente de los protocolos y resolverá las dudas. —Su jefe dio por finalizada la presentación y se dirigió a su despacho.

Gala lo miró alarmada. ¡No sería capaz de largarse y dejarla sola con todo!

Por supuesto, lo fue.

Mucho tiempo después, tras haber informado a los agentes y los coordinadores, consiguió regresar a su mesa. Allí la esperaba una montaña de papeles relacionados con la campaña que debía analizar. También tropecientos *e-mails* concernientes a las otras campañas que llevaba. Miró la hora en el móvil y se dio cuenta de que tenía varias llamadas perdidas, todas de su ex. Sin pensarlo un segundo, marcó su número. No era normal que llamara, excepto para saber cuándo iba a llevar a las niñas a casa de los abuelos y hacer acto de presencia.

—¿Qué pasa? —El gesto preocupado de Gala dio paso a uno de perplejidad—. ¿Este miércoles? Sí, claro. Es tu derecho, es sólo que en seis años no te has molestado en ejercerlo —replicó cortante—. Estarán en la plaza a las cuatro y media, puedes pasar a por ellas a partir de esa hora —señaló antes de colgar.

—¿Algún problema? —inquirió Verónica acercándose a ella al ver su gesto contrariado.

—No —esbozó una sonrisa forzada—, sólo charlaba con mi ex.

—¿Tu ex? Ah, claro, tienes hijas, por tanto, no puedes deshacerte de él. Te acompaño en el sentimiento —declaró burlona arrancándole una sonrisa—. Eso está mejor —dijo al verla más animada—. Estoy feliz como una perdiz y no soporto que haya nadie triste a mi lado.

—Y ¿a qué es debida tanta felicidad?

—He conseguido piso. En tu barrio. Más exactamente, en tu portal. El que vimos el jueves. Por menos de lo que me pidieron.

—¿En serio? ¡Qué maravilla! —exclamó Gala, alegrándose sinceramente.

—Mañana voy a firmar el contrato y el jueves me mudo.

—Eso hay que celebrarlo.

—Espero que no en horas de trabajo —terció el jefe, quien se había acercado al verlas tan entretenidas—. Dejaos de charlas y poneos a trabajar, las campañas no se llevan solas.

* * *

—No me convencen, son demasiado verdes. —El hombre miró escéptico el muestrario.

Rodrigo parpadeó atónito, ¡por supuesto que lo eran!, le habían pedido explícitamente que les mostrara tejidos en tonos verdosos.

—Tal vez podría enseñarnos alguna en tono crema —sugirió la esposa.

Armándose de toda la paciencia que tenía, Rodrigo fue a por el enésimo muestrario.

—Pero ojo con el tono, ¿eh?, porque no es lo mismo una crema de calabaza que una de calabacín o de tomate —apuntó el hombre receloso—. La de calabaza es demasiado naranja, la de calabacín demasiado amarilla, y la de tomate demasiado roja.

Rodrigo se quedó inmóvil a medio abrir el cajón de muestrarios. Bromeaba, ¿verdad?

—La crema de tomate no existe, sería si acaso gazpacho. Y yo no he pedido telas en tono gazpacho, sino en tono crema —replicó la mujer ofendida.

Rodrigo tragó saliva. No. No bromeaba. Tanto él como su mujer hablaban en serio. Sacó el muestrario con manos temblorosas. ¿Qué había hecho para merecer tal castigo?

—Está bien, tú mandas, pero como me saque alguna en tono diarrea, me voy —gruñó el hombre contrariado—. Y no se lo tome a mal, jefe —le dijo a Rodrigo—, pero es que yo tengo mis gustos, y los tonos raros no me van.

Rodrigo, incapaz de controlarse, lo fulminó con la mirada. ¿Tono diarrea? ¿Jefe? ¿Dónde pensaba que estaba? Apretó los dientes y abrió el muestrario.

—Como puede comprobar, estos sutiles amarillos de débil saturación anaranjada no se pueden comparar con la... crema de calabaza.

El hombre miró a Rodrigo arqueando una ceja.

—Son muy claros. No disimularán las manchas, y yo soy muy marranete.

—No vas a usar la camisa para trabajar —masculló la mujer abochornada.

—Pero sí para ir a las reuniones de... nuestros clientes —repuso tras pensar cómo referirse a los búlgaros—. Y ellos comen cosas muy raras y con muchas salsas, y ya sabes mi problema con las salsas. —Señaló su sobresaliente barriga—. Parece que todas van al mismo lugar. —Miró a Rodrigo, quien, sin saber cómo, logró devolverle una mirada impertérrita.

—Tal vez el problema no esté en los tonos, sino en la solidez del color —expuso el albino, que pasó las rígidas páginas hasta dar con los tejidos rayados—. Algodón de trenzado popelín de rayas verdes sobre fondo *beige*. Compacta y sencilla, perfecta para ocasiones formales e informales —indicó señalando una muestra.

—Me gusta —declaró el hombre, ganándose una hermosa sonrisa de su mujer.

—Magnífica elección, sin duda —comentó Rodrigo para, acto seguido, cerrar el muestrario dando por zanjado el tema sin darles opción a ver más. No podría aguantar ni una estúpida crítica más a sus impecables tejidos—. Pasemos ahora a los detalles. Le recomiendo tapeta lisa, cuello italiano y puños con botón, para darle un toque *sport*. Asimismo...

—La tirilla de los botones la quiero que no se vea, como ésta —lo interrumpió la mujer mostrándole un recorte de una revista del corazón.

—¿Invisible? —preguntó Rodrigo perplejo observando una fotografía de un actor famoso con esmoquin y camisa de ceremonia—. Ese tipo de tapeta es para ocasiones de etiqueta.

—Así queda más elegante —afirmó ella decidida.

Rodrigo la miró aturdido. Una tapeta de ceremonia para una camisa rayada de *sport*... Desde luego, eran unos clientes peculiares. Y había tenido la mala suerte de que, con todas las camiserías artesanales que había en el mundo, fueran a la suya.

—¿Hay algún problema? —le reclamó la mujer.

—En absoluto —contestó él anotándolo en el libro de mostrador—. ¿Desea un bolsillo en la camisa?

Y con esa simple pregunta llegó el desastre.

El marido quería bolsillos. En plural. Dos. Como si la camisa fuera una vulgar chaquetilla de trabajo. La mujer, en cambio, no quería ninguno, le restaban elegancia. Y, mientras ellos discutían, Rodrigo trataba de imaginarse una camisa de rayas verdes con tapeta ceremonial, puños *sport* y dos bolsillos. Sería una completa aberración. Y él sería su creador.

Sintió que las sienes le comenzaban a palpar en un incipiente dolor de cabeza.

—No sé por qué tengo que ponerme una camisa tan encopetada —se quejó el hombre enfadado.

—Porque ya no eres un simple chatarrero —estalló ella—. Ahora eres el almacenista de Alekseev y tienes que...

—¡Cierra esa boca, mujer! —la cortó él alarmado mirando a Rodrigo y luego la puerta para comprobar que estaba cerrada—. Al camisero no le interesan nuestros asuntos privados.

—Como sea, si los rumanos llevan camisas a medida, tú tienes que vestir tan rumboso como ellos. No puedes desentonar.

Él resopló enfurruñado antes de consentir reducir un bolsillo a la camisa.

—Y ¿ahora qué? —masculló.

—Si me acompaña al probador, le tomaré las medidas —le pidió Rodrigo.

Se las tomó con la rápida eficacia conseguida tras años de experiencia y, tras acordar el plazo de entrega en diez días, llegó el momento de ponerle precio a la camisa y sumarle el suplemento por la urgencia en la elaboración.

—Lo dejamos en ciento noventa y arreglado —afirmó el hombre tendiéndole la mano.

—¿Disculpe? —murmuró Rodrigo sin entenderlo.

—Está bien, ni *pa'* ti ni *pa'* mí. Doscientos. Precio redondo. ¿Hecho? —Sacudió la mano instándolo a cerrar el trato.

Rodrigo lo miró desdeñoso sin levantar las suyas del mostrador.

—Como le decía, son doscientos doce. ¿Abonará el monto de la reserva con tarjeta o en efectivo?

—Lavinia tenía razón, eres un hueso duro de roer —dijo el hombre esbozando una amplia sonrisa a la vez que sacaba un fajo de billetes—. En efectivo.

Rodrigo le cobró y, cuando le pidió los datos para abrirle ficha, sólo obtuvo su nombre y su teléfono. Pero, aunque le causó cierto resquemor tanto secretismo, no dio muestras de ello. De hecho, comenzaba a acostumbrarse a que sus nuevos clientes exigieran anonimato.

Los despidió mientras pensaba que era extraño cómo podía cambiar tanto la vida en un solo minuto. O, en su caso, en una sola semana. El lunes anterior estaba desesperado, con la cuenta en números rojos, sin trabajo y al borde de la quiebra. Y, sin embargo, ese lunes se le estaba acumulando el trabajo. Tenía que hacer la camisa de ese hombre y otras dos para un amigo de Lavinia que se había presentado esa mañana. Todas con mucha urgencia, por supuesto, y buscar telas atrayentes para el gorila, que, tal como había prometido, se había presentado el sábado. Y lo había hecho acompañado de dos búlgaros enormes, colegas de profesión, según le explicó, que también querían camisas vistosas. Y *vistosas* en el idioma de esa gente sin gusto quería decir chillonas, horteras y nada discretas. Y, por si no fuera lo suficientemente complicado encontrar estampados de ese tipo en tejidos de calidad, a eso debía sumarle la falta de tiempo, porque querían las muestras para el miércoles. Ése era el plazo que le habían dado, porque ahora resultaba que los que daban plazos eran los clientes y no los vendedores. ¡Ver para creer!

Miró el reloj y frunció el ceño disgustado. Eran casi las nueve de la noche.

Uno de los hábitos que más le disgustaba de sus nuevos clientes, aparte de su secretismo y su gusto aberrante, era su desprecio por las normas más elementales del civismo. Se presentaban a cualquier hora, incluso aunque faltara un minuto para el cierre, y esperaban que los atendiera sin rechistar hasta bien pasado su horario laboral. Algo que, por supuesto, hacía, pues él sí tenía educación y era incapaz de atender a un cliente sin el debido respeto.

Recogió los muestrarios, echó una rápida ojeada a la tienda comprobando que todo estaba en su sitio, guardó el dinero, cogió el maletín y cerró.

Cuando un buen rato después llegó a casa se encontró con una visita inesperada que lo aguardaba en el rellano.

—¿Ha pasado algo? —preguntó alarmado al ver a Gadea en la puerta de su casa en pijama y zapatillas de unicornios y abrazada a un osito negro al que le faltaba un ojo y parte del relleno.

—Sí. Y no estabas para contártelo —contestó muy seria. Se irguió en toda su estatura, que no era mucha, y puso las manos en las caderas para dar énfasis a su enfado—. ¿Dónde estabas?

—Trabajando, por supuesto —respondió él conteniendo una sonrisa. Esa niña, con esa melena tan negra, esos ojos tan grises y ese genio tan activo era una Gala en miniatura. Sería temible cuando creciera. De hecho, ya lo era—. ¿Llevas mucho rato aquí?

—Siglos.

Rodrigo enarcó una ceja incrédulo.

—Desde las nueve y veintisiete —rectificó ella.

El camisero echó un vistazo al Lotus de su muñeca para luego mirarla sorprendido y, por qué no decirlo, también un poco enfadado.

—Llevas aquí sola casi diez minutos. ¿Tu madre te ha dejado?

—Claro que no. —Lo miró como si fuera idiota—. Me he ido sin que se diera cuenta para contarte un secreto.

—No me interesan tus secretos, mucho menos si te escapas para contármelos. ¿Tienes idea del susto que se va a llevar tu madre cuando se dé cuenta de que no estás en casa? —la increpó agarrándole la mano para ir a la escalera.

—Pero ¡es importante! ¡Tengo que contártelo sin que lo sepa o se enfadará conmigo! —protestó Gadea sin alzar la voz mientras se tiraba al suelo intentando detener su avance.

—No hay nada tan importante como tu seguridad —afirmó Rodrigo arrodillándose para quedar a su altura—. ¿No te das cuenta de que están pasando cosas muy raras en el edificio? Hay alguien que deja animales muertos en la escalera, ¿y a ti no se te ocurre otra cosa más que quedarte sola en el rellano? ¡¿En qué estabas pensando?!

—No estaba sola. Estaba con *Chocolate* —musitó la niña enseñándole el osito tuerto.

—Y ¿qué crees que va a hacer *Chocolate* si alguien quiere hacerte daño?

Ella bajó la cabeza y dejó escapar un suave sollozo.

—Era importante que hablara contigo en secreto... —musitó hipando.

—Nada es tan importante como tú. Si te pasara algo, tu madre y tu hermana se morirían del disgusto. Y yo también. —Rodrigo se irguió tirando de ella en dirección a la escalera.

—No voy a volver a hacerlo, te lo prometo, pero, por favor, escúchame —suplicó llorosa.

Él intentó resistirse a sus lágrimas, pero no lo consiguió. Nunca le habían gustado los niños, pero esa cría tenía algo que le tocaba el corazón y lo incitaba a cumplir todos sus deseos. Tal vez fuera su carácter travieso y dulce a la vez, la sinceridad de sus ojos o su genio explosivo, pero, fuera lo que fuese, lo tenía ganado. Y ella lo sabía.

—¿Qué es eso tan grave que ha pasado? Sé breve, no voy a tardar mucho en llevarte a casa.

La niña asintió con un cabeceo veloz y comenzó a hablar:

—¡Calix te está ganando la partida!

Rodrigo la miró sin comprender.

—Es más lanzado que tú y te está ganando —repitió alarmada al ver que él parecía no entender la gravedad de la situación—. Ayer, él y mi hermana convencieron a mamá para ir al cine a ver una película de amor...

—¿Os gustó?

—¿El qué?

—La película, por supuesto.

—¡Eso no importa!

—Yo diría que sí. Llevaros a las tres al cine es un gesto muy amable por su parte y deseo que acertara con la película. Por supuesto, también espero que se lo agradecieras de forma apropiada, como la niña bien educada que sé que eres.

Gadea parpadeó aturdida. ¡Cómo podía quedarse tan tranquilo ante esa noticia!

—¿Y bien? ¿Os gustó?

—A mamá y a Jimena sí, a Calix y a mí no. Acaba fatal. Y no me gustan las películas románticas que acaban mal.

—Cuánto lo siento.

—Yo no. Ahora, ¿podemos centrarnos en lo importante?

—Que es...

—¡Que Calix y mamá se quedaron solos en casa después del cine! —estalló histérica. ¡Cómo podía ser tan lerdo!—. Intenté evitarlo por todos los medios, pero Jimena, Anuja y Calix me tendieron una trampa y me fue imposible escapar de sus redes —gimió desolada—. Secuestraron a Neeja y luego me hicieron lo mismo a mí.

—¿Secuestraron a quién?

—A mi mejor amiga, Neeja. Es la hermana de Anuja, la mayor de los niños hindús.

—Y ¿cómo la secuestraron? —inquirió Rodrigo incapaz de resistirse. Esa niña tenía una imaginación increíble.

—Anuja le dijo a su padre que Neeja tenía más deberes de los que en realidad tenía, y a mi madre le dijeron que tenía que ayudarla a hacerlos porque ella no sabía.

—Y ¿por qué no lo negó Neeja?

—Porque Anuja amenazó con arrancarle la cabeza a todas sus Barbies si abría la boca.

—¡Qué crueldad!

—Ya ves. Así que me secuestraron con Neeja y pasó mucho rato hasta que pude escaparme. Y ese tiempo mamá estuvo a solas con Calix —aseveró con los ojos muy abiertos.

—Pero eso no significa nada.

La niña lo miró como si fuera tonto.

—¿Tú sabes la cantidad de cosas que se pueden hacer en media hora?

—Yo sí, pero espero que tú no —contestó Rodrigo tendiéndole la mano—. Hora de ir a casa.

—¿No vas a hacer nada? —preguntó Gadea tomándosela.

—¿Por qué debería hacer algo? —respondió mirando la pequeña manita que lo agarraba. La niña se la había dado como si fuera lo más natural del mundo. Y, por raro que fuera, él sintió un extraño calor en el pecho, como si Gadea no sujetara sus dedos, sino su corazón.

—¡Porque Calix pudo haber besado a mamá! —exclamó ella, a ver si así se enteraba de la gravedad de la situación.

«Desde luego, yo lo habría hecho», pensó Rodrigo sintiendo un ramalazo de celos de lo más ingrato, aunque se cuidó mucho de exteriorizarlo.

—No creo que eso sea de nuestra incumbencia —afirmó en cambio.

Gadea se paró en mitad de la escalera y soltó enfadada su mano, arrebatándole la sensación de ser, en cierto modo, importante para ella.

—No me estás tomando en serio —lo increpó furiosa—. Te he esperado un siglo en el rellano, muerta de miedo, para contarte lo que había pasado y tú no me tomas en serio.

—Te aseguro que te tomo muy en serio —declaró Rodrigo.

Y no mentía. La inquietud y el desasosiego le subían por la garganta haciéndole difícil respirar. Pero nunca había sido proclive a revelar sus estados de ánimo, y no iba a empezar a hacerlo ahora.

—No lo haces. Y, como no espabiles, ese chulito va a ganarte la partida y se pondrá de novio con mamá y se vendrá a vivir a casa y yo no quiero. ¡No me gusta! —jadeó llorosa.

Rodrigo miró a Gadea con atención, intentando ponerse en la cabeza de una niña de diez años.

—Dudo mucho que tu madre deje a ningún hombre vivir en tu casa.

—Pero él vive de alquiler, se lo oí comentar a mamá..., y seguro que quiere liarse con ella para vivir en casa y que le salga gratis.

—¿Tu madre te ha dicho eso?

—No. Pero ella no es tan lista como se cree, y Calix es tan guapo y simpático como papá. Y cuando papá y mamá se divorciaron papá se fue a vivir con los abuelos

y sólo se ha ido ahora que se ha echado novia. ¡Y se ha ido a la casa de ella! Y la abuela ha dicho que lo ha hecho porque lo tiene bien atendido y le hace comiditas ricas y le plancha la ropa. Y Jimena dice que Calix trabaja mucho para pagar el alquiler de su piso y que no le llega. Y lo mismo a Calix le pasa lo que a papá y también quiere a alguien que le haga la comida y le planche la ropa. Y yo no quiero que venga a vivir a casa y mamá acabe llorando como con papá —dijo angustiada.

—Y ¿no crees que ese cuento se me podría aplicar también a mí? —le planteó Rodrigo, incapaz de no ser ecuánime a pesar de que eso podría hacerle perder puntos ante la niña.

—Tú tienes tu propio piso, te planchas tu ropa y te haces la comida...

—Y Calix también. Nunca lo he visto sucio o pidiendo dinero, lo que significa que sabe cuidar de sí mismo. No puedes medir a todos los hombres por el mismo rasero.

—¿Qué es un rasero?

—Un palo redondo que sirve para nivelar arena, aunque en este caso me refiero a que no puedes juzgar a todos los hombres comparándolos con tu padre. Cada persona es un mundo en sí misma. Y todos somos diferentes.

—Vale, pero Calix no me gusta, y tú sí. Y, aunque tú eres más elegante y menos chulo, él es más guapo y más lanzado, y seguro que ha salido con muchas chicas y tiene más experiencia que tú en eso de conquistar corazones —aseveró volviendo al meollo del asunto.

Rodrigo la miró aturdido. Había acertado de pleno. Aunque, por supuesto, no pensaba decírselo.

—Tienes que esforzarte más en conquistar a mamá... —insistió ella.

—A lo mejor ya me estoy esforzando —apuntó molesto, pues Gadea le estaba tocando la fibra sensible—, pero como soy un hombre discreto nadie lo nota.

—Ni siquiera mamá —gruñó ella.

—Al contrario, puedo asegurarte que tu madre sí lo ha notado —repuso sin poder contenerse.

Y Gadea, que era igual de lista que su madre, captó la indirecta al vuelo.

—¿Has salido con ella los días que no hemos estado?

—No te diré que no.

—¿La has besado? —le preguntó con los ojos abiertos como platos.

—No pretenderás que responda a esa pregunta, ¿verdad? La mejor arma para conquistar a una mujer es la discreción.

—¿Sí o no? —reclamó ella poniendo las manos en las caderas.

Rodrigo esbozó una ufana sonrisa y, sin poder contenerse, asintió con la cabeza.

—¡Hala ya!

Él la miró muy serio y se llevó un dedo a los labios instándola a guardar el secreto.

Gadea asintió y se pasó los dedos por la boca en el gesto de cerrar una cremallera, luego hizo como si cerrara un candado y tirara la llave invisible tras ella.

Rodrigo asintió complacido y continuó subiendo la escalera, la manita de la niña de nuevo alojada en la suya.

—¿Dónde te habías metido?! —Jimena abrió la puerta antes de que Gadea tocara el timbre—. Me has dado un susto de muerte, ya estaba a punto de decirle a mamá que habías desaparecido —la regañó antes de darse cuenta de que Rodrigo la acompañaba—. ¿Qué hace ése aquí?

—¿Por qué abres la puerta, Jimena? ¿Ha llamado alguien? —preguntó Gala desde el pasillo.

Las niñas se miraron, conscientes de que estaba a punto de pillar a Gadea in fraganti.

—Soy yo, Rodrigo —anunció éste desde la puerta—. Me he encontrado con Gadea en la escalera y he subido con ella.

Las niñas lo miraron con los ojos muy abiertos, sobre todo Gadea, quien no se esperaba esa sucia traición.

—¿Te has encontrado con mi hija en la escalera? —masculló Gala perpleja, llegando hasta ellos con un pijama polar de ositos rosas y unas zapatillas iguales que las de su hija. Sus hijas, en realidad, porque también Jimena llevaba unicornios en los pies.

—Estaba preocupada y ha bajado a hablar conmigo —explicó Rodrigo observando entre perplejo y embelesado a su vecina. Estaba... adorablemente tierna así vestida.

Gala volvió la cabeza a velocidad vertiginosa hacia su hija, y Gadea, ante su furiosa mirada, se apresuró a agarrar con fuerza la mano de Rodrigo, pues, a pesar de ser un traidor, también era lo único que evitaba que su madre le liara la marimorena.

—¿Estabas en la escalera? ¿Sola? ¡¿Cómo se te ocurre bajar a estas horas?! ¡Y sin decírmelo!

—Lo siento —musitó la niña manteniéndose al lado del camisero. No pensaba entrar en casa ni aunque la llevaran a rastras, porque una vez se cerrara la puerta la bronca que le caería sería monumental—. Ha sido sólo un minutito. —Miró con el rabillo del ojo a Rodrigo temerosa de que la delatara, pero éste se mantuvo silente admitiendo su coartada.

—¿Qué minutito ni qué ocho cuartos! ¡No puedes irte de casa sin pedirme permiso! Pero ¿tú dónde crees que vives? ¿En un hotel?

—Lo siento mucho, mamá, no pensé que fuera tan grave. Sólo bajé un minutito y era por un asunto muy importante —murmuró la niña arrepentida, o al menos fingiéndolo.

—Y ¿qué asunto era ése si puede saberse? —inquirió Gala cruzándose de brazos.

La niña miró a su madre, sus labios temblando en un principio de sollozo. Gala, inmune a sus tretas, se limitó a arquear una ceja, así que Gadea cambió de estrategia

y se volvió hacia Rodrigo, en sus ojos, una solitaria lágrima a punto de brotar.

Él miró ceñudo a la pequeña, sabiendo que intentaba manipularlo. Y sabiendo también que se lo iba a permitir. No podía verla llorar. Era superior a él.

—No creo que Gadea fuera consciente de la hora que es ni del peligro que puede haber corrido —dijo hablando en su favor—. Y estoy seguro de que no va a volver a hacerlo, ¿verdad?

Fijó en ella una mirada tan severa que la cría asintió media docena de veces antes de mirarse las zapatillas de unicornio como si fueran lo más interesante del mundo. Y en verdad lo eran. Blancas, con un cuerno de colores surgiendo de la punta.

—Podría haberte pasado cualquier cosa... —comentó Gala un poco más calmada.

—Lo sé, Rodrigo también me ha regañado. No me di cuenta de que lo que hacía era tan malo. Lo siento muchísimo. No volverá a pasar, lo prometo. De verdad de la buena.

Gala miró a su hija, parecía sinceramente arrepentida.

—Eso espero, porque, si no, te quedarás sin bajar a la calle hasta que seas mayor de edad. Anda, tira para adentro —le ordenó antes de volverse hacia Rodrigo—. He hecho un montón de cena, ¿tienes hambre?

—Estoy famélico.

—Pues has llegado en el momento oportuno, la cena está casi lista. Gadea, pon el mantel nuevo, tenemos un invitado. Jimena, saca los platos bonitos.

Jimena abrió la boca para protestar, era injusto que engalanaran el comedor por él, pero lo pensó mejor ante la mirada de advertencia que su madre le echó.

—¿Qué tal se te da hacer ensaladas? —le preguntó Gala.

—Soy un experto, es mi cena seis de cada siete noches —contestó él quitándose el abrigo, la chaqueta y la corbata, y dejándolo todo sobre una silla.

—Estupendo, ahora mismo te saco material para hacer una —exclamó guiándolo a la cocina.

—Necesitaré un mandil —pidió él mientras se remangaba la camisa dejando las mangas perfectamente dobladas y simétricas.

Gala lo miró divertida, por supuesto que quería un mandil, debería haberlo imaginado. Ese hombre tan pulcro no trocearía verduras sin estar perfectamente ataviado.

—¿Te vale un delantal?

—Por supuesto —aceptó Rodrigo, aunque lo pensó mejor cuando ella se lo dio—. ¿No tienes otro menos... agresivo?

—¿Te parece agresivo? ¿Por qué? —preguntó Gala con fingida ingenuidad.

Rodrigo lo extendió, mostrándoselo. En él había dos huevos cascados y una salchicha mustia entre ellos. En sangrientas letras rojas, la frase: Rompo huevos a pares.

—No es agresivo. Sólo hace referencia a una de mis cualidades. En realidad, se me da de maravilla cascar huevos —declaró ella mordaz.

—Eso no lo dudo.

Gala soltó una ladina risita y dejó las hortalizas para la ensalada en la encimera.

—Ve troceando los tomates mientras reparto los calabacines —le indicó abriendo el horno.

Rodrigo se puso el delantal, y una sonrisa mordaz apareció en sus labios al ver que los huevos y la salchicha quedaban justo sobre su entrepierna.

—Te queda divino —observó Gala devorándolo con la mirada. ¿Quién habría pensado que un hombre en mangas de camisa y con un delantal le resultaría tan atractivo? Pero así era. De buena gana le daría un bocadito en el cuello. Y en el culo. Y en todas partes—. Parece como si Eva lo hubiera comprado pensando en ti. Me lo regaló ella.

Rodrigo resopló divertido, debería haberlo imaginado, sólo alguien como la Borrego compraría un delantal con esa frase.

Gala dejó la bandeja en la encimera para que se templara un poco y fue al comedor a avisar a sus hijas de que la cena estaría lista al cabo de cinco minutos.

—Están hipnotizadas con «El Hormiguero» —dijo al regresar cerrando la puerta con gesto conspirador—. Dime qué era eso tan importante que Gadea no podía esperar a decirte.

—Estaba muy preocupada porque te quedaste a solas con Calix el domingo, al volver del cine, y ha bajado a contármelo.

Gala parpadeó alucinada. Renacuaja traicionera y chivata, ya arreglaría cuentas con ella. Aunque ¿cómo hacerlo sin descubrir a su delator? Sonrió al darse cuenta de que Rodrigo había jugado sus cartas de manera que cubría a la niña, pero a la vez era sincero con la madre.

Se colocó a su lado, cogió un pepino y comenzó a cortarlo en rodajas.

—Y tú, ¿estás preocupado por mi cita? —indagó con tono despreocupado.

—No tengo derecho a estarlo. Aunque no voy a negar que ahora mismo lo único que me apetece es besarte hasta borrar de tus labios el sabor de ese jovencuelo —respondió desdeñoso.

—No sabes si él me ha besado.

—Estoy seguro de que lo ha hecho.

—¿Por qué?

—Porque yo lo habría hecho.

—Sin embargo, ahora no parece tener intención de besarme.

—Tus hijas están alertas. Dudo que nos quede más de un minuto a solas en la cocina. Y un minuto, contigo, no es suficiente.

—Das muchas cosas por sentadas...

—¡Mamá! ¡Gadea quiere cambiar los sitios y yo me niego! —protestó Jimena entrando en la cocina como un huracán. Observó con el ceño fruncido a la pareja de adultos y, sin dudar un instante, se colocó entre ellos cogiendo el pepino que tenía su

madre—. Yo lo corto. Tú ve con los calabacines —le ordenó apartándola de un culetazo.

—Llámalo intuición —dijo Rodrigo burlón comenzando a cortar en juliana la cebolleta.

* * *

—Entonces rehogas el jamón de York y le añades el queso y la carne de los calabacines. —Rodrigo tomó nota mental de la receta.

—Exacto, y con eso rellenas los calabacines. A veces los cubro con bechamel, pero para cenar me parece mucha comida y prefiero hacerlos sin ella —explicó Gala.

—¿Cuándo vas a jubilarte? —intervino Jimena, harta de ver cómo el Estirado le regalaba los oídos a su madre—. Con lo viejo que eres ya debe de quedarte poco, ¿no?

Gala miró a su hija patidifusa, ¿a qué venía eso?

—Por desgracia, aún me quedan varios años. Por lo visto, no soy tan viejo como piensas. Tal vez deberías hablar con el gobierno y proponerles que reduzcan la edad de jubilación a los cuarenta y seis. Aunque, si nos jubilaran tan pronto, los jóvenes deberíais empezar a trabajar antes. Los doce es una buena edad para entrar de aprendiz, ya sabes, diez horas diarias de esclavitud a cambio de un salario irrisorio. Y, por cierto, ¿cuántos años dices que tienes?

—Casi trece. Y, para que te enteres, la Ley prohíbe trabajar antes de los dieciséis, y yo paso de ser aprendiz de nadie —escupió desdeñosa—. No pienso buscar trabajo hasta los veinticinco por lo menos. Antes tengo que disfrutar de la vida.

—Y ¿cómo te vas a costear el disfrute? —preguntó Rodrigo—. Yo empecé de aprendiz a los once y, si te soy sincero, me encantaba disponer de mi propio dinero, aunque fuera una miseria, y no verme obligado a depender de mis padres para mis gastos. Aunque claro está que es mucho más divertido disfrutar de la vida..., sobre todo si es a costa de tu madre. Porque el dinero, que yo sepa, no llueve del cielo.

Jimena lo miró mortificada antes de hundir con saña el tenedor en el calabacín relleno.

—No masacres al pobre calabacín, no te ha hecho nada —la regañó Gala conteniendo una sonrisa.

—Tal vez quiera jubilarlo también a él —apuntó Rodrigo para luego reconducir la conversación a un tema más tranquilo—. ¿Qué tal habéis pasado las fiestas?

—Estupendamente. Papá se ha echado una novia genial —contestó Gadea—. Tiene un montón de ideas chulas y cada día nos llevaba a un sitio distinto. ¡Incluso fuimos a la nieve! También nos ha enseñado a cocinar un árbol de hojaldre con Nocilla y Lacasitos...

Y, a pesar de los intentos de Jimena por frenar su cháchara, Gadea pasó el resto de la cena contando lo maravillosa, estupenda y creativa que era la nueva novia de su padre.

—¿Habéis acabado de cenar? —la interrumpió Gala cortante en mitad de la descripción de cómo le había enseñado a hacer una tarta de zanahoria. Las niñas asintieron—. Estupendo, llevad los cacharos al lavaplatos, cepillaos los dientes y a la cama, que ya es tarde.

Y, dicho y hecho, las niñas hicieron sus tareas mientras su madre y Rodrigo, quien se negó a quedarse de manos cruzadas, acababan de recoger. Luego él regresó al salón mientras ella arrojaba y daba las buenas noches a sus hijas.

—¿Te apetece una copa de vino? —Gala cerró la puerta y tomó una botella de la vinoteca—. No es Ferrer Bobet, pero menos da una piedra y hace más daño. —Sacó dos copas de la vitrina, su cara era una máscara impenetrable mientras las llenaba—. Por las mujeres maravillosas que saben hacer un montón de cosas maravillosas, tienen ideas maravillosas y cocinan tartas maravillosas. —Alzó la copa—. Lástima que yo no sea una de ellas. —Y se la bebió de un trago.

—Pareces un poco resentida con la pareja de tu ex —comentó Rodrigo.

—¿Yo? En absoluto. ¿Por qué habría de estarlo? Que sea más divertida que yo no significa que mis hijas la quieran más. Sólo que se lo pasan mejor con ella. La muy zorra está haciendo lo imposible para hacerme quedar como una sosa aburrada, y parece que lo está consiguiendo. —Se dejó caer en el sillón, se descalzó y cruzó los pies sobre la mesa—. ¿No vas a decir nada? —le espetó enfurruñada al ver que se mantenía en silencio.

—¿Para qué? Ya lo has dicho tú todo.

—¿Y qué? Puedes opinar..., ya sabes, entablar una conversación.

—No te va a gustar lo que opino, y estás demasiado airada como para que sea buena idea soliviantarte más.

—Prueba a ver. No llevo tacones, ergo tus huevos no corren peligro. No mucho, al menos.

Rodrigo esbozó una sonrisa cáustica y, sin darle tiempo a reaccionar, le dio un rápido beso y comenzó a hablar.

—No creo que sea una zorra. Por lo que ha dicho Gadea, me da la impresión de que se toma en serio su relación con tu ex y quiere caerles bien a tus hijas, por eso está haciendo lo imposible por complacerlas y convertirse en su amiga.

—Qué poco conoces a las mujeres —bufó Gala dando otro trago a la copa.

Rodrigo se encogió de hombros, no podía llevarle la contraria en eso. Aunque sí las conocía lo suficiente para saber que ella estaba buscando bronca. Y no pensaba complacerla.

—No sé a qué está jugando Eduardo —rezongó Gala—. Nunca se ha molestado en llevar a mis hijas a ninguna parte en Navidad, y ahora, de repente, salen a diario. Y no sólo eso, siempre he sido yo quien ha estado pendiente de programar los fines de

semana que le tocan. Sábados y domingos que él no se molesta en estar más de tres horas con ellas, porque esos días son de asueto y no los quiere pasar en casa. Aunque, claro, tampoco quiere llevárselas porque le fastidiarían la fiesta. También soy yo quien las lleva y las trae porque él no puede perder su precioso tiempo en venir a buscarlas. Joder, si hasta soy yo quien lo llama cada año para avisarlo de que es el cumpleaños de mis hijas y que no se le olvide de felicitarlas. Y ahora resulta que quiere ejercer de padre. ¡Vamos, no me jodas! —exclamó saltando del sillón—. Lleva seis años sin hacerles caso, y este mes se ha convertido en el mejor padre del mundo.

—Pero eso es positivo, ¿no crees? Es su padre, es bueno que se comporte como tal. Las niñas están encantadas y eso es estupendo.

—No lo entiendes. Este... arrebató le va a durar lo que le dure la novia. Nada más. Está comportándose como un padre porque está enchochado con su nueva chica y quiere deslumbrarla. Seguro que es una cría de veintipocos con las tetas grandes y el cerebro pequeño —masculló caminando rabiosa—. Y, cuando se canse de ella, o, mejor dicho, cuando aparezca otra y ella lo deje al darse cuenta de que le está poniendo los cuernos, porque a eso es a lo que se dedica mi ex, a coleccionar mujeres como si fueran cromos, entonces volverá a pasar de mis hijas. Y Jimena y Gadea, que se habrán acostumbrado a tener padre de nuevo, sufrirán. Y como eso suceda te juro que le destrozo el coche.

Rodrigo frunció el ceño desazonado, no quería que Gadea sufriera.

—¿Es su *modus operandi* habitual? —inquirió preocupado.

—¿Coleccionar mujeres? Sí. Cuando estábamos casados follaba conmigo y con muchas más. Es un hombre muy... vigoroso.

—Me refería a si acostumbra a utilizar a las niñas cuando está a la caza de novia nueva.

Gala detuvo su frenético caminar y se mantuvo callada un instante, pensando bien su respuesta. Y ésta no debió de gustarle, porque apretó los labios como si no quisiera hablar.

—Ésta es la primera vez que les presenta una novia a mis hijas —declaró díscola.

—Entonces deberías plantearte la posibilidad de que quizá haya cambiado...

—Los hombres como él no cambian.

—Todos cambiamos.

—Deja de defenderlo —lo increpó enfadada—. No tienes ni idea de cómo es ni de cómo actúa, así que no se te ocurra justificarlo.

—Tú lo conoces mejor que yo —aceptó Rodrigo.

—Efectivamente —masculló volviendo a pasear—. Y ¿sabes lo más alucinante? Que ahora, después de seis años sin hacerles ni puñetero caso, ha decidido que también quiere estar con mis hijas un día entre semana. Los miércoles, más exactamente.

—También son sus hijas —apuntó Rodrigo.

—¿Perdona?

—Llevas todo el rato refiriéndote a Jimena y a Gadea como tus hijas. También son tuyas.

—Él no las ha parido.

—Ése es un argumento muy pobre, Gala —le recriminó.

Ella lo miró furiosa antes de vaciar la copa de un trago y volver a llenársela.

—Está bien. *Nuestras hijas* —siseó cabreada.

—Y ¿qué les parece a ellas?

—¿Que las lleve de fiesta por todo Madrid? Estupendo, ya lo has oído. Gadea no deja de hablar de ello —contestó volviendo al inicio de la conversación.

—Me refiero a qué opinan sobre ver a su padre también entre semana.

—No se lo he dicho.

—¿No crees que deberías hacerlo? El miércoles es pasado mañana...

—No voy a decírselo.

—¿Por qué?

—Porque no me fío. No es la primera vez que dice que va a acudir a un cumpleaños y no aparece. De hecho, es lo normal en él. Prefiero callarme y evitarles la decepción.

—No sé qué habrá pasado en esas otras ocasiones, pero si esta vez es él quien promueve la cita, lo más probable es que acuda —señaló—. Las niñas deberían saberlo, no creo que les guste enterarse de que van a salir con su padre un minuto antes de que aparezca.

—No. Si no acude, que es lo que pasará, no les dolerá. Y, si acude, pues mira qué bien, ¡sorpresa! —dijo sacudiendo las manos como si estuviera de fiesta.

—Estás siendo irracional.

—¡No! ¡Estoy protegiendo a mis hijas!

—¿De su padre? ¿No crees que deberías ayudar a que consoliden su relación ahora que parece decidido a pasar tiempo con ellas?

Gala detuvo en seco su frenético paseo y se enfrentó a él con mirada fiera.

—No digas estupideces. Eduardo es un capullo irresponsable, pretencioso y egoísta que sólo piensa en él. Y está utilizando a mis hijas para encandilar a su nueva zorra.

—Si lo tienes tan claro, ¿por qué me has pedido opinión?

Gala lo miró petrificada, incapaz de darle una respuesta.

—Se ha hecho tarde, mejor dejamos esta conversación que no nos lleva a ninguna parte y nos vamos a dormir —masculló recogiendo las copas para llevarlas a la cocina.

Rodrigo, entendiendo la indirecta, cogió la chaqueta y el abrigo y salió del salón.

—No es necesario que me acompañes, conozco el camino —dijo al pasar frente a la cocina.

—Estupendo, así me ahorro el paseo —replicó Gala.

Y se quedó de piedra cuando oyó lo que parecía una risita. ¿Se estaba riendo de ella?! ¡Sería capullo! Si no lo siguió hasta la puerta para arrancarle los ojos fue porque no estaba segura de haber oído bien, y, sobre todo, porque, por extraño que fuera, no quería que pensara que era agresiva. Porque no lo era. Esperó a oír la puerta cerrarse y luego agarró las copas y las estrelló contra el fregadero. Y si no rompió nada más fue porque estaba en plena cuesta de enero y no tenía sentido romper la vajilla para luego tener que comprar otra. Aunque ganas de romper los platos no le faltaron.

Martes, 10 de enero de 2017

Calix repasó desesperanzado el contenido de su nevera. Tres roscones de Reyes, dos pepitos de chocolate y una bamba de nata componían el botín que había escamoteado del trabajo los últimos días. Observó frustrado la barra de pan que había sisado esa mañana. Había soñado con hacerse un bocadillo, pero en el frigorífico no había nada que no hubiera robado de la pastelería. Se moría por una manzana, una ensalada o un filete. De hecho, quería las tres cosas, una detrás de otra, a poder ser. ¡El ser humano no podía sobrevivir a base de dulces! Aunque sí podía intentarlo, sobre todo cuando éstos eran gratis y dicho ser humano tenía un presupuesto muy limitado. Pero esa semana había llegado al límite de su resistencia.

Se vistió con rapidez y miró preocupado los veinte euros que componían todo su dinero. Se suponía que esa semana cobraba, pero no le habían dicho qué día y, conociendo al capullo de su jefe, bien podría ser el domingo. Así que más le valía tener cuidado con las compras y dejarse algo de *money* en previsión por si la cosa se alargaba.

Agarró las llaves y el móvil, y nada más salir a la calle lo primero que oyó fue la voz de Jimena llamándolo. La buscó en la plaza y se quedó sorprendido al verla. No parecía ella. Vestía vaqueros elásticos, como siempre, pero en lugar de un jersey llevaba una cortísima sudadera que dejaba su ombligo al aire y el plumas abierto, por supuesto, para que se le viera. En los pies, unas botas negras con detalles plateados y tacones de siete centímetros. Se había alisado el pelo y lucía mechones rojos, y también se había pintado la cara. Como una puerta.

—¡Vaya cambio de *look*! —comentó sorprendido cuando llegó hasta él.

—¿Te gusta? —preguntó ella coqueta adoptando pose de modelo.

—Pareces mayor...

—¡¿Verdad que sí?! —exclamó ilusionada.

—¿Te ha visto tu madre?

—No, ¿por qué?

Calix lo pensó antes de responder, no le gustaba buscarse problemas con las chicas, y decirle a una mujer, por joven que fuera, que estaba horrible significaba meterse en un problemón de proporciones épicas. Pero Jimena era su amiga, y los amigos eran sinceros entre ellos.

—Dudo que tu madre te dejara bajar así a la calle. Has exagerado mucho en el maquillaje. ¿Eva te ha dado permiso para pintarte así?

—Me he pintado sin que me viera, en el baño de la tienda de Anuja —señaló el colmado.

—No tiene mucha luz, ¿no?

La niña negó con la cabeza, y él sacó el móvil y le hizo una foto que luego le enseñó.

Jimena se miró frunciendo el ceño.

—Se nota bastante..., pero tampoco está tan mal.

—Parece que tengas los ojos amoratados por una pelea —dijo Calix—. Tienes que usar menos pintura, y hacerlo de forma simétrica en toda la cara. —Señaló las diferencias de tono e intensidad de sus mejillas—. Y tus labios..., no necesitas pintártelos, tienen un color precioso. —Le sonrió con cariño—. De hecho, no necesitas pintarte ni pasar frío —le rozó el ombligo con el dedo—, ni tener dolor de pies por culpa de esos tacones para ser la más guapa del barrio. Ya lo eres.

—Sólo tú piensas así —musitó ella mirando al suelo con la cara roja por la vergüenza.

Calix esbozó una sonrisa comprensiva al intuir el motivo por el que se había pintado y vestido de ese modo.

—¿Quién te gusta? Dímelo. —Miró al grupito de chicos de la plaza, descubriendo que el chaval espigado de los ojos tristes tenía la mirada fija en ellos y parecía de nuevo enfadado. Tal vez ése fuera el David al que se refería Gadea la tarde del cine.

—Nadie —respondió Jimena enfadada.

—Mentirosa. Dímelo, prometo no contárselo a nadie. —Le guiñó un ojo con complicidad—. ¿Es ese chico de la cazadora azul? —Señaló al crío, que no les quitaba la vista de encima.

Jimena se volvió para mirarlo y el chaval bajó la mirada al suelo azorado.

—¿Kini? ¡Qué va! Es un soso —repuso Jimena.

—Entonces ¿quién? —inquirió Calix mirando al muchacho. No era la primera vez que lo pillaba observando a Jimena, y no le cabía duda de que él no pensaba que ella fuera una sosa.

—Ayer Rodrigo cenó en casa. Mamá lo invitó —contó Jimena, saliéndose por la tangente.

—¿Ayer?

Era la segunda vez en cinco días que el Estirado y Gala cenaban juntos, mientras que a él ni siquiera lo dejaba besarla. Estaba claro que había perdido la guerra.

—Sí. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nada. Tu madre es libre de liarse con el primer idiota que se le cruce en el camino. Ya no estoy interesado en ella, es demasiado mayor para mí —contestó vengativo.

—O a lo mejor tú eres demasiado niño para mamá —masculló Jimena dándole un empujón antes de dirigirse a su banco.

—Joder —exclamó al darse cuenta de que, además de a la madre, ahora también había cabreado a la hija—. Espera, no te enfades. —La siguió—. No lo he dicho en serio, he hablado sin pensar y me arrepiento.

Ella se volvió y lo miró altanera. En ese momento era la viva imagen de su madre.

—Tu madre es una mujer maravillosa..., pero no sería buena idea que saliéramos juntos. Somos demasiado diferentes, no nos llevaríamos bien —explicó conciliador.

—Podrías intentarlo un poco más. No sé, vestirme más serio o algo así —sugirió ella, el enfado desapareciendo con la misma rapidez que había surgido.

—¿Imitar a Rodrigo? —preguntó burlón—. Eso no funcionaría. Nadie debería cambiar para gustar a otra persona. Tú y yo somos perfectos tal como somos y, si alguien nos quiere, tiene que hacerlo por cómo somos, no por cómo fingimos ser —afirmó, dándose cuenta de que ésa era la única verdad que importaba. La mujer que se enamorara de él, si es que eso sucedía alguna vez, tendría que quererlo tal como era, con todos sus defectos y carencias.

—Lo que tú digas, pero yo casi prefiero ayudar a mi perfección echándome un poco de maquillaje y poniéndome ropa chula —replicó Jimena bajando la cabeza al ver que los chicos pasaban junto a ella y el que le gustaba ni siquiera la miraba.

Calix se fijó en el gesto de la niña y observó a los muchachos con atención. ¿Quién sería el afortunado que le gustaba a Jimena? Los siguió por la plaza con la mirada, tratando de meterse en la cabeza de su amiga e intuir cuál le hacía tilín. Aunque olvidó su propósito cuando dos mujeres se cruzaron con ellos en el paso de cebra.

Una de ellas era Gala. Estaba impresionante con unos pantalones de raya diplomática, botines negros de tacón y chaquetón marfil, la melena volando al viento a cada paso que daba.

Hundió las manos en los bolsillos, se despidió de Jimena y salió a su encuentro decidido a demostrarle que todo iba bien entre ellos. Al fin y al cabo, un encontronazo lo tenía todo el mundo, y no era cuestión de llevarse mal siendo vecinos.

—Hola, ¿qué tal el día? —saludó cuando estuvo a un par de pasos de ella.

Gala le dedicó una mirada asesina antes de volver la cabeza hacia su compañera y seguir andando como si no lo hubiera visto.

Calix suspiró apesadumbrado, consciente de que era culpa de su estúpida boca que hubieran acabado mal. Iba a ser complicado recuperar la tibia amistad que habían conseguido forjar. Y eso era un desastre, porque no era que le sobraran los amigos.

—Vaya, otra vez coincidimos aquí, qué casualidad...

Calix se quedó de piedra al oír esa voz y percatarse de que la mujer que se había parado frente a él no era otra que aquella a la que tanto se arrepentía de haber rechazado. Sus labios se curvaron en una sonrisa esperanzada.

—No es tanta casualidad —replicó seductor—. Vivo aquí. ¿Cuál es tu excusa para estar en la plaza? ¿Tal vez buscarme? —inquirió con voz sugerente.

—¿Buscarte? Ni en tus sueños más húmedos —contestó ella mirándolo lasciva de arriba abajo—. Voy a vivir aquí y trabajo con tu vecina. —Se volvió hacia Gala, que

la esperaba unos metros por delante—. Me habías dicho que tenías vecinos guapos, pero no imaginaba que tanto.

—Ten cuidado, no es oro todo lo que reluce, a veces es chatarra camuflada bajo una pátina dorada —afirmó ella despectiva—. Voy a saludar a mis hijas, te veo en el portal —informó al ver a Jimena. ¿Qué narices le había pasado en la cara? ¿Se había pegado con alguien?

—Parece que no os lleváis bien —observó Verónica. No le había pasado desapercibido que Gala le había vuelto la cabeza cuando él la había saludado. Tampoco la mirada de deseo que él le había echado a Gala al verla entrar en la plaza.

Entre esos dos había algo. O lo había habido.

—Hemos tenido ciertas desavenencias —masculló Calix devorándola con la mirada. Llevaba un abrigo rojo y unos zapatos de tacón de aguja que convertían sus pies en un objeto de deseo—. Estás preciosa.

—¿En serio? Pues no es que el abrigo te deje ver mucho —replicó ella soltando los botones para mostrarle el vestido negro que llevaba. Ajustado y corto hasta las rodillas, una cremallera lo recorría desde el cuello hasta el extremo de la falda.

—Imponente —declaró él—. Así que vas a mudarte al edificio... Habrá que celebrarlo.

—Eso, siempre y cuando tú no estés demasiado cansado —puntualizó deslizando un dedo por su torso. No se detuvo hasta llegar a la entrepierna, que recorrió con lasciva calma.

—Te aseguro que no vas a volver a encontrarme cansado —afirmó Calix con voz sensual.

—¿Tal vez porque el motivo de tu cansancio está enfadado contigo? —le soltó señalando a Gala—. ¿Estáis juntos? Es mi compañera de trabajo y la única amiga que tengo aquí. No quiero meterme en su terreno...

—Ni de coña. —Calix miró a Gala con resentimiento—. Ya la has oído, soy chatarra. Y ella se cree oro y no es más que bronce —masculló molesto porque lo había dejado en evidencia delante de Verónica.

—Y ya sabemos que el bronce se oxida y ensucia la piel dejándola verde vómito —apuntó ella esbozando una pícaro sonrisa.

Calix no pudo por menos que sonreír ante su comentario, no tanto por lo malicioso que era, sino porque sintió que en cierto modo lo comprendía y lo apoyaba.

—Entonces ¿vas a alquilar el segundo exterior? —preguntó acercándose a ella.

—Me mudo el jueves.

—Estupendo. Yo vivo en el primero. Va a ser estupendo tenerte de vecina.

Verónica bajó la mirada hasta su paquete y esbozó una lasciva sonrisa.

—Creo que nos lo vamos a pasar muy bien —auguró lamiéndose los labios—. Tengo que irme —dijo al ver a la agente inmobiliaria—. Seguiremos con la conversación cuando me mude... y, de paso, descubriré cuántos polvos son

necesarios para cansarte. Espero que muchos, soy una mujer muy exigente —le advirtió antes de irse.

Calix sintió que su polla se inflamaba ante las palabras de Verónica. Ésa sí que era una mujer adecuada para él. Atrevida, lujuriosa y decidida, que no tenía problemas en ir a por lo que quería. Y daba la casualidad de que parecía quererlo a él. O, mejor dicho, a su paquete. Y eso ya le iba bien. El sexo era terreno conocido, lo dominaba a la perfección y sabía cómo encandilarla. Era perfecta. Una mujer que se sentía atraída por su físico y su pericia sexual y con quien no tendría necesidad de intentar parecer más listo o más ocurrente.

Sonrió animado y se dirigió al mercado de la Cebada. Eso había que celebrarlo, así que esa noche cenaría un bocata de jamón serrano.

* * *

—¿Puedo preguntarte algo personal? —le dijo Verónica a Gala en el salón de su nuevo piso.

—Prueba, ya veré yo si te contesto —respondió ella con el humor sombrío que le había provocado la discusión con su hija.

¡Era una cría y se había pintado como un payaso! No iba a permitirlo, y no había más que hablar.

—¿Estás saliendo con Calix?

Gala miró a su compañera con una ceja enarcada. ¿A qué venía esa pregunta?

—Me gusta. —Verónica esbozó una sonrisa depredadora—. Está buenísimo y me encantaría catarlo. Pero no quiero meterme en medio si vosotros...

—No estamos juntos. Nunca lo hemos estado. Y no tengo el más mínimo interés en él.

—Genial. Entonces disfrutaré de él largo y tendido. Es justo mi tipo de hombre.

—Es muy guapo —afirmó Gala—. También muy simpático y agradable, aunque algo inmaduro —continuó, decidida a ser imparcial. Que se hubiera comportado como un cretino el domingo no quitaba que todas las veces anteriores no hubiera sido encantador.

—Mejor. ¿Quién quiere un hombre que no aguante ni dos polvos por noche? Los prefiero jovencitos, fogosos y con pocas luces. Son más fáciles de manejar —confesó Verónica burlona.

—No te las des de bruja, que no cuela —repuso Gala divertida.

* * *

Calix dejó el paquete de jamón en la encimera y metió en la nevera las manzanas y los filetes. Tenía comida para dos días y aún le quedaba un billete de diez en la cartera. Se planteó hacerse el bocata y comérselo ya, pero no tenía hambre y no quería desaprovechar una estupenda cena comiéndosela sin ganas. Además, todavía era pronto. Así que se cambió los vaqueros y el jersey por las mallas y la ajustada camiseta de *running*, se calzó sus deportivas Asics y, agarrando la chaqueta y los cascos, salió decidido a correr un rato. No hacía mucho frío, a él le encantaba correr de noche, y, sobre todo, no soportaba ese lúgubre piso. Lo odiaba. Con sus muebles viejos y desparejos, sus paredes sucias y sus ventanas diminutas por las que jamás entraba el sol, era un lugar de pesadilla. Pero por el alquiler que pagaba no podía pedir más. Y, como tampoco podía pagar más por algo mejor, tenía que conformarse.

Se puso los cascos y se paró en el portal mientras buscaba en el móvil la lista de reproducción que quería escuchar.

—Por lo visto, hoy estamos destinados a encontrarnos. Tal vez eso signifique algo.

Calix levantó la cabeza y se encontró con los ojos lascivos de Verónica recorriéndolo.

—Acabo de mojar las bragas —musitó acercándose a él—. ¿Vas a correr?

—Eso pretendía, pero estoy tentado de cambiar de opinión... ¿Te apetece cansarme?

—No sé... Me acaban de entregar las llaves de mi nuevo piso y quiero celebrarlo.

—¿Subimos? —susurró pasándole un brazo por la cintura para estrecharla contra él.

—Estaba pensando más bien en ir a tomar algo. Yo invito. —Se zafó y fue a la puerta—. Vamos, ¿a qué esperas?

—No estoy vestido para ir a tomar nada, dame un segundo que me cambie —pidió él decidiendo que bien podía gastarse los diez euros que le quedaban en un par de cervezas.

—No. Me pone verte con esa ropa tan ajustada.

—Pero tú vas muy arreglada...

—Tú verás si quieres perder el tiempo cambiándote, yo me largo. —Y salió del portal.

Calix no lo pensó y fue tras ella. No podía perderla por segunda vez.

* * *

—El piso está hecho una porquería, las paredes tienen telarañas y los sanitarios dan asco, así que he contratado una empresa de limpieza para mañana y he comprado un colchón nuevo que me llegará el jueves. Una amiga de Gala va a recibirlo. Así que el jueves me mudaré y dejaré la horrorosa pensión en la que vivo.

—Puedo ayudarte si quieres —se ofreció Calix antes de dar un trago a la cerveza.

Estaban sentados en el extremo de la barra, enfrentados y muy cerca uno del otro. Él con las piernas separadas y los pies apoyados en el travesaño del taburete en que se sentaba ella, y ella con las piernas cruzadas en el espacio que había entre las de él, la falda subida hasta medio muslo y el cuerpo inclinado en su dirección mientras hablaban en voz baja.

—Me vendría de perlas la ayuda de un hombre fuerte y musculoso. —Verónica pasó las uñas por el muslo de él, bajó a la rodilla y luego subió por el interior hasta rozarle las pelotas.

—Pues allí me tendrás —murmuró Calix con voz ronca.

—Estupendo. —Deslizó un dedo por el vientre masculino, absorta en los definidos abdominales que se marcaban bajo la ajustada camiseta. Ese hombre era un pecado para la vista y el tacto. Pura lujuria contenida bajo una fina capa de licra negra—. Me da un poco de pena Gala —comentó de repente—, tan joven y tan limitada por culpa de sus hijas. Le va a resultar muy difícil encontrar pareja. ¿Qué hombre querría atarse a ella con todas las obligaciones y responsabilidades que dos crías acarrearán? Tendría que estar muy loco o muy desesperado —dijo despectiva antes de fijar en Calix una intensa mirada—. Y, para uno que decide arriesgarse y le tira los tejos, va ella y lo desprecia. Es tonta. No sabe lo que se ha perdido —afirmó compasiva.

Calix, mortificado, volvió la cabeza para evitar su mirada. No le apetecía hablar de ese tema. Se sentía herido y vencido, y eso no le gustaba. Gala era la primera mujer que había mirado más allá de su pelo rubio artificial, sus ojos verdes y su cuerpo de infarto, y había llegado a la conclusión de que, aparte de su físico perfecto, lo demás no valía nada.

Verónica sonrió al ver su incomodidad y su expresión dolida. Por lo visto, el guapo semental no era tan duro como quería aparentar. Qué interesante.

—Entre tú y yo, Gala es una mujer muy... difícil. Muy suya. En realidad, es una borde —bufó burlona—. La he visto interactuar con los tíos de la empresa y es de todo menos agradable. Muy cortante y esquiva. Y, aun así, todos están colados por ella..., algo que no me extraña porque, desde luego, tiene un polvazo —concluyó guiñándole un ojo.

—Tú sí que tienes un polvazo —replicó Calix esbozando una sonrisa al sentir que de nuevo volvía a pisar terreno seguro.

—Eso que acabas de decir se merece un premio —murmuró ella bajándose del taburete.

Se colocó entre sus piernas separadas y se subió la cremallera del vestido hasta casi mostrar las bragas. Luego apoyó el pie en el travesaño del taburete de Calix, le agarró la mano y la guió hasta su sexo.

Él tragó saliva al notar que llevaba ligas. Deslizó los dedos bajo la tela de las braguitas y la encontró húmeda y dúctil, lista para él.

—Méteme los dedos —le ordenó.

Él miró nervioso a su alrededor. El bar no estaba vacío.

—Pueden vernos.

—¿Y qué? Se morirán de envidia al ver dónde tienes la mano. Hazlo.

Y Calix obedeció. Le metió dos dedos y ella apretó los dientes para ahogar un gemido. Comenzó a moverlos en su interior y ella, como premio, se inclinó hacia él, cubriéndolos con su largo abrigo, y posó la mano en su polla.

—Méteme otro más —exigió masajeándosela.

—Joder —jadeó Calix obedeciéndola. Sintió las paredes vaginales cerrarse sobre sus dedos y usó el pulgar para frotarle el clítoris.

—Vaya, parece que el niño tiene iniciativa y todo —susurró agarrándole la polla por encima de las mallas—. Y, dime, ¿en qué trabajas?

—¿Qué?

—Yo soy supervisora en un *contact center*. ¿Qué haces tú? —Deslizó la mano por su entrepierna hasta acariciarle las bolas.

Él apretó el trasero ante la súbita ráfaga de placer que lo recorrió. Hacía meses que una mujer no lo ponía tan cachondo.

—Bollos y pan. Trabajo en un obrador —contestó con la respiración entrecortada. Curvó los dedos que tenía en su interior para acariciarla sin mover el brazo y no delatarse.

—Qué interesante. Más fuerte.

Calix la miró confundido.

—Frótame más fuerte el clítoris.

Obedeció excitado por su reacción y por lo prohibido de masturbarla en público.

—Vámonos —siseó ella de repente, dejando un billete de diez en la barra.

Se apartó de él y se encaminó a la salida. Calix lo pensó un instante antes de seguirla. Estaba empalmado y esos ajustados pantalones no disimulaban su erección. Trató de bajarse la camiseta y taparse, pero ni ésta ni la chaqueta le cubrían lo suficiente. Por un momento se arrepintió de su manía de llevar ropa corta para mostrar su perfecto culo mientras corría.

Salió a la calle y se encontró con ella de frente, quien, sin dudarle un instante, se abalanzó sobre él y le dio un beso de esos que hacen historia.

—Vámonos a mi casa —jadeó Calix cuando se separaron.

—Está demasiado lejos... —Verónica miró el oscuro parque que se abría al otro lado de la calzada y echó a andar hacia él—. Vamos.

—Pero si la plaza está a cinco minutos... —musitó perplejo. ¿Quería hacerlo en el parque? ¿En serio? Eso era demasiado incluso para él. ¡Cualquiera podría verlos!

—¿Quieres follar o no?

—Joder, sí.

Se internaron entre los árboles y, al pasar por una zona en la que había aparatos de gimnasia, Verónica se detuvo.

—Siéntate ahí. —Señaló uno que constaba de una silla y una barra sobre ésta, conectadas de manera que, al sentarse y tirar de la barra, la silla se levantaba para ejercitar los brazos.

Calix la miró dudoso. Estaban solos, pero eso podría cambiar en cualquier momento, pues a pesar de que era noche cerrada no eran más de las ocho y media.

—¿Te da vergüenza que alguien pueda vernos? Pobrecito. Mejor lo dejamos, no me gusta follar con niños —masculló despectiva.

Calix la agarró por la cintura atrayéndola hasta sí para darle un beso salvaje antes de soltarla y sentarse donde le había pedido.

Ella sonrió y se acercó decidida.

—Separa las piernas, agárrate a la barra y no te sueltes.

Calix obedeció, y ella, agarrándose también a la barra, puso uno de sus pies enfundados en esos eróticos zapatos rojos de tacón de aguja sobre la entropierna masculina y comenzó a hacer presión sobre la polla, masturbándolo.

Él se tensó arqueando la espalda ante el fogonazo de placer, todos sus músculos marcándose sobresalientes bajo la ropa.

—Me encanta tu cuerpo, es lo mejor de ti —musitó Verónica deslizando la punta del zapato entre los muslos separados para acariciarle las pelotas.

Él, en un acto reflejo, pegó el trasero al respaldo de la silla, tratando de alejar la afilada punta de sus huevos. Pero pronto se relajó al darse cuenta de que los roces que ella le dedicaba no eran agresivos, sino placenteros. Mucho.

Continuó alternando caricias en los testículos y la polla hasta que él empezó a jadear con tanta fuerza que no le cupo duda de que estaba al borde del orgasmo. Así que se detuvo.

—Tira de la barra y sube —le ordenó esbozando una maliciosa sonrisa.

Él no dudó en obedecer, sus brazos en tensión mientras sostenía el peso de su cuerpo.

Verónica extendió la mano y le sacó la polla del pantalón.

—Menuda arma tienes aquí —musitó agarrándosela para recorrerla lasciva.

Calix apretó con fuerza la barra, luchando por mantenerse en alto, aunque acabó cayendo cuando ella comenzó a masturbarlo.

—Vaya, no has conseguido quedarte arriba..., qué pena. Has perdido tu oportunidad y ahora me toca a mí —musitó maliciosa abriéndose la cremallera de la falda hasta la cintura. Separó las piernas y, agarrándolo del pelo, lo llevó hasta su pubis—. Cómeme el coño.

Él miró a su alrededor, el temor a verse descubierto aumentando su excitación. Hacía años que no se sentía tan encendido. Se arrodilló y le apartó las bragas para llegar a su sexo. Lo lamió goloso antes de poner la lengua plana y recorrer la vulva en una húmeda caricia que la hizo temblar. Tentó la entrada a la vagina con la punta y, al oírla gemir, afiló la lengua y la hundió en ella despacio, saboreando la salada

humedad que la lubricaba. La penetró con ella hasta oírle jadear y luego subió hasta su clítoris. Lo atrapó entre los labios y succionó.

—Gala es tonta —gimió Verónica separando más las piernas—. No sabe lo que se ha perdido por esnob. Me dijo que eras un inmaduro, ya sabes, que no estabas a su altura. Pero ¿para qué quiere tener entre las piernas a un hombre listo cuando podría disfrutar de tu cuerpo? La inteligencia está sobrevalorada, yo prefiero una buena polla y una lengua ágil..., y parece que tú tienes ambas. ¿Para qué pedir más?

Calix apartó la boca de su sexo sorprendido por sus palabras. No sabía si tomarlas como un cumplido o como un insulto.

—¿Te gusta que te follen, Calix? —inquirió ella empujándolo contra el aparato para que se sentara de nuevo. Cuando él lo hizo, se sentó a horcajas sobre su regazo.

Él asintió con la respiración agitada mientras Verónica se mecía sobre él, frotándose contra el grueso bulto de su polla.

—¿Quieres correrte?

Él volvió a asentir, tan excitado que le costaba hablar.

—Pídemelo por favor.

—Por favor, haz que me corra.

—Lo has dicho mal. Por favor, deja que me corra.

—Por favor, deja que me corra.

—Mucho mejor.

Le puso un condón y le sujetó la polla para descender sobre ella hasta hundirlo en su interior.

—Vaya tranca que tienes. No cabe duda de que es lo mejor de ti —jadeó con voz ronca a la vez que comenzaba a montarlo.

—¡Dios! —gimió Calix al sentir que apretaba las paredes vaginales contra su verga, proporcionándole un placer como nunca había sentido—. Joder...

Verónica sonrió ladina al ver que cerraba los ojos sumido en el gozo. Se detuvo. Y él los abrió sobresaltado, una queja escapando de sus labios.

—No puedes correrte hasta que lo haga yo. Sería muy poco caballeroso de tu parte no esperarme, ¿no crees?

Calix asintió y, sin dudarle un instante, bajó la cremallera que partía del escote del vestido hasta descubrir el sujetador de encaje rojo. Le sacó los pechos y jugó con los pezones. Ella, en respuesta, se movió de nuevo, apretando la vagina y haciendo que se volviera loco de placer. No pasó mucho rato antes de que los dos experimentaran un brutal orgasmo.

—Joder, ha sido el mejor polvo de mi vida —jadeó Calix cuando su respiración se calmó y los latidos de su corazón se ralentizaron volviendo a la normalidad.

—Ha estado bastante bien —aceptó Verónica arreglándose el vestido y cerrándose el abrigo antes de echar a andar—. Se me ha hecho muy tarde, voy a buscar un taxi.

Calix la miró confundido antes de saltar de la silla, meterse la polla en los pantalones y seguirla. Se abrochó la chaqueta con manos temblorosas. Ahora que la excitación había desaparecido notaba el frío de la noche. Y no era poco.

La acompañó en silencio hasta la calle Segovia, donde ella paró un taxi.

—Ha sido un placer —le dijo tras la ventanilla antes de que el vehículo se marchara.

—Lo mismo digo —musitó Calix, aunque ella ya no podía oírlo.

Se quedó un rato mirando los coches que circulaban bajo el viaducto. Por lo visto, estaba predestinado a tener relaciones de sólo una noche, porque, tal como ella se había despedido, no parecía que tuviera intención de repetir. Se encaminó de regreso a casa, aún tenía que cambiarse y cenar antes de ir a trabajar. Aunque dudaba que se comiera el jamón que con tanta ilusión había comprado esa tarde. El desencanto y el abatimiento que sentía le habían quitado las ganas.

Se quedó parado al recordar que era su vecina. Y no sólo eso, también habían quedado en que la ayudaría en la mudanza, lo que significaba que tenía una segunda oportunidad para conquistarla y mantenerla a su lado.

Y no pensaba desaprovecharla.

Esa mujer era para él. No iba a perderla.

Miércoles, 11 de enero de 2017

—¡Lo ha vuelto a hacer! Es la quinta vez que mira hacia aquí —susurró Anuja alterada.

—¿Segura? —Jimena volvió con disimulo la cabeza para mirar al chico que atravesaba la plaza a toda velocidad sobre un monopatín.

—Yo también lo he visto —afirmó Xiao—. Y te ha mirado a ti.

—A lo mejor no ha sido a mí, sino a otra cosa —musitó Jimena nerviosa.

—Sí, claro, a la capilla del Obispo, no te joroba —se burló Malena—. Está por ti, tía. No ha dejado de mirarte en toda la tarde.

—Cinco veces no es toda la tarde —replicó Jimena absorta en las piruetas que él hacía.

De repente, el chaval la miró. Paró el patín y de un pisotón experto lo puso de pie y lo agarró adoptando una postura chulesca mientras observaba burlón al grupito de niñas.

—Me ha pillado mirándolo. —Jimena bajó la cabeza, enrojeciendo—. ¡¿Qué hago?!

—¡Disimula! Viene hacia aquí —farfulló Anuja, tan roja como ella.

—¡No lo dirás en serio! —gimió Jimena.

—Totalmente. Le quedan cinco metros para llegar...

—Me va a dar algo. —Jimena subió los pies al banco para abrazarse las rodillas.

—Hola...

Las cuatro niñas oyeron el saludo, pero sólo una tuvo arrestos para contestar.

—Hola —dijo Malena, que era la más lanzada del grupo.

El chico sacudió la cabeza devolviéndole el saludo, luego soltó el monopatín en el suelo, puso un pie sobre él, apoyó las manos en las caderas con chulería y esbozó una sonrisa maliciosa que puso la carne de gallina a las niñas, a una en especial.

—¿Qué pasa contigo? No dejas de mirarme, y cuando me acerco no me saludas —le recriminó a Jimena—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

—No. —Ella enrojeció más aún.

—Pues no lo parece. ¿Por qué me miras tanto?

—Yo no te miro...

—Y yo estoy ciego —ironizó—. ¿Cómo te llamas?

—Jimena.

—¿Como la tía esa del Cid?

—Como su esposa. Mi madre está obsesionada con el Cid —explicó—. A mi hermana le puso Gadea, por la leyenda de la Jura de Santa Gadea. Ya sabes, cuando

el Cid le hizo jurar al rey Alfonso que no había matado a su hermano —prosiguió cayendo en la cuenta de que el Estirado tenía el nombre del Cid.

No, si al final iba a resultar que Rodrigo y su madre estaban predestinados a estar juntos. Pues vaya putada del destino acabar liada con ese vejestorio paliducho.

El chico la miró como si hablara en otro idioma. Conocía al Cid por una película viejísima que le gustaba a su madre, pero todo lo demás le sonaba a chino.

—Yo me llamo David. ¿Cuántos años tienes? —preguntó dándole un repaso visual. Era alta y morena, con un pelo muy bonito y unos ojos grises preciosos.

—Catorce y medio, casi quince —mintió ella, añadiéndose un año y medio más, pues aún le faltaba un mes para cumplir los trece.

David curvó la boca en la sonrisa altanera de quien se sabe objeto de deseo y le retiró un mechón de pelo de la cara con un gesto seductor que aún tenía que practicar bastante.

Jimena se estremeció ante la inexperta caricia. ¡La había tocado!

—Me voy a entrenar un rato a la plaza de los Carros, ¿vienes?

Jimena estiró el cuello para mirar hacia el Lector de bronce, donde Eva charlaba con Rodrigo antes de que éste se fuera a trabajar. Podría preguntarle si la dejaba ir, pero sabía la respuesta. Su madre no la dejaba salir de la plaza, y ella tampoco.

—Paso, no me gusta la plaza de los Carros —rechazó. Por nada del mundo iba a decirle que su madre la trataba como a una niña pequeña y no la dejaba salir sola.

—Tú te lo pierdes. Y, joder, deja de espiarme mientras hago *skate*, no soy una película para que me mires atontada —le pidió enfadado girando sobre los talones para largarse.

O, al menos, ésa era su intención, porque lo que ocurrió fue que chocó contra un cuerpo duro como una piedra que además le sacaba una cabeza.

—Cuidado —susurró Calix, y a David no le quedó duda de que no se refería al topetón que acababa de darle.

El chico miró al tipo que tenía enfrente. Era altísimo y tenía un montón de músculos. Debía de dar hostias como panes. Cabeceó a modo de disculpa y se fue sobre su monopatín.

—¡¿Por qué te metes?! —jadeó Jimena mirando malhumorada a Calix.

—¿Ése es el chico que te gusta? Tiene por lo menos tres años más que tú —observó.

—¿Y qué?

—Que los tíos a esa edad sólo tenemos una cosa en la cabeza —le advirtió.

—Sé manejarlo.

—Seguro —resopló burlón—. Ten mucho cuidado con lo que haces, te puede salir el tiro por la culata.

—Pareces mi madre —masculló la niña con desdén.

—Y, hablando de la reina de Roma..., por la puerta asoma —dijo Malena.

Jimena se volvió y se quedó de piedra al ver a su madre atravesar la plaza corriendo demudada. Se levantó asustada y fue hacia ella, no era normal que llegara tan pronto un miércoles.

En el banco junto al instituto, el chico de sonrisa triste y mirada desafiante la siguió con la mirada.

Gadea, que estaba patinando, imitó a su hermana.

Calix observó a las niñas correr hacia Gala y abrazarla preocupadas y una oleada de dolorosa melancolía lo recorrió al recordar que su madre y sus hermanas también lo abrazaban de esa manera cuando algo iba mal. Al fin y al cabo, era el único chico y el más pequeño y lo tenían bastante mimado, pensó sonriente. Todos menos su padre. Él no lo mimaba en absoluto, y tal vez por eso era a él a quien más echaba de menos. Y por eso mismo no iba a volver hasta demostrarle de qué pasta estaba hecho.

Se colocó los cascos en los oídos, encendió el móvil y echó a correr hacia Las Vistillas, decidido a pasar la tarde lejos del agobio de su casa y, de paso, a hacer todo el ejercicio que no había hecho el día anterior. Se retiró el pelo de la frente mientras pensaba que tenía que retocarse las mechas, pues habían perdido color. En cuanto cobrara, lo primero que haría sería pedir cita en la peluquería.

* * *

—Mamá, ¿qué pasa? —inquirió angustiada Jimena interceptándola al mismo tiempo que Gadea.

—Se me olvidó decirles que me llamó vuestro padre el otro día... —jadeó Gala sin aliento tras la carrera que se había pegado desde La Latina.

Pensaba salir antes del trabajo para que le diera tiempo a llegar si su ex se presentaba. Pero todo se le había dado mal y no había podido escaparse, con la mala suerte de que el capullo de su ex la había llamado hacía diez minutos para decirle que llegaba al cabo de diez minutos. Lo que significaba que su llegada era inminente. ¡Y ni siquiera se lo había dicho a las niñas!

—Vendrá a buscaros dentro de un rato —prosiguió.

—¿Papá? —Gadea la miró perpleja.

—Sí. Quiere pasar la tarde con vosotras.

—Y ¿nos lo dices ahora? —la increpó Jimena—. Tengo un montón de deberes, podría haber aprovechado el recreo para adelantarlos, pero como no sabía nada voy a tener que hacerlos en casa de la abuela mientras Gadea sale con papá y Angélica. ¡No es justo, joder!

—¡Esa boca, Jimena!

—¡Es que nunca piensas en mí! ¡Sólo en ti! —gritó la niña con frustración—. Mis amigas pueden salir de la plaza cuando quieren y yo tengo que quedarme aquí hasta que vienes, y, como llegas tan tarde, nos subimos a casa y no puedo hacer lo que

quiero. Nunca estás disponible para hacer cosas conmigo como hacen las otras madres, ni vienes a las reuniones del cole ni me haces bocadillos especiales para almorzar y tengo que tragarme la mierda de sándwich que me hace Eva. Y ahora encima ni siquiera te molestas en decirme que va a venir papá a buscarme. ¡Eres una egoísta!

—Ésa no es manera de hablar a tu madre, Jimena —la regañó Rodrigo, quien se había acercado al ver a Gala tan apurada.

—Tú te callas, nadie te ha dado vela en este entierro.

—¡Jimena! —exclamó Gala mirando avergonzada a Rodrigo. En ese mismo momento, un coche paró en doble fila frente a la plaza y comenzó a tocar el claxon.

—¡Ojalá viviera con papá! Él no me trata como a una cría, me lleva a sitios chulos y hacemos cosas divertidas —se lamentó Jimena echando a correr hacia el coche.

—No le hagas caso, mamá, es tonta. —Gadea miró asustada a su hermana. No podía irse a vivir con su padre, porque entonces la familia se rompería del todo—. No quiere irse con papá, sólo lo dice porque está enfadada —dijo expresando más un deseo que una certeza.

—Claro que sí, cariño, no te preocupes —convino Gala, tragándose el nudo que se le había formado en la garganta para acercarse al coche de su ex.

—Gala, qué raro que te dejes ver —comentó el hombre alto, de pelo castaño, mirada traviesa y labios pícaros que se apeó del coche—. Ya veo que sigues tan hermosa como siempre. —La miró hambriento. El tiempo que había pasado desde la última vez que se habían visto no había ajado su belleza. Al contrario, estaba más hermosa que nunca.

—No seas adulator —replicó ella cortante.

—Ya veo que también sigues tan simpática como siempre —ironizó volviéndose hacia la mujer que acababa de salir del coche—. Angélica, cariño, deja que te presente a mi exmujer.

Y Gala no pudo por menos que quedarse perpleja al ver que debía de rondar los cuarenta y tenía una figura de lo más normal, unas tetas tamaño medio y llevaba el pelo castaño en una media melena de lo más discreta. Desde luego, no era el tipo de mujer que esperaba ver con su ex. No se parecía en nada a las jovencitas de belleza artificial a las que solía tirarse.

—Encantada de conocerte, las niñas no hacen más que hablarme de ti —la saludó Gala.

—Un placer. Ahora sé de dónde han sacado Gadea y Jimena su belleza. Son iguales que tú.

—Bueno, queridas, pongámonos en marcha o no nos dará tiempo a hacer lo que Angélica ha planeado —las instó Eduardo, de manera que las niñas miraron a su novia intrigadas.

—¿Os apetece ir a la pista de nieve del Xanadú? —inquirió Angélica.

—¡Sí! —exclamó Jimena entusiasmada—. ¡Llevo años queriendo ir! Mamá, ¿puedo hacer los deberes después de cenar? —le suplicó a Gala, y ésta no tuvo más remedio que asentir para no convertirse en la mala de la película, aunque era consciente de que no los haría.

—Pues no perdamos más tiempo —exclamó Angélica montándose en el coche—. Un placer conocerte, Gala.

—Igualmente. No lleguéis muy tarde —le pidió a su ex.

—No te preocupes, a las nueve y media estaremos de vuelta.

—Eso es muy tarde..., tienen que cenar, ducharse, hacer los deberes.

—Las traeremos cenadas, y porque no se duchen un día no va a pasarles nada —apuntó Eduardo guiñándoles un ojo a las niñas, a lo que éstas estallaron en entusiasmados aplausos.

—Las quiero aquí a las nueve como muy tarde —exigió Gala.

Eduardo asintió, arrancó y se incorporó a la carretera.

Gala observó la luna trasera del coche, pero, de la misma manera que nadie le había dado un beso diciéndole adiós, tampoco nadie levantó la mano para despedirse de ella a través del cristal. Suspiró abatida al ver lo rápido que sus hijas se olvidaban de ella.

—¿Estás bien? —preguntó Rodrigo a su espalda.

—Ni se te ocurra decirme que ya me lo advertiste —le espetó furiosa antes de dar media vuelta y dirigirse al portal.

Rodrigo la observó caminar tan colérica que sus tacones parecían taladrar la plaza. Nada le gustaría más que apaciguarla con palabras, o, mejor aún, con besos, pero algo le decía que Gala no era una mujer que se dejara aplacar, mucho menos consolar, por nadie. Menos aún por un hombre. Y, a tenor de la mirada de puro odio que le había dedicado a su exmarido, mucho se temía que éste era el culpable de tanto resentimiento y desconfianza.

Le echó una última mirada y enfiló hacia la plaza de la Cebada, se le había echado la hora encima y esa tarde tenía cita con sus clientes rumanos para enseñarles los nuevos tejidos. Un estremecimiento lo recorrió al pensar en las telas que había conseguido reunir. Su calidad era excelente, pero los colores y los estampados eran otro cantar.

* * *

—¿El Indeseable no te había avisado de que iba a venir hoy? —masculló Eva caminando junto a Gala cuando ésta llegó al portal.

—Sí me lo dijo, pero no pensé que fuera a cumplir su palabra, ya sabes cómo es.

—Sí, un cabrón asqueroso —replicó Eva entrando con ella.

Subieron la escalera sin dejar de despotricar contra Eduardo, y, al llegar al tercero interior izquierda, llamaron al timbre.

—Vaya cara de estreñidas traéis, parece que os hayáis comido un kilo de limones —masculló Vicenta al abrirles—. Pasad, vamos a borrar esas muecas con un poco de vino y mucha charla. Contadme, ¿qué ha pasado?

—El Indeseable ha aparecido en la plaza para llevarse a las niñas.

—¡¿Sin avisar?! —jadeó Vicenta atónita.

—Me llamó, pero como nunca cumple sus promesas no lo creí —explicó Gala llamando a Cruz por el móvil. Cuando contestó, activó el altavoz y lo pusieron en antecedentes. Ninguna reunión estaba completa si faltaba una de ellas.

—Pero ¿por qué se las ha llevado? Si nunca les hace caso.

—Porque es un cabronazo malnacido —apuntó Vicenta, poniéndose de parte de Gala de forma automática—. Deberías haber contratado un sicario cuando te lo comenté, te habría evitado muchos disgustos.

—No empieces otra vez con eso, Vicenta —le recriminó Eva armándose de paciencia—. Nadie va a deshacerse de nadie. Aunque no cabe duda de que el Indeseable se lo merece.

Gala sonrió al oír a sus amigas. Aún no les había contado lo que había pasado y ya la apoyaban al cien por cien. No como otros, pensó recordando malhumorada el inexistente apoyo de cierto hombre de piel clara y ojos violetas.

—Está claro que está usando a las niñas para deslumbrar a su nueva novia —coincidió Cruz desde el móvil—. Es un hombre horrible, utilizar así a sus hijas...

—Yo sé bien lo que haría. Ya sabéis el dicho: muerto el perro, se acabó la rabia —afirmó Vicenta pasándose el índice por la garganta en el claro de gesto de degollar a alguien.

—Estás hoy muy sangrienta, Vicenta —la regañó Eva.

—Angélica no es el tipo de Eduardo. No se parece a las mujeres despampanantes con las que me ponía los cuernos. Y además se la ha presentado a sus padres y a las niñas. Es la primera vez que les deja conocer a uno de sus ligues en seis años —contó Gala pensativa. Tal vez había cambiado, como había apuntado Rodrigo, y Angélica le interesaba de verdad.

—Seguro que se la ha presentado porque ésta es más lista y se le resiste y, por tanto, requiere de una estrategia más estudiada —comentó Vicenta.

—O a lo mejor va en serio con ella y quiere introducirla en la familia —sugirió Eva.

—¿El Indeseable yendo en serio con una sola mujer? ¡Ni harto de grifa! —exclamó Cruz—. Ya verás cómo no tarda mucho en ponerle los cuernos. Los infieles no cambian nunca. Lo llevan en los genes. Es una especie de defecto de fabricación. En cuanto alguien les hace ojitos tiernos se cambian de cama.

Gala miró a Eva, la más sensata del grupo, si es que podía decirse que alguna de ellas fuera sensata, y ésta asintió a las palabras de Cruz.

—La verdad es que yo tampoco me creo que haya cambiado.

—Ni yo —masculló Gala.

Aunque no pudo evitar recordar las palabras que le había dicho Calix tres días antes.

¿Y si era verdad que su marido le había puesto los cuernos porque buscaba fuera el cariño que ella no le daba? Se mordió los labios, consciente de que no era una mujer cariñosa ni dada a las demostraciones de afecto, ni en público ni en privado. No le iban esas cosas de ir cogidos de la mano ni robarse besos sin venir a cuento.

Aunque eso era algo que le encantaba que hiciera Rodrigo. Sentir cómo le pasaba la mano por la cintura para atraerla hacia él y robarle un beso rápido. Y a veces no tan rápido, pensó lamiéndose los labios.

Frunció el ceño al darse cuenta de que se había quedado atontada pensando en él. Y no debería hacerlo. Era un traidor que se había puesto de parte de su marido sin conocerlo.

«O tal vez sólo trataba de ser objetivo, a pesar de que sabía que te ibas a cabrear», dijo la molesta vocecita de su conciencia.

—Vamos, hijita, ánimo y cambia esa cara, no permitas que el Indeseable te amargue el día —la animó Vicenta malinterpretando su expresión.

—Imagínate que lo castras, eso seguro que te anima —propuso Cruz desde el teléfono.

—Eso haré. Tengo que irme, voy a aprovechar que las niñas están fuera para recoger un poco la casa —comentó yendo a la puerta.

Y eso hizo durante la siguiente hora. Recoger, barrer, fregar y pensar. Sobre todo, eso último. Y no le gustaron nada los pensamientos que inundaron su cabeza.

Rodrigo echó los huevos batidos en la sartén y le dio forma a la tortilla hasta conseguir la esponjosidad perfecta, luego la sirvió en un plato y lo llevó al salón para cenar acompañado por la televisión. No era que le gustara especialmente la programación, pero cada vez soportaba menos el silencio y la soledad de su hogar, y agradecía cualquier distracción que lo ayudara a evadirse de los pensamientos monotemáticos que poblaban su mente: las camisas de sus nuevos clientes. O, mejor dicho, los tejidos, porque su hechura y su calidad, como siempre, eran incuestionables. No así los estampados. ¿Se podía tener un gusto más espantoso? Lo dudaba.

Hacer esas prendas era una degradación bochornosa para la Camisería Castro, pero ¿qué elección tenía? Morirse de hambre no era una opción, y robar un banco, con lo torpe que era, tampoco. Así que sólo podía humillarse, hacer las malditas camisas y rezar para que sus clientes no corrieran la voz de dónde las habían comprado, aunque, conociéndolos, eso sería muy improbable. De hecho, esa misma mañana se habían presentado en la camisería dos personas más, polacos en esta ocasión, para preguntar precios y mirar tejidos.

Y ésa era la mayor incongruencia de todo. La poca discreción de sus clientes le estaba proporcionando nuevos compradores y mucho más trabajo del que había tenido en años. Lo estaban salvando de la ruina a la vez que destruían la reputación de su camisería.

Apartó el plato, se le habían quitado las ganas de cenar. Por lo visto, esa noche la televisión no conseguía mantener alejados los demonios. Sacudió la cabeza exasperado e, ignorando las normas de educación más elementales, apoyó los codos en la mesa y escondió la cara entre los brazos mientras se mesaba el pelo desesperado. Estaba enlodando la reputación que tanto le había costado ganar a cambio de unos cuantos euros, que daba la casualidad le eran imprescindibles para comer y pagar las deudas que había acumulado.

Estaba prostituyendo su maestría y no podía sentirse más asqueado por ello.

El insistente sonido del timbre consiguió sacarlo de sus amargos sus pensamientos. Se puso las gafas en un acto reflejo del que ni siquiera fue consciente y se encaminó a la puerta molesto e intrigado a partes iguales. Eran más de las diez de la noche, ¿quién podría ser tan maleducado de visitarlo tan tarde?

* * *

—¿Te pillo durmiendo? —inquirió Gala cuando él abrió la puerta tras varios timbrazos.

Tal vez no debería haber insistido, pero ¿qué adulto se acostaba antes de las once hoy en día? «Uno que no tenga hijos y no necesite recoger, ordenar y cocinar por la noche, porque de día no le da tiempo a hacerlo todo», se respondió a sí misma.

—Estaba terminando de cenar —respondió Rodrigo mirándola perplejo, y no sólo porque iba vestida con un mono polar de gatitos con una capucha con orejitas puntiagudas incluidas. Su visita era lo último que esperaba esa noche. Aunque no por eso era menos anhelada—. Pasa.

—No, las niñas están arriba solas, y eso es peligrosísimo. Únicamente me he escapado un minuto para comentarte una cosa —dijo comiéndoselo con la mirada.

¿Cómo era posible que estuviera tan guapo y elegante incluso en ropa de dormir? Aunque, claro, no llevaba un pijama tipo chándal, sino uno con camisa y pantalón de rayas grises y negras con batín a juego y zapatillas de piel. Se arrepintió de no haberse puesto la bata para ocultar el viejo mono de gatita, que era su favorito al ser tan calentito.

—No vamos a hablar en el descansillo como si fuéramos verduleras; pasa, por favor.

Gala aceptó su invitación, aunque se quedó en la entrada, resuelta a soltar lo que tenía que decir y marcharse *ipso facto*.

—Adelante, soy todo oídos —la instó Rodrigo al ver que no se decidía a hablar.

—La novia de mi ex no es una veinteañera con las tetas postizas y el cerebro de mosquito —soltó de sopetón.

—Eso me pareció cuando la vi esta tarde.

—Mis hijas afirman que es muy agradable. Y a mí también me lo ha parecido —continuó Gala—. Pero eso no significa que mi ex no esté utilizando a Jimena y a Gadea para deslumbrarla.

—Por supuesto, lo cortés no quita lo valiente —convino Rodrigo.

—Es un capullo manipulador y egoísta que sólo actúa en su beneficio.

—No lo pongo en duda.

—Y esta tarde, cuando mis hijas se han ido con él, ni siquiera se han acordado de despedirse de mí —musitó dolida—. No debo de ser muy buena madre cuando sólo hace falta llevarlas a un estúpido parque de nieve para que se olviden de mí. —Lo miró abatida.

Rodrigo hundió las manos en los bolsillos del batín y la observó dubitativo.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Lo que deseas oír o lo que de verdad pienso?

—Lo que de verdad piensas —resopló molesta por el nada sutil recordatorio sobre la discusión de dos noches atrás.

Él bajó la mirada a las alegres zapatillas de unicornios que ella llevaba y, al alzar de nuevo la cabeza, un brillo taimado iluminaba sus ojos violetas.

—De acuerdo, los cuernos de esos caballitos no parecen lo suficientemente afilados como para hacer peligrar mi virilidad —comentó esbozando una sonrisa que no tardó en contagiársele a ella—. No deberías dudar de ti misma ni de cuánto te

quieren tus hijas sólo porque hoy no se hayan despedido —expuso poniéndose serio—. Son sólo unas niñas embarcándose en una aventura nueva y fascinante, y es lógico que tuvieran la cabeza en otras cosas. Al fin y al cabo, saben que te van a encontrar cuando vuelva. No te tomes a la tremenda algo que es totalmente normal ni le des una importancia que no tiene.

—Desde luego, la empatía no es lo tuyo.

—En asuntos tan fútiles, desde luego que no.

—Tampoco es que me haga falta que nadie me anime —replicó ella altanera.

—En eso estamos de acuerdo. Eres demasiado fuerte e independiente para necesitar a nadie, aunque espero que eso no te impida aceptar un abrazo desinteresado —murmuró envolviéndola entre sus brazos—. Y, sobre tu ex y su novia..., deja correr el tiempo. Tal vez cambie y te sorprenda. Quién sabe, quizá se haya dado cuenta de los maravillosos momentos que se está perdiendo con sus hijas y haya decidido ponerle remedio a su desidia. O también puede que se haya enamorado y quiera demostrarle algo a su novia. Y, si no es así, si utiliza a tus hijas y les hace daño, yo te ayudaré a caparlo.

—¿Me estás incitando a la violencia?

—Sólo si él se lo merece.

—No te veo con fuerzas para sujetar a un hombre mientras le corto los huevos, eres muy flacucho.

—La ropa engaña —replicó molesto.

—Por eso estoy deseando verte sin ella —susurró Gala alzando la cabeza para darle un rápido beso—. ¿Te gusta el *sushi*?

Rodrigo la miró petrificado, tan sorprendido como excitado por su declaración.

—¿Te gusta o no?

—Lo siento, no he comprendido tu pregunta...

—¿Te gusta la comida japonesa?

—No lo sé, nunca la he probado.

—¿En serio? Eso hay que remediarlo a la voz de ya. El sábado vendré a buscarte a las ocho, estate preparado.

—¿Por qué vas a venir a buscarme?

—Porque te voy a llevar a cenar a un restaurante japonés que te va a encantar.

—¿Pretendes que coma pescado crudo arrodillado en el suelo? —murmuró atónito. No podía estar hablando en serio. ¡El pescado crudo era para los tiburones, no para las personas!

—No seas tonto, en el restaurante hay mesas y sillas. Estarás rígidamente sentado en una, como a ti te gusta —replicó burlona.

—¿A Jimena y a Gadea les gusta el pescado crudo? —preguntó enarcando una ceja. Dudaba que comieran eso.

—A Gadea sí, Jimena no puede ni verlo.

—Y ¿qué va a comer ella? —indagó con un atisbo de esperanza, pues podía comer lo mismo que la niña.

—No lo sé, imagino que lo que le haga mi suegra. O tal vez su maravilloso padre las lleve a cenar para que comprueben lo mucho que las quiere y lo bien que las trata mientras yo me limito a encerrarlas en casa —respondió con amargura recordando las palabras de Jimena.

Rodrigo la miró sin entender. ¿Qué pintaba su ex en eso?

—El fin de semana que viene lo van a pasar con su padre —aclaró Gala.

—Entiendo. Entonces me estás proponiendo una cita... En un japonés.

—Eso es —afirmó divertida al verlo tan perplejo.

—Bien, pasaré a recogerte a las ocho.

—No. Yo pasaré a recogerte a las ocho.

—No puedes pasar a recogerme —negó turbado.

—¿Por qué no?

—Porque... no es adecuado. Soy yo quien debe pasar a recogerte.

Gala lo miró con los ojos abiertos como platos.

—No me seas anticuado. Yo invito, yo paso a buscarte... y yo pago la cena —apuntó para que le quedara bien claro.

Estuvo a punto de estallar en carcajadas al ver su gesto demudado. Por lo visto, no estaba acostumbrado a que fuera una mujer quien tomara la iniciativa.

—No vas a hacer eso —rechazó él con firmeza cuando se recuperó de la impresión.

—Por supuesto que sí. Y, antes de seguir discutiendo, te recomiendo que pienses un poco lo que vas a decir. No soporto las actitudes machistas.

Rodrigo la miró receloso, los dientes tan apretados que la línea de su mandíbula palpitaba mientras sus ojos, apenas velados por los cristales amarillos, comenzaban a moverse con rapidez de un lado a otro.

—Soy un hombre mayor de arraigadas costumbres —declaró en un murmullo contenido—. ¿Ni siquiera por cortesía vas a dejar que asuma el privilegio de invitarte a cenar?

—No eres un hombre mayor —rebatió posando las manos sobre el torso de él. Las subió despacio por el cuello de la camisa del pijama mientras hablaba—. Las costumbres, sobre todo las rancias, están para cambiarlas y, lo siento, pero la cortesía no va conmigo —afirmó maliciosa—. Invito yo. Y si te pones pesadito con el tema pensaré que eres un retrógrado machista y no volveré a salir contigo. ¿Ha quedado claro?

—No soy ningún machista —refutó él rodeándole la cintura—. Pero hay situaciones que me cuesta aceptar. Y que tú me invites es algo que me resulta muy difícil de digerir.

—¿Más que el pescado crudo que te voy a obligar a probar? —musitó guasona observando fascinada esos ojos violetas que no dejaban de oscilar.

Rodrigo inclinó la cabeza a un lado de forma inconsciente a la vez que suspiraba desanimado. Esa mujer era demasiado testaruda para persuadirla de hacer algo que no quería.

—No cabe duda de que va a ser una cena... diferente —concluyó plegándose a sus deseos.

—Anímate, todos los valientes obtienen su premio. Y tú lo estás siendo en grado sumo —afirmó deslizándole los dedos por la nuca en una caricia que lo hizo estremecer.

—Y ¿cuál va a ser mi premio? —repuso Rodrigo, sus labios a un suspiro de los de ella.

—Yo.

Gala se puso de puntillas, eliminando la distancia que los separaba, y lo besó. Suave al principio, cuando sus labios se encontraron temblorosos, para intensificarse después, cuando sus lenguas se enredaron en una sensual lid y él la apretó contra sí, mostrándole lo mucho que la deseaba. Ella no se quedó atrás, deslizó una mano por su torso y comenzó a desabrocharle la camisa, decidida a sentir el tacto de su piel en las yemas de los dedos.

Rodrigo perdió la batalla contra el deseo y, olvidando la medida que ella merecía, le bajó la cremallera del mono, dejando expuestos sus preciosos pechos. Se quedó inmóvil, las manos abiertas sobre los costados de ella y los pulgares acariciando con timidez la suave piel bajo sus senos mientras dudaba si atreverse a más.

Gala lo sacó de dudas cuando agarró su mano para llevarla donde tanto deseaba sentirlo. Un escalofrío eléctrico la recorrió al notar sus ágiles dedos sobre los pezones, atrapándolos en un pellizco erótico que la hizo jadear de impaciencia.

—No pares —le exigió al notar que se apartaba.

—Te reclaman —dijo Rodrigo con la respiración agitada mientras le subía la cremallera.

Gala lo miró confundida para, un instante después, abrir unos ojos como platos.

—Te juro que voy a matarlas.

* * *

—¡Quítate de en medio! —susurró Jimena enfadada.

—¡No! —Gadea se mantuvo firme frente a la puerta para que su hermana no pudiera llamar—. Mamá ha dicho que esperásemos en casa, no deberías haber bajado. Sólo quieres fastidiarla.

—No quiero fastidiarla, quiero evitar que se líe con un viejo.

—¡Rodrigo no es viejo!

—Sí lo es. Es un viejo estirado que se va a meter en medio de nuestra familia fastidiándolo todo —repuso Jimena, enfadada porque su hermana no se diera cuenta

de la mirada que su padre le había echado a su madre esa misma tarde.

Hacía meses que no se veían, y esa tarde su padre la había devorado con los ojos, como si no se acordara de lo guapa que era. Tal vez todavía tenían alguna posibilidad.

—¡Mentirosa! Rodrigo tiene casa y dinero, no necesita vivir con nosotras —gritó Gadea, olvidando que no debía armar ruido.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí? —preguntó su madre, abriendo la puerta.

Las niñas se miraron preocupadas. En su prisa por bajar, una para impedir que su madre hiciera algo con Rodrigo y la otra para impedir que su hermana impidiera que su madre hiciera algo con Rodrigo, se les había olvidado inventar una excusa plausible.

—A Gadea le da miedo estar sola en casa conmigo —contestó Jimena, ganándose una airada mirada de su hermana pequeña.

—¡A mí no me da miedo quedarme sola!

—Sí te da —la contradujo la mayor con un gesto que decía: «No seas idiota y sígueme la corriente o nos vamos a quedar sin bajar a la calle un mes».

Gadea miró a su hermana enfurruñada y luego se volvió hacia su madre.

—Está bien, sí me da miedo. Pero sólo porque Jimena y sus amigas me han contado historias de terror —admitió con tal gesto de indignación que Rodrigo tuvo que taparse la boca para que su sonrisa no lo delatara.

—No te las contamos, nos espiaste y por eso las oíste —protestó Jimena—. Fue culpa tuya, por cotilla.

—¡Sabíais que os estaba escuchando y por eso os pusisteis a contar historias de miedo!

—¡Basta! —exclamó Gala, consciente de que si no las cortaba podían continuar echándose en cara sus pecados hasta el día del juicio final—. Subid a casa y esperadme allí.

Las niñas se miraron horrorizadas. Y Gala, al ver su mueca, comprendió con meridiana claridad lo que había pasado.

—Habéis cerrado la puerta y os habéis olvidado las llaves dentro...

Jimena y Gadea bajaron la cabeza al unísono, revisando con atención sus zapatillas.

—Mira que os dije que os quedarais en casa, que no llevaba llaves —les recriminó Gala apoyando las manos en las caderas—. Pedídselas a Vicenta y esperadme en casa.

Gadea se apresuró a enfilarse hacia la escalera, aunque se detuvo al ver que su hermana, en lugar de seguirla, se quedaba en el descansillo, mirando enfadada a Rodrigo.

—Jimena, ve con tu hermana —le ordenó Gala con firmeza.

—Ven con nosotras.

—Ahora voy —replicó Gala enzarzándose con su hija en un duelo de miradas que no estuvo segura de ganar, pese a que fue la niña quien bajó la cabeza y se marchó.

—No cabe duda de que tiene el genio de su madre, además de su belleza —comentó Rodrigo.

Gala lo miró con los ojos entornados antes de relajarse y esbozar una ladina sonrisa.

—Estate preparado el sábado, pasaré a buscarte a las ocho. Y no vayas demasiado formal —lo avisó antes de darle un rápido beso en los labios y subir en pos de sus hijas.

Sábado, 14 de enero de 2017

—Mi suegra me ha pasado su lista de invitados, ¡y son más de ciento cincuenta! —se lamentó Cruz antes de llevarse el pañuelo a la nariz y sonarse ruidosamente—. ¡Y sólo es la provisional! De aquí a la boda seguro que se le ocurre más gente a la que invitar...

—Tampoco son tantos, en la mía invitamos a doscientas personas para que fueran testigos de cómo comenzaba mi periplo hacia el divorcio —comentó Gala.

—¡Gala! —la regañó Eva. Bastante tenían con la angustia de Cruz como para que ella estuviera metiendo pullitas cada dos por tres.

—¿Qué? Ni que estuviera mintiendo. Todos los divorcios empiezan en una boda. De hecho, si hay divorcios es porque la gente se casa, si no lo hicieran, no los habría —replicó con impecable lógica.

—Yo ni siquiera voy a llegar a casarme —se quejó Cruz secándose la nariz—, en cuanto Bruno vea la lista de invitados, le entrará el pánico y se negará a casarse.

—Ciento cincuenta no son muchos —afirmó Vicenta dándole palmaditas en el hombro—. En mis tiempos de bailaora actuaba en bodas con mucha más gente. Hasta doscientos es una cantidad asumible.

—No lo entendéis. Rocío —dijo Cruz refiriéndose a su suegra— ha invitado a ciento cincuenta personas, y la lista de compañeros de trabajo y amigos que me ha pasado Bruno asciende a más de setenta. Y aún faltan mis invitados, y tengo muchísimos compromisos con clientes, artistas, galeristas... No creo que sean menos de doscientos —señaló volviendo a sonarse—. Voy a tener que alquilar el Santiago Bernabéu para que entren todos al banquete. Y encima Rocío no quiere un simple cóctel, ¡no, hija, no!, quiere entrantes, ensalada, tres platos y tarta nupcial. ¡Si consigo un restaurante en el que meter a todos los asistentes, acabaré en la cárcel por homicidio involuntario por alimentarlos hasta matarlos!

—Vaya. —Eva miró preocupada a su amigo. Su pareja no era muy dada a las multitudes ni a las fiestas—. Y ¿Bruno qué piensa de eso?

—Bruno no opina, dice que lo que decidamos su madre y yo estará bien. —Cogió otro clínex para sustituir el que había estado usando—. Pero lo conozco, y sé que le dará un parraque cuando llegue al salón y se encuentre con esa multitud. ¡Me voy a quedar viuda el mismo día de mi boda! —estalló en un dramático sollozo.

—Eso estaría bien, tú te librarías de casarte y él recibiría su justo castigo por no haberte ayudado con los preparativos —comentó Gala.

—¿Por qué no te quedas calladita un rato? —la regañó Eva—. No puedes ser tan agorera.

—No soy agorera, sino sincera.

—Ya está bien de quejas —zanjó Vicenta—. Vamos a pensar en positivo. A más gente, más sobres, y a más sobres más dinero, lo que significa que no te vas a arruinar por la boda.

—No lo había pensado así —admitió Cruz limpiándose los ojos, que no dejaban de lagrimear.

—Y seguro que hay un montón de restaurantes para bodas que admiten más de cuatrocientos invitados —apuntó Eva—. Sólo es buscarlos.

—No sé de dónde voy a sacar el tiempo para eso —suspiró Cruz—, estoy hasta arriba con las exposiciones y salgo a las mil de trabajar todos los días...

—Yo puedo echarte una mano —se ofreció Vicenta—, conozco a muchos restauradores de mi época de bailaora en el Corral de la Morería, seguro que consigo varios sitios, luego sólo será cuestión de decidir el que más os guste.

—Eso sería estupendo. —Cruz comenzó a animarse, pero una inoportuna tos lo hizo encogerse sobre sí mismo.

—¿Ves?, al final no va a ser tan complicado como lo pintabas —dijo Gala dándole un masaje en la espalda para aliviarlo—. Ahora sólo tienes que pensar a quiénes vas a invitar a la ceremonia en la Casa de la Panadería.

—¿Cómo que a quiénes voy a invitar? A todos, por supuesto. No puedo dejar a nadie fuera, seguro que alguien se ofendería.

—Vaya...

—Vaya, ¿qué? —preguntó Cruz, el pánico entrándole de nuevo.

—Yo me casé allí y el salón sólo admite cien personas —señaló Gala.

Cruz miró a sus amigas desesperado, empalideció y se derrumbó sobre la mesa.

—¡Ay, Señor, que le ha dado un vahído! —exclamó Vicenta asustada.

—Peor, se ha vuelto loco —la contradijo Gala al oír la sofocada risa de su amigo.

—Se acabó. Voy a anular la boda —anunció Cruz levantando la cabeza, los ojos enrojecidos y la nariz irritada goteando—. Esto es una locura y no voy a perder un segundo más en ella. Mi destino no es casarme, y cuanto antes lo acepte mejor.

—No digas tonterías, llevas toda la vida soñando con una boda de postín, y ahora que Bruno por fin se ha decidido no vas a echarte atrás por unos pocos obstáculos en el camino.

—¿Unos pocos? —jadeó él.

—Todo tiene solución en esta vida menos la muerte —declaró Vicenta.

—Vicenta te va a buscar restaurante, así que deja de preocuparte por eso —le aconsejó Eva—, y con respecto a la Casa de la Panadería..., piénsalo bien, casi nadie entra en las ceremonias.

—Sólo los más allegados, que no pueden escaquearse, y los más mayores, que recuerdan tiempos mejores —señaló Gala—. Quién sabe, lo mismo ni siquiera acuden cien personas. De hecho, estoy por apostar que la mayoría preferirán estar en los bares de la plaza Mayor.

—La mayoría de mis invitados no asistirán, y los de Bruno menos aún. Eso nos deja sólo a los de mi suegra... —comentó Cruz esperanzado.

—Pues pásale a ella la pelota —sugirió Gala.

Cruz observó a sus amigas y una animada sonrisa se dibujó en sus labios para, un segundo después, ser borrada por la espasmódica tos, que parecía decidida a arrancarle los pulmones del pecho.

—Anda, vete a casa y métete en la cama a sudar el catarro —lo instó Vicenta.

Él se levantó renqueante, decidido a tomarse algo y acurrucarse entre las mantas.

—Yo también me voy —comentó Gala imitándolo—. Tengo una cita y quiero arreglarme.

—¿Tienes una cita? —Eva la miró asombrada, y no fue la única.

—¿Con quién? —exigió saber Vicenta.

Cruz miró a sus amigas y se sentó de nuevo; el catarro no era tan importante como para perderse la charla que vendría a continuación.

* * *

—No me puedo creer que salieras con Rodrigo en Reyes y no nos lo hayas contado hasta ahora —confesó Cruz ofendido cuando Gala acabó de ponerlos al día.

—Se me olvidó.

—Y nosotras nos chupamos el dedo —replicó Eva.

—Y las niñas ¿qué opinan de que salgas con Rodrigo? —inquirió Vicenta.

—En realidad no estoy saliendo con él.

Eva, Vicenta y Cruz se miraron entre sí antes de sonreír burlonas.

—Cenar con un hombre dos veces no significa salir con él —declaró Gala rotunda al ver sus sonrisas maliciosas.

—Lo que significa que no les has dicho a tus hijas que estás con él.

—No estoy con él. Y, no, no se lo he dicho. Y os pediría que no os fuerais de la lengua.

—¿Por qué? —inquirió Eva asombrada. Gala no acostumbraba a tener secretos con sus hijas.

—No considero oportuno que estén al tanto de lo que hago o dejo de hacer en mi vida privada. No quiero que piensen que soy como su padre y voy de relación en relación.

—¿De relación en relación? ¡Si no has salido con nadie en seis años!

—Además, a Jimena no le cae bien Rodrigo y no pierde ninguna oportunidad de demostrármelo. Estamos pasando por una fase complicada y siempre acabamos discutiendo. No quiero darle motivos para que se distancie más de mí —dijo preocupada.

—Pero eso no es justo para ti —señaló Eva mirándola compasiva.

—No se trata de justicia, Eva, sino de mis hijas. De lo que es mejor para ellas. Y no creo que decirles que salgo a cenar con un hombre al que una adora y la otra odia vaya a hacer la convivencia más fácil —afirmó enfadada dando por zanjado el asunto.

—¿Jimena sigue empeñada en que te lées con Calix? —preguntó Cruz con mirada ladina.

—Sí, de hecho, me tendió una emboscada el domingo para que fuéramos los cuatro al cine y luego se las apañó para conseguir que nos quedáramos solos en mi casa —respondió, para acto seguido contarles lo que había sucedido, incluida la discusión y lo que él le dijo.

—Vaya pedazo de cabrón. Deberías haberle cortado los huevos...

—En ese momento no tenía un cuchillo a mano; además, seguro que habría sangrado como un cerdo, ¿y tú sabes lo que cuesta limpiar la sangre? —se justificó Gala arrancándoles una carcajada.

—De todas maneras, Jimena se va a llevar una decepción con Calix —comentó misterioso Cruz. Todas lo miraron intrigadas, instándolo a revelar lo que sabía, algo que hizo después de sonarse por enésima vez—. El Mudo —dijo refiriéndose al vecino más cotilla del edificio— me ha comentado que el jueves tu compañera..., ¿Verónica? —miró a Gala y ésta asintió—, hizo la mudanza y Calix la ayudó a subir cajas y luego se quedó con ella toda la tarde. Lo que ya no sabemos es si la ayudó a colocar cosas o a pasárselo muy requetebién —insinuó malicioso antes de toser de nuevo—. Aunque seguro que mal no lo pasaron, porque esta mañana me he encontrado con la Morosa —prosiguió refiriéndose a la vecina del segundo exterior izquierda— y me ha comentado que la nueva vecina se pasó ayer toda la tarde dando gritos. Por lo visto, es muy chillona cuando se corre. Y, según me dijo, fue un verdadero maratón sexual. Por lo visto, el segoviano es todo un semental.

—Y ¿cómo sabe ella que era Calix quien estaba con Verónica? —inquirió Gala.

—Hija de mi alma, no me seas ingenua, ¿para qué crees que sirven las mirillas? ¿Para ver quién llama? Pues no, para ver quién sale de la casa de al lado. Por favor, a tu edad y tan inocente...

—Estaba claro, en cuanto lo ha visto, la nueva te lo ha birlado —gruñó Vicenta indignada—. Deberías habértelo follado. Ahora nunca sabremos si *baila el mambo* tan bien como parece. Si yo tuviera veinte años menos, no habría dudado en catarlo.

—Vicenta, cariño, no es por disgustarte, pero tienes ochenta. Veinte menos no son nada —apuntó Cruz burlón.

—Querida, que tú no seas capaz de hacerlo media docena de veces con Bruno en una noche no significa que las demás no podamos —replicó la anciana—, y yo con sesenta años era una fiera. De hecho, aún lo soy. Lo que pasa es que estoy tan ocupada que no me da tiempo a ponerme al día con mi vida sexual —afirmó arrancando una carcajada a sus niñas.

—Bueno, yo os dejo, que tengo que ducharme y arreglarme —comentó Gala.

—Mucha suerte —le deseó Eva—. Pondré una velita a san Judas Tadeo, patrón de las causas imposibles, para pedirle que el Estirado no lo sea tanto y te folle bien.

Gala miró a su amiga y levantó la mano enseñándole el dedo medio en una peineta perfectamente ejecutada.

—¿Qué tal ha ido? ¿Te han dado el puesto? —inquirió Marcial, la ceja alzada en un gesto impaciente y los labios severos fruncidos en una mueca de disgusto.

Calix tomó aire mientras sopesaba cómo decirle que había rechazado el trabajo. Aunque no fue necesario, su padre lo conocía lo suficiente para interpretar su mirada esquiva.

—¿Por qué ha sido esta vez? —preguntó el padre con un gruñido cansado—. ¿Qué es lo que no te han ofrecido o lo que no has creído justo o lo que te ha parecido excesivo?

—Lo pones como si fuera culpa mía...

—Has sido tú quien ha rechazado los últimos trabajos.

—Eran esclavistas.

—Eran trabajos —puntualizó su padre malhumorado.

—Oh, sí, de aprendiz en la obra, cargando ladrillos como una mula, poniendo cemento todo el día y obedeciendo las órdenes de tres gilipollas.

—Te recuerdo que uno de esos gilipollas es tu tío.

—Eso no quita que sea un gilipollas.

—La entrevista de hoy era de conserje en una finca —expuso Marcial decidido a no discutir otra vez. Llevaban suficientes discusiones esos meses como para llenar toda su vida—. ¿Qué problema tienes con eso?

—Era de noche, de ocho a ocho, cinco días a la semana por ochocientos euros. No estoy por la labor de dejar que me tomen el pelo.

—Pero sí estás por la labor de comer todos los días, y de comprarte ropa sin parar, y de tener un móvil último modelo, y de salir todas las noches de juerga...

—Me lo pago con mi dinero —replicó Calix a la defensiva. Estaba harto de que le echara en cara su estilo de vida.

—Pero ¿aún te queda algo? —dijo con hiriente ironía.

Calix apretó los dientes furioso porque su padre había acertado de pleno. Se había fundido lo poco que había conseguido ahorrar en su último trabajo y ahora subsistía con la prestación por desempleo, que cada vez era menos, pues habían pasado más de seis meses desde el despido y la cantidad que debía cobrar se había reducido considerablemente.

—Además, tus vicios te los pagas con tu dinero, pero tus necesidades salen del mío —continuó Marcial—. La comida, el agua, el gas, la luz, la factura del teléfono, todo eso te lo pago yo. Y ya no trabajo —apuntó, recordándole que él también estaba en paro.

—Y ¿qué quieres que haga? ¿Que trabaje doce horas por menos de mil pavos?

—Quiero que compartas los gastos de casa —declaró con voz firme, aunque le costó la misma vida pedirle ayuda a su hijo—. Con lo que cobramos tu madre y yo, no llegamos a fin de mes, así que creo que lo justo es que tú, que tanto tienes para gastar en fiestas y caprichos, te pagues tu línea de teléfono y aportes dinero en casa para sufragar tus gastos —afirmó furioso por su egoísmo.

¿No se daba cuenta de que su madre se mataba a limpiar portales mientras él mismo se pasaba el día de obra en obra buscando un trabajo que nadie le daba por culpa de su medio siglo de vida?

—Joder, ¿me vas a cobrar por vivir aquí...?

—No, un alquiler te saldría mucho más caro.

—Lo dudo —masculló Calix encrespado—. No voy a pagar por vivir en casa.

—Pues entonces vas a tener que buscarte un piso de alquiler y comprobar si vivir solo es más caro o no que aportar dinero en casa.

—¿Me estás echando?

—No. Te estoy obligando a madurar —replicó Marcial. ¿Cómo podía ser tan ingrato? ¿Acaso no se daba cuenta de la situación en la que estaban?—. Tienes hasta final de mes para recapacitar; si para entonces sigues igual, quiero que te mudes. Ya que no nos ayudas, al menos ten la decencia de no ser una carga.

—No te preocupes, no me hace falta tanto tiempo. Me largo mañana mismo.

—Me parece estupendo. Yo mismo te haré la maleta si eso hace que te vayas antes.

—No es necesario, sé hacérmela solito —repuso Calix tan furioso como el padre.

—Bien. Y, una última cosa, no se te ocurra volver suplicando cuando te quedes sin dinero y tengas que arrastrarte para conseguir un trabajo mil veces peor que todos los que has rechazado. No voy a mantenerte más.

—No te preocupes, cuando vuelva, si es que vuelvo, será para tirarte a la cara el dinero que me exiges ahora —escupió entrando en su habitación para luego dar un sonoro portazo.

Lo último que oyó esa noche antes de marcharse a casa de un amigo con su maleta fue a su madre llorando.

* * *

Calix se incorporó en la cama empapado en sudor y miró a su alrededor desorientado. ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba tan oscuro? No reconocía las ventanas sin cortinas ni la bombilla que colgaba del techo, tampoco la cama chirriante en la que acababa de despertarse ni los muebles deteriorados que lo rodeaban. Cerró los ojos y se concentró en respirar despacio mientras intentaba dejar atrás el pasado y regresar al presente. Cuando volvió a abrirlos reconoció la habitación en la que llevaba

durmiendo desde que había llegado a Madrid para buscar ese trabajo mejor, que resultó ser igual de malo o peor que los que había rechazado.

Se pasó las manos por el pelo. ¿Por qué había soñado con su padre? Más exactamente, con la última discusión que había tenido con él. Hacía meses que no pensaba en eso. Que no se atormentaba con eso.

Qué equivocado había estado. Qué necio orgulloso había sido. Qué difícil era su relación ahora. Qué imposible volver a casa.

Atravesó el pasillo en penumbra y dejó atrás el espartano salón invadido por las sombras. Eran las cinco de la tarde y en su piso ya habitaba la oscuridad. De hecho, el sol jamás entraba allí. Era lo malo de los pisos interiores, cuanto más bajos, menos luz, y él vivía en un primero. Entró en la cocina y sacó de la nevera la palmera de chocolate que había sisado del curro y la única manzana que le quedaba.

Había llegado al límite, no le quedaba dinero ni comida, pero su jefe le había asegurado que esa noche cobraría, lo que suponía un alivio, pues se negaba a escribir a su madre pidiéndole ayuda. Tal vez por eso había tenido esa pesadilla. Estaba agobiado por el dinero, y eso siempre lo llevaba a recordar la última discusión con su padre. Pero no tenía por qué angustiarse. Tenía trabajo y, aunque no era una maravilla, le daba para vivir. También para invitar al cine a una bella mujer, pensó sonriente al recordar la petición de Verónica de la tarde anterior. ¿Qué película quería ver? No lo recordaba. Le había pedido que la llevara al cine ese sábado, pero él había buscado una excusa para dejarlo para otro día. Lo avergonzaba decirle la verdad, y esto era que no tenía un euro. Así que la había convencido de posponerlo al domingo, y para compensarla por la espera habían pasado la tarde follando como salvajes. Igual que el jueves. Se excitó sólo de recordar todo lo que habían hecho.

Era perfecta. Guapa, con un cuerpo diez y una melena rubia increíble a los que sacaba mucho partido, pues sabía combinar elegancia y sensualidad al vestir. Era unos años mayor que él, debía de rondar los treinta y cinco, como Gala, algo que le encantaba, pues había descubierto que las mujeres de esa edad eran muy desinhibidas sexualmente, cosa que Verónica le había demostrado con creces. Era una folladora incansable. Siempre quería más, y él, por supuesto se lo daba. Además, sabía moverse y apretar la vagina de una manera que lo volvía loco.

Era una diosa del sexo. Y lo había elegido a él.

Se dejó caer en el sillón y, mientras se comía la manzana a bocados, pensó que quizá por fin había dado con la mujer que estaba buscando. Con ella podría tener una relación estable. En sólo tres días se había convertido en una buena amiga y, para qué negarlo, le gustaba estar con ella. Y creía que el sentimiento era recíproco.

Una imagen de Gala apareció en su cabeza, pero se apresuró a desestimarla. Ella no era adecuada para él. Él necesitaba alguien como Verónica, que se fijara en su físico y en su potencia sexual y no en su intelecto. Una mujer con la que no necesitara leer el periódico ni ver programas de debate en busca de temas con los que impresionarla. Una mujer inteligente, y Verónica lo era, que no buscara

conversaciones trascendentales, que se sintiera fascinada por su cuerpo y lo follara hasta dejarlo seco. Y eso a ella se le daba de maravilla.

Se acarició la polla por encima de los vaqueros y dio un último mordisco a la manzana mientras la oscuridad se cernía sobre él. La poca luz que entraba por las ventanas se había hecho más tenue conforme avanzaba la tarde, y ahora las sombras dominaban la estancia haciendo el salón aún más reducido y tenebroso.

Se levantó agobiado, había quedado con Verónica y, aunque aún faltaba una hora para la cita, supo que no podía soportar pasar ni un minuto más encerrado allí, así que salió de casa, subió al segundo y, esbozando una eufórica sonrisa, llamó al timbre.

No abrió nadie.

Esperó unos segundos y repitió la llamada con idéntico resultado. La sonrisa se borró de sus labios, aunque entendió que no estuviera. Había llegado demasiado pronto. Regresó a casa, aprovechó para recoger un poco, y a las seis y media volvió a subir. Seguía sin haber nadie. Regresó a su piso y la llamó por teléfono. No contestó. Se encogió de hombros, seguro de que le había surgido algo. Ya lo llamaría cuando regresara. Pero mientras tanto no podía quedarse encerrado allí. Se volvería loco.

Sopesó sus opciones. Irse de fiesta estaba descartado, así que se puso la ropa de correr y salió de casa feliz como una perdiz. Adoraba sentir el viento en la cara y el asfalto bajo los pies mientras dejaba vagar la mente, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Se paró el tiempo justo para mandar un whatsapp a Verónica diciéndole adónde iba a estar y pidiéndole que lo avisara cuando regresara y salió a la calle. Mientras calentaba los músculos se entretuvo observando a los niños de la plaza. Las amigas de Jimena estaban en el banco cercano a la capilla del Obispo lanzando miraditas a los chicos que estaban cerca del instituto, pero Jimena no estaba entre ellas. Recordó que le había comentado ilusionada que ese fin de semana iba con su padre. Por lo visto, el hombre había cambiado y ella tenía grandes planes para él, aunque no quiso contarle cuáles eran. Deseó de corazón que no se llevara un chasco, no le gustaría ver sufrir a su única amiga.

Como no podía ser de otra manera, de la hija pasó la madre. Gala seguía enfadada y era una pena, porque, aparte de ser guapísima, también era divertida y ocurrente. Y había perdido su amistad por ser un bocazas. Tenía que aprender a callarse y no meter la pata.

Se encogió de hombros y echó a correr, de nada servía lamentar lo que no podía ser.

Gala se maquilló los ojos y cogió dubitativa la barra de labios. Un beso con sabor a carmín era lo más antierótico que había. Y ella pretendía ser besada esa noche. En muchas ocasiones. Y a conciencia. Así que desestimó la idea y comenzó a vestirse.

Acababa de calzarse cuando sonó el timbre. ¿Quién podría ser? Todavía faltaba un rato para las ocho. ¿Tal vez sus amigas con algún consejo de última hora? Conociéndolas, no le extrañaría mucho. Se dirigió a la puerta y atisbó por la mirilla. Se llevó una sorpresa mayúscula al ver a Rodrigo en el rellano. Había dejado de lado sus trajes habituales y vestía pantalones oscuros y una cazadora de piel. Bajo ésta, un jersey granate de ochos y cuello de pico que dejaba ver su pálida garganta.

Estaba para mojar pan.

Se le hizo la boca agua y casi podía jurar que sus colmillos crecieron de las ganas que le entraron de darle un mordisquito en el cuello. Aunque, por supuesto, lo disimuló. No era plan de dejarle saber cuánto la afectaba.

—¿Qué haces aquí tan pronto? ¿No se suponía que era yo quien iba a buscarte a ti? —inquirió beligerante abriendo la puerta.

—¿Ah, sí? Qué despiste el mío, pensé que habíamos quedado aquí a menos cuarto —dijo Rodrigo con una mirada inocente tan falsa que había que ser muy cándido para creérsela—. Ya que estoy aquí, imagino que no serás tan cruel de hacerme regresar a casa...

Gala curvó los labios en una sonrisa torcida y se apartó, invitándolo a entrar.

—Eres un tramposo.

—No me has dejado otra opción —replicó él tendiéndole la botella de vino acicalada con un lazo rojo que llevaba en la mano.

—Qué galante —musitó Gala cogiendo el regalo.

—¿Tú crees? Tal vez sólo soy un canalla que pretende engatusarte para llevarte a la cama —sugirió tomándola por la cintura para atraerla hacia sí y besarla con tal delicadeza y fugacidad que la dejó con la miel en los labios.

—¿Tratas de enredarme con besos y caricias para que me olvide de cenar en el japonés? —inquirió ella con la respiración agitada cuando se separaron.

—Me has pillado. —Rodrigo bajó la cabeza contrito, aunque su mirada desafiante dejaba bien claro que no estaba en absoluto arrepentido.

Gala sonrió hechizada por su talante juguetón, luego fue al comedor a dejar la botella en la vinoteca y regresó con el abrigo colgando del brazo.

Rodrigo lo tomó sin dudarle, sosteniéndoselo para que se lo pusiera. Y ya de paso aprovechó para devorarla con la mirada. Vestía un ajustado vestido rosa palo de cuello cisne que le llegaba a medio muslo. Lo complementaba con unos altísimos zapatos de salón y una elegante cartera de mano. Se había recogido el pelo en un

moño desordenado del que escapaban finos mechones que le enmarcaban la cara. La única joya que llevaba eran unos sencillos pendientes de perlas. Y tampoco era que le hiciera falta más, porque ella era en sí misma una joya.

—Eres tan hermosa que duele mirarte —susurró abrazándola por la espalda para depositar un delicado beso en su nuca descubierta.

Gala se estremeció entre sus brazos e inclinó la cabeza, exponiendo el cuello para él. Rodrigo no desaprovechó la oportunidad. Deslizó la boca por la satinada piel femenina, atrapó el lóbulo de la oreja y lo succionó haciéndola jadear, sus manos deslizándose perezosas por el liso vientre hasta detenerse cautas bajo los erguidos pechos.

—Se agradece el esfuerzo, pero siento comunicarte que, por mucho que lo intentes, no vas a conseguir que me olvide de ir al japonés —susurró Gala tras tomar una bocanada de aire.

—Tenía que intentarlo.

—Espero que te esfuerces con igual ahínco cuando regresemos esta noche. —Se volvió entre sus brazos para darle un sutil beso en los labios.

—Eso no lo dudes —aceptó el reto Rodrigo, en sus ojos una promesa.

—Entonces, vámonos. Cuanto antes acabemos, antes regresaremos —propuso ella con mirada cómplice abriendo la puerta.

Atravesaron la plaza charlando de todo y de nada, y casi sin darse cuenta sus cuerpos fueron acortando distancias hasta que sus manos se entrelazaron.

—Llegados a este punto debo avisarte de que esta noche vas a tener que montar en metro sí o sí. Así que no protestes —le advirtió ella burlona al llegar a la estación de La Latina.

—Y ¿qué te hace pensar que no lo cojo con asiduidad? Más exactamente, cuatro veces al día. —Rodrigo arqueó una ceja tras la montura metálica de sus gafas.

Gala lo miró perpleja.

—¿Cuatro veces al día? Me estás tomando el pelo.

—¿Acaso es tan inconcebible? Te recuerdo que hace quince días nos encontramos en ese mismo medio.

—Cierto, pero no pensé que montarás tan a menudo —comentó suspicaz—. No consigo imaginarte en el metro rodeado de gente, con tu traje y tu maletín.

—En realidad, a las ocho de la tarde no voy rodeado de gente, sino aprisionado por una masa ingente de personas en distintos estados de pestilencia —reconoció indignado antes de fijar sus ojos violetas en ella—. ¿Qué me hace tan diferente de los demás como para que des por sentado que no hago algo tan normal como viajar en transporte público? —preguntó molesto, consciente de que la mayoría de la gente con la que se relacionaba pensaba igual que ella.

Gala lo miró dubitativa antes de decidirse por la sinceridad.

—Es tu actitud, la manera que tienes de moverte, de vestir, de hablar, de comportarte... Pareces demasiado estirado para hacer algo tan vulgar como mezclarte

con el resto de los mortales en el metro. Es como si estuvieras por encima de eso...

—Supongo que doy esa imagen —admitió bajando la escalera de la estación delante de ella, de acuerdo con las obsoletas normas de caballerosidad que seguía a rajatabla.

—Aunque, ahora que te conozco mejor, me doy cuenta de que no eres tan frío y rígido como te empeñas en aparentar. —Se colocó a su lado al entrar en el vestíbulo—. Pero, como no permites que nadie se acerque a ti, nadie llega a saber cómo eres en realidad.

—Y ¿cómo supones que soy? Ilústrame, te lo ruego.

—Responsable, atento, galante, comprensivo, juguetón...

—Nadie me ha acusado nunca de ser juguetón —la interrumpió sorprendido.

—Pues lo eres, y mucho. Te gusta jugar con las palabras, con los gestos, con las miradas, atraparme en tu juego de seducción y vencer mis defensas.

—Y ¿lo consigo?

Gala sonrió ladina antes de continuar hablando:

—Eres astuto y tienes mucho sentido del humor, aunque a veces es tan ácido que no es fácil captarlo. También eres muy protector y afectuoso, he visto cómo te comportas con Gadea, y no me extraña que te adore.

—Por lo que dices, infiero que soy un dechado de virtudes —afirmó muy serio entrando en el andén—. Es inexplicable que siga soltero a estas alturas de mi vida.

Gala lo miró divertida, consciente de que lo estaba haciendo sentir incómodo y de que él ocultaba esa incomodidad con su habitual humor cáustico.

—También eres desconfiado, muy reservado y, en ciertos aspectos, bastante tímido.

—¿Tímido? ¿No me estarás confundiendo con otro hombre?

Ella sonrió maliciosa para, acto seguido, empujarlo contra la pared, acorralándolo.

—Si crees que no me atreveré a besarte porque nos encontremos en un concurrido andén, estás muy equivocada —le avisó Rodrigo al intuir sus intenciones.

Gala negó a la vez que deslizaba los pulgares por el triángulo de piel que el jersey dejaba desnudo, los subió despacio por su cuello para luego acariciarle los pómulos y acabar deteniéndose sobre las patillas metálicas de las gafas.

—Déjame ver tus ojos —pidió.

Rodrigo la miró paralizado antes de volver la cabeza hacia la boca del túnel, de la que surgía una vibración grave y ronca.

—Ya llega el metro, deberíamos prepararnos. —La guió hacia las vías y Gala sonrió artera—. No pienses que no me he quitado las gafas por timidez —aseveró él, molesto por su gesto—. Ha sido el exceso de luz lo que me ha frenado.

—Por supuesto —aceptó mirándolo suspicaz. El andén estaba iluminado, sí, pero no con la luz intensa que él le había dicho que le hacía daño.

Rodrigo la miró incómodo, pero el fuerte ruido del metro entrando en la estación lo libró de responder. Montaron y, pocas estaciones después, se aparearon.

—El restaurante está cerca —dijo Gala al salir a la calle.

—¿Es el asiático que hay en la esquina con Caracas?

—¿Lo conoces?

—Paso por delante todos los días, aunque nunca he entrado. Mi camisería está ubicada en una de las calles paralelas —aclaró.

—Llévame.

Rodrigo la miró sorprendido antes de asentir encantado. Si había algo de lo que estaba orgulloso era de la Camisería Castro. Tenía la elegancia atemporal de las tiendas de principio de siglo y destilaba la clase y el buen gusto que su abuelo y su padre tanto se habían esforzado en crear. Y él se ocupaba de que todo siguiera igual. Frunció el ceño al darse cuenta de que esa afirmación era falsa. Por desgracia, algunas cosas habían cambiado, pero estaban ocultas y ella no tenía por qué verlas.

Enfiló la avenida, dejaron atrás el restaurante asiático y poco después entraron en una calle de edificios señoriales de altas ventanas y terrazas con balaustradas.

—¿Ésta es tu camisería? —Gala observó admirada la tienda.

La estrecha fachada, de madera noble y líneas estilizadas, estaba dividida en dos escaparates curvos entre los que se ubicaba una puerta doble con refinados cuarterones en arco tras los que se veía el oscuro interior.

—Permíteme —susurró Rodrigo sacando una cartera de llaves del bolsillo.

Subió la reja que cubría la entrada, abrió la puerta y se adentró con paso seguro en la oscuridad. Un instante después, las luces iluminaban un distinguido espacio en el que reinaban las maderas nobles, las líneas curvas y la calidez.

—Es como sumergirte en otra época —comentó Gala fascinada—. No puedo imaginar un lugar en el que armonices más.

—Teniendo en cuenta que la tienda está decorada al estilo Liberty de principios del siglo xx, no sé si tomarme eso como un cumplido o como un insulto —replicó Rodrigo con voz seca, aunque en sus ojos brillaba una felicidad y un orgullo imposibles de ignorar.

Gala lo miró socarrona, consciente de que estaba bromeando.

—Todo lo que veo aquí me recuerda a ti: elegancia, refinamiento, sobriedad, equilibrio, simetría..., suavidad —musitó alzando la vista a las lámparas que colgaban del altísimo techo. Su luz blanca y cálida creaba una atmósfera acogedora que resaltaba la elegante vitrina de la pared—. ¿Esas camisas las has hecho tú?

—Son muestras de mi trabajo. Ceremonia, clásica, informal... —Rodrigo señaló cada prenda y luego pasó a la zona en la que sólo se exhibían cuellos y puños—. Cuello italiano, americano, inglés, ópera, puño francés, doble abotonadura... —Se calló pensativo—. Me gustaría enseñarte algo.

Gala lo miró intrigada, de repente parecía mucho más joven e inseguro, casi como si lo ilusionara enseñarle un secreto pero a la vez temiera mostrárselo.

—Sea lo que sea, estoy deseando verlo.

Rodrigo la guió hasta el taller y sacó una funda de ropa de un viejo armario de metal, pero en lugar de enseñarle lo que contenía se quedó inmóvil.

—¿Esto es lo que querías enseñarme? —Gala puso una mano en su hombro.

—Es la primera camisa que creé —declaró sin atreverse a sacarla de la funda—. En realidad, no es gran cosa, la hice con catorce años y está llena de fallos.

—Me encantaría verla. Por favor.

—Como quieras, pero no esperes nada del otro mundo...

—Es magnífica —exclamó Gala observando la sencilla camisa blanca que él extendía en la mesa. Estaba almidonada y no tenía ninguna mancha que evidenciara el paso del tiempo—. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y dos. —Rodrigo fijó la vista en la prenda y chasqueó la lengua disgustado. No debería haberla sacado, estaba llena de imperfecciones—. Las palas del cuello no son simétricas, las iniciales bordadas no guardan el mismo tamaño y el canesú tiene algunos fallos —señaló cada bochornoso detalle—. Además, si te fijas en los ojales, el hilo no...

—Es perfecta —lo interrumpió Gala—. La hiciste siendo casi un niño, y estoy segura de que está mejor acabada que muchas de las camisas que compramos en las tiendas.

—Eso, por descontado. Las camisas industriales adolecen de una confección en cadena y sin atención a los detalles que provoca no pocos fallos, algunos tan evidentes que no sé cómo se atreven a venderlas —masculló indignado.

Gala sonrió consciente de que no bromeaba. Para él, una camisa mal acabada era una ofensa.

—¿Cómo has conseguido mantenerla impecable y sin amarillear todos estos años?

—De vez en cuando, la lavo y vuelvo a almidonarla —explicó acariciándola con cariño—. Lo hago con todas las camisas que hay en la tienda —se apresuró a decir al ver la sonrisa de Gala; no quería que creyera que se comportaba de manera especial con esa prenda—. No me gusta que mi trabajo se estropee por la desidia, menos aún si ésta proviene de mí.

—Por supuesto —aceptó burlona—. ¿Para quién la hiciste?

—Para mi padre. Y el pobre hombre tuvo la suficiente presencia de ánimo para usarla —respondió con voz ahogada, en su pecho un peso que le impedía hablar con normalidad—. Cuando la terminé y vi todos sus defectos, pensé que la guardaría en el rincón más recóndito del armario para no ver tamaño desastre. Pero él se la puso el mismo día que se la di. Y muchos otros más. La llevaba en eventos especiales como las Navidades y los cumpleaños. Sólo dejó de ponérsela cuando le hice otra nueva, y con menos fallos. Aunque lo cierto es que siguió usando ésta de vez en cuando, al menos hasta que engordó y no pudo abrochársela. —Sonrió nostálgico—. Decía que

era su posesión más valiosa, no por la maestría con la que estaba hecha, sino por lo que significaba.

—Y ¿qué significaba?

—Fue algo así como una declaración de intenciones. Era verano, había terminado la EGB y mis padres estaban empeñados en que siguiera estudiando y fuera a la universidad. Pero yo odiaba estudiar —en realidad, odiaba lo que sus compañeros le hacían sentir en clase, pero eso no iba a sacarlo a colación—, así que pasé el verano encerrado en este taller, practicando con retales hasta que me atreví a confeccionar una camisa. No dejé que nadie la viera hasta tenerla acabada..., y sólo se la di a mi padre para demostrarle que podía hacerlo.

—Y ¿él qué hizo?

—Se la puso, me mostró los fallos y dijo que era el mejor regalo que nadie le había hecho nunca.

—Debía de ser un hombre maravilloso...

—Lo era. También era muy severo y exigente. Pero me adoraba, y yo a él.

—Me habría encantado tener un padre así.

—¿Cómo era el tuyo?

—No lo sé. No lo conocí. Tampoco a mi madre. Me dejaron de bebé en la puerta de una iglesia y el Estado se hizo cargo de mí.

—Lo siento.

—Yo no, tuve una infancia feliz y, a tenor de cómo se libraron de mí, dudo que mis desapegados padres se hubieran preocupado de cuidarme si se hubieran quedado conmigo.

—No te falta razón.

—Por supuesto que no —convino ella con una sonrisa que no le iluminó los ojos—. ¿En qué estás trabajando ahora? —inquirió, más por cambiar de tema que por verdadera curiosidad.

—En nada interesante. —Rodrigo apretó los labios en un rictus furioso que despertó la curiosidad de Gala.

—Me apuesto la cabeza a que sí es muy interesante —rebató maliciosa—. Enséñamelo.

—¿A qué hora tenemos la reserva en el restaurante? Deberíamos irnos, no querría llegar tarde.

—¿En serio? Fíjate que, no sé por qué, pensaba que estarías encantado de perderla y no verte obligado a comer pescado crudo —replicó burlona—. ¿Qué clase de camisa estás haciendo para que te dé reparo enseñármela? ¿Una con bolsillos ocultos para pasar droga o algo así? ¿O lo que ocurre es que te está quedando tan mal que te avergüenza enseñármela?

Rodrigo la miró con gesto adusto y abrió un cajón del que sacó varias telas enrolladas cual pergaminos y envueltas en papel de seda. Abrió el primer atado, que era el único que contenía un tejido digno de ser mostrado, apartó los pliegos de papel

que lo protegían y extendió los cortes sobre la mesa, uniéndolos con pericia hasta formar el mapa de una camisa.

—Sólo te falta coserla —murmuró Gala observando fascinada la prenda. Nunca se había parado a pensar en todas las piezas que requería una camisa.

—Antes debo preparar las tapetas, luego sólo sería ensamblarla y almidonarla.

—¿Y esto? —Gala señaló otro atado de telas, éstas más consistentes y rígidas.

—Los cuellos preparados para insertar las ballenas. Y éstos son los puños y los delanteros preparados para ojalar, y los bolsillos, en los que se bordarán las iniciales. —Señaló el hato que había preparado para Amalia—. Y, por último, los cortes listos para ser aparejados: mangas, canesús, delanteros, sardinetas, espalda... —Tocó cada atado mientras daba gracias en silencio porque el papel usado para envolver las telas camuflara los estampados.

—Madre mía, ¿cuántas piezas son necesarias para hacer una camisa?

—Diecisiete, aunque pueden ser más, dependiendo del diseño y los detalles requeridos por el cliente. Ésta sería de dieciocho —señaló la que estaba extendida sobre la mesa—, y ésa de veintiuna —indicó con evidente rencor el atado que quedaba en el cajón.

Y, claro, ante tal mirada de desprecio, Gala no pudo resistirse a sacarla para ver qué era lo que tanto lo disgustaba.

—¿Por qué tiene más piezas? —Deshizo el lazo que contenía los distintos rollos.

—Porque el cliente quiere dos bolsillos con su correspondiente tapeta. —Rodrigo miró desdichado cómo extendía la tela de rayas verdes sobre la mesa.

—Y ¿qué hay de malo en eso? —Gala observó con ojo crítico la camisa, pero no vio nada raro en ella.

—Que ha elegido un estampado *sport*, tapeta oculta de ceremonia y dos bolsillos de... mono de trabajo —masculló indignado—. Es una aberración. Hace daño a la vista y todavía no está acabada. —La envolvió de nuevo para no verla—. No quiero ni pensar en lo que parecerá con ella puesta, aunque tampoco es que tenga muchas dudas: un payaso.

Gala parpadeó pasmada ante su repentina furia.

—Así, sin montar, no parece tan horrorosa...

—Pues lo es. Aunque tampoco es que me sorprenda. Mis nuevos clientes adolecen de una molesta tendencia a la extravagancia —gruñó disgustado mientras guardaba los cortes en el cajón—. No es que me haga especial ilusión, pero ¿no crees que deberíamos ir al restaurante?

—He reservado mesa a las diez, así que no hay prisa —informó Gala interponiéndose entre él y la mesa—. ¿A qué te refieres con extravagantes?

Rodrigo hundió las manos en los bolsillos y desvió la mirada hacia la puerta, los labios apretados en una mueca de frustración.

—No pienso moverme de aquí hasta que me lo expliques —insistió ella sentándose en la mesa. El cortísimo vestido se hizo aún más corto cuando cruzó una

pierna sobre la otra. El zapato resbaló de su pie, balanceándose sobre la punta de los dedos en un erótico vaivén imposible de ignorar.

—¿Tratas de hacerme perder la cabeza para conseguir que hable?

—¿Lo estoy consiguiendo? —Gala descruzó las piernas para volver a cruzarlas al más puro estilo *Instinto básico*.

—Sí —respondió Rodrigo con voz ronca. Se acercó a ella y le separó los muslos posicionándose entre ellos. Después bajó la cabeza para besarla.

Gala apartó la cara.

—No voy a besarte hasta que me digas por qué estás tan disgustado con tus nuevos clientes.

—¿Estás chantajeándome?

—Te estoy haciendo una promesa. Y yo siempre las cumplo.

Rodrigo enarcó una ceja molesto, aunque poco a poco sus labios se curvaron en una sonrisa. Le gustaba su carácter sincero y decidido, era lo que le había hecho fijarse en ella. En realidad, era lo que había acabado por enamorarlo. Con ella no había riesgo de mentiras, medias verdades o secretos. Era tal como se mostraba, sin trampas ni engaños. Y eso lo subyugaba.

¿Qué menos que intentar ser tan sincero como ella lo era?

Se apartó remiso y, tras dudar un instante, tomó uno de los atados que acababa de guardar y lo extendió sobre la mesa. Después hizo lo mismo con los demás.

Gala observó intrigada cómo la cara de Rodrigo se iba convirtiendo en una máscara de frialdad y aplomo, y desvió la mirada a las telas expuestas. No vio nada en ellas que fuera tan ofensivo. Eran alegres, vistosas y originales.

—Paraguas negros sobre fondo rosa, fresas rojas sobre fondo azul, lagartos blancos sobre fondo verde, coches azules sobre fondo blanco... —Rodrigo tocó cada estampado según lo nombraba—. ¿Has visto alguna vez telas más espeluznantes? Es un atentado al buen gusto.

—Son llamativas, pero tampoco es para tanto —contestó ella turbada por su enfado.

—¿Llamativas? Pero ¿las has visto bien? —gimió disgustado a la vez que cogía un canesú con las puntitas de los dedos, como si le diera asco tocarlo—. Es grotesco. Y lo que es peor, es una vergüenza para el buen nombre de la Camisería Castro. Durante años esta tienda ha sido adalid de la elegancia y el buen gusto, y todo para acabar haciendo camisas horteras a burdos rumanos, chatarreros arribistas y gorilas ramplones manejados por una choni mafiosa con mucho dinero y poco gusto. ¡En esto ha quedado el trabajo de toda la vida de mi abuelo y mi padre! —exclamó tirando asqueado la tela.

—Ya veo que no son santo de tu devoción —dijo Gala molesta por la manera en que se había referido a sus clientes—. Lo que no entiendo es por qué has aceptado los encargos si tanto te disgustan.

Rodrigo abrió las manos sobre la mesa y bajó la cabeza evitando su mirada.

—Porque no he tenido otra opción —respondió en voz tan baja que era casi inaudible—. Los últimos años no han sido fáciles, y no estoy en posición de elegir los trabajos o los clientes.

Gala lo miró pasmada. ¿Acaso pensaba que el resto de España lo estaba pasando bien con la crisis? ¿Que sobraba el trabajo?

—Y eso te molesta porque eres un estirado que no soporta atender a... ¿cómo los has llamado?, burdos rumanos, chatarreros arribistas, gorilas ramplones y chonis mafiosas.

—No soy ningún estirado —rebatía Rodrigo furioso.

—Por supuesto que lo eres. Piénsalo bien, ¿qué es lo que te fastidia? ¿Que las camisas no se adapten a tu gusto o que las lleve gente que no tiene nada que ver con los clientes de clase alta a los que estás acostumbrado?

—No sabes lo que dices —le espetó Rodrigo enfadado—. La Camisería Castro jamás ha ofrecido sus servicios a una determinada clase social. Nunca. Mi abuelo, mi padre y yo mismo hemos atendido a banqueros, oficinistas, maestros, médicos, ejecutivos, electricistas... Cualquiera que quisiera una camisa hecha a medida bajo los cánones más tradicionales y exigentes acudía aquí, y todos eran tratados con el mismo talante y disposición, sin importar sus orígenes o su estatus social. Y no voy a permitir que me acuses de lo contrario.

—Y, sin embargo, no pareces muy contento con tus nuevos clientes.

—¡Porque no me gustan! —estalló—. Pero no por su oficio, sino por sus modales. O, mejor dicho, por su falta de éstos. No respetan mi horario ni mis plazos de entrega, me exigen cerrar más tarde o abrir antes y que entregue las camisas en plazos imposibles. Y yo lo acepto. Pero lo que no soporto es que entren fumando, que no dejen los paraguas en el paragüero, que se refieran a las telas como «marrón diarrea» o «naranja radiactivo», que no se dejen aconsejar, que desprecien mi criterio y que no empleen conmigo la misma cortesía que yo les dedico. No soy su colega, ni su jefe, ni su empleado. Soy su camisero y merezco un respeto —afirmó con gesto severo—. Y, atendiendo a tu primera pregunta, no me molesta que las camisas no sean de mi gusto, siempre he pensado que para gustos, los colores. Lo que me saca de quicio es saber que con mi trabajo estoy destrozando la reputación de calidad, tradición y distinción que mi abuelo, mi padre y yo llevamos toda la vida cultivando.

—Siento haberte juzgado mal —se disculpó Gala consciente de que había sacado conclusiones equivocadas—. Pero lo que no comprendo es por qué crees que estás tirando la reputación de la tienda a la basura.

—¿No es obvio? Sólo tienes que fijarte. —Señaló la mesa desdeñoso—. Los estampados son horribles, las iniciales demasiado ostentosas, amén de que combinan sin criterio detalles *sport* con ceremonia y clásicos.

—Pero nada de eso depende de ti, sino de tus clientes —repuso desafiante. Él la miró confundido, sin saber adónde quería llegar—. Tu trabajo es hacer las camisas, y eso lo haces con la misma dedicación, cuidado y calidad de siempre, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces, si la elaboración es la misma, ¿por qué iba a resentirse tu reputación? ¿Las telas son peores, tal vez?

—Son horribles.

—Para ti, a mí me parecen originales y atrevidas.

—Una camisa no debe ser atrevida, sino elegante, funcional y favorecedora.

—Está bien —claudicó divertida al verlo tan alterado—, infiero, pues, que es la mala calidad de las telas lo que hace que tu reputación se resienta...

—En absoluto —refutó Rodrigo ofendido—. Su calidad es excelente, todos los tejidos que hay en mi tienda, incluidos éstos, provienen de los fabricantes más reputados. No admito nada que no se ajuste a los estrictos estándares que siempre ha exigido la Camisería Castro.

—Entonces, si ese fabricante hace estos estampados, quizá signifique que no son tan horribles, ¿no? Porque, si lo fueran, ¿no se resentiría también su reputación?

Rodrigo abrió la boca para replicar, pero la cerró antes de decir nada. Inclino la cabeza y miró con atención a la mujer que acababa de darle una razón de peso para repensar su actitud con respecto a las telas que tanto lo repelían.

—Se está haciendo tarde para ir a cenar —dijo al cabo de unos segundos.

Gala estalló en una sonora carcajada.

—Acabo de descubrir una faceta más de tu personalidad —repuso con mirada pícaro bajando de la mesa—. No te gusta dar tu brazo a torcer y te revienta no llevar la razón.

Rodrigo enarcó una ceja y, antes de que ella se diera cuenta de sus intenciones, le envolvió la cintura acercándola a él.

—Y a ti te encanta decir siempre la última palabra —la acusó para luego besarla, impidiéndole seguir hablando.

La pasión se desató incombustible, amenazándolos con hacerles perder la razón, por lo que se obligaron a separarse y a salir del taller antes de que el asunto fuera a mayores.

Rodrigo acababa de apagar las luces y estaba a punto de abrir la puerta de la calle cuando Gala lo empujó contra ésta, besándolo de tal manera que volvió a dejarlo sin aliento. Pues a ella, además de decir la última palabra, también le gustaba dar el último beso.

Lo mismo que a él.

A punto estuvieron de llegar tarde al restaurante y perder la reserva.

Calix calculó la distancia que le quedaba hasta la muralla árabe. Estaba a punto de entrar en la última curva de la Cuesta de la Vega, lo que significaba que no tardaría en llegar a su destino. Apretó los dientes y enfiló el último tramo. Al llegar al parque del Emir Mohamed I se encontró ante la disyuntiva de continuar subiendo para ver la muralla desde la calle Mayor o adentrarse en el parque y dejar de correr. Se decantó por la segunda opción. O, mejor dicho, fueron sus piernas agotadas las que decidieron. Convirtió la carrera en un rápido paso que fue ralentizando hasta detenerse frente a las ruinas de la torre de Narigües. Se acercó a un banco y se dejó llevar por la música clásica que salía de sus cascos mientras estiraba para acabar.

Cuando era un adolescente había descubierto que adoraba correr, y que hacerlo con música clásica lo ayudaba a aislarse y pensar. Y, puesto que pensar era algo que no se le daba muy bien, se había acostumbrado a meditar sobre los asuntos importantes mientras corría. Era entretenido, ejercitaba el cuerpo y lo ayudaba a concentrarse para resolver sus dudas y afrontar sus problemas. Y esa tarde todos los pensamientos que tenía en la cabeza giraban alrededor de Verónica. Aún no le había respondido al whatsapp, y comenzaba a preocuparse. Puede que la conociera desde hacía poco, pero lo atraía de una manera que no había sentido antes con ninguna mujer, excepto con Gala, y no quería ni pensar que le hubiese pasado algo. Sintió una extraña opresión en el pecho ante ese pensamiento y, sin reprimirse más, sacó el teléfono para llamarla.

Estaba a punto de marcar cuando oyó el silbido que lo avisaba de que había recibido un whatsapp. Lo abrió con rapidez y sus labios se curvaron en una amplia sonrisa mientras leía las tres palabras que componían el mensaje: «Estoy en casa».

«¡Estupendo! ¡Te echo mucho de menos! ¡Voy a verte, espérame desnuda!» fue la entusiasmada respuesta de él. Y un simple «Ahora te veo» la contestación de ella. Esperó por si escribía algo más y, como no fue así, acabó los estiramientos con más rapidez de la debida y regresó a casa. Acortó por el pasaje que había bajo los arcos del viaducto y al cabo de seis minutos entraba en el portal. Subió presuroso a su piso para ducharse y cambiarse de ropa; no era cuestión de asustar a su chica con su tufo a sudor. Eran casi las nueve, lo que significaba que le quedaba una hora para irse a trabajar. Frunció el ceño disgustado, los polvos rápidos no eran santo de su devoción, menos aún con Verónica. Follar con ella menos de una hora era un verdadero desperdicio, pero a falta de pan buenas eran tortas.

Se duchó con rapidez y se puso los vaqueros, aunque dejó el botón superior sin abrochar para que fuera evidente la falta de ropa interior. A ella le gustaban esos detalles y a él le gustaba complacerla. Se puso una camisa entallada que se le pegaba al cuerpo como si fuera una segunda piel. Estuvo tentado de dejar abiertos los

botones y subir a casa de Verónica a pecho descubierto, pero tras observar con atención al Estirado había descubierto que resultaba mucho más sugerente y elegante dejar abiertos sólo los dos primeros. Escogió un reloj poco aparatoso —el Estirado tampoco hacía ostentación de relojes— y un cordón de cuero que se ceñía a su cuello del que colgaba una punta de flecha, luego se calzó las botas moteras, agarró la chaqueta de cuero que no abrigaba mucho pero le quedaba de maravilla y fue a la puerta. Antes de salir revisó su aspecto en el espejo. Demasiado serio. Hundió los dedos en su melena y la sacudió para darle una apariencia alborotada y sensual tras el rápido alisado con el secador que se había hecho.

Subió la escalera de dos en dos con una ilusionada sonrisa en los labios; no iba a estar con Verónica todo el tiempo que le gustaría, pero menos era nada. Frunció el ceño al pensar que si ella hubiera estado en casa a la hora acordada llevarían juntos varias horas y habrían echado varios polvos. ¿Qué la habría entretenido tanto? Nada le gustaría más que saberlo, pero no pensaba preguntar. Las mujeres eran muy complicadas, cualquier comentario inocente podía cabrearlas, y eso era lo último que deseaba. Ya tenía bastante con una mujer enfadada, pensó recordando a Gala.

Verónica tenía todas las papeletas para convertirse en una mujer importante en su vida y no quería fastidiarla. Además, tenían el tiempo justo para echar un polvo, no era cuestión de perderlo hablando. Sintió que su pene se endurecía. No sabía cómo lo lograba, pero lo volvía loco cuando follaban. Hacía unos movimientos a la vez que le apretaba la polla con la vagina que lo dejaban sin respiración, sin raciocinio y hasta sin voluntad. Si no hubiera sido porque Verónica no era una droga, habría pensado que se estaba convirtiendo en un adicto a ella.

Se plantó delante de su puerta y llamó impaciente. Y, mientras esperaba a que abriera, se colocó el pantalón para que quedara ajustado a sus caderas. También arrugó el bajo de la camisa para mostrar una fina línea de su vientre y volvió a pasarse los dedos por el pelo.

¿Por qué tardaba tanto? ¿No estaba tan deseosa de verlo como él a ella?

Cuando, tras lo que le parecieron unos minutos interminables, oyó por fin la llave girar, suspiró aliviado. Aunque se quedó pasmado al verla. No estaba desnuda como le había pedido. De hecho, llevaba un amorfo pijama gris nada sensual. Sin embargo, eso no significaba que no estuviera guapa, por supuesto.

—Te has tomado tu tiempo en llegar —lo acusó Verónica mirándolo desdeñosa.

—Lo siento, estaba en el parque del Emir cuando me has llamado, y entre que he llegado a casa y me he duchado...

—No te molestes en buscar excusas, no me interesa oírlas. Para mí sólo cuentan los hechos, y el hecho es que me has hecho esperar veinte minutos. Y ahora pretendes, ¿qué? ¿Que te deje follarme? ¿Por eso te has vestido como si fueras un chulo de putas? Pues vas listo. Soy mucho más que un coño. Tengo sentimientos y los has herido. —Se metió en casa dándole la espalda.

—Lo siento, de verdad. Estaba en el parque del...

—Eso ya lo has dicho —lo interrumpió—. Sabías que iba a llamarte en cuanto llegara, ¿por qué no te has quedado cerca?

—No sabía que ibas a llamar —protestó él siguiéndola por el pasillo.

—¿Cómo que no?! Me mandaste un whatsapp pidiéndome que te avisara de mi regreso.

—Pero no me contestaste...

—¿Y qué? Sabes que siempre atiendo tus peticiones —replicó dolida—. ¿Cuándo te he negado algo que me hayas pedido? —Le plantó la mano en el paquete dejándole bien claro a qué se refería—. Pero, claro, si espero de ti algo más complicado que el sexo, como por ejemplo que confíes en mí aunque no te responda al teléfono, entonces te surge la duda de si seré de fiar y desapareces.

—No he desaparecido... He ido a correr.

—Y ¿tienes que irte al quinto pino a correr? —lo acusó dando un sentido suspiro.

—El parque del Emir está aquí al lado...

—Y como está tan cerca, has tardado más de media hora en llegar —repuso ahogando un sollozo—. Te he esperado desnuda como me has pedido. Impaciente por verte, por tocarte, por besarte, por follarte..., y me he quedado aterida esperándote.

—No ha sido media hora, sino veinte minutos —acertó a decir él, incapaz de defenderse ante el disgusto que ella mostraba.

—Me has hecho daño —afirmó dolida—. Creía que yo te importaba, pero ya veo que no.

—Claro que me importas. Muchísimo. Te he echado tanto de menos que me estaba volviendo loco en casa —gimió abatido al ver sus ojos brillar con lágrimas no derramadas. Ni en sus sueños más románticos se había atrevido a soñar que ella se sentiría tan cautivada con él como él por ella—. Lo siento, de verdad, no pensé que fuera a tardar tanto, pero no quería subir apestando a sudor y vestido de corredor.

—Querías ponerte guapo para mí. —Lo miró entre sus pestañas húmedas.

—Sí.

—Eres tan superficial... —Le acarició melosa la cara—. Pero ése es uno de tus encantos, poco cerebro y mucha belleza —declaró alzándose de puntillas para besarlo.

Escurió una mano bajo sus vaqueros y le agarró lasciva la dormida polla. Ésta no tardó en despertar eufórica. Le masajeó el capullo mientras acariciaba el frenillo con el pulgar y le metía la lengua en la boca para atacar la de él con roces bruscos. Subió la mano libre por la camisa, tiró hasta que los botones saltaron y atrapó entre los dedos una tetilla inhiesta. Lo pellizcó con suavidad, provocándole un espasmo de placer. Sonrió complacida y recrudenció su ataque, apretando la mano con que le amasaba la verga a la vez que retorció la tetilla.

Calix no pudo evitar gemir contra la lengua que invadía su boca mientras sus caderas se mecían espasmódicas, tan excitado que apenas podía pensar.

Verónica lo empujó contra la pared, le bajó los vaqueros hasta medio muslo y le rodeó con los dedos la base del pene, encerrándolo en un ceñido anillo que le impedía correrse mientras lo masturbaba con la otra mano en un movimiento ascendente que lo hizo temblar.

—Por favor, deja que me corra —suplicó jadeante Calix, consciente de que hasta que esas palabras salieran de su boca ella no le permitiría acabar.

—¿Estás cachondo?

—Joder, sí.

—No seas malhablado —lo regañó dándole un doloroso mordisco en la tetilla.

—Lo siento. Sí, estoy cachondo. Por favor, deja que me corra —volvió a suplicar moviendo las caderas para liberarse de la tenaza creada por sus dedos.

Ella aumentó el masaje a su polla, y cuando la sintió engrosarse y palpar, se apartó.

—¿No sientes curiosidad por saber el motivo de mi retraso esta tarde? —le preguntó dándole la espalda para entrar en el comedor.

Calix la miró desesperado, su polla bamboleándose en el aire y el glande brillante por las gotas de semen previas a la eyaculación. Se la agarró delirante, dispuesto a acabar él mismo el trabajo.

—¿Vas a terminar sin ni siquiera haberte molestado en tocarme? ¿En serio eres tan egoísta? —le llegó la voz irritada de Verónica desde el comedor.

Calix echó la cabeza atrás y cerró los ojos desesperado mientras apartaba la mano de su verga. Apelando a toda su fuerza de voluntad, se subió los vaqueros y fue tras ella, los testículos estallando en dardos de dolor a cada paso. La encontró sentada en el sillón, las piernas separadas en la postura que solía adoptar cuando quería que le comiera el coño, pero en esa ocasión estaba vestida en lugar de desnuda. Aunque tampoco era que eso importara mucho. Se arrodilló frente a ella y deslizó una mano sobre su muslo, decidido a volverla tan loca de placer como ella lo había vuelto a él. Pasó el pulgar por la entrepierna, notando la tela húmeda y caliente. La acarició despacio hasta que la sintió estremecerse y luego subió a la cinturilla del pantalón, decidido a quitárselo, hacerle un rápido cunnilingus y follársela.

—¿No quieres saber por qué he llegado tarde? —reiteró ella apartándolo de un empujón.

Calix, sentado en el suelo sobre sus talones, la miró confundido.

—¿Tan poco te importo que te da igual el motivo? —inquirió Verónica, sus labios temblando en un sollozo contenido.

—Claro que me importas, muchísimo. Pero no me parecía oportuno preguntarte sobre lo que haces o dejas de hacer.

—Eres tan encantador... —Se inclinó para darle un cariñoso beso en los labios como premio por sus palabras—. He estado en el cine —anunció desafiante.

Él la miró perplejo.

—Pensaba que íbamos a ir juntos mañana.

—Pero yo no quería ir mañana, sino hoy. Y, como no has querido acompañarme, no me ha quedado otro remedio que irme sola —lo culpó.

—No es que no quisiera, es que no podía. Hoy trabajo —replicó Calix usando la excusa que le había dado el viernes.

—Trabajas por la noche, pero no por la tarde, y como has podido comprobar nos daba tiempo de ver la película y regresar antes de que tuvieras que irte —lo acusó enfadada.

—Sí, bueno, pero... yo pensaba invitarte el domingo a cenar en algún sitio chulo y luego ir a la sesión de noche y, al salir, tomar algunas copas antes de regresar a casa y...

—Acabar follando como leones —terminó ella la frase dirigiéndole una mirada irritada—. Y no te has parado a pensar que yo el lunes trabajo y que, ¿quién sabe?, tal vez no me apetecería estar por ahí hasta las tantas para llegar a casa a las mil y tener que perder horas de sueño follando contigo —le reprochó—. Habría sido mucho mejor si me hubieras invitado hoy a comer y luego a la sesión de tarde.

Calix boqueó sin saber qué decir, porque, joder, ella tenía razón. Al montar su excusa no había tenido en cuenta esa posibilidad.

—Pero, claro, cómo voy a esperar que pensaras en eso. Lo tuyo no es pensar, sino actuar. Pobre, no te da el cerebro para más —musitó dejándose caer al suelo para ponerse a la altura de él—. Debería enfadarme contigo por ser tan obtuso, pero no es culpa tuya, sino de la genética, que te jugó una mala pasada. Te dio un cuerpo perfecto, una polla grandiosa —le metió la mano en los pantalones—, unos ojos preciosos y un cerebro de mosquito...

—Tampoco exageres —masculló Calix molesto. ¡No tenía un cerebro de mosquito! Sólo era un poco lento para según qué cosas.

—¿Crees que exagero? Puede que tengas razón, tampoco tienes el rabo tan grande —dijo burlona, soltándose. Se tumbó en el suelo con las piernas muy separadas y coló las manos bajo su holgado pijama. Una subió a sus pechos, mientras que la otra bajó a su sexo—. Pero sí tienes una lengua muy ágil... Tal vez si la usaras me sentiría más predispuesta a olvidar las putadas que me has hecho hoy.

—¿Qué putadas? —jadeó Calix mientras observaba cómo ella se acariciaba, su pene de nuevo duro como una piedra y el molesto dolor de sus testículos aumentando con su excitación.

—No llevarme al cine... Llegar tarde... Ser un egoísta y pensar en ti en vez de en mí... Decepcionarme... Y hacerme esperar otra vez. —Se levantó—. Lárgate, me aburres.

Él se incorporó como un resorte, la atrapó entre sus brazos y la tumbó de nuevo. Un instante después, le arrancaba la ropa y hundía la cara entre sus piernas, demostrándole lo ágil que podía llegar a ser su lengua.

Se lo comió con frenesí, poniendo todo su empeño en complacerla y llevarla al éxtasis. Le metió dos dedos a la vez que atrapaba los labios vaginales entre los

dientes y daba pequeños tirones que luego calmaba con húmedas caricias. Esperó hasta que empezó a retorcerse de placer bajo él y trepó por su cuerpo dispuesto a penetrarla y terminar follando como leones, tal como ella había augurado. Se bajó los pantalones hasta medio muslo y, agarrándose la polla, la frotó contra la vulva buscando la entrada al paraíso.

—Quiero acabar en tu boca —le exigió ella tirándole del pelo antes de que la penetrara.

Calix miró nervioso el reloj. Era muy tarde, pero si ella se corría rápido le daría tiempo a metérsela y dar unas cuantas embestidas. Y estaba tan excitado que dudaba que fuera a necesitar muchas para eyacular.

Resbaló de nuevo por su cuerpo y, poco dispuesto a perder el tiempo en naderías, se dedicó de lleno al clítoris. Movié con rapidez la lengua sobre la punta y después lo chupó a conciencia. Ella se estremeció sin control. Y él aprovechó para meterle dos dedos. La folló con ellos sin dejar de atormentar su clítoris. Tan pronto lo succionaba como lo azotaba con la lengua en una flagelación erótica que consiguió que le agarrara el pelo para pegarle la cara a su sexo mientras levantaba las caderas al borde del orgasmo.

—Mete otro más, joder —le exigió con voz ronca y el cuerpo tan tenso que parecía a punto de romperse.

Calix obedeció. Le metió un tercer dedo y comenzó a bombear con fuerza hasta que su pasión le anegó la boca y su grito de placer retumbó en sus oídos.

La besó en el pubis y ascendió por su cuerpo, su polla tan dura que el dolor de sus pelotas se había convertido en tormento.

Estaba a punto de metérsela cuando Verónica lo paró de nuevo.

—Se te ha olvidado el condón...

—Joder.

Sacó la cartera del bolsillo con dedos temblorosos, buscó un preservativo y lo colocó nervioso sobre la punta del pene. Tan alterado estaba que le costó desenrollarlo. Cuando lo consiguió, la contempló hambriento.

Ella lo miraba lasciva mientras se masajeaba los pechos y el clítoris.

¡Esa mujer era insaciable! ¡Y podía ser suya! Sintió que se excitaba aún más al oírla gemir y, sin esperar un segundo más, se puso sobre ella y la penetró de un enérgico empujón. Un aullido de agónico placer escapó de sus labios al sentir cómo comprimía las paredes vaginales, constriñéndolo. Apretó el culo para contener el inminente orgasmo, pero nada pudo frenarlo, y un instante después daba una última embestida y eyaculaba.

Ella continuó masajeándole la polla, exprimiéndolo hasta dejarlo ahíto de placer.

—Qué poco has aguantado hoy —protestó empujándolo para que se quitara de encima—. Ni siquiera me has dado tiempo a acabar —le reprochó.

—Lo siento. Me has puesto tan cardíaco que no he podido contenerme. Ha sido brutal —jadeó sin aliento quitándose el condón, y la miró con verdadera adoración.

Acababa de llevarla al orgasmo y seguía queriendo más. ¡Era una fiera!

—¿Lo sientes? Sentirlo no vale de nada —murmuró Verónica con voz ronca caminando con los dedos sobre su pecho—. Quiero que me compenses.

Lo besó en la boca, hundiéndole la lengua para enredarse en salvaje lid con la de él. Montó sobre su vientre y se frotó contra el flácido pene, despertándolo de nuevo. No pasó mucho rato antes de que volviera a estar listo para la acción.

El sonido de un disparo los sobresaltó, haciendo que se separaran.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Verónica mirándolo con estupor.

—Mi alarma —murmuró Calix cerrando los ojos consternado—. Tengo que irme.

—¿¡Ahora!?! No se te ocurrirá...

—Mi turno empieza dentro de media hora, no puedo quedarme —gimió contrito. Bastante tenía con soportar cada día el horrible carácter de su jefe, como para llegar tarde y darle motivos para que centrara toda su mala leche en él.

—¿Vas a dejarme a medias?

—Mañana te compensaré, lo prometo.

—Mañana es muy tarde.

—Sólo serán ocho horas —bromeó encantado de verla tan impaciente.

Ella estrechó los ojos pensativa.

—¿A qué hora sales de trabajar?

—Sobre las seis y media.

—Y ¿cuánto tardas en llegar aquí?

—No más de media hora. Trabajo muy cerca.

—A las siete estaré despierta y asomada a la ventana, esperándote. O, mejor dicho, esperándoos —dijo burlona mientras le daba un lascivo apretón en la polla—. No te retrases.

Calix la miró divertido a la vez que negaba con la cabeza. ¿Quería esperarlo despierta como si fuera una recién casada esperando a su marido? Cientos de mariposas hicieron vuelos rasantes en su estómago al pensar en lo maravillosa que era. Dudaba que madrugara para verlo, pero sólo con decirlo lo enternecía. ¿Cómo era posible que esa mujer tan ardiente, bella y asombrosa estuviera con él? No había hecho nada para merecerla y, sin embargo, allí estaba, a su lado, acariciándolo. Intentó darle un beso, pero Verónica apartó la cara.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquirió ella enarcando una ceja.

—Nada...

—Dímelo —le exigió deslizando la mano hasta sus testículos para apretárselos con fuerza.

—Ay, ten cuidado —se quejó sujetándole la muñeca para que lo soltara, pero ella no cejó en su empeño—. Está bien, sonrío porque me resulta entrañable tu decisión de esperarme.

—Y ¿por qué negabas con la cabeza?

Vaya, por lo visto Verónica se fijaba en todo y no dejaba pasar nada.

—Porque veo complicado que te despiertes de madrugada un domingo para verme llegar —se sinceró.

Ella lo soltó, sus ojos convertidos en hielo y sus labios apretados con rabia.

—¿Es ésa la credibilidad que das a mi palabra? —lo acusó—. Creía que te había dejado claro que cuando yo digo una cosa la cumplo.

—Sí, claro. Pero hablamos de un domingo a las siete de la mañana —reiteró sonriente.

—Y no confías en que me despierte por ti —murmuró dolida—. Al fin y al cabo, ¿qué soy? Sólo un polvo de una noche para ti.

—¡No! No digas eso. Eres importante para mí.

—Y, no obstante, no me crees.

—Sí te creo, pero..., no sé, no me he tomado en serio lo que has dicho, lo siento —musitó pasmado porque se lo tomara tan a pecho. No era para tanto.

—Me duele que no me tomes en serio, porque significa que desconfías de mí.

—No volverá a suceder, te lo prometo.

—Eso espero —masculló ella levantándose del suelo—. Vete, llegarás tarde al trabajo.

Calix recompuso su ropa y se marchó abatido, consciente de que había vuelto a cagarla.

—¿Ves cómo el *sushi* no es tan desagradable? —le dijo Gala mientras subían la escalera.

Al final habían llegado a tiempo al restaurante y Rodrigo, a pesar de sus protestas iniciales, había consentido en comer *sushi*. Y aunque no se había pronunciado sobre lo que le parecía, se había comido todo su plato sin rechistar y con evidente placer.

—Lo habría preferido un poco más cocinado —apuntó él pendiente de Gala. Subir la escalera a ese ritmo y con esos altísimos tacones era una arriesgada acrobacia.

¿A qué venían tantas prisas? Aunque, para ser sincero consigo mismo, debía reconocer que tenía tanta prisa o más que ella. La cena había sido una tortura, y no por los platos, que eran exquisitos, aunque jamás lo reconocería en voz alta, sino por el talante travieso de ella. La tortura había empezado con los rollos de arroz, *maki*, se llamaban. Verla abrir esos jugosos labios mientras su lengua asomaba para tomarlos lo había excitado mucho. Tanto que había sufrido una fulminante erección. Y ella debía de haberlo intuido, porque había saboreado cada maldito rollito con la erótica lentitud con que la imaginaba haciéndole una felación. Ése había sólo el principio. Gala se había pasado la comida profiriendo sensuales gemiditos cuando probaba algún bocado especialmente rico. Y, por lo visto, para ella todos eran deliciosos. Y no sólo eso, se lamía la boca con carnalidad, y en un par de ocasiones incluso había cerrado los ojos mientras se mordía los labios. Y luego había llegado el postre.

No había pedido *mochi*, eso habría sido demasiado sencillo. En su lugar, se había decantado por un helado de té verde. Y eso sí que había sido un verdadero suplicio. Según le había explicado, tenía los dientes sensibles y le dolían al morder cosas frías, así que, para evitarlo, llenaba la cuchara con el helado, la ponía en vertical frente a su boca, sacaba la lengua y lo lamía despacio.

Y él había estado a punto de derramarse sólo con verla.

—¿Quién habría imaginado que sería tan complicado encontrar las llaves en una cartera tan pequeña? —comentó Gala mientras buscaba nerviosa en el bolso.

Se sentía impaciente, ardiente y asustada. Las tres cosas a la vez. En el momento en que entrara en casa no habría marcha atrás. Iba a acostarse con un hombre después de años de sequía. Y, joder, estaba deseándolo. Llevaba toda la noche jugando con él, excitándolo y excitándose a su vez. Lo había preparado todo para que fuera una noche perfecta, incluso había llamado a sus hijas a media tarde comentándoles que iría al cine en la sesión de noche para que no la llamaran. Lo tenía todo bajo control. Todo, menos sus nervios.

Abrió la puerta y entró en casa, su cabeza a mil por hora mientras pensaba en cómo iba a seducirlo para acabar en la cama. Aunque bien podría repetir la estrategia

de la última cita. Sí. Eso haría. Se quitó el chaquetón, encendió la luz del pasillo y se dirigió al comedor. Entró presurosa, dio la luz y se paró frente a la vinoteca.

—¿Te apetece probar el vino que has traído? —preguntó abriendo el mueble.

—En realidad, no —susurró Rodrigo tras ella, ya despojado de la cazadora.

—Ah, vaya. ¿Qué quieres tomar entonces? —murmuró Gala sin volverse a mirarlo.

—A ti. —Estiró el brazo para apagar la luz y luego abrió las manos sobre las caderas femeninas. Las deslizó por su vientre hasta envolverla con sus brazos—. No puedo soportarlo más. Te deseo tanto que me duele —gimió besándole la nuca—. Por favor, permíteme amarte.

Gala cerró los ojos y dejó caer la cabeza a un lado. El calor se extendió por su cuerpo cuando él apartó el cuello cisne de su vestido y la mordió con exquisita delicadeza. Luego la giró entre sus brazos y jugó con sus labios, tentándolos hasta que los abrió. Y entonces, la besó. Fue un beso lento en el que aprendió la forma de sus dientes y el sabor de su paladar. Un beso en el que las lenguas se encontraron y resbalaron, en el que se acariciaron y pelearon con contenida pasión.

Los dedos de Gala se deslizaron sobre el jersey granate, recorriendo indagadores el pecho masculino mientras los de Rodrigo se mantenían educadamente inmóviles en las caderas de femeninas. Y eso era algo que Gala no iba a permitir.

Posó las manos sobre las de él y las empujó, llevándolas hasta el borde del vestido.

—Quítamelo —le ordenó.

Rodrigo no dudó en obedecer. Se lo quitó con dedos trémulos y luego se dirigió con timidez a su vientre. Ascendió hasta rozar el encaje del sujetador y se detuvo reacio a ir más allá. Tras un instante de duda, descendió de nuevo hasta que se topó con las braguitas. Siguió la cinturilla rodeándole las caderas hasta que acabó abrazándola de nuevo.

—Eres tan hermosa que me faltan las palabras —susurró con la voz rota por la pasión.

Gala sonrió, más afectada de lo que le gustaría admitir, porque, aunque le habían dicho mil veces que era hermosa, nadie lo había hecho jamás con tanta intensidad y con caricias tan tímidas. Para él no era un cumplido con el que llevarla a la cama, era una verdad absoluta. Y eso la hacía sentirse especial. Única. Algo muy peligroso, porque el caparazón de indiferencia con el que protegía su corazón se debilitaba y se resquebrajaba a cada palabra que pronunciaba.

—Y cuando tenga el pelo canoso, las tetas caídas y la piel arrugada, ¿seguirán faltándote las palabras al mirarme? —planteó burlona, recordándose a sí misma lo nefasto que era dejarse enamorar por un hombre que sólo te apreciara por tu belleza.

—No necesito mirarte para que me falten las palabras y el aliento, pero si quieres saberlo, la respuesta es sí. Da igual los años que pasen, seguiré enmudeciendo ante ti, porque para mí siempre serás tan hermosa como lo eres ahora —afirmó impidiendo

que la parte baja de su cuerpo la tocara, remiso a violentarla con la evidencia de su deseo.

—Mentiroso —replicó Gala rodeándole la nuca.

—Nunca miento, menos aún en asuntos tan importantes —rebató bajando la cabeza para besarla mientras sus dedos extendidos la recorrían deleitándose con la exquisitez de su tacto.

Gala se arqueó al sentir las caricias. Rodrigo abría tanto las manos que cuando por fin tocó sus piernas los largos dedos parecieron envolverle los muslos. Nunca la habían acariciado así. Con tanta atención, tan despacio, tan cuidadosamente. Era como si estuviera aprendiendo el tacto de su piel. Inclino la cabeza rendida a sus caricias y, al hacerlo, la luz del pasillo que entraba por la puerta incidió en sus ojos, molestándola. Se dio cuenta entonces de que el comedor estaba en penumbra. ¿No había encendido la luz? Sí lo había hecho. Pero él la había apagado antes de besarla.

¿Por qué?

Porque le molestaba, él mismo se lo había dicho. Pero también la necesitaba para ver.

Y en ese momento se percató de que no mentía. No necesitaba verla para quedarse sin aliento. Y se lo estaba demostrando desde que había comenzado a besarla. Porque, en ese momento, con tan poca luz y situado de espaldas a ésta, apenas podría verla. Por eso abría las manos al acariciarla, por eso lo hacía tan despacio y con tanta minuciosidad. La estaba descubriendo a través de las yemas de sus dedos. Y, aun sin verla, le parecía la mujer más hermosa de todas, no porque lo fuera, sino por cómo la sentía.

Se derritió por él.

Metió las manos bajo el jersey, deseando tocarlo como él la tocaba. Se recreó en los planos de su torso; era pura seda, casi lampiño y tan suave que no podía dejar de acariciarlo. Deseó verlo, comprobar si su piel era tan inmaculada como parecía al tacto, tan pálida como la imaginaba en sueños, cuando ardía por él.

Aferró el jersey y tironeó, quitándoselo. Pero la oscuridad en la que estaba sumido el salón no le permitía verlo.

—Vamos a la cama —sugirió besándole el lugar en el que hombro y cuello se unen para luego reseguirle golosa la clavícula con la lengua.

En el dormitorio podría verlo, la lamparita de noche emitía una luz suave que no le molestaría, y si le molestaba ya se le ocurriría cómo atenuarla.

—¿Cuál es tu cuarto? —preguntó él con una voz que de tan gutural era casi ininteligible.

—La segunda puerta a la izquierda.

En el momento en que acabó la frase se vio alzada en brazos y transportada cual recién casada por el pasillo. Una risa nerviosa escapó de sus labios. Iba a hacerlo con él. ¡Cuánto lo deseaba! Intentó besarlo, y entonces se percató de que mantenía la cabeza baja y los ojos casi cerrados tras las gafas de cristales amarillos.

—Puedo ir andando —susurró al comprender que la luz del pasillo era muy fuerte y le hacía daño, por lo que cargar con ella no debía de resultarle fácil.

—No pienso soltarte —aseveró Rodrigo con voz ronca—. No puedo. Si me faltara tu tacto, perdería todo lo que me espreciado... y no podría soportarlo —musitó con la respiración agitada, entrando en el dormitorio y dejando la puerta entornada tras él.

La depositó con sumo cuidado en la cama y se inclinó sobre ella, sus manos vagando reverentes por su cuerpo mientras sus labios volvían a unirse.

Gala no lo pensó un instante, le quitó las gafas, las dejó sobre la mesilla y lo acarició ansiosa. Llegó a los pantalones y, al toparse con el cinturón, tiró nerviosa de él hasta soltarlo, luego desabrochó el botón y le bajó la cremallera para colar la mano bajo el eslip.

Rodrigo soltó un ronco jadeo cuando le envolvió el pene con sus esbeltos dedos. Sintió que la vista se le nublaba y que el placer se expandía por su vientre, arrebatándole la fuerza.

Dios santo, no podía moverse ni pensar. Ella lo estaba convirtiendo en un pelele incapaz de hacer otra cosa que gemir arrebatado.

Emitió un fiero gruñido, obligándose a reaccionar.

—No... —jadeó Gala cuando él se incorporó alejándose de sus manos.

—No puedo pensar cuando me tocas —gimió Rodrigo, dibujando un camino de besos sobre las copas del sujetador—. Tampoco moverme. Ni siquiera respirar. Sólo puedo rendirme dominado por tus caricias —confesó sujetándole las muñecas sobre la cabeza—. Y no es eso lo que quiero. Permíteme complacerte, robarte la voluntad como tú me la robas a mí, darte placer hasta dejarte sin voz, sin fuerza y sin razón, como tú haces conmigo.

Y, ante tanta exaltación, ¿cómo iba a negarse ella? Se agarró al cabecero y le permitió complacerla.

Rodrigo rozó la tersa piel femenina con la nariz, llenándose con su olor mientras deslizaba los dedos por los tirantes del sujetador. Se los bajó despacio y pasó una mano por su espalda, alzándola con cuidado para desabrocharle el sostén. Tras varios intentos y no poco sufrimiento, Gala se apiadó de él y dirigió una mano al broche para soltarlo, algo que consiguió al primer intento.

—Llevo tanto tiempo sin hacer el amor que ya ni siquiera sé cómo desabrochar un sujetador —admitió molesto por su impericia—. Te ruego no juzgues mi destreza, o mi falta de ésta, con dureza. —Sus palabras eran tanto una disculpa como una advertencia sobre su oxidada experiencia.

—Seguro que no llevas sin hacerlo más tiempo que yo —replicó Gala soltando el cabecero para recorrerle la espalda con atrevidas caricias.

—¿Desde tu divorcio? —inquirió él, tan inflamado que de nuevo perdió la capacidad de pensar, preguntando lo que desde luego era una inconveniencia.

—Más o menos —susurró mordiéndolo en el cuello y arrancándole un gemido—. ¿Y tú?

—Un poco más —confesó, dejándola tan estupefacta que se quedó inmóvil, lo que le permitió recuperar la cordura y, con ella, la razón—. No me toques, o no me hago responsable de lo que diga —susurró colocándole de nuevo las manos contra el cabecero.

Tomó sus pechos, los pulgares rozando osados los pezones mientras dejaba resbalar la lengua por el escote, provocándola hasta que Gala lo empujó guiando sus labios hasta los endurecidos botones. Los devoró hambriento hasta que ella comenzó a retorcerse.

—Me voy a morir si no me la metes ya. —Le agarró los pantalones y tiró, instándolo a colocarse entre sus piernas y penetrarla.

—Aún no. Es demasiado pronto. —Estaba tan excitado que no duraría mucho si entraba en ella. Y prefería morir antes que no darle el placer que se merecía.

—¿Pronto? No puedes estar hablando en serio —protestó agitada—. Me niego a... —se interrumpió al sentir su lengua sobre el ombligo y sus dedos escurrirse bajo las braguitas.

Separó las piernas loca de placer cuando Rodrigo las hizo a un lado para jugar con su sexo, y a punto estuvo de llegar al orgasmo cuando hundió la cabeza entre sus muslos y la probó. Se llevó una mano a la boca y se mordió los nudillos para no gritar al sentir su lengua adentrándose en su vagina. Era meticuloso, mucho. Y también muy aplicado, pues pronto descubrió qué la hacía gemir, con cuántos dedos le gustaba ser penetrada y cómo moverlos para hacerla jadear sin aliento. También de qué forma comerle el clítoris para hacerla gritar. Y, una vez aprendió a complacerla, no cejó en su empeño hasta que se corrió en su boca. Y, mientras ella se estremecía, él no dudó en acompañar sus espasmos con lánguidos lengüetazos y lentas penetraciones hasta que quedó laxa sobre las sábanas. Tan saciada que ni siquiera podía abrir los ojos.

Aunque eso fue exactamente lo que hizo cuando lo sintió bajarse de la cama.

Lo observó mientras se quitaba los pantalones y los colocaba con pulcritud sobre la silla que hacía las veces de descalzador. Después se deshizo de los calzoncillos y los calcetines y ella no pudo evitar sonreír al ver que los doblaba para guardarlos entre las perneras del pantalón. Cuando se dirigió de nuevo a la cama, la luz que se colaba por la puerta apenas lo iluminaba lo suficiente para resaltar su alta y delgada silueta en la oscuridad.

Parpadeó sorprendida al darse cuenta de que se le había olvidado encender la lamparita. Se volvió hacia la mesilla, buscó el interruptor y dio la luz.

Y, antes de que tuviera tiempo de darse la vuelta para verlo desnudo, él la apagó.

—Con la del pasillo es suficiente —dijo, en su voz una tensión inesperada.

—Es muy suave, no te molestará...

—Por favor.

Gala pudo oír cómo inhalaba con brusquedad, reteniendo la respiración. «No quiere que lo vea», comprendió. Y supo que su rechazo a dejarse ver desnudo tenía el mismo origen que su empeño en disimular el color de su pelo y su negativa a enseñarle sus ojos violetas. No quería que viera la palidez de su piel. En realidad, no quería mostrarle ninguno de los atributos más característicos de los albinos: el pelo, los ojos, la piel.

—Está bien —accedió—. No necesito verte para sentirte...

Rodrigo soltó el aire que había contenido y se tumbó junto a ella. Deslizó reverente los dedos por la piel femenina, recordando los caminos aprendidos minutos atrás, pues con tan poca luz estaba casi ciego. Al llegar al vientre, colocó la mano plana y descendió hasta tocar el borde de las braguitas. Las enganchó y, a pesar de lo excitado que estaba y de lo mucho que la deseaba, se las bajó muy despacio, dándole tiempo a detenerlo si lo deseaba. En el tránsito por sus piernas se encontró con las medias, que se apretaban en sus muslos. Se las quitó también, acumulando sobre la irritada piel besos balsámicos que pronto se transformaron en atrevidos lametones y mordiscos en el interior de los muslos. Hasta que ella lo agarró del pelo instándolo a subir a la vez que alzaba las caderas, saliendo al encuentro de su boca. La saboreó de nuevo, consciente de que no podría aguantar mucho una vez estuviera en su interior, por lo que quería darle tanto placer como fuera posible.

Y ella estaba tan sensibilizada que no tardó en regalarle de nuevo el sabor de su orgasmo.

Esperó a que dejara de estremecerse y trepó por su cuerpo hasta quedar acunado entre sus piernas. Sentir su calor húmedo casi lo hizo derramarse. Apretó los dientes, se agarró el pene y lo dirigió hacia la abertura que acababa de paladear.

Gala exhaló un grito mudo cuando por fin la penetró. Era largo y grueso, y la llenaba de tal manera que lo sentía palpar en su interior. Arqueó la espalda abriéndose para acogerlo y él entró un poco más, colmándola.

Rodrigo se mantuvo inmóvil, recuperando tal vez el aliento que había perdido al hundirse en ella, y luego empezó a moverse; despacio al principio, más rápido después, cuando ella lo envolvió con las piernas. La llenó con embestidas profundas y contenidas.

—No voy a aguantar mucho —gimió en su oído, todo su cuerpo en tensión mientras intentaba detener lo inevitable.

—No quiero que aguantes —gruñó ella agarrándolo del pelo—. Quiero que pierdas la cordura y la voluntad y me folles hasta gritar mi nombre —le ordenó a la vez que llevaba la mano hasta el bajo vientre de él y lo arañaba en una caricia rugiente.

Rodrigo echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gutural gemido que pareció salir del centro de sus entrañas, las venas del cuello engrosándose mientras embestía con fuerza, sumergiéndose en un paroxismo de éxtasis y locura que no cesó hasta que

exhaló el nombre de Gala en un rugido de placer, todo él temblando mientras derramaba su pasión en ella.

Se derrumbó extenuado, espasmos de placer recorriéndolo sin que pudiera hacer nada para impedirlo, hasta que poco a poco consiguió recuperar el control de su cuerpo y pudo echarse a un lado para caer en la cama y no aplastarla.

—Lamento mi rapidez —articuló con la voz tomada por el placer—. En mi descargo sólo puedo decir que te deseaba demasiado. Prometo hacerlo mejor la próxima vez. Si es que eres tan indulgente de darme una oportunidad después de mi vergonzosa falta de contención, por supuesto —jadeó con hiriente sarcasmo hacia sí mismo.

—Eres un idiota —musitó Gala incorporándose para besarlo, momento en el que sintió el denso semen resbalando por el interior de sus muslos—. Mierda, se nos ha olvidado el condón.

—No tengo nada que pueda contagiarte, excepto mi estiramiento, y pareces inmune a él —murmuró Rodrigo, entornando los ojos mientras trataba de ver algo más que su silueta cercada por la luz, pero por mucho que se esforzó no lo consiguió.

—Yo tampoco puedo contagiarte nada —replicó ella divertida por su observación para después ponerse de nuevo seria—. Pero sí puedo quedarme embarazada...

—No de mí. No puedo tener hijos.

—Lo siento...

—No tienes por qué, fue fruto de una decisión, no de una enfermedad.

—¿Te has hecho la vasectomía?

—Hace muchos años. Una mala decisión —contestó frunciendo el ceño.

—¿Te arrepientes? —le preguntó intrigada al oírlo.

Rodrigo tardó largos segundos en contestar.

—No sé por qué he dicho eso. En realidad, nunca me pareció buena idea tener hijos —musitó sin responder a su pregunta y sin entrar en detalles—. Antes los niños no me gustaban mucho.

—¿Gustaban? ¿En pasado? ¿Has cambiado de opinión? —dijo burlona para paliar la gravedad que se respiraba en el ambiente—. No hace mucho discutías con los críos de la finca, mis hijas entre ellos, cuando bajaban la escalera por la mañana para ir a clase.

—No eran lo que se dice considerados. Bajaban en tropel y gritando tan alto que sus berridos me taladraban los odios. Eran una manada de reses desbocadas que pisoteaban y empujaban a todo aquel que se interpusiera en su camino, que en muchas ocasiones era yo. No pretenderás que les tuviera cariño.

—Sin embargo, hace un tiempo que no te quejas de ellos.

—Ahora no me molestan.

—No obstante, nada ha cambiado.

—Yo he cambiado. Tú y tu hija me habéis hecho cambiar.

Gala lo miró pasmada, había que ser muy valiente para reconocer eso. Se tumbó de lado y posó una mano sobre el pecho de él mientras pensaba en lo que acababa de decirle. No sabía si sentirse halagada o asustada. Porque él también la estaba haciendo cambiar. Ya no odiaba a los hombres. Al menos, no a todos. También se sentía tentada de volver a confiar en ellos. En realidad, sólo en uno. E incluso estaba empezando a enamorarse de nuevo. De él.

Apartó esos pensamientos de su mente y se centró en lo que él le había dicho. Se había operado hacía años. ¿Cuántos? ¿Más de seis? Ése era el tiempo que llevaba sin hacer el amor. Aunque, en realidad, era más. Un poco más que ella, según sus propias palabras. Eso significaba que había decidido no tener hijos antes de cumplir los cuarenta.

Lo miró intrigada, apenas sabía nada de él. ¿Había estado casado o tenido pareja fija? Seguro que sí. Era un hombre maravilloso, tan interesante como atractivo. Además, si se había operado era porque había tenido una pareja fija. Y no era que le importara un pimiento, pero de repente sintió la insoslayable necesidad de saber por qué había dado ese paso tan definitivo. Sólo que ella no era nadie para preguntarle sobre sus intimidades.

Tenía que hablar con Vicenta sin falta. Ella sabría decirle si había estado casado o si había tenido alguna relación duradera. Y no era que le importara. Pero necesitaba saberlo.

Rodrigo esperó a que Gala dijera algo, lo que fuera, pero ella permaneció sumida en sus pensamientos, lo que lo hizo enfrentarse a los suyos.

Y éstos giraban alrededor de una sola cuestión.

—Hace mucho tiempo que no tengo una cita... y no sé qué debo hacer ahora — musitó azorado, fijando la vista en el techo que no podía ver—. ¿Debo irme? ¿Quedarme? ¿Hacerme el dormido hasta que me recupere y pueda volver a ser de alguna utilidad en la cama?

Gala sonrió al oírlo. Sólo él podía decir algo así con tanto aplomo y a la vez con tanta ironía. Jugó con los dedos sobre su torso y, al llegar a las tetillas, sintió en las yemas el escaso vello que las rodeaba. El deseo de verlo desnudo volvió a surgir incontenible.

—Debes cerrar los ojos —le susurró al oído.

—¿Por qué?

—Porque voy a encender la luz.

—No es necesario —dijo, todo su cuerpo tenso.

—Sí lo es. Quiero verte desnudo. Cierra los ojos —le ordenó pulsando el interruptor.

Rodrigo volvió la cabeza con brusquedad a la vez que se tapaba los ojos con el antebrazo, la respiración atorada en su pecho al ser consciente de que nada cubría su pálida desnudez. Su piel defectuosa estaba expuesta a los ojos de la mujer más increíble de todas y no podía hacer nada por evitar que la viera.

—Dios santo —susurró Gala observando embelesada su piel alabastrina y el fino vello de sus piernas y sus brazos, tan semejante a plateados rayos de luna.

—Apágala, por favor —suplicó Rodrigo, incapaz de observar su reacción. Sabía cuál sería y no quería ser testigo de ella.

—No —rechazó Gala posando de nuevo la mano sobre el torso de él.

Su piel, más que blanca, era luminosa. Nada la manchaba, ninguna peca, ningún lunar. Era como si estuviera tallada en el cuarzo más puro, en el mármol más blanco. Sólo que esos minerales eran fríos y rígidos, y su piel era cálida y dúctil, tan suave que era un placer tocarla. Y eso hizo. Deslizó los dedos sobre su torso, parándose en las tetillas. Sus pezones eran de un rosa pálido, apenas un tono más oscuro que el resto de su cuerpo. Los rozó con las uñas y él dio un respingo.

—Respira, no voy a comerte. O tal vez sí —se burló bajando la cabeza para probarlo.

—Apaga la luz, por favor —reiteró él, arqueándose al sentir la caricia de su lengua.

—¿Te molesta?

—Por favor...

Gala se mordió los labios al verlo tan vulnerable y saltó de la cama.

Rodrigo contuvo el aliento mientras la oía moverse por la habitación.

—He tapado la lámpara con un pañuelo, ya puedes abrir los ojos —informó ella.

—No...

—Me dijiste que no te molestaba la luz si no era intensa ni te daba directa en los ojos. Esas dos condiciones se cumplen.

—No es eso...

—No, claro que no —le dijo al oído, sobresaltándolo—. No es la débil luz de mi lámpara lo que te molesta, sino el hecho de que te vea desnudo. Lo que no entiendo es por qué. No hay nada de ti que no me guste —declaró sentándose a horcajadas sobre él—. Desde tus sonrosados pezones hasta la palidez resplandeciente de tu vientre.

Atrapó una de sus tetillas entre los dientes y tiró despacio mientras pellizcaba la otra con los dedos, hasta que las sintió endurecerse bajo sus rudas caricias.

—Se han oscurecido —musitó antes de lamerlas—. ¿Crees que tu polla también se oscurecerá si le presto un poco de atención?

Y eso fue exactamente lo que hizo. Prestarle atención. Mucha.

Comenzó besándole el glande para luego darle largos lametazos que iban desde la corona a la base y que consiguieron que, tal como él había dicho minutos antes, volviera a ser de utilidad en un tiempo récord.

—Sí, se ha oscurecido. Ya no es blanca, sino rosa —murmuró con voz lasciva—. Y es una pena que no quieras mirar, porque ahora mismo me la voy a meter en la boca y te voy a hacer la mamada de tu vida mientras mi pelo negro azota la pálida piel de tu vientre. Creo que va a ser un espectáculo digno de ver... y te lo vas a

perder. Una verdadera lástima —comentó antes de hacer exactamente lo que había dicho.

Rodrigo apartó el brazo al sentir que ella lo hundía en su boca. Se incorporó sobre los codos y observó hechizado cómo su pene desaparecía bajo sus labios, las oscuras hebras de pelo flagelándole el vientre con latigazos de placer mientras sus manos de uñas rojas le sujetaban las niveas caderas, obligándolo a mantenerse inmóvil mientras lo devoraba con impúdica glotonería. Sus testículos se endurecieron y su pene se engrosó palpitante bajo tan exigentes caricias, todo él temblando bajo el exquisito ataque. Y, de repente, ella paró. Lo miró ladina, trepó hasta su vientre y, agarrándole la polla, se empaló en ella.

Rodrigo exhaló un jadeo agónico a la vez que arqueaba la espalda incapaz de resistir impasible el erótico ataque. La sujetó por la cintura y ancló los talones al colchón para salir a su encuentro cada vez que ella caía sobre él.

No pasó mucho antes de que su frente se perlara de sudor y sus dientes se apretaran en un rictus de concentración mientras se esforzaba en retrasar el inminente orgasmo, decidido a no llegar antes que ella. No fue hasta que la sintió ceñirlo con fuerza y gemir extasiada que se dejó vencer por el placer compartido.

* * *

—¿Por qué no querías que te viera desnudo? —le preguntó Gala adormilada entre sus brazos.

—No importa —musitó él con la cabeza vuelta para evitar la luz, a pesar de que el pañuelo que tapaba la lamparita la atenuaba haciéndola aceptable para sus sensibles ojos.

No era la suave intensidad de la luz lo que lo molestaba, sino su cualidad de hacer visible lo que antes quedaba oculto por la oscuridad. Era incapaz de bajar la vista y contemplar la negra melena de ella extendida sobre la lividez mortecina de su pecho.

—Hace meses que sé que eres albino —anunció Gala, sorprendiéndolo tanto que pudo oír cómo su corazón se saltaba un latido para continuar palpitando acelerado.

—¿Cómo lo supiste? —susurró él con la voz ahogada, sus ojos moviéndose erráticos a izquierda y a derecha.

—Te lo diré si me miras —lo desafió alzándose sobre un codo. Él suspiró resignado y volvió despacio la cabeza hasta que sus miradas quedaron enfrentadas—. ¿Recuerdas la noche que bajé a tu casa para agradecerte lo que hiciste por mis hijas?

—Imposible olvidarlo, estabas tan hermosa y parecías tan enfadada que no podía dejar de mirarte. Nunca había visto a nadie a quien le irritara tanto dar las gracias.

—No me importa dar las gracias, era a la persona que tenía que dárselas lo que me cabreaba —aseveró ella arrancándole una sonrisa.

—*Touché*. ¿Qué tiene que ver eso con que descubrieras mi... albinismo? —se obligó a vomitar la detestada palabra.

—Esa noche te quitaste las gafas y pude ver tus ojos —contestó fijando la mirada en éstos, se movían con rapidez de un lado a otro, como si fueran incapaces de centrarse en un punto. Era algo que le había visto hacer varias veces—. Me enamoré de su color. Jamás había visto unos iris tan mágicos. Son preciosos, Rodrigo. Llevo desde entonces intentando volver a verlos, pero eres un hueso duro de roer.

—No me gustan mis ojos, nunca me han gustado, y no me gusta enseñarlos —declaró inclinando la cabeza de forma inconsciente. Los movimientos de sus ojos se ralentizaron, pero no se detuvieron.

—¿En serio? No lo había notado —replicó irónica—. Esa noche pensé que, si no fuera por tu pelo, parecerías albino, con esa piel tan blanca y esos ojos violetas. Poco después, Vicenta me lo confirmó.

—¡Cómo no! Esa vieja metomentodo es incapaz de mantener la boca cerrada.

—Me gusta tu piel de albino —susurró Gala transitando por el torso de él en dirección a su vientre—. También tu pelo plateado como rayos de luna. —Peinó con los dedos el vello de su pubis—. Y adoro tus ojos mágicos.

Rodrigo suspiró transido por la extraña emoción que se despertaba en su interior quemándole el pecho y haciéndole arder los ojos. Era la primera vez que alguien que no fuera sus padres o sus abuelos le decía que le gustaba su aborrecida piel y sus ojos de vampiro.

—Rodrigo..., ¿estás bien?

—Sí, claro.

—Abre los ojos. —Él tomó una profunda bocanada de aire antes de obedecer—. ¿Seguro que estás bien? —insistió preocupada al ver que la oscilación de sus iris aumentaba de nuevo.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Tus ojos... se mueven de un lado a otro sin parar.

Rodrigo los cerró frustrado y ladeó la cabeza para evitar que siguiera mirándolo, sus labios apretados en una mueca de disgusto.

—¿Qué ocurre? ¿Te duelen?

—No, de hecho, ni siquiera lo noto.

Gala lo miró con incredulidad. ¿Cómo no iba a notarlo? Como mínimo, debía de marearse al no poder centrar la vista.

—Mi cerebro se encarga de compensar y procesar las imágenes que le llegan, de manera que veo normal —explicó—. El nistagmo, así es como se llama esto —se señaló contrariado los ojos—, es una de las particularidades que acompañan al albinismo. No suele pasarme a menudo.

—Pues yo debo de tener la negra, porque conmigo te ha ocurrido ya varias veces.

—Porque me pones nervioso y esto aparece cuando estoy estresado o disgustado.

Ella lo miró perpleja antes de reaccionar.

—¿En serio? Qué interesante. Y ¿qué es exactamente lo que te altera? ¿Mi belleza?

—Más bien, tu lengua viperina. Es lo más peligroso de ti —rebatí animado, aunque mantuvo los ojos cerrados.

—¿Tú crees? Comprobémoslo —dijo antes de bajar la cabeza y besarle el vientre.

Y, sí, eso lo puso muy pero que muy nervioso. Aunque no tanto como lo que vino a continuación, que incluso llegó a dejarlo sin aliento. Y sin cordura. Y sin fuerza.

Domingo, 15 de enero de 2017

Calix enfiló la costanilla de San Andrés. Las botas, pesadas como lápidas, parecían pegarse al asfalto, impidiéndole avanzar mientras una lengua de frío inclemente le lamía la piel haciendo que se estremeciera. Cruzó los brazos sobre el pecho tratando de darse calor, pero no existía nada que pudiera vencer el gélido roce de la desesperación. Entró en la plaza con los pensamientos estrellándose en su cabeza a mil por hora. Necesitaba un plan que le permitiera solucionar su problema lo antes posible, pues cuanto más tiempo pasara, más se hundiría y más difícil sería salir. Se le pasó por la cabeza llamar a su padre, pero lo rechazó al instante. No lo llamaría vencido. No le pediría ayuda para que pudiera echarle en cara una vez más lo equivocado que había estado y lo inmaduro que era.

Ya se le ocurriría algo para salir del paso. Siempre lo hacía. Aunque cada vez era más complicado.

Sacudió la cabeza tratando de erradicarlo todo de su mente. De nada servía darle vueltas. Era de madrugada, acababa de salir de trabajar y estaba demasiado cansado, aterido y asustado para encontrar una solución. Alzó la cabeza al cielo y tomó una larga bocanada de aire. Y fue entonces cuando su mirada quedó atrapada en la única ventana iluminada del edificio. Tras las cortinas que la cubrían se dibujaba la etérea silueta de una mujer. Y ésta, tal vez sintiéndose observada, apartó la ligera tela mostrándole su magnífica desnudez.

Calix la miró arrobado y el frío que lo paralizaba se desvaneció bajo la ardiente mirada que ella le dedicaba. Sus labios se curvaron optimistas y sus ojos brillaron ilusionados al ver que había cumplido su promesa.

Verónica estaba allí. Asomada a la ventana a las siete de la mañana. Desnuda.

Esperándolo.

Sus problemas ya no le parecieron tan abrumadores, y por una vez en su vida pensó que su padre podría tener razón cuando afirmaba que había una solución para cada problema y que sólo era cuestión de encontrarla.

Y saber que Verónica se había acordado de él le daba fuerzas para buscarla.

Reanudó su camino al portal, sus ojos fijos en la mujer tras la ventana. Una mujer que en ese momento se chupaba los dedos para deslizarlos sobre sus pezones. Que los atrapaba y los pellizcaba sin importarle que pudieran verla, aunque, ¿quién, excepto él, estaría en la plaza un domingo a las siete de la mañana? Ella puso un pie en una silla mostrándole sin pudor su pubis depilado y volvió a meterse los dedos en la boca. Cuando los sacó, los llevó a su sexo.

Calix observó excitado cómo se masturbaba para él, su pene apretándose impaciente contra el pantalón mientras la lujuria lo dominaba haciendo que todo desapareciera de su cabeza. Se llevó la mano a la entrepierna y se apretó la polla, mostrándole a su diosa lo duro que lo había puesto. Y, cuando ella le sonrió complacida, se apresuró a llegar al portal.

Subió los escalones de tres en tres, las losas que inmovilizaban sus pies convertidas en alas. Llegó al descansillo y, antes de que tocara el timbre, ella le abrió. La empujó contra la pared a la vez que cerraba de una patada. Ella le bajó la cremallera y le sacó la verga mientras él buscaba un condón en la cartera. La besó desesperado mientras se lo ponía y, en el momento en que lo tuvo colocado, la alzó contra él y la penetró.

Ninguno de los dos aguantó mucho antes de correrse.

—Joder, sí que estabas necesitado, cualquiera diría que llevabas sin follar meses en lugar de horas. Eres un verdadero semental —gimió Verónica mordiéndole el lóbulo de la oreja antes de apartarlo—. ¿Tienes hambre?

Calix asintió con un gesto que ella no pudo ver, pues ya le daba la espalda para ir a la cocina. Recogió la mochila que había tirado al suelo durante el frenesí sexual y la siguió.

—¿Tostadas y café?

—¿Tienes Cola Cao o Nesquik?

—Claro, ¿cómo no lo he pensado? —Lo recorrió con la mirada—. Al fin y al cabo, eres poco más que un niño, es normal que no tomes café... Lo siento, como suelo follar con hombres, no se me ha ocurrido comprar cacao, mañana lo traeré —dijo maliciosa.

—Todavía no me he acostado y no quiero que el café me desvele —señaló Calix, sintiéndose humillado porque ella había acertado.

El café no le gustaba. Le parecía demasiado amargo y prefería el cacao, aunque fuera infantil. Claro que eso no pensaba decírselo.

—No te enfades, hablaba en broma. —Lo besó conciliadora—. ¿Tostadas y leche?

—Tengo palmeras de chocolate, ¿te apetecen? —ofreció sacándolas de la mochila.

—Claro, ¿las has hecho tú?

Calix asintió con gesto serio, el cansancio y la realidad imponiéndose a la emoción que le había producido verla.

—Están buenísimas, eres un magnífico pastelero —declaró mirándolo preocupada. Parecía agotado, hundido, como si estuviera flotando en un charco de brea del que no viera la manera de escapar—. No me importaría desayunarlas todos los fines de semana a las siete de la mañana..., después de una buena empotrada como la de antes.

—Va a resultar complicado. —Calix trató de sonreír sin lograrlo—. Estoy de vacaciones.

—Eso es genial.

—Permanentes —musitó hundiendo la cabeza entre las manos.

Verónica se lo quedó mirando un instante antes de comprender sus palabras.

—¿Te han despedido?

Él asintió con un gesto sin levantar la mirada de la mesa.

—Bueno, tampoco hay que tomárselo tan a la tremenda, eres un gran pastelero, pronto encontrarás otro trabajo. —Le apartó las manos de la cara, sujetándolas animosa entre las suyas.

—Sólo soy peón de pastelería —musitó cabizbajo—. Y ahora que la campaña de Navidad ha terminado no creo que sea fácil encontrar trabajo de pastelero.

—Bueno, tampoco tienes prisa. Puedes disfrutar de unos meses sabáticos por cortesía del paro. —Le guiñó un ojo.

Él resopló abatido.

—Con la miseria que me queda, no me da ni para comer.

—No seas exagerado, seguro que sólo es cuestión de apretarse un poco el cinturón.

—Y de dormir bajo un puente —apuntó él con una mueca desdeñosa—. No voy a cobrar ni cuatrocientos euros, y el alquiler ya me cuesta más que eso.

—Es imposible que cobres tan poco, el subsidio mínimo ronda los quinientos.

—En caso de trabajar la jornada completa, y yo jamás he trabajado legalmente cuarenta horas semanales —repuso.

—Ah, vaya. ¿Treinta y cinco?

—Con mucha suerte, treinta.

—¿En la pastelería?

—Veinte.

—Y, sin embargo, pasas fuera toda la noche; de hecho, ayer mismo te fuiste dejándome a medias y no has regresado hasta nueve horas después porque, según me dijiste, ibas a trabajar. Algo no cuadra —lo acusó enfadada mirándolo con desconfianza.

—Trabajo ocho horas al día, cuando no más. Pero en contrato sólo tengo veinte, el resto son en negro, igual que las extras que he hecho estas fiestas —explicó decaído.

—Vaya idiota estás hecho, ¿cómo se te ocurre firmar un contrato de veinte horas trabajando el doble? —le reprochó desdeñosa.

—Porque era eso o nada. El paro se me estaba acabando y en Segovia no encontraba nada que no implicara matarme a trabajar por una miseria, así que vine a Madrid a probar suerte. Estaba a punto de regresar con mis padres con el rabo entre las piernas cuando este trabajo me llegó como caído del cielo. El contrato era una

mierda, pero el sueldo no estaba mal, y no lo pensé mucho, la verdad. Ahora me queda una prestación de mierda.

—El sueldo no debía de ser gran cosa con sólo veinte horas —comentó ella incrédula.

—Me daban en negro casi el doble de lo que cobraba en nómina. Así que sí estaba bien.

—Oh, claro, cobrabas una pasta... Y ¿ahora de qué te sirve? De nada. Porque, como no era legal, no repercute en la prestación. Menudo cabeza hueca estás hecho. Si es que de donde no hay no se puede sacar... —resopló despectiva—. Menos mal que este mes has hecho un montón de horas, aprovecha y guarda el ingreso extra para pagar el piso mientras buscas otro trabajo.

—No he cobrado tanto como esperaba. En realidad, me ha pagado la mitad de lo que acordamos.

—Denúncialo.

—¿Cómo? El importe que debía cobrar por las extras me lo dijo en persona, por lo que no está registrado en ninguna parte, y además las horas son en negro, así que tampoco fiché y, por tanto, tampoco puedo demostrar que las he hecho.

—Lo tuyo es de juzgado de guardia. No eres más tonto porque no se puede. Menos mal que tienes un cuerpo de infarto y la polla bien gorda, si no, te comías los mocos.

—No me estás animando, ¿sabes? —le espetó enfadado levantándose para irse.

—Lo siento. —Verónica lo detuvo cuando estaba a punto de salir al rellano—. Verte tan decaído me frustra, y saber que es por culpa de un hijo de puta que te ha estafado me cabrea tanto que pierdo la perspectiva y digo cosas que no siento. Es por culpa de mi carácter explosivo, enseguida me sulfuro y no sé controlar la lengua. Perdóname, no quería ofenderte —murmuró sinceramente arrepentida.

—No pasa nada. Tampoco ha sido para tanto. —Esbozó una abatida sonrisa—. Supongo que estoy cansado y preocupado, y todo me lo tomo a pecho. Voy a ver si duermo un poco... Luego nos vemos. —Le dio un cariñoso beso en la frente.

—No te vayas. No quiero que estés solo con todo lo que tienes en la cabeza. —Entrelazó los dedos con los de él—. Quédate a dormir. Métete en la cama conmigo y deja que te abrace, ya verás cómo te levantas mucho más tranquilo. Además, hueles muy bien, a pan caliente y pasteles recién hechos..., y yo nunca he dormido con un bollito como tú.

Se puso de puntillas para darle un afectuoso beso y luego tiró de su mano llevándolo al dormitorio. Lo desnudó despacio mimándolo con besos y caricias, y lo empujó sobre la cama. Se tumbó a su lado, una mano transitando con delicada ternura sobre su pecho mientras le susurraba que cerrara los ojos, que ella se ocuparía de que todo estuviera bien.

Y él los cerró arrullado por su voz, esforzándose en dormirse. Pero cada vez que el sueño comenzaba a vencerlo, volvía a ver a su jefe despidiéndolo y la cara furiosa

de su padre mientras le decía que no regresara suplicando a casa porque no iba a mantenerlo más.

Se volvió despacio para no despertarla y hundió la cara en la almohada, desesperado al sentir que se le llenaban los ojos de lágrimas. Con las horas extras y la mensualidad que había cobrado no le llegaba ni para dos meses de alquiler. Y ¿después qué? ¿Dónde viviría? Podía buscar una habitación compartida, pero eso se llevaría la mitad del paro, y con lo que le quedaba no le daría ni para comer. Tenía que encontrar trabajo ya. Pero eso no era sencillo, menos aún para alguien tan poco preparado como él. Oh, sí, había sido peón de mil oficios, pero en ninguno había aguantado más de seis meses, así que tenía una reducidísima experiencia en mil profesiones que no le valía para nada.

Podría acudir a su madre, pensó agarrándose a un destello de esperanza. Ella le mandaría dinero sin dudar. También sin preguntar. Pero no quería enfrentarla con su padre, y eso sería lo que sucedería cuando el viejo se diera cuenta de que había tocado los ahorros para sacarlo del apuro. Su padre montaría en cólera. Se lo había dejado bien claro. No iba a mantenerlo más. Y, aunque sabía que si se lo pedía recularía y lo ayudaría, se negaba a arrastrarse ante él para pedirle dinero una vez más. No iba a darle más excusas para que le echara en cara que era un vago y un inmaduro. Porque no lo era. Al menos, ya no.

—¿No puedes dormir? —susurró Verónica abrazándolo.

—Extraño mi cama —murmuró avergonzado; si lo veía llorar, se burlaría llamándole niño, y no le faltaría razón—. Será mejor que me vaya y te deje tranquila.

—Ni se te ocurra. Te he dicho que no ibas a pasar esta noche solo, o, mejor dicho, esta mañana, y lo he dicho en serio. Además, se me ocurre algo que te hará dormir —musitó deslizando la mano por su vientre hasta agarrarle el flácido pene.

Calix se removi6 inc6modo. Lo 6ltimo que le apetecía en ese momento era sexo.

—Déjame hacer, verás cómo te relaja —le pidió ella comenzando a acariciarlo.

—Lo siento, Verónica, pero no estoy de humor, de verdad...

—Pero lo estarás, porque se me ha ocurrido algo que te puede animar —dijo en su oído—. ¿Por qué no te mudas conmigo?

—¿Contigo?

—Tengo tres habitaciones vacías, puedo alquilarte una por el módico precio de dos polvos diarios —expuso con voz sugerente—. Sería un buen arreglo. Compartiríamos los gastos de luz, agua y comida, y nos calentaríamos por la noche.

—Apenas nos conocemos... ¿Harías eso por mí? —La miró sorprendido.

—Por supuesto, ¿cuántas veces en su vida tiene una chica la oportunidad de tener un hermoso semental en la cama cada noche? —Atrapó entre los labios una tetilla y succionó, provocándole un gemido de placer—. No es cuestión de desaprovechar la oportunidad, ¿no crees? —preguntó aumentando la fuerza y el ritmo con que lo masturbaba—. ¿Trato hecho?

—Joder, sí.

La envolvió entre sus brazos y se dio la vuelta para dejarla bajo él. Luego descendió por su cuerpo hasta hundir la cara entre sus muslos y agradecer su amabilidad de la mejor manera que sabía. La llevó al orgasmo con la lengua. Dos veces.

Luego ella le puso un condón y lo montó.

—Me encanta follarte —jadeó cabalgándolo despacio, torturándolo con su lentitud—. Puede que no seas muy listo, pero tu cuerpo y tu polla suplen con creces esa carencia.

Calix entornó los ojos intentando enfadarse sin conseguirlo debido al placer que le llenaba la mente y el cuerpo. Las pelotas tensas por la necesidad de vaciarse y la verga palpitante por el deseo que ella alimentaba pero no colmaba le impedían pensar.

—No pongas esa cara, tonto, que lo estoy diciendo en broma —gruñó excitada a la vez que apretaba la vagina masajeándole la polla.

Calix arqueó la espalda, un gruñido escapando de sus labios. Levantó las caderas, embistiéndola, y ella reaccionó pellizcándole las tetillas hasta causarle un desagradable dolor.

—Ya deberías saberlo: si yo estoy arriba, yo llevo el mando —lo avisó retorciéndoselas de nuevo antes de soltárselas—. Déjame jugar contigo y tendrás el orgasmo más increíble de tu vida. Pero si te portas mal me obligarás a castigarte.

Y ella siempre cumplía sus promesas. Así que Calix se agarró al cabecero y se mordió los labios mientras Verónica le daba más placer del que nunca le habían dado.

—Hay una cosa que quiero que quede clara. —Ella se paró para frenar el orgasmo cuando él apenas podía respirar de lo excitado que estaba—. Si vives conmigo, no quiero tonterías.

—¿Tonterías?

—Sé que nos conocemos hace poco, pero me siento muy atraída por ti...

—Igual que yo —convino Calix soltándose para tomarla por la cintura. Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no alzarla instándola a seguir moviéndose—. Me gustas mucho...

—Qué infantil suena eso —murmuró ella esbozando una cariñosa sonrisa antes de ponerse seria—. No tengo por costumbre meter a los hombres en mi casa nada más conocerlos, y si lo hago contigo es porque también me gustas mucho —repitió divertida sus palabras.

Él la miró emocionado. ¿Era, pues, amor a primera vista eso que sentían? Él creía que sí. Verónica era hermosa, sensual, divertida, apasionada y desinhibida. Y además también era cariñosa y comprensiva. Tenía todo lo que siempre había deseado en una mujer.

—Lo que quiero que tengas claro es que, si vives conmigo, será con ciertas condiciones. No vamos a compartir piso como si fuéramos amigos con derecho a

roce. Quiero algo más serio que eso —aseveró moviéndose de nuevo—. Quiero cierto compromiso por tu parte.

—Claro. Lo tienes. Todo el compromiso del mundo —jadeó él luchando por no cerrar los ojos cuando el placer volvió a dominarlo.

—¿Estás seguro de que entiendes lo que te estoy pidiendo? —insistió ella, parando otra vez. Calix asintió incapaz de hablar—. Quiero que sólo estés conmigo mientras vivamos juntos. En todos los aspectos. No me vale sólo con tu fidelidad, también quiero tu lealtad incondicional. ¿La tengo?

—Totalmente —gimió al sentir que volvía a masajearle la polla con la vagina.

—Bien. Agárrate al cabecero y no te sueltes porque, si lo haces, pararé.

Esperó a que él obedeciera y comenzó a frotar la vulva contra su pubis a la vez que contraía la vagina succionando y expulsando, provocándolo hasta casi llevarlo al orgasmo. Y en ese instante paró, arrancándole un jadeante gruñido de frustración.

—No quiero que vuelvas a mirar a Gala como lo hiciste el otro día cuando nos cruzamos en la plaza.

Calix la observó confuso, sin saber a qué se refería.

—La deseabas, no lo niegues. La mirabas como si fuera un caramelo que estuvieras deseando comerte.

—No me interesa Gala —afirmó con voz ronca, secretamente complacido al verla celosa.

—Eso espero, porque si te veo mirarla te mandaré a la mierda. Me perderás por perseguir a una mujer que nunca será tuya —le advirtió arañándole el pecho con sus largas uñas—. Gala no es para ti, está muy por encima de tus posibilidades.

Comenzó a mecerse lentamente, apretándole y soltándole la polla en un masaje que lo dejó sin aliento.

—¿Crees que ella aceptaría a alguien como tú en su vida? Sin trabajo. Sin dinero. Sin futuro. Sin ambición. Sin carácter —enumeró hiriente a la vez que lo cabalgaba con furia—. Nunca se rebajaría a salir con un niño cuyas únicas cualidades son una cara bonita, un cuerpo de infarto, una polla enorme y mucha agilidad con los dedos y la lengua.

—Yo no soy un...

—Es una esnob, Calix —lo interrumpió ella—. Una prepotente clasista que se cree mejor que tú. No te merece. No sabría cuidarte como yo lo haré. Y, además, tiene pinta de ser una sosa en la cama —agregó llevando una mano a la base del pene para aprisionarlo entre índice y pulgar, tirando de la piel para mantenerla apartada del glande en todo momento.

Él se arqueó tenso como un arco al sentir que el placer se intensificaba hasta dejarlo sin aliento. Soltó las manos del cabecero y ella paró en el acto. Volvió a asirse a la barra de hierro, la frente perlada de sudor y la respiración tan agitada que apenas si le llegaba aire a los pulmones, y ella se movió de nuevo, su mano apretándole la base mientras lo llevaba al límite.

Calix sintió que perdía de vista la realidad y que sólo existía ella, su sexo, su mano.

Su voz.

—Gala no es como yo —susurró soltando la presa de sus dedos, aumentando más aún el placer, si es que eso era posible—. Ella nunca se conformaría con alguien inferior. Es tonta, no sabe lo que se pierde. Sólo yo sé valorarte como te mereces. Y sólo yo sé follarte como te mereces —declaró con ferocidad dándole un fuerte apretón con su sexo que lo catapultó a un orgasmo tan arrebatador que casi lo hizo perder el sentido.

Esperó a que cesaran los espasmos que lo hacían temblar y después se tumbó en la cama junto a él.

—Duerme, yo velaré tus sueños —musitó besándole los párpados.

Y Calix pudo al fin cerrar los ojos sumido en una paz y una seguridad que llevaba meses sin sentir. Todo estaba bien. Cuando despertara, tendría un lugar donde vivir sin temor a que lo echaran y una mujer que lo quería, lo valoraba y lo ayudaba sin pedir nada a cambio excepto su amor. Y eso lo tenía sin dudar.

Cuando despertara, el día brillaría, Verónica estaría con él y en la calle habría un buen trabajo esperándolo.

Rodrigo se acurrucó en la cama sintiéndose más descansado que nunca. Era extraño, la ropa de cama parecía pesar menos y la luz del sol no teñía de rojo el interior de sus párpados, sino de un cálido anaranjado. Tal vez fuera estuviera nublado. Debería abrir los ojos y comprobarlo, pero estaba tan a gusto que decidió esperar un poco más para despertarse. Se volvió y el colchón pareció tragarlo en lugar de mantenerse firme.

Se incorporó sobresaltado, los ojos abiertos como platos. Ésa no era su cama. Ni su dormitorio. Ni, por supuesto, su piso.

Era el de Gala.

Parpadeó turbado. ¿Cuántos años hacía que no dormía fuera de casa? Los mismos que no dormía con una mujer. Aunque tampoco era que hubieran dormido mucho, pensó recordando que ella lo había despertado de madrugada para arroparlo. Con su cuerpo. Y él, por supuesto, se había dejado arropar. Podría decirse que se habían arropado el uno al otro.

Un suspiro embelesado salió de sus labios antes de ladear la cabeza para confirmar lo que ya sabía. No estaba a su lado. Podía oírla trastear al otro lado del pasillo. En la cocina quizá, pensó al llegarle el olor del café recién hecho. Debería vestirse e ir con ella, pero necesitaba centrar sus pensamientos antes de enfrentarse a la realidad.

Se sentó y el nórdico resbaló hasta su regazo, recordándole que estaba desnudo. ¿Alguna vez había dormido sin pijama antes? No. Ni siquiera cuando antaño había dormido acompañado lo hacía. Nunca le había gustado su descolorida desnudez, sin embargo, a Gala no parecía disgustarle. De hecho, a tenor de cómo le había besado y lamido todo el cuerpo, más bien parecía lo contrario. Se puso en pie y los espejos que cubrían el armario le devolvieron su reflejo. Y, tal vez por primera vez en su vida, contempló su aborrecida piel sin desdén, tan sólo intentando verla como ella la veía.

«Resplandeciente», le había dicho al encender la luz la primera vez.

«Luminosa», había susurrado de madrugada al despertarlo.

«Nacarada», mientras le acariciaba el pecho con los labios.

«Plateada como rayos de luna», al besarle el vientre.

«Como nieve sonrosada», cuando por fin se apiadó y lo saboreó.

Sacudió la cabeza para librarse de esos recuerdos al sentir que su pene reaccionaba a ellos. ¡No iba a presentarse en la cocina erecto! Le debía más respeto que eso. Y pensaba demostrárselo. Aunque para ello tendría que esperar a que se le bajara la inflamación. Y eso tardaría unos minutos.

Miró a su alrededor con curiosidad. El dormitorio era pequeño y con poca luz, pero estaba amueblado con cariño y elegancia. Un armario empotrado en una pared y

una cama de matrimonio cuyo cabecero era una librería. A la izquierda, una ventana por la que entraba una luz tibia. La abrió asomándose. El día era luminoso, pero los rayos del sol apenas penetraban en el estrecho patio, entrando difuminados en el dormitorio.

Era extraño como, a pesar de la escasa luz, la casa era luminosa, llena de vida y color. Tan diferente de la suya, que, pese a los grandes ventanales y el chorro de luz que entraba por ellos, era sombría y apagada. Observó los muebles en tonos claros, los espejos y el mural pintado en la pared en la que se abría la puerta. Era un árbol del que salían largas ramas floridas. De una de ellas colgaba un sencillo columpio de madera. Sentadas en él estaban Gala y sus hijas. Abrazadas y sonrientes. Queriéndose como sólo una familia sabe hacer.

Y, por alguna extraña razón, Rodrigo deseó estar pintado en esa pared.

No en el mismo columpio que ellas, por supuesto. No pertenecía a su familia y no pretendía inmiscuirse en donde estaba seguro que no sería bien recibido, al menos por parte de uno de sus miembros. Pero sí le gustaría estar en el mural, tal vez dibujado como una sombra tras el árbol, en algún lugar discreto desde el que poder disfrutar de sus risas y su luz.

Frunció el ceño, aturdido por sus insólitos pensamientos. Nunca había deseado una familia. O tal vez lo correcto sería decir que nunca se había permitido desear una.

Y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Cogió los pantalones, entre las perneras encontró los calcetines y los calzoncillos. Los miró disgustado. No tenía por costumbre ponerse ropa interior sucia. Claro que tampoco solía dormir desnudo ni despertarse en habitaciones desconocidas. Sopesó sus opciones y resolvió no ponerse la ropa interior y guardarla en los bolsillos de la chaqueta. Pero para eso tenía que llegar al comedor, que era donde la había dejado. Se puso el jersey y los pantalones, y se quedó inmóvil al sentir los testículos rozar el tiro de los mismos. Era una sensación extraña, aunque no exactamente desagradable. Además, no tenía otra opción, así que más le valía acostumbrarse. Se puso los zapatos sin calcetines y llegó a la conclusión de que prefería ir descalzo, por lo que se los quitó.

Se detuvo antes de abrir la puerta y salir. Estaba sin peinar, sin asear, y no se había lavado los dientes. No quería que Gala lo viera en ese estado tan impropio, pero ¿cómo evitarlo? Agarró el pomo y, odiándose a sí mismo por lo que iba a hacer, pegó la oreja a la puerta cual cotilla impertinente y entrometido, y contuvo el aliento para escuchar.

Música, tal vez la radio, nada más. Frunció el ceño, pocas pistas eran ésas para saber dónde estaba ella. Resopló frustrado y, cubriéndose con una pátina de fingida indiferencia, salió al pasillo. Si lo pillaba de esa guisa, que al menos pareciera que no le importaba.

No había dado tres pasos cuando se dio cuenta de que no llevaba las gafas. Se detuvo en seco, total y absolutamente perplejo. Nunca iba sin gafas cuando estaba

con gente. Jamás. Sólo en la soledad de su casa, donde nadie podía ver el extraño color de sus ojos, se permitía quitárselas cuando no las precisaba para leer o escribir.

¿Qué le pasaba esa mañana que no era capaz de comportarse como siempre lo hacía? ¿Tanto le había afectado un poco de sexo?

No. En absoluto.

Tanto le había afectado Gala. Ésa era la respuesta correcta.

Se debatió entre regresar a por las gafas o no, y al final ganó la segunda opción. A ella también le gustaban sus ojos, no tenía por qué ocultárselos.

Entró en el baño, se aseó con rapidez y se lavó los dientes untándose el dedo de pasta. No era un cepillado propiamente dicho, pero no podía hacer otra cosa. Se peinó con la raya a un lado, como siempre. Luego se miró al espejo y, siguiendo un impulso que no sabía de dónde venía, se mojó las manos y se las llevó de nuevo al pelo, pero en lugar de peinárselo se lo alborotó. Cuando volvió a mirarse en el espejo, tenía una sonrisa traviesa en los labios.

Fue a la cocina, donde se encontró con Gala. O, mejor dicho, con su retaguardia, porque ella estaba atareada vaciando los armarios y le daba la espalda a la puerta. La observó a placer, pues al ir descalzo no lo había oído entrar. Estaba preciosa vestida con... ¿Qué narices llevaba?, pensó perplejo al ver la peluda cola rosa que salía del pijama azul cielo que llevaba. Se centró en los detalles y descubrió que no era un pijama, sino un mono polar. Y la cola que le salía del trasero era de unicornio; esto lo descubrió por el cuerno ladeado que coronaba la capucha casi oculta por la larga melena de ella.

La media sonrisa que lucía se amplió iluminándole cara. Sólo ella podía llevar una aberración semejante y estar tan... apetecible.

—Tienes fijación por los unicornios —comentó burlón besándole la nuca. Gala se dio la vuelta con brusquedad, apartándose de él—. Lo siento, ¿te he sobresaltado?

—Claro que no, es sólo que no te he oído entrar —contestó ella beligerante.

¿Cómo podía estar tan atractivo nada más despertarse? Además, se había hecho algo en el pelo y lo tenía alborotado, y con esa sonrisa pícaro que lucía parecía un pilluelo a punto de hacer una travesura. Bajó la vista para no mirarlo atontada y sus ojos se posaron en los pies descalzos. Eran... excitantes. Níveos y delgados, el afilado empeine atravesado por sinuosas venas y las puntas de los dedos dibujando una suave curva. Los miró con los ojos entornados; no había llegado a probarlos durante la noche, y ahora tenía ganas de hacerlo. Morderle el dedo gordo y lamer golosa los otros cuatro para subir con la lengua por el empeine, rodear el tobillo y continuar por sus piernas hasta llegar a...

—¡Joder! —masculló sobresaltándolo.

—¿Te pasa algo?

—No. Hoy tocaba limpieza y en eso estoy —explicó con tono agrio—. Si quieres café, está recién hecho —señaló con un gesto la jarra que había en el otro extremo de la encimera.

—Gracias, sí me apetece —murmuró Rodrigo yendo a por él.

—Las tazas están en la vitrina, las cucharas en el cajón y el azúcar junto a la jarra, sírvete tú mismo —le indicó con voz seca dándole la espalda para continuar sacando de los armarios tarros que no necesitaba sacar.

No quería seguir mirándolo. Era peligroso. Mucho.

Esa mañana se había despertado con su calor rodeándola, las piernas de ambos entrelazadas, el pálido pecho contra su espalda y las manos de él en su vientre, unidas a las suyas.

No le había gustado nada despertarse así. O, en realidad, lo que no le había gustado nada era lo mucho que le había gustado despertarse así. Porque una cosa era follar toda la noche y otra muy distinta dormirse abrazados y despertar haciendo la cucharita. Follar estaba bien, era un ejercicio sano y divertido. Hacer la cucharita era una mierda porque implicaba un grado de cariño y complicidad que no quería volver a tener con ningún ejemplar del género masculino de la especie. Puede que Rodrigo fuera un tipo serio y responsable, atento, cariñoso y divertido, pero era un hombre, y la experiencia le decía que no podía confiar en ellos. Ya se había enamorado de uno y no pensaba repetirlo.

Lo mejor era cortar por lo sano y alejarse del peligro.

Pero... ¿y si era demasiado tarde para eso? ¿Y si ya estaba enamorada?

Aunque ésa no era la cuestión. La cuestión era lo que se estaba planteando hacer. ¿Renunciar a él para evitar que le hiciera daño? ¿Tan cobarde era? ¿En serio? ¿Es que no había aprendido nada esos años? Ella era de las que si querían la luna se subían a una escalera y se la bajaban solita. Y ahora estaba vaciando todos los puñeteros armarios de la cocina porque no quería mirar a ese hombre maravilloso a la cara y enfrentarse a lo que sentía por él.

Tomó un bote del armario y lo soltó malhumorada en la encimera, luego se alzó sobre las puntas de los pies para alcanzar el que quedaba al fondo el estante. Se quedó paralizada al sentir a Rodrigo tras ella, de nuevo pegado a su espalda como cuando se había despertado. Un escalofrío la recorrió. Y no era de miedo.

Él cogió el tarro sin apenas estirarse, lo dejó en la encimera y se separó de ella para no agobiarla con su presencia.

—Hace mucho tiempo que no me despierto fuera de mi casa y estoy algo perdido —murmuró con voz grave—. ¿Qué he hecho mal?

—Nada —susurró Gala sin atreverse a darse la vuelta para mirarlo. ¿Cómo podía ese hombre tan estirado ser a la vez tan dulce?

—Algo debo de haber hecho mal para que estés tan molesta conmigo que ni siquiera quieres mirarme...

Gala negó con la cabeza antes de golpear la encimera con las manos y volverse hacia él.

—No has hecho nada mal —lo acusó enfadada—. Has sido maravilloso y encantador, además de un amante excepcional y muy considerado.

—Entonces ¿por qué...?

—Yo tampoco estoy acostumbrada a despertarme acompañada —lo atajó—. Y no sé si me gusta lo que me haces sentir —reconoció perdiéndose en esos ojos violetas que tanto la fascinaban.

—Entiendo. —Aunque en realidad no entendía nada.

Se miraron en silencio sin saber qué decir o qué hacer.

—¿Quieres que me marche?

Ella lo miró pensativa antes de negar despacio con la cabeza.

—No —negó en voz muy baja para luego hacerlo en voz más alta y segura—: No quiero que te marches. Pero me asusta que te quedes —confesó—. Sabía que esta noche iba a marcar un antes y un después en mi vida..., pero no esperaba que provocara el cataclismo que siento ahora mismo en mi cabeza. —Se obligó a mirarlo a los ojos—. No sé lo que quiero, pero sí sé lo que no quiero. Y no quiero una relación.

—Define *relación*.

—Dos personas compartiendo sus vidas... No quiero eso.

—No te lo estoy pidiendo.

—No quiero compromisos ni nada que se le parezca. Sólo seguir como hasta ahora.

—No tengo inconveniente —aceptó él. Los compromisos no se forjaban de repente, había que darles tiempo.

—Y no quiero ni oír hablar de vivir juntos ni nada por el estilo.

—¿No crees que es muy pronto para hablar de eso? —inquirió acercándose para besarla.

Y Gala, incapaz de resistirse, le rodeó la nuca con los brazos devolviéndole el beso.

—Nunca —jadeó ella cuando se separaron.

—Nunca ¿qué?

—Nunca querré oír hablar de vivir juntos. Jamás —aseveró con ferocidad—. Aprecio demasiado mi independencia como para compartirla. No quiero a nadie inmiscuyéndose en mi vida, compartiendo mi espacio u opinando sobre lo que hago o dejo de hacer. No quiero preguntarle a nadie qué quiere cenar ni que nadie me pregunte cuándo voy a volver a casa. No quiero preocuparme por ofender a alguien si me despierto de mala leche ni soportar el mal humor de nadie porque su equipo de fútbol ha perdido la Liga...

—A mí no me gusta el fútbol —replicó él muy serio al comprender que le estaba ofreciendo una relación sin futuro.

—No volveré a vivir con nadie. Jamás —reiteró Gala—. Tú en tu casa, yo en la mía y Dios en la de todos.

—¿Alguna condición más? —preguntó Rodrigo con mirada acerada.

Gala estrechó los ojos. ¿No le gustaban sus propuestas? Qué pena, porque menos le iba a gustar la última. Pero estaba siendo sincera y no iba a detenerse. Él no se merecía que lo engañara con la promesa de una relación que jamás podría ser.

—Si estamos juntos, no será evidente.

Rodrigo echó la cabeza hacia atrás como si lo hubieran golpeado. «Gala, no, por favor. No podría soportarlo...».

—¿A qué te refieres con que no será evidente? —consiguió formular entre los dientes apretados.

—Exactamente a eso. No habrá muestras de cariño cuando no estemos solos. Nada de besos, caricias, abrazos o manos agarradas cuando estemos acompañados.

—¿Por qué? —reclamó, la respiración agitada y los ojos llenos de rabia.

Gala arqueó una ceja con fingida indiferencia, decidida a no dar un paso atrás. ¿Quién se creía que era para interrogarla?

—Dímelo, necesito saberlo —exigió él—. Creo que merezco saber por qué te avergüenza que te vean conmigo.

—No digas tonterías —le espetó asombrada. ¿A qué venía esa reacción tan exagerada?, parecía como si lo hubiera traicionado mandándolo al cadalso—. ¿Por qué iba a avergonzarme?

—No lo sé, dímelo tú. No soy yo quien te exige mantener en secreto nuestra relación.

Gala apretó los labios enfadada, ni siquiera eran pareja y ya le estaba pidiendo explicaciones, ¡qué maravilla! Aunque también era lógico que quisiera conocer los motivos de su decisión, al fin y al cabo, era parte interesada en ella.

—Lo que pase entre nosotros no sólo nos afecta a ti y a mí. También afecta a mis hijas. No estoy dispuesta a dejar que me vean en actitud cariñosa contigo hasta que esté muy segura de mis sentimientos... y de los tuyos. No voy a permitir que Gadea se haga ilusiones que puedan romperle el corazón si lo nuestro no funciona —afirmó con ferocidad maternal—. Y Jimena es una adolescente influenciabile, bastante tiene con el ejemplo que le da su padre como para que me vea besuqueándome con un hombre. Más aún con uno que no le cae lo que se dice bien —resopló preocupada. Jimena estaba en una edad muy difícil y la relación entre ellas ya era bastante tensa, no iba a hacer nada que la hiciera aún más complicada.

Rodrigo parpadeó como si lo hubiera dejado estupefacto con su declaración.

—Entiendo —murmuró tomando una gran bocanada de aire a la vez que se pasaba los dedos por el pelo, alborotándose más aún.

Gala lo miró extrañada. Se comportaba como si le hubiera quitado una pesada condena de encima y pudiera volver a respirar.

—¿Por qué pensabas que no quería que nos vieran juntos? —musitó intrigada.

—No importa.

—A mí me importa. Dímelo.

—No sería la primera vez que una mujer con la que tengo una relación se avergüenza de que la vean conmigo por mi aspecto y me pide cierto disimulo a la hora de salir juntos —dijo con fingida apatía.

—¿Por tu aspecto? —Gala lo miró perpleja. ¿A qué se refería?—. ¿Qué pasa?, ¿antes eras *grunge* o algo por el estilo? —inquirió incapaz de imaginarse algo peor para un hombre tan elegante como él que vestirse con ropa que no conjuntaba entre sí y que además tenía desgarrones y parecía vieja, y a veces lo era.

—¿Grun... qué? —Rodrigo no sabía lo que era eso, pero tal como sonaba no quería serlo.

—*Grunge*... Ya sabes, como Nirvana, desaliñado, con los vaqueros rotos, las botas sucias, el pelo largo y descuidado...

—Por supuesto que no. Jamás me he puesto un vaquero —replicó ofendido—, menos aún he vestido como un pordiosero.

—Entonces ¿por qué iba a avergonzarse nadie por tu aspecto? —preguntó.

—Hay personas a las que el blanco nuclear sólo les gusta para las camisas...

Ella lo miró sin entender. Al menos, hasta que él bajó la vista a sus pies desnudos, tan pálidos que destacaban como estrellas albas sobre el suelo azul de la cocina.

—¡Menudas gilipollas! —masculló de repente Gala, la cólera prendiendo en ella con tanta rapidez que le crispó los labios en una mueca de ferocidad—. Hijas de putas malparidas, ¿cómo se atreven? No permitas que nadie te haga sentir mal por el color de tu piel. Y si alguien vuelve a decirte algo, me lo dices y ya me ocuparé yo de ponerle los puntos sobre las íes —le dijo con la voz de mamá furiosa que usaba con sus hijas cuando alguien las molestaba.

Rodrigo la miró sorprendido mientras soltaba sapos y culebras por la boca. Jamás habría esperado tanta ferocidad en ella, mucho menos por algo que le habían hecho a él. Así que ésa era la Gala protectora, la que luchaba con uñas y dientes por sus hijas y por su gente. La que protegía a los que quería y sufría con ellos cuando algo les dolía.

—Perras asquerosas, como las pille...

—¿Qué? ¿Las vas a castrar? —inquirió burlón.

—Por supuesto que no —replicó con una mueca de asco—, les arrancaría todos los pelos de la cabeza. A la vez.

—¿En plan indio arrancacabelleras?

—Más o menos, pero a tirones en lugar de con cuchillo.

Rodrigo estalló en una carcajada al verla tan indignada. Se acercó y la envolvió en un rendido abrazo antes de besarla.

—Te quiero en mi vida —musitó cuando se separaron.

—Pero no puedes tenerme —replicó ella dando un paso atrás.

—No cuando estemos acompañados, pero he creído entender que esa premisa desaparece cuando estemos solos. Sólo es cuestión de buscar los momentos...

—No voy a esconderme por los rincones para besuquearme contigo, y mucho menos voy a meterte en mi cama si están mis hijas en casa, ni siquiera cuando estén dormidas. Y, por supuesto, tampoco voy a dejarlas solas en casa para bajar a follar contigo.

—Entonces ¿qué me estás proponiendo exactamente? —exigió saber.

—Seguir como estamos ahora.

Rodrigo se llevó los dedos a los labios, dándose golpecitos mientras meditaba.

—Lo que me estás ofreciendo es, por decirlo de alguna manera, una relación amistosa que, dos fines de semana al mes, cuando tus hijas estén con tu exmarido, se convertirá en sexual...

—Más o menos. Sí. Eso es.

La boda

Lunes, 12 de junio de 2017

—¿Está lista la camisa de las sandías?

Rodrigo frunció el ceño al oír cómo se refería la cosedora a su última creación. Odiaba que las reconocieran por sus horribles estampados.

—Me queda un ojal —contestó Amalia—. Ve ensamblando la de las sombrillas.

—Os rogaría que hablarais con propiedad y os refirierais a los pedidos por su número y no por su estampado —comentó Rodrigo con gesto serio.

Ambas mujeres levantaron la vista de las prendas que estaban cosiendo para mirarlo, Rosalía con una acusatoria ceja enarcada y Amalia por encima de sus gafas de cerca.

—Claro —murmuró esta última dejando en la mesa el delantero que estaba ojalando para tomar la carpeta de pedidos—. Ponte con el JN1902 y luego prepara las mangas del JN2103.

Rosalía buscó en su abultada carpeta las hojas de trabajo correspondientes a esos pedidos.

—Que vienen a ser la camisa de dálmatas y la de rayas rosas —apuntó Amalia al ver que tardaba en encontrarlas—. Por cierto, Rodrigo, necesito los cuellos del JN1604 y el JN1701 para ensamblarlos, ¿has podido terminarlos?

Él frunció el ceño meditabundo mientras revisaba las etiquetas que colgaban del grueso atado de los cuellos terminados para luego pasar al aún más grueso atado de los cuellos preparados para termofijar.

—Dinosaurios, mapaches y tiburones, son para el polaco que se pirra por los animales —señaló Amalia con retintín mientras él pasaba un cuello tras otro sin encontrarlos.

Rodrigo detuvo su incesante búsqueda y miró a su empleada, quien no se cortó en devolverle su mirada combativa. Suspiró cansado y sacó otro atado del cajón, en el que estaban los estampados mencionados.

—Faltan las varillas —musitó cogiendo una caja.

Eligió dos ballenas de medida parecida y las probó observando con atención el acople. Se decidió por la primera e insertó otra igual en el otro extremo del cuello.

—¿Cuándo viene Matilde? —preguntó Rosalía mirando el reloj con gesto preocupado. Era imposible que les diera tiempo a preparar las prendas para la lavandera esa tarde.

—He retrasado la entrega hasta mañana al mediodía —respondió Rodrigo.

—Mejor, hoy habría sido muy apresurado. —Amalia dejó a un lado el delantero que acababa de ojalar para tomar otra camisa.

—Y mañana también lo será —masculló él. Acabó de poner las varillas y, sin perder un segundo, comenzó a aparejar las telas para dejarlas listas para ensamblar.

Decir que tenía mucho trabajo era quedarse corto. Estaba desbordado, de ahí que a finales de marzo hubiera contratado a tiempo completo a Amalia. Y, como seguían faltando manos, un mes después había hecho lo mismo con su hija, una magnífica cosedora artesanal de las que ya quedaban pocas. De hecho, tan pocas quedaban que no era capaz de encontrar a otra más para que les echara una mano en las ocasiones excepcionales. Ocasiones que, por cierto, cada vez eran menos excepcionales para convertirse en más usuales.

Llevaba aparejadas tres camisas cuando sonó el timbre. Apretó los labios molesto, aún faltaban tres cuartos de hora para abrir. Y si estaban allí en lugar de en sus casas era porque habían decidido trabajar a puerta cerrada durante las horas de la comida. Era la única manera de sacar el trabajo, sobre todo él, que, además de hacer patrones, cortar, preparar y aparejar, debía atender a los clientes, que, por cierto, cada vez eran más. Y si ese tiempo que había robado a su descanso lo empleaba en atender a un cliente que no respetaba los horarios, tendría que quedarse hasta después del cierre a terminar su trabajo, lo que implicaría salir más tarde. ¡Y esa noche quería llegar pronto a casa!

—¿No vas a abrir? —inquirió Amalia preocupada. No era normal en él hacer esperar a un cliente. Desde luego, no era lo que le habían enseñado su padre y su abuelo.

—No abrimos hasta las cinco y media, lo pone claramente en el cartel de la puerta, y hasta ese momento faltan cuarenta y siete minutos. Quien sea ya volverá más tarde.

Nada más decir eso, sonó su móvil. Sacó el teléfono, contestó y, tras unos segundos, colgó con un somero «sí».

—Por lo visto, no me queda otro remedio que abrir —comentó saliendo del taller.

Recorrió con pasos rápidos el camino hasta la puerta, pues tras ésta se encontraba su mejor clienta, y casi podía decirse que su mejor representante, pues era quien le había proporcionado el noventa por ciento de sus nuevos clientes.

—Señora Heresanu, señores... —saludó al abrir.

Miró con recelo a los hombres que la acompañaban. Lavinia, ataviada con su estilo colorido y llamativo, destacaba como un faro frente a ellos, que vestían de negro absoluto. Pantalones, zapatos, chaquetas, abrigos, corbatas y camisas, todo de un negro profundo que parecía oscurecer la entrada. No eran los matones del tres al cuarto que siempre la acompañaban, al contrario, parecían tallados en granito y eran grandes como montañas; de hecho, Rodrigo rozaba el metro noventa y tenía que alzar la vista para mirarlos a los ojos. O, mejor dicho, a las gafas de sol, porque todos llevaban oscuras gafas de sol de marca, pero no de las caras, sino de las obscenamente caras. Tenían el semblante impenetrable, llevaban pinganillo en el oído

y emanaba de ellos un aura de intimidante peligrosidad. Formaban un cuadrado perfecto alrededor de alguien a quien Rodrigo no pudo ver.

Se apartó permitiéndoles el paso y, cuando entraron, la formación cerrada se abrió dejando salir de su interior a un hombre que no debía de superar el metro setenta, de hombros caídos, barriga contundente y porte erguido. Tenía la cabeza grande y el pelo, muy corto y blanco. Las gruesas cejas negras daban fuerza a un rostro de ojos saltones, nariz de boxeador y boca definida que en ese momento estaba curvada en una sonrisa de suficiencia.

—Bonito sitio, muy bien decorado —le dijo con un marcado acento extranjero a Lavinia antes de ladrar una orden en un idioma que Rodrigo no supo identificar.

En el acto, uno de sus hombres, el más grande y amenazante, se colocó junto a él mientras el resto se separaban. Dos salieron fuera, quedándose frente a la entrada, otros dos permanecieron dentro, inmóviles junto a la puerta, y los dos restantes recorrieron la tienda revisando cada rincón con un extraño aparato electrónico que llevaban en la mano.

—Así que usted es el artesano que hace las camisas a mis socios. —El hombre cano se dirigió a la vitrina—. Me gusta su trabajo, señor Castro, es meticuloso, de gran calidad y con unos acabados impecables —afirmó observando las camisas expuestas.

—Me siento halagado, señor...

—Aleksiev. Pavel Aleksiev —apuntó éste observando los cuellos expuestos—. Dígame, ¿qué tipo de cuello me recomendaría?

Rodrigo cabeceó a modo de saludo y lo observó con atención antes de responderle. Llevaba una camisa hecha a medida de cuello inglés, aunque las puntadas de las mangas y los ojales dejaban claro a quien supiera mirar que estaba cosida a máquina en lugar de a mano.

—Le recomendaría un cuello italiano. Al ser de tipo más bajo, le daría una apariencia más estilizada. Y, si desea un aspecto más moderno, lo evolucionaría hacia el *cutaway collar*. —Sacó un par de cuellos de la vitrina—. La leve curvatura en el corte de las palas lo hace muy atrevido y favorecedor.

—Así que cuello italiano..., ¿no le gusta el inglés? —inquirió arqueando una ceja a la vez que se tocaba el cuello inglés de su camisa.

—Es un cuello que da muy bien con traje. Más largo que el normal, resulta muy favorecedor en cabezas de tamaño comedido, ya que sus puntas les dan amplitud. No obstante, el diámetro de su cabeza es importante, y por eso le recomiendo cuello italiano.

—Ya veo... —Pavel esbozó una suave sonrisa—. Tenías razón, Lavinia, este tipo los tiene bien puestos. Pocas personas se atreven a llamarme cabezón a la cara.

—Disculpe, señor Aleksiev, pero en ningún momento le he... —Rodrigo se calló al oír un grito ahogado procedente del probador.

Se dirigió presuroso hacia allí, encontrándose con una indignada Amalia, a la que seguía una asustadísima Rosalía.

—¿Quién se cree usted que es para entrar en mi taller? —le estaba diciendo en ese momento la anciana al gorila que llevaba el aparato en la mano—. ¡Y sin pedir permiso ni llamar a la puerta! ¡Habrased visto jamás tamaña desfachatez!

—Amalia, ¿qué ha pasado? —le preguntó Rodrigo interponiéndose protector entre ella y el enorme hombre que la miraba indiferente.

—Este maleducado ha entrado en el taller por las buenas, dándonos un susto de muerte.

—Ruego disculpe a mi empleado, se mete tanto en el trabajo que se le olvida que no está solo —intervino Pavel para luego ladrarle algo en su idioma al gorila. Éste asintió y se hizo a un lado con el mismo semblante inexpresivo que tenía desde que había entrado—. Ya está solucionado, pueden volver a meterse en su guarida, señoras.

—Regresad al taller, sólo ha sido un incidente sin importancia —les indicó Rodrigo tratando de transmitirles una seguridad que no sentía. Amalia bufó, poco convencida de dejarlo a solas con esos mostrencos, que parecían de todo menos buenas personas—. Pasad al taller, por favor.

Amalia le dirigió una mirada pesarosa antes de entrar y cerrar con llave.

—No voy a permitir que vuelvan a asustar a mis empleadas —le advirtió Rodrigo a Pavel al regresar junto al mostrador.

—Le prometo que no volverá a suceder.

Rodrigo asintió para luego centrar su atención en el extraño aparato que uno de los matones dejaba sobre el mostrador.

—¿Qué es eso?

—Soy un hombre muy reservado —contestó Pavel con voz perezosa—, así que mis hombres han colocado un inhibidor de frecuencia para evitar que nos interrumpan.

Rodrigo lo miró perplejo. Los inhibidores de frecuencia impedían el flujo de comunicación entre móviles, radios, internet y cualquier aparato de ondas. ¿A qué narices venía tanto secretismo? Cada vez le gustaba menos ese tipo.

—Parece que todo está correcto, así que cierre la puerta y comencemos a hablar de negocios, que al fin y al cabo es por lo que estamos aquí —lo exhortó Pavel.

Rodrigo observó al hombre, a sus matones y a Lavinia, quien asintió con disimulo, y sin querer pensarlo mucho, se acercó a la puerta y cerró con llave.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—¿No es evidente? Quiero camisas.

—¿Tiene alguna idea en mente?

—En realidad, no, excepto que no sean negras. Quiero dar un nuevo aire a mi vestuario.

—¿Tiene alguna idea concreta?

—Quiero prendas cómodas, elegantes, vistosas y de la mejor calidad; cómo las haga o la hechura que tengan me es indiferente siempre y cuando cumplan esos requisitos.

Rodrigo evaluó de un largo vistazo su vestuario, su complexión fuerte, el aplomo caído de sus hombros, su picuda papada y la postura encorvada que mantenía estando parado.

—Le recomendaría una camisa casual, perfecta tanto para momentos distendidos como para ocasiones más formales. Cuello italiano, puños sencillos a dos botones, tapeta vista, delantero limpio y ligeramente entallado y con dos pinzas a la espalda para darle holgura.

—Me parece bien —comentó Pavel lacónico observando las prendas expuestas.

—¿Tiene algún tipo de tejido en mente? ¿Estampado, liso, rayado?

—Todos.

Rodrigo miró con gesto severo al hombre. ¿Acaso pensaba que además de maestro camisero era adivino? Por lo visto, esa reunión iba para largo.

—Como desee —aceptó sacando varios muestrarios—. ¿Colores claros, oscuros, medios?

—¿Cuántas camisas me recomienda tener? —inquirió Pavel ignorando su pregunta.

—Depende de distintos factores, como el uso y la periodicidad que vaya a darles. No obstante, como prendas básicas le aconsejo dos camisas blancas en Oxford o popelín, una azul en *fil-à-fil*, una con fondo blanco y rayas de un milímetro en burdeos o granate, y ahora, al ser verano, imprescindibles también un par de lino.

—¿Cuántas camisas tiene usted?

Rodrigo lo miró perplejo. ¿A qué venía esa pregunta?

—Vamos, responda. No sea tímido —lo alentó Pavel burlón.

Él irguió la espalda, indignado por el tono del hombre. ¿Qué se creía?

—No me parece que sea de su incumbencia, pero si tanto le interesa le diré que se acercan a las cincuenta —replicó cortante.

—Ésas son muchas más que las seis que me recomienda.

—Soy un hombre caprichoso al que no le gusta repetir prenda a menudo.

—Qué casualidad, yo también. Asisto a muchas reuniones y siempre voy de negro. Estoy algo aburrido. Además, eso de que siempre te vean con camisas parecidas lo hace repetitivo y quita clase. Más aún cuando resulta que mis socios tienen camisas de mejor calidad que yo —masculló, su cara convertida en pura rabia—. Menos mal que mi querida Lavinia siempre me da los mejores chivatazos —afirmó sonriendo a la mujer—. Empezaré con las seis que me ha recomendado. Si me gustan, tal vez trate de emularlo y le encargue un centenar. O más. No obstante, quiero algún detalle que dé exclusividad a mis camisas.

—Por supuesto. Las iniciales bordadas...

—Eso lo tienen todas las camisas, no es un signo de distinción. Quiero algo que convierta las mías en únicas.

—Eso va a ser imposible, no existe nada que pueda conseguir tal exclusividad en un mundo tan globalizado como el nuestro. Puedo crear camisas de la más alta calidad, pero no soy el único que puede hacerlo.

—Lo entiendo —aceptó Pavel—, pero invéntese algo que las haga únicas —ordenó.

Rodrigo mantuvo su gesto impávido mientras sus pensamientos iban a mil por hora. No iba a perder una venta de seis camisas por una exigencia imposible. Por tanto, se trataba de utilizar lo que tenía a su alcance y dotarlo de exclusividad.

—Podría añadir un detalle que... Pero no creo que le sirva, no es evidente a la vista.

—Dígamelo, yo decidiré si me interesa o no.

—Mi padre y mi abuelo usaban varillas de plata en los cuellos —comentó—. Pero ese detalle no sería evidente a simple vista...

—¿Varillas de plata en los cuellos?

—Así es. —Tomó una camisa de la vitrina y sacó las varillas insertadas en las palas del cuello, mostrándole a qué se refería.

Pavel observó intrigado la delgada pieza. Ninguna de sus camisas la tenía; tal vez ése fuera el motivo de que sus cuellos se curvaran, mientras que las que sus socios compraban a ese hombre permanecían en su sitio.

—También puede personalizar las prendas con gemelos exclusivos —continuó Rodrigo al ver que parecía intrigado—. Trabajo con un maestro orfebre que puede crear cualquier diseño que se le ocurra en metales nobles. Y, si lo desea, podemos ser atrevidos y bordar las iniciales en el puño. O en la manga: Fred Astaire solía llevarlas en la izquierda...

—Quiero varillas de oro —afirmó Pavel—. Y los gemelos también. ¿Su orfebre puede grabar cualquier diseño en ellos? ¿Un mapa, unas ruedas dentadas, un patinete?

—Por supuesto.

—¿También un barril de metal de los que se usan para remojar a los chivatos en cemento y tirarlos al río? —inquirió arqueando una ceja. Rodrigo asintió—. Son mi seña de identidad. Estaría bien presentarme en alguna reunión de los Popescu con unos gemelos así, ¿no crees, Hristo?

Miró al enorme gorila, que no se había separado de él en ningún momento, y éste curvó los labios en una sonrisa tan peligrosa que Rodrigo sintió que le temblaban las rodillas.

Por Dios, ¿quiénes eran esos hombres y a qué se dedicaban?

—Pavel, querido, no seas travieso. Estás asustando a Rodrigo, no creo que eso sea bueno para su pulso, y si le falla, las camisas no serán perfectas —intervino Lavinia.

—Mujer, yo también tengo derecho a bromear —replicó sonriente Pavel antes de mirar a Rodrigo—. Veamos las camisas que va a hacerme...

* * *

—Aunque no lo parezca, soy un hombre comprensivo —comentó Pavel mucho más tarde, con las medidas ya tomadas, los tejidos elegidos y los detalles que personalizaban las prendas escogidos—, por eso admitiré cierta demora. Quiero la blanca y la de estampado Liberty para el próximo lunes. Para el resto esperaré veinte días.

Rodrigo asintió. El encargo era muy apresurado, pero podía cumplirlo.

Observó cómo el matón más enorme de todos dejaba un montón de billetes de cien en el mostrador. Desde luego, no se podía decir que Pavel Alekseev reparara en gastos.

—Creo que me va a gustar hacer negocios contigo —dijo Pavel mientras sus gorilas recogían el aparato que habían colocado en la librería para luego posicionarse alrededor de él.

—El sentimiento es mutuo —contestó Rodrigo con sinceridad, pues, en contra de lo que había esperado, el hombre había elegido con criterio y elegancia, escuchando sus consejos.

Se dirigió a la puerta, que había permanecido cerrada con llave hasta ese momento, y la abrió, haciéndose a un lado para permitirles el paso. Esperó a que se montaran en dos enormes Mercedes negros que se habían detenido en la calzada parando el tráfico, cerró con llave y se permitió por fin exhalar el suspiro que llevaba conteniendo toda la tarde.

No había muchas personas capaces de intimidarlo, y ese hombre era una de ellas.

—¿Se han ido? —preguntó Amalia asomándose renuente. Rodrigo asintió—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Esos hombres parecían peligrosos...

—Las apariencias engañan, y tú lo sabes mejor que nadie —aseveró sin querer darle más detalles para, acto seguido, informarla del nuevo encargo.

—Vamos a ir bastante justos para las dos primeras —comentó preocupada.

—No te preocupes por eso, llegaremos.

—¿Vas a volver a quedarte trabajando todo el fin de semana?

—No tengo nada mejor que hacer, bien puedo emplear el tiempo en sacar adelante mi negocio. ¿Habéis terminado de preparar las prendas para Matilde? —inquirió frotándose las sienes mientras repasaba las notas que acababa de tomar. Tenía que abrir ficha y crear los patrones del nuevo cliente para trabajar sobre los cortes.

—Tienes que contratar a alguien que te ayude, Rodrigo. No puedes seguir así — señaló Amalia al intuir que volvía a dolerle la cabeza.

—Eso no es tan fácil como parece. Nuestro oficio se está perdiendo —respondió pesaroso—. Los jóvenes de ahora no tienen pasión por lo artesanal, sólo quieren hacer el trabajo rápido, acabar pronto y cobrar mucho. Ahora las camisas se cortan en cadena, se cosen a máquina, se lavan en lavadoras a cuarenta grados y se secan en secadoras... Ya no quedan cortadores, rematadoras ni cosedoras que sepan tratar el producto y entiendan los tejidos.

—Enséñalos tú. Contrata a un aprendiz y fórmalo.

—No tengo tiempo para eso —masculló—. Además, tampoco sé cuánto va a durar esta racha. Ahora nos sentimos invencibles, pero te recuerdo que hace seis meses el trabajo brillaba por su ausencia.

—Pero ¿y si dura? ¿Y si siguen llegando nuevos clientes? No das abasto, Rodrigo. No puedes atender, tomar medidas, crear patrones, coser, aparejar, ensamblar y construir los cuellos tú solo. Ya no confeccionas una docena de camisas al mes, sino más de cincuenta. Necesitas ayuda. Y, si no encuentras a nadie cualificado, tendrás que cualificarlo tú.

—Esperaremos a que pase el verano. Ahora viene agosto y Madrid se para. Si a finales de septiembre sigue el trabajo como hasta ahora, intentaré contratar a alguien, y si no encuentro a nadie, me plantearé buscar un aprendiz.

Bajó la cabeza dando por terminada la conversación y se centró en las notas que había tomado. Tenía mucho trabajo por delante y no podía permitirse el lujo de perder el tiempo con charlas estériles.

Jimena observó embelesada cómo David, montado sobre su monopatín, atravesaba en zigzag las latas de Coca-Cola dispuestas en hilera sobre la acera para después frenar con brusquedad al llegar a los bancos en los que se había reunido el grupo de chicos y chicas.

—¿Te *ape* que nos demos un *voltio* por el jardín? —le preguntó él señalando con la cabeza la entrada al jardín del Príncipe de Anglona.

—Claro —musitó Jimena esbozando una sonrisita avergonzada.

Echó un vistazo a la plaza, localizó a su hermana y le lanzó una mirada amenazante con la que esperaba conseguir que se quedara donde estaba y no la siguiera, algo que la muy pesada hacía a menudo últimamente. Luego miró a sus amigas.

—¿Os venís? —les dijo, y era más una petición que una pregunta.

Malena, Anuja y Xiao se miraron antes de asentir con un gesto y caminar tras Jimena y David. El resto de la pandilla los siguió también para adentrarse en el delicioso jardín que mantenía su trazado nobiliario oculto tras las altas tapias que lo aislaban del mundo.

En el momento en que traspasaron la puerta, David dejó de guardar las distancias con Jimena y le pasó un brazo por los hombros, acercándola a él para darle un beso en los labios.

—¿Vamos a nuestro banco? —Señaló un rincón escondido tras tupidos setos.

—Vale —aceptó ella echando una rápida mirada a su mejor amiga.

Anuja asintió y se dirigió con Malena y Xiao al banco situado a la entrada. Desde allí podían vigilar la plaza y avisar a Jimena si su madre aparecía antes de tiempo o si algún adulto se acercaba al jardín.

—Odio este puto sitio —masculló Kini, sus ojos más desafiantes que nunca, sentándose en el respaldo del banco que ocupaban las niñas. Sacó un cigarrillo del bolsillo.

—Tú lo odias todo, tío —se burló Josete haciéndose hueco entre Malena y Xiao. Sacó una baraja de cartas—. ¿Jugamos?

—Paso, prefiero ver una peli porno, seguro que es más entretenida que tu mierda de cartas —respondió Kini encendiéndose el cigarrillo.

Jimena volvió la cabeza al oírlo y se vio atrapada por su mirada.

—¿Te has bajado alguna de internet? Miguel me pasó un par de páginas, pero no me fío de que no metan mierda. El último portátil me lo jodieron los virus, y mi padre me ha dicho que no me arregla más, así que no quiero cargarme el móvil —apuntó Josete malhumorado.

—No hace falta internet para ver una peli porno —repuso Kini sin apartar la mirada de Jimena. Y a ella no le cupo la menor duda de a qué se refería exactamente.

—Mira que estáis salidos, joder —intervino David guasón.

—No todos tenemos novia —le reprochó Josete.

—Pues ya sabes lo que toca: joderos, aguantaros y pajearos —y esto lo dijo mirando a Kini. Luego bajó la cabeza y besó a conciencia a su chica—. Vámonos a nuestro banco, si estos idiotas quieren ponerse cachondos, que busquen en internet —propuso yendo hacia un banco semioculto entre altos arbustos y cubierto por la sombra de árboles frondosos—. Hoy estás muy guapa —musitó sentándola en su regazo con mimosa dulzura.

Jimena se sintió enrojecer de vergüenza y placer.

Nunca se había atrevido a soñar que David se fijara en ella, pero así había sido. La llegada del buen tiempo y los días más largos habían propiciado que estuviera más tiempo en la calle, relacionándose más con los chicos. Pero no había sido hasta hacía un mes que él había empezado a hacerle más caso, coincidiendo con que por fin había conseguido que su madre la dejara salir de la plaza con sus amigas. Y, una semana atrás, en la plaza de los Carros, tras un recorrido supercomplicado con el monopatín, David se había detenido frente a ella para atraerla hacia sí y besarla.

Así, sin anestesia y sin avisar.

Jimena estuvo a punto de desmayarse de la impresión. Era su primer beso. ¡Y se lo estaba dando el chico más guapo y popular de la plaza!

Desde entonces estaban saliendo. Y no era difícil encontrar rincones apartados donde quererse ahora que sus límites ya no estaban circunscritos a la plaza de la Paja. Ahora podía salir por los alrededores, eso sí, sólo desde que su madre llegaba a casa sobre las seis y hasta las ocho. Así que antes de esa hora paseaba por la plaza con sus amigas o se metía en el jardín con David, estando, por supuesto, muy pendiente de la hora para salir antes de las seis. Por nada del mundo quería que su madre entrara a buscarla allí.

—Me gustas un montón, Jimena —susurró David en su oído para luego besarle el cuello.

Ella se estremeció al sentir el cosquilleo que provocaban sus dientes en la suave piel de su hombro. David era tan tierno, tan cariñoso. Tan atrevido...

Lo detuvo cuando sintió su mano subir hacia sus pechos. ¡Tenía fijación por ellos!

—No seas tan estrecha, tía... —susurró él besándola de nuevo.

Jimena, llevada por el beso, aflojó la fuerza con que lo sujetaba, pero en cuanto sintió que volvía a subir, lo paró.

—Vamos, tía, no sabes cómo me tienes...

—No. Es muy pronto para eso —aseveró ella con semblante serio.

Ahora que estaban tonteando con los chicos, sus amigas y ella habían hablado del asunto largo y tendido y habían llegado al acuerdo de no dejarse manosear, porque de ahí se pasaba al sexo, y eso ya eran palabras mayores.

—Está bien —masculló él al verla tan segura. Bajó la mano hasta envolverle la cintura—. Eres una tía cojonuda, divertida y superguapa, y me gustas mucho, pero no creas que te voy a esperar eternamente —la avisó antes de besarla.

Cuando un rato después volvió a subir la mano, Jimena no lo paró.

* * *

Calix miró el reloj y un estremecimiento lo recorrió al ver que casi eran las seis. Se había abstraído tanto corriendo que no se había dado cuenta de lo tarde que era. Aceleró su carrera, el sudor empapándole la camiseta de tal modo que parecía recién salido de la ducha. Sintió que su vista se desenfocaba al llegar a la costanilla de San Andrés, pero en lugar de parar se secó el sudor que le caía por la frente y apretó el paso. Sólo le quedaban unos pocos metros para llegar a casa; si se daba prisa, todavía podía llegar antes que Verónica y tal vez incluso le diera tiempo a ducharse.

Se detuvo en un banco situado a la entrada de la plaza, dio un largo trago a la botella de agua que guardaba en la riñonera y comenzó a hacer los estiramientos con rapidez. No había nada que cabreara más a Verónica que llegar a casa y que él no estuviera para recibirla. Y era lógico. Al principio le había sentado bastante mal esa imposición, no era un niño pequeño para tener horarios, pero ella le había explicado sus motivos, y lo cierto era que no le faltaba razón. Él seguía en paro y sin hacer nada en todo el día más que ocuparse de la casa. Bien podía salir a correr cuando ella no estuviera. Al fin y al cabo, su chica pasaba fuera todo el día, trabajando sin parar para mantenerlos y, cuando llegaba a casa, cansada tras el duro día, lo único que quería era estar con él, hacerse mimitos y pasar el resto de la tarde juntos. ¿Era demasiado pedir que le dedicara un poco de tiempo después de todo lo que ella hacía por él?

Y Calix se había dado cuenta de que tenía razón. No podía ser tan egoísta de no estar a su lado cuando regresaba. Así que intentaba salir después del telediario para correr un buen rato y regresar a la plaza con tiempo de estar unos minutos por allí y luego subir a casa, darse una ducha y estar preparado para ella cuando llegaba.

Sin embargo, la temperatura esa semana había subido unos diez grados con respecto a la de la anterior, y a esas horas hacía demasiado calor para correr, lo que, además de no ser agradable, era peligroso. Así que no le iba a quedar más remedio que salir a correr por la mañana, poco después del amanecer, cuando el sol no pegara con fuerza. Y eso era algo que no le importaría mucho, de no ser porque a esas horas no vería a nadie en la calle. Al menos, a nadie a quien conociera. Si prefería correr al principio de la tarde era porque, al volver, se encontraba con los vecinos y los niños que regresaban del colegio y se quedaban un rato en la plaza. Y, aunque no hablaba con ellos, sí le gustaba acercarse y sentir que, aunque fuese de una manera difusa, su vida no se reducía sólo a estar con Verónica. Aunque con el calor que hacía también ellos comenzaban a quedarse en casa y a bajar más tarde. De hecho, en ese momento

no había un solo vecino en la calle. Únicamente estaban los niños, y ni siquiera todos, pensó al darse cuenta de que faltaba el grupito de Jimena.

Oteó la plaza, Gadea y sus amigas estaban sentadas en un banco aledaño al jardín del Príncipe de Anglona, pero de Jimena no había ni rastro. Y debería estar allí, porque ella misma le había contado que sólo podía salir de la plaza cuando su madre estaba en casa. Sintió que se le paraba el corazón al pensar que Gala ya había llegado del trabajo, porque eso significaba que Verónica también. Dejó de estirar sin importarle no haber acabado y se dirigió al portal, decidido a llegar cuanto antes a casa y disculparse con su chica. Pero al pasar junto a Gadea le llamó la atención que no estuvieran patinando a toda velocidad. En lugar de eso, ella y sus amigas hablaban en susurros con gesto preocupado. Una sospecha anidó en su mente y, sin pararse a pensar en lo que hacía ni el tiempo que iba a perder, se acercó a ellas.

—¿Ha llegado ya tu madre?

La cría negó con la cabeza mirándolo preocupada y Calix sospechó que Jimena se había ido sin esperar a Gala; no obstante, desechó esa idea al instante. La niña no solía desobedecer, aunque también era cierto que últimamente parecía más que dispuesta a desafiar a su madre para conseguir más libertad. De hecho, desde que había cumplido los trece se había convertido en una rebelde sin causa, y a él sus ansias de libertad y las supuestas injusticias que su madre cometía con ella le preocupaban bastante. Sobre todo, desde que hacía unos días había comenzado a comportarse de una forma extraña. Esquivaba sus preguntas y se mostraba reacia a charlar con él con la sinceridad de siempre.

Y eso no le gustaba nada.

—¿Dónde está Jimena? —le preguntó inquieto a Gadea.

La pequeña ladeó la cabeza hacia sus amigas y éstas le devolvieron una mirada asustada antes de fijar la vista en el suelo.

—Gadea, ¿tu hermana se ha ido de la plaza? —le reclamó Calix en tono amistoso.

La cría negó despacio con la cabeza e imitó a sus amigas fijando los ojos en el suelo.

—Si no se ha ido, ¿dónde está? —Se acuclilló para que no pudiera esquivar su mirada.

Ella apretó los labios formando una fina línea y volvió a negar.

—Soy su amigo, seguro que no se va a enfadar si me lo dices —susurró temiendo que se hubiera ido con ese chaval que le gustaba.

La última semana los había visto muy juntos. Demasiado para su gusto. Conocía a los chicos como ese tal David. Él había sido uno de ellos. Chulitos prepotentes y descerebrados que sólo querían una cosa... Una sospecha inquietante surcó su cabeza. Pero era imposible. Jimena era una cría, ¡apenas tenía trece años! Luego miró el semblante asustado y preocupado de Gadea y la sospecha se hizo más fuerte.

—Gadea, dime dónde está, por favor. No soy un chivato, no sabrá que me lo has dicho.

—Eso me da lo mismo, Jimena me odia y siempre me echa la culpa de todo lo que le pasa —repuso encogiéndose de hombros antes de fijar los ojos en la entrada del jardín.

—No te odia, sólo está pasando una etapa complicada —replicó Calix siguiendo la dirección de su mirada.

Se irguió y caminó presuroso hacia allí. Nada más entrar, vio a dos chavales y a las amigas de Jimena en un banco, no así a ella. Se acercó y supo que algo pasaba cuando las niñas enrojecieron al verlo.

—¿Dónde está Jimena? —les preguntó directamente.

—Creo que ha subido a casa —comentó Malena con forzada indiferencia antes de tararear entre dientes una canción.

Calix enarcó una ceja con incredulidad y miró a Anuja. Ésta sufrió un repentino ataque de timidez y fijó los ojos en sus zapatos, igual que hizo Xiao. Por lo que sólo le quedaron los chicos. Ignoró al moreno y centró su atención en el que estaba fumando. Era el chico de mirada desafiante y sonrisa triste, era el nieto del Ogro, uno de los vecinos. No vivía allí, pero bajaba a la plaza a diario y, por las veces que lo había pillado mirando a Jimena, Calix sospechaba que la niña era la culpable de que visitara con tanta asiduidad a su abuelo.

—¿Dónde está?

—Ni puta idea —contestó el chaval desafiante. Le dio una calada al cigarrillo, volvió la cabeza hacia el cenador, echó el humo y lo miró de nuevo malhumorado.

—Gracias por nada, gilipollas —le soltó Calix encaminándose hacia el cenador.

Una ladina sonrisa asomó a sus labios cuando les dio la espalda y no pudieron verlo. Era listo el chavalín. Se las daba de duro y pasota, pero la verdad era que acababa de indicarle dónde encontrar a Jimena sin que nadie lo notara. De ahí que le hubiera agradecido la información disfrazándolo de insulto. El chico lo había ayudado y él no pensaba delatarlo.

Caminó por el sendero que discurría paralelo al altillo en el que estaba el cenador y, al llegar al final de éste, vio a una parejita dándose el lote en un banco oculto entre los setos. Sólo que no era una parejita. Era Jimena. Y el capullo sobre el que estaba sentada tenía la mano muy cerca de sus pechos y no parecía tener intención de detenerse antes de llegar allí.

Calix contuvo la furia asesina que lo quemó y se acercó decidido a no matarlo.

—Buenas tardes —dijo con una voz tal que el saludo sonó a sentencia a muerte.

La pareja se separó sobresaltada, aunque no pasó un segundo antes de que Jimena transformara el susto en indignación, mientras que David lo miraba con respetuoso mal humor, sin atreverse a decirle nada. No le apetecía quedar como un cobarde ante su chica, pero, joder, el rubio tenía músculos por todas partes.

—¿Qué quieres? —le espetó Jimena tan enfadada como avergonzada.

—Nada, estaba dando una vuelta por aquí, te he visto y he pensado: voy a saludar a mi amiga —respondió Calix burlón.

—Pues podrías haberte ido un ratito a la mierda en vez de venir a darme por culo —replicó decidida a no quedar como una niña tonta ante David.

Calix la miró dolido, nunca le había hablado así.

—Perdona la molestia —repuso enfadado—, pero llevo un par de días sin verte y he pensado que podía charlar contigo los cinco minutos que faltan hasta las seis. —Se cruzó de brazos, dejándole bien claro que no iba a irse solo de allí.

Jimena se mordió los labios al comprender lo que Calix no había dicho. Eran casi las seis... y su madre debía de estar a punto de llegar.

—Está bien, pesado. —Se puso en pie y miró a David para despedirse—. Te veo luego.

Recorrió detrás de Calix el camino hasta la entrada al jardín, manteniendo una forzada sonrisa en los labios, tan enfadada que ni siquiera vio el gesto aliviado de sus amigas ni la mirada preocupada del chaval del pelo lacio y la sonrisa triste que estaba sentado con ellas.

—¡¿Cómo te atreves a meterte en mi vida?! —gritó colérica en cuanto salieron—. David habrá pensado que soy una niña que necesita que la vigilen y la protejan —afirmó indignada.

—¡Y lo eres! —Calix la tomó del brazo llevándola a una esquina apartada de la plaza—. ¿Cómo se te ocurre enrollarte con ese gilipollas?

—¡No es un gilipollas! Es mi novio y me gusta mucho. Y yo a él.

—De eso no cabe duda, menudo repaso te estaba dando el colega...

Jimena sintió que una oleada de calor subía por su cara, enrojeciéndole las mejillas.

—No tienes que dejar que los chicos te manoseen —continuó Calix, frunciendo el ceño al percatarse de que le había dicho lo mismo que su padre les decía a sus hermanas cuando tenían la edad de Jimena. Por lo visto, se estaba convirtiendo en un carcamal insoportable igual que su viejo. Pero, joder, ¡Jimena era una cría!

—¡Como si tú no tocaras a las chicas! —exclamó Jimena ofendida.

—Pero ¡yo soy mayor!

—¿Me vas a decir que con mi edad no salías con chicas? —le preguntó desdeñosa.

—Claro que lo hacía, por eso sé de lo que hablo, y, créeme, la mayoría de los chicos sólo van a lo que van. No pienses que los mueve el amor ni ninguna gilipollez por el estilo. Lo que quieren es pasar un buen rato, nada más.

—David no es así. A él le gusta de verdad.

—¿Eso te ha dicho? —Ella asintió orgullosa—. Y ¿tú lo has creído? —Ella volvió a asentir—. Deja que adivine... ¿Te lo ha dicho justo antes de intentar meterte mano?

Jimena lo miró con resentimiento. ¿Cómo lo sabía?

—Es la típica tontería que os decimos para ablandaros —masculló burlón—. Hace diez años yo era como él, tenía las hormonas revolucionadas y quería follar a toda costa, sin importarme mucho lo que tuviera que hacer para conseguirlo.

—David no es así.

—David es un capullo integral igual que lo era yo. Y, si no me crees, ponlo a prueba.

—¿Cómo?

—No te dejes, si quiere algo, que al menos le cueste un poco conseguirlo. Que te demuestre que le interesas y se coma el coco para conquistarte. El amor no es un camino de rosas, hay que esforzarse muy duro para que la relación funcione — aseveró pensando en lo mucho que se esforzaba él cada día—. Si le gustas de verdad, respetará tu decisión y se esforzará por demostrarte que te quiere.

Jimena lo miró con el ceño fruncido mientras rumiaba sus palabras.

—Sí, claro... —masculló dubitativa—. Cuando tenías mi edad, ¿qué hacías si la chica con la que salías no se dejaba tocar? —Lo miró sonrojada.

—Buscarme otra. Lo intentaba un par de veces, les advertía que me gustaban mucho pero que pasaba de perder el tiempo con crías y, si seguían sin dejarse, me iba a por otra —confesó. Ahora que había pasado el tiempo se daba cuenta de que había sido un cabronazo.

—¿Y si se dejaban tocar? —inquirió Jimena mirándolo con atención.

—Les metía mano e intentaba echar un polvo; si no lo conseguía, las dejaba.

—¿Y si lo conseguías?

Calix bajó la cabeza, remiso a hablar. Era un idiota por haber sacado el puñetero tema. Estaba a punto de dejar de ser el héroe para convertirse en el villano.

—Me las follaba y luego las dejaba y me buscaba chicas nuevas, porque una vez llegaba a meta, me resultaban aburridas.

—Eres un mentiroso —masculló Jimena incapaz de creerlo. Calix era un tío legal. No podía haber hecho esas cosas horribles—. Sólo lo dices para meterme miedo y que no confíe en mi novio. Seguro que alguien te ha dicho que estaba saliendo con David y te ha mentido sobre él poniéndote en contra, y por eso has venido a separarnos y te has inventado todo esto para que lo deje. ¡Pues no voy a hacerlo! —exclamó. Un segundo después, su cara se convirtió en una máscara de puro odio—. ¿Quién te ha chivado que estábamos en el jardín?

—Nadie. Te lo he dicho antes: pasaba por allí y, al veros, me he acercado.

—Y una mierda. Tú jamás vas por allí —lo acusó a la vez que miraba a su alrededor buscando un culpable. Y, por supuesto, lo encontró.

Echó a correr hacia el banco situado frente a la entrada del jardín, desde el que su hermana y sus amigas la observaban preocupadas.

—Eres una chivata asquerosa —profirió dándole un fuerte empujón al llegar hasta ella.

—Yo no he dicho nada —se defendió Gadea irguiéndose para hacerle frente mientras Neeja y Maylin daban un paso atrás, alejándose. Cuando Jimena se enfadaba tanto, daba miedo.

—Coño que no, y ¿cómo sabía entonces que estaba en el jardín? Eres una mierda y una puta bocazas. No vuelvas a meterte donde no te llaman, gilipollas.

—Jimena, ¡para! —vociferó Calix interponiéndose entre ellas al ver que llamaban la atención del dueño del colmado, que además era el padre de Anuja.

—Te odio —soltó Jimena entre dientes, dejando salir toda su rabia en esas dos palabras—. Me estás jodiendo la vida, todo lo estropeas. Primero haces que papá y mamá no estén juntos y ahora quieres que deje a mi novio. ¡Ojalá no hubieras nacido!

—Eso es mentira. Yo no tengo la culpa de que mamá y papá no se quieran —estalló Gadea, harta de que su hermana le dijera siempre lo mismo.

—¡Sí la tienes! Si no fueras tan tonta, te darías cuenta de que papá quiere volver con mamá y dejarías de insistir para que se enrolle con el gilipollas de Rodrigo. Menos mal que mamá es lista y no sale con él...

—¡Rodrigo no es ningún gilipollas, y mamá jamás va a volver con papá porque papá la hace llorar!

—Sí lo es. Es un gilipollas, ojalá se muera... y tú también.

—¡Basta! —chilló Calix, asombrado por la rabia que emanaba de ella. ¿Qué narices le pasaba?—. No vuelvas a decirle eso a tu hermana —le exigió antes de volverse hacia Gadea—. No le hagas caso, no piensa lo que dice...

—Claro que no le hago caso, si se lo hiciera ya me habría muerto cien veces este año. No hace más que decírmelo —repuso yendo con sus amigas al otro extremo de la plaza.

—Jimena, dime qué te pasa... —La retuvo Calix cuando intentó regresar con sus amigas.

—No me pasa nada. —Ella dio un tirón soltándose de su agarre para encaminarse al banco en el que acababan de sentarse las demás.

Calix la siguió con la mirada, tranquilizándose al ver que los chicos se habían ido. Sacudió la cabeza, eso era demasiado para él. No había sido un adolescente fácil, más bien al contrario, había sido un verdadero dolor de cabeza para sus padres. Y ahora tampoco es que fuera mucho mejor, lo que desde luego no lo validaba para dar lecciones a Jimena. De hecho, mucho se temía que, si se había puesto tan furiosa y cargado contra su hermana, había sido por culpa de lo mal que él había llevado el asunto.

Estaba a punto de dirigirse al portal cuando Gala pasó junto a él para llegar hasta su hija. Calix la miró extrañado, iba sola. Fue tras ella.

—Perdona, ¿Verónica no viene contigo? —inquirió preocupado. Como trabajaban juntas, siempre llegaban a la vez. Esperaba que no le hubiera pasado nada a su chica.

—Ha salido del trabajo antes que yo —contestó Gala con voz seca antes de continuar su camino. Que le hablara no significaba que se llevaran bien. Menos aún con las cosas que Verónica le contaba de él. ¿No le daba vergüenza dejar que su amiga lo mantuviera?

Calix se quedó paralizado un instante y luego echó a correr como alma que lleva el diablo hacia el portal.

No muy lejos de allí, Jimena lo miró desconcertada. ¿Por qué había salido corriendo de esa manera? Alzó la cabeza hacia el segundo y se encontró con la mirada furiosa de Verónica.

Si no fuera porque no tenía sentido, pensaría que la odiaba a muerte.

—¿Vero? —Calix entró en casa despacio, casi con cuidado, su respiración resonando como un fuelle tras haber subido corriendo la escalera. Sólo el silencio le respondió—. ¿Estás en casa, cariño? —susurró atravesando el pasillo con cierta reserva, pues había visto su bolso en la entrada y, sin embargo, ella no respondía—. Siento haber llegado tarde... Me he entretenido en la calle —señaló, aunque sin explicar qué lo había retrasado.

A Verónica no le gustaba que se juntara con la gente del barrio, decía que los hombres lo ignoraban, que no conversaban con él y que ni siquiera reconocían su presencia, tratándolo como si fuera invisible. Afirmaba que eran unos prepotentes y se negaba a dejar que se rebajara hablando con ellos, pues no se lo merecían. Y daba lo mismo las veces que Calix le hubiera dicho que era él quien prefería mantenerse al margen en las conversaciones, porque ella no lo entendía. Con las mujeres era todo lo contrario. Decía que eran unas zorras salidas que se lo comían con los ojos y sólo querían follárselo, algo que la cabreaba muchísimo. Y a él, en cierto modo, le gustaba su reacción, porque si se ponía celosa era porque lo quería. Y eso era... agradable.

Así que, para evitarse problemas, procuraba mantenerse alejado de los vecinos cuando Verónica estaba en casa y, por el mismo motivo, tampoco le decía que había estado en la plaza si no se lo preguntaba directamente. No tenía sentido disgustarla por tonterías.

—¿Vero? Ya sabes lo desastroso que soy con la hora, se me ha ido el santo al cielo sin darme cuenta —dijo asomándose al salón. Tampoco estaba allí y, por supuesto, seguía sin contestar. El silencio era uno de sus castigos favoritos—. No te enfades, cielo, no lo he hecho a propósito...

—Ya sé que no lo has hecho a propósito —contestó ella por fin saliendo de la cocina. Calix volvió a respirar al intuir por su voz tranquila que no estaba enfadada—. No te da la cabeza para más, pobrecito, mi tontito favorito. —Se acercó a darle un suave beso en los labios.

Calix intentó abrazarla para besarla en condiciones, pero ella lo apartó de un empujón.

—Ni se te ocurra, apestas. Además, estás horrible con esa camiseta enorme, ¿por qué no te pones ropa de tu talla? —lo increpó molesta.

Calix miró disgustado su camiseta. Hacía algún tiempo que se sentía inapetente, por lo que había adelgazado un par de tallas y la ropa le quedaba grande. Debería tratar de comer un poco mejor, pero no tenía ánimos ni ganas. Tantos meses sin trabajar y encerrado en casa le estaban pasando factura.

—Lo único que merece la pena de ti es tu cuerpo, y resulta que en vez de mostrarlo lo ocultas... —prosiguió mirándolo desdeñosa—. ¿Qué mierda te has

hecho en el pelo?

—Me lo he recogido en una coleta, hace mucho calor en la calle y suelto me agobia.

—Pues te queda espantoso. No sé qué te pasa, pero cada vez te estás dejando más —lo acusó enfadada—. Vas a correr hecho un adefesio, y cuando subes da asquito mirarte, tocarte y no digamos olerte. —Arrugó la nariz—. Me preocupas, Calix. —Se acercó a él turbada—. Pareces agotado, como si hubieras corrido un maratón. Con el calor que hace no deberías ir a correr, te puede dar una lipotimia —murmuró recorriéndole con los dedos la cinturilla de los pantalones—. ¿Por qué no te quedas en casa haciendo alguna tabla de ejercicios en lugar de salir a pasar calor? —propuso arrastrando la mano sobre la tela para agarrarle el paquete. Lo apretó lasciva a la vez que le lamía el sudor acumulado en la garganta.

—No es lo mismo —gimió Calix excitándose bajo sus caricias—. Me gusta ver a la gente por la calle y descubrir sitios que no conozco..., es una manera de hacer turismo —dijo burlón.

—Pero ahora hace mucho calor —reiteró Verónica escurriendo la mano bajo el pantalón para masturbarlo—. Me preocupa que pueda pasarte algo. Podrías desmayarte y darte con un bordillo en la cabeza, o marearte y caerte por algún desnivel... Y ¿qué sería de mí sin ti? Mejor quédate en casa, sólo serán los días de mucho calor, el resto puedes salir a correr...

—No. —Calix se esforzó por no dejarse llevar por el placer. No sabía por qué, pero no quería ceder en eso. Entendía su preocupación, pero correr le era tan necesario como respirar—. Correré por las mañanas, cuando aún no hace calor...

—¿Vas a dejarme sola en la cama para ir a correr? —espetó furiosa frenando sus caricias.

—¡No, claro que no! —gimoteó al verse privado del placer, pero aun así no dio su brazo a torcer—. He pensado en salir cuando lo hagas tú —improvisó al darse cuenta de que irse al amanecer estaba descartado, a no ser que quisiera discutir con ella cada mañana—. Podría acompañarte hasta la parada del autobús y luego correr hasta las nueve...

—¿Y llegar al portal a tiempo de coincidir con esas adolescentes que visten como zorras y se maquillan como puertas? —inquirió apretándole la polla con excesiva dureza—. ¿Es eso lo que te ha entretenido hoy haciéndote llegar tarde?

—¡No lo dirás en serio! ¡Son sólo unas crías! —jadeó sujetándole la mano para evitar que lo convirtiera en eunuco.

—Pues para no gustarte, siempre que bajas te paras a hablar con la hija de Gala —lo acusó enfadada—. Te he visto esta tarde con ella, es la que te ha entretenido.

—¿Me has estado espiando por la ventana? —La miró perplejo.

—Claro que no, no eres tan interesante. Te he visto de casualidad. Con ella. Y parecíais muy amiguitos...

—Está pasando una mala época con su madre y me tiene de paño de lágrimas, pero las chorradas que me cuenta no me interesan en absoluto. Es una cría aburrida y llorona —mintió—. Y sin el más mínimo atractivo. Sólo le hago caso porque es la hija de tu amiga...

—La verdad es que la pobre es un poco feúcha, tan plana que parece una tabla de planchar —murmuró maliciosa—. Entonces ¿quieres llegar a las nueve para ver a las mamás cuando lleven a los niños al colegio? —aventuró con mirada desconfiada y sonrisa peligrosa.

—¿Estás loca? —resopló desdeñoso—. Son unas marujas, no me interesan.

—¿Ni siquiera Eva?

—¿Esa enana? Ni de coña —dijo con sorna, complacido por los celos de ella, porque significaban que estaba enamorada de él. Aunque le disgustaba que se mostrara tan agresiva, y más aún que pensara que Jimena podía interesarle de esa manera. ¡Era de locos!

Verónica entornó los ojos y una lenta sonrisa asomó a sus labios.

—Muy alta desde luego que no es —musitó comenzando a meneársela de nuevo.

—No me llega ni al ombligo —exageró Calix bajando la cabeza para besarla.

Ella aceptó su beso mientras le masajeaba el glande haciéndolo temblar de placer.

—Pero, aun así..., por las mañanas también hace calor. Preferiría que no salieras —susurró cuando él comenzó a mecer las caderas contra su mano—. Hazlo por mí...

—No me pasará nada, te lo prometo. —Calix cerró los ojos, tan cerca del orgasmo que sintió sus pelotas tensarse.

—Eso espero —masculló irritada soltándole la polla—. Ve a ducharte, no soporto tu olor.

Calix apoyó las manos en la pared y respiró profundamente para suavizar los dardos de dolor que estallaban en sus testículos. Apretó los dientes y fue a ducharse y, mientras el agua caía sobre él, se masturbó mecánicamente. Eyaculó en un orgasmo con sabor a culpabilidad que lo hizo sentirse como un traidor al no compartirlo con ella.

Acabó de lavarse con rapidez y salió a buscarla decidido a compensarla por haber llegado tarde y por haberse corrido sin ella.

—¿Qué estás haciendo? Tiene una pinta deliciosa —preguntó al entrar en la cocina.

—He salido antes de trabajar para ir al mercado y comprar un poco de salmón y unas gambas para hacer una cena especial. Por eso he llegado pronto —explicó rellenando un molde con rebanadas de pan que cubrió con salmón, huevo duro y mayonesa.

—¿Te han ascendido al final? —inquirió él esbozando una entusiasmada sonrisa, pues ella le había comentado que estaba tratando de camelarse a su jefe para conseguir un ascenso.

—Claro que no, tontorrón, eso no lo sabré hasta final de año. No creas que me está resultando fácil tratar con mi jefe. Es un maricón al que sólo le gustan los hombres, y no es que se fije mucho en mí —comentó molesta, pues solía usar su físico para conseguir sus objetivos.

—Entonces ¿por qué estás haciendo una cena especial? —la interrogó perplejo.

Habían celebrado su cumpleaños hacía menos de un mes, y estaba seguro de que su santo era el 13 de enero. Lo había buscado y lo tenía apuntado para darle una sorpresa ese día.

—No te acuerdas, ¿verdad? —le recriminó ella bajando la cabeza dolida.

—¿De qué tendría que acordarme?

—De nada. Ya veo que no es tan importante para ti como lo es para mí.

—Sí lo es —musitó Calix. La abrazó pegándola a su pecho para después dibujar un camino de besos en su cuello—. No te enfades, ya sabes la mala cabeza que tengo...

—Sí que lo sé —replicó sonriente—. Tienes la cabeza sobre los hombros porque está pegada, si no, ya la habrías perdido más de una vez —dijo burlona poniéndose de puntillas para besarlo—. Hoy hace cinco meses que estrenamos mi casa. ¿Lo recuerdas?

—Sí, subí a ayudarte con la mudanza y acabamos estrenando la cama...

—Y el suelo del comedor. —Lo besó.

—Y la ducha —murmuró Calix frotándose contra ella.

—Y la encimera de la cocina... —Le hundió los dedos en el pelo. Y en ese momento se apartó deteniendo el beso—. No te has alisado el pelo.

—No —negó él besándole la barbilla—. Hace mucho calor para usar el secador...

—Me gusta más cuando lo llevas liso. —Observó con atención su pelo—. Y bien cuidado. Tienes al menos tres dedos de raíces. Deberías haberte dado las mechas ya. Es una pena que te descuides tanto.

—Estoy pensando en dejármelo de mi color —que era mucho más barato que hacerse mechas cada mes.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —Lo apartó de un empujón.

Él se encogió de hombros.

—No pensaba que te importara.

—Pues sí me importa. Es lo mismo que si yo decido cortármelo al cero sin decírtelo, ¿te sentaría bien?

—No, claro, pero no es lo mismo.

—Es exactamente igual. Además, no sé por qué quieres dejártelo de tu color, es un aburrido castaño.

—Las mechas cuestan dinero, y no es que me sobre. —Bajó la cabeza avergonzado.

—Porque no sabes administrarte —lo acusó.

—Tampoco es que tenga mucho que administrar —se lamentó pesaroso.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Nada.

—No, nada no. ¿Crees que no tienes dinero porque yo te lo quito o algo por el estilo?

—Claro que no.

—Y una mierda que no. Lo veo en tu cara con toda claridad. ¿Crees que la miseria que me das para los gastos es más de lo que te corresponde? —le reprochó. Él intentó hablar, pero Verónica se lo impidió—. Eres un desagradecido. ¿Crees que con esos trescientos euros te daría para pagar un sitio en el que dormir, la luz, el gas, la comida y el agua?

—Por supuesto que no... Yo...

—Eres un desgraciado. Te mantengo, te cuido y te doy todo lo que tengo, y tú te quejas de que no tienes dinero por mi culpa.

—¡No, joder! —explotó él—. ¡Sé perfectamente todo lo que te debo! Y también sé de sobra lo mal que me administro, así que déjalo estar, ¿vale?

Se dirigió a la puerta, decidido a dar un paseo para no seguir discutiendo.

—Perdona, no pensaba lo que decía. No te vayas, por favor —le llegó la voz arrepentida de Verónica—. Sé que me he pasado un poco, pero es que sólo de pensar que crees que te pido más de lo que te corresponde por los gastos...

—No he hecho ni dicho nada para que llegues a esa conclusión —replicó dolido.

—Acabas de decir que...

—Que no tengo dinero, nada más. No hay un sentido oculto en mis palabras ni nada por el estilo. Sólo digo que no tengo dinero. Punto. No le des más vueltas, por favor.

—Está bien, pero debes entenderlo, me sienta fatal tener que aceptar tu dinero cada mes —confesó—. Me siento como si fuera tu casera en vez de tu novia. Si lo hiciéramos de otra manera...

—¿Cómo?

—Podrías cambiar la domiciliación de la prestación y que la ingresaran en mi cuenta, así no parecería que me estás pagando un alquiler cada mes, sino que lo que tenemos es de los dos, como en las parejas consolidadas —comentó con timidez—. Al fin y al cabo, llevamos cinco meses viviendo juntos, es lógico que unamos las cuentas. Y así tú no estarías tan pillado con el dinero. Te daría una tarjeta y podrías usarla cuando te hiciera falta, como ahora con las mechas —musitó abrazándolo—. No quiero que discutamos por dinero, es horrible. —Levantó la cabeza, esperando su beso.

—Eres maravillosa —susurró Calix antes de besarla arrebatado.

Verónica era increíblemente generosa al ofrecerle ese regalo, pues sabía cuán escasos eran sus ingresos. Le debía tanto... Si no hubiera sido por ella, ya haría tiempo que habría tenido que volver con el rabo entre las piernas a casa de sus padres.

La empujó contra la pared y se arrodilló ante ella, dispuesto a compensarla de alguna manera. Le bajó las braguitas y metió la cabeza bajo el camisón corto que llevaba. Le separó las piernas con las manos y utilizó los pulgares para acariciarle el sexo. Coló uno en su vagina y formó una uve con los dedos índice y corazón de la otra mano, separando los labios de su vulva para dejar a la vista el clítoris. Lo saboreó despacio hasta que le anegó la boca con su sabor y entonces cambió el pulgar con que la penetraba por tres dedos. No tardó en llevarla al orgasmo.

—Eres magnífico —murmuró saciada cuando él ascendió hasta su boca para besarla.

—Y tú eres extraordinaria. Te quiero.

—Y yo a ti. —Deslizó la mano sobre la evidente erección de él—. Vamos a la cama.

Y allí pasaron el resto de la tarde, cansándose mutuamente.

—¡Mamá, no sé qué poner aquí! —gritó Gadea frustrada.

Gala dejó la compra esparcida por la encimera y fue al comedor. Gadea había ocupado la mesa con libros, cuadernos y bolígrafos y miraba desesperada el *workbook* de inglés. Leyó el ejercicio que le daba problemas y suspiró.

—No tengo ni idea de inglés —confesó pesarosa—. ¿Jimena tampoco sabe qué debes poner?

—No se lo he preguntado.

—¿Por qué? Seguro que sabe más que yo de esto...

La niña se encogió de hombros y fijó la mirada en el libro.

—Da igual, ya me inventaré algo...

—¿Habéis vuelto a enfadaros?

—Yo no —fue la respuesta de Gadea.

Gala suspiró, intuyendo que estaban de nuevo enfadadas, algo que ocurría el noventa y nueve por ciento del tiempo últimamente.

—Sigue intentándolo, cielo, y si no te sale mañana le preguntas a la profesora.

Le dio un beso en la frente y salió del salón, pero en lugar de regresar a la cocina fue a la habitación de Jimena. Tenía la puerta cerrada, algo que hacía a menudo, a pesar de que a ella no le gustaba nada. Llamó un par de veces, pero la niña no respondió, así que entró. Y se encontró con su hija en la cama, con los pies apoyados en la pared, los cascos puestos y el libro que debería estar estudiando en el suelo. Se acercó enojada, agarró el teléfono y lo apagó.

—¡Puto móvil! —Jimena se incorporó malhumorada antes de percatarse de que al móvil no le pasaba nada, excepto que su madre, que estaba en su dormitorio, lo había apagado.

—Esa boca, Jimena —la regañó Gala cogiendo el libro del suelo—. Mañana tienes un examen, deberías estudiar.

—Llevo estudiando toda la tarde y ahora estoy escuchando música para relajarme.

—Ya lo veo —masculló ella mirando a su alrededor. La cama estaba deshecha, había docenas de camisetas y pantalones sobre la silla, los zapatos estaban esparcidos por el suelo y las estanterías tenían polvo de una semana—. Mientras te relajas, ¿por qué no recoges el cuarto?

—Porque no me da la gana. Es mi cuarto y me gusta como está.

—Pero resulta que está en mi casa y a mí no me gusta nada verlo así —replicó Gala con paciencia—. Levántate y recógelo antes de que te coma la mierda.

—Estoy estudiando.

—Estás escuchando música, y eso también puedes hacerlo mientras ordenas tus cosas.

—Pero ahora me han entrado unas ganas tremendas de estudiar, a ver si así te largas y me dejas tranquila. ¿O prefieres que no estudie y suspenda? —insinuó en una amenaza velada.

—Prefiero que me trates con el mismo respeto que yo te trato a ti.

—Y yo preferiría que llamaras a mi cuarto antes de entrar cuando está la puerta cerrada y no lo haces, así que estamos en paz —repuso desafiante.

—Jimena, no sé qué te está pasando, pero tiene que acabar. No puedes seguir comportándote así. Tenemos que hablar.

—¿De qué? No hay nada que quiera decirte.

—¿Por qué estás tan enfadada conmigo?

—No estoy enfadada contigo.

Gala enarcó una ceja incrédula. Para no estar enfadada, llevaba varias semanas haciéndole la vida imposible y comportándose de una manera infernal.

—Está bien, estoy harta de tener que subirme a casa antes que mis amigas —masculló.

—Eso no es cierto, subes a la misma hora que Anuja y Xiao. —Lo sabía porque eran vecinas y había hablado con sus padres para que todas subieran a la misma hora.

—Malena se queda hasta las ocho y media ahora que anochece más tarde —contraatacó Jimena.

—Malena no tendrá que estudiar tanto como tú —replicó Gala alzando una ceja.

—No es culpa mía si he suspendido, la profesora me tiene manía —repuso herida porque su madre usara sus últimos suspensos como argumento.

—Hemos revisado juntas los exámenes, Jimena, y las respuestas que diste estaban mal.

—Puso las preguntas a mala leche para pillarnos.

—Si te hubieras sabido los temas, no te habría pillado.

—¡Siempre te pones de parte de los demás y jamás de la mía! —estalló la niña.

—Eso no es verdad, yo siempre, ¡siempre!, estoy de tu parte. Pero eso no significa que no vea lo que es evidente.

—Y ¿qué es eso?

—Que este curso no te has esforzado nada...

—¡Claro que sí! Pero ¡es muy difícil! ¡Odio el colegio! ¡Lo odio con todas mis fuerzas! Y estoy harta de que siempre me eches la culpa de todo —gritó poniéndose los cascos y encendiendo de nuevo el móvil.

Gala miró a su hija sin saber qué hacer. Desde las Navidades todo era más difícil con ella, y ese último trimestre estaba siendo muy complicado. Había dejado de lado los estudios y suspendido varias asignaturas, se llevaba mal con sus profesores, no dejaba de discutir con su hermana y a ella parecía odiarla. Su entrada en la adolescencia estaba siendo muy conflictiva, y daba gracias porque, debido a que

había repetido segundo, seguía en el colegio. No quería ni pensar qué pasaría en septiembre cuando fuera al instituto, tuviera otros horarios y otros compañeros.

—Jimena, no me ignores —la reclamó volviendo a apagarle la música.

—No te ignoro, es que no quiero discutir, y contigo siempre discuto. Con papá es más fácil llevarse bien —afirmó—. Deberías hablar con él, tal vez te diera algún consejo...

Gala miró atormentada a su hija a la vez que negaba con la cabeza.

—Imagino que no soy tan divertida como Angélica y tu padre —musitó dolida, consciente de que las niñas disfrutaban muchísimo con ellos.

—Pero podrías serlo —replicó Jimena sin importarle el gesto dolido de su madre—. ¿Por qué no sales algún día con papá y con nosotras? Podríamos ir los cuatro de acampada un fin de semana...

—¿De acampada con tu padre? —inquirió perpleja—. No creo que sea buena idea...

—Claro que no, tú prefieres salir con el viejo paliducho del primero en vez de con nosotras —escupió desdeñosa.

—Eso no es verdad, y lo sabes. No salgo con él —mintió consciente de que sus hijas no sabían que los fines de semana que iban con su padre salía con Rodrigo. Y eran los únicos días al mes que conseguía relajarse un poco.

—No sales con él cuando estamos nosotras..., cuando no estamos sí lo haces —repuso furiosa.

Gala la miró perpleja, ¿cómo podía saberlo? Casi al instante cayó en la cuenta de que Anuja vivía en la puerta de enfrente. No era difícil que la hubiera visto alguna vez y se lo hubiera contado a Jimena, descubriéndola.

—Sí, ¿y qué? —preguntó cogiendo el toro por los cuernos—. ¿Acaso no puedo ir al cine o al teatro con un amigo? ¿Tengo que quedarme en casa cuando vosotras no estéis?

—No, pero... No me gusta Rodrigo. No quiero que sea tu novio.

—Y no lo es. Yo ya no tengo de esas cosas —refutó Gala divertida por el término usado.

La niña pareció contentarse un poco. Desde que Anuja le había chivado que había visto al Estirado en la puerta de su casa para buscar a su madre, se había sentido estafada y muy enfadada. Si no fuera por ese blancucho, su madre se daría cuenta de las miradas que le echaba su padre y volvería a salir con él, y antes del invierno volverían a ser una familia. Pero el estúpido viejo se había metido en medio, fastidiándolo todo. Y si su madre le hacía caso era por culpa de Gadea, que hacía lo imposible por juntarlos, y, claro, su madre con tal de complacer a esa renacuaja hacía cualquier cosa.

—Está bien, pero podrías salir un día con papá y con nosotras —insistió—. Podríamos ir a algún sitio que te gustara, nos lo pasaríamos genial. Papá ha cambiado, ahora es superdivertido y nos lo pasamos en grande con él.

—Jimena... —Se sentó en la cama con ella—. Tu padre y yo hemos hecho vidas separadas, cielo. Ya no podemos volver a querernos como lo hacíamos antes. Él tiene a Angélica y yo tengo mi vida aparte. No sé si él te ha insinuado algo, pero...

—No —la interrumpió Jimena—. Papá no me ha dicho nada, es sólo que me apetece que salgamos los cuatro juntos. Me gusta estar con él y lo veo muy poco...

—No creo que sea buena idea que salgamos todos juntos. —Gala esbozó una sonrisa para hacer la negativa menos dura—. Pero cuando acabe el curso podemos proponerle a papá que salgáis más días a la semana. Además, en agosto os vais con él de vacaciones y estaréis juntos un montón de tiempo. Así que ánimo —dijo con cariño—. Recoge y ponte a estudiar, a ver si consigues recuperar mates y no tenemos que pasar el verano hincando codos.

Le dio un beso en la frente y salió de la habitación con el corazón en un puño. Desde que Eduardo había empezado a comportarse como un padre, las niñas, sobre todo Jimena, se mostraban muy cercanas a él. No le extrañaba que su hija mayor quisiera pasar más tiempo a su lado. Era alegre, bromista, travieso y tan irresponsable como un niño. Con él todo era juego y diversión, era normal que lo adoraran y lo prefirieran a ella.

Descartó esos pensamientos y fue a acabar de colocar la compra, luego hizo la cena y recogió la cocina. Al terminar de cenar dio el beso de buenas noches a sus hijas y les dejó la ropa del día siguiente preparada en sus escritorios. Luego recogió la ropa de la cuerda, tendió una lavadora, dejó otra preparada y puso el lavavajillas. Separó la ropa en montones, el de planchar lo dejó en el comedor y el resto lo llevó sigilosa a los armarios de sus dueñas, confirmando de paso que estaban profundamente dormidas.

El reloj del equipo de música marcaba las doce menos cuarto cuando por fin acabó y se sentó en el sillón. Debería irse a la cama y descansar un poco, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza para dejarse atrapar por el sueño. Sentía como si estuviera a punto de romperse en pedazos y no pudiera hacer nada para evitarlo. Se llevó una mano a la boca al sentir que un quedo sollozo escapaba de su garganta.

Ese día había sido uno de los más horribles del año. Todo había ido de mal en peor, estaba desbordada en el trabajo y había estado a punto de cometer un error que les habría dado a sus jefes la excusa perfecta para despedirla. Y al llegar a casa le esperaba la discusión con Jimena y el dolor de darse cuenta de que había pasado a un segundo plano en el corazón de su hija.

Era demasiado para soportarlo sola.

Fue al dormitorio, se cambió la vieja camisola por un sugerente camisón de raso que le llegaba hasta los tobillos y regresó al salón. Cerró la puerta que lo comunicaba con el pasillo y, sin importarle la hora que era, cogió el móvil y marcó un número.

—Me preguntaba si te apetecería tomar una copa de vino. He abierto un merlot y me da pena beberlo sola... —musitó cuando su interlocutor contestó.

Rodrigo esbozó una luminosa sonrisa, saltó del sillón en el que estaba leyendo, se puso el batín y, sin pararse un instante más, salió de casa.

Hacía poco más de treinta horas que había estado con Gala, acunándola entre sus brazos después de haber hecho el amor toda la tarde, y ya la echaba tanto de menos que dolía. Sólo podían actuar como pareja dos fines de semana al mes, y cada vez era más difícil soportar las semanas de separación forzosa que había entre ellos. Oh, sí, algunas noches lo invitaban a cenar, casi siempre gracias a Gadea, que no paraba de insistir en ello, dándole la excusa perfecta a su madre. Sonrió al pensar en la pequeña. Era su cómplice, y la adoraba. Si no fuera por ella, dudaba que pudiera ver a Gala más de un par de días a la semana. Aunque ya se encargaba Jimena de amargarles esas noches con sus desplantes y sus malas contestaciones. No sabía por qué, pero la cría lo odiaba. Y, aunque él no se dejaba pisar, sabía que a Gala le dolía que Jimena lo atacara a la mínima excusa, por lo que ya apenas se veían cuando ella estaba. O, al menos, cuando ella estaba despierta. Dormida era otro cantar, pensó llamando con un suave golpe de nudillos a la puerta.

Gala abrió con rapidez, y en el momento en que él atravesó el umbral y cerró la puerta se lanzó a sus brazos escondiendo la cara en su cuello.

A Rodrigo se le borró la sonrisa de los labios.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Has discutido otra vez con Jimena?

Ella se mantuvo en silencio, y él no quiso seguir interrogándola.

La tomó en brazos y la llevó al salón, cerrando la puerta tras él. Encendió la suave luz de la lámpara de pie que Gala había comprado para que no se sintiera incómodo allí y se sentó en el sofá, acomodándola en su regazo. La sostuvo contra su pecho durante un largo rato, consciente de que, aunque ella se mantenía serena y sin llorar, por dentro estaba rota. Lo que necesitaba de él era el calor de sus brazos, las caricias de sus manos y el cojín de su pecho, no un interrogatorio que no quería responder y que no los llevaría a nada. Jimena era su hija y él no debía inmiscuirse en su familia, por mucho que le doliera verla sufrir.

—¿Qué tal el negocio? —musitó Gala un buen rato después, cuando sintió que la congoja pasaba, permitiéndole hablar sin derrumbarse.

Se apartó de su pecho para poder mirarlo y sonrió al ver que se había quitado las gafas, mostrándole sus preciosos ojos violetas.

—Bien, creo que he conseguido un nuevo cliente.

—Eso es estupendo.

—No estoy tan seguro... Mucho me temo que es del tipo que si no le gusta la camisa es capaz de meterme en un barril, remojar me en cemento y lanzarme al río —dijo Rodrigo con fingida tranquilidad, buscando hacerla sonreír. Algo que consiguió.

Gala se tapó la boca para no soltar una carcajada al oírlo, pero su mirada la hizo dudar de que estuviera bromeando.

—¿Estás hablando en serio?

—No lo sé... —masculló él para, a continuación, contarle lo que había ocurrido esa tarde.

—Madre mía..., cada vez tienes clientes más raros.

—¿En serio? No me había dado cuenta —ironizó—. Al menos, éste tiene buen gusto y no me obliga a hacerle camisas con estampados horteras. La verdad, me gusta bastante más que muchos de mis nuevos clientes.

Gala no pudo por menos que mirarlo perpleja.

—¿No te importa que sea un mafioso siempre y cuando tenga buen gusto?

Rodrigo frunció el ceño y lo pensó un instante antes de responder:

—En realidad, no es un hombre desagradable, sólo un poco amenazante, y tiene un gusto impecable. Creo que nos llevaremos bien, lo que reduce mucho mis posibilidades de acabar en el fondo del Manzanares.

—Eres increíble...

—Eso ya me lo dijiste ayer. Dos veces, creo. ¿O tal vez fueron tres? —comentó risueño.

—Fue sólo una..., y porque había bebido y todo me parecía estupendo —replicó Gala.

—Hieres mi ego.

—No sabes cuánto lo siento —murmuró guasona removiéndose en su regazo para alcanzar sus labios.

—¿De verdad lo sientes? —susurró Rodrigo un rato después, cuando se separaron para recuperar el aliento y tranquilizar sus agitados corazones. La recolocó sobre su regazo de manera que pudiera *sentirlo*.

—Oh, vaya, estamos animados aquí abajo. —Aferró con avariciosa lujuria su erección.

—Yo diría más bien que mi ego quiere desquitarse de tu ofensa y está reclamando revancha.

—Esto tan gordo que estoy tocando no es exactamente tu ego. —Le mordisqueó el cuello.

—Claro que sí. El ego de todo hombre está íntimamente ligado a su hombría —afirmó apagando la lámpara. Luego la atrajo hacia sí para besarla.

Y ella respondió animada.

Antes de que se dieran cuenta, estaban recostados en el sofá, ella encima de él, besándose como dos locos mientras sus manos recorrían impacientes sus cuerpos.

—No vamos a hacerlo en el salón —señaló Gala mordiéndole el labio apasionada.

—Por supuesto que no, tu hija sería capaz de castrarme si nos pillara —musitó Rodrigo cuando ella montó a horcajadas sobre su vientre.

—¿Estás insinuando que mi hija es peligrosa para tu salud?

—No. Estoy aseverando que es igual que tú..., y tú eres peligrosa para mi salud. Más para la mental que para la física. Porque emasculado se puede vivir, como han demostrado los eunucos a lo largo de los siglos, pero sin cordura es imposible sobrevivir —declaró antes de volver a besarla, sus manos anclándose en la estrecha cintura femenina mientras ella comenzaba a mecerse sobre él.

—¿Te vuelvo loco? —musitó Gala, frotando su sexo contra la erección a pesar de lo mucho que la frustraba la ropa que había entre ellos.

—Total y absolutamente —gimió Rodrigo sin apartar la mirada de ella.

No era la primera vez que jugaban a ese juego y sabía que no llegarían a consumir. Aunque cada vez iban más lejos.

Lo que había empezado como una manera de no morir de frustración los días que pasaban separados se había convertido en un excitante juego que cada vez se les iba más de las manos y amenazaba con desbordarlos y hacerlos romper las normas que ella había impuesto al principio de su relación.

De hecho, tal vez ésa sería la noche en la que se dejaran llevar por completo, pensó al notar que le retiraba los pantalones y el eslip y se apartaba las braguitas para, acto seguido, hundirlo en su interior y cubrirlos con el camisón.

Volvió la cabeza cuando ella empezó a montarlo y se obligó a fijar la vista en la oscuridad que había tras los cristales de la puerta del salón. La tomó por las caderas, ayudándola a subir y a bajar sobre él, moviéndose ambos a un ritmo ancestral que hablaba de deseo, complicidad y amor. No tardó mucho en apretar los dientes mientras luchaba por contener el orgasmo y darle tiempo a alcanzarlo a ella, algo que no tardó en suceder.

Se liberaron al unísono, sus labios abiertos en gritos silentes mientras sus cuerpos temblaban de placer. Ella se derrumbó sobre él, y él la abrazó emborrachándose con su olor.

—¿He sido increíble? —musitó burlón en su oído.

—Podría ser... —contestó Gala con humor—. Sí, diría que sí. Has sido increíble.

—Gracias, tú también... —murmuró él antes de tensarse de improviso.

—¿Qué pasa? —inquirió ella al sentir su rigidez.

—Han encendido la luz del pasillo.

Gala se puso en pie de un salto, se aseguró de que llevaba bien puesto el camisón y se dirigió a la puerta.

Rodrigo se colocó los pantalones con rapidez, y cuando ella salió cerrando la puerta, se camufló entre las sombras mientras rezaba para que quien fuera no entrara.

Un buen rato después, Gala regresó al salón, cerró la puerta y encendió la lamparita.

—Era Jimena. Ha tenido una pesadilla... No sé qué le pasa últimamente y no soy capaz de llegar a ella —confesó angustiada sentándose a su lado.

Le contó lo que había ocurrido esa tarde y la angustia que la oprimía comenzó a remitir.

—Está en una edad muy complicada —comentó Rodrigo sin saber qué decir. No se llevaba bien con Jimena y le costaba empatizar con ella, más aún al saber de sus desplantes e intuir el daño que le hacían a su madre.

—Lo sé... Esto no puede volver a pasar, Rodrigo —dijo mirándolo muy seria—. No volverás a subir a mi casa cuando estén ellas, no puedo arriesgarme a que mi hija me pille follando en el sofá como si fuera una vulgar ramera.

—No eres ninguna ramera —susurró furioso. Se llevó las manos a la cabeza, alborotándose el pelo—. Odio esta situación, odio no estar contigo cada tarde, no poder siquiera darte la mano o tomarte de la cintura. Es una tortura llegar a casa y saber que estás a tres metros sobre mi cabeza y que no puedo verte, ni besarte ni abrazarte. Que ni siquiera puedo dejar que se note lo mucho que te echo de menos. Estoy harto de ocultarme.

—Lo sé. Sé que es... difícil.

—No. Lo difícil es no amarte. No desearte. No anhelarte —sentenció con voz grave—. Esto que tenemos no es difícil. Es una tortura.

—Son mis hijas, Rodrigo, y me necesitan. No voy a hacer nada que pueda complicar mi relación con ellas. No hay nada, ni nadie, tan importante como para dejar que interfiera entre nosotras —manifestó Gala, percatándose de lo frustrado que estaba al ver esos ojos violetas que tanto la fascinaban oscilar sin parar de un lado a otro.

—Lo sé —musitó él—. No pretendo entrometerme en tu familia ni obligarte a elegir entre darme visibilidad o dejarme. Sé perfectamente cuál sería tu elección. Y también sé quién sufriría más... Y no sería yo —afirmó mirándola muy serio.

Gala sintió que sus ojos ardían de lágrimas no derramadas porque, efectivamente, sería ella quien se rompería en pedazos si tuviera que renunciar a él para no lastimar a sus hijas.

—Nunca te pondré en esa tesitura, Gala, pero no me arrebatas estas pocas noches que nos vemos, porque no sé si seré capaz de soportar ese sacrificio. Necesito verte como amigo cuando no puedo estar contigo como hombre. No me quites eso también.

—No me fío de mí —confesó enfadada por su debilidad—. No soy yo misma cuando estoy contigo, no me controlo.

—Sólo cuando estás conmigo eres por completo tú misma —aseveró Rodrigo.

—Me da miedo lo que siento por ti.

—No más que a mí lo que siento por ti, pero el mundo no está hecho para los cobardes. Dime que seguiremos teniendo estos momentos robados al tiempo y al deber.

—Prométeme que no volverá a suceder lo que ha pasado esta noche.

—No volverá a suceder —dijo muy serio—. Y si es necesario tomaré prestados tus *stiletos* y me castraré. O dejaré que me castres, lo que más placer te dé.

Y lo dijo con una voz tan grave y una cara tan seria, sin un asomo de humor o de ironía en su gesto, que a Gala le llevó un segundo comprender lo que acababa de oír.

Lo miró perpleja un instante para, acto seguido, estallar en una risa nerviosa que Rodrigo se apresuró a silenciar abrazándola contra su cuerpo para amortiguar sus carcajadas.

Permanecieron así largos segundos.

Ella temblando en carcajadas tan silenciosas como incontenibles y él acunándola contra su pecho mientras ocultaba tras sus ojos violetas el dolor que le provocaba el sacrificio de renunciar a ella para poder permanecer a su lado.

Martes, 13 de junio de 2017

—Recordadme por qué, con todo lo que tengo que hacer en mi casa, estoy aquí envolviendo cursiladas —masculló Gala mirando desdeñosa la cestita de metal con una miniatura de perfume, en esta ocasión masculino, que acababa de pasarle Eva.

—Porque se te da de miedo envolverlas —contestó Vicenta—, porque son los regalos para los asistentes a la boda, porque Cruz es tu mejor amiga, porque no damos abasto y porque, a pesar de todo lo que te quejas, te hace ilusión ser dama de honor.

—No se te ocurra replicar —la paró Adán, el novio de Eva, cuando la vio abrir la boca—. Yo estoy envolviendo igual que tú y ni soy el mejor amigo de Cruz ni soy *damo* de honor ni tengo la más remota idea de cómo me habéis convencido para estar aquí en lugar de en casa con mis ordenadores...

—Por el sexo —apuntó Eva metiendo una miniatura de Loewe en la cestita—. Te prometí una noche de sexo desenfrenado y salvaje, y aceptaste sin dudar.

—Cierto, por eso estoy aquí. Gracias por recordármelo delante de tus amigas —masculló Adán—. Me encanta tu discreción.

—No te lo tomes a mal, al fin y al cabo, se van a enterar cuando nos oigan gritar de placer —señaló Eva encogiéndose de hombros—. Paco me ha dado un tarrito con un nuevo ungüento que ha creado, quiere que lo pruebes y le digas lo que te parece. Es una mixtura de *tongkat ali*, *epimedium* y maca, ya lo probaste una vez en infusión, no sé si te acuerdas de sus efect...

—Sí. Los recuerdo. No es necesario que entres en detalles —la interrumpió con voz ronca, los recuerdos de esa noche demasiado vívidos en su cabeza... y en su pene.

—Esta noche comprobaremos si funciona tan bien como en infusión —comentó Eva con una sonrisa ladina—. Por favor, cariño, ¿me puedes acercar la caja con el resto de las cestitas?

Adán miró a su novia, la caja que estaba en el otro extremo del comedor de Vicenta, el bulto de su entrepierna, que no ocultaba su repentina erección, y de nuevo a Eva.

—Sabes que no puedo levantarme en este momento —masculló apretando los dientes.

—Claro que sí, hijito —intervino Vicenta—. No seas vergonzoso, estás entre amigas y ninguna nos vamos a asustar por verte en todo tu esplendor. Además, tengo curiosidad por saber a qué lado cargas...

—A la derecha —la sacó de dudas Eva.

—¡Eva! —exclamó Adán con voz ahogada.

—Tomo nota —intervino Gala de repente—. Si alguna vez cabreas a mi amiga, te clavaré el tacón de mis *stiletos* un poco a la derecha, para no fallar. ¿Tendré un buen blanco para apuntar o la tienes más bien pequeñita? —inquirió maliciosa.

—Yo diría que estoy bastante por encima de la media —aclaró Adán levantándose orgulloso de la silla. ¿Querían medírsela? ¡Que lo hicieran!

—¡Madre mía! Evuchi, no podrás decir que te aburres con este hombretón —comentó Vicenta observando sin vergüenza la erección que tensaba los vaqueros de Adán—. Menuda pistola tiene el policía...

—¿Has traído la pistola, Adán?! —gritó entusiasmada Gadea entrando en el salón con los libros en la mano—. ¡Quiero verla! ¡*Porfa, porfa, porfa!*

Él se sentó de golpe en la silla, la cara roja como un tomate.

—Adán no tiene pistola, cariño, es un policía tecnológico. Sus armas son los ordenadores —señaló Vicenta.

—En realidad, sí tengo pistola —musitó Adán tan bajo que sólo Eva y Gala pudieron oírlo—. Y estoy a punto de usarla para pegarme un tiro...

—Entonces ¿por qué has dicho lo de la pistola, tita? —La niña miró pasmada a la anciana.

—No estaban hablando de armas, idiota —repuso Jimena despectiva entrando tras su hermana, lo que demostraba que esas dos, en lugar de hacer deberes, habían estado espionando.

—¿Ah, no? Entonces ¿de qué?

—De nada que a ti te interese, enana —se burló Jimena.

—No te tires el rollo, que tú tampoco lo sabes, listilla —masculló Gadea dolida porque la llamara así. Era la más bajita de la clase y eso estaba empezando a acomplejarla.

—Claro que lo sé, *retromónger*.

—¡Basta las dos! —intervino Gala antes de que todo se desmadrara—. Estábamos haciendo bromas de mayores, Gadea, y la pistola es... la mano de Adán —improvisó mirando a su hija menor para luego volverse hacia la mayor—. Estoy muy harta de que insultes a tu hermana en cada frase que dices.

—No la he insultado.

—Jimena, por favor, no niegues lo evidente.

—No pasa nada, mamá, para nosotras no son insultos, sólo... bromeamos —la defendió Gadea—. ¿Verdad que sí, Jimena?

—Claro que sí, atontada —repuso ésta abandonando el salón para regresar a la habitación que Vicenta les había preparado para que estudiaran.

Gadea frunció el ceño al ver que su madre se llevaba la mano a la frente, como si volviera a dolerle la cabeza.

—Ya he terminado de hacer los deberes, mamá —anunció enseñándole los libros —, ¿puedo ayudaros con las cestitas?

—Todas las manos son bienvenidas —aceptó Vicenta poniendo un paquete de pliegos de celofán frente a la niña—. Se te dan genial las manualidades, así que te toca envolver.

—Bienvenida al infierno —dijo Adán tendiéndole unas tijeras y un rollo de cinta dorada.

Y en eso pasaron la siguiente hora, mientras esperaban a que Cruz llegara de la galería, pues el pobre tenía tanto trabajo que no podía salir antes, ni siquiera ahora que estaba a cuatro días de casarse.

—¿Tienes un paracetamol, Vicenta? —le pidió Gala—. La cabeza me está matando...

La anciana no tardó un segundo en ir a por un Gelocatil.

—Tienes que relajarte un poco, hijita, o vas a acabar reventando. —Se lo tendió con un vaso de agua.

—No te preocupes, se me pasará enseguida. Es por el calor que hace, es insoportable. No recuerdo ningún mes de junio tan caluroso como éste.

—No es por el calor, Galita —rebatía Eva mirándola enfadada—. Tienes demasiadas cosas encima y el estrés te está matando. Tienes que dejar de hacer el tonto, coger el toro por los cuernos y ser sincera —señaló a Gadea, instándola a sincerarse con las niñas.

Gala les había confesado a Eva y compañía la relación que mantenía con Rodrigo, y no estaban de acuerdo en que la mantuviera en secreto.

—Ojalá fuera tan fácil, pero el problema es otro —admitió ella mirando con disimulo hacia la habitación en la que estudiaba Jimena. O en la que hacía que estudiaba, porque ya le había confirmado que le quedaba matemáticas para septiembre, menos mal que, aun así, pasaba al instituto—. De todas maneras, eso no es lo que me provoca el dolor de cabeza —musitó.

—No, qué va —se burló malhumorada Vicenta.

Y Gadea, que recortaba el celofán con fingida concentración, puso toda su atención en lo que iba a decir su madre. Sabía que algo le pasaba, siempre estaba triste y cansada, como si estuviera al límite de sus fuerzas. Y Jimena no se lo ponía nada fácil.

—No, mucha culpa la tiene el trabajo. Estoy desbordada —declaró Gala estirándose—. El nuevo cliente, InBank, está teniendo un éxito rotundo, lo que significa que ha crecido exponencialmente desde que se creó, y el servicio que le damos ha crecido con él. Así pues, tengo que hacer el doble de trabajo en las mismas horas. Y no llego. Por mucho que me esfuerzo, no puedo con todo.

—Dile a tu jefe que estás desbordada y que te libere un poco —propuso Adán.

—Mi jefe la mitad de las semanas no está, pues viaja constantemente a Argentina para preparar su puesto en la nueva sede. Además, no quiero llamar la atención de mis superiores con mis quejas. Está habiendo muchos cambios en nuestra planta y no quiero darles excusas para que prescindan de mí. —Habían vuelto a empezar las

rondas de despidos y traslados, y estaba en un sinvivir—. De todas maneras, hoy me han anulado dos campañas, así que imagino que a partir de mañana estaré menos agobiada.

—No parece que te haga gracia —murmuró Vicenta tomándole la mano.

—Es la primera vez que me quitan campañas, y no sé si me gusta. Me siento como si no confiaran en mí para llevarlas.

—Tal vez lo hacen para que puedas centrarte más en InBank. Si está subiendo tanto, tiene que ser muy importante —señaló Eva con muy buen tino.

—Y tanto que lo es. Pero las que he perdido tampoco eran moco de pavo, aunque ni de lejos tan importantes como InBank. Ahora las tiene Verónica.

—¡Verónica! —exclamó Jimena desde el pasillo, demostrando así que, a pesar de estar supuestamente estudiando, tenía un oído muy fino cuando quería—. Seguro que ha sido por su culpa por lo que te las han quitado. —Entró enfadada en el comedor—. ¡Te las ha robado!

—No, cariño, ella no ha tenido nada que ver. Se las han dado porque estoy desbordada. En realidad, me hace un favor llevándolas —dijo Gala conciliadora—. Además, se ha sentido igual de mal que yo al saber que se las traspasaban a ella, no ha sido algo que esperase.

—Ya, seguro —ironizó Jimena cruzándose de brazos—. No te fíes de ella, mamá, no es buena gente.

—Si apenas la conoces —repuso Gala con buen humor, encantada de que su hija la defendiera, aunque fuera contra su compañera de trabajo, que desde luego no se lo merecía.

—Ni quiero conocerla más. No me gusta cómo me mira cuando nos cruzamos en la plaza, me fulmina con la mirada...

—¿No será al contrario? —rebató Gala divertida—. Desde que está saliendo con Calix le tienes mucha manía, y no se lo merece. Es una mujer encantadora.

La niña la miró enfadada antes de salir del comedor con pasos airados. Su madre no tenía razón, o, bueno, tal vez un poco. Pero sólo un poco. Al principio no le gustaba Verónica porque se había enrollado con Calix, pero después comprobó que la animadversión era mutua. Porque, desde luego, las miradas que Verónica le dirigía cuando se cruzaban no eran lo que se dice amistosas. Además, por su culpa ya casi no veía a Calix, pues desde que estaba saliendo con ella apenas bajaba a la calle.

No. Verónica no le gustaba nada.

* * *

—¡Hace un calor horripilante! ¡Mis invitados van a derretirse en mi boda! ¡Formarán charquitos de sangre, grasa y ropa en el suelo, y los que no se hayan derretido resbalarán al pisarlos y todo acabará siendo un desastre! —auguró dramáticamente

Cruz entrando en casa de Vicenta—. ¡Quiero morirme! ¡Tierra, trágame! ¡Rayo, cae sobre mí! ¡Agua, ahógame! ¡Fuego, conviérteme en cenizas! ¡No puedo soportar esta angustia ni un momento más!

—¿No has traído una de las pociones de Paco para que se tranquilice? —murmuró Adán impresionado, incapaz de apartar la mirada del hombre que parecía a punto de estallar en mil pedazos en la entrada.

—Ahora mismo la traigo —se ofreció Vicenta yendo a la cocina mientras Gala y Eva corrían hacia Cruz.

—¿Pasa algo, mamá? —inquirió Jimena asomándose al comedor al oír los gritos mientras su hermana lo miraba preocupada desde la mesa.

—No pasa nada, cariños. Cruz está un poco nerviosa, pero enseguida se le pasa. ¿Por qué no vais a jugar con la consola? Por favor —agregó sabedora de que Cruz estaba tan alterado que podía soltar cualquier cosa por su boca.

Las niñas obedecieron renuentes y se metieron en la habitación, aunque eso no significaba que no fueran a enterarse de todo.

—¿Sabéis cuánto marca el termómetro de Sol? ¡Treinta y ocho grados a las nueve de la noche! ¡Y dicen que mañana van a subir más las temperaturas! —gimió Cruz desesperado mientras sus amigas lo acompañaban a la mesa—. Me voy a casar el día que más calor va a hacer en España en siglos. En el punto álgido de la ola de calor que asola la Península. ¡Va a ser horrible! Mis invitados se desmayarán y Bruno dirá que no cuando le pregunten si me quiere como esposo... ¡Mi vida es una ruina!

—No puedes fiarte de esos termómetros, Cruz —intervino Adán asustado. En el tiempo que lo conocía nunca lo había visto tan alterado. ¡Y lo había visto muy alterado en esos últimos meses! La boda iba a acabar con él—. Sus mediciones no son reales.

—Y entonces ¿por qué los ponen? —jadeó él indignado al oírlo.

—Pues...

—Seguro que hay intereses económicos detrás de ellos —murmuró Vicenta entrando en el salón con una taza humeante en la mano—. Toma, hijita, bébete esto, te sentará bien.

Y Cruz se lo bebió. Esa y tres tazas más.

—¡Me meo viva! —chilló media hora después para, acto seguido, salir corriendo al baño.

—Al menos, está más tranquila —comentó Adán, a quien esas escenas lo superaban—. Voy a subir un rato con mi abuela. Luego iré a tu casa a cobrarme el pago por mis servicios. —Miró lascivo a Eva.

—Te estaré esperando impaciente.

—Intentad no hacer mucho ruido..., recordad que vivo justo debajo —solicitó Gala.

—¿Qué pasa?, ¿te da pelusa no poder catarlo tanto como quisieras? —se burló Eva tras despedirse de su chico con un beso de tornillo.

—Muero de envidia... —musitó Cruz cuando Adán se fue y quedaron sólo las amigas.

—¿Por qué? Bruno también es muy guapo y fogoso —declaró Vicenta ladina.

—Sí, pero hemos acordado mantenernos célibes para pillar con más ganas la noche de bodas —suspiró Cruz—. Llevamos un mes sin catarlo...

—¿Qué es *célibe*? —le preguntó Gadea a Jimena en un susurro sin apartar la oreja de la puerta del dormitorio.

—Que no tienen sexo. Y cállate, pesada, que no me entero de nada —la regañó Jimena, prestando de nuevo atención.

—¡Acabáramos! ¡Así estás tan nervioso y frustrado! —exclamó Vicenta—. ¿De quién ha sido tan brillante idea?

Cruz la miró y su labio superior comenzó a temblar para acabar estallando en un amargo llanto.

—¿Por qué preguntas, Vicenta? ¿Es que no la conoces? —resopló Eva—. Vamos, Cruz, ánimo, cielo.

—Yo también estaría *depre* si fuera a casarme dentro de cuatro días.

—¡Cállate, Gala! —ordenaron a la vez Eva y Vicenta.

—Está bien, tranquilas. A ver, Cruz, dínos qué te pasa, aparte de la abstinencia, que es muy mala.

—Y lo dices por experiencia, claro está, porque mojas aún menos que yo —se tomó Cruz la revancha.

—*Touché!* —dijo burlona Vicenta.

—¡Está bien! Perdamos el tiempo lamentándonos de nuestra inexistente vida... íntima —declaró Gala mirando de refilón al pasillo, no se fiaba de que sus hijas no estuvieran escuchando— y deprimámonos todos..., total, no tenemos problemas más acuciantes a los que buscar soluciones.

—¡Soluciones! ¡No hay solución posible! Estamos en mitad de una ola de calor abrasador y no hay nada que pueda cambiarlo. Lo único que puedo hacer es contratar una flota de ambulancias para que los atienda cuando les dé el telele —se lamentó Cruz escondiendo la cabeza entre las manos.

—También podrías comprar abanicos y repartirlos en el restaurante...

Cruz levantó la cabeza y miró a Gala con los ojos entornados.

—Lo he estado pensando —continuó ella ahora que había conseguido su atención— y creo que sé cómo paliar el problema del calor en el restaurante. Las carpas tienen difusores de agua y ventiladores, pero, a pesar de eso, al estar al aire libre, hará mucho calor. Así que podríamos intentar combatirlo con abanicos. Podríamos dejarlos en unas cajas monas en la entrada para que los invitados se vayan sirviendo según entren.

—Y ¿cómo vas a conseguir abanicos para tantas personas en tan poco tiempo? La boda es el sábado... —inquirió Eva interesada. No era mala solución.

—Y no te olvides del precio, los abanicos no son baratos..., nos puede salir la broma por un ojo de la cara —señaló Vicenta.

—Son sólo para unas horas, así que no tienen que ser buenos, con que den aire, sobra —afirmó Gala—. He hablado con el padre de Anuja y hemos apalabrado trescientos abanicos. Los que faltan tendremos que comprarlos en los chollos que hay por el barrio...

—¡Eres la mejor! —clamó Cruz lanzándose a sus brazos—. ¡Si el calor no arruina mi boda será gracias a ti!

—Bueno, pues un asunto solucionado. Pasemos al segundo tema más importante: ¡la despedida de soltera! —declaró Eva agitando los brazos cual animadora—. Ya tenemos el sitio y, no, no voy a decirte adónde vamos a ir, es una sorpresa —atajó a Cruz cuando éste abrió la boca para preguntar—. He quedado también con las hermanas de Bruno, llegan el viernes por la mañana, así que por la noche son todas nuestras. ¡Vamos a dar la campanada!

—Me dais miedo... —gimoteó Cruz.

—Oh, sí, bonita, tienes mucho, pero que mucho que temer —afirmó Vicenta intercambiando una mirada conspiradora con Eva.

—Menos mal que tú eres una mujer cabal y responsable y me protegerás de estas dos locas —murmuró Cruz abrazándose a Gala. Ésta bajó la cabeza, reticente a mirarlo—. Porque vas a venir, ¿verdad? —inquirió al ver su gesto.

Ella no contestó.

—¿Gala? —la reclamó Eva.

—No puedo ir.

—¿Por qué? —jadeó Cruz horrorizado—. No puedes faltar. ¡Somos las cuatro mosqueteras! Sin ti no será lo mismo. Sólo me voy a casar una vez y quiero despedir mi soltería a tu lado...

—Lo siento, Cruz, pero no puedo ir. No puedo dejar a mis hijas solas en casa.

—Pensaba que iban a quedarse con sus abuelos esa noche —señaló Eva.

—Sí, eso pensaba hacer, pero les ha surgido un plan y no pueden.

—Pues que se queden con su padre —decidió Cruz.

—No se queda con ellas ninguna noche, ni siquiera las de los fines de semana que le tocan a él, siempre las deja con los abuelos —expuso Gala—. Y, además, ése no es el problema.

—Entonces ¿cuál es? —planteó Eva.

Gala miró a sus amigas renuente a exponer sus dudas.

—¿Qué crees que pensarán si las dejo con él para irme de fiesta? No me parece que eso las haga sentirse muy queridas. Es como si les dijera que no quiero estar con ellas y prefiero irme con mis amigas.

—No digas chorradas, Galita —la regañó Vicenta—. Todas las madres del mundo dejan a sus hijos alguna noche con sus abuelos o con sus tíos o con niñeras para pasar unas horas de esparcimiento. Y no por eso son malas madres.

—Ya lo sé, pero las cosas están muy complicadas en casa...

—Por eso mismo tienes que salir y pasarlo bien..., te hace falta soltarte el pelo —afirmó Cruz, pasando un brazo por el hombro de su amiga—. Estás tan tensa que vas a romperte en cualquier momento. Tienes que venir, eres imprescindible para mí.

—No lo sé, tengo que pensarlo —repuso apoyando la cabeza en su hombro—. Ver qué es lo mejor para mi familia y obrar en consecuencia.

—Lo mejor para tus hijas es que su madre esté alegre y sea feliz..., y últimamente estás muy lejos de serlo —sentenció Vicenta.

* * *

—¿Lo has oído? —comentó Gadea a su hermana—. Mamá no es feliz.

—Claro que lo es, lo que pasa es que está agobiada por el trabajo —replicó Jimena.

Gadea la miró, mordiéndose la lengua para no decir que también era culpa suya por ser tan mala con ella, por discutir tanto y por no portarse bien con Rodrigo y hacer que su madre no se atreviera a salir con él.

—También está triste porque está sola —se atrevió a añadir, a ver si captaba la indirecta.

—Sí. Tenemos que hacer algo para que vuelva a salir con papá.

—¿Con papá? —La miró alarmada—. Papá ya está saliendo con Angélica.

—Pero la dejaría si mamá le hiciera caso. ¿No te has fijado en cómo la mira?

—Pues no...

—¡Pues fíjate! Está claro que quiere volver con ella. Se nota que la echa de menos y la quiere.

—Papá quiere a todas las mujeres, lo dice hasta la abuela... —matizó enfurruñada.

No veía muy claro que sus padres volvieran a estar juntos. No recordaba mucho de cuando estaban casados, pero sí sabía cómo se comportaban ahora cuando coincidían, Y desde luego no se llevaban bien. Eran más alegres, más agradables y más felices por separado.

—Pero a mamá la quiere más que a las demás —afirmó Jimena no muy segura, pues, como decía su abuela, su padre era un poco veleta.

—No tendría que querer a ninguna más que a mamá —apuntó Gadea.

—Tú qué sabrás, enana —bufó Jimena—. Tenemos que convencer a mamá para que vaya a la despedida de soltera de Cruz.

—Sí, tiene que salir y pasárselo bien —convino Gadea.

—Eso también, pero sobre todo porque, si papá viene a por nosotras el viernes, lo hará solo, ya que Angélica trabaja, y si mamá y papá se ven estando solos..., quién sabe, tal vez surja la chispa. Y, si no, cuando nos traiga el sábado por la mañana ya

haremos algo para liarlos. Lo mismo mamá le dice que la acompañe a la boda — musitó pensativa.

Llevaba todo el año tratando de juntarlos, pero Angélica siempre iba con su padre a todos lados, por lo que sus posibilidades de coquetear con su madre eran casi inexistentes. Aun así, había visto las miradas que le dedicaba, y estaba segura de que si se quedaban a solas un rato la acabaría conquistando otra vez. Y entonces todo iría bien, porque su padre le dejaría hacer todo lo que su madre no le permitía, tendría más libertad, todo sería más divertido y su familia volvería a estar completa.

Gadea miró a su hermana como si se hubiera vuelto loca. ¿Sus padres juntos? ¡Sería una pesadilla!

Miércoles, 14 de junio de 2017

—Es superchulo —comentó Anuja observando con atención el nuevo peinado de Jimena.

—Es una pasada —coincidió Malena—. ¿Cómo te lo has hecho?

—Siguiendo un tutorial de YouTube. —Se tocó encantada los gruesos tirabuzones—. Estaba harta del pelo liso, y como mi madre no me deja hacerme la permanente para tener el *look* de Bella Hadid, he tenido que buscarme la vida yo solita —contó irritada por la injusticia cometida contra ella.

—Pues te ha quedado genial —afirmó Xiao, que siempre estaba a vueltas con su odiado pelo liso.

—Lo que me gustaría sería hacerme un mechón azul, pero para eso antes me lo tengo que decolorar y no quiero ni pensar en preguntárselo a la anticuada de mi madre —dijo Jimena contrariada—. Voy a tantear a Angélica esta tarde, a ver si la convenzo...

—Te vas a estropear el pelo si te lo decoloras —le advirtió Malena.

—Ya crecerá... —replicó ella encogiéndose de hombros—. Con un mechón azul pareceré menos niña y más adulta.

No le gustaba su carita de niña buena, ella quería ser moderna y atrevida, como las chicas del instituto. Estaba deseando acabar sexto para ir con David. Él iba a pasar a cuarto de la ESO, por lo que ni de coña irían a la misma clase, pero coincidirían en el patio y sería muy romántico. Pasear de la mano, esconderse para darse besos, regresar juntos de clase...

—Jimena... ¿Puedo hablar contigo un momento? —interrumpió su ensoñación una voz entre aflautada y grave que pareció perder potencia al final de la frase.

Se volvió hacia su compañero de clase, dedicándole una mirada desdeñosa.

—Claro, habla. Soy toda oídos.

—Mejor a solas, si no te importa —le pidió Kini tras carraspear. Odiaba los gallos de voz, tan propios de su edad.

—Sí me importa —repuso Jimena burlona.

—No creo que les interese a tus amigas —comentó el chaval bajando la mirada nervioso.

—Claro que sí, todo lo que me interesa a mí les interesa a ellas —aseveró malhumorada, segura de que iba a echarle la charla o algo por el estilo.

Desde que salía con David, Kini se comportaba como si fuera su madre, siempre vigilándola y mirándola enfadado, como si tuviera derecho a opinar sobre lo que hacía o dejaba de hacer. Era un coñazo de tío.

—Como quieras —murmuró él. Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros echando los hombros hacia delante, como si quisiera encogerse, y bajó la cabeza mirándola de refilón—. Me he encontrado con unas chicas del instituto en la tienda. Una le estaba comentando a las otras que David besa muy bien...

—¿Y qué? Será una antigua novia —dijo Jimena a la defensiva.

—Las he seguido de camino a casa y se han parado en la plaza de los Carros. Y allí estaba David, y se han enrollado...

—¡Eso es mentira! —lo increpó Jimena dándole un fuerte empujón.

—¿Por qué iba a mentirte? —preguntó él dando un paso atrás para recuperar el equilibrio. Desde luego, la cría tenía buenos músculos.

—Porque estás por mí y te da rabia que yo esté con David.

—Eso no es verdad —negó el chico enrojeciendo hasta la raíz del pelo.

—Claro que lo es, me lo ha dicho David.

—Y ¿te crees todo lo que te dice? —inquirió enfadado.

—¡Claro que sí, es mi novio! —contestó como si ése fuera motivo más que suficiente.

—También es idiota. Y, además, te está poniendo los cuernos —sentenció furioso.

Llevaba desde el mediodía debatiéndose entre decírselo o no porque sabía lo que iba a pasar. Al final, había sido tan tonto de no hacer caso a su instinto y se lo había contado. Y todo para nada. Bueno, sí, para que le dijera delante de sus amigas que él estaba por ella. Se sintió morir de vergüenza.

—No me los está poniendo, sólo te lo inventas para que cortemos. Pues, entérate, no me interesas, no me gustas y me das asco —afirmó ella enfadada—. Además, ¿por qué vienes tanto a la plaza? ¿No tienes casa ni padres, que tienes que estar siempre aquí con tu abuelo?

Kini empalideció visiblemente, bajó la cabeza incapaz de mirarla y, sin decir palabra, se dio media vuelta y enfiló hacia el jardín. Nada más entrar, suspiró aliviado de estar allí, apartado del resto del mundo, y sacó un cigarro. Lo encendió dando una larga calada.

—Te has pasado, tía —susurró Anuja con unos ojos como platos.

—¿Por qué? Que se jorobe, me tiene harta.

—Sus padres tienen muchos problemas y por eso siempre que puede se escapa con su abuelo —explicó la niña hindú.

—Y ¿tú cómo lo sabes?

—La pared del comedor de su abuelo pega con la de la trastienda y mi padre ha oído al Ogro hablar con el padre de Kini —explicó refiriéndose al profesor jubilado que vivía en el bajo exterior—. Por lo que le ha contado a mi madre, las cosas están muy mal entre ellos...

—Joer, no lo sabía —musitó Jimena arrepintiéndose de lo que le había dicho a Kini.

—Pues ahora ya lo sabes, así que no seas tan borde con él... Además, a mí David cada vez me gusta menos, se está volviendo muy chulito —se atrevió a sincerarse Anuja.

—Es un poco chulo, pero porque puede —replicó Jimena, aunque no le faltaba razón a su amiga.

* * *

Gala tamborileó impaciente con los dedos contra la puerta del vagón. ¿Por qué tardaba tanto en abrirse? El metro dio una última sacudida, deteniéndose al fin, y en el mismo momento en que las puertas comenzaron a abrirse Gala pasó entre ellas y echó a correr por el andén.

Otra vez llegaba tarde.

Odiaba los miércoles con todas sus fuerzas. Daba igual cuánto corriera o que no parara a comer ni casi para ir al servicio, jamás conseguía salir del trabajo a la hora que se había propuesto para que le diera tiempo a llegar a la plaza y estar un rato con sus hijas antes de que se fueran. Por supuesto, su presencia no era necesaria; al fin y al cabo, ya eran unas mujercitas y no la necesitaban para irse con su padre. Pero a ella le gustaba estar presente, comprobar que habían merendado y, sobre todo, recordarle al irresponsable de su exmarido que al día siguiente había colegio y tenían que estar de regreso a las nueve, algo que nunca cumplía.

Atravesó la plaza de los Carros y enfiló la costanilla de San Andrés. Cuando llegó a la plaza de la Paja estaba sin respiración, pero la carrera había merecido la pena porque sus hijas todavía estaban allí. Tomó una gran bocanada de aire y fue hacia Jimena, quien parecía contarse secretos con el nieto del Ogro. Los miró extrañada, no sabía que fueran amigos. De hecho, no sabía que su hija saliera con nadie aparte de Anuja, Xiao y Malena, pues en cuanto llegaba, la niña la saludaba y se marchaba como alma que lleva el diablo a dar una vuelta. Y no volvía a saber de ella hasta las ocho, que era su hora límite fuera de la plaza.

Y no era que no lo entendiera: ella había sido niña y también se había negado a seguir las normas del centro en el que vivía. Había salido en pandilla y conocido a chicos, se había enamorado, le habían roto el corazón, lo había roto y había vuelto a enamorarse. Entendía el secretismo y la libertad que Jimena reivindicaba, pero no que se portara tan mal con Gadea, y mucho menos la rebeldía ofensiva y guerrera que adoptaba contra ella.

Cuando estaba a punto de llegar hasta ellos, el chico se marchó mirando al suelo y con pasos furiosos, como si estuviera enfadado. O dolido.

—No sabía que eras amiga de Joaquín —comentó intrigada al llegar junto a Jimena.

—Y no lo soy —declaró ella apartándose cuando su madre trató de saludarla con un beso—. Es un plasta y me aburre con sus historias.

—A mí me parece un chico muy majo. Además, es muy guapete.

Jimena se encogió de hombros, a ella no le parecía guapo, estaba muy delgado y tenía el pelo lacio y mal cortado, pero sí era cierto que tenía unos ojos muy bonitos. ¡Aunque eso no pensaba decirlo jamás en voz alta!

—¡Gala! Qué alegría que hoy sí hayas podido llegar a tiempo para vernos — exclamó Eduardo a su espalda, sobresaltándola al abrazarla y darle un beso en la nuca—. Estás tan guapa como siempre. —Dio un paso atrás antes de que ella le hundiera el codo en las costillas.

—Y tú sigues tomándote más libertades de las que te corresponden —masculló Gala enfadada, lo que provocó que Jimena frunciera el ceño contrariada. ¿Por qué no podía su madre ser un poco más agradable?—. ¿Y Angélica? ¿No ha venido contigo?

—He dejado el coche aparcado en doble fila en la calle Segovia y se ha quedado dentro por si acaso —explicó él—. ¿Estás preparada para la boda del siglo?

—¿Tú qué crees?

—Conociéndote, seguro que ya tienes listos el vestido, los zapatos y hasta la ropa interior. Dime qué te vas a poner. ¿Llevarás ligas como siempre o con este calor irás sin medias? —la interrogó con picardía—. ¿Irás de corto o de largo? ¿Y el vestido?, ¿será tan escotado que no llevarás sujetador? —le susurró al oído—. No seas mala, dime si vas a ir muy sexi...

—Voy a ir de luto. Algo me dice que estás a punto de morir... a mis manos.

Eduardo se echó a reír al oírla, y Gala, sin saber por qué, se contagió de sus carcajadas. Si había algo que su marido sabía hacer bien era reír. Y también follar. Pero sobre todo reír. Era un hombre que jamás estaba preocupado o agobiado; al contrario, siempre estaba contento y feliz. Era fácil amarlo. Lo imposible era vivir con él.

—No lleguéis más tarde de las nueve —le pidió.

—Por supuesto —aceptó como cada miércoles, aunque ella estaba segura de que llegaría tarde, como siempre.

—Ya me ocupo yo de que lleguemos pronto, mamá —intervino Gadea, que se había acercado a ellos—. Hoy echan «Besos robados» ¡y quiero verla desde el principio!

—¡Eso! —estalló Jimena—. Yo también estoy harta de tener que ver el comienzo al día siguiente en *streaming*.

—Tres mujeres contra uno... Está claro que llevo las de perder. Está bien, llegaremos a nuestra hora —accedió Eduardo, y, antes de que Gala pudiera intuir lo que iba a hacer, le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí para darle un rápido beso.

Ella lo apartó de un empujón cuando sintió su lengua tentarle los labios.

—Un día de éstos volveré a saborearte —le advirtió guiñándole un ojo antes de irse.

* * *

—¿Ves cómo a papá le sigue gustando mamá? —le susurró al oído Jimena a Gadea una vez estuvieron montadas en el coche.

—Sí, pero a mamá no parece gustarle papá —señaló la pequeña.

—Pues eso es lo que tenemos que solucionar.

* * *

—¿Cuántos faltan? —Eva observó con ojo crítico las bolsas que llevaban en las manos.

—Treinta y cinco —respondió Gala tras hacer un rápido cálculo mental—. Ochenta y cinco si hacemos caso a Cruz y compramos cincuenta de más para prevenir...

—Ni de coña vamos a comprar cincuenta más, ya va a ser un milagro conseguir los treinta y cinco que faltan —se negó Eva agotada. Eso de patearse la ciudad con treinta y ocho grados a la sombra no había Dios que lo soportara.

—Hay que intentarlo, hijitas —intervino Vicenta abanicándose sin fuerzas.

—Ya has visto que es imposible —replicó Gala dejándose llevar por el desánimo de Eva.

No era fácil comprar abanicos en Madrid en plena ola de calor. Bueno, sí, fácil era, pero no barato. Los comerciantes, tan avispados como siempre, habían subido los precios y, sinceramente, pagar la burrada que pedían por un abanico de plástico que no duraría ni dos abanicadas era algo que no iban a hacer. Así que llevaban más de dos horas de aquí para allá, entrando en todos los comercios y regateando con todos los tenderos. Habían conseguido ciento cinco abanicos y ahí se habían quedado. Y no había forma humana de conseguir más sin arruinarse con sus precios desorbitados.

—Vamos a intentarlo en una última tienda, y si no encontramos, lo dejamos como está —propuso Vicenta enfilando hacia la calle Mayor.

Eva y Gala la siguieron con un suspiro.

—Gala, ¿ves a la mujer que está mirando ese escaparate? —preguntó Vicenta poco después con voz misteriosa.

Ella miró con disimulo a una mujer de unos cuarenta años vestida con elegancia. Iba con dos niños, el mayor debía de rondar los seis años, y el otro los cuatro.

—¿Te acuerdas de que hace tiempo me preguntaste si le conocía alguna novia a Rodrigo? —musitó Vicenta. Gala fijó su atención en la mujer que en ese momento

entraba en la tienda—. Estuvo liado con esa que acaba de entrar. Aunque no era fácil verlos juntos. Por el barrio desde luego no paseaban, a pesar de que ella vivía muy cerca, en la calle del Ángel. Se rumoreaba que a ella no le gustaba dejarse ver con el albino. Estuvieron saliendo varios años, o eso decían las malas lenguas, porque como te digo no se prodigaban mucho por la zona. De repente dejamos de ver salir a Rodrigo los fines de semana, y un buen día nos enteramos de que ella se había casado con un ejecutivo y estaba embarazada...

—Vaya —murmuró Gala parándose frente a la tienda para verla a través del escaparate.

Tendría la edad de Rodrigo y vestía con la misma elegancia que él, aunque parecía bastante estirada. Esbozó una sonrisa torcida al darse cuenta de que en eso era igual que él. La observó mientras elegía algunas revistas. Era muy guapa, de facciones delicadas, maquillaje impoluto y pelo perfecto. Alta y rubia, de tez clara y ojos verdes. Rodrigo y ella habrían hecho muy buena pareja.

La observó sintiendo cómo sus emociones le revolvían las tripas con un fuego líquido que la hacía arder, pero no de celos, sino de furia. Por lo que había dicho Vicenta, era muy factible que ésa fuera la mujer a la que Rodrigo se había referido al decir que a algunas mujeres no les gustaba el «blanco nuclear». Zorra asquerosa. ¿Cómo se atrevía a pasear a escondidas con Rodrigo para que no la vieran con él? Merecía que le arrancara todos los pelos de la cabeza uno a uno y con alevosía... De repente, el fuego de su interior se convirtió en una gélida lengua de hielo que le atenazó el corazón, porque acababa de darse cuenta en un horroroso instante de ingrata lucidez de que ella estaba haciéndole lo mismo.

Ella también lo obligaba a ocultar su relación y a esconderla ante los demás.

Pero no era por su piel, sus ojos o su pelo, sino por no hacer daño a sus hijas, se dijo, autoconvenciéndose de que su excusa para ocultar la relación era legítima.

—¿A qué viene tanto interés? —preguntó Eva observando a su amiga. Parecía que le había dado muy fuerte con Rodrigo. Y se alegraba. Hacían buena pareja.

—A nada, sólo era curiosidad —contestó Gala apartándose del escaparate.

La mujer tenía dos hijos pequeños, tal vez Rodrigo la había dejado porque no quería hijos y ella sí. No sería improbable, al fin y al cabo, él se había hecho la vasectomía para no tenerlos. Pero, si era así, ¿por qué se lo veía tan embelesado con Gadea? La trataba como si fuera su hija, o incluso peor, porque le consentía todos los caprichos. Era increíble que un hombre al que no le gustaban los niños se comportara con su hija como lo hacía él.

* * *

—¿Los habéis conseguido?! ¡Decidme que sí, os lo suplico! —rogó Cruz al llegar a la plaza y encontrarse con ellas.

—¡Sí! —soltó Eva entusiasmada, evitando decirle que faltaban veinte. Pero, qué narices, seguro que más de veinte personas llevarían su propio abanico.

—¡Es *magnifico*, *fantabuloso* y *magicoloso*! ¡Sois prodigiosas, maravillosas y las mejores amigas que nadie pueda tener! —vociferó abrazándolas entusiasmado—. ¡Bruno no llega hasta las once y media! ¿Sabéis lo que significa eso?

Todas lo miraron intrigadas a la vez que negaban con la cabeza.

—¡Que vamos a aprovechar para hacer el último ensayo general! —gritó eufórico.

* * *

Rodrigo miró impaciente el reloj. ¿Cuánto podía tardar el metro en recorrer cinco estaciones? Tanta lentitud era intolerable. Aguantó estoico hasta que llegó a la parada y, en cuanto se abrieron las puertas, salió al andén. Si se daba prisa, y pensaba dársela, le daría tiempo de ir a casa de Gala y pasar casi una hora a solas con ella. Y no era que pensara hacer nada indecoroso en ese rato. Bueno, sí lo pensaba, pero no iba a hacerlo. Porque en cincuenta minutos no le daba tiempo a amarla como deseaba. Pero, sobre todo, porque lo que quería era estar con ella y abrazarla y besarla sin cortapisas ni prudencia, pues no habría nadie —y con nadie pensaba en Jimena— vigilando para pillarlos en un renuncio, o, peor aún, con las manos en la masa.

Caminó a endiablada velocidad y, al entrar en el portal, no lo pensó. Subió al segundo sin detenerse en su casa.

—¡Parezco un saco! —sollozó Cruz—. Esto es horrible, ¿es que nada me va a salir bien en mi boda? —se quejó amargamente—. ¡Se acabó, no me caso! ¡Se anula todo y listo!

—Vamos, seguro que tiene solución —intentó consolarlo Vicenta.

—Puedo hablar con Rodrigo, seguro que él... —apuntó Gala.

—¿Hace milagros? —inquirió Cruz con los ojos desorbitados. Gala lo miró perpleja sin saber qué decir—. ¡Porque, si no los hace, no hay nada que hacer! ¡Esto sólo puede solucionarse con un milagro, y como me he gastado todos mis ahorros en la boda no me queda dinero para viajar a Lourdes a pedir un milagrito! —sollozó desmadejado en el sillón.

—Vamos, seguro que a Bruno le da igual si te queda bien o mal —lo intentó Eva.

—¡Podría sacarle los ojos, así no podría verme y no huiría espantado! —aulló Cruz.

—¡Se acabó! ¡Ya está bien de gilipollecés! —exclamó Vicenta llegando al límite de su paciencia. Cruz era un hombre tranquilo y mesurado, pero la boda lo había vuelto del revés, convirtiéndolo en un histérico incapaz de razonar—. Bruno lleva un mes sin follarte, ¿de verdad crees que le va a importar un pimiento cómo vistas? Sólo va a estar pendiente de dar el «sí, quiero» y llevarte al hotel para metértela. Ni siquiera se fijará en si estás vestido.

Cruz se calmó un instante y luego estalló de nuevo en llanto.

—¡Fue una idea horrible! ¿Por qué se me ocurrió esa tontería del celibato? Ayer ni siquiera pudimos dormir juntos. Tuve que irme al sofá porque sólo pensaba en frotarme contra él, y estuvimos a punto de hacerlo por mi culpa. ¡Nos pusimos tan cachondos que aún me duelen los huevos! ¡Soy un desastre! ¡Voy a tener que tomar bromuro para no violarlo antes de la boda!

—No, señor, lo que vas a hacer es venirte a dormir a mi casa los días que faltan —ordenó Vicenta—. A ver si teniéndote a dieta de tilas logramos que entres en vereda.

—¿Harías eso por mí? ¿Me acogerías en tu casa con lo desquiciada que estoy?

—Y ¿cuándo no lo has estado? —musitó Vicenta abriendo sus brazos para él.

Gala y Eva suspiraron al ver que las aguas parecían volver a su cauce. Aunque duró poco, porque casi al instante Cruz recordó que iba a ir hecho un adefesio a su boda y estalló en gritos lastimeros de nuevo.

* * *

Rodrigo oyó un alarido inhumano y, sin pensarlo un instante, subió de dos en dos los peldaños que le quedaban hasta el segundo. Ya no había ningún vecino loco haciendo barbaridades en la escalera, pero esos meses de terror le habían enseñado a no dar nada por sentado. Atravesó a la carrera el rellano y se paró frente a la puerta de Gala, que era de donde parecían salir los aullidos. Llamó al timbre sin parar, asustado al ver que no le abrían, y acabó por golpear la puerta con los puños a la vez que gritaba el nombre de su amada.

Y, por fin, la puerta se abrió.

—¿Qué ha pasado? —inquirió en cuanto Gala se asomó.

—¿Rodrigo? Nos vienes como anillo al dedo, pasa, no te quedes ahí parado. —Lo tomó de la mano y echó a correr llevándolo a rastras—. ¡Ha llegado la solución a todos tus problemas! —chilló empujándolo hasta dejarlo plantado en mitad del salón, bajo la mirada escrutadora de Eva, Vicenta y Cruz, quien, por cierto, tenía la cara congestionada y empapada en lágrimas y vestía sólo unos calzoncillos y unos calcetines.

—¿Sabes hacer milagros? —inquirió este último.

—¿Milagros? —Rodrigo parpadeó perplejo.

¿Qué demonios pasaba allí? ¿Por qué estaba el mariquita desnudo y llorando como una magdalena en el salón de Gala? Y ¿por qué Gala, Eva y Vicenta lo miraban a él como si fuera Superman y estuviera a punto de salvar el mundo?

—Sí. Sabe hacerlos —afirmó Gala por él—. Deja de llorar y enséñale lo que te pasa —le ordenó a Cruz—. Verás cómo tiene una solución.

—¿Una solución? ¿Para qué? —preguntó Rodrigo, incapaz de salir de su asombro.

—Para que mi novio no me deje plantada en el altar —gimoteó Cruz.

—Y ¿por qué iba a hacer eso? —indagó Rodrigo recuperando la templanza que lo caracterizaba, algo que obró el milagro de calmar, en cierto modo, a Cruz.

—Porque voy a ir hecho un adefesio —lloriqueó éste—. He adelgazado mucho con los nervios y la ropa me queda enorme... Por lo menos, una talla más grande...

—Entiendo que llevarás traje de chaqueta y pantalón y una camisa. ¿Las tres prendas te quedan grandes? —demandó Rodrigo con flema británica, recuperando la seguridad al comprender que se movía en terreno conocido.

—Sí.

—¿Puedo verlas?

Cruz soltó un sentido suspiro y fue a la mesa, donde las había dejado horrorizado.

Rodrigo las observó meditabundo. La camisa era bastante pasable, a pesar de no estar hecha a medida, y el traje era de buena calidad.

—Vístete y ve a la habitación de Gala, necesito un espejo para trabajar —le ordenó mirándolo con ojo crítico.

Cruz obedeció y, cuando estuvo vestido frente al armario de espejos, Rodrigo caminó a su alrededor tirando de aquí y de allá mientras lo contemplaba con los ojos

entornados.

—Y te casas el sábado... —musitó pensativo.

—Estoy pensando en anular la boda —lloriqueó Cruz.

Rodrigo no pudo evitar curvar los labios al oírlo.

—No creo que sea necesario —dijo volviéndose hacia Gala—. ¿Tienes alfileres?

Ella se los tendió al instante, pues había ido a por ellos en el momento en que Rodrigo había empezado a dar vueltas alrededor de Cruz. Algo que de nuevo volvía a hacer, sólo que en esta ocasión iba colocando alfileres aquí y allá.

—Bien, esto es lo más que se puede hacer con la chaqueta —informó haciéndose a un lado tras tomar la compostura—. El pantalón te aconsejaría no tocarlo, nos faltaría tiempo para arreglarlo en condiciones.

—¡Virgencita del consuelo eterno! —exclamó Cruz volviéndose para verse—. Me queda mucho mejor que cuando la compré... ¿Podría estar para el sábado?

—Por supuesto, no soy de los que dan esperanzas en balde —confirmó Rodrigo ofendido—. Quítate la chaqueta y déjame ver la camisa.

—Eso es lo peor..., me queda que parece un saco...

—No te voy a decir que no —masculló Rodrigo disgustado caminando alrededor de él.

Lo observó con gesto serio un instante y luego comenzó de nuevo a clavar alfileres aquí y allá, tomándole pinzas en la espalda hasta que la camisa quedó a su gusto.

—¿Te sientes cómodo? ¿Te parece bien así o la prefieres más ajustada?

—Es perfecta —murmuró mirándolo emocionado, y Rodrigo no pudo evitar sentirse como un verdadero héroe.

—Voy a tener que correr mucho, pero estarán para el sábado por la mañana —afirmó.

—No me puedo creer que te vaya a dar tiempo a arreglarlas —confesó Cruz asombrado.

—Lo haré por las noches, al fin y al cabo, no tengo nada mejor que hacer cuando vuelvo del trabajo —dijo con una sonrisa torcida, más amarga que alegre.

—Pues no está nada mal el Estirado cuando sonrío —observó Vicenta sin ningún disimulo—. No me extraña que te traiga loquita, Gala.

—Pues ya ves tú que yo no creo que sea su sonrisa, sino más bien lo que esconde bajo los pantalones lo que la hace tan feliz —la contradujo Eva—. Lástima que no te pongas vaqueros, si lo hicieras podríamos saber a qué lado cargas. Los que lo hacen a la derecha suelen estar muy bien dotados.

—Bueno es saberlo —comentó Rodrigo tratando de asimilar lo que acababa de oír. ¿Cómo se atrevía a tomarse esas libertades?

—Bruno carga a la derecha y tiene un rabo de impresión —declaró Cruz.

—Y ya viste a Adán ayer, desde luego calza buena arma —agregó Eva orgullosa.

—Pero ninguno como uno que conocí el siglo pasado —apuntó Vicenta—. Eso sí que era una buena tranca. Tenía que atarle un pañuelo a la base porque si me la metía entera me hacía daño. Y mira que soy flexible, pero era descomunal. ¡Ríete tú del negro del WhatsApp!

—Acabas de entrar a formar parte del grupo más selecto del edificio —le dijo Gala a Rodrigo, abrazándose a él.

—Permíteme disentir, creo que es el grupo más extravagante —replicó él con voz grave.

—Y nos hace falta urgentemente un estirado al que volver loco —añadió Gala poniéndose de puntillas para darle un beso de tornillo.

—Bien hecho, Gala, si se empalma podremos ver a qué lado carga —señaló Vicenta.

Rodrigo se volvió hacia ella, consciente de que la chaqueta le cubría la zona a examinar.

—Si tanto le interesa saberlo, señora mía, le diré que, aunque no necesito pañuelos para contener mi instrumental, nadie se ha quejado nunca de mis medidas.

—Lo que significa que carga a la izquierda, porque si cargara a la derecha ya lo habría confesado —dedujo Eva burlona.

Rodrigo arqueó una ceja molesto y, con la elegancia digna de un rey, metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón apartando la chaqueta con el brazo. Por descontado, el beso que le había dado Gala había tenido su efecto, dejando una gran evidencia que mostrar.

—No cabe duda de que tienes buen ojo, hijita —manifestó Vicenta midiéndolo aprobadora con la mirada—. Y ahora que está todo resuelto, ¿qué os parece si voy encargando la cena? «Besos robados» empieza dentro de media hora y no quiero perderme ni un segundo. ¿De qué te gusta la *pizza*, Rodriguín?

—Le rogaría que se refiriera a mí como Rodrigo o, en su defecto, Estirado. Jamás he soportado los diminutivos. Y, en cuanto a la *pizza*, barbacoa estaría bien.

* * *

—No puede faltar a mi despedida. Díselo tú, Rodriguito, a ver si consigues que entre en razón —lo instó Cruz colocando dos enormes pufs frente al sofá.

Rodrigo puso los ojos en blanco al oírlo. ¿Cómo podía haber sido tan tonto de darle argumentos al enemigo? Desde que les había dicho que no soportaba los diminutivos no dejaban de llamarlo por ellos. Y la única defensa que tenía era ignorarlos, porque estaba seguro de que si volvía a quejarse lo harían aún más a propósito.

—No soy quién para decirle nada. Gala es adulta y sabe, supuestamente, qué es lo mejor para su familia —declaró colocando con meticuloso cuidado los vasos en la

mesa.

—¿Supuestamente? —inquirió ella enfadada.

—Todos somos humanos y podemos cometer errores —aclaró él recolocando las servilletas de manera que estuvieran frente a cada vaso.

—¿Crees que es un error que me quede con mis hijas en lugar de mandarlas con su padre e irme de fiesta? —le reclamó volcando en él su frustración.

—Creo que no me corresponde a mí creer ni opinar nada —repuso Rodrigo.

—Pero puedes dar tu punto de vista.

—Dudo que quieras oírlo y, aunque no lleves tacones, los cuernos de tus unicornios parecen bastante peligrosos —comentó señalando las inofensivas zapatillas de unicornios con una sonrisa que la vertiginosa oscilación involuntaria de sus ojos delató como falsa. Porque no estaba tranquilo, sino molesto. Y también un poco furioso.

—No me hace gracia —dijo ella enfadada—. Quiero saber lo que piensas.

—No quieres saberlo, quieres discutir. Y eso es algo que no pienso hacer estando rodeado por tus mejores amigas; le tengo bastante aprecio a mi vida para arriesgarme a ofenderte y que me tiren por la ventana —declaró Rodrigo con humor negro, aunque en sus palabras subyacía la razón de su silencio: no quería discutir delante de nadie. No era su estilo.

—Hombre, Rodriguín, tampoco seas tan melindroso. Estamos en el segundo, si te tiramos por la ventana no te harás mucha pupa —apuntó Eva burlona.

—Son más de diez metros de altura, te aseguro que el golpe no sería leve —la contradujo él.

—Pobrecito Rodriguito, dejadlo en paz —salió Cruz en su defensa—. Tú no les hagas caso, son unas malas pécoras, y la bajita, la peor de todas —afirmó.

—¡Yo no soy bajita! —estalló Eva.

A Rodrigo le costó trabajo reprimir la sonrisa. No había duda de que las amigas de Gala eran muy... peculiares.

—¿Qué hace él aquí?! —gritó Jimena colérica al entrar en el salón y ver a Rodrigo.

Gala se volvió al oír a su hija, quien había entrado en casa usando sus propias llaves, de ahí que el timbre no los hubiera avisado de su llegada.

—Va a cenar con nosotros —le contestó con una sonrisa apaciguadora. Luego saludó sorprendida a Eduardo y a Angélica, pues jamás subían a su casa—. Qué sigilosos sois, ni siquiera os he oído entrar.

—Eso es porque estabas muy ocupada escuchando a ése —replicó desdeñosa Jimena.

—Ése tiene nombre —señaló Gala mirándola enfadada.

—¿Habéis puesto ya la tele? No vaya a ser que empiece la serie y no nos enteremos —intervino Gadea antes de que su madre y su hermana comenzaran a discutir.

—Aún le faltan diez minutos, pero tienes razón, mejor prevenir que curar — coincidió Vicenta captando sus intenciones e interponiéndose entre madre e hija—. Gala, hijita, mira a ver si lo enciendes, que yo no entiendo este trasto. —Le tendió el mando de la tele.

Gala le echó una última mirada abrasiva a su hija mayor y procedió a buscar el canal.

Y, mientras lo buscaba, Eduardo aprovechó para observar intrigado al hombre que estaba en el salón. No lo conocía, pero no le cabía duda de que era el blancucho que, según Jimena, quería ligarse a Gala. Lo revisó de arriba abajo sin ningún disimulo, y el otro se irguió altivo, devolviéndole una mirada arrogante. Desde luego, tal como afirmaba su hija, era un estirado.

—Ya veo que has comprado *pizza* para cenar. ¿Hay para dos más? —inquirió Eduardo sorprendiendo a todos con su petición, pues normalmente soltaba a las niñas en el portal y se marchaba raudo y veloz en cuanto ellas descolgaban el telefonillo confirmándole que estaban en casa.

—Hemos pedido la justa para nosotros siete —contestó Gala esbozando una sonrisa que de amistosa no tenía nada.

—Qué pena, me apetecía mucho cenar *pizza* —comentó el padre, asombrando a todos con su insistencia y molestando especialmente a Gala y a Angélica.

A la primera por imponerle su presencia, y a la segunda porque se sentía incómoda en esa situación.

—Yo puedo compartir la mía contigo, papá —se apresuró a decir Jimena—. Y seguro que Rodrigo prefiere comer otra cosa, dudo que le guste la *pizza*. Es demasiado vulgar para él.

—Lo siento mucho, pero hoy no puede ser —intervino Angélica—. Sólo hemos subido para comentarle a tu madre que nos encantaría quedarnos con vosotras el viernes por la noche —le dijo a Gala—. Las niñas nos han contado que tienes una despedida de soltera... Déjanoslas y ve a pasártelo bien, te prometo cuidarlas como si fueran mis propias hijas —afirmó, clavando sin saberlo un cuchillo en el corazón de Gala con esa última frase.

—¿Cómo sabes que...? —Se detuvo y miró con los ojos entornados a sus hijas—. ¿Ayer escuchasteis nuestra conversación?

—Lo oímos sin querer, no fue a propósito —se apresuró a explicar Gadea—. Estábamos en el cuarto y las paredes son tan finas que nos enteramos de todo.

—El cuarto estaba en el otro extremo de la casa y no hablábamos alto —señaló Gala.

—Haber esperado a que no estuviéramos si no querías que nos enterásemos —repuso Jimena enfadada. No sólo tenía que soportar la presencia de Rodrigo en su casa, sino que además su madre casi había echado a su padre de allí. ¡¿Por qué no podía ser más amable?! ¿Es que no se daba cuenta de que él quería hacer las paces con ella?

—Oh, lo siento, pensé que estabais en la habitación, estudiando en lugar de espiando.

—«Besos robados» está a punto de empezar —interrumpió Eva, cortando lo que tenía visos de convertirse en una discusión de órdago.

—Yo también quiero verla. Edu, vámonos a casa antes de que sea más tarde —aprovechó Angélica la coyuntura—. Piénsalo, Gala, de verdad que me encantaría quedarme con las niñas el viernes.

—Claro que sí, será estupendo pasar un viernes en familia encerrado en casa —afirmó Eduardo con una sonrisa mordaz que no pasó desapercibida a nadie. ¿Por qué demonios tenía que repetirlo tanto? Ya lo había dicho una vez, no hacía falta empeñarse en ello.

Saludó con la cabeza a los allí reunidos, decidido a marcharse antes de que a su novia se le ocurriera insistir más. ¡Los viernes eran para disfrutarlos, no para hacer de niños!

Jimena frunció el ceño al darse cuenta de que a su padre no le hacía gracia perderse la noche del viernes por estar con ellas. Aunque no debería extrañarse, porque había sido así siempre, excepto ahora, que estaba más animado a salir con ellas gracias a Angélica. Se encogió de hombros, había asuntos mucho más importantes de los que preocuparse.

—¿De verdad tiene que cenar él con nosotras? —inquirió enfadada sin dignarse nombrarlo.

—Así es, he invitado a Rodrigo —Gala hizo hincapié en su nombre— y ha aceptado.

—Pues vamos a estar apretados como sardinas en lata —masculló Jimena, aunque la falta de espacio no era lo que le molestaba.

—Si quieres estar más ancha puedes cenar en tu cuarto —le ofreció enfadada su madre.

—¿Y perderme «Besos robados»? ¡Ni loca! En los avances que han puesto se ve al *prota* saliendo de la ducha, y eso no me lo pierdo ni muerta —explicó abriendo unos ojos como platos.

—La verdad es que es bien guapo —musitó Cruz lamiéndose los labios.

—Pues yo prefiero al director, su aire misterioso y ese pasado de niño malo que tiene me ponen muchísimo —reconoció Eva—. Además, está como un tren.

—Estoy contigo, hijita, menudo espécimen, esos pómulos, esa mirada... Uff, le hacía un favor. Y dos y tres —afirmó Vicenta—. ¿Creéis que será verdad lo que dicen los rumores?

—No, seguro que sólo los sacan para generar publicidad —contestó Cruz.

—Como si le hiciera falta... Con lo atractivo que es, llama la atención sin necesitar de ningún cuento chino sobre con quién está liado —comentó Gala llevando las *pizzas* a la mesa.

—¿Te resulta atractivo? ¿Debo sentirme celoso? —le susurró burlón Rodrigo cuando se sentó junto a él para cenar.

Gala le echó una irritada mirada antes de acercarse a su oído y musitar:

—Al menos, él tiene cojones, algo de lo que tú a partir de esta noche tal vez carezcas.

—Presumo que vamos a tener una conversación cuando tus hijas se acuesten.

—Sí. Y vas a decirme exactamente lo que piensas acerca de que no quiera ir a la despedida de soltera.

—¿Aunque no sea lo que quieres oír? —inquirió fijando en ella sus ojos violetas.

—Siempre quiero oír tu opinión. Otra cosa es si tras oírla también quiera castrarte, pero eso ya es un tema aparte.

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que estoy a punto de inmolarme. —Deslizó con disimulo la mano sobre la de Gala para acariciarle el interior de la muñeca con el pulgar.

—¿Tratas de ablandarme?

—¿Funciona?

—No.

—Entonces sólo lo hago para disfrutar de la suavidad de tu piel —aclaró centrando la mirada en el episodio que acababa de empezar.

—¿Crees que hago mal en no ir? —preguntó Gala cerrando tras de sí la puerta del comedor.

Eran casi las doce, las niñas llevaban rato dormidas, sus amigas se habían marchado a sus respectivas casas y en el salón sólo quedaban Rodrigo y ella.

Él estaba sentado en una esquina del sofá, por lo que ella ocupó la otra, manteniendo un asiento entre ambos, pues a pesar de que estaba molesta por su silencio, seguía sin fiarse de sí misma con respecto a él. Y esa noche estaba especialmente guapo, con los pantalones de vestir en tono *beige*, la camisa azul remangada hasta los codos y el cuello desabrochado mostrando su pálida garganta.

—Tus hijas te han dicho que quieren que salgas con tus amigas y disfrutes — señaló Rodrigo quitándose las gafas para frotarse los ojos.

—No te las pongas —lo detuvo ella cuando fue a ponérselas. Él las dejó en la mesa—. No te he preguntado lo que mis hijas quieren que haga, sino lo que piensas tú.

—Creo sinceramente que deberías ir, no sólo por ti, sino también por ellas. De hecho, creo que lo necesitan más que tú —dijo críptico.

—¿Crees que están mejor con su padre que conmigo? —gruñó Gala enfureciéndose.

—En absoluto. Creo que necesitan saber que su madre no va a anteponerlo todo a ellas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Están acostumbradas a que hagas lo imposible por ellas.

—Son mis hijas, ¿por quién iba a hacerlo, si no?

—Y a que supeditas tus deseos, tus necesidades, incluso tu felicidad a la de ellas —continuó él ignorando su interrupción—. Y eso es contraproducente. No es un buen ejemplo para ellas.

—¿Cómo puedes decir eso?! —jadeó indignada.

—Es tanta tu necesidad de demostrarles lo mucho que las quieres y lo imprescindibles que son para ti que las estás convirtiendo en pequeñas tiranas.

—No digas estupideces —masculló Gala levantándose para caminar enfadada por el salón—. No eres padre, no tienes ni la más remota idea de cómo son los niños. Demostrarles que son queridos es lo más importante para que sean felices y se conviertan en adultos maravillosos y seguros de sí mismos.

—Eso no lo pongo en duda —replicó él con una calma que la oscilación de sus ojos desmentía—. Pero también necesitan saber que su madre es un ente independiente. Que tiene vida propia, deseos e inquietudes diferentes de los de ellas. Y que puede realizarlos sin sentirse culpable ni creer que abandona a sus hijas.

—No me siento culpable.

—Entonces ¿por qué no vas a la despedida?

—¡Porque no quiero que piensen que prefiero estar de fiesta que con ellas! —respondió frustrada porque él no lo entendía.

—Y ¿qué hay de malo en eso? Es una ocasión especial, tienes derecho a preferir irte con tus amigas en vez de estar con tus hijas como haces todas las noches.

Gala lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¡Lo tiene todo de malo! Cómo se nota que no tienes hijos. Lo más importante para los niños es saber sin lugar a dudas que sus padres los quieren por encima de todo.

«Y tú te criaste sabiendo que no te querían y que te habían abandonado», pensó Rodrigo, comprendiendo sus reticencias.

—No voy a ir, ya has visto a Eduardo, no le hace ni pizca de gracia quedarse con ellas. Seguro que se las carga a Angélica y se marcha de juerga, dejándolas solas.

—Yo diría que Angélica es una mujer responsable y muy capaz de quedarse con ellas.

—Pero ¿te estás oyendo? ¿Tan poco te gustan los niños que ves bien que sus padres los dejen a cargo de una... madrastra para irse de fiesta? ¿Cómo crees que se sentirán Jimena y Gadea si permito eso?

—¿De verdad quieres que conteste a eso?

—Por supuesto.

—Les encanta salir con Angélica, y ella las adora, así que no creo que te echaran en falta, menos aún que se sintieran mal por tu ausencia o que pensarán que las has abandonado —afirmó con rotundidad a pesar de la mirada horrorizada que ella le dedicaba—. No son bebés dependientes de su madre, Gala, son niñas que entienden que tienes derecho a salir, y eso es lo que te han dicho alto y claro hace menos de dos horas —le recordó.

—No tienes ni idea de nada, Rodrigo. No eres padre ni quieres serlo. No puedes entender lo que necesitan mis hijas —dijo tratando de dar por zanjada la conversación.

No quería seguir escuchándolo, sus argumentos la obligaban a reconsiderar su actitud, y eso era algo que en ese momento se sentía incapaz de hacer.

—No soy padre, en efecto, y, aunque quisiera, tampoco puedo serlo —repuso molesto porque ella no dejara de echárselo en cara—, pero sí he tenido padres y sé que tan importante como demostrar amor a los hijos es darles un buen ejemplo, y tú, querida, les estás dando un ejemplo pésimo a las tuyas.

—¿Perdona? —lo increpó furiosa—. Soy la mejor madre que pueden tener, no hay nada que no haga por ellas. ¡Nada!

—Y por eso el ejemplo que les das es tan malo —declaró Rodrigo poniéndose en pie, sus ojos moviéndose a un ritmo frenético—. Les estás diciendo a Jimena y a Gadea que cuando sean madres dejarán de tener una vida propia para verse sometidas

a sus hijos y convertidas en sus sirvientas abnegadas —señaló furioso—. Les estás enseñando que para demostrarles su amor tendrán que dejar de ser independientes y que no podrán tomar decisiones basadas en sus propios deseos ni hacer nada en lo que sus retoños no estén incluidos, como, por ejemplo, salir con sus amigas, porque eso es de mala madre. Incluso les estás enseñando que deberán renunciar a enamorarse de un hombre que las adora si eso molesta a sus hijos. Que todo, absolutamente todo, estará supeditado a sus vástagos y que ellas, como las madres abnegadas que están obligadas a ser, dejarán de existir como seres autónomos. ¿De verdad quieres darles ese ejemplo a tus hijas?

Gala lo miró horrorizada. Ella no estaba haciendo eso. En absoluto.

—Hay que tener mucha cara para decir eso cuando tú jamás has tenido siquiera la intención de tener hijos por los que sacrificarle —le espetó furiosa—. De hecho, dices que les estoy enseñando a renunciar a enamorarme por ellas... Bien, pues tú renunciaste a la mujer que amabas porque ella quería tener hijos y tú no —lo acusó, poniendo en palabras los pensamientos que le habían rondado la cabeza toda la tarde—. Así que no me des lecciones de moralidad, no tienes derecho a hacerlo.

Rodrigo se quedó paralizado al oírla; el poco color que tenía su piel desapareció con cada palabra pronunciada.

—Eso no es cierto —afirmó con una serenidad que no sentía, sus ojos delatores moviéndose en un baile sin rumbo—. No sé quién te lo ha contado, pero es mentira. Yo jamás renuncio a nada que quiero, y tú eres la prueba —replicó con voz tensa.

—La he visto esta tarde, a tu antigua novia, iba con sus hijos. Imagino que te dejó porque no quisiste dárselos... —contó venenosa, desafiándolo a decir lo contrario.

—No voy a hablar de eso contigo —dijo Rodrigo.

Luego agarró la chaqueta, el abrigo y el paquete con la ropa de Cruz y se marchó a su casa.

Viernes, 16 de junio de 2017

—Las hermanas de Bruno ya están en el hotel, ¿pasáis vosotras a recogerlas? —preguntó Gala a sus interlocutoras al otro lado de la línea, que no eran otras que Eva y Vicenta—. Estupendo, porque voy bastante pillada de tiempo. Nos vemos en el Flower Power.

Apagó el teléfono y, sin perder un segundo, se quitó el vestido que acababa de ponerse. No era adecuado para pasar la noche de fiesta. Lo dejó en la cama, sobre la veintena de vestidos, faldas y pantalones que se había probado antes, y se plantó frente al armario, inspeccionándolo. Lo meditó un instante y sacó un ajustado vestido blanco sin mangas, de escote y bajo asimétricos, y corto hasta medio muslo. Lo combinó con unas sandalias blancas de pulsera y tacón de aguja de siete centímetros y añadió al conjunto un brazalete de plata de diseño tribal y una cartera de mano plateada.

—¿Cómo estoy? —les dijo nerviosa a Jimena y a Gadea, que la observaban sentadas en el estrecho rincón de la cama en el que no había ropa.

«¡Preciosa!», «¡Más guapa imposible!», se apresuraron a decir alternando los piropos. Su madre llevaba más de una hora probándose ropa sin parar y, si seguía así, ¡no saldría nunca de casa!

—¿No creéis que es demasiado elegante para una despedida de soltera? —Se miró dudosa al espejo.

—Qué va, es perfecto, mamá —afirmó Gadea mirando de refilón a su hermana mientras ésta escribía en el móvil. Seguro que se traía algo entre manos.

—Pero el maquillaje no es adecuado —murmuró Gala observando con atención sus ojos ahumados y sus labios rojos—. Tal vez debería retocarme un poco...

Esa noche estaba decidida a pasárselo en grande y quería que su apariencia dejara esa decisión bien clarita a todo aquel que se cruzara con ella. Sobre todo, a cierto albino estirado. Lo que no sabía era cómo se las iba a apañar para que la viera vestida para matar, pero eso ya se andaría. Y, además, si no la veía le daba igual, ella iba a disfrutar y punto. Pero si él se enteraba de sus intenciones, ¡mejor!

—¡No hace falta que te pintes más, mamá, estás guapísima! —exclamó Jimena, quien acababa de recibir un whatsapp de su padre diciéndole que estaba en la plaza y fueran bajando. Ella, por supuesto, le había contestado que subiera.

—Eso es porque me miras con buenos ojos —repuso Gala con una sonrisa feliz antes de abrir la cartera—. Hace tanto que no salgo de fiesta que no recuerdo cómo se hace —comentó divertida al darse cuenta de que no había metido la barra de labios ni el frasquito de perfume.

—No digas tonterías, mamá, ni que fuera la primera vez que sales de fiesta —se burló Jimena.

—Claro que no es la primera vez, y de hecho suelo salir cuando vosotras estáis con vuestro padre —las informó, recordando la discusión que había tenido con Rodrigo. Por supuesto que sus hijas sabían que salía cuando le apetecía. O cuando podía, que venía a ser lo mismo—. Pero hacía mucho tiempo que no salía con un grupo de mujeres con la única meta de pasárnoslo bien, a tope. Me siento como si tuviera dieciséis recién cumplidos y estuviera a punto de ir a mi primera discoteca —dijo ilusionada—. ¿Seguro que no os molesta quedaros con papá esta noche? A mí no me importaría quedarme en casa...

—Claro que no, mamá, estamos encantadas de quedarnos con papá. Vamos a ir a recoger a Angélica al trabajo y luego pasaremos la noche jugando a la consola, va a ser genial —explicó Gadea entusiasmada.

Jimena, sin embargo, sintió que un puño invisible le estrujaba el corazón. Su madre estaba encantada con esa salida, pero ella no había pensado en eso al insistir para que fuera. Al contrario, la había convencido de salir con la esperanza de que coincidiera con su padre cuando Angélica estaba trabajando para que él la conquistara. Ni se le había pasado por la cabeza que a su madre pudiera hacerle ilusión salir con sus amigas. Se suponía que eso las madres no lo hacían, ¿no? Pero ¿por qué no iban a hacerlo?

—Llaman al timbre —anunció Jimena saltando de la cama para ir a abrir y, de paso, escapar de su cargo de conciencia—. Seguro que es papá.

Por supuesto, lo era. Y no tardó en llegar al dormitorio. Él solo. Porque Jimena y Gadea, instigadas por la primera, se habían quedado en el comedor.

—Estás preciosa, Gala —murmuró Eduardo recorriéndola con la mirada. Estaba impactante con ese vestidito. Tan excitante que se sentía tentado de caer de rodillas y hacerle un trabajito—. Llevamos tanto tiempo separados que ya no recordaba lo largas que son tus piernas, la perfección de tus caderas o la redondez de tus pechos.

—No sabía que te hubiera dado permiso para entrar aquí. —Gala ignoró enfadada sus piropos. ¿Cómo se atrevía a intentar camelársela como si fuera una de sus amantes?

—Me lo he tomado por mi cuenta. Ya sabes cómo soy, no puedo resistirme a una mujer guapa, y tú lo eres. Tan hermosa que me pongo duro con sólo mirarte —confesó con voz ronca dando un paso hacia ella—. Nada me gustaría más que tumbarte en esa cama y desnudarte...

—Inténtalo y te arranco las pelotas —lo amenazó ella con una sonrisa, como si sólo pensar en la posibilidad de caparlo le alegrase la tarde.

—Lo sé, por eso ni me planteo acercarme, no vaya a ser que se te escape un tortazo —dijo guasón.

—Sabia decisión, y ahora, si no te importa, lárgate. Aún tengo que acabar de arreglarme.

—Pásatelo bien, princesa. Disfruta de tu noche y haz todo lo que yo haría —le guiñó un ojo antes de salir de la habitación.

Gala lo siguió molesta, no le gustaban nada los avances de su ex. Se despidió de las niñas, extrañada por la mirada enfurruñada de Jimena, y le dio las mochilas con los pijamas a Eduardo, recordándole que no las dejara jugar a la consola hasta muy tarde, pues al día siguiente tenían que ir a la boda.

—Mañana te las traeré sobre las nueve y media —dijo él antes de inclinarse y robarle un rápido beso en los labios, al que ella respondió con un amago de rodillazo en salva sea la parte que consiguió que dicha parte se le pusiera de corbata.

—No vuelvas a hacerlo —le susurró furiosa.

Su ex dio un salto atrás, impactado por su respuesta. Por lo visto, además de su belleza, también había olvidado lo peligrosa que podía ser cuando la cabreaban.

—Adiós, mamá —se despidió Gadea.

Jimena, en cambio, se quedó un instante observando enfadada a su madre. No le había pasado desapercibido su gesto ni el salto de su padre. ¿Por qué no podía comportarse como las madres de sus amigas y estar enamorada de su marido? Eso debería ser lo lógico, pero ella no era lógica. Ella se colaba por un viejo paliducho en lugar de recordar lo mucho que había querido a su padre y volver a pillarse por él.

Sacudió la cabeza a modo de despedida y salió al rellano. Mañana sería otro día, y, quién sabía, tal vez con un poco de suerte invitara a su padre a acompañarla a la boda.

Eran poco más de las tres de la mañana cuando un taxi entró en la plaza de la Paja. A pesar de tener las ventanillas subidas y las puertas cerradas, cualquiera podía oír sin problemas la conocida canción que sonaba dentro. Sólo que ésta no sonaba exactamente como debería. Sonaba infinitamente peor, como quedó demostrado cuando el vehículo paró y sus puertas se abrieron dejando salir a sus ocupantes para gran alivio del conductor.

—¡Pro-fun-di-to! Quiero comértela muy profundito, para que te pongas a pegar grititos y que así se enteren todos los vecinooooos... —cantó, por decirlo de alguna manera, el hombre que bajó del taxi.

—¡Calla, loca! Que nos van a oír —le reclamó Eva, estallando en carcajadas cuando Cruz continuó con su particular versión de la canción.

—¡Pro-fun-di-to! —se unió Vicenta meneando con exuberancia su generoso busto—. La, lala, lalalalaaaa... —tarareó, pues era menos ocurrente que Cruz a la hora de inventar canciones.

—Que conste que yo no las conozco —informó Gala al taxista—. Me he cruzado con ellas en la calle, me han dado pena y por eso las he acompañado hasta casa. ¿Cuánto le debo?

Abrió la cartera y sacó los billetes para pagar, pero fue incapaz de contarlos. Tan pronto había dos, que cuatro, seis o incluso más.

—Joder, se multiplican como el pan y los peces —masculló parpadeando mientras su cuerpo se inclinaba peligrosamente hacia delante.

—Déjame a mí, Galita —dijo Vicenta quitándoselos—. Esta juventud no sabe beber. Míreme a mí, sesenta años y tan fresca —le comentó al taxista contoneando su cuerpo serrano.

—Joder, con Vicentita, se ha hecho un *lifting* de años. Ha pasado de ochenta a sesenta en dos segundos —murmuró Cruz abrazándose a Eva y a Gala para no caerse. Ya se sabe que la unión hace la fuerza; en este caso, el equilibrio.

Las tres estallaron en carcajadas ante su ocurrencia y, aunque Vicenta los miró malhumorada, no tardó mucho en unirse a ellos.

Y, así, abrazados atravesaron la plaza y entraron en el portal. Gala y Eva se descalzaron incapaces de aguantar un instante más los tacones y, agarrándose con prudencia y no poca necesidad a la barandilla, comenzaron a subir despacio —y oscilantes— la escalera. Gala se paró en el segundo mientras que sus amigas continuaron su tambaleante periplo al tercero.

Abrió la cartera de mano y, tras una exhaustiva búsqueda, lo que era cuando menos increíble porque la cartera era diminuta, encontró la llave. Apoyó la frente en la puerta y entornó los ojos a la vez que trataba de meterla en la cerradura. Lo

consiguió al tercer intento. No debería haber tomado la última copa, pensó. O, más bien, las últimas copas, recapituló. O, mejor aún, no debería haber bebido las que bebió después de la una. O de las doce, mejor pensado. Ella estaba acostumbrada a beber alguna que otra copa de vino, y eso era lo que había bebido hasta las once, que era cuando habían acabado de cenar. Luego, siguiendo un impulso de lo más inoportuno, había decidido que por una noche no pasaba nada por tomarse un cosmopolitan. Y se lo había tomado. Y luego había repetido. Cuatro veces. ¿O eran cinco? Ya no se acordaba.

Parpadeó confundida al ver la alfombra marrón de fibra de coco con extrañas líneas de colores que pisaban sus pies descalzos. ¿De verdad había puesto una alfombra tan horrorosa en casa? Apretó con fuerza los ojos y, al volver a abrirlos, se percató de que las líneas de colores eran letras que formaban palabras. En realidad, la misma en distintos idiomas: «Hola». Y la alfombra no era tal, sino el felpudo de su piso.

Por lo visto, no había entrado todavía, pensó frotando la frente contra la puerta. Miró su mano, seguía sujetando la llave que estaba en la cerradura y que aún no había girado. De hecho, la puerta seguía cerrada. Se recordó que tenía que girarla para abrirla y entrar. Pero, en lugar de eso, se apartó del apoyo que le proporcionaba la puerta y sacó la llave de la cerradura.

Dio un paso atrás. Luego otro. Y después enfiló hacia la escalera.

No había conseguido que Rodrigo la viera vestida para matar, y eso era un pecado imperdonable.

Bajó con cuidado y llamó al timbre del primero exterior izquierda.

Nadie contestó.

Así que volvió a llamar. Y otra vez. Y otra más. Al final dejó el dedo pegado al timbre y apoyó la frente en la puerta. Era menos cansado —y más estable— que apretarlo cada segundo.

—¿Quién narices...? ¡Gala! —jadeó Rodrigo sujetándola cuando cayó sobre él al abrir la puerta—. ¿Estás borracha?

—Sólo un poco —contestó ella apartándolo de un empujón que casi la hizo caer. Logró recuperar la estabilidad apoyándose en la pared y luego, haciendo un esfuerzo supremo, se irguió orgullosa en la entrada para enfrentarse a él.

Rodrigo cerró la puerta y la observó pasmado. Se tambaleaba con las sandalias en la mano, la cartera colgando de la muñeca, el maquillaje corrido, el pelo alborotado y, aun así, lo miraba con la dignidad de una reina. No podía estar más hermosa. Ni más borracha.

—Te acompañaré a casa —anunció sujetándola cuando osciló peligrosamente hacia atrás.

—No necesito que me acompañes a ningún lado —le espetó enfadada—. Puedo ir sola a donde me dé la gana.

—No lo pongo en duda.

—Y si quiero la luna, me la bajo yo solita. No necesito que nadie me la baje.

—Por supuesto.

—Y mis hijas lo saben —afirmó dolida—. Saben que me mantengo en pie sin ayuda de nadie, y ése es el ejemplo que les doy. Les enseño a ser fuertes, independientes y capaces.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Y no estoy sometida a ellas.

Rodrigo se mantuvo en silencio.

—Quizá un poco —masculló ella al ver que no decía nada—. Pero todas las madres anteponen los deseos de sus hijos a los suyos, va implícito en el cargo.

—No te diré que no.

—Sí, mejor no lo digas. Me caes muy bien y no quiero castrarte. Sería una pena —declaró arrancándole una sonrisa—. Al final he ido a la despedida de soltera...

—Lo he dado por supuesto al verte —afirmó Rodrigo acariciándola con la mirada, ese vestido era lo más tentador que había visto nunca—. Espero que te lo hayas pasado bien.

—Mucho. He bailado, he reído, he cantado...

—¿Erais vosotras quienes se desgañitaban en la plaza hace un momento?

—Sí. Bueno, eran Cruz y Vicenta, Eva y yo no estamos tan borrachas como para cantar en la calle.

—¿Me está permitido discrepar?

—No.

—Como desees —aceptó con humor sosteniéndola contra él cuando comenzó a tambalearse de nuevo—. Es muy tarde y estás muy... cansada. Deja que te acompañe a casa —se ofreció estirándose para abrir la puerta.

—Siento mucho lo que te dije el miércoles. Lo de los hijos y que renunciaste al amor. No debería haberlo dicho —susurró en su oído con voz clara y segura, dejándolo petrificado—. No era de mi incumbencia, y lo cierto es que tampoco lo pensaba de verdad. Sólo quería hacerte daño —musitó arrepentida—. Cuando me cabreo tiendo a ser irracional y venenosa. Lo siento de verdad —reiteró apesadumbrada antes de apartarse él y, apoyándose en la pared para no caerse, abrir la puerta.

—No has terminado de contarme cómo lo has pasado en la despedida —observó Rodrigo cerrándola de nuevo.

Gala se giró esbozando una luminosa sonrisa y el suelo giró con ella, acercándose a su cara.

Rodrigo la atrapó al vuelo antes de que se desplomara.

—Creo que mejor volvemos al plan inicial de llevarte a casa y dejamos el resumen de la despedida de soltera para mañana, no estás en condiciones de contar nada —murmuró cogiéndola en brazos—. Vas a tener que poner algo de tu parte,

Gala, no puedo bajar la escalera contigo en brazos, pesas más que tu hija, y con Gadea lo conseguí por los pelos.

—No quiero irme a casa. ¡La noche es joven y soy libre! Tenemos que aprovechar el momento. ¡Carpe diem!

—Bien, pero ¿qué te parece si lo aprovechamos sentados en el salón? —propuso Rodrigo enfilando el pasillo con ella en brazos.

—Llévame a tu cama —le ordenó Gala.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? Eres un caballero, nunca te aprovecharías de mí estando borracha.

—Me da la impresión de que tienes una opinión distorsionada de mí. Soy educado, pero no eunuco.

—Eso tiene fácil solución —replicó Gala enseñándole el tacón de aguja de las sandalias que llevaba en la mano.

Rodrigo estalló en carcajadas y accedió a su deseo. La depositó con cuidado sobre el colchón, tomó las sandalias y el bolso y los dejó en el galán de noche. Al volverse para regresar a su lado se encontró el vestido tirado en el suelo y a ella desnuda, excepto por el sujetador y las braguitas. Un segundo después sólo le quedaban las braguitas.

—Odio llevar el sujetador puesto todo el día —lo informó tumbándose sobre las sábanas para luego dar unas palmaditas al colchón indicándole que fuera a su lado.

Rodrigo arqueó una ceja y, sin pensarlo mucho, se metió en la cama. Un instante más tarde, ella se acurrucaba contra él y le desabrochaba los botones de la camisa del pijama a la vez que le envolvía las caderas con una pierna.

—Y, además de bailar, reír y cantar, ¿qué más has hecho? —La detuvo cuando trató de escurrir la mano bajo el pantalón del pijama. Por lo visto, había acertado al pensar que no iba a aprovecharse de ella.

—Hemos cenado en el Flower Power.

—Interesante nombre para un restaurante.

—Hemos comido como heliogábalos y luego hemos ido a un *boys* a ver tíos buenos haciendo estriptis.

—¡Qué mujeres más traviesas! —señaló frenando de nuevo su mano al notarla un poco obsesionada con una parte de su anatomía que con tanto roce comenzaba a despertarse.

—No te creas. La que más ha disfrutado ha sido Vicenta —comentó ahogando un bostezo—. Eva, Cruz y yo hemos sido muy modositas. Apenas hemos tocado chicha... Sólo unos pocos abdominales y algún que otro pectoral cuando nos han sacado al escenario —refirió frotando la mejilla contra el torso masculino.

—Vaya, no sabes cuánto me alegra saberlo —admitió con evidente ironía, aunque Gala fue incapaz de captarla—. Espero que lo hayas disfrutado.

—Pues no mucho, la verdad —contestó ella abriendo la mano sobre el estómago de él. Le encantaba esa parte tan suave de su anatomía—. A ver, tampoco tengo

quejas, ojo. Eran unos tíos muy guapos. Todos muy altos, muy musculados y con unos rabos enormes —describió con voz cada vez más débil—. Pero estaban demasiado morenos y tenían unos ojos muy sosos, ninguno los tenía violetas ni nada que se le pareciera, sólo azules, verdes y de ese estilo —dijo desdeñosa—. Y sus gargantas no eran nada eróticas. —Se aupó sobre él para besarle la suave depresión que se formaba bajo su nuez y luego apoyó la cabeza en su pecho adormilada—. Ninguno era tan rubio como tú. Me encanta tu pelo de rayos de luna —musitó deslizándolo el pie sobre las piernas cubiertas de vello suave—. Ojalá te dejaras el de la cabeza de tu color...

Rodrigo sonrió enternecido al ver que se había quedado dormida en mitad de la frase. Le besó con cariño la frente y cerró los ojos; al fin y al cabo, eran casi las cuatro de la mañana.

* * *

Cuando volvió a abrirlos, el sol se colaba entre las rendijas de las cortinas de la misma forma subrepticia que unos dedos traviosos lo hacían bajo sus pantalones. Se incorporó sobre los codos y miró hacia abajo, donde una Gala totalmente recuperada, peinada y con la cara lavada se entretenía mordisqueándole la tripa.

—¿Ya estás despierta? —inquirió sorprendido. No esperaba que tras la borrachera se levantara tan... animada. Contuvo la respiración cuando le bajó el pantalón, dejando al descubierto su gruesa y rosada erección.

—Llevo un rato despierta, pero he sido buena chica y no te he despertado —afirmó con voz burlona—. Me he dado una ducha, me he lavado los dientes y me he peinado, y luego, como no sabía qué hacer, he venido a desayunar —dijo antes de metérsela en la boca.

Rodrigo perdió la fuerza que lo sostenía al sentir sus labios rodeándolo y su lengua acariciándolo. Por lo visto, Gala no era tan considerada como él y había decidido aprovecharse de un pobre hombre dormido. Aunque lo cierto era que ya no estaba dormido, sino gloriosamente despierto.

Se agarró a las sábanas y permitió que lo torturara: al fin y al cabo, era un caballero, no podía dejar que pasara hambre. Y ella se alimentó a conciencia. Lo paladeó desde la base hasta la punta, resiguiendo las venas que lo surcaban con la lengua para, al llegar al glande, saborearlo con empeño hasta que él se vio obligado a apartarla para no eyacular en su boca.

Ella sonrió maliciosa y le recorrió con las uñas el vientre hasta llegar al pecho, jugando con su vello argentino mientras le daba tiempo a calmarse para aguantar un poco más. Luego se colocó a horcajadas sobre él, guió la erección a su sexo y lo montó despacio, saboreando el placer. Al menos, hasta que él dejó de ser un caballero y se colocó sobre ella. La embistió con largas y contundentes estocadas que alternaba

con penetraciones cortas que los dejaban jadeantes y deseando más. Aumentó el ritmo, el frenesí dominándolos a la vez que la pasión los desbordaba, hasta que sólo quedó el placer.

Un placer tan intenso que los dejó sin aliento, sin fuerzas... y casi sin conciencia.

Rodrigo observó a Gala subir descalza la escalera y deseó ir tras ella, colarse en su casa y desayunar a su lado mientras esperaba a que llegaran sus hijas; también quedarse con ellas mientras se preparaban para la boda. Gala coquetearía con él con disimulo y Gadea le contaría todo lo que se le pasara por la cabeza ante la enfurruñada mirada de Jimena. No había nada que anhelara más, pero daba igual lo intensamente que lo deseara, eso no era posible, así que más le valía sobreponerse a la decepción y ponerse en marcha. Tenía cosas que hacer antes de ir a la tienda y eran casi las nueve de la mañana.

Se vistió presuroso, agarró la chaqueta y la camisa de Cruz, que había terminado de arreglar la noche anterior, apenas una hora antes de que Gala irrumpiera en su casa, y se dirigió a la casa de Vicenta. Llamó al timbre y casi al instante le abrió la anciana. Ésta, en lugar de coger las prendas, darle las gracias y despedirlo educadamente, le agarró la mano haciéndolo entrar como si fuera un niño.

Y él se quedó tan sorprendido que no opuso resistencia cuando lo arrastró al salón.

—¡Ya estás aquí! ¡Qué maravilla! —exclamó Cruz al verlo entrar.

—No deberías sorprenderte, dije que te las daría a las nueve —replicó Rodrigo tendiéndole las prendas a la vez que intentaba no mirarlo. ¿Ese hombre no conocía el significado de la palabra *pudor*?

—Eva debe de estar a punto de llegar, pero hasta que llegue, necesito la opinión objetiva de un amigo —señaló—. ¿Qué te parece el *jockstrap* que he comprado para esta noche? ¿Crees que le gustará a Bruno? —inquirió nervioso girando sobre sus talones para que Rodrigo pudiera verlo en todo su esplendor—. Llevamos tantos años juntos que he pensado que estaría bien sorprenderlo en nuestra noche de bodas con un toque picante. ¿Crees que le gustará? Dame tu opinión sincera y objetiva, te lo suplico.

Rodrigo observó pasmado al hombre casi desnudo que le enseñaba el culo sin ningún recato. Llevaba una especie de suspensorio de encaje negro que le dejaba el trasero desnudo y le subía los testículos y el pene, haciéndolos muy evidentes.

—Ya te he dicho mil veces que te queda estupendo, Cruz —intervino Vicenta en su auxilio, evitándole la engorrosa tarea de responder sincera y objetivamente.

—Tu opinión no cuenta, te gustan tanto los *jockstrap* que no eres objetiva —rechazó él fijando una mirada angustiada en Rodrigo—. ¿Crees que haré el ridículo? Ya no soy una jovencita para llevar este tipo de prendas...

Rodrigo observó su cara demudada por la preocupación, y, sin ser consciente de lo que hacía, bajó la mirada a su entrepierna para volver a subirla *ipso facto*.

—Desde luego, es muy... atrevido y sugerente —logró decir—. Consigue un efecto sorprendente alzando y destacando... lo que debe destacarse. Por otro lado, la falta de tejido en la... hechura trasera podría ser tomada como una invitación. No cabe duda de que tu futuro marido lo encontrará muy incitante e inspirador —concluyó.

Cruz lo miró sorprendido y una enorme sonrisa se dibujó en sus labios iluminando toda su cara antes de que empezara a dar saltitos entusiasmados. Y cabía decir que su ropa interior sujetaba perfectamente lo que debía sujetar, porque no se le movió lo más mínimo.

—Ven a la boda —le dijo de repente, tomándole las manos.

—Me encantaría, pero tengo que trabajar —se excusó Rodrigo con una sonrisa. Cruz era un hombre entrañable, algo dado al drama, eso sí, pero muy afable y generoso.

—Hoy es sábado, sólo trabajas por la mañana —repuso Eva entrando en el comedor.

—Exactamente —aprobó Cruz—. Ven al restaurante cuando cierres y quédate a comer y a la fiesta posterior.

—Te agradezco de corazón la invitación, pero no creo que me corresponda ir.

—Y ¿por qué no? —Cruz lo miró con los ojos entornados—. ¿Acaso no te corresponde estar al lado de Gala en un momento tan especial?

—No, si preveo que mi presencia puede ocasionarle problemas —replicó Rodrigo sin querer entrar en detalles de su complicada relación con Jimena.

—Lo que significa que no quieres ir porque temes provocar un encontronazo con Jimena —tradujo Cruz sus palabras.

—Y, sin embargo, es él quien acusa a Gala de someterse a sus hijas —se burló Eva.

—Hay quien ve la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio —sentenció Vicenta.

Rodrigo las miró pasmado. Por lo visto, esas tres sabían mucho más de lo que él creía.

—No me digas que eres tan ingenuo de pensar que tenemos secretos entre nosotras —se burló Vicenta—. Ay, hijito, qué poco nos conoces...

—Dejadlo tranquilo —intervino Cruz misericordioso—. Es un hombre hecho y derecho que no se deja manipular por adolescentes malhumoradas. Estoy seguro de que su negativa a no acompañarme en mi día más especial no tiene nada que ver con que Jimena pueda enfadarse y montar un pollo. ¿Verdad que no, Rodriguito? —inquirió dándole unas palmaditas en la espalda—. Me encantaría que vinieras, pero, si no puedes, o no te atreves, no pasa nada, ya te contará Gala mañana, o pasado, o cuando su hija os permita veros, cómo ha sido la boda —comentó llevándolo hasta la puerta y abriéndola—. Disfruta del día, Rodriguín.

* * *

Jimena, medio oculta en un extremo de la carpa de los niños, observó con algo parecido a la envidia a los cuñados de Bruno. Estaban en un prado jugando al fútbol con algunos niños. Apartó la mirada malhumorada y buscó a su hermana; la encontró en la pista de baile, en la que nadie bailaba. Miraba atontada cómo uno de los hermanos de Bruno hacía volar a su hija con el sencillo método de agarrarla de las manos y girar sobre sí mismo para elevarla del suelo. Había otros tres niños más con Gadea, los tres eran morenos y espigados, como el tipo que sostenía a la cría; seguramente fueran sus hijos o sus sobrinos.

El hombre paró lentamente, hasta que la niña tocó el suelo y luego le tendió la mano a Gadea para hacerle lo mismo, pero ella se negó a la vez que daba un paso atrás. Él insistió, pero ella volvió a rechazarlo antes de irse con la mirada baja y los pasos apresurados. Y Jimena supo que, aunque su hermana se moría por que la hicieran volar, jamás aceptaría. Porque, al igual que ella, se sentía extraña allí, rodeada de desconocidos agradables que parecían empeñados en no hacerlas sentir solas en mitad de la multitud.

No estaban acostumbradas a celebraciones con tanta gente. Su madre no tenía más familia que Cruz, Eva y Vicenta, y su padre era hijo único, así que jamás habían sido muchos celebrando nada. Y verse allí, rodeadas de tantos padres, tíos, sobrinos y primos desconocidos que parecían verse obligados a hacerlas sentirse parte de una familia que no era la suya era desconcertante. Ella no quería sentirse parte de una familia por unas pocas horas. Quería tener su propia familia. Quería que fuera su padre quien hiciera volar a Gadea, quien coqueteara y bailara con su madre y quien se acercara a ella para decirle piropos hasta que se le coloreasen las mejillas. Pero esa mañana había sido Angélica quien las había llevado a casa, y no había podido poner en marcha su plan para intentar que su madre invitara a su padre a ir a la boda.

¡Era tan injusto...! Su padre debería haberlas llevado, pero había bajado a comprar tabaco después de cenar, dejándolas con Angélica para que fueran montando la consola, y un rato después había llamado para avisar de que se había encontrado con unos amigos y se retrasaría un poco en subir.

Ese poco habían sido varias horas. Tantas que, a pesar de que lo había intentado, no había conseguido mantenerse despierta y se había dormido en el sofá mientras lo esperaba. Se había despertado cuando Angélica las había llamado para llevarlas de vuelta a casa. Y, mientras se vestían, su padre había cerrado la puerta del dormitorio para seguir durmiendo sin que lo molestaran.

Sintió un arrebato de furia recorrerla. Su hermana y ella estaban allí solas por culpa de que su padre les había fallado, como siempre. Él iba a su aire y hacía lo que

le daba la gana, sin preocuparse por nadie ni cumplir su palabra. Era un egoísta. ¡No sabía cómo Angélica lo aguantaba!

Se quedó de piedra ante ese pensamiento. No. Estaba exagerando. Su padre ya no era así, había cambiado. Llevaba desde Navidades demostrárselo. Lo que había ocurrido se debía a un cúmulo de desafortunadas casualidades. Si no se le hubiera acabado el tabaco no habría bajado, si no hubiera bajado no se habría encontrado con sus amigos, y si no se hubiera encontrado con ellos no habría subido tan tarde y se habría levantado a su hora.

Lo extraño era que su padre siempre tenía un cartón de tabaco en casa...

Sacudió la cabeza desechando ese pensamiento. Todo había sido una casualidad y no iba a darle más vueltas. Salió del lugar al que se había autodesterrado y buscó a su madre. Estaba sola, semioculta en un rincón de la carpa para los adultos, y tenía una expresión ausente, una mezcla de tristeza y soledad que le había visto muy pocas veces, y sólo cuando pensaba que nadie podía verla.

Se dirigió hacia ella decidida a animarla como fuera, y mientras lo hacía vio que la cara de su madre cambiaba, sus labios curvándose en una sonrisa tan radiante que iluminó todo su rostro y pareció convertirla en otra persona, una mucho más feliz. Una que, en ese preciso momento, se alejaba del lugar en el que se había mantenido oculta hasta entonces.

* * *

Rodrigo observó aturullado la ingente cantidad de personas que había allí. Podría decir sin temor a equivocarse que jamás había visto a tanta gente agrupada en un mismo lugar. Reparó pasmado en la mezcla de personalidades y gustos que allí se reunían. Mujeres vestidas de cóctel, bohemios de aspecto *hippy*, hombres a la última moda, hípsters, mujeres recluidas en imponentes corsés góticos, jóvenes y no tan jóvenes con vaqueros y camisas de manga corta por fuera del pantalón... No cabía duda de que esa boda era un reflejo de la anárquica y peculiar personalidad de los contrayentes.

Sonrió ladino al ver que todos llevaban un abanico en la mano mientras tomaban los aperitivos y las copas que los camareros les ofrecían; por lo visto, el plan de Gala había dado resultado. Se internó entre la marabunta de personas buscando a alguien conocido, pero él fue el encontrado.

—¡Rodrigo! ¡Has venido! —exclamó Gadea emocionada.

—Buenas tardes, princesa —la saludó doblándose en una elegante reverencia.

—Hala, ¿por qué has hecho eso?

—Porque un caballero siempre se inclina ante su dama.

—Eres tonto... —murmuró la niña sonrojándose—. ¿Me haces girar?

—¿Cómo? —Rodrigo la miró sin saber a qué se refería.

—Me agarras, giras y yo vuelo, ya sabes —aclaró, sus precisos ojos grises brillando ilusionados.

—Me temo que no te entiendo —admitió Rodrigo sin saber qué quería que hiciese.

—Como ellos. —Gadea señaló al padre que estaba haciendo volar a sus hijos y sobrinos.

Rodrigo siguió la dirección que la niña le marcaba y asintió con un gesto.

—Entiendo..., pero esos niños parecen mucho más pequeños que tú. También menos pesados, como poco diez kilos menos —comentó enarcando una ceja.

—Sí, son unos críos —suspiró Gadea bajando la cabeza para que no pudiera ver su decepción. ¿Qué esperaba? Él no era su padre. Y de todas maneras tenía razón. Era muy mayor para hacer esas cosas de niños.

—Y llevas falda, si te hago girar hay muchas posibilidades de que se te vean las bragas —la informó él con gesto serio.

Ella asintió pesarosa.

—Entiendes por qué no es adecuado hacerlo, ¿verdad? —preguntó tomándole las manos a modo de consuelo.

—Claro que sí, además, seguro que me mareo si lo hago —afirmó la niña resignándose.

—¿Tienes tendencia a marearte?

—No.

—Comprobémoslo. —Sujetó con fuerza sus muñecas y comenzó a girar elevándola.

* * *

Gala se quedó paralizada en mitad de un paso al ver a Rodrigo girar con su hija mientras ella gritaba de pura felicidad. Era una escena que jamás habría imaginado, el serio y estirado Rodrigo jugando con la risueña y pizpireta Gadea, pero tampoco debería extrañarle. Esos dos habían hecho muy buenas migas desde el principio. Había una complicidad entre ellos que superaba todas sus expectativas. Ojalá con Jimena hubiera sido tan fácil.

Esperó a que se detuvieran y se acercó a ellos.

—Qué sorpresa verte por aquí —comentó al llegar a su lado.

—La sorpresa puede convertirse en disgusto de un momento a otro —le advirtió Rodrigo meciéndose como un péndulo de un lado a otro—. Creo que acabo de descubrir que yo sí tengo tendencia a marearme —le dijo a Gadea dirigiéndose tambaleante a la zona de sillas.

La niña estalló en carcajadas, pero la madre, que en esos meses había aprendido cada gesto de Rodrigo, se apresuró a acercarse a él y sostenerlo para ayudarlo a

llegar.

—¿De verdad te has mareado?! —exclamó Gadea abriendo unos ojos como platos.

—Gajes del oficio —musitó él sentándose en la primera silla que encontró—. Te rogaría que guardaras el secreto, no queremos que mi reputación se resienta, ¿verdad?

—Por supuesto —aceptó Gadea antes de echar a correr hacia el restaurante.

—¿Qué le he dicho para que huya así? —murmuró Rodrigo pasmado.

—Tal vez ha sido tu cara verdosa lo que la ha asustado —contestó Gala divertida a la vez que miraba intrigada su cabeza rapada. Tendría uno o dos centímetros de pelo, pero era tan claro que, de no ser por su brillo, no se vería—. ¿Por qué te has cortado el pelo?

—Me daba calor —respondió Rodrigo pasándose la mano por la cabeza. Tenía el pelo tan corto que se le quedaba de punta y le hacía cosquillas en la palma de la mano.

—Pensé... —Gala negó silente antes de decir una estupidez.

—¿Qué pensaste? —inquirió él.

—Nada, una tontería —replicó ella, porque no iba a confesarle que había deseado que el corte se debiera a que iba a dejárselo crecer sin tinte para darle el capricho de verlo con su pelo natural—. ¿Cómo es que te has animado a venir?

—Cruz me invitó, y cuando rechacé educadamente su invitación, él y el resto de tu pandilla me dieron argumentos que no pude impugnar. Así que recordé lo que solía decirme mi padre y vine.

—¿Qué te decía?

—Quien no arriesga no gana. Por lo que me he escapado del trabajo para cortarme el pelo y arreglarme, y aquí estoy. Espero que a tiempo para comer, porque me muero de hambre.

—¡Rodrigo! ¡Tengo la solución a tu problema! —gritó Gadea yendo como una bala hacia ellos con un abanico en la mano. Frenó en seco al llegar a su lado y comenzó a abanicarlo como si él fuera una desvanecida dama de la Regencia—. ¿A que ya estás mejor?

—Muchísimo mejor. No sé qué haría sin ti —declaró muy serio.

—Si vuelve a darte el telele, abanícate y verás cómo se te pasa. —Le dio el abanico.

Rodrigo lo tomó con dos dedos, como si pudiera contagiarle alguna enfermedad. Era un abanico de plástico rojo, con la tela rosa de topos morados.

—Es una... maravillosa combinación de colores —musitó mirándolo con reprobación.

—¿A que sí?! Lo he elegido especialmente para ti —explicó entusiasmada—. Abanícate, verás qué airecito más rico da.

Rodrigo miró a la niña, luego el abanico y, soltando un resignado suspiro, obedeció.

Gala no pudo evitar estallar en carcajadas.

* * *

Jimena, parada junto a la carpa, observó al trío. Se sintió tentada de ir con ellos y echarle en cara a Rodrigo que hubiera ido a la boda. No era amigo de Cruz ni de Bruno. No tenía ningún derecho a estar allí. ¡Mucho menos si lo que pretendía era coquetear con su madre!

Pero no se movió de donde estaba. Porque hacía mucho tiempo que no veía a su madre reírse como lo estaba haciendo en ese momento. Y Gadea también sonreía como nunca.

Apretó los puños disgustada, parecían una estúpida familia feliz.

Una en la que ella no tenía cabida.

Lunes, 19 de junio de 2017

—Mierda, se ha adelantado —masculló Calix al notar el móvil vibrar en su bolsillo.

Sabía que era Verónica por la hora. Acostumbraba a llamarlo varias veces mientras trabajaba. Ella aseguraba que lo hacía para comentarle cosas que había olvidado decirle en casa, pero él estaba seguro de que eso sólo eran excusas y lo llamaba tan a menudo porque lo quería tanto que cuando estaban separados lo echaba mucho de menos. Y eso era halagador, pero también un incordio, porque llegaba a un punto que cansaba. Sin embargo, si se le ocurría recriminárselo se enfadaba y lo acusaba de no quererla tanto como ella a él, así que se lo tomaba con paciencia y la atendía sin dudar. Sólo que en esa ocasión no podía, porque estaba en el metro, y si le respondía oíría el ruido y sospecharía. Y no quería que sospechara. Quería darle la sorpresa del siglo. Así que ignoró la llamada. También la que le hizo un minuto después. Y la siguiente, apenas treinta segundos más tarde. En cuanto las puertas se abrieron, bajó del vagón y, mientras el móvil volvía a sonar, buscó en la estación un lugar tranquilo desde el que hablar. Ya tomaría otro metro para continuar con su trayecto más tarde.

—Hola, Vero —saludó sonriente, pero la sonrisa no tardó en borrarse de su cara—. No, cariño, claro que no. No te estaba ignorando. Es que estaba dando una vuelta por Sol y con el jaleo que hay no te he oído —mintió—. Lo siento, cuando estoy en la calle se me pasa el tiempo volando —se excusó cuando le reclamó que no estuviera en casa—. Ya vuelvo, te lo prometo —se despidió.

Era una suerte que en el trabajo sólo la dejaran descansar cinco minutos de cada cincuenta y cinco, contados por reloj, porque eso le permitía anticiparse a sus llamadas y que éstas no duraran mucho. Sólo que a veces se le olvidaba mirar el reloj y la cagaba, como ese día. Pero no pasaba nada, en cuanto se enterara de la sorpresa que tenía preparada, se le pasaría el enfado.

Regresó al andén y montó en el siguiente metro que pasó, aún le quedaba casi una hora para llegar a casa, así que más le valía echar a correr cuando llegara a su estación, porque de lo que no tenía duda era de que al cabo de cincuenta y cinco minutos Verónica volvería a llamarlo, y más le valía encontrar un lugar tan silencioso como su casa para que ella no pensara que no había cumplido su promesa.

* * *

Se miró en el espejo para comprobar que su pelo y su ropa estuvieran como a ella le gustaban y frunció el ceño al ver que le tocaba teñirse otra vez. Ya no se hacía mechas, sino tinte, y también llevaba el cabello mucho más rubio, algo que le disgustaba un poco porque enseguida se le notaban las raíces, pero como era Verónica quien compraba el tinte, lo justo era que ella eligiera el color. Comprobó que estuviera perfectamente alisado y revisó su vestuario. Los pantalones le quedaban un poco grandes, lo que significaba que le tocaba coser. No había problema, los metería un poco de tiro y cintura y estrecharía las perneras. No era difícil hacerlo ahora que se había acostumbrado a arreglarse la ropa. Era mucho más barato que comprársela nueva y, además, siempre se le habían dado bien los trabajos manuales. Se los colocó para que le quedaran encajados en las caderas, así disimulaba que le quedaban grandes y le daban un aspecto mucho más sexi. Descartó llevar camisa y se puso un cordón de cuero con una cruz cuyas aspas se ajustaban al hueco entre sus clavículas.

Se miró por última vez al espejo y asintió: estaba perfecto para ella. No iba a poder dejar de mirarlo cuando entrara en casa. Aunque eso tal vez sería contraproducente, pensó arrugando el ceño. Tenía algo trascendental que decirle y no quería que nada la distrajera. Pero eso no iba a pasar, pensó sacudiendo la cabeza. Verónica lo conocía y sabría con sólo mirarlo que lo que iba a decirle era muy importante y le prestaría toda su atención.

Impaciente por verla, salió a la terraza para otear la plaza. Su mirada se cruzó con la de Jimena, que estaba sentada con sus amigos en un banco. Sacudió la cabeza, saludándola, y ella le respondió con el mismo gesto. Comprobó complacido que el tal David no estaba allí y enfocó la vista hacia el extremo de la plaza. Estaba ansioso por que dieran las seis y Verónica llegara. Tanto, que apenas podía esperar para darle la buena noticia.

¡Había conseguido trabajo!

No se lo podía creer.

Después de tantos meses habían vuelto a contratarlo. Por fin podría contar con algo de dinero para comprarle un detalle a su chica y darse algún capricho. Se sentía de nuevo un hombre completo. El orgullo había vuelto, también la seguridad. Ya no dependería por completo de ella, al contrario, podría contribuir en los gastos de la casa.

Se sentía bien. Más que bien. ¡Exultante!

Sólo con pensar que a final de mes tendría un sueldo se llenaba de energía y vitalidad. Estaba harto de ser un parásito, de depender de ella, de no tener ni un céntimo. ¡Si incluso para comprar el billete de metro había tenido que pedirle dinero! Menos mal que ahora, al unir las cuentas, ya no estaba tan indefenso. Estaba deseando que llegara la tarjeta para tener un poco más de autonomía.

Sacudió la cabeza, la angustia agarrándolo de nuevo. Había estado sin empleo muchas veces, pero nunca se había sentido tan desamparado como ahora. Antes siempre podía recurrir a sus padres, pero ahora su orgullo se lo impedía. Y Verónica

estaba de acuerdo con él, no podía pedirle dinero a su padre después de la última discusión. Ella decía que era un hombre horrible por echarlo de casa, pero Calix no estaba de acuerdo en eso. Le había dado la elección de quedarse, había sido él quien se había marchado. Y desde entonces no habían vuelto a hablar. Sólo sabía de él gracias a su madre, con quien hablaba a menudo, pero eso estaba a punto de cambiar. Cuando consiguiera su primer sueldo, compraría un billete de tren e iría a verlos. Y, si Verónica iba con él, tal vez se quedaran a dormir allí el fin de semana. Ahora que tenía trabajo podría demostrarle a su padre que no era el inútil descerebrado que él creía. El que en realidad había sido hasta hacía pocos meses. Pero eso no tenía por qué saberlo. De hecho, jamás le permitiría saber que lo había pasado tan mal por su mala cabeza, su inmadurez y su irresponsabilidad que había tenido que depender de Verónica para todo.

Pero ya no era así, ahora tenía trabajo y estaba a punto de compartirlo con ella, pensó entusiasmado al verla entrar en la plaza.

* * *

—Entonces... ¿sería durante el verano? —preguntó Verónica interesada.

—En principio, sí. Sólo julio, agosto y septiembre, pero hay muchas posibilidades de que me renueven si funciono bien en las suplencias —contestó ilusionado—, así que ¡tengo trabajo!

—De esclavo.

Calix parpadeó perplejo por su comentario.

—Más bien de portero —señaló sonriente.

—De portero, barrendero, basurero, segurata... Porque eso es lo que tienes que hacer, ¿no? Limpiar, recoger la basura, atender la portería y, si viene alguien a robar, pegarte con él.

—No tienes que preocuparte por eso, son trabajos que sé hacer, es decir, ¿quién no sabe barrer o fregar? No voy a tener ningún problema en sacarlos adelante —afirmó abatido. ¿Verónica pensaba que no iba a ser capaz de llevar a cabo todas esas tareas?

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella antes de besarlo apasionada—. Claro que puedes realizarlos todos a la perfección. Eres un manitas, todo lo que sea trabajo físico y manual se te da de maravilla... Tengo pruebas sobradas de ello —dijo burlona tomándole la mano para llevarla a su sexo. Calix respondió acariciándola excitado a la vez que la besaba—. Pero me parece un abuso —continuó—. Quiero decir, vas a hacer el trabajo de... ¿cuántas personas? ¿Tres? ¿Cuatro?

—Sí, bueno, más o menos. Pero no hay otra cosa. Llevo meses buscando y esto es lo único que me ha salido.

—Porque seguro que nadie lo quiere —replicó ella—. Piénsalo bien, Calix, son diez horas cada noche...

—No exactamente, es de ocho de la tarde a seis de la mañana, no son todas por la noche, y una de esas horas la tengo libre para comer.

—¡Oh, genial! ¡Discúlpame por no verlo todo tan maravilloso como tú! —estalló ella apartándolo de un empujón—. Total, sólo vas a trabajar nueve horas, siete de ellas durante la noche, cinco días a la semana por... ¿Cuánto era? ¡Ah, sí, por el alucinante sueldo de setecientos euros al mes! ¡Menudo chollo, señores!

—Ya sé que no es gran cosa, pero no tengo nada mejor —repuso tratando de calmarla.

—Claro, y como no tienes nada mejor, te bajas los pantalones y lo aceptas. ¿Quieres que te compre vaselina para que te entre mejor y más rápido cuando te den por el culo? —inquirió furiosa dándole una patada para mantenerlo apartado.

—No te lo tomes así, vamos...

—Y ¿cómo coño quieres que me lo tome? Has aceptado un trabajo de mierda sin consultármelo. Ni siquiera te has parado a pensar en mí, en cómo me sentiré, en si quiero o no que lo aceptes —lo increpó golpeándole el brazo cuando trató de acercarse a ella de nuevo.

—Pensé que te haría ilusión, por fin voy a poder contribuir igual que tú en los gastos de la casa...

—¿Con setecientos euros piensas que vas a contribuir tanto como yo? ¡No sueñes, idiota!

—No voy a poner tanto como tú, pero será casi el doble de lo que te doy ahora...

—Y, a cambio, voy a perderte —señaló, sus ojos brillantes por lágrimas no derramadas—. ¿Sabes qué?, quiero que hagas la maleta y te busques otro lugar donde vivir.

—¿Por qué dices eso? —jadeó pasmado.

—Porque me has decepcionado. Creía que me querías, pero ya veo que la única que ha puesto el corazón en esta relación soy yo.

—No puedes decirlo en serio... Te quiero con locura, te lo he dicho mil veces.

—¡No quiero que me lo digas, quiero que me lo demuestres! —estalló en llanto.

—Y te lo demuestro cada día...

—Y por eso has aceptado ese trabajo, cabrón.

—Pero, Vero, necesito ese trabajo. Sé que no es gran cosa, pero...

—¡Es un trabajo horrible que te va a esclavizar y te va a mantener alejado de mí! —Calix la miró perplejo—. No sabes de qué te hablo, ¿verdad? No tienes ni la más remota idea. ¿Cómo ibas a tenerla? No te llega el cerebro para pensar tanto... Está claro que quien se acuesta con niños meado se levanta —masculló desdeñosa—. ¿No te has parado a pensar que, si trabajas de ocho a seis, librando sólo los martes y los miércoles, no nos vamos a ver nunca? Yo no llego a casa hasta las seis, y tú te irías

poco antes de las siete. Lo que significa que nos vamos a ver una hora al día a cambio de la increíble cantidad de setecientos euros al mes —dijo irónica.

—Tendremos los fines de semana —musitó desesperado, consciente de que ella tenía razón. Si aceptaba ese trabajo, apenas se verían. Sería un desastre para su relación.

—Sólo hasta las siete, luego te irías. Ya no saldríamos por la noche, ni iríamos al cine, ni follaríamos, porque apenas nos veríamos —expuso agarrándole el paquete para darle un doloroso apretón—. Seríamos poco más que compañeros de piso con derecho a roce. Eso sí, a un roce muy apresurado porque, en una hora, ya me dirás qué nos va a dar tiempo a hacer. Y, sinceramente, para eso prefiero que te largues de mi casa y cortar la relación. No estoy dispuesta a suspirar por las esquinas esperando a que llegues. Tengo más dignidad que eso.

—¿En serio quieres que me vaya? —le planteó Calix sin poder creérselo. La tarde perfecta se había convertido en un infierno. Había conseguido trabajo y estaba a punto de perder a la mujer de su vida.

—Por supuesto que no —contestó Verónica empujándolo contra el sillón y colocándose a horcajadas sobre él—. ¿No te he demostrado siempre cuánto te quiero? —Lo besó hambrienta mientras se mecía sobre su entrepierna—. ¿Acaso no sabes lo mucho que te adoro y cuánto te echo de menos cuando no estás? —Deslizó los dedos por su torso para pellizcarle las tetillas y luego bajó la mano a su paquete, encontrándose con una tibia erección. La apretó lasciva mientras le metía la lengua en la boca. No tardó en conseguir que se endureciera, listo para ser usado—. Eres toda mi vida, te deseo tanto que me duele. —Le desabrochó los vaqueros, se apartó las braguitas y lo hundió en ella—. Quiero que te quedes a mi lado, que hagamos el amor cada noche al acostarnos y cada mañana al despertarnos, que follemos en el sofá, en la cocina y en el baño cada tarde. Quiero robarte besos cuando menos te lo esperes y agarrarte la polla y ponerte a mil antes de la cena. Convertirte en mi cena cada noche. —Se mecía sobre él, su vagina apretándole la polla con cada palabra, volviéndolo loco—. Pero para eso tienes que quedarte conmigo —susurró en su oído, deteniéndose.

—Quiero quedarme contigo, Vero, lo deseo más que nada en el mundo. Eres toda mi vida. Sin ti estoy perdido... —jadeó Calix desesperado al intuir que iba a castigarlo negándole el orgasmo. Algo que no era la primera vez que hacía.

—Entonces tienes que elegir. Si quieres tenerme, debe ser a tiempo completo, no una hora al día. No quiero que te vayas de mi casa, pero si te quedas, será con esa condición.

Se levantó de su regazo, dejándolo excitado, dolorido y muy perdido.

—Voy a ducharme —anunció mirándolo altiva—, tienes hasta que salga para hacer la maleta e irte, o para llamar a la empresa y rechazar el trabajo. Tú decides.

Jueves, 22 de junio de 2017

—No seas tan estrecha, tía —masculló frustrado David cuando Jimena le apartó la mano por enésima vez.

—No soy estrecha, es sólo que no me apetece. Cualquiera puede vernos y no me mola.

—Nadie pasa nunca por aquí, no te preocupes —dijo antes de volver a besarla.

Y razón no le faltaba: el Huerto de las Monjas era un vergel desconocido para casi todo el mundo, a pesar de estar en el centro de Madrid y ser un lugar de cuento de hadas. Era el jardín de un antiguo convento que ya no existía, estaba rodeado de edificios y sólo se podía llegar a él por dos pasos tan anodinos que casi nadie conocía su existencia. Habían entrado por el acceso de la calle Sacramento y sólo se habían encontrado allí con algunos críos del barrio. Así que habían buscado un lugar tranquilo y escondido y se estaban despidiendo. Porque David se iba al pueblo todo el verano y no volverían a verse hasta septiembre.

—Te voy a echar un montón de menos, Jime —le susurró antes de besarle el cuello.

—Y yo a ti —musitó ella, más atenta a sus manos que a sus besos.

—Me pone de una mala hostia tremenda pasar el verano lejos de ti, pero mis padres no me escuchan cuando les digo que no quiero ir al pueblo con los abuelos —se quejó él, la mano deslizándose sobre el muslo desnudo de Jimena.

—Los padres nunca escuchan —coincidió ella malhumorada al recordar su última discusión materno-filial—. Mi madre ha alquilado una casa cutre en un pueblo de mala muerte en la montaña, sin *wifi* y con sólo ocho canales en la tele, y encima dice que nos lo vamos a pasar genial... ¡Van a ser quince días en el infierno! Y cuando volvamos nos vamos un mes con mi padre a la casa de Torre vieja de mis abuelos, a aburrirnos como ostras. Nos obligarán a pasar el día en la playa, llenas de arena y sin internet, porque mi abuela no nos deja llevar el móvil al mar... ¡Va a ser horrible! Moriremos de asco allí.

—Es una putada —concordó David, más interesado en lo que intentaba tocar que en lo que ella le decía.

Llegó hasta el borde del pantalón corto y Jimena, sin dudar un instante, lo apartó de un manotazo.

—Joder, tía, no seas tan estrecha —protestó hosco—. Mañana me voy al pueblo y quiero despedirme de ti a lo grande —insistió—. Estamos solos, nadie va a vernos... Déjame un poquito —susurró deslizando la mano bajo su camiseta—. Vamos a estar separados más de dos meses, no seas cabrona, *porfa*.

Y Jimena estuvo a punto de dejarse, pero en ese momento olió el humo de un cigarrillo y se sobresaltó apartándole la mano al pensar que Kini podía estar allí. Sin embargo, eso era una tontería, pues Anuja y los demás estaban en la plaza. Y, aunque él estuviera allí, tampoco pasaría nada, porque no era nadie para meterse en su vida.

—Está bien, petarda. —David se apartó malhumorado—. Ya que no te dejas, dame al menos un recuerdo para hacer los días más cortos —sugirió sacando el móvil para hacerle una foto—. Sonríe...

Y Jimena sonrió. Y cuando él le sugirió que hiciera alguna pose divertida, la hizo. Y al ver que seguía fotografiándola, adoptó poses más estudiadas. Y él comenzó a decirle cosas bonitas. Y ella fue más atrevida en sus posturas. Y él también fue más osado en sus piropos y sus peticiones. Y Jimena se encontró tirando del escote de la camiseta en actitud provocativa para mostrar el sujetador a cámara. Y él se acercó y la besó, sus manos deslizándose por la tripa desnuda. Y entonces ella volvió a oler el humo de un cigarrillo y se apartó asustada.

—Me cago en la puta —gruñó él llevándose las manos a la entrepierna para recolocársela—. No puedes dejarme así...

—Lo siento, tengo que irme, mi madre está a punto de llegar y si no me ve en la plaza me echará la bronca —comentó nerviosa antes de marcharse.

Al salir de su escondite y pasar junto a la fuente, se dio de bruces con Kini, que estaba fumándose un cigarro.

—¿Qué haces tú aquí? —le reclamó enfadada.

—Fumar, ¿no lo ves? —contestó él desdeñoso.

—Y ¿por qué no lo haces en la plaza? —le espetó abochornada. ¿Los habría visto?

—Porque si mi abuelo se asoma a la ventana y me ve fumando me lía la de Dios.

Jimena resopló enfadada antes de continuar su camino, sin caer en la cuenta de que él siempre fumaba oculto tras los altos muros del jardín del Príncipe de Anglona.

Llegó a la plaza sudorosa, con el corazón en la garganta y los nervios a flor de piel. ¡David se había empalmado por ella! No se lo podía creer. Había puesto cachondo a un chico hasta el punto de ponérsela dura. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? ¿Tocársela? ¡Ni loca! ¡Qué vergüenza! Pero si no se la tocaba, el pobre lo pasaría mal. Malena le había dicho que Carmen le había contado que, según Patricia, cuando a los chicos se les ponía dura, si no se la meneabas, les dolía un montón. Pero ella no quería meneársela a nadie. Aunque tampoco quería que David se enfadara con ella. ¡Menos aún el día antes de irse al pueblo todo el verano! ¡Iban a estar sin verse más de dos meses! El agudo aguijonazo de los celos le atravesó las tripas al pensar que se iría con otras en el pueblo.

Gimió nerviosa mientras miraba a su alrededor, buscando a sus amigas a pesar de que sabía que no iba a encontrarlas. Como era el último día de clase, sus padres les habían dado permiso para celebrarlo comiendo fuera, así que habían ido al burger

para después separarse. Malena, Anuja y Xiao habían ido a Sol, y ella se había escapado al Huerto de las Monjas con David para darse el lote.

Y ahora estaba sola. Porque hasta las seis no había quedado con ellas, y eran las... Miró el móvil. ¡Mierda! Todavía le quedaban casi dos horas. Se planteó la posibilidad de llamarlas para pedirles que fueran, pero la verdad era que no le apetecía contarles lo que había pasado. Le daba vergüenza. No obstante, quedarse sola en la plaza era aún peor, y subir a casa con Gadea y Eva ni se le pasaba por la cabeza. En cuanto su hermana la viera, sabría que algo le pasaba, y era muy capaz de preguntárselo delante de Eva. Y si lo hacía la mataría. Despacito y con alevosía. Era una mierda tener una hermana tan cotilla y chivata como Gadea.

Lo que necesitaba era un amigo que no hiciera preguntas. Miró hacia la terraza del segundo y no la sorprendió ver a Calix allí, perdido en sus pensamientos. Unos pensamientos bastante tristes, a tenor de su gesto. Jimena frunció el ceño, su amigo ya nunca bajaba a la plaza, era como si hubiera desaparecido, o, mejor dicho, como si Verónica lo mantuviera encerrado en casa. Hacía más de una semana que habían coincidido por última vez. Había sido durante el trayecto al colegio y él le había dicho que salía a correr muy pronto para no pasar calor y que luego se quedaba el resto del día en casa para estar más fresquito. Y, aunque ella lo comprendía, no podía evitar echar de menos sus conversaciones.

Se llevó las manos a la boca y dio un fuerte silbido, sobresaltándolo. Sonrió cuando él la buscó con la mirada y sacudió la cabeza. Ella le devolvió el saludo y, antes de pensar en lo que iba a hacer, se dirigió al portal y subió la escalera a la carrera.

No tardó en llamar al timbre del segundo exterior. Y Calix tampoco tardó mucho en contestar, más bien al contrario, parecía que hubiera estado en la entrada, esperándola.

—¿Qué pasa, Jimena? —saludó sin apartarse de la puerta, impidiéndole el paso.

—¿Está Verónica dentro? —susurró ella algo cortada al ver que no la invitaba a entrar.

—No. Llega a las seis de trabajar, con tu madre.

—Ah... Vale. Hoy ya no hace tanto calor en la calle. ¿Te bajas un rato?

—Son las cuatro y media, sí hace calor —dijo él sonriendo—. ¿Te apetece un refresco?

—¡Claro!

—Pero tienes que irte a las cinco y media como muy tarde —le advirtió—. Vero llega cansada de trabajar y no creo que le guste encontrar gente en su casa.

—Vale, a y media me largo —afirmó poniendo la alarma en el móvil.

Él se apartó permitiéndole el paso y Jimena lo siguió por el largo pasillo, sorprendida al ver las paredes vacías.

—Mamá tiene un montón de cuadros guardados, los ha pintado ella y algunos son un poco tétricos, pero la mayoría están guais; si quieres le digo que te dé alguno.

—No creo que quiera darme ninguno, no nos llevamos muy bien...

—Bueno, puedo decirle que se los dé a Verónica.

—Preferiría que no le dijeras nada, ¿vale?

Jimena aceptó con un gesto, intuyendo que él en realidad no quería que su novia supiera que había estado allí. No le gustaba nada Verónica. Cuando volvía del trabajo con su madre era una mujer encantadora, pero cuando estaba sola y se cruzaban en la calle la miraba con desdén, como si la odiara. Así que, al igual que Calix, ella también prefería que no se enterara de que había estado allí.

—¿Y bien?, ¿qué te cuentas? —indagó Calix tendiéndole una lata de Coca-Cola.

—Hoy ha acabado el cole ¡por fin! —contestó.

—¿Cuántas te han quedado al final?

—Sólo mates.

—Menos mal...

—Pues sí, porque si me llega a quedar también lengua a mi madre le da un ataque.

—Y no le faltaría razón. Eres demasiado lista para suspender. Tienes que espabilar y estudiar, o cuando llegues a mi edad tendrás que aceptar lo que te den..., si es que te ofrecen algún trabajo.

La niña se encogió de hombros, no queriendo entrar en detalles.

—¿Qué tal vas con tu enamorado? —indagó Calix.

—Bien, se va al pueblo mañana y no vuelve hasta septiembre.

—Y te ha dicho que quiere despedirse de ti a lo grande y que, si no le das lo que quiere, tendrá que buscarse a otra estos meses.

—Lo de despedirse sí me lo ha dicho, lo otro no...

—Tiempo al tiempo —se burló él—. Sé lista, Jimena, no caigas en su juego.

—No caeré, tranquilo. ¿Qué vas a hacer este verano? ¿Vas a ir de vacaciones a Segovia? —preguntó intentando cambiar de tema.

—No —musitó Calix, sus ojos cubriéndose con un velo de tristeza—. A Vero le han dado una semana de vacaciones en septiembre y no sé si saldremos. Pero si lo hacemos no iremos a Segovia. Ella quiere playa..., y en Segovia no hay.

—Y ¿por qué no te vas tú solo? Al fin y al cabo, no trabajas...

—No. No trabajo —convino con amargura sin querer pensar en ello—. Pero no me llevo muy bien con mi padre, y cuando vuelva a casa quiero hacerlo en ciertas condiciones...

Jimena lo miró intrigada, y Calix sonrió y, sin saber bien por qué, comenzó a hablarle de la tensa relación con su padre, de cómo su madre siempre lo cubría y de que no podía volver hasta estar en condiciones de demostrarle a su padre lo bien que le iba viviendo solo y lo mucho que se había equivocado con él.

Era agradable hablar con alguien que no te juzgaba ni despotricaba contra tu familia.

El tiempo se les pasó volando y, antes de que se dieran cuenta, sonó la alarma del móvil y Jimena se marchó. Calix se asomó a la terraza y no pudo evitar fruncir el ceño al ver que se encontraba con su enamorado y se marchaba con él.

* * *

—Me tengo que ir —musitó Jimena apartándose de los insistentes labios de David—. Son casi las ocho y si mi madre no me ve en la plaza se va a enfadar —dijo, y no era mentira. Daba igual que ya tuviera trece años, que el colegio hubiera acabado y que anocheciera mucho más tarde. Su madre no la dejaba salir de la plaza si era más tarde de las ocho. Y eso era una mierda. ¡Odiaba estar tan controlada!

—Quédate un poco más —susurró él intentando besarla de nuevo.

—No puedo —lo rechazó. Habían hecho las paces y llevaban toda la tarde en el prado que había bajo los arcos del viaducto. ¡Tenía los labios entumecidos de tanto besarlo y los brazos cansados de tanto apartarlo!—. Tengo que irme ya.

—Tú sabrás lo que haces, Jime —masculló David molesto. Era la segunda vez ese día que lo dejaba a medias—. Mañana me voy al pueblo, tal vez allí encuentre lo que tú no me das... Y, si me dejas con las ganas, no me va a quedar más remedio que aceptarlo —la avisó.

Jimena lo miró pasmada. Eso que había dicho era tan parecido a lo que Calix le había advertido que diría que se le puso el vello de punta.

—Me parece estupendo, por mí eres libre de hacer lo que te dé la gana con quien te dé la gana. Hemos terminado —declaró irguiéndose cual reina para luego enfilarse por la calle Segovia.

En el momento en que entró en la plaza y vio a sus amigas abandonó su porte de dignidad y un caudal de traicioneras lágrimas escapó de sus ojos. Anuja echó a correr hacia ella y Malena y Xiao no se quedaron atrás. Entre las tres, la arrojaron con su amistad.

No muy lejos, en la entrada del Jardín del Príncipe de Anglona, un chaval de mirada desafiante y sonrisa triste apretó los puños furioso. Si el bastardo de David le había hecho algo, lo mataría.

No tardó en enterarse por la pandilla que había sido ella quien había roto. ¡Bien por Jime! Aunque le duró poco la alegría, pues en cuanto David llegó a la plaza y le pidió perdón asegurándole que la quería y que volverían a verse en septiembre, ella lo perdonó.

El infierno

Martes, 12 de septiembre de 2017

Calix miró el reloj nervioso. Eran las dos de la tarde, si la cajera no se daba prisa no le daría tiempo a estar en la calle Toledo a las dos y cuarto. Y no era que se hubiera comprometido a estar allí a esa hora. De hecho, no tenía ningún motivo para ir, excepto que era el primer día de instituto y Jimena le había dicho que estaba muy nerviosa, casi aterrorizada, porque no sabía lo que iba a encontrarse. Y como él no tenía nada que hacer por la mañana —ni, en realidad, en todo el día—, quería acercarse a comprobar que todo fuera bien.

Había sido una sorpresa verla el lunes y descubrir que ya había vuelto de vacaciones. Se habían encontrado en la plaza y había sido un soplo de aire fresco verla y charlar un rato. Ese verano se había sentido más solo que nunca. Madrid se vaciaba en agosto, convirtiéndose en una ciudad fantasma, lo que lo hacía sentirse perdido y aislado. Era desolador bajar a la calle y no encontrar a nadie conocido. Había intentado paliar las mañanas de soledad corriendo. Ahora se conocía al dedillo El Retiro, Madrid Río, la Casa de Campo, el parque Tierno Galván, el del Oeste y cualquier lugar al que pudiera llegar corriendo, porque la tarjeta del banco seguía sin llegar —y, sinceramente, dudaba que alguna vez fuera a recibirla—, y cuando le pedía dinero a Verónica para el transporte público ella nunca tenía suelto para darle. Así que se había acostumbrado a ir andando, o, mejor dicho, corriendo, a todas partes.

Colocó presuroso la compra en la bolsa de rafia y guardó el tique con las vueltas para dejarlo en el cajón de la cocina cuando volviera a casa. A Verónica le gustaba apuntar todos los gastos y se ponía furiosa si olvidaba algún comprobante o faltaba dinero. Y, como hacer la compra y mantener la casa en condiciones era su único trabajo, qué menos que ocuparse de que las cuentas cuadraran y todo estuviera perfecto.

Salió del hipermercado y poco después se paraba en la esquina del instituto. Acababan de abrir las puertas y no tardó mucho en ver a Jimena. No debía de haberle ido mal, porque sonreía animada mientras hablaba con sus amigas. Los chicos de la plaza iban con ellas, bromeando y haciendo el ganso como los críos que eran. Todos, excepto el nieto del maestro, que caminaba tras la panda con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, como si no formara parte del grupo.

Calix sonrió sin apartarse de su escondite, encantado de que Jimena hubiera afrontado sin problemas el primer día de instituto. Aunque su alegría se trocó en preocupación al ver que se reencontraba con su antiguo enamorado y no dudaba en aceptar su abrazo. Calix suspiró presagiando problemas al ver que el chaval no se

cortaba en bajar mucho la mano, colocándola en el límite permitido. De hecho, intentó ir más allá, pero Jimena se lo impidió. ¡Bien por ella! Aunque no dudó en pegarse un buen morreo con él en mitad de la calle.

En fin, ¿qué otra cosa podía esperarse de dos chavalines como ellos? Él también había sido un adolescente con las hormonas revolucionadas y sabía cómo se sentían. Sólo esperaba que el chico no fuera tan capullo como él lo había sido, y que Jimena fuera lista y no se dejara embaucar.

Echó a andar y, al pasar junto a ellos, los saludó. Jimena enrojeció como un tomate, aunque un instante después, y a pesar del gesto molesto de David, comenzó a contarle cómo le había ido. Se despidieron cuando, al llegar al portal, él subió presuroso a casa. Verónica llegaba en menos de cuatro horas y tenía un montón de cosas por hacer.

Colocó la compra y eligió los productos que iba a cocinar. No tenía muchas opciones, pues su chica no le había dejado mucho dinero para improvisar en la compra, pero había variedad suficiente para hacer una comida especial. Al fin y al cabo, ese día hacía ocho meses que habían estrenado la casa, y a ella le gustaba que fuera detallista.

Miró el reloj y calculó que en ese momento sus padres estarían comiendo, así que decidió esperar un poco y llamar a su madre cuando su padre estuviera echando la siesta.

—¿Mamá? ¿Estás ocupada? Genial, ¿puedes llamarme? Casi no me queda saldo en el teléfono —le pidió cuando marcó su número un buen rato después.

Ella tenía un montón de minutos gratis que nunca usaba. Algo que, desde luego, él no tenía. Había cambiado de tarifa al empezar el verano, ahora no estaba por contrato, sino por prepago, y aunque Verónica la recargaba cuando se le agotaba el saldo, prefería hacerlo durar para no tener que pedírselo. No le apetecía oír lo derrochador que era.

Sonó su móvil y contestó al primer timbrazo.

—Mamá, ¿puedes darme tu receta de *mousse* de queso, guacamole y salmón? Quiero hacérsela a una chica especial —confesó sonriente—. Sí, estoy de maravilla. Tengo un trabajo estupendo y muchos amigos —mintió cuando ella comenzó el interrogatorio. No tenía sentido preocuparla contándole lo apurado que estaba y lo solo que se sentía—. Claro que quiero veros, pero estoy muy liado con el curro. A ver si encuentro tiempo y me acerco en Navidades —dijo incómodo, consciente de que tal como iban las cosas era imposible que se acercara.

A pesar de no conocerlo, a Verónica no le caía bien su padre, y no tenía sentido disgustarla intentando convencerla para ir. Y desplazarse él solo era imposible, seguía sin conseguir trabajo y no tenía dinero para afrontar el viaje.

—¿Qué es lo primero que tengo que hacer? ¿Batir el queso? —preguntó cortando la salva de preguntas—. ¿Qué tal el tío? ¿Sigue discutiendo con el abuelo? —Estaba

deseando saber de la familia—. ¡No lo dirás en serio! Son la leche esos dos —estalló en carcajadas.

No había nada mejor para alejar la soledad y la tristeza que charlar con su madre.

* * *

—Joder, se me ha ido el santo al cielo —exclamó al mirar el reloj del horno. ¡Llevaba casi dos horas al teléfono y aún tenía que ducharse y arreglarse!—. Tengo que dejarte, mamá, o me pillaré el toro. —Se quedó inmóvil cuando ella le preguntó algo—. No hace falta que molestes a papá, ya me has contado que está bien y no tengo nada que decirle. No, no estoy enfadado con él, es sólo que ahora no tengo tiempo. —Se mantuvo callado mientras ella le decía que no podían continuar así y que llevaban más de un año sin dirigirse la palabra. Que su padre lo echaba de menos y estaba allí, junto a ella, deseando hablar con él—. ¡Pues que me llame si tantas ganas tiene de charlar! —estalló molesto por la mentira. Su padre no estaba con ella deseando entrar en la conversación. Al contrario, debía de estar en el bar echando su partida de mus—. ¡Claro que contestaré si lo hace! —exclamó al oír la petición de su madre. Una petición de lo más estúpida, porque su padre jamás se rebajaría a llamarlo. Se lo había dejado bien claro en su última discusión. No podía contar con él para nada, y eso incluía las llamadas telefónicas—. Mamá, tengo que colgar, aún me quedan cosas por hacer y no puedo perder más tiempo.

Esperó a que se despidiera y cortó la llamada, luego enchufó el teléfono para cargarlo y se fue al baño. Verónica estaba a punto de llegar y no pensaba recibirla oliendo a cuadra. Sonrió al pensar en la sorpresa que le iba a dar. Se lo iba a comer a besos.

Se duchó a toda prisa, y apenas había empezado a vestirse cuando oyó que abrían la puerta. ¡Sí que llegaba pronto ese día! Tal vez ella también había preparado una sorpresa para celebrar los ocho meses juntos. Bueno, ocho meses y dos días, porque el primer polvo fue en el parque el 10 de enero, pero ella prefería celebrar el primer polvo en casa, y a él le daba igual. Lo importante era que estaban juntos.

Abandonó la habitación para salir a su encuentro en el pasillo.

—Qué pronto llegas, cariño —comentó acercándose para darle la bienvenida con un beso de impresión.

—¡Eres un hijo de puta malparido! —gritó ella abofeteándolo con todas sus fuerzas.

—Pero ¿qué te pasa? —La miró incapaz de comprender a qué venía su ataque de furia.

—Cabrón insensible, ojalá te mueras —lo increpó dándole otro tortazo.

—¡Basta! —Le sujetó las muñecas al ver que amagaba con volver a atizarle—. ¿Qué te he hecho ahora?

—No se te ocurra ponerme la mano encima, desgraciado —chilló desquiciada—. Si me tocas, te juro que te denuncio.

Calix la soltó al instante.

—Vero, por favor, tranquilízate y dime qué ha pasado...

—¿Que me tranquilice? ¡Eres un egoísta! —aulló golpeándolo con las llaves en la cara.

Calix jadeó de dolor al sentir que le estallaba el pómulo.

—¡Joder, Vero, para ya!

Pero ella, en lugar de parar, continuó lanzándole bofetadas y puñetazos que él trataba de esquivar sin conseguirlo del todo.

—¡Eres un cerdo! Quiero que cojas tus cosas y te largues de mi casa. No voy a consentir que me ignores ni que me pongas los cuernos —explicó por fin tras una nueva tanda de insultos y golpes.

—Pero ¿de qué estás hablando? —siseó sujetándole las manos para que dejara de pegarle—. Nunca te he ignorado y jamás te pondría los cuernos. ¡Te quiero!

—Suéltame ahora mismo o me pongo a gritar hasta que llegue la policía y hago que te lleven preso por pegarme —lo amenazó.

—Pero si eres tú quien me está pegando —jadeó perplejo.

—¿A un par de golpes lo llamas pegar? No seas calzonazos —se burló desdeñosa—. No eres más que un crío consentido y llorón. Ojalá no te hubiera conocido. O, mejor aún, ojalá te murieras ahora mismo. No mereces vivir, perro —sentenció furiosa—. Lo he dado todo por ti, te he consentido todos tus caprichos y te he querido como a nadie a pesar de que no eres más que un niño sin trabajo, sin iniciativa y sin futuro. Te he mantenido, te he vestido, incluso te he pagado el puto teléfono, ¡y así me lo pagas! —chilló volviendo a golpearlo.

—Pero ¡¿qué te he hecho?, dímelo! —Se cubrió la cara, harto de recibir golpes.

—¿Qué me has hecho? ¡Como si no lo supieras! ¿Con quién has estado?

—¡Con nadie!

—¡Mentiroso! —Lo abofeteó de nuevo—. Llevas toda la tarde con el teléfono descolgado. ¿Qué pasa? ¿No querías que te molestara mientras te follabas a tu putita?

—¡No estaba descolgado! Estaba hablando con mi madre —gimió pasmado. ¿Toda esa movida por una jodida llamada?

—Claro, y ¿qué tal folla tu madre? ¿Es buena con el sexo telefónico?

—¡Vero, por favor! Te estoy diciendo la verdad.

—¿Crees que soy idiota? Has estado hablando con tu putita. ¿Crees que no sé que te vas a follar por ahí cuando no estoy en casa?

—No digas tonterías, por favor...

—¿Tonterías? Te pasas la mañana fuera y, cuando te llamo, me respondes jadeando.

—¡Porque estoy corriendo!

—¿Siempre estás corriendo? ¡Y una mierda! Te pasas la mañana follando con otras. Y no es que me extrañe, eso es a lo que te dedicas, ¿no? Se podría decir que es tu trabajo —le espetó venenosa—. Al fin y al cabo, es lo que haces conmigo. Yo te mantengo y tú me follas.

—Verónica, por favor...

—¿La has traído a mi casa?

—¿A quién?

—A tu zorrita. ¿Te la has follado en mi cama con el teléfono comunicando en la mesilla mientras te reías de mí? —inquirió abofeteándolo de nuevo.

—Claro que no. ¡Te quiero, sólo estoy contigo! ¡No existe nadie más para mí!

—Mentiroso. Llevas toda la tarde hablando con tu amante —lo acusó llorosa.

—¡Era mi madre! ¡Compruébalo si quieres! —Agarró el teléfono, que estaba cargándose, y fue entonces cuando vio atónito que lo había llamado más de treinta veces—. No lo sabía —musitó abatido—. Cuando he acabado de hablar lo he puesto a cargar y he ido a ducharme. No he visto tus llamadas hasta ahora, te lo prometo. De haberlo hecho, te habría llamado...

—Y yo me chupo el dedo. —Se lo arrebató de las manos, abrió el registro de llamadas y comprobó que la última recibida correspondía al nombre de «Mamá».

—¿Te convences ahora? —le reclamó él.

—Puede poner «Mamá», pero eso no significa que sea tu madre —resopló incrédula—. Como nombre para tener a tu zorra en el teléfono sin que nadie lo sepa es buenísimo, pero te olvidas de que soy mucho más lista que tú —le soltó sacando su móvil, desde el que marcó el número de su supuesta madre—. ¿Señora de Ramos? —dijo cuando obtuvo respuesta, preguntando por el primer apellido de Calix—. Llamo del Instituto Nacional de Estadística y quería hacerle una encuesta, le robaré sólo un par de minutos. ¿Tiene usted hijos? Estupendo. ¿Habla con ellos a menudo? ¿Cuándo fue la última vez que habló con el menor de ellos? Estupendo. Dejo constancia de sus respuestas, muchas gracias.

—¿Ves cómo no te estaba mintiendo? —la reprendió Calix, molesto porque hubiera utilizado y mentido a su madre.

—¿Qué querías que pensara? —preguntó llorosa—. Llevo toda la tarde llamándote y no haces más que comunicar..., y cuando vuelvo a casa te encuentro a medio vestir, como si te hubiera pillado in fraganti en mitad de una charla de sexo telefónico con tu amante.

—No sé, tal vez podrías haber pensado que se me había roto el teléfono, por ejemplo. Siempre piensas lo peor de mí —masculló dolido.

—Si te pusieras en mi lugar, te darías cuenta de lo mucho que confío en ti —lo acusó indignada—. ¿Es que no te miras al espejo por las mañanas, Calix? Sales con esos pantalones de deporte que te marcan todo el paquete y esas camisetas ajustadas a tus abdominales y yo tengo que aguantar que todas las mujeres con las que nos cruzamos te devoren con la mirada —lo atacó—. No sabes lo que es salir de casa para

ir a trabajar sabiendo que te dejo solo. Tengo que hacer cada día un acto de fe y convencerme de que no vas a traer a alguna putita a mi casa para follártela en mi cama.

—Nunca te he dado motivos para que pienses así —murmuró perplejo—. Deberías confiar más en mí.

—Y ¿por qué iba a hacerlo?

—No sé, tal vez porque te quiero —ironizó.

—¡Y cómo voy a saberlo si nunca me lo demuestras! —gritó colérica—. Sólo yo doy en esta relación, jamás recibo nada de ti. No me das ninguna muestra de cariño que no sea follarme, nunca tienes un detalle conmigo, no te acuerdas de nuestros días especiales y mucho menos te molestas en hacer algo especial para mí... ¿Cómo voy a saber que me quieres si no me lo demuestras?

—Hoy es nuestro aniversario. Hace ocho meses que estrenamos el piso. Felicidades —murmuró él harto de discutir. Se lamió los labios, consciente de que el sabor metálico que tenía en la lengua era debido a la sangre—. Voy a... cambiarme.

Giró sobre los talones y se encerró en el baño. Dejó el móvil en la repisa del lavabo, se metió en la ducha y abrió el grifo del agua fría para aplacar el calor que le quemaba la cara y le ardía tras los ojos. El primero era fruto de las bofetadas recibidas, mientras que el segundo se debía a la desesperación. Cerró los ojos para contener las lágrimas y en ese momento ella entró en el baño.

—Calix... He visto la comida que has hecho —musitó pesarosa abriendo la mampara para entrar con él en la bañera—. Lo siento muchísimo —gimió llorosa—. No tenía ni idea... Lo lamento de verdad. No sabes cuánto, pero esto ha sido culpa tuya —aseveró cerrando el grifo y abrazándolo—. Lo has llevado con tanto secretismo que me has hecho pensar lo peor... y me he enfadado. Ya sabes que tengo un carácter explosivo —comentó a modo de disculpa besándole el pecho—. Si no fueras tan guapo y las mujeres no te miraran como te miran, no sería tan desconfiada. —Le lamió la garganta mientras le acariciaba el trasero—. Odio dejarte solo todo el día sin saber qué estás haciendo. Te quiero tanto que no puedo soportar pensar que puedas mirar a otras —susurró mordiéndole con fuerza el hombro, reclamándole una respuesta.

—No te preocupes, no pasa nada. Ha sido culpa mía por pasar tanto tiempo al teléfono —dijo él apartándole la mano cuando la dirigió a su entrepierna—. Ahora no me apetece... Mejor lo dejamos para luego —concluyó apartando la cara cuando intentó besarlo.

—¿Vas a castigarme sin sexo? —susurró ella entornando los ojos.

—Claro que no. Es sólo que... no estoy en mi mejor momento.

—Vamos, querido, no digas tonterías. Tú siempre estás en tu mejor momento, follar es tu especialidad —replicó burlona, agarrándose a ella.

Se la meneó despacio a la vez que le mordisqueaba las tetillas, y cuando se arrodilló para llevársela a la boca, Calix comprobó pesaroso que estaba erecto y listo

para ser usado a pesar de no tener ninguna gana. Se odió a sí mismo y también a su pene al ver que ella tenía razón y lo único para lo que servía era para follar. Clavó la mirada en el dibujo de la mampara mientras ella se la comía, obligándose a reaccionar a su esfuerzo.

—No vuelvas a hacerlo, Calix —le advirtió ella atrapándole el capullo entre los dientes y apretando hasta arrancarle un gemido de dolor—. No vuelvas a hacerme pensar mal de ti, no me gusta nada. —Lo calmó con labios y lengua, y volvió a mamársela con fruición, hasta que él comenzó a mover las caderas involuntariamente, tratando de penetrar más profundo en su boca. Y entonces paró—. No puedes pasarte dos horas hablando con tu madre cuando conmigo no estás ni cinco minutos al teléfono —lo acusó celosa, obviando que ella no podía hablar más que esos cinco minutos mientras trabajaba—. Tienes que estar disponible para cuando te llame. No puedes estar dos horas incomunicado, sin que yo sepa dónde estás o si te ha pasado algo —afirmó trepando por su cuerpo con los labios. Cuando estuvo erguida le envolvió la cadera con una pierna, instándola a penetrarla, algo que él no tardó en hacer, a pesar de lo poco que le apetecía—. Te quiero mucho y me preocupo por ti. Por eso reacciono tan mal cuando no sé dónde estás. Tienes que tener en cuenta mis sentimientos, Calix —jadeó mientras él la follaba como le gustaba—. Prométeme que no volverás a decepcionarme.

—Te lo prometo —musitó él, aunque dudaba que fuera capaz de cumplir tal promesa.

Miércoles, 13 de septiembre de 2017

—¡Me cago en la puta! ¡Joder, Calix, eres la hostia! ¡La que has liado!

Calix abrió los ojos sobresaltado al oír los gritos. Saltó de la cama y recorrió presuroso el pasillo buscando su origen. Lo encontró en el baño.

—¡No tienes cuidado con nada! Cómo se nota que a ti no te cuesta dinero —lo acusó Verónica saliendo de la bañera empapada y con un móvil en la mano.

—¿Qué he hecho ahora?

—No lo preguntes con ese retintín —le advirtió furiosa.

—Lo siento, no sé ni lo que digo, estoy dormido —murmuró bajando la cabeza. No eran ni las seis de la mañana y aún faltaba un buen rato para que sonara el despertador, ¿qué hacía en la bañera a esas horas?

—Tú nunca sabes lo que dices, debe de ser por el serrín que te llena la cabeza —se burló Verónica—. Tienes la mala costumbre de cagar jugando con el móvil y luego dejártelo en el borde de la bañera, y hoy ha pasado lo que tenía que pasar —dijo estampándole el móvil en el pecho.

Calix lo agarró antes de que cayera al suelo. Estaba empapado y tenía la pantalla rota.

—¿Qué ha pasado? —preguntó palideciendo al ver que estaba destrozado.

—¿Tú qué crees? Estaba duchándome, lo he tirado sin querer y lo he pisado. Y encima me he resbalado y por poco me mato por tu culpa, así que da gracias de que tengo buenos reflejos y no he llegado a caerme —gruñó furiosa—. Si recogieras tus cosas, esto no pasaría.

Calix miró el móvil, a Verónica y de nuevo el móvil. Estaba reventado. No era sólo que el cristal estuviera roto, la carcasa trasera también estaba partida y chorreaba agua. Era imposible que se hubiera roto así, pisándolo sin querer una sola vez. Además, recordaba perfectamente haberlo dejado en la repisa del lavabo la tarde anterior. Y allí se había quedado toda la noche, porque con lo susceptible que estaba Verónica no había querido tocarlo para no tentar a la suerte y cabrearla de nuevo. Aunque, por lo visto, tal precaución no había servido de nada.

Alzó la vista incrédulo.

—¿Por qué te has duchado tan pronto? —inquirió—. Siempre entras conmigo... —Y de paso aprovechaban para manosearse un poco.

—¿Me estás acusando de algo? —lo interpeló estrechando los ojos furiosa.

—No, claro que no... Es sólo que me ha extrañado que madrugaras tanto para ducharte.

—Tenía calor. Y como estoy en mi casa hago lo que me da la gana. ¿Te parece bien?

—Sí, claro.

—Mira, siento que se haya chafado el móvil, pero la culpa es tuya. Tienes que ser más cuidadoso con tus cosas —le aconsejó encogiéndose de hombros—. Lo malo es que ahora no tengo presupuesto para regalarte otro, mientras no trabajes, no podemos darnos caprichos.

—No importa, tampoco es que tenga a mucha gente a la que llamar —musitó él saliendo del baño.

—¿No vas a meterte conmigo en la bañera? —le reclamó lasciva llevándose una mano a los pechos.

Calix la miró, su cara un lienzo en blanco que Verónica no supo leer.

—Voy a intentar secarlo, tal vez pueda salvarlo —contestó sabiendo que eso era imposible.

Entró en la cocina, tiró el aparato a la basura e hizo el desayuno. Tampoco era tan malo no tener móvil, pensó tratando de animarse, así podría salir sin estar pendiente de que ella lo llamara a cada hora.

—Mientras me duchaba he pensado que no puedes estar sin teléfono —dijo Verónica al entrar en la cocina minutos después. Vestía un sensual corpiño sin mangas y falda plisada hasta medio muslo—. Así que voy a mirar cómo solucionarlo. No quiero que estés solo por las mañanas, incomunicado.

Calix esbozó una luminosa sonrisa al oírla. Tal vez pudieran permitirse un móvil barato, lo justo para llamar, mandar whatsapps, mirar internet y hacer fotos no muy buenas. Seguro que ella conseguía el dinero, era muy buena ahorrando y gestionando la casa, no como él, que era un desastre.

Verónica se contagió de su sonrisa y se acercó para darle un beso que los dejó a los dos temblando. Se miraron jadeantes y volvieron a besarse. Y esta vez, mientras sus labios se unían y sus lenguas peleaban, ella le metió la mano dentro del pantalón y comenzó a masajearla, y él se dejó gustoso. No tardó un instante en tenerla tan gruesa y dura como a ella le gustaba.

Calix ahogó un gemido gutural, la sentó en la encimera, coló las manos bajo su falda y le apartó las bragas. Un instante después estaba dentro de ella, embistiendo como un loco mientras su vagina le apretaba la polla. Se sumergieron en un paroxismo erótico que no tardó en llevarlos a un orgasmo con sabor a reconciliación.

—Te quiero —murmuró él besándola mientras aún temblaba por el éxtasis—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

—Lo sé. Y tú eres lo que más quiero en el mundo —musitó ella envolviéndolo con las piernas.

Se quedaron en silencio, sólo besándose, hasta que él volvió a endurecerse. Y entonces la llevó hasta la cama y le hizo de nuevo el amor despacio, disfrutando de su sabor y su tacto.

—Voy a poner una línea fija en casa —afirmó Verónica tiempo después mientras se vestía de nuevo para ir al trabajo.

—¿En serio? —Calix la miró asombrado. ¿Iba a comprarle un móvil y a poner una línea fija? Vaya, eso sí que era tirar la casa por la ventana.

—Claro, ya te lo he dicho antes: no puedes estar sin teléfono.

—Pensaba que ibas a comprarme un móvil...

—¡Un móvil! ¿Para qué? Como bien has dicho, no tienes a nadie a quien llamar, excepto a tu madre. Y para eso es mejor un teléfono fijo, porque imagino que ella tendrá fijo, ¿verdad?

—Sí, claro —afirmó poco convencido.

No sabía por qué, pero no le gustaba tener que llamar a nadie desde un teléfono sin pin en el que ella podía acceder a todos los registros con sólo leer la factura. Y no era que llamara a ningún sitio prohibido, pero sí trataba de concertar entrevistas de trabajo buscando alguno que se adecuara a las exigencias de Verónica..., y si ella se enteraba de eso tal vez no le sentara muy bien...

—Pues ya está. Esta misma tarde lo contrataré de manera urgente, y cuando nos lo pongan podremos volver a charlar por las mañanas como hacemos siempre —expuso sonriente—. Mientras tanto, te dejaré el mío y yo te llamaré desde el trabajo, así podremos mantenernos en contacto —añadió guiñándole un ojo—. ¿No te vistes para bajar a correr?

—Sí, claro... —murmuró Calix comenzando a vestirse.

Y, mientras lo hacía, no pudo evitar pensar que, cuando tuvieran fijo, ella lo llamaría cada cincuenta y cinco minutos, y que eso le iba a complicar bastante salir a correr.

—Tiene el teléfono apagado —le dijo Marcial a su mujer.

—¿Estás seguro de que marcas bien? —inquirió ella extrañada. Su hijo le había prometido contestar a su padre cuando lo llamara, y llevaban todo el día intentándolo sin conseguirlo.

—Claro que he marcado bien, Gely, no quiere hablar conmigo, es así de sencillo. Me habrá bloqueado para que no le salten mis llamadas —masculló frustrado.

—No creo que sea eso, yo también lo he llamado varias veces desde el mío y tampoco ha contestado. ¿Y si le ha pasado algo? —murmuró preocupada.

—Lo dudo. Ya sabes cómo es, no querrá hablar conmigo y por eso tampoco te contesta a ti. No querrá arriesgarse a que me lo pases —concluyó irritado—. No vuelvas a decirle que quiero hablar con él ni que voy a llamarlo, prefiero escucharos en silencio a que deje de llamarte también a ti. Bastante poco sabemos de él como para perderle la pista totalmente.

Jueves, 14 de septiembre de 2017

—Parecía que nunca íbamos a volver de la playa —les confesó Jimena a Anuja y a Xiao. Estaban en la plaza, con Gadea—. Los primeros quince días estuvieron muy bien, Angélica estaba de vacaciones y se vino con nosotros. Fuimos a un montón de sitios y por las noches salíamos a cenar y nos quedábamos por ahí hasta las tantas. Pero en septiembre volvió a trabajar y nos quedamos con mis abuelos, ¡y fue un rollo! No salíamos a ningún lado y teníamos que estar pronto en casa, aunque hubiera fiesta. Un asco.

—¿Y tu padre? ¿Por qué no salíais con él? —inquirió Xiao.

—Porque, al no estar Angélica, en cuanto eran las nueve salía a cenar con sus amigos y ya no lo veíamos en toda la noche —resopló Jimena, sin querer decirles que, en muchas ocasiones, sus amigos eran en realidad «amigas». Amigas muy íntimas, de hecho.

—Pues vaya aburrimiento —masculló Xiao.

—Ya te digo, tía. Cuando mi padre está de vacaciones, se transforma. Pasa de nosotras y va a su aire.

—Papá siempre va a su aire —apuntó Gadea.

—No digas mentiras, enana. En Madrid está con nosotras y nos lo pasamos en grande haciendo un montón de cosas.

—En Madrid está Angélica y es ella quien se empeña en llevarnos a un montón de sitios, si no, papá pasa de nosotras —rebató Gadea—. Acuérdate de que en la despedida de soltera de Cruz ella se quedó con nosotras y papá se fue por ahí.

—Qué sabrás tú —masculló Jimena despectiva, consciente de que no mentía—. Lárgate con tus amigas y deja de espiarme, renacuaja.

—Tiene un poco de razón —musitó Anuja cuando Gadea se fue.

—¿Vas a ponerte de su parte? Porque, si es así, paso de ti.

—No te rebotes, tía —intervino Xiao—. Antes siempre te quejabas de tu padre, y ahora dices que es genial... Eres tú la que no sabe de qué parte ponerse.

—Idos a la mierda —masculló caminando furiosa hacia el otro extremo de la plaza.

—¿A qué viene esa cara tan enfadada?

Jimena se paró en seco, sus labios curvándose en una enorme sonrisa al oír a Calix. Se volvió para saludarlo y se quedó de piedra al verlo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó asombrada al ver que tenía un corte en el pómulo y un ojo amoratado.

—Me he caído en la ducha —murmuró él bajando la mirada al suelo.

—Pues vaya golpe te has dado...

—Parece peor de lo que es. ¿Por qué estás tan disgustada?

—Me he enfadado con mis amigas. —Y pasó a detallarle lo que había ocurrido.

—¿Tienen razón en lo que dicen? —inquirió él cuando oyó su versión. Jimena asintió enfurruñada—. A veces, por mucho que lo intentemos no conseguimos cambiar —declaró Calix con una sonrisa triste—. Tal vez a tu padre le pase eso. Lo mejor es querernos como somos y dejar de desear cambiarnos...

—Pero si papá no ha cambiado, mamá no va a querer volver con él —repuso Jimena.

—Dudo que tu madre quiera volver con tu padre, haya cambiado o no.

—Qué sabrás tú.

—Nada en absoluto —mintió, omitiendo que había visto a su madre muy acaramelada con Rodrigo el mes que ellas habían estado fuera—. ¿No crees que tal vez haya llegado la hora de que rehaga su vida y se busque un novio? —tanteó.

—Mi madre no se va a liar con ese viejo paliducho del primero.

—No parece un mal hombre...

—Es un estirado.

—Eso también —aceptó sonriendo, lo que arrancó una risita a la niña.

Pasaron un rato charlando de cosas sin importancia hasta que Jimena lo miró indecisa, mordiéndose el labio como si quisiera preguntarle algo y no se atreviera.

—Vamos, suéltalo —la instó él mirando el reloj; se le agotaba el tiempo y tenía que ir pensando en subir a casa.

—¿Por qué siempre sales a la calle a correr en vez de buscar trabajo? —inquirió remisa.

Calix parpadeó asombrado por su pregunta. ¿A qué venía eso?

—Sí lo busco, pero es complicado. No tengo estudios que me permitan acceder al tipo de trabajo que necesito.

—Y ¿qué tipo de trabajo es ése?

—Uno que me deje las tardes y los fines de semana libres —contestó Calix, dejando alucinada a Jimena. ¡Sí que era exigente!—. Me salieron un par de extras de camarero, pero eran en fin de semana y no pude aceptarlos...

—¿Por qué?

—Porque son los días que Verónica no trabaja.

—¿Y qué?

—Que no le sienta bien que no esté con ella —confesó esbozando una sonrisa triste.

—Pero ¡eso da igual! ¡Que se fastidie! —exclamó indignada. No le caía nada bien esa mujer—. No puedes dejar que siga manteniéndote, tienes que demostrarle que no eres un parásito.

Calix la miró perplejo y ella enrojeció hasta la raíz del pelo.

—¿Por qué has dicho eso? —le preguntó dolido. Jimena era su única amiga y no esperaba ese ataque de su parte.

—No importa... —contestó sin querer mirarlo.

—A mí sí me importa. Dímelo, por favor.

—El otro día oí a Verónica hablar con mamá y decía que no le importaba mantenerte y que fueras un parásito porque eres muy bueno en la cama, haces la compra y tienes la casa arreglada...

Él bajó la cabeza, escapando de la mirada escrutadora de la niña.

—¿Calix? —susurró ella al verlo negar despacio.

—Supongo que no le falta razón —admitió casi sin voz—. Tengo que irme, ya es tarde.

—Si aún no son las cinco...

—Pero es jueves y hoy salen antes de trabajar —respondió enfilando hacia el portal.

Jimena lo observó mientras atravesaba la plaza, percatándose de su postura encogida. Caminaba con la mirada baja, los hombros caídos y las manos en los bolsillos, como si quisiera hacerse pequeño. Ya no era el Calix orgulloso que siempre iba con ropa ajustada marcando musculitos y pavoneándose al andar. Oh, sí, seguía vistiendo como un modelo, pero ya no parecía querer comerse el mundo. Más bien era como si el mundo se lo hubiera comido para luego escupirlo. Algo le pasaba.

Y ella no se había dado cuenta hasta ese momento.

El cambio obrado en él había sido tan paulatino que no se había percatado hasta que había dejado de verlo el mes de vacaciones.

Y algo le decía que lo que le pasaba estaba íntimamente relacionado con Verónica.

No le gustaba nada esa mujer.

Y, por lo visto, el sentimiento era mutuo, porque cuando ella y su madre llegaron a la plaza tras el trabajo, la mirada que le dedicó fue de todo menos amistosa.

Sábado, 16 de septiembre de 2017

—Tienes que contratar a alguien, Rodrigo —le reclamó Amalia—, ya no damos abasto.

—¿En serio? No lo había notado —replicó él observando frustrado el reloj de la pared. Eran casi las siete de la tarde y todavía le quedaba una hora de trabajo.

—El sarcasmo es de pésima educación.

—Tienes razón, Amalia, lo lamento —se disculpó quitándose las gafas con luz incorporada que usaba para coser—. Nunca he sido un hombre agradable, y el dolor de cabeza no ayuda a dulcificar mi carácter.

—Lo que ayudaría sería una cosedora o un aprendiz —repuso ella volviendo al tema.

—Eres como un perro con un solomillo, no lo sueltas —murmuró frotándose los ojos—. Creo que ha quedado sobradamente demostrado que contratar a alguien es una fantasía irrealizable.

—Reconozco que no hemos tenido mucha suerte, pero...

—Esto no es cuestión de suerte, sino de profesionalidad, honradez y amor por el trabajo bien hecho, y según hemos podido comprobar, éstos son conceptos que no están de moda —comentó frustrado—. Tal como me comprometí a hacer, he entrevistado a varias cosedoras y el resultado ha sido desastroso. Cuando las he puesto a prueba, dos de ellas no daban más de cinco puntadas por centímetro, cuando el mínimo decente para una camisa artesanal es de ocho —dijo puntilloso—. Aunque tampoco es que pueda quejarme, peor fue la señorita a la que entrevisté el lunes pasado, quien, al pedirle que cosiera un canesú, me preguntó dónde estaba la máquina de coser. Aún sigo sin entender qué parte de «camisas artesanales hechas a mano» no comprendió. Aunque eso no fue tan malo como aquel maestro bordador que traía unas referencias magníficas..., lástima que fueran falsas, como se demostró cuando, al hacer los ojales, quedó tela visible entre ellos. —Fue enfureciéndose según recordaba entrevistas y decepciones—. No voy a perder más tiempo, y paciencia, en entrevistar a nadie más.

—Roma no se conquistó en un día —sentenció la anciana.

—Por supuesto que no, pero los emperadores contaban con generales capacitados, mientras que a mis filas sólo llegan inútiles.

—Pues ya me dirás cómo vamos a sacar adelante todo el trabajo.

—Dedicándole más horas, por supuesto —afirmó él mientras volvía a ponerse las gafas.

—Algunos tenemos familia con la que nos gusta estar —protestó Rosalía, que hasta ese momento se había mantenido en silencio.

—Y a algunos nos gustaría tener familia con la que estar —suspiró Rodrigo cansado. Llevaban todo el día trabajando y estaban agotados—. Marchaos a casa.

—Aún no hemos terminado el encargo del señor Alekseev...

—No te preocupes, yo lo acabaré.

—Pero lo harás el lunes por la mañana, supongo.

—Por supuesto, hoy me limitaré a acabar esta camisa e irme a casa —mintió él—. Al fin y al cabo, esta noche ceno con tres bellas mujeres. Y dos de ellas incluso me aprecian —ironizó.

—¿Sigues llevándote mal con la hija mayor de tu novia?

—No exactamente. Se puede decir que hemos llegado a un entendimiento. Ella me fulmina con la mirada pero mantiene la lengua en silencio, casi siempre, así que yo ignoro las oleadas de odio que me manda y finjo que su silencio no me molesta. Es un pacto incómodo, inadecuado y de pésima educación, pero es el peaje que debo pagar para ver a Gala, y lo pago encantado.

—Deberías hablar con esa cría y enseñarle quién manda...

—Eso ya lo sabe, Amalia. Manda ella —dijo burlón, aunque en sus ojos no había ni rastro de humor.

—Anda, mamá, deja de hablar y vámonos. Cuanto antes lo dejes tranquilo, antes se concentrará en el canesú y antes podrá irse a casa —la instó Rosalía al ver su gesto abatido.

Rodrigo asintió agradeciéndole la comprensión y las acompañó a la puerta. Volvió a echar la llave en cuanto salieron; al fin y al cabo, era sábado y, supuestamente, no trabajaban. Aunque él prefería estar allí antes que en casa. Por tanto, cuanto más trabajo tuviera, mejor. Y no por lo que pudiera ganar, gracias a Dios ya estaba en orden con sus acreedores y no tenía deudas más allá de pagar en plazo a sus proveedores. Prefería estar colapsado de trabajo porque eso era lo único que mantenía el dolor a raya.

Porque el amor dolía. Y mucho.

Dolía, enloquecía y enfurecía. Asustaba, sometía y esclavizaba. Pero también liberaba, redimía y complacía. Era dolor y placer. Gozo y tormento. La mano que le atenazaba el corazón pero también el aliento que lo impulsaba a seguir.

Y su trabajo no era hacer poemas estúpidos, sino coser camisas, pensó sacudiendo la cabeza. Regresó al taller, se puso las gafas con led y cosió con esmero el canesú, de manera que el dibujo de éste coincidiera con el de las mangas. Una vez terminó, se estiró dejando que su columna crujiera al recuperar su forma erguida y revisó los albaranes para dejar preparado el trabajo del día siguiente. Sí, era domingo, pero eso sólo significaba que Gala estaría en su casa, sola, fingiendo no añorarlo mientras él pasaba el día en el taller, trabajando para olvidar lo mucho que la echaba de menos.

Esa semana, con el regreso de las niñas y la vuelta a la rutina, había sido muy dura.

En el mes que Jimena y Gadea habían estado en la playa, Gala y él se habían acostumbrado a estar juntos. Habían compartido cada segundo que no les robaban sus trabajos y disfrutado de cada beso compartido, de cada roce ofrendado y de cada palabra pronunciada. Y la vuelta a la realidad, a su cama solitaria, a las horas sin su presencia y al sigilo obligado de sus visitas nocturnas, estaba resultando ser lo más duro que había hecho nunca.

Se sentía como si le hubieran amputado una parte de su alma. Como un muñeco sin vida que, carente de energía, camina sin saber adónde mientras trata de fingir que no ha olvidado cómo sonreír, que no le han arrebatado sus sueños más preciados.

Apretó los puños sobre la mesa y se obligó a respirar despacio al sentir que esos pensamientos aumentaban aún más su dolor de cabeza. Y eso era algo que no iba a consentir. Esa noche, tras una semana manteniéndose al margen y visitándola por las noches cual fantasma, por fin iba a verla como un hombre, mostrándose ante ella y sus hijas sin estar obligado a mantener un engaño que cada vez soportaba menos. Una mentira en la que se sumergía cada noche cuando entraba en su casa subrepticamente para pasar juntos unos instantes que les permitieran sobrevivir hasta que llegara el fin de semana y se acabara el tormento.

Tenerla sólo un fin de semana de cada dos había sido duro antaño. Ahora se le antojaba una tortura imposible de soportar. Un sacrificio más allá de sus posibilidades. Aunque tampoco era que tuviera otra opción más que soportarlo y aceptarlo.

* * *

—¡Ya estás aquí! —exclamó Gadea abriendo la puerta antes de que llamara, signo inequívoco de que había estado esperándolo como agua de mayo—. Un poco más y llegas tarde.

—No puede ser. Juraría que cuando he salido de mi casa eran las nueve menos dos minutos —replicó él con gesto serio, aunque sus ojos brillaron ilusionados al verla.

—Pues ahora son en punto. Y llegar justo es como llegar tarde —le reclamó.

—¿Cómo puedo compensarte por mi terrible falta de educación?

—Hazme un disfraz para Halloween.

—¿Un disfraz? —murmuró él totalmente descolocado.

—¡Sí! ¡De bruja piruja!

—Y... —carraspeó aturdido—, ¿cómo se supone que es el disfraz de bruja piruja?

—Tengo miles de ideas, tenemos que mirarlo bien, y dibujarlo, porque aún no tengo muy claro cómo quiero que sea, pero va a ser la leche. Va a tener morado, y naranja, y rosa, y amarillo y un poco de verde. Y el sombrero puntiagudo tiene que ser negro, por supuesto.

—Por supuesto —coincidió él mientras trataba de visualizar la mezcla de colores. Decidió dejar de intentarlo cuando el dolor de cabeza regresó con fuerza.

—Y llevaré unos calcetines rojos y verdes que me llegarán por encima de las rodillas, y también una escoba. Una bruja no es nadie sin su escoba.

—Claro que no —coincidió él luchando por no reírse de sus ocurrencias.

—Sabía que opinabas como yo. Y a ti he pensado que podríamos disfrazarte de albino malvado. Como ahora tienes el pelo tan claro, darás el pego estupendamente —afirmó, dejándolo paralizado al entrar en el salón.

—Claro que dará el pego. Es albino, idiota —se burló Jimena sentada en el sofá.

—¡Ya lo sé, *retromónquer!*, pero ¡es un albino bueno, y yo lo voy a convertir en albino malo! —exclamó Gadea ofendida, sin percatarse de que él la miraba perplejo.

Aunque no debería estarlo, pues el día de la boda, siguiendo un estúpido impulso, se había cortado el pelo para dejar de teñírselo. Al principio no había sido tan evidente, pero ahora que le había crecido, su albinismo era innegable.

—Voy a ponerle una túnica rosa con estrellas verdes y medias lunas moradas —continuó diciéndole Gadea a Jimena—, le pondré la cara más blanca con polvos y le pintaré una herida purulenta desde la frente hasta el cuello. Va a dar verdadero miedo, no como tú, que vas a ir de Harley Quinn, como todas las chicas del barrio.

—Mejor ir como todas las chicas del barrio que de bruja hortera acompañada de un viejo paliducho y estirado —replicó su hermana mirando despectiva a Rodrigo.

Y éste la ignoró como siempre hacía para, en su lugar, dirigirse a Gadea.

—En realidad, no creo que debas ir acompañada de un viejo como yo, sólo serviría para estropear tu disfraz de bruja.

Gadea arrugó la nariz y lo miró recelosa.

—Tú lo que quieres es escaquearte... —lo acusó.

—Me vas a vestir con una túnica rosa con estrellas verdes, por supuesto que quiero escaquearme. Esa combinación de colores me provocará pesadillas durante años.

—Y yo pienso hacerte miles de fotos con las que chantajearte —dijo divertida Jimena al imaginarlo de esa guisa. Tal como era de estirado, seguro que le daba un síncope al verse.

Rodrigo se volvió y fijó su atención en la niña por primera vez desde que había entrado.

—¿Eso que has dicho debo tomarlo como una amenaza o como una broma?

Por un momento le había parecido que Jimena entraba en el juego que se traía con Gadea. Y eso, además de extraño, era estupendo, porque significaba que tal vez ya no lo odiaba tanto.

Ella lo asesinó con la mirada.

—Yo jamás bromearía contigo, te odio —masculló cogiendo el mando de la tele y subiendo el volumen para no tener que oírlos más. No soportaba verlos tan contentos.

Gadea miró pesarosa a su amigo y él, en respuesta, se encogió de hombros.

—¿Vamos a mi cuarto a dibujar mi disfraz?

—Adelántate tú, yo voy a saludar a tu madre y de paso veré si puedo ayudarla en algo.

Gadea entornó los ojos antes de ponerse de puntillas y tirar de su chaqueta obligándolo a agacharse para hablarle al oído.

—Vale. Me quedo en el salón vigilando, si veo que Jimena va a la cocina, te aviso con un silbido. Estate atento —le advirtió la niña antes de sentarse a la mesa, junto a la puerta.

Rodrigo la miró pasmado, y luego, antes incluso de saber lo que iba a hacer, le revolvió el pelo con cariño y le dio un agradecido beso en la frente. ¡Dios santo, cuánto la había echado de menos!

* * *

—¿Ya estás aquí? No te he oído llamar —dijo Gala enredada en la cocina—. ¿A que no sabes quién se casa? —preguntó emocionada. Rodrigo negó con la cabeza a la vez que la devoraba con la mirada—. ¡Eva! Adán se lo pidió el otro día. ¿Te lo puedes creer?

—¿Eva? No sé si darle a Adán la enhorabuena o el pésame —comentó cerrando la puerta con disimulo. Llegó hasta ella y la abrazó acercándola a él.

—No eres nada discreto —lo regañó Gala sin apartarse. Tras pasar todo el día sin verlo, besarlo ni abrazarlo, estaba a punto de perder la cordura.

—Tengo una espía en el salón que nos avisará si alguien viene a interrumpirnos —confesó él antes de bajar la cabeza y saborearla.

Y Gala, para qué engañarnos, se dejó saborear e incluso lo alentó a hacerlo al enredar los dedos en su precioso pelo albo y pegarlo más a ella. Adoraba sentir el suave tacto en sus dedos, era como tocar hilos de plata y oro, pues ése era su color real. El dorado de los rayos del amanecer sobre el hielo del ártico.

—¿Qué tal va tu dolor de cabeza? —le susurró cuando él bajó con los labios por su cuello. Habían hablado al mediodía por teléfono unos minutos, los justos para soportar el tiempo que les faltaba para verse, y él le había confesado que le dolía.

—Te echo tanto de menos que el dolor se ha convertido en un aliado que me distrae de tu ausencia —musitó Rodrigo, inhalando su olor antes de subir de nuevo a sus labios.

—Eres un poeta..., pero eso no responde a mi pregunta —protestó—. ¿Cómo estás?

—Si no damos importancia al hecho de que estoy planteándome cortármela a la altura del cuello para no tener que sufrir más, yo diría que bien...

—¿Quieres un ibuprofeno?

—Quiero besarte, sólo tú me curas.

Y, ante eso, ¿cómo no ayudarlo si estaba sufriendo?

Así que volvieron a besarse, al menos hasta que un silbido les taladró los oídos, advirtiéndoles que pronto tendrían visita.

* * *

—Es bueno que el cliente esté contento —murmuró Rodrigo tras escuchar a Gala.

—Sí. La campaña de InBank está dando unos resultados estupendos, tanto, que me han liberado de otra para que le dedique más tiempo a ésta.

—¿Te han quitado otra campaña?! —explotó Jimena enfadada—. ¡Ya es la tercera que te quitan! ¿También se la han dado a Verónica? —preguntó acusadora.

—Así es —respondió Gala sin querer entrar en detalles.

No quería que sus hijas supieran cuánto la aterrorizaba ir quedándose poco a poco sin campañas, porque de éstas dependía su puesto de trabajo.

Rodrigo la miró preocupado, comprendiendo cómo se sentía. Habían hablado sobre ello durante el verano, y también por las noches, cuando las niñas caían dormidas y él se colaba como un fantasma en la casa.

—¿Te las está robando! —gritó Jimena enfadada.

—En absoluto, cariño. Ella no tiene nada que ver en eso. A quién le dan las campañas es decisión del jefe. Nosotras no tenemos ni voz ni voto.

—Algo hará para conseguirlas —masculló la niña ofendida por que no le hiciera caso.

—Lo dudo, mi jefe no siente ninguna atracción por las mujeres. Simplemente se las da a quien mejor le parece.

—No importa que sea gay —señaló Jimena—, seguro que Verónica lo maneja de alguna manera. Es una manipuladora y una tirana —apuntó colérica.

—Me parece que no eres objetiva, cariño —intervino Gala.

—Sin embargo, yo creo que Jimena acierta en sus percepciones. No todo se basa en la atracción sensorial. Tal vez tu jefe tenga algún trato con ella que desconoces —apoyó Rodrigo a la niña, sorprendiéndola tanto que la dejó sin habla—. Verónica ha trabajado en varias centrales, probablemente tenga contactos de los que tú, al estar siempre en Madrid, careces. Contactos que a tu jefe, ahora que lo van a trasladar, le pueden venir muy bien.

—¿Ves cómo tengo razón?, hasta éste lo dice. —Jimena señaló a Rodrigo con un gesto.

—Éste tiene un nombre —la regañó Gala, poco dispuesta a seguir tolerando el mal comportamiento de su hija.

La niña miró enfurruñada a su madre.

—Hasta Rodrigo lo dice —rectificó huraña—. Verónica no es buena, mamá, te engaña para que creas que es estupenda, pero es odiosa.

—Es una mujer encantadora a la que has cogido manía porque está saliendo con Calix —afirmó Gala contundente mirando a su hija.

—¡Eso no es verdad!

Gala se mantuvo en silencio y Jimena se levantó de la mesa para encerrarse en su cuarto.

* * *

—Creo que esta vez te equivocas, Gala —susurró Rodrigo tiempo después, cuando las niñas estuvieron acostadas.

—¿Con qué me equivoco? —Llevó dos copas de vino a la mesa y se sentó a su lado.

Rodrigo no dudó en pasarle el brazo por los hombros, acomodándola contra él como si fueran un matrimonio de recién casados que no supieran estar separados.

—Con Verónica. A mí tampoco me gusta. —Había callado durante la cena para no llevarle la contraria delante de sus hijas, pero ahora no podían oírlo—. Es mucha casualidad que todas tus campañas vayan a parar a sus manos.

—Es la supervisora que menos tiempo lleva en planta y tiene menos que las demás, es lógico que se las pasen a ella. Además, la conozco y sé que no le gusta que se las den.

—Podría ser —se obligó a aceptar Rodrigo—. Pero cuídate de fiarte ciegamente de ella.

Gala lo miró intrigada. No era normal en él prevenirla contra nadie; ni siquiera lo había hecho contra Calix cuando la había besado hacía ya tanto tiempo.

—Puedo entender que Jimena le tenga manía, al fin y al cabo, está medio enamorada de Calix, pero lo que no comprendo es por qué no te gusta a ti. ¿Te ha hecho algo?

—A mí nada, pero no me gusta cómo mira a Jimena cuando coinciden en la plaza.

—Y ¿cómo la mira?

—Cómo si fuera su rival —contestó fijando su mirada violeta en ella.

—Oh, por favor, no me digas que mi hija te ha contagiado su psicosis —se burló.

—¿Jimena también lo ha notado?

—Se queja continuamente de que la mira mal y está celosa de ella, como si Verónica fuera a perder el tiempo con una cría —dijo divertida al recordar las quejas

de su hija, que, por cierto, se habían hecho más habituales y esperpénticas desde que habían vuelto de vacaciones.

—No te fíes, Gala, esa mujer tiene algo que me pone el pelo de punta.

—No me fiaré —susurró antes de deslizar la mano por su estómago y besarlo.

Pasó mucho rato antes de que volvieran a hablar. Por supuesto, no llegaron muy lejos. Él había hecho una promesa y ella temía ser descubierta en una actitud demasiado comprometida. Así que, al igual que una pareja de adolescentes que teme ser pillada pero no puede mantenerse separada, se dedicaron a besarse y a acariciarse sin pasar a mayores.

Y qué tortura más satisfactoria era ésa.

Martes, 24 de octubre de 2017

Calix se detuvo junto a la cabina telefónica del parque de Atenas y miró la hora. Eran poco más de la doce, le quedaban cuarenta minutos libres antes de tener que volver a casa. Descolgó el auricular, insertó una moneda y marcó sonriente.

—Mamá, ¿puedes hablar? ¿Te pillo liada?

Y Gely, por supuesto, le dijo que estaba libre. Porque, aunque estuviera más ocupada que nunca, jamás le negaba nada a su hijo. Menos aún cuando sus llamadas eran tan poco frecuentes y estaba tan empeñado en que no lo localizaran que había dado de baja su línea de teléfono y ahora los llamaba desde cabinas. Los tenía con el alma en vilo. ¿En qué estaría metido para andarse con tanto secretismo? Pero, si le preguntaba, él se cerraba en banda y le contestaba que tenía que colgar. Así que ya no intentaba sonsacarlo.

* * *

—¿Estás seguro de que no nos van a pillar? —le preguntó preocupada Jimena a David.

Estaban en un banco en el interior del parque de Atenas, besándose acaramelados. O, al menos, intentándolo, porque ella no hacía más que mirar a un lado y a otro, como si fuera a aparecer la policía para llevarla a la cárcel por hacer pellas.

—Claro que no, ya te lo he dicho un montón de veces, no seas tan pesada —dijo cansado de que fuera tan mojigata.

Lo tenía tan harto que se estaba planteando dejarla, y ya lo habría hecho si no fuera porque era una de las chicas más guapas con las que había salido y se moría por descubrir si lo que ocultaba su ropa era real o fruto de un sujetador con relleno.

Jimena, al ver que David miraba sus pechos, se removió en el banco hasta adoptar una postura sexi que los hiciera destacar. En ese año había aumentado una talla de copa, y eran un imán para los chicos. Y a ella le encantaba que la miraran babeantes, para qué negarlo.

David volvió a besarla y ella se dejó. Él había empezado a fumar ese verano y sus besos sabían a tabaco y a Coca-Cola. Y no era una mala mezcla, pensó Jimena cuando su lengua avanzó sobre la de ella para sumergirlos en un beso abrumador que la dejó temblando. Ese verano él había aprendido a besar, y aunque ella no quería ni pensar en cómo o con quién había practicado, disfrutaba muchísimo de sus besos. Y

de sus caricias, pensó al sentir su mano culebrear bajo la camiseta para subir por su vientre.

David llegó hasta el borde del sujetador y Jimena se tensó, momento en que él, conociéndola, desvió la mano hacia su trasero, que desde hacía una semana era zona permitida. Siguió besándola hasta que la sintió derretirse y ascendió de nuevo a sus pechos.

Jimena volvió a tensarse, pero por primera vez no lo apartó. Llevaban saliendo varios meses, había llegado la hora de dejarse un poco. Se mantuvo inmóvil cuando él recorrió el borde del sostén, pero no pudo evitar apartarle la mano cuando intentó colar el dedo bajo la tela.

—¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?

Jimena saltó sobresaltada del regazo de David al oír el gruñido de Calix.

—¿Qué haces tú aquí? —jadeó abochornada poniéndose en pie.

—¿Perdona? No soy yo quien está haciendo pellas. Ven conmigo —le tendió la mano.

—No quiero. —Jimena miró de refilón a David, que los observaba divertido.

—O vienes o me chivo a tu madre —le advirtió Calix en un susurro—. Tú decides.

—No serás capaz. —Jimena se volvió hacia su novio en busca de apoyo, pero éste continuó impávido.

—Ponme a prueba —la desafió Calix.

—Está bien —bufó ella antes de despedirse enfadada de David—. Nos vemos luego.

—Menudo novio te has echado —masculló Calix cuando se hubieron alejado lo suficiente para que no pudiera oírlos—. Para besarte y manosearte sí que es hombre, pero para enfrentarse a mí ni siquiera tiene huevos de levantarse del banco.

—Sabe que eres mi amigo y que no me vas a hacer nada, por eso no se ha levantado.

—Está claro que no hay más ciego que el que no quiere ver —murmuró él acelerando el paso. Iba con el tiempo justo para dejarla en el instituto y regresar a casa para la llamada de Verónica—. No me puedo creer que estés haciendo pellas para morrearte con ese niño. ¿En qué narices estás pensando, Jime?

—En nada que a ti te importe, ya soy mayor para hacer lo que me dé la gana.

—Ah, sí, es verdad. No me había percatado —resopló él burlón—. ¿Tienes condones?

La niña se detuvo en seco, mirándolo pasmada.

—¡Claro que no! —gimió abochornada.

—Pues deberías. Si vas a dejar que te manosee en el parque, al menos ten la precaución de llevar condones para no quedarte preñada si acabáis follando.

—¡No voy a acostarme con David! —jadeó paralizada. ¿Cómo podía ser tan bruto?

—Claro que no —se burló él, exagerando su reacción para intimidarla aún más—. No seas ingenua, tal como te estaba metiendo mano, dudo que tarde más de una semana en proponerte que os acostéis. Lo mejor será que paremos en una farmacia y compremos condones.

—No le estaba dejando. En cuanto ha llegado al sujetador lo he apartado.

—No lo suficientemente rápido, por lo que he visto. Porque ha estado un buen rato con la mano dentro de tu jersey...

—Sólo me tocaba la tripa —dijo sofocada. ¿Habría visto cómo se dejaba tocar el culo?

—A ver, Jimena, ni te juzgo ni te pido explicaciones, no soy nadie para hacerlo —repuso él muy serio—. Sólo te digo que compres preservativos para estar protegida —presionó.

—¿De verdad crees que me pedirá que nos acostemos juntos? —inquirió preocupada.

—Por favor, Jimena, tonta no eres, y estabas sentada encima de él... ¿No has notado nada que te haga pensar en esa posibilidad?

La niña bajó la cabeza sonrojada. ¡Claro que lo había notado! Pero no se le había ocurrido pensar que por besarse y tocarse un poco pasarían a... *hacerlo*. Sintió que se ruborizaba de pies a cabeza.

—No pienso hacerlo aún. Es muy pronto.

—Me alegra oír eso. A ver si lo cumples —la desafió huraño—. ¿Cómo te has escapado del instituto?

—He aprovechado un despiste del conserje y he salido con los de gimnasia durante un descanso entre clases.

—Verás cuando se entere tu madre...

—¡Has dicho que no se lo ibas a contar! —gritó indignada.

—Y no voy a hacerlo, pero se lo dirán desde el instituto.

—Qué va —rebatía tranquilizándose—. En el *insti* pasan lista a primera hora y ya está. Si nos escapamos después, no nos pillan.

—¿Estás segura? En mis tiempos, los profesores llamaban a los padres si faltaba un niño, fuera a la hora que fuese —musitó recordando las veces que habían llamado al suyo.

—Tus tiempos eran otros, ahora ya no se hace así —sentenció. David había dicho que no pasaba nada, y él ya había hecho pellas varias veces, así que debía de saberlo—. ¿Adónde vamos?

—Al instituto.

—¡Ni de coña! —jadeó ella—. No puedo volver allí ahora, si me cuelo me pillarán.

—Hazlo de la misma manera que has salido, en un descanso y entre los que vuelven de gimnasia —replicó él sin dar su brazo a torcer.

—¡No pienso volver!

—Pues vas a tener que hacerlo, porque si te pilla la policía en la calle en horas lectivas te pueden llevar a comisaría, y meterás a tu madre en un marrón.

—Qué va... —musitó incrédula.

—Claro que sí, hasta que cumplas los dieciséis tienes que asistir a clases. Si no lo haces, la responsabilidad es de tu madre, y se le puede caer el pelo —le soltó las mismas palabras que su padre había usado con él hacía ya tantos años. Ojalá con Jimena funcionaran.

La niña dejó escapar un resoplido nada femenino.

—Cada vez te pareces más a mi madre.

—No sé si tomarme eso como un cumplido...

—No lo digas ni en broma. Mi madre es una sosa que no se entera de nada...

—¿De qué no se entera?

Jimena miró al suelo enfurruñada.

—Vamos, cuéntamelo... —insistió Calix.

—Está colada por el Estirado —habló exasperada—. Lo invita a cenar a casa y luego se quedan en el salón cuando nos acostamos. Estoy segura de que se besan...

—Eso está bien, tu madre es joven y Rodrigo parece un buen tipo.

—¡Es mi madre y no puede besarse con nadie! Y Rodrigo es un engreído y no lo soporto —estalló furiosa—. Además, si mamá se lía con él, no volverá con papá.

—Y ¿qué pasa con su novia? ¿Crees que va a dejarla por tu madre?

—No va a hacer falta. Ella se ha enterado de que papá le puso los cuernos en la playa y ahora no le habla. Tenías razón, Calix —lo miró llorosa—, hay personas que no cambian... y mi padre es una de éstas.

—Y ¿sabiendo eso quieres que tu madre vuelva con él? —le planteó muy serio.

Jimena lo pensó un segundo y después negó muy despacio con la cabeza.

—Pero tampoco quiero que se lée con Rodrigo.

—Eso es muy egoísta por tu parte...

—¡Me da lo mismo! ¡Es mi madre y no quiero que esté con nadie!

—¿Qué dirías si ella te dijera eso a ti? Imagínate que te prohíbe salir con David.

—Seguro que lo hace si se entera —replicó desafiante.

Y Calix tuvo que callarse, porque no le faltaba razón.

Caminaron en silencio el corto trecho que faltaba hasta el instituto y allí se pararon a esperar el cambio de clases. Cuando la sirena sonó, el conserje abrió las puertas y un montón de niños en chándal inundaron el patio para ir al polideportivo. Con ellos iba un chico de la plaza, pero en lugar de vestir chándal llevaba vaqueros, señal de que al gimnasio no iba.

—Ahí está el nieto del profesor —comentó Calix al verlo.

—Va a mi clase —resopló ella malhumorada.

—Pensaba que era mayor que tú.

—Me saca un año y medio, pero repitió dos cursos en primaria, por eso va a mi clase.

—No le caigo bien —dijo Calix al ver que lo fulminaba con la mirada.

—Nadie le cae bien. Es un borde —afirmó Jimena antes de meterse en el maremágnun de adolescentes que entraban y salían del instituto en su periplo al polideportivo.

—Me parece que tú sí le caes bien. Muy bien, de hecho —murmuró Calix divertido al verlo caminar directo hacia ella.

* * *

—¡Estás loca! —siseó Kini al llegar junto a Jimena—. ¿Cómo se te ha ocurrido irte de clase? El de historia ha preguntado por ti y he tenido que cubrirte...

—¿Ha preguntado por mí? —repitió aterrorizada—. Y ¿qué le has dicho?

—Que te habías puesto mala y te habías ido a casa. Creo que se lo ha tragado —musitó entrando con ella en el vestíbulo—. Pero ya te vale, tía, en menudo lío has estado a punto de meterte por irte con el idiota de tu vecino. Y todo para nada, porque para él no eres más que una cría, no te va a hacer caso nunca.

—¡No seas imbécil! Calix es mi amigo y no me interesa. Además, no me he escapado para irme con él; al contrario, me lo he encontrado en la calle y me ha obligado a volver...

—Entonces ¿por qué has hecho pellas?

Jimena volvió la cabeza, escapando de su mirada e ignorando su pregunta.

—No me jodas que te has ido con David... —sospechó él—. ¿Eres tonta o te lo haces?

—Vete a la mierda.

—David es un cerdo que va contando cosas de ti a todo el mundo —le advirtió mirándola con intensidad—, y tú haces pellas con él. Eres idiota.

—Y ¿qué cosas cuenta, si puede saberse? —le preguntó desafiante subiendo la escalera.

—Que te mete mano en la pradera bajo el viaducto, por ejemplo.

—¡Eso es mentira! —exclamó ruborizada, porque era verdad—. No dejo que me toque.

—Pues es lo que él le dice a todo el mundo. Que te toca las tetas y el culo todas las veces que quiere, y que dentro de poco te va a tocar el coño y luego te va a follar...

—Eres un mentiroso, David jamás diría eso —gritó colérica—. No quiero volver a hablar contigo en mi vida —sentenció entrando en clase.

—Así que le he dicho a David lo que Kini me había dicho que él había dicho sobre mí, pero sin decirle que me lo había dicho Kini —les contó una indignada Jimena a sus amigas—. Y David me ha dicho que es mentira. Que no va diciendo nada de mí y que quien me lo ha dicho se lo había inventado todo y que le dijera quién era el chivato para partirle la cara...

—Y ¿se lo has dicho? —preguntó Anuja asustada tras procesar el trabalenguas.

—¡Claro que no! David es muy fuerte y Kini es un espárrago: si se lo digo lo hace puré.

Xiao, Malena y Anuja suspiraron al unísono al comprender que el nieto del profesor no corría peligro. No es que fuera santo de su devoción, pero la verdad era que el chaval no se metía con nadie ni era un chulito como David, quien cada vez les caía peor. Pero ¿quién era la valiente que le decía eso a Jimena, con lo enamorada que estaba de él?

—En cuanto vea a Kini, le voy a echar la bronca por mentiroso —dijo Jimena buscándolo—. Eso si se atreve a bajar, claro, porque aún no ha aparecido por la plaza.

—Ni creo que lo haga —murmuró Anuja conspiradora—. Papá me ha dicho que nada más volver del *insti* su abuelo lo ha hecho entrar en casa y han tenido una discusión de las gordas.

—No jorobes. ¿Te ha dicho por qué? —inquirió Xiao.

—Qué va, ha oído la bronca en la trastienda, pero como ya estaba cerrando no ha esperado a ver qué pasaba...

—Pobrecillo —musitó Malena apenada—. Encima de que sus padres no lo quieren, ahora también se lleva mal con su abuelo.

—¿Cómo que sus padres no lo quieren? —Jimena la miró asombrada.

—Se han ido a vivir fuera del país y lo han abandonado, ¿no lo sabías?

—Pues no. No me lo habíais dicho —protestó enfadada.

—Será porque siempre estás con David y, cuando nos juntamos, en lugar de hablar de nuestras cosas, sólo hablas de él —la acusó Anuja.

—Vale, pues lo siento —masculló Jimena sabiendo que tenían razón—. Y ¿cuándo se fueron sus padres?

—A finales de septiembre, a Bélgica. Ahora vive con su abuelo, y ya sabes lo estricto que es el Ogro. Si Kini ha hecho algo que no le guste, lo castigará para el resto de su vida.

—Pobrecillo... —volvió a suspirar Malena, a quien le encantaban esos dramas.

—¡Jimena!

La niña se volvió sobresaltada al oír la voz de su madre. Acababa de entrar en la plaza y se dirigía con pasos furiosos hacia ella. Parecía bastante enfadada.

—¿Qué he hecho esta vez? —resopló levantándose del banco para ir con ella.

—Vamos a casa, tenemos que hablar —ordenó Gala enfadada.

—No jorobes, mamá —resopló con amargura—. Vale, no he recogido mi ropa, se me ha olvidado —confesó, intuyendo que por eso estaba tan enfadada—. En cuanto suba la guardo, te lo prometo.

—Vas a subir ahora mismo, conmigo.

—Joer, mamá, sólo me quedan dos horas de estar en la calle, ¡no voy a subir ahora!

—Jimena, esa boca —la regañó Gala—. Diles adiós a tus amigas y vámonos. Hoy ya no vas a salir más.

—¡¿Por qué?! Ya te he dicho que recogeré la ropa después.

—Jimena, por favor, a casa.

Y tal vez fue el tono en el que lo dijo o la mirada que le echó, pero la adolescente profirió un sonoro bufido y enfiló hacia el portal con la furia pintada en la mirada.

No muy lejos de allí, Gadea se despidió de sus amigas y las siguió. Si su hermana y su madre comenzaban a discutir, prefería estar presente para tratar de calmar los ánimos.

* * *

—¡¿Cómo se te ocurre faltar a clase?! —exclamó Gala en cuanto cerró la puerta de casa.

La niña la miró pasmada. ¡Kini se había chivado! ¡Maldito cabrón!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me han llamado del instituto para preguntar por ti, porque alguien les había dicho que estabas enferma y querían confirmarlo. ¡¿Cómo se te ocurre hacer pellas?! —

—Sólo me he saltado una clase —se excusó dejando atónitas a su madre y a su hermana.

—¡No tienes que saltarte ninguna clase! Pero ¡¿en qué estabas pensando?! —

—¡En que odio el instituto y no quiero ir!

—¡Yo también odio trabajar y voy! Además, ayer mismo decías que tus compañeros eran geniales y querías que te dejara ir antes por las mañanas para desayunar con ellos... Y ¿resulta que hoy lo odias? Pero ¿qué te está pasando?

—¡Nada!

—No digas tonterías, algo te pasa. Suspendes asignaturas en las que antes sacabas sobresalientes, me desafías constantemente, no quieres estar en la plaza, te vistes como si tuvieras dieciocho años y estuviéramos en pleno verano. —Observó disgustada los vaqueros rotos y la camiseta ajustada que dejaba ver el ombligo—. ¿Es por esos chicos con los que vas ahora? Desde que sales con ellos has cambiado a peor... ¿Es por el rubio con el que estás siempre? —inquirió preocupada.

Jimena empalideció al oírla.

—¿Me has estado espiando?

—¡Claro que no! Pero no estoy ciega..., te veo en la plaza con él, siempre muy juntitos, y, cuando desapareces, también lo haces con él. ¿Es tu novio o algo por el estilo?

—¡No! —bramó Jimena ofendida.

Tras ella, Gadea asintió con la cabeza. Gala, sorprendida, desvió la mirada hacia su hija pequeña, delatándola sin querer. Y Jimena lo vio.

—¡Chivata de mierda! —chilló lanzándose a por su hermana.

—¡Jimena, basta!

Gala la agarró como pudo para alejarla de Gadea, y desde luego no fue fácil.

—¡No puedes pegarle a tu hermana! —la exhortó asustada—. Dios mío, Jimena, no te reconozco. Habla conmigo, cariño, dime qué te pasa...

—¡No me pasa nada! ¡A ti no te importa una mierda lo que me pase!

—Claro que me importa. Dímelo, por favor...

—¡Pues pasa que te odio. Que no quiero vivir más contigo. Que estoy harta de ti y de tus normas. Eres una pesada insoportable. Quiero vivir con papá y con Angélica, ellos son mejores que tú! —gritó, sabiendo perfectamente lo mucho que esas palabras harían sufrir a su madre.

—¡Mamá, no le hagas caso, no lo dice en serio! —intervino Gadea mirando con ojos desorbitados a su hermana. ¿Por qué decía esas cosas tan horribles?

—Claro que lo digo en serio. Y cuando seas mayor y te prohíba hacer todo lo que quieres, pensarás como yo —replicó Jimena a su hermana. Se quedó paralizada al ver que los ojos de su madre se llenaban de lágrimas—. Tengo razón, mamá, no me dejas hacer nada y me tienes supercontrolada. Papá me da más libertad —insistió sin querer dar su brazo a torcer.

—No sabes cuánto lo siento, pero tu cruel y odiada madre es quien tiene tu custodia, y mientras un juez no diga lo contrario, conmigo te quedas —sentenció Gala a la vez que se limpiaba los ojos con el dorso de la mano—. Estás castigada sin móvil toda la semana. Y tampoco puedes salir de la plaza, aunque esté yo.

—¿Me estás castigando como a una niña pequeña?

—Es lo que eres. Dame el móvil —le ordenó con gesto severo extendiendo el brazo.

—¡Te odio! —siseó Jimena dejándoselo en la mano con un fuerte golpe.

—Me ha quedado claro la primera vez que me lo has dicho —murmuró Gala—. Ve a tu cuarto y no salgas hasta la cena, no me apetece verte.

Jimena miró a su madre furiosa, giró sobre sus talones y salió del comedor cerrando con un sonoro portazo.

—Mamá, ¿estás bien? —musitó Gadea yendo con su madre cuando ésta se derrumbó en el sofá y se tapó la cara con las manos.

—Sí, cariño, no te preocupes, sólo estoy un poco disgustada, pero enseguida se me pasa —contestó Gala aceptando el pañuelo que su hija le tendía—. Muchas gracias, cielo.

—No le hagas caso a Jimena, no lo dice de verdad. Sólo está enfadada y quiere hacerte daño.

—Pues se le da de maravilla —replicó Gala—. ¿Por qué está enfadada? ¿Lo sabes?

Gadea negó con la cabeza.

—¿Es por su... novio? —se obligó a decir la palabra. ¿Cómo podía tener novio? ¡Sólo tenía trece años!

La niña se encogió de hombros.

—¿Qué te parece?, ¿te gusta? —inquirió tratando de tirarle de la lengua.

Gadea negó con contundencia.

—Está bien, no voy a intentar sonsacarte más..., ve a jugar con tus amigas —le dijo.

—No. Me quedo contigo. ¿Quieres que llame a Rodrigo y le diga que venga a verte? Seguro que él te anima —se ofreció Gadea preocupada al ver que su madre seguía llorando como si hubiera abierto el grifo y no pudiera cerrarlo.

—Está trabajando, cariño.

—Pero seguro que viene si lo llamo —se empeñó al ver que su madre había esbozado una pequeña sonrisa al oír el nombre del vecino.

—No podría aunque quisiera. —Gala abrió los brazos instando a su hija a sentarse en su regazo—. Tiene muchísimo trabajo en la camisería y no puede faltar.

—Por ti lo haría. Déjame llamarlo...

—No creo que sea buena idea —admitió enternecida por la fe ciega que su hija tenía en Rodrigo—, las cosas ya están bastante tensas con tu hermana... Ya lo veré otro día, cuando todo esté más tranquilo.

—No es justo, mamá, siempre tienes que ceder tú.

—Jimena está pasando una época complicada, hay que entenderla y ayudarla.

—Y ¿quién te ayuda a ti?

* * *

Jimena apartó enfadada la oreja de la puerta del salón. Su hermana era una chivata y una pelota. Aprovechaba que su madre estaba disgustada para pelotearla y hacerla quedar a ella como la mala de la película. Entró en su habitación, abrió la ventana y sacó más de medio cuerpo al patio para poder asomarse a la del comedor. Deseó no haberlo hecho cuando vio que su madre estaba abrazada a Gadea, llorando.

Menuda estupidez. ¡Anda que no eran dramáticas ni nada esas dos! Tampoco había que hacer un mundo por esa discusión. Era una tontería.

Volvió a meterse en el dormitorio y se tumbó boca abajo en la cama, sus lágrimas empapando la almohada.

* * *

—¿Estás dormida? —musitó Jimena entrando en el cuarto de su hermana con la luz apagada para no delatarse.

Ya debería estar dormida, pero no conseguía conciliar el sueño. Estaba muy preocupada porque su madre se había pasado toda la tarde acurrucada en el sofá, sin hablar, pensando en sus cosas, hasta que a las nueve se había levantado para hacer la cena. Pero no había cenado. En lugar de eso había vuelto a sentarse en el sofá para mirar la pared como si estuviera leyendo algo muy importante en ella. Y cuando había pensado que sus hijas se habían dormido había descolgado el teléfono para hablar con Rodrigo.

—No puedo dormir —le contestó Gadea encendiendo la cara del Gusy Luz que dormía en su mesilla desde que era pequeña.

—Yo tampoco...

—¿Estás preocupada por mamá?

—Claro que no —mintió Jimena. No iba a dejar que descubriera que estaba arrepentida por lo que había hecho—. No puedo dormir porque mamá está al teléfono con el paliducho y me ha desvelado. ¡Es una pesada! ¡Lleva toda la noche hablando!

—Sólo lleva diez minutos. Mamá no deja de llorar y está sufriendo, y si Rodrigo no ha subido para estar con ella y animarla es por tu culpa, porque mamá no quiere disgustarte...

—Mamá no está sufriendo.

—Claro que sí, tú la haces sufrir.

—Sólo nos hemos peleado un poco, tampoco tiene que ser tan exagerada.

Gadea miró a su hermana pasmada. ¿Cómo podía decir eso? ¿Es que no se daba cuenta de que su madre estaba hecha polvo?

—¿Sabes qué? Si vas a seguir comportándote como lo estás haciendo, prefiero que te vayas a vivir con papá, a lo mejor así mamá no estaría siempre triste.

Jimena miró a su hermana enfadada y, sin decir palabra, salió del cuarto y se metió en la cama.

Tardó mucho en conseguir dormirse esa noche.

Miércoles, 25 de octubre de 2017

Jimena soltó la mochila y, sin quitarse el abrigo, caminó furiosa hasta la última fila de la clase, donde se sentaba Kini.

—Gracias por ser tan inútil y tan bocazas y cubrirme tan mal —dijo desdeñosa.

—¿A qué viene eso? —La miró receloso a la vez que tapaba la hoja en la que había estado escribiendo.

—¿No lo sabes? Además de inútil y bocazas, también eres idiota. Por tu culpa me han puesto un parte y mi madre me ha castigado sin móvil y sin salir de la plaza toda la semana.

—Y ¿no se te ha ocurrido pensar que a lo mejor ha sido culpa tuya por hacer pellas...?

—Ayer le dijiste al profesor que estaba mala y él llamó a mi madre para confirmarlo. Así que, gracias a tu estupidez, ella se enteró de que hice pellas y me ha caído la del pulpo.

—No la llamaron porque yo la mencionara, sino porque siempre llaman a los padres.

—Y ¿cómo van a llamarlos si no saben si he faltado o no?

—Claro que saben cuándo faltas. —La miró como si fuera tonta.

—¿Cómo? —replicó ella desafiante—. Sólo pasan lista a primera hora, el profe de quinta no puede saber si he faltado o no.

—No seas idiota —resopló él—. El profesor no es ciego, y si ve que falta alguien sin que se lo hayan notificado llama a secretaría.

—Me dijeron que después de primera hora no llamaban... —musitó confundida.

—¿Quién te ha dicho eso?

—David.

—Y ¿lo has creído? —se burló, sus manos todavía sobre el papel, ocultándolo.

—A sus padres no los llaman nunca...

—Claro que los llaman, pero les da igual, lo han dado por perdido —resopló Kini.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo ha dicho mi abuelo. Dio clase aquí y es amigo del director. Cuando lo llamaron para decirle que yo le había mentado a un profesor para encubrir a una alumna, también le comentaron que me estaba juntando con gente conflictiva. Así que, ya ves, también a mí me cayó la del pulpo por intentar cubrirte. Ahora tengo prohibido salir con David, algo que, la verdad, no me importa una mierda porque es un gilipollas que me cae realmente mal.

Jimena bajó la mirada avergonzada.

—No lo sabía, pero al menos a ti no te han castigado sin móvil —comentó cabezona.

—No, mi abuelo es de los que creen en el poder de la cultura y la educación, así que como penitencia tengo que ir a museos con él todos los sábados hasta final de año.

—Ostras, qué putada.

—No te creas, hay museos muy chulos...

—¿Sí? ¿Cuáles?

—No sé..., el de Ciencias Naturales está muy bien —comentó como si no fuera su museo favorito y no se perdiera entre sus colecciones todas las semanas.

—A mí me gusta el del Romanticismo. Es muy bonito.

—Le diré a mi abuelo que me lleve —dijo bajando la mirada. Ahora que no estaban discutiendo le costaba hablar con ella. Se sentía torpe e inseguro.

—Seguro que te gusta.

—Sí —asintió nervioso, tamborileando con los dedos sobre la hoja.

—¿Por qué tapas ese papel?

—No lo tapo...

—¿Ah, no?

Kini negó con la cabeza, y Jimena, rápida como un rayo, se lo arrebató de las manos.

—¡Dámelo! —Miró a su alrededor, horrorizado por si alguien podía verlo.

—No —se burló ella escapando de él para quedarse petrificada al ver que el profesor ya estaba en su mesa y la miraba enfadado.

—Señorita Aguilar, ¿le importaría ocupar su silla?

Ella obedeció y, al sentarse, se volvió con disimulo para mirar a Kini. Él la observaba con los ojos desorbitados, casi se diría que asustado. Le sonrió y sacó los libros a la vez que fingía escuchar al profesor, porque lo que hizo fue colocar el papel sobre el cuaderno y mirar qué narices había escrito que era tan secreto. ¡Seguro que era un dibujo porno!

Se quedó de piedra al ver que era un dibujo, sí, pero de un saltamontes. Aunque aún se quedó más perpleja al ver lo que había escrito bajo el dibujo: cómo era de grande, su color, su olor, las patas que tenía, la descripción de su abdomen... Y lo había escrito dando la vuelta a algunas letras. Las bes, des, pes y las vocales estaban al revés, como si estuvieran reflejadas en un espejo. También había unido palabras formando una o separado una palabra en varias.

¿Acaso no sabía escribir como la gente normal?

Se apresuró a guardar el papel y, en el momento en que sonó la sirena del cambio de clases, se acercó a su pupitre y se lo devolvió.

—Dibujas muy bien —le dijo, sin mencionar lo raro que escribía.

—Qué va, es una mierda —masculló él rompiéndolo en mil pedazos.

Jimena, abatida, intuyó que lo había roto por su culpa. Se dio la vuelta para regresar a su silla, pero no llegó a dar dos pasos antes de regresar junto a él.

—¿Tienes compañero para el trabajo de historia? —le preguntó sabiendo de antemano su respuesta.

Kini negó con la cabeza.

—Genial, pues ahora somos un equipo. Tú dibujarás el mapa de Egipto, las pirámides y todas esas cosas chulas que hay allí, y yo haré los resúmenes.

—Yo no trabajo en equipo —le advirtió él.

—Ahora sí —sentenció Jimena regresando a su sitio, pues acababa de entrar don Saturnino.

—Seguro que no es tan grave, Gala. Siempre te lo tomas todo a la tremenda. No le des tanta importancia. Sólo ha sido una discusión entre madre e hija.

—No, Eduardo, esto tiene mucha importancia. No puedes imaginarte cómo se lanzó contra Gadea... Estaba como loca —comentó Gala preocupada.

Había salido a las cuatro de trabajar para quedar con su exmarido en una cafetería cercana y contarle lo acontecido el día anterior, incluso que Jimena quería irse a vivir con él, algo a lo que Eduardo no había dado la mayor importancia.

—Son cosas de hermanas, tú nunca has tenido una y no sabes lo mucho que discuten.

—Que yo sepa, tú también eres hijo único —replicó Gala molesta.

—Sí, pero tengo un par de primos y los he visto zurrarse a base de bien.

—Algo le pasa, Eduardo. No se centra en el instituto, deja los exámenes a medias, hace pellas y hasta tiene novio —repitió, pues parecía que él no se había enterado la primera vez.

—Yo también hacía pellas y salía con chicas a su edad. Es la adolescencia. Está con las hormonas alborotadas. Ya se le pasará.

—No sé para qué me he molestado en contártelo —masculló enfadada levantándose de la mesa—. Sigues siendo el mismo Peter Pan de siempre.

—Vamos, Gala, no te enfades —dijo abrazándola—. Hablaré con Jimena esta tarde, te lo prometo, tal vez pueda sonsacarle algo...

—Suéltame ahora mismo o te convierto en eunuco —susurró ella al sentir que se pegaba más de lo necesario a su culo.

—Gatita, sigues igual de enfadona —murmuró divertido antes de apartarse.

—¿Y Angélica? ¿Por qué no ha venido?

—Nos estamos dando un tiempo. Son muchos meses juntos y la relación ya pesa.

—O sea, que te ha pillado poniéndole los cuernos y te ha dejado.

—Más o menos —confesó frunciendo el ceño. Era un coñazo que lo conociera tan bien.

—No cambiarás nunca, Eduardo.

—Tal vez lo intentara si me dieras otra oportunidad —propuso acariciándole el pelo.

—¿Tengo pinta de masoquista? —replicó yendo hacia la puerta para alejarse de él.

«No, princesa, tienes pinta de valquiria», se dijo Eduardo mientras la observaba salir del bar.

Ese año, Gala había florecido. Siempre había sido guapa, pero ahora su mirada tenía un brillo especial que la convertía en una joya única. Y él quería disfrutarla de

nuevo.

* * *

—No sé para qué se ha molestado papá en venir tan pronto, mamá lo ha pillado por banda y no lo deja irse. —Jimena miró inquieta la cafetería en la que estaban sus padres. Llevaban un buen rato allí, hablando sin parar, mientras ella y Gadea esperaban en el banco a que acabaran.

—Quizá ha venido tan pronto porque mamá quería hablar con él —apuntó Gadea.

—Y ¿para qué iba a querer hablar con él? —masculló Jimena nerviosa. Su madre jamás quería hablar con su padre. ¿Por qué ese día sí?

—No sé... ¿Tal vez para contarle que has hecho pellas? —aventuró Gadea sarcástica.

—A papá eso no le importa. Y, además, no fueron pellas, sólo falté una clase —replicó enfadada—. Mira, ya salen...

Se levantó para ir hacia ellos, y en ese momento Anuja y Malena salieron del portal y, al verla, echaron a correr hacia ella, sus caras tan pálidas como la leche.

—¡Jimena! Ven un momento con nosotras... —le pidió nerviosa Anuja.

—No puedo, mis padres ya han salido y tengo que irme...

—Jimena, por favor, ven con nosotras, es muy importante —insistió Malena apretando el móvil contra su pecho.

—Está bien... Dile a papá que no tardo nada —le pidió a su hermana, quien la miraba intrigada por tanta urgencia.

Anuja miró agobiada a su alrededor, hasta que sus ojos se quedaron fijos en la escalera de la capilla del Obispo.

—Las puertas están abiertas, podemos colarnos en el claustro. Allí nadie nos molestará ni verá lo que estamos haciendo —señaló agarrando a Jimena y yendo apresurada hacia allí.

* * *

—¿Dónde está tu hermana? —le preguntó Eduardo a Gadea al ver que Jimena tardaba en llegar.

—No lo sé, ha ido con sus amigas y me ha dicho que volvía enseguida.

—Eso has dicho hace un cuarto de hora y aún no ha vuelto. Anda, ve a buscarla.

La niña se bajó del coche desganada y fue hacia la capilla, aunque se detuvo al ver que su hermana salía de allí con la cara blanca como el papel y los ojos rojos e hinchados.

—¿Qué te ha pasado, Jime? —le preguntó preocupada.

—Y ¿a ti qué coño te importa, niñata? —le espetó empujándola para apartarla de su camino.

Anduvo con la cabeza baja por la plaza y cruzó la calzada para ir al coche antes de que su madre, que estaba muy ocupada hablando con su padre, pudiera verla.

—Jimena... —la llamó Gala al ver que se metía en el coche sin despedirse.

La niña se apresuró a cerrar la puerta y ladear la cabeza zafándose de su mirada.

—Parece que sigue enfadada contigo —dijo Eduardo—. Hablaré con ella, te lo prometo.

—Ojalá te haga caso —respondió Gala—. No llegues más tarde de las nueve y media.

—¿Seguís viendo la serie esa, *Besos robados*?

—Ya se terminó, pero, aun así, las nueve y media es una hora estupenda para cenar y acostarse.

—No seas gruñona, te las devolveré a esa hora —aceptó risueño antes de robarle un pico.

—¡Eduardo! —protestó ella, y él respondió con guiño ladino antes de entrar en el coche.

Gala esperó hasta perderlos de vista y subió a su casa. Una vez allí, se quitó los zapatos y comenzó a desnudarse. Lo único que deseaba en ese momento era darse un baño caliente que le permitiera olvidarse de todo durante un par de horas, si es que eso era posible.

Estaba a punto de deshacerse de la ropa interior cuando sonó el timbre. Se puso el albornoz y se dirigió a la puerta, segura de que sus hijas habían olvidado algo.

—¿Qué haces aquí?

—Menudo recibimiento —murmuró Rodrigo recorriéndola con una mirada tan intensa que Gala sintió que se le erizaba la piel—. No sé si eres consciente de que llevo más de diez días de celibato forzoso. Doscientas cuarenta dolorosas horas en las que he sufrido la desesperación más absoluta y el deseo más infame por tocarte. No puedes abrirme la puerta vestida sólo con un albornoz y esperar que me comporte como un caballero.

—Hoy no quiero un caballero —afirmó Gala con voz ronca. Se abrió el albornoz y dejó que resbalara por sus hombros hasta caer al suelo.

—Dios santo, Gala —jadeó Rodrigo incapaz de contenerse ante su satinada desnudez.

Entró en la casa, cerró la puerta de un golpe seco y la envolvió entre sus brazos. Sus bocas se unieron, sus lenguas chocaron y sus manos buscaron los rincones sagrados de sus cuerpos mientras daban tumbos por el pasillo. Dejó las gafas sobre el aparador de la entrada, el abrigo cayó al suelo junto a la puerta del baño, la chaqueta y la corbata frente a la cocina, y algunos botones de la camisa saltaron al comedor cuando fueron arrancados por la impaciencia de Gala. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que no podrían llegar a la habitación y decidieron entrar allí. Él la sentó

sobre la mesa en la que cenaban y le quitó las bragas para, acto seguido, deshacerse del sujetador. Luego dio un paso atrás, admirándola.

—¿A qué esperas? —Gala deslizó las manos sobre sus pechos, alzándolos para él. Y Rodrigo no dudó en aceptar semejante manjar.

Devoró los senos que ella le ofrendaba y, cuando la sintió enloquecer bajo sus caricias, resbaló despacio por su cuerpo hasta arrodillarse en el suelo y encajar la cabeza entre sus muslos. Lamió goloso el néctar salado que humedecía su sexo mientras ahondaba con los dedos en su interior, buscando ese lugar que la hacía gritar. Los curvó, encontrándolo, y ella apretó los muslos contra sus orejas a la vez que arqueaba la espalda en un grito silencioso.

Rodrigo sacó los dedos y la sujetó por las caderas, obligándola a posar de nuevo el trasero en la mesa.

—Doscientas cuarenta horas, Gala..., no te voy a dejar acabar tan pronto —le advirtió.

Y cumplió su palabra. La torturó durante interminables minutos, llevándola a la cima para detenerse antes de dejarla alcanzar el éxtasis. Cada vez un poco más cerca, hasta que por fin permitió que estallara en su boca. Y mientras ella temblaba presa de los estertores del violento orgasmo, Rodrigo se quitó los zapatos, los pantalones y el eslip, y la penetró haciéndola volar de nuevo.

En esta ocasión, él voló con ella.

* * *

—Me estoy haciendo mayor para esto —musitó Rodrigo sin aliento mientras avanzaba por el pasillo con ella en brazos.

—Déjame en el suelo, tengo piernas —le pidió divertida, pues siempre se quejaba de lo mismo y jamás la soltaba.

—Sí, y muy hermosas además —afirmó él entrando en el dormitorio para depositarla con cuidado en la cama.

Luego se quitó la camisa y los calcetines, que eran las únicas prendas que todavía llevaba, y se tumbó junto a ella.

—Pensaba que tenías mucho trabajo —musitó Gala acurrucándose contra él, sus dedos dibujando corazones en el pálido pecho de su amante.

—Por lo que se ve, no el suficiente para mantenerme alejado de ti.

—Hablo en serio, Rodrigo.

—Yo también. Doscientas cuarenta horas separados son muchas horas...

—Normalmente estamos más horas separados y nunca has faltado al trabajo para estar conmigo —comentó. Sabía que él estaba desbordado y que faltar esa tarde lo retrasaría aún más.

—Supongo que me he dado cuenta de que, como soy el jefe, puedo cerrar sin temor a ser despedido —dijo besándole los párpados.

—¿Tan mal me viste ayer? —susurró ella acariciándole la cara.

Rodrigo cerró los ojos y posó una mano sobre la de ella.

—Me paraste el corazón con tus lágrimas, Gala. Y me lo arrancaste del pecho cuando no me dejaste estar a tu lado —manifestó dolido—. Me desagarras el alma cada vez que me obligas a mantenerme al margen como si fuera un extraño.

—No podía dejarte subir, Rodrigo. No podía arriesgarme a que Jimena te viera y...

—¿Montara en cólera y te amenazara con irse a vivir con su padre? —terminó él la frase—. ¿O quizá temías que atacara a su hermana? Tal vez si sigues cediendo a sus retos consigas que ella acabe por imponerte sus normas —ironizó.

Gala cerró los ojos al oír su reproche.

—Es complicado, Rodrigo. Tú no puedes entenderlo...

—Porque no tengo hijos, lo sé —finalizó él abandonando la cama—. Ésta es una vieja discusión en la que ninguno va a ceder y que ninguno va a ganar. Propongo que la pospongamos para otro momento más adecuado, que será... nunca. ¿Te apetece una copa de vino? Creo que ésta es una buena ocasión para abrir el Calvario —dijo refiriéndose a la última botella que habían comprado.

—Vuelve a la cama, Rodrigo.

—Ahora mismo, bella dama. Dame sólo un segundo para que descorche la botella y traiga las copas —dijo saliendo del dormitorio.

Pero Gala supo que no se iba para traer el vino, sino para estar solo y calmarse.

Saltó de la cama y fue tras él.

—Rodrigo... —musitó al verlo inclinado sobre la mesa del comedor, los puños apoyados en ella como si quisiera atravesarla.

Él tomó una gran bocanada de aire antes de erguirse y hundir el sacacorchos en el tapón de la botella.

—¿Has hablado con tu exmarido del tema? —preguntó mientras la abría.

—Sí. No le ha dado importancia, cree que son sólo cosas de adolescentes...

—¡Qué maravilla! —exclamó socarrón vertiendo el vino en las copas.

Las tomó en una mano y, rodeando con la otra la cintura de Gala, la guió al dormitorio.

—No sé qué hacer, Rodrigo —admitió ella cuando volvieron a la cama—. Tal vez debería prohibirle salir con ese chaval... He estado hablando con el Ogro y, por lo visto, es una buena pieza, tanto que le ha prohibido a su nieto que se junte con él.

—No lo sé, Gala. Kini no está enamorado del chaval —repuso burlón, aunque su mirada sería desmentía la ligereza con la que hablaba—. Y, conociendo a Jimena, si le prohíbes algo, será lo mismo que incitarla para que lo haga más a propósito.

—Es todo tan complicado...

—Pero merece la pena —dijo Rodrigo alzando la copa en un brindis.

—¿De veras lo crees? —replicó Gala mordaz, pues él siempre decía que no le gustaban los niños..., aunque se comportaba como si sí le gustaran.

—¿Pasar miles de noches sin dormir, no poder hacer el amor cuando quieres, que te den algún disgusto que otro con los chicos y que te tengan esclavizada desde que nacen a cambio de sus besos de buenas noches, sus abrazos, sus miradas cómplices y sus caritas risueñas cuando sonríen? Claro que merece la pena, Gala. No lo pongo en duda ni por un instante —musitó besándola.

Ella lo miró sorprendida por su afirmación, contenía una sensibilidad que nunca habría esperado de un hombre que no quería tener hijos.

—¿Por qué te operaste, Rodrigo?

—Ya te lo dije: en su momento no me pareció buena idea tener hijos.

—Sin embargo, adoras a Gadea... Y te comportas como un padre con ella.

—Nada me garantizaba que si tenía alguna hija fuera como Gadea. Podría haber salido como yo y eso habría sido un desastre, así que no creo que mi elección fuera equivocada —bromeó, pero Gala captó el mensaje oculto en sus palabras.

—A mí me habría encantado tener un niño albino, como tú.

—A ti sí —repuso Rodrigo antes de darle un beso con el que le suplicaba que lo dejara estar—. ¿Quieres oír algo gracioso?

—Claro.

—El señor Alekseev quiere que le consiga corbatas y pañuelos.

—Y ¿qué tiene eso de gracioso? Tú ya vendes corbatas, ¿no?

—No. Yo vendo camisas.

—¿Sólo camisas?

—Sí, sólo camisas. Tengo una camisería artesanal en la que creo camisas a medida y, por tanto, sólo vendo camisas —afirmó puntilloso.

Llevaba toda la semana discutiendo sobre ese tema con Amalia y Rosalía, y lo último que se le había pasado por la cabeza era que Gala pudiera pensar como ellas. Porque eso, simplemente, era imposible.

—Pensé que también trabajabas con todo lo relacionado con las camisas.

—Dispongo de corbatas para probar con los diferentes cuellos, pero no están a la venta.

—Pues deberían. Si los clientes te compran camisas, lo más normal es que les ofrezcas productos relacionados con éstas. Corbatas, tirantes, pañuelos, cinturones, botones, gemelos, alfileres...

—Ya les ofrezco gemelos y botones.

—Pues ya sabes qué es lo siguiente.

—¿Te has parado a pensar en el tipo de complementos que pueden reclamarme mis clientes dado lo estafalario de sus gustos?

—Unos muy coloridos.

—Eso, por descontado... Creo que voy a darme a la bebida —auguró acabándose la copa.

—No te hagas el mártir, *Rodriguín*, sé que te lo pasas bomba eligiendo telas.

—No te voy a negar que supone todo un reto. Y, por favor, no me llames así.

—A Eva, Cruz y Vicenta se lo permites.

—Porque no me queda otro remedio; si los asesino, podrías enfadarte.

—Eso no lo dudes. ¿Por qué tanto reparo en vender algo que no sean camisas? Y no me digas que porque no quieres mancillar el buen nombre de tu camisería, porque tienes más clientes que nunca, y hasta los más críticos acuden a curiosear y acaban comprando.

Rodrigo lo pensó un momento antes de contestar.

—Desde que tengo memoria he deseado ser camisero. Mi oficio me llena por completo, me satisface hasta un punto que no puedo explicar. Hasta hace un año era todo mi mundo. —Fijó la mirada en Gala, diciéndole sin palabras que ahora su mundo era ella—. He estado al borde de la quiebra y no he dejado de confeccionar camisas. Me he adaptado a nuevos clientes y tendencias, he aprendido a abrir la mente y a tener criterios menos estrictos, he aceptado perder batallas contra el mal gusto para tratar de ganar guerras que aún estoy luchando, y nunca he dejado de coser. Sin embargo, ahora tengo tanto trabajo que paso la mitad del tiempo atendiendo clientes, buscando tejidos y negociando con proveedores. No quiero perder más horas en vender tirantes, corbatas y cinturones. Quiero coser.

—¿Por qué no buscas a alguien que te ayude?

—Ya lo hago, pero el trabajo artesanal está en extinción y no consigo encontrar ninguna cosedora adecuada a mis necesidades.

—¿Y un dependiente? Alguien que atienda a los clientes y te libere un poco del trabajo.

—Un dependiente que se precie tiene que saber de tejidos, de hechuras, de patrones, puntadas, bordados y cortes... Tiene que saber confeccionar una camisa y sentir pasión por su oficio, o no será capaz de transmitir y aconsejar al cliente. Así que volvemos al principio.

—Eres muy exigente, Rodrigo —resopló ella.

—Y por eso siempre gozo de lo mejor —afirmó él devorándola con la mirada.

Gala se recostó con languidez contra el cabecero y se llevó el vino a los labios.

—Este Calvario es una delicia —musitó haciendo resbalar el pie de la copa por su vientre.

—Delicia sería beberlo sobre tu piel...

—Si crees que me lo voy a echar encima para que puedas llevar a cabo tu fantasía, vas listo —replicó burlona—. No sabes lo difícil que es quitar las manchas de vino de las sábanas.

—Tal vez sólo requiera de un poco de cuidado por mi parte...

Le quitó la copa de la mano para dejarla sobre la mesilla y se bajó de la cama observándola con los ojos entornados.

Gala arqueó una ceja, intrigada por su inmovilidad. El amante tímido de los primeros meses había devenido en un hombre seguro y osado que no dudaba en proponerle juegos de lo más audaces. Y cuando la miraba así era porque algo tramaba. Algo muy excitante.

Rodrigo sonrió lascivo y, sin esperar más, giró a Gala hasta colocarla con la cabeza a los pies de la cama. O, más exactamente, con la cabeza colgando a los pies de la cama.

—No te muevas —le ordenó cuando intentó recular para apoyarla en el colchón.

—Pero la cabeza me cuelga. Me voy a marear...

—Ésa es la idea, un ligero vértigo puede ser muy excitante —murmuró Rodrigo tomando la copa de vino. Metió un dedo y, al sacarlo, dejó que goteara sobre los pezones de Gala.

—Si manchas las sábanas, te castro... —le advirtió ella.

—No te equivoques, Gala, te voy a proporcionar tal placer que las sábanas será lo último en lo que pienses.

—Menos charla y más trabajar... —lo instó ella, haciéndolo sonreír.

Y a eso se dedicó, a trabajar. Y puso mucho ahínco, por cierto.

Volvió a meter el dedo en la copa y pintó con vino los labios entreabiertos de ella. Los saboreó emborrachándola de pasión y se apartó dejándola anhelante. Un instante después, tibias gotas cayeron en el hueco entre las clavículas y, dada la posición en la que ella estaba, resbalaron hacia su garganta, donde él las limpió con la lengua. Trazó un sendero de lágrimas granates sobre su vientre que fue secando beso a beso y, al llegar al ombligo, ignoró la impaciencia que hacía temblar las caderas de su amante y se dedicó a llenarlo gota a gota para beber de él.

—No sé adónde ir ahora —musitó dibujando círculos con el dedo alrededor del ombligo.

—Creo que sería interesante que siguieras bajando —apuntó Gala con voz gutural.

—Yo, en cambio, opino que si bajo es muy probable que acabe manchando las sábanas..., y no es eso lo que queremos, ¿verdad?

Metió el dedo en la copa y, cuando lo sacó, dejó que goteara sobre la fruncida punta de uno de sus pechos. La humedeció a conciencia y la chupó sediento, hasta que una jadeante Gala alzó las caderas, buscándolo. Y él, como el caballero que era, dejó la copa en la mesilla y le metió la mano entre los muslos para complacerla. Aunque lo que en realidad hizo fue torturarla.

Acarició con inusitada dulzura su sexo, los dedos rozándolo apenas mientras su boca resbalaba por su cuerpo hasta separarse de su piel al llegar al monte de Venus. Se apartó y volvió a tomar la copa.

—Deja el vino en paz y fóllame —le exigió Gala levantando la cabeza, aunque no tardó en dejarla caer de nuevo cuando todo pareció girar a su alrededor.

—¿Vértigo?

—Un poco... —gimió Gala sintiéndose eróticamente mareada.

—Perfecto —murmuró él.

Vertió un poco de vino sobre su pubis depilado y lo lamió goloso, aplicándose para no desperdiciar ni una sola gota. Luego observó con ojo crítico la copa de vino, quedaba apenas un sorbo, así que la dejó en la mesilla para poder colocar a Gala a su antojo. Dobló la almohada en dos y la puso bajo sus caderas, alzándoselas. Después le hizo doblar las piernas y se las levantó.

—Agárrate los tobillos —ordenó con voz ronca. Gala no dudó en obedecer—. Perfecto.

Observó excitado el sexo expuesto de su mujer y colocó la mano plana sobre él.

Gala se tensó al sentir el roce. Era demasiado suave, demasiado delicado, necesitaba más, mucho más. Su sexo palpitante se contraía suplicando ser llenado mientras que él se limitaba a dejar la mano inmóvil.

Rodrigo esperó un instante, prolongando el tormento, y luego tomó la copa y la vació sobre la vulva de Gala, haciéndola estremecer. Le abrió los labios vaginales y degustó lujurioso cada gota de vino mezclada con la esencia única de su amada. Mordió y chupó los pliegues y, cuando la sintió temblar, enterró dos dedos en ella y los curvó, haciéndola gritar. Trabajó su placer a la vez que jugaba con el clítoris con labios y lengua.

Y Gala sólo pudo gemir y jadear mientras todo le daba vueltas y el orgasmo tomaba el control de su cuerpo. Oleadas de placer estallaron en su vientre expandiéndose incontroladas al ritmo que imponía la lengua de su amante.

Rodrigo la acompañó en cada estremecimiento y, cuando la sintió relajarse bajo sus labios, la atrajo hacia sí hasta que su cabeza volvió a reposar sobre el colchón.

—¿Estás bien? —susurró mirándola con atención.

—Mejor que bien, pero me siento vacía... —contestó Gala deslizado una mano sobre la gruesa erección de él.

—Eso no puede consentirse —gimió cuando ella lo acarició. Pero no se movió.

—Y ¿a qué esperas? —inquirió Gala fijando sus preciosos ojos grises en él.

—A verme reflejado en tu mirada —murmuró penetrándola.

Ella sonrió, sus ojos centrados en él, aunque no tardó mucho en cerrarlos dominada de nuevo por el placer. Tampoco Rodrigo resistió mucho tiempo antes de abandonarse al delirio en un intenso orgasmo.

* * *

—Deberíamos vestirnos e ir ventilando el dormitorio —señaló Gala tiempo después.

—¿Qué hora es? —preguntó Rodrigo mientras sus dedos transitaban perezosos por el cuerpo femenino. Hacía diez días que no la tenía en sus brazos y no quería separarse de ella tan pronto.

—Poco más de las ocho.

—En el supuesto de que tu ex sea puntual, que nunca lo es, aún falta una hora y media para que haga acto de presencia —apuntó acurrucándola contra su cuerpo.

—Pero tenemos que recoger toda la ropa... y yo ni siquiera sé dónde están mis bragas.

—En el salón. Las tengo controladas —informó Rodrigo frotándose contra ella.

—Está bien, diez minutos más —claudicó Gala, aunque supo que iban a ser más cuando él coló la mano entre sus muslos—. ¿No se supone que los hombres de tu edad no pueden cumplir más de una vez por semana? —dijo al sentirlo engrosarse contra su trasero.

—Calla, bruja, no vaya a ser que atraigas al mal fario —musitó él fingiéndose espantado.

Y ella calló, pero no porque se plegara a sus órdenes, sino porque él encontró ese lugar especial entre sus piernas y la dejó sin aliento. Lo masajeó poniéndola a punto y, cuando estaba punto de penetrarla, sonó el telefonillo.

—¿Estás esperando a alguien? —inquirió Rodrigo molesto.

—No...

—Entonces no le hagas caso —concluyó besándole el cuello.

—No puedo concentrarme con tanto escándalo —masculló Gala apartándole la mano y saltando de la cama al ver que el telefonillo sonaba insistente.

—Si es alguno de tus amigos, voy a matarlo lentamente —masculló frustrado.

—Prefiero que lo hagas rápido, al fin y al cabo, les tengo cierto aprecio —replicó ella.

Rodrigo sonrió tendiéndose de espaldas en la cama. Se lamió los dedos con los que la había tocado y comenzó a masturbarse despacio. No era cuestión de dejar desatendida su erección.

* * *

—¡No podéis subir ahora! —gritó Gala al contestar el telefonillo.

—¡No! No podéis. ¡Pues porque no! —gritó Gala al telefonillo—. No se te ocurra abrir la puerta, Jimena —jadeó antes de exhalar un grito frustrado y estampar el auricular contra la pared. Luego miró nerviosa a Rodrigo, que acababa de llegar junto a ella—. Eduardo y mis hijas están en el portal, Jimena acaba de abrir la puerta y yo he perdido las bragas en el salón... —gimió.

Rodrigo asintió, echó la cadena de la puerta y salió corriendo al salón.

—¿Qué haces? —jadeó Gala perpleja al verlo gatear desnudo bajo la mesa.

—Elimino las pruebas incriminatorias —explicó enseñándole las bragas que acababa de recuperar—. No es que piense que no estás preciosa, pero creo que deberías vestirte —apuntó recogiendo su pantalón, que había ido a caer sobre el sillón; el eslip estaba un poco más lejos, junto al mueble.

—Pero ya están subiendo, tú estás desnudo y tu ropa está esparcida por toda la casa.

—He puesto la cadena y no podrán entrar hasta que les abras, así que tendré tiempo de sobra para vestirme —dijo Rodrigo—. Ve al dormitorio, abre la ventana y vístete. ¡Rápido!

Gala giró sobre sus talones y echó a correr mientras oía las voces de sus hijas en el rellano. Entró en el dormitorio en el mismo momento en que llamaron a la puerta.

—¡Ya voy, un momento! —gritó a la vez que abría la ventana para disipar el olor a sexo.

Y, mientras el timbre sonaba con feroz insistencia, abrió el armario y se puso el primer vestido que encontró. Se quedó asombrada al cerrar las puertas y verse en el espejo. Ya no era Gala, sino una hembra salvajemente hermosa que tenía el pelo alborotado, los labios hinchados por los besos recibidos y los pezones erizados por el frío que se colaba por la ventana abierta. Parecía recién salida de un maratón de sexo.

En el pasillo, oyó con claridad que la puerta se abría y era detenida por la cadena.

—Estás preciosa. —Rodrigo entró en el dormitorio con un montón de ropa entre las manos—. Ve a abrir antes de que tiren la puerta abajo —le dijo comenzando a vestirse.

—Voy, pero... Rodrigo —reclamó su atención sin importarle las voces que la llamaban en el rellano—, no salgas de aquí.

Él se quedó inmóvil, la camisa colgando de sus brazos.

—No puedes pedirme eso —musitó mirándola dolido.

—No quiero que Jimena intuya lo que hemos estado haciendo...

—Y ¿qué pretendes que haga? ¿Me escondo debajo de la cama para que no me vean? Aunque, si me das a elegir, prefiero ocultarme en el armario; al fin y al cabo, ahí es donde se esconden los amantes en los cómics.

—Rodrigo, por favor, quédate aquí —suplicó.

—No puedo con esto, Gala, de verdad que no puedo —masculló él antes de obligarse a sonreír—. Está bien, pero no pienso esconderme debajo de la cama...

* * *

—Vete si quieres, papá. Mamá ya no tardará en abrir, no hace falta que pierdas el tiempo aquí —dijo Gadea nerviosa mientras su padre llamaba al timbre sin parar y Jimena miraba con suspicacia la cadena que mantenía la puerta cerrada.

—No digas tonterías, Gadea, no voy a dejaros solas en el descansillo —replicó Eduardo preocupado por la tardanza de Gala. Su mujer no tenía por costumbre tener a sus hijas esperando en la escalera—. Además, quiero ver a vuestra madre y charlar un rato con ella.

—No creo que sea necesario.

—Sí que lo es. —Había hablado con Jimena y ella le había prometido que no volvería a hacer pellas y que el chico no era su novio, y quería transmitírselo a su ex para que se quedara tranquila—. Vamos, cielo, nos estamos quedando helados. ¿Qué coño estás haciendo que no puedes abrir?

—Estaba... secándome el pelo —dijo Gala abriéndoles por fin.

Eduardo se quedó mudo al verla. Y no particularmente por el diminuto vestido negro de tirantes que llevaba, sino por todo el conjunto en general. Era su pelo alborotado, su boca hinchada, sus ojos brillantes y su piel luminosa y sonrosada. Si no la conociera, pensaría que acababa de ser muy bien follada.

—Te has anticipado un poco, ¿no crees? —masculló abriendo la puerta.

—Hacía frío en la calle y estábamos aburridos de dar vueltas —se justificó él entrando con las niñas—. Estoy muerto de sed. ¿Por qué no abrimos algún vino de esos caros que tanto te gustan? —propuso devorándola—. Jimena, por favor, llévate un par de copas de la vitrina a la cocina y lávalas...

—Mamá siempre tiene las copas de la vitrina limpias —apuntó la niña molesta. ¿Acaso su padre no conocía a su madre?

—Lo sé, pero ve y lávalas, por favor. Y, de paso, corta queso y prepara un plato con un poco de fiambre. Gadea, acompaña a tu hermana y ayúdala.

—Mamá no me deja cortar queso desde que me corté.

—Pues colócalo en el plato —le ordenó Eduardo con impaciencia.

—Vámonos, Gadea, papá quiere quedarse a solas con mamá —resopló Jimena desdeñosa—. ¿Ves, papá?, no es tan complicado, sólo tienes que decirnos que nos vayamos y lo hacemos.

—No veas qué tardecita me ha dado —se lamentó Eduardo cuando se fueron—. Lleva todo el rato gruñendo, quejándose por todo y enfadándose sin motivos.

—¡Sí tenía motivos! —la oyeron gritar desde la cocina.

—¡Tú, a lo tuyo! —la increpó Eduardo también a gritos—. No sé qué le pasa, pero está muy susceptible y rebelde. A todo le da la vuelta y por todo protesta.

—¿Te ha dicho si hay algo que le preocupe?

—He hablado con ella y no suelta prenda. Será cualquier chorrada de críos —comentó encogiéndose de hombros—. Eso sí, he conseguido que me prometa que no va a hacer más pellas —anunció orgulloso por el logro—. Ah, y también me ha asegurado que lo del noviete es una invención de Gadea.

—Y la has creído...

—¿Por qué no iba a hacerlo? Jimena nunca miente.

—Si tú lo dices... Bueno, pues ya me lo has contado, ahora puedes irte —le largó sin disimulo.

Estaba deseando ponerse las bragas, pues se le habían olvidado y ese vestido era demasiado diminuto para ir sin ellas, ¡sólo con agacharse se le verían hasta las amígdalas! De hecho, si Eduardo no se había dado cuenta aún era de puro milagro, porque le quedaba tan ajustado que le marcaba todo. Todo, menos las bragas que no llevaba.

—¿A qué viene tanta prisa, Gala? —preguntó acercándose a ella. Estaba tan sexi que era imposible no desearla—. Estás muy guapa hoy. Tanto, que me dan ganas de comerte.

—Ten cuidado, puedo ser contraproducente para tu salud —le advirtió ella.

—No me importa arriesgar los huevos si con eso consigo besarte.

—Estupendo, esta noche me apetece cenar criadillas picadas.

—Ya hemos hecho todo lo que nos has dicho, papá, ¿podemos volver al comedor o tenemos que seguir disimulando que hacemos algo mientras mamá te amenaza con castrarte? —les llegó la voz enfadada de Jimena desde el pasillo.

—Podéis entrar —masculló Eduardo. Su hija estaba insufrible esa tarde.

Las niñas entraron y, mientras Gadea encendía la tele zapeando en busca de algo interesante, Jimena se agachó a recoger algo que había en el suelo junto al sillón. Lo estudió un instante y luego miró a su madre con los ojos entornados.

—Qué buena pinta tiene todo. —Eduardo señaló el plato que habían dejado en la mesa.

—Lástima que no tengas hambre. Ha sido un placer hablar contigo, pero es muy tarde y todavía tengo que hacer la cena —dijo Gala esperándolo en la puerta del comedor para salir al pasillo cuando fue tras ella.

—Hace un instante has dicho que habíamos llegado demasiado pronto. —La miró con los ojos entornados—. ¿Qué estabas haciendo cuando hemos llegado? ¿Tal vez te entretenías con tus juguetitos? —sugirió con voz ronca pegándose a ella.

—Te estás jugando las pelotas, Eduardo...

—¿Vas a caparme estando nuestras hijas en casa? Qué mal ejemplo les darías —repuso él burlón—. Estoy pensando..., ¿no te apetecería echar un polvo por los viejos

tiempos? Nuestro matrimonio era un desastre, pero debes reconocer que funcionábamos muy bien en la cama.

—Gracias por la oferta, pero prefiero mis juguetitos. No se quejan, jamás se cansan, nunca se quedan blandos y, sobre todo, no me ponen los cuernos.

—*Touché* —gimió llevándose la mano al corazón como si lo hubiera herido de muerte—. Pero seguro que tus juguetitos no son tan buenos con la lengua como yo...

—Lárgate de una vez —le ordenó divertida. Cuando se ponía juguetón era difícil enfadarse con él.

—Lo he intentado, pero, si no quieres, pues no quieres —aceptó risueño yendo hacia la puerta de la calle seguido por Gala, quien no se fiaba de que se marchara sin dar guerra.

Eduardo estaba a punto de abrir cuando vio unas gafas con lentes amarillas en el aparador. Las cogió intrigado, no eran nada femeninas. Se las probó un instante.

—No sabía que veías mal de cerca, Gala —dijo dándoles vueltas entre los dedos—. Ni que tenías tan mal gusto. Son de hombre, querida, deberías... —Se detuvo en mitad de la frase.

Miró las gafas, a su exmujer y después fijó la vista en el otro extremo del pasillo, más exactamente en la puerta cerrada del dormitorio.

—Menuda sorpresa, Gala —musitó—. Del Estirado, supongo.

—No creo que sea de tu incumbencia —repuso ella a la defensiva.

—Desde luego que no. Disfrútalo mucho..., si te dejan —susurró malicioso antes de irse.

Gala inhaló con fuerza y se volvió para ir al dormitorio y acabar de vestirse.

—Voy a cambiarme de ropa y me pongo con la cena, ¿vale? —les informó a sus hijas.

—No olvides ponerte las bragas... —señaló Jimena.

—¿Perdona?

—Que no olvides ponerte las bragas —repitió la niña con despecho—. Y, de paso, ¡devuélvele al paliducho sus botones! —gritó incapaz de gestionar su rabia y tirándole a la cara los botones que había encontrado en el suelo—. ¿No podías esperar para arrancarle la ropa y meterlo en tu cama? Tenías que traerlo a casa hoy, cuando sabías que papá podía subir —le recriminó tan furiosa que temblaba—. ¿Tan necesitada estás? ¡Me das asco!

—Jimena, no le hables así a tu madre —le ordenó Rodrigo entrando en el comedor.

—Rodrigo, no, por favor...

—¡Fuera de mi casa, viejo asqueroso! —bramó la niña empujándolo con todas sus fuerzas—. ¡Te odio! ¡Ojalá te mueras, blancucho cabrón!

—¡Jimena! —Gala la sujetó por la cintura para contenerla—. Rodrigo, por favor, vete —le suplicó antes de ponerse frente a su hija y mirarla preocupada—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué dices esas cosas tan horribles?

—¡Me pasa que el puto Estirado, la mierdosa de Gadea y tú me estáis jodiendo la vida! —Empujó a Gala ciega de rabia.

—No vuelvas a empujar a tu madre ni a insultar a Gadea —le advirtió Rodrigo agarrándola del brazo para apartarla de Gala—. No te permito que las trates así.

—¡Tú no eres nadie para permitirme nada! —gritó histérica golpeándolo en el pecho—. ¿Por qué no te mueres ya? ¡Te odio!

—Jimena, ¡basta! —le ordenó Gala apartando al albino con brusquedad—. Tranquilízate, ¿vale? No te voy a dejar que insultes a tu hermana ni pegues a Rodrigo.

—Claro que no, tú nunca me consientes nada a mí, pero a Gadea la dejas hacer todo lo que le da la gana. Es tu niña mimada, ¡y a mí que me den! Os odio, ¡ojalá no tuviera que volver a veros nunca más! —chilló echando a correr para encerrarse en su cuarto.

Había sido el peor día de toda su vida y su madre era una egoísta que sólo pensaba en el Estirado y no se enteraba de nada. Sólo estaba pendiente de Gadea y a ella la ignoraba sin intentar comprenderla ni ponerse en su lugar. No tenía ni idea de lo que le había ocurrido esa tarde y jamás podría entender por lo que estaba pasando y lo mucho que le dolía.

—Mamá... —murmuró Gadea mirándola asustada.

—No te preocupes, cariño, no pasa nada. —La abrazó para tranquilizarla—. Jimena sólo está un poco nerviosa...

—¿Un poco nerviosa? Por Dios, Gala, ¡abre los ojos! —la increpó Rodrigo.

—¡Los tengo abiertos! —le gritó ella colérica—. Estoy muy alterada y no quiero pagarlo contigo, Rodrigo, así que, por favor, vete a casa y déjanos tranquilas.

Él la miró dolido antes de asentir con brusquedad y marcharse.

—No quiero que se vaya, mamá. —Gadea miró llorosa la puerta por la que él acababa de salir.

—Éste es un asunto nuestro, cariño, Rodrigo no pinta nada aquí.

—Pero yo quiero que pinte y que se quede. Jimena me da miedo —susurró. Su hermana no parecía ella, era como si estuviera poseída por un demonio, como en las películas de terror.

—No digas eso, cariño. Jimena no te va a hacer nada, sólo está un poco... —Se calló, incapaz de repetir lo que le había dicho a Rodrigo. A su hija le pasaba algo más grave que estar un poco nerviosa—. Anda, ponte a ver la tele mientras hablo con tu hermana.

Fue a su habitación, se puso unas bragas y un pijama, y se dirigió al dormitorio de Jimena, del que salía un estruendo atronador, síntoma de que tenía la música a todo volumen.

—Jimena. —Llamó a la puerta. La música sonó aún más alto—. ¡Tenemos que hablar! —gritó para hacerse oír.

Tampoco obtuvo respuesta, así que entró sin esperar más. Atravesó la habitación seguida por la furiosa mirada de su hija y arrancó el cable del ordenador, pues al estar castigada sin móvil la música la ponía a través de ese aparato.

—¡Estás loca! ¡Si haces eso te lo puedes cargar! —se quejó la niña a voces saltando de la cama.

—No vuelvas a llamarme loca. Es más, no vuelvas a insultarme, ni a mí, ni a tu hermana ni a Rodrigo ni a nadie. No quiero oír más palabrotas en tu boca. ¿Entendido?

—¿Prefieres que me meta otras cosas como haces tú?

—No te consiento que me hables así —la increpó furiosa, el color abandonando su cara. ¿De dónde había sacado su hija esas ideas tan horribles? ¡Sólo tenía trece años!

—¡Tú siempre haces lo que te da la gana sin pensar nunca en mí, así que yo puedo hablarte como me dé la gana! —gritó fuera de sí.

—¿Qué es lo que hago que no pienso en ti? —le preguntó Gala al vuelo, agarrándose a un clavo ardiendo. Si averiguaba en qué creía Jimena que le había fallado, tal vez podrían resolver sus problemas.

—¡Todo! ¡Jamás piensas en mí!

—Dame un ejemplo. ¿Qué es lo que te molesta más?

—Todo me molesta más. ¡Quieres a Gadea más que a mí!

—Eso es mentira.

—Siempre te pones de su lado cuando discutimos.

—Porque normalmente tú la insultas y la atacas.

—¡Porque es una chivata que no sabe tener la boca cerrada! ¡No me soporta y siempre está buscando la manera de dejarme mal delante de ti! ¡Ojalá no hubiera nacido!

—¿Cómo puedes decir eso? Gadea te adora —afirmó Gala asustada por la intensidad del dolor de su hija.

—Pues yo no la quiero. Por su culpa no somos una familia. Si no fuera por ella y por su obsesión con Rodrigo, estarías otra vez con papá.

—No, Jimena, ni Rodrigo ni Gadea tienen nada que ver con que papá y yo estemos separados. Somos incompatibles, no podemos estar juntos.

—Pero sí que eres compatible con ese estirado de mierda y por eso lo metes en casa cuando no estamos para hacerlo con él. ¡No eres más que una puta! —escupió venenosa.

Gala dio un respingo y, sin pensar en lo que hacía, le dio un bofetón a Jimena.

—No vuelvas a decir algo así —le advirtió con los dientes tan apretados que apenas podía vocalizar.

—¡Te odio! ¡Ojalá te mueras! ¡No quiero vivir más contigo! Me voy a escapar de casa para irme a vivir con papá. ¡Y me da igual lo que diga el juez y la custodia y todo, no quiero vivir más contigo! —bramó furiosa. No le importaba lo que decía, las

palabras que abandonaban sus labios. Sólo quería hacer daño a su madre. Que sufriera tanto como estaba sufriendo ella. Que le doliera y que fuera tan infeliz como ella.

Rodrigo soltó el libro que no conseguía leer y corrió hacia la puerta al oír el timbre, que no dejó de sonar mientras atravesaba el pasillo.

—Jimena le ha dicho a mamá que es una puta y que ojalá se muera —sollozó Gadea lanzándose a sus brazos—. Y mamá le ha pegado una torta y Jimena ha dicho que por mi culpa papá y mamá no están juntos, y eso es verdad, porque yo no quiero que estén casados, y Jimena quiere que todos nos muramos, pero yo no quiero que se muera nadie y me da miedo porque gritan y gritan y ya no se quieren y Jimena nos odia y dice que se va a escapar de casa y que no me quiere... Pero yo la quiero mucho y no quiero que se vaya, pero me enfadé ayer y le dije que quería que se fuera y ahora a lo mejor quiere irse por mi culpa...

—Tranquila —dijo Rodrigo cogiéndola en brazos para hacerla entrar en casa.

Cerró la puerta y, sin dejar de susurrarle palabras tranquilizadoras, la llevó al comedor, donde se sentó con ella en el regazo.

—No pasa nada...

—Sí pasa, tú no las has oído..., ya no se quieren. Y Jimena dice cosas horribles y...

—A veces las personas nos enfadamos mucho y nos gritamos cosas muy feas, pero eso no significa que deseemos de verdad lo que estamos diciendo. De hecho, suele ser al contrario, cuanto más alto y furioso dices algo, menos de verdad lo dices —le explicó acariciándole el pelo.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche?

—No, lo siento. Tienes que dormir en tu casa, con tu madre. Pero si quieres puedes quedarte un rato —le propuso sin querer interferir demasiado en la familia de Gala. Ella le había dejado bien claro esa noche que no pintaba nada en ella.

—Mamá se va a enfadar mucho conmigo porque no le he dicho que bajaba...

—No te preocupes, ahora la llamo y le digo que estás aquí.

—Y ¿después subirás conmigo a casa? Así puedes ver a mamá y comprobar si está bien... —musitó preocupada.

—Subiré contigo a casa, Gadea, pero no sé si entraré. No quiero que mi presencia sea motivo de tensión entre tu hermana y tu madre. Lo entiendes, ¿verdad?

—Pues no, pero bueno —contestó la niña encogiéndose de hombros para, acto seguido, abrazarse a él y recostar la cabeza contra su pecho.

Y Rodrigo, sin saber bien por qué, se sintió como si le hubieran dado el regalo más preciado.

* * *

—No voy a seguir discutiendo contigo, Jimena. Sólo te pido que pienses en todo lo que me has dicho, porque no creo que hayas sido justa conmigo —dijo Gala saliendo del cuarto.

Un estruendoso portazo rompió el anormal silencio que llenaba la casa cuando su hija cerró la puerta furiosa. Gala la ignoró y siguió caminando hacia el salón, aunque se detuvo cuando oyó el desconsolado sollozo de Jimena. Estuvo a punto de dar media vuelta y regresar con ella, pero se obligó a no hacerlo, porque sabía que si entraba seguirían discutiendo, y, sinceramente, ya no podía más.

Entró en el salón y se sorprendió al no ver a Gadea allí. Estaba a punto de ir a su habitación a buscarla cuando vio que el led de su móvil y el del teléfono fijo parpadeaban indicándole que tenía mensajes por escuchar. Encendió el primero, intuyendo quién podía ser. Vio las llamadas perdidas, todas de Rodrigo, y leyó el whatsapp que le había enviado. Le contestó, también por whatsapp, dándole las gracias y pidiéndole que se quedara con Gadea hasta que lo llamara. Luego le quitó el sonido al móvil y fue al baño. Llenó la bañera con agua ardiendo, encendió un par de velas, apagó la luz y se metió en el agua.

Cerró los ojos. Su hija mayor lloraba desconsolada en su habitación y su hija menor estaba en casa de su amante porque le daba miedo quedarse con ellas. Por supuesto, Rodrigo no le había dicho eso en sus mensajes, pero ella lo intuía; al fin y al cabo, era una madre que conocía a sus hijas. ¿O no?

Los sollozos de Jimena se fueron espaciando hasta desaparecer, pero Gala no salió del baño. Se quedó allí hasta que el agua se tornó tan fría que un estremecimiento la recorrió, y, aun así, tardó un buen rato en salir. Cuando lo hizo, tenía una decisión tomada.

Se secó, se puso un pijama y se dirigió al cuarto de su hija.

—Imagino que no has cenado —dijo abriendo la puerta y asomándose.

Jimena negó con la cabeza, los ojos hinchados y la nariz roja como un tomate.

—Se me ha hecho muy tarde, así que voy a hacer unos sándwiches. ¿Alguna preferencia?

—¿Puedo comer un vegetal? —preguntó cabizbaja, consciente de que se había pasado tres pueblos y de que su madre no tenía la culpa de todo lo que había pasado esa tarde, sólo de lo último, que ni de coña era lo más gordo.

—Claro. Voy a hacértelo. —Dio media vuelta para ir a la cocina.

—Mamá..., siento lo que te he dicho.

—Lo sé, yo también —respondió serena antes de salir del cuarto.

Jimena miró a su madre aterrada. No se había acercado a ella para besarla y abrazarla como hacía siempre. ¿Tanto se había enfadado que no quería saber nada de ella?

* * *

—No pasa nada, cariño, mamá y la tata han gritado mucho pero no se han dicho las cosas en serio —aseveró Gala por enésima vez en cinco minutos, que eran justo los que Gadea llevaba abrazándola llorosa—. Anda, ve al comedor con Jimena, estoy segura de que te echa de menos.

Gadea asintió y enfiló hacia allí, donde encontró a su hermana, quien, aunque no le dijo nada con palabras, se lo dijo todo con la mirada. La pequeña sonrió y se sentó a su lado.

—¿Qué ves?

—Nada. Desde que no echan «Besos robados», la tele es un rollo —respondió Jimena pegándose a ella para, como quien no quiere la cosa, abrazarla y darle un beso en la frente.

* * *

—Estaba muy asustada —le comentó Rodrigo en la entrada. Su postura rígida decía a las claras que no iba a adentrarse en la casa.

—Me lo imagino, la discusión se nos fue de las manos —repuso ella apesadumbrada—. Siento haberte tratado como lo he hecho, no estaba en mis cabales —se disculpó Gala—. Pero no siento haberte pedido que te fueras. Sé que te preocupas por nosotras y que nos quieres, sobre todo a Gadea —bromeó—, pero Jimena no está cómoda contigo y tu presencia sólo empeoraba la situación, por eso era mejor que te fueras.

—Lo sé. Aunque, visto lo visto, no sirvió de mucho.

—No sirvió de nada, acabamos gritándonos como dos verduleras y yo le di una bofetada... ¿Te lo ha contado Gadea?

Rodrigo asintió y Gala se llevó la mano a la boca para detener el sollozo que pugnaba por escapar de sus labios.

—Estoy seguro de que te ha dolido más a ti que a ella —aseveró abrazándola.

La sostuvo contra él unos segundos hasta que ella recuperó la compostura y se apartó mirando recelosa la puerta del comedor.

Rodrigo no pudo evitar sentirse dolido por su gesto. Por lo visto, se había convertido en un problema que debía evitar.

—Debo irme, se hace tarde y tus hijas tienen que cenar y acostarse, o mañana Eva se quejará de que están ingobernables —anunció dando un paso atrás.

Gala asintió, quedaban muchas cosas por decir entre ellos, pero era incapaz de decirlas en ese momento. Él esbozó una sonrisa forzada y se marchó dejándola desolada.

Regresó a la cocina y acabó de preparar los sándwiches, pero, en lugar de llevarlos al comedor, se quedó allí, sumida en sus pensamientos. La cabeza baja, los puños apretados sobre la encimera y los labios congelados en un rictus de dolor.

—Mamá... ¿estás bien? —preguntó Gadea asomándose a la cocina.

Jimena estaba tras ella, mirándola atormentada.

—Perfectamente. Llevad los platos a la mesa, yo llevaré los vasos y el agua.

Cenaron en silencio, Gala y Jimena sumidas en sus pensamientos mientras Gadea las miraba preocupada.

—He estado pensando mucho en lo que me has dicho, Jimena —expuso Gala al acabar de cenar, antes de que las niñas llevaran los platos al lavavajillas.

Jimena la miró inquieta, ¿iba a volver con el tema otra vez? ¿No lo habían olvidado ya?

—Esta tarde estaba enfadada y dije cosas que no sentía, ya te he pedido perdón antes —masculló exasperada. ¿Cuántas veces tenía que disculparse para que la dejara tranquila?

—No me refería a lo que me has dicho esta tarde —señaló Gala—, sino a lo que hace tiempo me reclamas. De hecho, llevo unas semanas dándole vueltas a todo lo que me has dicho este año y creo que tienes razón. No puedo obligarte a estar conmigo si no quieres. —La miró a los ojos—. Mañana hablaré con tu padre y con los abuelos y les diré que quieres ir a vivir con ellos, estoy segura de que les encantará saberlo. Tal vez este fin de semana puedas mudarte.

—¿Me estás echando de casa? —inquirió Jimena asombrada.

—No, cariño, nada más lejos de la realidad. Te estoy dando lo que llevas pidiéndome todo el año. Tú quieres vivir con tu padre y yo quiero que seas feliz, así que te doy los medios para serlo —respondió Gala con voz serena.

Jimena miró a su madre petrificada, la respiración congelada en su pecho.

—Genial —masculló obligándose a no llorar—. Me parece estupendo, por fin podré estar con alguien divertido. Estoy deseando largarme con los abuelos. Espero que no te empeñes en que venga a verte los fines de semana alternos como hace papá, porque no me apetece una mierda volver —dijo enfadada antes de levantarse con un fuerte impulso que casi tira la silla al suelo—. Voy a recoger mis cosas para tenerlas preparadas para el sábado y así no tener que volver aquí nunca más.

—Mamá... —gimió Gadea al ver que su hermana salía del comedor para encerrarse en su cuarto—. No puedes mandar a Jimena a casa de los abuelos...

—Claro que sí, cielo, es lo que ella quiere... y le va a venir muy bien. Necesita descansar un poco de mí. —Y alejarse de los chicos de la plaza. Porque si de algo estaba segura era de que sus nuevos amigos, y en especial su novio, si es que lo era, formaban parte del problema—. Vete a la cama, cariño, es muy tarde.

—Pero, mamá...

—No te preocupes, cielo, aunque ahora parezca imposible, todo se va a solucionar —declaró, más para convencerse a sí misma que para convencer a su hija—. Ve a la cama, recojo un poco la cocina y voy a darte el beso de buenas noches.

Gadea asintió con un gesto y se levantó para ir a su cuarto, pero en vez de eso entró en el de su madre y cogió el móvil de su bolso. Lo encendió y buscó un número

en los contactos.

Gala no tardó mucho en recoger y después entró en el dormitorio de Gadea, que la esperaba medio dormida. La arropó y le dio su beso de buenas noches, luego fue a ver a Jimena. Se había dormido de cara a la pared, así que se inclinó con mucho cuidado para darle un beso en la mejilla.

—Te quiero —susurró en voz muy baja para no despertarla a la vez que la arropaba.

Comprobó que las persianas estaban bajadas y, sin saber que en la oscuridad su hija apretaba los labios sintiéndose tremendamente desgraciada, salió al pasillo.

Se detuvo frente a la puerta de su dormitorio, iba a ser incapaz de dormir esa noche, así que siguió andando, una copa de vino la ayudaría a tranquilizarse. Estaba a punto de entrar cuando oyó un roce en la puerta, como si un gato estuviera fuera llamando. Sólo que no había gatos en el edificio.

¿O sí?

Esbozó una esperanzada sonrisa, se dirigió a la entrada y abrió.

—¿Tus padres y tus abuelos son de Madrid?

—Sí, y mis bisabuelos también —respondió Rodrigo, sorprendido por su pregunta.

—Lo que significa que eres un gato madrileño... —dedujo esbozando una gran sonrisa.

—Nunca le había dado mucha importancia a mi ascendencia, pero si llego a saber que te haría sonreír de esa manera, te habría dicho que mis antepasados madrileños se remontaban al Génesis, como poco —dijo contagiándose de su sonrisa.

Gala lo guió al salón y cerró la puerta tras él para gozar de un poco de intimidad.

—Mis hijas acaban de dormirse. —Lo miró suspicaz—. Tienes el don de la oportunidad.

—Yo más bien diría que tengo una espía entre tus filas...

—Te ha llamado Gadea. —Rodrigo asintió, aunque ella no se lo había preguntado—. ¿Te ha contado lo que hemos hablado en la cena? —Él volvió a asentir—. Y ¿qué te parece?

—Creo que haces lo correcto. Cambiar de aires y alejarse de sus nuevos amigos puede venirle muy bien. Además, vivir con sus abuelos durante un tiempo será una buena influencia para ella.

—Su padre la va a malcriar...

—Pero sus abuelos no —replicó Rodrigo—. A ti te ha perdido el respeto, Gala, pero por lo que me cuenta Gadea a ellos todavía no. Tal vez puedan imponerle cierta disciplina...

—Soy una madre horrible que al primer problema se deshace de su hija.

—Eres una madre estupenda con dos hijas maravillosas que está pasando por una época complicada y que hace cualquier sacrificio por hacerlas felices, incluso renunciar a ellas —susurró abrazándola.

—No puedo más, Rodrigo...

Jueves, 26 de octubre de 2017

Calix se asomó a la terraza. Los niños acababan de salir del colegio y jugaban en la plaza; cerca de ellos, los adolescentes charlaban en los bancos y, frente al portal, algunos adultos se reunían para hablar. Miró nostálgico la plaza, le gustaba observar la vida que había en ella. Era muy entretenido y le hacía bastante más compañía que la tele.

Vio a Jimena ir hacia la capilla del Obispo y estuvo tentado de bajar y preguntarle qué tal le iba, pues no la veía desde el martes, pero reprimió las ganas. Parecía ensimismada con sus amigas y no quería molestarla. Además, no podía arriesgarse a bajar aún. Verónica todavía no lo había llamado y no podía irse hasta que lo hiciera.

Cada vez era más complicado calcular cuándo lo haría, porque ahora llevaba más campañas y era más importante en el trabajo y no tenía un horario fijo. Unas veces tardaba dos horas en llamarlo, otras tres, y otras lo hacía a los cincuenta minutos y luego diez minutos después, así que no podía despistarse. Tampoco estar mucho rato en la calle. De hecho, el martes había llegado tarde a casa tras dejar a Jimena en el instituto y se había perdido una llamada. Ella se había asustado pensando que le había pasado algo y, al llegar a casa, le había echado la bronca porque era un niño superficial e irresponsable que no se preocupaba por ella. Y razón no le faltaba, porque Calix sentía que había sido un egoísta insensible al dejarla de lado y acompañar a Jimena al instituto. Podría haberse dado más prisa, pero estaba tan a gusto en la calle, hablando con ella, que se le había ido el santo al cielo y se había olvidado de su novia. Y eso no podía volver a ocurrir.

Se acodó en la barandilla echando de menos estar en la plaza con los vecinos, aunque lo cierto era que no hablaba con nadie cuando bajaba, así que no debería importarle tanto quedarse en casa y observarlos desde lejos.

Suspiró aburrido, y en ese momento sonó el teléfono y sus labios se curvaron en una sonrisa entusiasmada. Estaba deseando hablar con Verónica. Al estar todo el día solo, sus llamadas eran para él lo mismo que el agua para el sediento. Y, como era pronto, tal vez al colgar se animara y bajara un ratito a la calle.

* * *

—¿En serio vas a irte a vivir con tu padre? —preguntó Malena pasmada cuando Jimena se lo contó.

—Eso ha dicho mi madre.

—Y ¿tú quieres? —inquirió Anuja.

—Me da lo mismo. Casi mejor, así no tengo que ver a David nada más que en el insti. —Bajó la cabeza avergonzada.

Estaban en un extremo de la plaza, sentadas en la escalera que subía a la capilla del Obispo y medio ocultas tras sus muros. En la zona pavimentada frente a ellas, Gadea y sus amigas patinaban endemoniadas, poniendo en riesgo su integridad física y la de cualquier persona, animal o cosa que se atreviera a acercarse demasiado. Y, cerca del portal Kini, Josete y los demás jugaban a las cartas sentados en el suelo. Si fuera cualquier otro día, Jimena y sus amigas estarían con ellos, pero esa tarde ella no quería hablar con ningún chico. Se moría de vergüenza sólo de pensar que tal vez a ellos también les hubiera llegado.

—¿Has hablado con David esta mañana? —dijo Xiao, a quien sus amigas ya habían puesto en antecedentes de lo ocurrido la tarde anterior.

—Qué va. Creo que no ha ido a clase, porque no lo he visto en el patio ni en los pasillos.

—¿Qué le vas a decir cuando lo veas?

—No lo sé, lo mismo hago como mi madre y lo amenazo con castrarlo —contestó burlona.

—Pues piénsalo rápido, porque acaba de llegar a la plaza...

Jimena alzó la mirada y palideció de súbito al ver a David caminando hacia ella.

—Hola, Jime, ayer te eché de menos. ¿Te vienes a dar una vuelta? —la invitó con una sonrisa pícaro señalando el jardín del Príncipe de Anglona.

—Paso de ti, gilipollas. Y no quiero que vuelvas a hablarme —dijo cortante.

—Pero ¿qué coño te pasa, tía?

—¿Qué te pasa a ti, cabrón?! —le escupió ella poniéndose en pie—. ¿Por qué lo has hecho?

—Por qué he hecho ¿qué?

—Mi foto, ¿por qué se la has pasado a tus amigos? —le reclamó sintiendo que los ojos le ardían, las lágrimas a punto de desbordarse. Se los limpió furiosa, decidida a no llorar delante de él.

—¿Qué foto? No sé de qué cojones me estás hablando —masculló David, aunque la sonrisa maliciosa que se dibujó en sus labios dejó claro que estaba mintiendo.

—No seas cobarde y reconócelo, capullo —lo desafió Jimena, enrojeciéndose al ver que su discusión llamaba la atención de los chicos, que se levantaron dirigiéndose hacia ellos.

—Tía, estás grillada, ¿no será que te va a bajar la regla y tienes alucinaciones?

—Sabes perfectamente de qué te estoy hablando, David —le increpó cada vez más furiosa. ¡¿Cómo podía tener tanta cara?!—. Has compartido por WhatsApp la foto que me hiciste en el Huerto de las Monjas.

—Ah, sí, la foto de las Monjas... Y ¿eso es lo que te ha sentado tan mal? No me jodas, Jime, que tú de monja tienes bien poco —se burló al ver que tenía público—.

Tienes unas tetas muy bonitas, así que no te preocupes, les han gustado mucho a todos mis amigos...

—Serás hijo de puta... —estalló la niña empujándolo con todas sus fuerzas.

—¡No se te ocurra tocarme, gilipollas, o te parto la cabeza! —le devolvió el empujón.

Sólo que él era mucho más fuerte y Jimena cayó de culo al suelo.

—¡No toques a mi hermana! —gritó un cohete llamado Gadea lanzándose sobre él a tal velocidad que acabaron los dos en el suelo.

David trató de levantarse, pero antes de que pudiera erguirse, ella le asestó un puntapié en la espinilla que lo hizo gritar de dolor. No en vano llevaba patines en lugar de deportivas.

—¡Como vuelvas a empujar a mi tata se lo diré a Rodrigo y a papá, y te matarán!

—Putá cría de mierda. —David le lanzó una patada, pero en lugar de impactar en Gadea lo hizo en Kini, que se había puesto en medio.

—¡Déjalas en paz! —bramó golpeándolo, aunque apenas consiguió moverlo. Él era un peso pluma y David un peso pesado.

—Me alegro de que al final me des la excusa de darte lo que te mereces —masculló David estrellándole el puño en el estómago, lo que lo hizo doblarse por la mitad.

Alzó el brazo de nuevo, decidido a romperle la nariz, y cuando lo iba a descargar, alguien, que desde luego no era el enclenque de Kini ni la loca de Gadea, le pegó un fuerte empellón que lo tiró de nuevo al suelo.

David se levantó tan furioso que no podía ni respirar, pero se quedó parado al ver que el amigo de Jimena estaba entre él y el delgado.

—Quítate de en medio —le ordenó gallito al ver que Josete y Pedro estaban a su lado. No eran unos tipos muy listos, pero medían casi un metro noventa cada uno y tenían los brazos como troncos. Si les pedía ayuda para pegar al rubio, seguro que se la daban sin dudar.

—Lárgate —le exigió Calix sin retroceder un milímetro.

A su espalda, las niñas sujetaban a un colérico Kini, que no parecía darse cuenta de que Josete, David y Pedro le sacaban más de dos cabezas y veinte kilos cada uno.

—¿Qué pasa, maricón?, ¿vas a echarme? Vamos, inténtalo —lo empujó pavoneándose.

Calix apretó los puños a punto de partirle la cara, o al menos intentarlo, cuando un nuevo actor apareció en el drama.

—Ni se te ocurra, Calix —le advirtió Adán interponiéndose, mientras que Eva llegaba hasta las niñas y las obligaba a recular hasta apartarse del alboroto.

—Joder, pero ¿qué coño pasa esta tarde?, ¿hay reunión de cerdos en la plaza? —se burló David al ver al novio de la que llevaba y traía a Gadea al colegio.

—Eso parece, y estoy viendo unos cuantos —dijo Adán dejándolo perplejo al enseñarle la placa. ¡Joder, el moreno era policía!—. Y ahora que todos sabemos

quiénes somos, ¿qué te parece si me cuentas qué está pasando aquí?

Josete y Pedro, al ver que las cosas se ponían feas, dieron media vuelta para marcharse con todo el disimulo que sus enormes cuerpos les permitieron.

—No pasa nada. Sólo estábamos hablando... —masculló David dando un paso atrás al ver que sus amigos desertaban.

—¿Calix? —Adán miró al rubio buscando una respuesta. Estaba charlando con su novia frente al portal cuando Calix había echado a correr como alma que lleva el diablo, haciéndoles darse cuenta de lo que estaba ocurriendo tras los muros de la escalera.

—Sólo hablábamos —coincidió el rubio, aunque sus ojos fijos en David le advertían a éste que lo mejor para su salud sería no cruzarse con él en el futuro.

—¿Se ha metido con vosotras u os ha hecho algo? —les preguntó Adán a las niñas alzando la voz para que lo oyeran.

Ellas se apresuraron a negar con la cabeza mientras Eva miraba furiosa a David. Si las miradas matasen, el chico estaría muerto.

—¿Y tú? ¿Te ha hecho algo? —interrogó Adán a Kini, que negó con un gesto—. Está bien, lárgate. No quiero más jaleo hoy —le ordenó a David.

—Deberías haberlo mandado al calabozo, Adán. Seguro que así espabilaba y no se hacía tanto el gallito —masculló un anciano de pelo blanco y porte altivo que acababa de llegar. Se volvió hacia Kini mirándolo malhumorado—. Me despisto un momento y tiene que llamarme una vecina para decirme que mi nieto está metido en un altercado. ¿Se puede saber qué has hecho esta vez?

—No he hecho nada —musitó Kini ladeando la cabeza para zafarse de su mirada.

—Pues no es eso lo que me han dicho.

—¡Nos ha defendido a mi hermana y a mí cuando ese *retromónquer* iba a pegarnos! —gritó Gadea indignada por la injusticia que el Ogro estaba cometiendo.

—¿Te has peleado? —Lo miró atónito el viejo.

—Claro que no, abuelo —masculló Kini bajando la cabeza.

—Hay muy pocos motivos legítimos para pelearse... y defender a una chica es uno de ellos —afirmó el Ogro—. Bien hecho, Joaquín —añadió dándole una palmada en la espalda antes de acercarse a Adán para reclamarle que no hubiera hecho nada.

—Y ¿qué querías que hiciera? ¿Sacar la pistola y amenazarlo? —replicó guasón.

—No es mala idea... Un buen tiro a tiempo ahorra muchos problemas —intervino Eva, más tranquila al ver que las niñas estaban bien.

—Cielo, soy policía, no digas esas cosas delante de mí, por favor —le pidió Adán.

Ella resopló, convencida de que un escarmiento no le vendría mal al mozalbete, y regresó con las niñas para hablar con ellas, especialmente con Jimena y Gadea.

—¿Qué ha pasado? —les reclamó.

—Nada —contestó Jimena a la vez que Gadea negaba reticente, no quería ser una chivata.

—Nada, no. Nadie se pelea por nada —rebatíó Eva—. Vamos, a mí puedes decírmelo...

—No ha pasado nada —reiteró Jimena con rabia.

Estaba a punto de estallar y no quería que nadie la viera llorar. Y, menos que nadie, la amiga de su madre. ¡Fijo que se lo chivaba! De hecho, estaba segura de que le iba a contar lo que había pasado y su madre acabaría enfadándose tanto que no querría ni mirarla, pensó acongojada.

—¿Te ha hecho algo ese chico? Ya sabes que Adán es policía, podríamos...

—¡No me ha hecho nada! —estalló furiosa echando a correr hacia la escalera de la capilla.

—Hablaré con ella... —anunció Calix siguiéndola hacia su escondrijo.

—Déjalo —le pidió Gadea a Eva al ver que tenía intención de seguirlo—. Son muy amigos, si Jime habla con alguien, será con él —afirmó, pues los había visto charlar a menudo y sabía que su hermana confiaba en el rubio.

Eva los miró recelosa, aunque acabó aceptando la petición de Gadea. No obstante, se quedó allí en lugar de regresar al portal con Adán y el Ogro.

* * *

—Cuéntame lo que ha pasado —le pidió Calix a Jimena sentándose junto a ella en un peldaño.

—Ya lo has visto.

—No. He bajado y he visto cómo Gadea se tiraba encima de tu novio... No sé nada más, así que empieza a hablar —exigió.

Jimena lo miró con rebeldía antes de que un hipido inoportuno le fastidiara el disfraz de chica dura.

Que Calix le pasara el brazo por los hombros sólo consiguió romper del todo el dique.

—David me hizo una foto en el jardín de las Monjas antes del verano... —comenzó a decir intentando no llorar.

Un buen rato después, finalizaba su relato diciéndole que le había dicho a su madre tantas veces que quería vivir con su padre que ahora la iba a mandar con él.

Calix escuchó con atención cada palabra pronunciada y, tras pensarlo un segundo, decidió comenzar por lo más sencillo.

—Y ¿tú quieres ir a vivir con tu padre? —preguntó incrédulo. Ninguna de las veces que habían hablado le había dicho nada parecido a eso.

Jimena negó llorosa.

—Deberías decírselo a tu madre; según me has contado, llevas todo el año haciéndole creer lo contrario, y ella no es adivina. Seguro que piensa que te está complaciendo...

—No quiero decirle que le he mentado para hacerla sufrir. Pensaré que soy horrible.

—Y, sin embargo, prefieres que crea que la odias y que por eso no quieres vivir con ella.

Jimena negó con la cabeza.

—Si quieres que te traten como a una adulta tienes que comportarte como tal — Calix repitió una de las frases favoritas de su padre, para concluir con otra—: Debes ser valiente y afrontar las consecuencias de lo que has hecho.

Ella asintió dudosa.

—Y tienes que contarle lo que te ha hecho David.

—Se enfadará.

—Eso seguro. Pero tiene que saberlo.

—No quiero que lo sepa, me da vergüenza.

—Antes o después se enterará por alguien y será peor. Es tu madre, Jimena, hagas lo que hagas siempre te va a querer más que a nada en el mundo.

—¿Tú crees?

—Sin ninguna duda.

—Y ¿cómo lo hago? —inquirió. No era nada fácil decirle a su madre lo que había pasado.

Calix lo pensó un segundo antes contestar:

—Dile que tienes que hablar con ella a solas y, cuando estéis en casa, dile que la quieres y que lo sientes... y luego todo saldrá solo.

—Y ¿qué es lo que siento?

—Todo lo que le has hecho, Jimena, todo.

—Tranquila, seguro que no ha sido nada importante —le dijo Verónica esbozando una cálida sonrisa—. Ya sabes cómo son los niños, todo lo exageran...

—Gadea no tiene por costumbre exagerar nada, y Eva menos aún —replicó Gala mirando nerviosa la calle a través de la ventana del autobús.

Eva la había llamado para decirle que Jimena y Gadea se habían peleado con un chico, y, por su descripción, el chaval era el supuesto novio de Jimena. Había conseguido que Gadea le diera su versión de los hechos, una versión muy breve, muy escasa en detalles y muy entrecortada, como si no quisiera hablar más de la cuenta; pero no había logrado que Jimena se pusiera al teléfono. Y Gala estaba muy preocupada. Tanto, que la media hora que había pasado desde la llamada hasta que había podido irse se le había hecho eterna.

—Claro que no, pero a lo mejor le estás dando más importancia de la que tiene —rebatía Verónica—. Al fin y al cabo, ¿quién no se ha peleado nunca con un chico?

—¿A golpes? —Gala la miró pasmada. ¿Cómo podía restar importancia a una pelea?

—¿Acaso hay otra forma de pelearse? Además, los hombres cuantos más golpes reciben mejor se portan —afirmó burlona.

—No me parece gracioso, Verónica.

—¿Quién te ha dicho que estoy bromeando? —se burló la rubia—. Oh, vamos, no te enfades, sólo trato de animarte...

—Lo sé, pero hay cosas con las que no me gusta bromear —zanjó yendo hacia las puertas, pues acababan de entrar en la calle Segovia.

Esperó impaciente a que se abrieran y saltó del autobús para caminar casi corriendo hacia la plaza. Entró en ella y no tardó en ver a sus hijas. Gadea patinaba con sus amigas frente a la capilla del Obispo, y en los peldaños de la escalinata estaba Jimena, sentada muy cerca de Calix, sus manos unidas mientras hablaban.

Fue hacia ellos.

* * *

—¡Ay! —se quejó Jimena al notar que Calix tensaba los dedos sobre su mano, chafándosela.

—Lo siento —murmuró él apresurándose a soltarla a la vez que se apartaba de un salto, como si tuviera un resorte en el culo.

Ella alzó la mirada, preocupada por lo que él podría haber visto para reaccionar así, y vio que su madre y Verónica caminaban hacia ellos. Y si su madre parecía

enfadada, la cara de Verónica era simplemente aterradora. Su gesto era una máscara de pura rabia que, al llegar junto a ellos, transformó en una sonrisa encantadora.

—Jimena, ¿qué ha pasado, cariño? —le preguntó Gala preocupada al llegar a su lado.

—Nada —contestó bajando la mirada al suelo.

—¿Cómo que nada? Eva me ha dicho que te has peleado... —la increpó frustrada.

—Sólo ha empujado a un chico —intervino Calix al ver que Jimena apretaba los labios—. Y tenía sus motivos, ¿verdad, Jime? —Fijó sus ojos verdes en ella y la niña se irguió como si se sintiera más valiente.

Algo que no pasó desapercibido a Gala, ni a Verónica, y que, en cierto modo, tranquilizó a la primera pero enfureció a la segunda.

La niña lo miró y asintió, como si fuera a decir algo que había ensayado con él.

—Mamá, quiero hablar contigo a solas...

—Claro, cariño, vamos a casa. Eva se quedará con Gadea.

Gala tomó la mano de su hija y, por primera vez en mucho tiempo, Jimena no se la apartó de un tirón. Al contrario, la apretó con fuerza y se acercó más a su madre.

Subieron la escalera de prisa y, en el momento en que cruzaron la puerta de la casa, la niña se lanzó contra su madre para abrazarla y empezó a llorar.

—Mamá, te quiero mucho. Y lo siento mucho todo —gimió. Y Calix tenía razón, porque en ese momento su madre la abrazó con fuerza y ella comenzó a hablar soltándolo todo—. No quiero ir a vivir con papá y con los abuelos. Quiero quedarme con Gadea y contigo. Sólo lo decía para hacerte daño porque estaba enfadada, pero te quiero mucho y no quiero irme...

* * *

—¿Le dejaste hacerte fotos? —preguntó Gala un buen rato después, cuando Jimena acabó de contárselo casi todo, porque había cosas que no iba a decirle jamás, como que le dejaba tocarle el culo y había estado a punto de dejarse tocar las tetas.

—Eran fotos de coña, mamá —resopló la niña a la defensiva—. Al principio yo ponía caras raras y las retocábamos con una app y me ponía orejas de gato y cosas así y eran divertidas, pero luego me dio el venazo y me puse a hacer posturitas —confesó—. Y como a él le gustaba, pues me animé más y quise imitar a las chicas que sigo en Instagram. Y no parecía tan malo..., me refiero, si ellas salen sacando el culo o subiéndose la camiseta, ¿por qué yo no? Además, David me dijo que no iba a ponerlas en ningún sitio y que eran sólo para él... Y tampoco se me ve nada —musitó avergonzada—. Además, son sólo dos.

—Enséñamelas.

—Las tiene Anuja en su móvil, y como tú me has castigado sin móvil no me las ha pasado por si te daba por espiarlo... —masculló Jimena escocida por el castigo.

—Yo jamás espiaría tu móvil —mintió Gala yendo a por el teléfono, porque la verdad era que había intentado hacerlo, pero no daba con la puñetera clave de acceso. Incluso se había planteado subírselo a Adán para ver si él sabía cómo entrar en esos trastos saltándose la contraseña—. Dile que te las mande, quiero verlas...

Jimena la miró enrojeciendo y negó con la cabeza.

—No pasa nada, cariño. No me voy a enfadar. Al menos, no más de lo que ya lo estoy. Déjame verlas, por favor.

La niña asintió reticente y le mandó un whatsapp a Anuja. Un segundo después, las recibía.

Gala las observó con atención. En la primera, su hija estaba acuclillada con el cuerpo inclinado hacia delante y el escote de la camiseta un poco bajado, aunque no se le veía nada. Lo malo era su cara, tenía la cabeza caída hacia atrás, los ojos semiabiertos y sus labios, pintados de un rojo furioso, estaban fruncidos en un exagerado beso sobre su dedo índice.

—Lo malo de ésta, desde luego, es la cara que has puesto —comentó Gala frunciendo el ceño. Era una foto casi erótica.

Jimena asintió bajando la cabeza avergonzada, y su madre la abrazó pegándola a ella.

—Todas hacemos tonterías a veces —murmuró besándole la frente para luego pasar el dedo sobre la pantalla táctil y ver la siguiente foto—. Vaya...

En ésa, su hija estaba en la misma postura, pero se había agarrado la camiseta con la mano que le quedaba libre y tiraba de ella bajando el escote, de manera que el sujetador azul cielo que llevaba se veía con claridad.

—La han visto todos, mamá —musitó Jimena pegando la cara al pecho de su madre para que no la viera llorar.

—Pues no sé a qué viene tanto drama —dijo restándole importancia, aunque desde luego quería matar al cabrón que le había hecho esa foto tan sexualizada a su hija de trece años—. Cuando vas a la piscina estás menos vestida...

La niña se irguió lentamente y miró a su madre confusa antes de asentir.

—Lo malo es la postura y la cara, no lo que enseñas. Incluso yendo vestida con un saco transmitirías la misma sexualidad chabacana que muestra esta foto, Jimena. Ya eres mayor, cielo, tienes que pensar muy bien lo que haces antes de hacerlo...

—Él me engañó..., me dijo que no iba a enseñárselas a nadie —se defendió.

—Y tú te dejaste engañar y asumiste riesgos que no debías aceptar de ninguna manera. No es tan grave como había pensado cuando me lo has contado, pero podría haber sido mucho peor. Mira, Jimena, a mí no me gusta que te hagas este tipo de fotos, no las veo apropiadas para tu edad y me parece que te sexualizan y te cosifican. Y tú eres una persona con sentimientos y lo suficientemente inteligente para no dejar que nada te convierta en una cosa, en un simple objeto de deseo —dijo con serena

rotundidad—. Pero si aun así decides posar de esa manera, tienes que asumir las consecuencias y hacerlo sin sentirte forzada y mucho menos sin avergonzarte de lo que estás haciendo, porque es esa vergüenza que tú sientes, ese querer ocultarlo porque crees que has hecho mal, lo que las hace tan dañinas, tan peligrosas. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí..., y tienes razón, no son nada del otro mundo —convino la niña mirándolas con los ojos entornados. ¿Por qué le habían parecido tan horribles, tan vergonzantes antes? Sólo eran unas fotos tontas en las que ella hacía posturitas estúpidas.

—De todas maneras, sí quiero advertirte de que, como vuelvas a posar así, te encierro en el sótano para el resto de tu vida...

—No tenemos sótano, mamá.

—Ya conseguiré uno —replicó Gala arrancándole una sonrisa a su hija—. ¿Quieres que lo denunciemos? —le planteó poniéndose seria.

—¡No! No, mamá, por favor, no ha sido para tanto..., y tampoco se me ve nada.

—Está bien, pero si vuelve a hacerte algo que te disguste, hablaré con Adán para ver qué podemos hacer.

—Vale.

—¿Hay más fotos de las que preocuparnos?

—No, las demás eran normales..., divertidas.

—Menos mal —suspiró Gala—. Hay algo que me tiene intrigada, ¿cómo consiguió Anuja las fotos? ¿Se las mandó David?

—¡Claro que no! Él no quería que yo supiera que las había subido al grupo de WhatsApp de los chicos...

—Entonces ¿cómo le llegaron a Anuja?

—Alguien hizo un copia y pega de la conversación y se las mandó...

—¿No sabes quién fue?

—No sabemos de quién es el teléfono desde el que se mandaron —contestó mirando el chat—, pero yo tengo mis sospechas. Creo que fue uno de los chicos que había tratado de advertirme y al que no le hice caso... —Bajó la mirada avergonzada—. Creo que eso fue lo único que pensó que podría hacerme abrir los ojos.

—¿No sería el nieto del profesor? El que se ha peleado para defenderte esta tarde. Jimena asintió con la cabeza.

—Parece un buen chico... —comentó Gala.

—Sí. ¿Puedo bajar un momento a verlo? —preguntó avergonzada.

—Claro. Pero antes devuélveme el móvil. Sigues castigada sin él.

—Mamá...

—Jimena...

—¿Es a eso es a lo que te dedicas cuando no estoy? ¿A ligarte a zorritas calentorras que son tan jóvenes que no sabrán ni cómo chupártela? —increpó Verónica a Calix en el momento en que entraron en casa.

—Claro que no, Vero —negó él bajando la cabeza, odiaba esas broncas.

—¿Ah, no? Pues estabas sentado bien pegadito a ella, cogiéndole la mano.

—Estaba asustada y trataba de consolarla.

—¿Ahora se llama así? ¡Eres un hijo de puta! —exclamó abofeteándolo.

—Verónica, por favor, sabes que no ha pasado nada de lo que piensas —dijo dando un paso atrás.

—Sólo sé lo que veo..., y lo que he visto es a ti ligando con esa puta —afirmó golpeándolo de nuevo.

—Para, por favor —gimió desolado al darse cuenta de que estaba tan enfadada como hacía un mes, cuando él había sido un desconsiderado al hablar tanto tiempo con su madre.

Y no era que no tuviera razón, entendía que se había excedido en sus muestras de amistad con Jimena, pero no lo había hecho a propósito. La cría estaba sufriendo y había querido consolarla, y era tan estúpido que no había pensado en lo herida que iba a sentirse Verónica. Era un milagro que siguiera aguantándolo con lo mal que se portaba con ella.

—¿Que pare? No sabes cómo me he sentido al verte abrazado a esa cría.

—No estaba abrazado a ella... —protestó Calix, ganándose un empujón.

—Quería morirme de vergüenza —continuó Verónica llorando desconsolada—. Todos han visto que eres un putero que quiere meterse en las bragas de esa zorrita.

—Lo siento..., no pensé que fueras a sentirte mal.

—Claro que lo pensabas, ¿por qué, si no, te has separado de ella en cuanto me has visto? —lo increpó furiosa tirándole del pelo.

—Porque he visto tu cara y he sabido que estabas enfadada —mintió, porque desde que se había sentado con Jimena en la escalera de la capilla sabía que estaba haciendo mal, que ella podía malinterpretarlo y que seguramente se enfadaría.

—¿Cómo no iba a estarlo?! Eres asqueroso. ¿Qué crees que va a pensar mi mejor amiga cuando descubra que eres un pederasta que quiere follarse a su hija de trece años?

Calix palideció al oírla. No podía pensar eso de verdad.

—No te permito que digas eso —declaró agarrándole la mano cuando hizo ademán de volver a pegarle.

—¡No se te ocurra tocarme, pederasta! —aulló Verónica—. ¡Si me pones la mano encima, gritaré aunque me mates!

Calix la soltó aterrorizado, no podía gritar eso, alguien podía oírlo...

—Por favor, Vero, no digas eso...

—¡Digo lo que veo! ¿Cómo has podido hacerme esto, con lo mucho que te quiero? Te dejo vivir aquí, te doy de comer, te visto, te cuido... Te lo doy todo sin pedir nada a cambio y tú tratas de meterte en las bragas de cualquier zorra que te mira. ¡Me das asco! —gritó golpeándolo de nuevo. Y esta vez no paró de hacerlo.

Y Calix se acurrucó contra la pared tapándose la cara con los brazos. Era más fácil dejar que se desfagara que hacerle frente, puesto que ella no tenía fuerza para hacerle daño y en esa ocasión no tenía las llaves en la mano, lo cual ya era un plus. Lo mejor era aguantar y callar, al fin y al cabo, se lo merecía por ser tan descuidado. Luego hablarían con tranquilidad y lo solucionarían, como siempre hacían. Además, no era habitual que se enfadara tanto, sólo había pasado en otra ocasión, y él había tenido la culpa, igual que ahora. Si pensara un poco en lo que hacía antes de hacerlo, no metería tanto la pata y les iría mucho mejor. Tenía que aprender a no ser tan impulsivo y meditar antes de hacer nada...

* * *

—¿Está Kini? —preguntó Jimena cuando el Ogro le abrió la puerta.

—Claro, pasa —dijo guiándola hacia el salón—. Joaquín, acércate al comedor, por favor, una señorita ha venido a verte.

El chaval no tardó en asomarse a la puerta, aunque se quedó tan sorprendido de ver a Jimena allí que no atinó a moverse, y fue ella quien tuvo que acercarse a él.

—Sólo quería darte las gracias por defenderme antes —musitó, guardando las manos en los bolsillos de los vaqueros porque no sabía qué hacer con ellas.

—Ah, bueno, no pasa nada. Lo hice con mucho gusto —afirmó nervioso mirando al suelo.

—Y también quiero darte las gracias por mandarle las fotos a Anuja... —susurró en voz tan baja que no supo que él la había oído hasta que lo vio enrojecer.

—¿Cómo has sabido que fui yo? —inquirió. Había enviado las fotos al teléfono de su abuelo y luego las había mandado desde éste al de Anuja para que no quedaran pruebas.

—Porque sólo tú sabías que mi madre me había castigado sin móvil, y que la mejor persona para decirme lo que había hecho David era Anuja, que es mi mejor amiga.

—Vaya, no soy tan listo como pensaba —masculló incómodo.

—Sí lo eres. Eres estupendo —declaró Jimena para, acto seguido, darle un rápido beso en la mejilla y salir del comedor roja como un tomate—. Nos vemos mañana en clase —dijo saliendo de la casa con tanta rapidez que se le olvidó despedirse del Ogro.

—Una chica muy guapa, Joaquín —comentó su abuelo mirándolo sonriente.

—Quiere que hagamos juntos el trabajo de historia —anunció incómodo.

—Eso es estupendo, así no tienes que hacerlo solo...

—Eso es una mierda, abuelo. Te recuerdo, por si se te ha olvidado, que casi no sé escribir —gruñó el chico saliendo del comedor para encerrarse en su cuarto.

El Ogro apretó los dientes frustrado, no estaba siendo fácil tratar con su nieto. Demasiados años sin verlo más que de vez en cuando, y ahora, de repente, vivía con él.

Qué complicado era todo.

* * *

Jimena subió la escalera presurosa y, al llegar al descansillo del segundo, se dirigió hacia los pisos exteriores, deseando contarle a Calix que había hablado con su madre y que todo estaba bien, aunque siguiera castigada sin móvil.

Llamó a la puerta impaciente y le abrió Verónica.

—¿Qué quieres? —le ladró mirándola con verdadero odio.

—¿Está Calix? Quiero darle las gracias por defenderme —respondió deseando huir de allí. Esa mujer nunca le había gustado, pero tal como la miraba ahora le daba verdadera grima.

—Claro, ahora le digo que salga —contestó cerrándole la puerta en las narices.

Calix abrió diez segundos después, manteniéndose frente a la puerta para impedirle entrar.

—¿Qué pasa, Jimena? —le preguntó con voz seca.

Ella lo miró pasmada. Estaba encorvado, tenía un corte en el labio, mantenía la cabeza baja y sujetaba la puerta con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—Sólo quería darte las gracias por defenderme esta tarde.

—Pues ya lo has hecho, puedes irte —dijo cortante bajando aún más la cabeza.

—Vale —musitó Jimena asustada. Pero no por la reacción de Calix, sino porque Verónica estaba tras él y la había visto esbozar una horrible sonrisa de suficiencia al oírlo.

Se dio media vuelta para ir a su casa y, mientras enfilaba el largo pasillo hasta los pisos interiores, no pudo dejar de pensar en Calix y en su aspecto tenso y resignado. No parecía él. Llevaba tiempo sin parecerlo. Ya casi no salía a correr ni se paraba en la plaza con los vecinos; de hecho, apenas salía a la calle, y cuando lo hacía se mantenía vigilante y siempre tenía prisa por regresar a casa. Le había explicado que, como no tenía móvil, no podía estar mucho tiempo ausente por si su chica lo llamaba. Y ella no se había dado cuenta de que Verónica lo tenía tan controlado hasta ese momento. Hasta ver su labio herido y su mirada abatida. ¿Esa mujer le había pegado?

Pero eso era imposible. Calix era grande y estaba en forma. No consentiría que nadie le pegara. ¿O sí?

* * *

—Bien hecho, a ver si así se entera esa zorrita de que con mi hombre no se juega —murmuró Verónica abrazándolo por detrás.

Calix seguía frente a la puerta a pesar de que estaba cerrada, mirando sin ver la madera mientras recordaba la mueca horrorizada de Jimena. Acababa de perder a su única amiga, pero no podía hacer otra cosa. Verónica era su mujer, la quería y ella lo quería a él. Y si la disgustaba podría perderla...

—Me encanta cuando me demuestras cuánto me quieres —susurró ella haciendo resbalar las manos por su vientre hasta escurrirlas bajo sus pantalones—. Eres tan maravilloso, tan encantador... Ahora sé que harás cualquier cosa por mí. Siento muchísimo haberme puesto como una fiera, está claro que ha sido ella quien te ha provocado —afirmó acariciándole el pene—. Pero tienes que comprenderme, te quiero tanto que me aterroriza pensar que puedas engañarme con otra —susurró lamiéndole el cuello—. Date la vuelta...

Calix se volvió y ella le bajó los pantalones y se arrodilló para llevárselo a la boca.

—Deja que te compense...

Y eso hizo. Lo compensó por los golpes, los insultos y los desprecios con una felación que lo hizo sentirse sucio y furioso a la vez. Porque, aunque no le apetecía, aunque no quería, su cuerpo respondió, como siempre hacía.

Jueves, 2 de noviembre de 2017

—Thor está guapísimo con el pelo corto —suspiró Malena.

—Pues a mí me gusta más Loki —afirmó Anuja—. Y ¿a ti quién te gusta, Jimena?

—No sé, Tony Stark —dijo sin prestar mucha atención.

—Tony Stark no sale en *Ragnarok* —señaló Malena, pues de esa película hablaban.

—Pensaba que hablabais de héroes Marvel —comentó distraída antes detenerse con brusquedad y darse media vuelta—. Tengo una cosa que hacer, os veo luego.

Caminó hacia el instituto, la mirada fija en el edificio que había frente a él. Más exactamente, en su esquina y en la cabeza rubia que se asomaba tras ella. La misma cabeza que llevaba viendo allí toda la semana cada vez que iba al instituto. La misma que la vigilaba desde la terraza del segundo exterior derecha cuando estaba en la plaza.

—Si quieres que te traten como a una adulta tienes que comportarte como tal —declaró al doblar la esquina y encontrarse con Calix—. No te aplicas el cuento que predicas —lo acusó.

—No sé de qué hablas. Sólo pasaba por aquí —masculló él echando a andar.

—Vaya casualidad que siempre pases por aquí a la hora del *insti* —se burló siguiéndolo. Llevaba toda la semana sin hablar con ella, de hecho, ni siquiera se le acercaba, pero, sin embargo, la vigilaba desde lejos, como si quisiera protegerla a toda costa.

—No te estaba espiando —se apresuró a decir Calix. No quería meter más la pata con ella. Bastante la había fastidiado ya.

—Ya lo sé. Sólo quieres asegurarte de que no vuelvo a pelearme con David...

—Más o menos —aceptó Calix. En realidad, lo que quería era asegurarse de que ese gilipollas no volvía a molestarla—. Siento mucho no haber estado en la plaza cuando empezasteis a pelearos —musitó contrito. Había sido culpa suya que el crío la atacara. Si hubiera estado más pendiente, no habría pasado nada.

—Y ¿por qué tenías que estar? —inquirió Jimena mirándolo asombrada.

—No tengo nada que hacer en todo el día, podría haber estado atento a lo que te pasaba con ese chico, no me gustaba y sabía que ibais a acabar mal, pero estaba en casa, pensando en mis cosas como siempre hago, y no me fijé en lo que te pasaba a ti. Lo hago todo mal.

—¡No digas gilipollecitas! —explotó Jimena enfadada.

—Lo siento —se disculpó Calix, la cabeza gacha y los hombros encorvados.

—No eres mi niñera, así que no tienes que sentirte culpable; además, me encantó que Gadea le pegara una patada con los patines. No veas el morado que tiene en la espinilla..., debió de dolerle un montón. —Curvó los labios, deseando contagiarle su sonrisa.

—Se lo merecía. —Calix esbozó una tibia sonrisa que le duró muy poco en la boca—. Lamento cómo te traté cuando bajaste a contarme que habías hecho las paces con tu madre. Me pillaste en un mal momento y no supe gestionarlo... Lo siento.

—No te preocupes —murmuró Jimena preocupada. Era la cuarta vez en cinco minutos que se disculpaba—. Me da la impresión de que a Verónica no le caigo muy bien...

—No, qué va. Es sólo que llega cansada de trabajar y no le apetece tener gente en casa.

—Pero en la plaza me miró como si quisiera matarme..., y yo no había dicho nada de ir a tu casa —señaló Jimena antes de mirar a ambos de la carretera para cruzarla y llegar a la plaza.

Calix la miró atormentado, sin saber qué contestar a eso. No podía decirle a su única amiga, que además era una niña de trece años que creía que él era un hombre decente, que en realidad era un cabeza hueca que había follado con cientos de mujeres y que por eso su novia no se fiaba de él y se ponía celosa si lo veía con otra. Algo, por otra parte, de lo más normal, porque, con su historial, él tampoco se fiaría de sí mismo. El amor y la confianza había que ganárselos, y él estaba trabajando en ello con todas sus fuerzas.

—A Verónica no le gusta que hables conmigo, ¿verdad? —inquirió Jimena, aunque comenzaba a sospechar que en realidad a esa bruja no le gustaba que Calix hablara con nadie.

Él se encogió de hombros, sintiéndose acorralado.

—Se hace tarde, mejor dejamos el tema para luego. —Abrió el portal cediéndole el paso.

—Hoy no tengo casi deberes..., si quieres paso luego a verte y charlamos un rato —le propuso decidida a no permitir que pasara todo el día solo.

Calix lo pensó un segundo antes de negar con la cabeza.

—Mejor no, a Vero no le gusta que vaya gente a casa y le puede sentar mal.

—No tiene por qué enterarse...

—Siempre se entera —musitó abatido subiendo la escalera.

—Pues entonces baja tú —insistió ella. No le gustaba verlo tan solo, tan apartado de todos—. Podemos sentarnos en un banco y charlar..., y si nos quedamos cerca del portal puedes enterarte de lo que cuentan los vecinos, no es que sea muy divertido, pero cuando discuten es entretenido verlos.

Calix lo pensó un segundo. Le habría gustado oír voces diferentes de las que oía en la tele o en la radio, estar con otras personas y enterarse de las cosas del barrio, pero no era tan fácil como parecía. Desde que habían discutido la semana anterior,

Verónica se había vuelto muy desconfiada, y no quería ni pensar en que alguien le contara que pasaba las tardes en la calle con Jimena. Sólo le faltaba que comenzara a sospechar de nuevo y le fuera con el cuento a Gala. Y lo haría. Se lo había advertido muy seriamente: si lo veía tontear con Jimena se lo diría a su madre y ésta haría que lo detuvieran por pederasta.

—Mejor no, a veces Verónica se escapa unos minutos del trabajo para llamarme por teléfono y charlar, y si no estoy...

—¿Se enfada? —lo interrumpió Jimena.

—Claro que no —rechazó él esbozando una sonrisa que no le llegó a los ojos—, se siente triste. Y no le falta razón, no tengo otra cosa que hacer más que esperar sus llamadas y es una falta de respeto que no lo haga —explicó como si lo hubieran aleccionado para decir exactamente eso—. Ella está tan sola como yo, aunque esté trabajando, y sólo me tiene a mí para liberarse y hablar, no debo fallarle —aseveró—. Lo siento de verdad, Jimena, pero no puedo.

—Vale..., pero seguiré viéndote en el instituto. ¿Ok?

—¡Por supuesto! —El instituto estaba muy cerca del supermercado, si lo veían con ella siempre, podía decir que había ido a comprar y se habían encontrado por casualidad—. Nos vemos mañana —dijo quedándose en su piso.

Jimena asintió esbozando una alegre sonrisa y continuó hacia su casa. En el momento en que dobló el recodo del rellano, su sonrisa se convirtió en una mueca de horror. ¿Qué le pasaba a Calix? ¿Por qué estaba tan poco comunicativo? ¿Por qué se empeñaba en encerrarse a esperar las llamadas de Verónica? ¿Qué le estaba haciendo esa bruja?

Entró en su casa y, sin perder un instante, se metió en su dormitorio y buscó el folio que les habían dado en el instituto sobre cómo reconocer a un maltratador. Eran una serie de preguntas cuyas respuestas daban pautas para saber si estaban siendo maltratadas. Comenzó por la primera.

«¿Controla el dinero que gastas?».

Verónica sí lo controlaba, de hecho, el dinero era de ella y Calix tenía que darle recibos de todo; lo sabía porque una vez había perdido uno y se había puesto como loco a buscarlo, porque decía que ella se iba a enfadar mucho por su torpeza.

«¿Te dice cómo vestirte?».

Calix le había dicho que ahora era tan rubio porque ella lo prefería así, y que la ropa se la elegía ella..., aunque a él no parecía importarle, así que ésa no contaba.

«¿Se enfada si estás con tus amistades más tiempo del que considera necesario?».

La respuesta volvió a ser «sí», no lo dejaba hablar con ella. Ni bajar con los vecinos. Y Calix prefería hablar con su madre desde las cabinas en vez de llamarla desde casa..., ¿tal vez porque no quería que Vero supiera que todavía hablaba con su familia?

«¿Controla tu móvil y tus redes sociales?».

Le había roto el móvil, y aunque Calix aseguraba que había sido sin querer, Jimena comenzaba a creer que era mentira y que lo había hecho a propósito para mantenerlo aislado.

«¿Te controla los horarios y tienes que decirle dónde estás en cada momento?».

¡Sí! Y lo llamaba a todas horas para que no pudiera escaparse a la calle.

«¿Temes hacer cosas por si tu pareja se enfada o reacciona de forma exagerada?».

¡Sí! Calix no se atrevía a dejarla entrar en su casa por si Verónica se enfadaba..., y tampoco quería bajar a la calle por si lo llamaba y no estaba.

«¿Te sientes incómodo si alguien del sexo opuesto te mira porque temes que tu pareja se dé cuenta y empieza una discusión?».

¡Sí! Calix ni siquiera quería que lo vieran con ella por si le iban con el cuento a Verónica, pensó cada vez más asustada.

Lo estaba maltratando. Estaba segura. Pero, si era así, ¿qué podía hacer ella?

Nada.

Porque nadie la creería.

Eran las mujeres las que sufrían maltrato, o al menos eso era lo que pensaba todo el mundo. Los hombres eran más fuertes, más duros, y no se dejaban maltratar. ¿O sí?

Comenzó a pasear por la habitación mientras pensaba qué hacer. Podía decírselo a su madre, pero ella no le daría importancia, y lo más probable era que se lo contara a Verónica porque eran muy amigas..., y entonces ésta se lo haría pagar a Calix. Así que mamá quedaba descartada. ¿A quién más podía acudir? Podía decírselo a sus amigas y que éstas, a su vez, se lo dijeran a sus padres..., pero ellos dirían que eran tonterías de crías, o, aún peor, pensarían que Calix era un calzonazos por dejarse manipular. ¡Y no lo era!

Se sentó en la cama desesperada.

¿Cómo era posible que en un barrio en el que todos se conocían nadie se diera cuenta de lo que le estaba pasando a Calix?

Tal vez porque no le estaba pasando nada. Tal vez ella estuviera exagerando, pensó nerviosa. Tal vez le estuviese dando demasiada importancia a una herida en un labio y a una mirada esquiva.

Esperaría un poco antes de hacer saltar la alarma. No quería equivocarse.

Miró la hoja con las preguntas. Había muchas más, pero no podía contestarlas porque atañían a la intimidad y al sexo, y ella no sabía cómo se comportaban Verónica y Calix en esos temas. Dejó la hoja a un lado y sacó los deberes para hacerlos. Sin embargo, no conseguía centrarse. Había una pregunta en la que no podía dejar de pensar.

«¿Se enfada si estás con tus amistades más tiempo del que considera necesario?».

Verónica no era la única que no dejaba a Calix estar con sus amigos.

Ella misma tampoco dejaba a su madre estar con Rodrigo. Pero no era lo mismo. Porque ella no era una maltratadora. Era sólo que no quería que su madre se liara con ese viejo paliducho. Porque a ella no le gustaba. Pero a su madre sí. Y lo echaba

mucho de menos. Lo sabía porque lo oía entrar en casa por las noches, cuando su madre pensaba que estaba dormida. Se quedaban escondidos en el salón y hablaban en susurros, como si temieran que ella se enterara. Como si estuvieran haciendo algo malo.

Pero era ella la que estaba haciendo algo malo. Algo muy muy malo.

* * *

—¿Mañana harás calabacines rellenos para cenar? Anda, *porfa*, mamá, di que sí — suplicó Gadea poniendo cara de niña muy, pero que muy buena.

—¿A ti te apetecen también, Jimena? —indagó Gala. No tenía ganas de hacer un menú distinto para cada una—. ¿Jimena? —la llamó al ver que estaba tan sumida en sus pensamientos que no la había escuchado—. ¿Tienes algún problema, cariño? —le preguntó recelosa.

Ahora hablaban a diario y creía que estaban aprendiendo a solucionar sus problemas y sus diferencias, pero aun así la aterraba pensar que su hija pudiera volver a cerrarse en banda y evitarla como había hecho los últimos meses.

—¿Qué pasa, mamá?

—Queremos saber si te apetecen calabacines rellenos, di que sí, *porfa* —le pidió Gadea, quien, ahora que su hermana había vuelto a ser más o menos la de antes, estaba pendiente de ella en todo momento.

Jimena se encogió de hombros a la vez que asentía indiferente para después volver a centrarse en remover la cena de su plato, que, por cierto, no había tocado.

—¿Estás bien, Jimena? —volvió a preguntarle Gala preocupada.

La niña frunció el ceño como si algo le molestase y luego fijó sus preciosos ojos grises en los de su madre.

—Mamá...

—Dime, mi vida.

Jimena cogió aire con fuerza, como si estuviera a punto de tomar una cucharada de la comida que más odiaba.

—¿Por qué no invitas a Rodrigo a cenar en casa mañana? —dijo casi sin respirar.

—¿Perdona? —musitó Gala perpleja, mientras que a Gadea casi se le salieron los ojos de las órbitas por la sorpresa.

—Lo que he dicho. ¿Por qué no lo invitas a cenar mañana? A él le gustaron mucho tus calabacines.

—Sí, claro —contestó Gala turbada—. ¿Quieres que lo invite? —preguntó de nuevo para asegurarse de que había oído bien.

—Sí —se obligó a responder la niña—. Es un estirado, un viejo y un cursi, pero no me importa cenar con él —afirmó antes de comenzar a comer con ganas.

Por lo visto, liberar la conciencia devolvía el hambre.

Viernes, 10 de noviembre de 2017

Gala miró la hora en el reloj, cinco minutos más y podría irse. Y no era que tuviera prisa por salir de trabajar, qué va, sólo debía pararse a comprar en el mercado, llegar a casa y preparar la cena especial que había ideado y que de sencilla no tenía nada.

¿Quién la mandaba meterse en esos berenjenales? Pues nadie. Pero había visto la receta en internet y le había picado el gusanillo. Y como esa noche, como casi todas en esa última semana, Rodrigo iba a cenar con ellas, pues había querido sorprenderlo.

Esbozó una sonrisa esperanzada al pensar que su hija parecía haber aceptado a Rodrigo. No era que se llevaran bien, de hecho, apenas se hablaban, pero los dardos envenenados no volaban en la mesa, e incluso cuando no le quedaba otra opción le dirigía la palabra en términos..., no amigables, pero sí correctos. Y eso era un gran paso adelante, pensó animada.

Tres minutos y estaría fuera. Comenzó a recoger los papeles de la mesa.

Dos minutos. Guardó el móvil, apagó el ordenador y cogió el abrigo.

Un minuto. Sonó el teléfono. La extensión que se leía en la pantalla correspondía al despacho de su jefe. Respondió y, cuando colgó, se quitó el abrigo.

—¿Pasa algo? —le preguntó Verónica al verla dirigirse al fondo de la planta.

—No lo sé, el señor Romero me ha citado en su despacho —respondió nerviosa. Esperaba que no fueran malas noticias. A principio de mes le habían quitado otra campaña, la cuarta ya, y no quería ni pensar en que fueran a quitarle más.

—Mucho ánimo, seguro que no es nada importante —la alentó Verónica.

Gala se obligó a sonreír y continuó presurosa hasta el despacho de su jefe.

—Pasa, querida, tenemos mucho de que hablar y muy poco tiempo para hacerlo —la hizo entrar—. Lo primero, las buenas noticias: por fin tengo fecha de incorporación a la central de Argentina. Desapareceré de tu vista el 30 de diciembre, así que nos quedan menos de dos meses de soportarnos mutuamente.

Gala se mantuvo impasible. No le había hecho ninguna pregunta, por tanto, no tenía nada a lo que contestar. Esos últimos meses estaban siendo una tortura, cuanto antes se fuera, mejor. Pero eso no podía decírselo, a pesar de que estaba segura de que ya lo sabía.

—Ya veo que te alegras —observó él burlón ante su impavidez—. Está bien, vayamos al tema que nos ocupa. He pasado la mañana reunido con los representantes de InBank. Están muy satisfechos con los resultados. Tanto, que han ampliado el contrato. Ahora también vamos a llevar las encuestas de calidad y la venta cruzada, y quieren hacer una prueba con WebChat.

—Eso es maravilloso —comentó Gala asombrada y también algo asustada. InBank era un cliente muy exigente y complacerlo suponía, además de un reto enorme, muchísimo esfuerzo y una gran compenetración entre su equipo.

—Eso ha pensado la cúpula, ampliar un contrato tan importante como éste es más de lo que esperábamos conseguir en sólo un año. Hay que tratarlo con mucho mimo..., y el cliente ha insistido con firmeza en que las nuevas secciones las lleve el mismo equipo que ha llevado la campaña hasta ahora. Así que te vas a dedicar a ello en cuerpo y alma. A partir de ahora sólo llevarás a InBank.

—¿Y mis otras campañas? —inquirió Gala asustada.

—Se las voy a dar a Verónica.

—¿A Verónica? —repitió confusa—. Ya le ha dado tres de las mías.

—Y le voy a dar el resto ahora —reiteró burlón—. Es una buena trabajadora y tú tienes que centrarte en InBank. ¿O prefieres quedarte con todas tus campañas y no poder dedicarle el tiempo y los recursos que necesita? Un error con ellos significaría el fin de tu ascenso —le advirtió—. Lo mejor es que les dediques toda tu concentración. Tienes la semana que viene para estudiar la estrategia y hablar con los formadores. Debes elegir a los nuevos agentes antes del lunes 20 para que dé tiempo a formarlos. Comenzamos el 27 con la venta cruzada y las encuestas de calidad —la informó tendiéndole el dossier.

Gala asintió con un gesto, su cabeza dándole vueltas a todo. Era un paso muy importante, también muy arriesgado. Se despidió presurosa y, nada más salir del despacho, se encerró en el aseo y llamó a Rodrigo, necesitaba contarle a alguien las... ¿buenas noticias?

* * *

—¡Verónica te va a quitar todas las campañas! —exclamó Jimena atónita. ¡¿Cómo se atrevía?!—. No la dejes, mamá. Te las está robando para quedarse con todo y hacer que te despidan...

—No digas tonterías, Jimena. Verónica no me roba nada —repuso Gala molesta sirviendo la cena. Miró a Rodrigo, y éste, como solía hacer cuando discutía con Jimena, se mantuvo al margen.

—Pues yo estoy segura de que tiene algo que ver. Es una manipuladora y una maltratadora, y te la está jugando sin que te enteres —afirmó la niña.

—Yo estoy de acuerdo con Jime —la apoyó Gadea. Desde que su hermana había vuelto al redil, Gadea le daba la razón en todo, lo que era bastante frustrante.

—¡Verónica no es una maltratadora! —exclamó Gala mirándola asombrada. ¿De dónde había sacado eso?—. No quiero que vuelvas a decir algo así. Es un asunto muy serio que no debe decirse a la ligera.

—Pero ¡es que lo es! ¡Maltrata a Calix! No lo deja salir de casa ni hablar con los vecinos ni estar conmigo —estalló Jimena, quien veía a Calix cada mañana y la manera en que se comportaba le había confirmado que sus sospechas eran fundadas.

—¡Basta! No te permito que hables así de Verónica. Es una mujer extraordinaria cuyo único pecado ha sido enamorarse de Calix. Y él se está aprovechando vilmente de ella —sentenció Gala, decidida a abrirle los ojos a su hija. No le gustaba que siguiera tan encaprichada con Calix, menos aún con las cosas que le contaba Verónica—. Es un vago, Jimena, se pasa el día en casa viendo la tele sin hacer absolutamente nada.

—¡Eso no es verdad! Limpia la casa, hace la comida y la compra, lava la ropa, plancha, cose... —refirió ella, pues hablaban a menudo sobre lo que hacía cada uno, y Calix estaba muy satisfecho de lo bien que llevaba la casa y lo mucho que se esforzaba para que Verónica estuviera orgullosa de él.

—Es mentira, cielo. Verónica se ocupa de todo, trabaja y lleva la casa, y él se limita a dejarse querer. Ni siquiera intenta buscar trabajo.

—¡Porque ella no lo deja! No le da dinero para que pueda ir en metro a las entrevistas, ni lo deja trabajar en nada que le impida estar en casa cuando ella está. ¡Y así no hay manera de encontrar trabajo! —concluyó Jimena indignada.

—¿Calix te ha dicho eso? —inquirió Gala sorprendida por su defensa a ultranza—. No es verdad, se aprovecha de que eres una niña y sientes mucho cariño por él para engañarte.

—¡Es ella la que miente! ¿Es que no ves cómo está Calix? Ha adelgazado un montón, está hecho polvo y siempre va con la cabeza baja. Tiene miedo de ella. ¡Lo está maltratando!

—¡Por favor, Jimena! No digas eso donde alguien pueda oírte —le pidió Gala enfadada—. ¿Habéis acabado de cenar? ¿Sí? Pues recoged los platos, lavaos los dientes y a la cama —ordenó dando por zanjada la conversación.

* * *

—Di algo... —le pidió Gala a Rodrigo un rato más tarde, cuando las niñas estuvieron en sus dormitorios y ellos se sentaron en el sofá, relajados uno junto al otro.

—No me atrevo. Estoy muy a gusto ahora mismo y no quiero me mandes a lavarme los dientes y a la cama —bromeó pasándole el brazo por los hombros.

—¿Está insinuando que he sido injusta con Jimena? —inquirió molesta.

—No. Estoy afirmando que cuando no quieres oír argumentos contrarios a los tuyos mandas a la gente a lavarse los dientes, y yo tengo el cepillo en mi casa y no quiero irme.

—Era una discusión sin sentido, Rodrigo.

—Jimena parecía muy preocupada.

—¡Porque está colada por él y cree a pies juntillas todo lo que le dice!

—No creo que ningún hombre le diga a una niña que está siendo maltratado...

—¿Crees que lo maltrata? —jadeó atónita. No podía estar hablando en serio.

—Por supuesto que no —aseveró. Calix era lo suficientemente mayorcito para saber lo que se hacía, y Jimena estaba muy sensible tras la mala experiencia con David y por eso imaginaba cosas que no eran—. Pero lo cierto es que Jimena tiene razón y casi no sale de casa.

—Eso no puedes saberlo.

—Sí puedo. Cuando vuelvo del trabajo paro en el colmado del padre de Anuja a comprar, y uno de sus chismes favoritos es que Calix apenas baja a la calle. Él cree que es porque está en la gloria en casa viviendo del cuento, pero yo no sé qué pensar. Siempre me ha dado la impresión de que Calix disfruta estando al aire libre, rodeado de gente, aunque no hable mucho. Tal vez está pasando una mala época con Verónica y por eso no sale —expuso—. Y tampoco es que sea de nuestra incumbencia, pero por lo visto la Morosa le ha contado al tendero —dijo refiriéndose a la vecina de la pareja— que discuten mucho y Verónica se pasa el día gritando. Puede que Jimena esté preocupada por eso. No puedes desestimar la inquietud de tu hija sólo porque sus sospechas no se ajustan a lo que te han dicho sobre él.

—¿Desde cuándo estás de parte de mi hija? —inquirió atónita.

—Desde que creo que tiene razón. Verónica está haciendo algo para quitarte las campañas. No es normal que todas vayan a ella.

Gala suspiró abatida.

—Tú también lo piensas, ¿verdad? —intuyó Rodrigo.

—Yo ya no sé qué pensar. Verónica no gana nada llevando mis campañas, no son nada del otro mundo, pero es mucha coincidencia que todas hayan ido a parar a ella... De todas maneras, tampoco puedo evitarlo.

—No te fíes de ella, Gala. Jimena puede tener sus cosas, pero tonta no es, y si no le gusta por algo será.

—No te fíes tanto de su criterio, recuerda que estaba enamorada del matón del barrio.

—Todos cometemos errores.

—¿Cuál fue el tuyo?

—Creer a quien no debía, por eso ahora prefiero formarme mis propias opiniones sin tener en cuenta las de los demás —susurró antes de besarla; había temas en los que no quería entrar.

* * *

Jimena se apartó de la ventana cuando su madre y Rodrigo comenzaron a besarse. ¡Eran unos pesados! Todas las noches, cuando pensaban que estaban dormidas, se

daban el lote como si fueran adolescentes en vez de viejos. Era asqueroso. Normalmente no se molestaba en espiarlos, pero esa noche había salido a la ventana porque quería saber si Rodrigo estaba de su parte, o si sólo se había callado para no discutir con ella durante la cena. Y, oh, sorpresa, estaba de su parte.

¿Quién lo habría pensado? El Estirado era ecuánime con ella, a pesar de que no se llevaban bien, y además se tomaba en serio sus opiniones.

Se sintió extrañamente complacida.

Martes, 14 de noviembre de 2017

—Es la clave para que la venta cruzada tenga éxito —le dijo Gala a la formadora—. Impartirás el curso de capacitación a partir del martes 21 y el lunes siguiente comenzará la campaña.

Se despidió con un gesto y atravesó presurosa la planta en dirección a su mesa, aunque no consiguió llegar tan rápido como pretendía, porque hubo de parar a resolver los incidentes acontecidos mientras estaba reunida, incluso aquellos que le correspondía solventar a su jefe, aunque, claro, ¿cuándo se había molestado él en solucionar nada? Cuando por fin llegó a su mesa, revisó los currículos de los candidatos que había preseleccionado. Sólo un par de ellos tenían experiencia, el resto empezarían de cero. Había ideado una nueva estrategia para esa campaña y no quería perros viejos, sino sangre fresca. Además, a pesar de ser una prueba, quería poner el foco en el WebChat. Era un sistema que a los usuarios les resultaba eficaz y sencillo y podía tener mucho futuro con la estrategia de campaña ágil e innovadora que InBank exigía.

Preparó las entrevistas y actualizó la base de datos y, al terminar, se encontró con Verónica para regresar a casa. Subieron al autobús y, cuando su compañera se congratuló porque Jimena hubiera aceptado a Rodrigo y éste fuera un trabajador y no un vago como su chico, Gala no pudo evitar recordar la última discusión con su hija. Y con Rodrigo.

—Vero, ¿por qué no le dices a Calix que venga mañana a las once? Podría entrevistarle para el puesto de teleoperador en la ampliación de la campaña de InBank.

Verónica la miró sorprendida.

—Calix no tiene ni idea de cómo se trabaja en un *contact center* y no tiene experiencia al teléfono. Es más, lo único que sabe hacer es poner ladrillos y montar pasteles.

—Todos hemos empezado de cero —replicó Gala, decidida a demostrarle a su hija que no estaba tan cerrada a sus peticiones como pensaba, y, de paso, probar así su teoría de que ese hombre era un vago redomado—. Dile que venga mañana, no pierde nada por hacer la entrevista, y si encaja le daría trabajo para que dejara de tocarse los huevos en casa.

—¿Harías eso por mí? —musitó Verónica mirándola emocionada—. ¡Eres maravillosa!

* * *

Miércoles, 15 de noviembre de 2017

—¿Has hablado con Calix? —le preguntó Gala a Verónica al salir del trabajo, pues éste no se había presentado a la entrevista.

—Se lo comenté, pero se ha quedado dormido —suspiró ella abatida—. Lo siento muchísimo. Es un desastre de hombre.

Gala la miró confundida.

—No lo entiendo. Esta mañana te ha acompañado a la parada, como siempre cuando vienes a trabajar, lo que significa que estaba despierto.

—Sí, pero sale a correr un rato y vuelve a la cama —musitó Verónica avergonzada—. Si quieres que te diga la verdad, se pasa el día en la cama o tumbado en el sofá, ya ni siquiera intenta disimular que limpia. Tengo que levantarme antes cada mañana para hacerme la comida que me traigo y, de paso, dejarle algo a él, porque, si no, ni siquiera se molesta en cocinar y come mierda. Tengo la casa hecha una pocilga porque no me da tiempo a todo, y él no mueve un dedo... —se lamentó desesperada.

—Menudo vago —masculló Gala enfadada.

No sabía cómo Verónica podía aguantarlo. Y, desde luego, no le parecía una buena idea contratar a un tipo así. Sin embargo, decidió darle una oportunidad más para, cuando se lo dijera a Jimena, poder afirmar categóricamente que era un vago.

—Está bien, dile que venga mañana con nosotras, así no tendrá excusas para quedarse dormido. Le haré la entrevista a las nueve y veré qué tal se maneja con el programa.

* * *

Jueves, 16 de noviembre de 2017

—¡Ay, mierda! Se me ha olvidado decirte que estoy esperando un paquete de Correos y no puedes faltar de casa hoy —comentó Verónica al encontrarse con Calix en la cocina.

Él levantó la vista de la tortilla que le estaba haciendo para comer.

—No pasa nada, a las nueve en punto estaré aquí para recibirlo —dijo encantado de que confiara en él para recoger su correo.

—¿Y si viene antes? —reclamó Verónica.

—¿Antes de las nueve? Lo dudo, pero si quieres vendré a las ocho y media y no me moveré de aquí hasta que llegue.

—Para llegar a esa hora, mejor no te molestes en regresar, seguramente pasará antes de las ocho y me quedaré sin él —señaló dolida—. Es un paquete muy importante y necesito recibirlo hoy, si llego a saber que iba a molestarte tanto quedarte a esperarlo habría pedido que me lo mandaran a la central de Correos en vez de a casa...

—Claro que no me molesta quedarme, al contrario, estoy encantado de poder hacer algo útil —se apresuró a responder Calix.

—¡Eres maravilloso! —exclamó Verónica saltando sobre él y besándolo como hacía tiempo que no lo besaba. Con cariño, orgullosa de él, de su actitud.

Por lo visto, por fin había hecho algo bien en ese mes, pensó Calix mientras le devolvía el beso con la misma pasión que ella le daba.

Acabaron follando en el suelo de la cocina, y ella lo montó con ganas hasta dejarlo ahído de amor y pasión.

Ya saldría a correr cuando recogiera el paquete, pensó cuando ella se fue sin darle tiempo a asomarse a la puerta y despedirla. El retraso merecía la pena, y mucho, si con eso conseguía que se sintiera orgullosa y le hiciera el amor como se lo había hecho.

* * *

Hacía un frío que pelaba, pensó Calix cuando salió a la terraza. Las temperaturas templadas de las últimas semanas habían devenido en días tan fríos que el aire le cortaba los labios, pero aun así no le importaría estar en la calle, sintiendo el viento contra la cara en lugar de en la terraza. Eran las seis de la tarde y el paquete no había llegado. Menos mal que no había salido a correr, porque, de haberlo hecho, ella pensaría que habían tratado de entregarlo cuando no estaba y le echaría la bronca. No obstante, como sí había estado no podía echarle la culpa de nada. Aunque con Verónica nunca se sabía cómo podía reaccionar, reflexionó nervioso.

Vio a Jimena en la plaza, estaba en la escalera con sus amigas y la panda de chicos, en la que ya no se encontraban David y sus matones; por lo visto, se habían aburrido del barrio y ahora iba por otros lugares, de lo cual se alegraba. Sintió una punzada de pesar al ver que Jimena lo miraba preocupada. Al no salir de casa en todo el día no había podido ir a buscarla al instituto. Pero ella parecía estar bien, así que no pasaba nada.

* * *

—Pues no parece que esté tan enfermo —comentó Gala al ver a Calix en la terraza cuando entraron en la plaza.

—Se le habrá pasado el dolor de cabeza —apuntó Verónica.

—Eso seguro. No sé cómo lo soportas, Vero —dijo Gala sin poder evitarlo. No le gustaba meterse en las relaciones de los demás, pero lo que hacía Calix era de vergüenza.

—Porque estoy enamorada de él. Aunque no lo parezca, es un buen chico, un poco irresponsable, pero lo compensa con pasión y un buen conocimiento de la anatomía femenina.

—No es un irresponsable, es un vago —replicó Gala molesta—. Y no creo que un poco de sexo merezca tanto la pena como para mantenerlo y soportar su... dejadez.

—El amor es libre... y te aseguro que es muy bueno en el sexo —se empeñó Verónica.

—Tú sabrás. Mañana es el último día de entrevistas, dile que venga a cualquier hora —dijo. Si iba a demostrarle a su hija lo gandul que era, no podía haber ni un asomo de duda—. Y dile también que sólo con aparecer lo pondré a prueba un mes... Más ya no puedo hacer.

—Muchas gracias, Gala. Mañana iré a la entrevista. Aunque tenga que llevarlo de los pelos.

* * *

—Al final no ha llegado el paquete —le dijo reticente Calix a Verónica cuando entró en casa.

Había ido diciéndoselo a lo largo del día cada vez que ella lo había llamado, y su respuesta siempre había sido la misma: que tuviera paciencia porque tenía que llegar.

—¡No me lo puedo creer! ¡¿Cómo que no ha llegado?!

—No me he movido de casa en todo el día, lo juro —se apresuró a afirmar a la vez que daba un paso atrás, pues temía pagar la incompetencia del cartero—. He estado atento al telefonillo y también he vigilado desde la terraza por si venía el camión de Correos, pero no ha llegado nada, lo siento mucho, de verdad. Yo no he podido hacer más.

—Qué hijos de puta —masculló ella acercándose a él furiosa—. Te han hecho quedarte en casa para nada, menudos cabrones —afirmó besándolo apasionada—. No sabes cuánto lo siento, te compensaré..., pero antes voy a cantarles las cuarenta —dijo yendo al dormitorio.

Se encerró allí unos minutos y, cuando salió, lucía una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya está solucionado. Vendrán mañana a lo largo del día —anunció escurriendo la mano bajo sus pantalones para agarrársela y comenzar a masturbarlo—. Sé que es pedirte mucho, pero de verdad que necesito ese paquete. ¿Podrías quedarte también

mañana? Sé que te fastidio la hora de correr, y no sabes lo mucho que me revienta — musitó lamiéndole el cuello—. Pero es muy importante para mí...

—No pasa nada, ya correré otro día —gimió cuando ella le dio a su mano un ritmo y una presión especialmente placentera.

* * *

Viernes, 17 de noviembre de 2017

Calix entró aterido de la terraza. Llevaba un par de horas fuera, observando la calle con la excusa de vigilar la llegada del camión de Correos, pero la verdad era que no soportaba estar ni un instante más en casa. Era el segundo día que pasaba encerrado entre cuatro paredes, y el peso de la soledad hacía que le faltara el aliento. Atravesó el salón con rapidez y llegó a la puerta en el mismo momento en que Verónica entraba.

—No sabes cuánto te he echado de menos. —La envolvió entre sus brazos, besándola.

—Estamos impacientes hoy, ¿no? —dijo ella agarrándole el culo codiciosa.

—Mucho —gimió Calix cuando se frotó contra él, aunque se obligó a apartarse para darle las malas noticias. Ya no tenía miedo de que se enfadara, pues el día anterior ella le había demostrado que sabía que no era culpa suya, sino de Correos, y eso lo tranquilizaba—. El paquete no ha llegado, lo siento mucho.

—Qué hijos de puta... Voy a anularlo ahora mismo.

—Si es tan importante para ti podemos esperar a ver si lo traen mañana...

—Tú eres lo más importante para mí —afirmó ella rotunda—. Y ya te han hecho perder dos días. No voy a consentir que se rían de ti otra vez —aseveró antes de besarla apasionada.

* * *

Sábado, 18 de noviembre de 2017

—¿Le has ofrecido trabajo a Calix? —inquirió Jimena atónita—. ¡Muchas gracias, mamá! ¡¡Eres genial!! ¡La mejor madre del mundo! —exclamó dándole un abrazo de oso.

Gala miró a Rodrigo apesadumbrada y éste asintió con la cabeza, instándola a seguir. Él era el único que sabía que Calix no se había presentado a ninguna de las entrevistas. Se lo había contado cada noche, junto con las excusas que le daba

atribulada Verónica. Y, ahora que había llegado la hora de decírselo a su hija, no sabía cómo hacerlo. No quería disgustarla, no ahora que se había convertido en su heroína. Pero no podía dejar que el rubio la engañara por más tiempo.

—Se lo he ofrecido..., pero no lo ha aceptado —susurró reticente. La niña la miró con pasmada incredulidad—. En realidad, ni siquiera se ha molestado en presentarse a las entrevistas. Le di tres oportunidades, a distintas horas, incluso le dije que sólo con aparecer lo contrataría un mes a prueba. Pero no ha aparecido por la empresa.

—No puede ser... —musitó Jimena sintiendo que el corazón se le rompía.

—Lo siento, cariño...

—No pasa nada, él sabrá lo que hace —dijo haciéndose la dura antes de correr a su dormitorio y encerrarse en él.

—Voy a matarlo —masculló Gala tan enfadada que le temblaban las manos.

—No cabe duda de que tiene un don para la manipulación —declaró Rodrigo disgustado—. Ha sabido montar su farsa para parecer una víctima en lugar de un vago. Nos ha engañado a todos...

—A todos no, sólo a Verónica y a Jimena... y, por lo visto, también a ti —masculló Gala.

—Yo no tenía una opinión formada..., y sigo sin tenerla —expuso él frunciendo el ceño—. Hace falta inteligencia para llevar a cabo tal engaño y mucha torpeza para echarlo todo a perder por no presentarse a una simple entrevista —musitó.

—No me digas que vas a intentar justificarlo... —repuso Gala enfadada.

—No tiene justificación posible —sentenció Rodrigo.

* * *

Lunes, 20 de noviembre de 2017

Calix se detuvo sonriente ante el instituto. Tras pasar cuatro días encerrado en casa, el aire polucionado de Madrid le parecía tan maravilloso con la brisa fresca de las montañas. Por fin podía mezclarse con la gente, oír las conversaciones que llenaban el mercado e incluso escuchar los chismes que le contaba el padre de Anuja. Se sentía de nuevo vivo, recuperado de la sobredosis de soledad del jueves y del viernes..., y también de la del fin de semana, porque, aunque Verónica había estado con él y habían hecho el amor sin parar, necesitaba más estímulos para no sentirse aislado.

Sacudió la cabeza al darse cuenta de la estupidez que estaba pensando. No se sentía solo. Tampoco aislado. Con Verónica tenía compañía más que suficiente.

Buscó a Jimena, estaba deseando saber cómo le había ido esos días.

La niña vio a Calix en la esquina, así que despidió a sus amigas y caminó hacia él, quien, por cierto, parecía de lo más feliz.

—¡No quiero volver a verte en mi vida! —le gritó en cuanto llegó a su lado—. ¡Eres un vago y un mentiroso! ¡Te odio!

—¿Qué he hecho? —jadeó pasmado, asumiendo que, fuera lo que fuese lo que hubiese pasado, era culpa suya. Todo era siempre culpa suya.

—¡Mejor di qué no has hecho! —lo increpó empujándolo—. ¿Por qué no te has presentado a las entrevistas?

—¿A qué entrevistas? —inquirió perplejo.

Jimena sintió que su enfado disminuía. ¿Por qué parecía tan confundido?

—A las que preparó mi madre para ti —respondió, y él negó con la cabeza, sin entender a qué se refería—. Está buscando nuevos teleoperadores para una campaña y te preparó unas entrevistas. ¿No lo sabías?

—No.

—Me dijo que te lo había dicho...

Él negó con la cabeza.

—¿La estás llamando mentirosa?

—No, claro que no... —se apresuró a decir con docilidad.

Jimena lo miró con los ojos entornados, dándose cuenta por su expresión de que decía la verdad: no tenía ni idea de qué estaba hablando. Sacó el móvil y llamó a su madre.

—Hola, mamá, no pasa nada, tranquila. Es sólo que tengo una duda... ¿Cómo le dijiste a Calix lo de las entrevistas? ¿Por *e-mail*? —Calix no tenía teléfono, menos aún ordenador, por tanto, tampoco correo electrónico ni WhatsApp, tal vez no hubiera recibido los mensajes—. ¿A Verónica? Vale... Nos vemos luego. —Apagó el teléfono y miró a Calix desolada—. Lo siento...

—No te preocupes, no pasa nada...

—Sí pasa. Mi madre le dijo a Verónica que podía contratarte de teleoperador si te presentabas a una entrevista. Pero imagino que no fuiste porque ella no te lo dijo... ¿Verdad?

Calix la miró perplejo. Eso no podía ser cierto. Verónica no haría algo así.

—No viniste a buscarme el jueves ni el viernes —dijo Jimena atando cabos—. ¿Por qué?

—Tenía que esperar en casa a que trajeran un paquete —musitó él mareado—. Era un paquete muy importante y no podía salir hasta recibirlo.

—Y ¿qué narices era para que mereciera la pena perder un trabajo por ello? —preguntó enfadada.

—No lo sé. Lo anuló porque no vino y no quería que me quedara más días encerrado esperándolo —contestó Calix, sospechando que tal vez no había habido ningún paquete.

—¡Te engañó para que mi madre no pudiera verte y que no te dijera lo de la entrevista! —gritó Jimena—. ¡Qué cabrona!

—¡No! No digas eso de Verónica —la regañó Calix—. Seguro que tenía un motivo...

—¿Como cuál?! —Jimena lo miró atónita al ver que, en lugar de enfadarse, la justificaba.

—Verónica sabe que no... que no soy bueno con las palabras. Me cuesta expresarme y no se me da bien hablar con la gente, y eso es un problema para atender el teléfono —musitó—. Seguramente imaginó que no valdría para el puesto..., un teleoperador tiene que memorizar frases y rutinas para convencer a los clientes, y yo eso no sé hacerlo. No tengo buena cabeza. Seguramente Vero sabía que, en cuanto abriera la boca, tu madre se daría cuenta de lo torpe que soy y no me daría el trabajo y, para evitarme hacer el ridículo, decidió no contármelo.

—Eso no te lo crees ni tú —masculló Jimena pasmada.

—Tengo que creérmelo, Jimena —gimió él antes de dar media vuelta y echar a correr.

Necesitaba pensar, y eso sólo lo conseguía cuando corría.

* * *

—¿Dónde te habías metido? —lo increpó Verónica cuando por fin contestó al teléfono—. Llevo dos horas llamándote. ¿Tienes idea de lo asustada que me siento? ¿De lo mucho que me preocupo cuando no sé dónde estás? Eres un cerdo desconsiderado y... —Se calló ante la pregunta que él le hizo—. No, no te lo dije. Gala quería un perfil muy específico para ese trabajo, alguien con estudios superiores, don de gentes y experiencia en venta cruzada, y tú careces de todo eso. Quería ahorrarte la humillación de que te hiciera la entrevista y no supieras responder a nada. Claro que te quiero, Calix, más que a nada en el mundo. Eres un hombre maravilloso y muy especial. El mejor de todos. Pero debes reconocer que te falta la inteligencia necesaria para realizar ciertos trabajos. De todas maneras, no te preocupes, le pediré que te haga la entrevista. No, ahora no puedes decir que no. Quiero que la hagas y que te pongas en ridículo, y que lo pases mal, y que Gala y todos sus compañeros vean lo estúpido, torpe e incompetente que eres. Estoy deseando ver cómo se ríen de ti —afirmó enfadada—. A ver si así aprendes de una vez por todas a confiar en mí —comenzó a sollozar—. Es la última vez que me preocupo por ti e intento evitar que sufras. Eres un desagradecido. ¿Cómo has podido pensar que no quiero que trabajes? —lo acusó—. ¡Claro que has dicho eso! No intentes arreglarlo ahora. Te he oído perfectamente, no estoy sorda. Eres un desgraciado. Me preocupo por ti, te alimento, te visto, te dejo vivir en mi casa y me lo pagas desconfiando de mí y de lo mucho que te quiero. Creo que no me merezco esto...

Al otro lado de la línea, Calix bajó la mirada arrepentido por no haber confiado en ella. Había metido la pata hasta el fondo... Y esa tarde le tocaría pagarlo.

* * *

Jimena fijó la vista en la terraza del segundo exterior derecha, pero estaba vacía. No había vuelto a ver a Calix desde el mediodía. Se sintió tentada de subir a verlo, pero su madre estaba a punto de llegar y quería hablar con ella cuanto antes.

—¿Qué te pasa, Jime? —le preguntó Gadea derrapando con los patines frente a ella.

—Nada.

—Pues, para no pasarte nada, lleva toda la tarde pasándote.

—¿Por qué no te vas con tus amigas? —intentó largarla ella.

—Porque están estudiando, igual que las tuyas —masculló Gadea—. Es un rollo esto de los exámenes. ¿Por eso estás así? ¿Porque crees que te van a quedar otra vez?

—No me van a quedar y no estoy de ninguna manera, pesada —dijo levantándose del banco al ver entrar a su madre en la plaza. ¡Por fin iba a poder hablar con ella!

Se detuvo al ver que Verónica la acompañaba. Las dos reían mientras se contaban confidencias, como si fueran íntimas amigas. Y Jimena comprendió que, dijera lo que dijese, su madre nunca la creería. Porque Calix era un hombre y Verónica estaba usando la aversión que Gala sentía hacia ellos para contarle mentiras horribles sobre él y ponerla en su contra.

—¿Jime? ¿Qué pasa? —le reclamó Gadea al ver su gesto desesperado.

—Nada. Déjame tranquila.

* * *

—¿Quién te ha dicho lo de la entrevista? —interrogó Verónica en cuanto entró en casa.

—¿Qué más da? Ya lo hemos arreglado, ¿no? —replicó Calix bajando la mirada al suelo.

—Por supuesto que no está arreglado —aseveró ella. Lo agarró del pelo y le dio un fuerte tirón para que subiera la cabeza y la mirara—. ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Qué te importa quién me lo haya dicho? —gruñó Calix enfadado agarrándole la mano para impedir que siguiera tirándole del pelo.

—¡Dímelo! Ha sido la hija de Gala, y no se te ocurra decirme que me equivoco. Has vuelto a verla, ¿verdad? Te la pone dura esa zorrilla —dijo loca de celos dándole un bofetón.

—¡No digas tonterías, es como si fuera mi hermana!

—No te creo. Se te hace la polla agua cuando la ves. No puedes evitarlo. ¡Eres un degenerado! —lo acusó yendo hacia la puerta—. No voy a perderte por culpa de una putita que no sabe mantener las piernas cerradas —sollozó—. Voy a decírselo a Gala, no puedo permitir que esto siga ocurriendo...

—¡No! —gimió abrazándola para impedir que abriera la puerta—. Es una cría, no hay nada que me atraiga de ella —afirmó usando el único argumento que ella aceptaría—. Sólo me gustas tú, Verónica. Es a ti a quien quiero, lo sabes. Sabes que estoy loco por ti. Por favor, no te vayas. No podría vivir sin ti...

—Ni yo sin ti..., pero no puedo soportar que la quieras a ella más que a mí.

—No la quiero, te lo juro.

—Eso espero, porque como te vuelva a ver con ella, se lo diré a Gala y te mandará a la cárcel por pederasta...

Jueves, 23 de noviembre de 2017

Gadea se asomó al cuarto de su hermana y la miró preocupada. Llevaba desde el lunes muy rara, como si tuviera un secreto que no le gustara y no supiera a quién contárselo. Sin pensarlo dos veces, entró en la habitación cerrando la puerta.

—Dime qué te pasa —le reclamó.

—Lárgate, estoy estudiando.

—Te juro por mi honor que si me cuentas lo que te pasa no se lo diré a nadie, y si se lo digo, que me muera —habló muy seria llevándose la mano al corazón.

Jimena la miró sorprendida, y, sin saber por qué, comenzó a hablar. O tal vez sí sabía por qué. Porque la carga que llevaba era muy pesada y su hermana la haría más ligera.

—Llevo desde el lunes sin verlo... —dijo cuando le hubo contado sus sospechas y lo de la entrevista de trabajo—. No viene al *insti* ni me contesta cuando llamo al telefonillo, y sé que está porque lo veo asomarse a la ventana. Creo que le ha prohibido verme.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque yo soy la única que ha podido decirle lo de la entrevista de trabajo, y si él le ha pedido explicaciones, ella habrá atado cabos. Además... —La miró reticente antes de decidirse a enseñarle lo que había estado investigando—. Mira.

Sacó el móvil y puso 016 en el navegador. Apareció la página contra la violencia de género del gobierno de España.

—Mira lo que pone en el Pdf: «Te aísla, te impide relacionarte con familiares o amistades, se pone celoso o provoca una pelea» —leyó Jimena—. He pillado a Calix llamando a su madre desde una cabina, como si no quisiera que ella lo supiera... Y ¿con cuánta gente lo ves hablando en la plaza?

—Ya no baja nunca...

—Pero cuando bajaba tampoco hablaba con nadie. Sólo le quedo yo, y ella no lo deja verme..., como dice aquí —señaló el pdf.

—Pero Calix es grande y fuerte, ella no puede obligarlo a no verte...

—Pues lo ha hecho —aseveró Jimena.

—Y ¿qué vas a hacer? Si se lo dices a mamá, no te creerá...

—No sólo eso. Si se lo digo, se lo contará a Vero y ella se lo hará pagar a Calix, estoy segura —afirmó frustrada. Estaba en un callejón sin salida del que no sabía cómo escapar.

—¿Y si se lo dices a Rodrigo?

—¿Para qué? —inquirió perpleja.

—Está buscando un ayudante para la tienda. Podrías decirle que contratara a Calix.

—Rodrigo jamás me ayudará..., le han hecho un lavado de cerebro con Calix.

—¡A Rodrigo nadie le come el coco! —estalló Gadea—. Él nunca se deja influenciar por nadie, ni siquiera por mamá...

Jimena la miró dubitativa. En eso tenía razón, Rodrigo siempre se formaba sus opiniones sin tener en cuenta las de los demás.

—Si se lo pides tú, tal vez te haga caso —dijo Jimena, pues sabía que al albino le costaba negarle nada a su hermana.

—No. Yo no sabría qué decirle... Tienes que decírselo tú.

—Pero a mí no me hace caso, no nos llevamos bien —repuso Jimena desesperada.

—Ofrécele algo que no pueda rechazar a cambio de su ayuda —sugirió Gadea conspiradora.

—¿Algo como qué?

—¿Qué es lo que único que puede querer de ti? —le preguntó con mirada ladina.

* * *

Rodrigo arqueó una ceja sorprendido cuando, al llegar a casa tras un ajetreado día de trabajo, se encontró con Jimena sentada en la escalera frente a su puerta.

—¿Ha ocurrido algo? —le preguntó con los ojos entornados.

—Quiero hacer un trato contigo —anunció la niña poniéndose en pie, tan regia y orgullosa como su madre. No cabía duda de que iba a ser una mujer de armas tomar.

—¿Qué tipo de trato? Y, lo que es más importante, ¿sabe tu madre que estás aquí?

—Es un trato secreto, por lo que, no, no sabe que estoy aquí ni puede saberlo. Ni ella ni nadie. Sólo lo sabremos Gadea, tú y yo —dijo muy seria.

—Y ¿qué trato es ese que me propones, si puede saberse? —inquirió abriendo la puerta y cediéndole el paso como el caballero que era.

—Gadea me ha dicho que estás buscando un ayudante para la tienda.

—En realidad, busco una cosedora o un oficial de camisero —apuntó, intuyendo por dónde iban a ir los tiros—. Es un puesto muy específico que requiere no poca experiencia.

—Quiero que contrates a Calix —afirmó la niña, ignorando su declaración.

—¿Sabe coser?

—Sí, se arregla la ropa y también sabe planchar y lavar y hacer de todo, se ocupa de su ropa y de la de Verónica y siempre van impolutos, ya lo sabes.

—No es eso lo que me han contado.

—¡Lo que te ha contado Verónica es mentira! ¡Es una cabrona que miente más que habla! —estalló Jimena. No iba a resultar, él tampoco iba a ayudarla.

—Si insultas a una persona para defender a otra, pierdes la razón —señaló Rodrigo.

—Pero ¡es la verdad! ¡Es una mentirosa! Lo está machacando. No lo deja salir con nadie, lo tiene encerrado en casa, no lo deja verme y le pega.

—¿No crees que estás exagerando?

—Le ha pegado al menos un par de veces. ¡Lo he visto!

—¿Has visto cómo le pegaba? —exigió mirándola con incredulidad.

La niña enrojeció.

—No. Cómo lo hacía, no. Pero sí lo he visto con una herida en el labio y el ojo morado. Por favor, tienes que creerme —suplicó desesperada—. Si lo contratas, te prometo que no me interpondré entre mi madre y tú. Incluso fingiré que me caes bien y la animaré para que vaya más en serio contigo —propuso—. Pero, si no lo haces, te prometo que te haré la vida imposible.

—Lo siento, Jimena, pero mis principios me impiden aceptar chantajes de nadie —declaró Rodrigo enfadado abriéndole la puerta—. Adiós.

—Tienes que ayudarme, lo está maltratando y ya no sé a quién acudir —gimió desolada.

Rodrigo la miró, y se parecía tanto a su madre y a su hermana que no pudo ignorarla.

—Cuéntame por qué crees que lo maltrata. Pero, ojo, no supongas ni imagines nada. Quiero que me digas sólo lo que has visto, no lo que has pensado.

* * *

—Y no lo veo desde el lunes. Seguro que Calix le ha dicho lo de la entrevista y ella lo ha castigado sin verme...

—Dudo que nadie, y menos Verónica, pueda castigar a Calix. Ya es mayorcito para acatar órdenes si no quiere hacerlo —dijo Rodrigo muy serio.

—Lo habrá amenazado con algo —insistió Jimena—. Seguro. Él nunca dejaría de venir a buscarme al *insti* sin un buen motivo, es mi amigo y sólo podemos vernos allí.

—¿Con qué crees que puede amenazarlo? —replicó escéptico. Jimena lo miró abatida—. Mirémoslo de otra manera, ¿qué interés puede tener Verónica en que no te vea?

—Quiere alejarlo de todos, aislarlo, para poder maltratarlo sin impedimentos. Por eso tampoco lo deja trabajar, es una manera de tenerlo sometido.

—Dudo que no lo deje trabajar, no les sobra el dinero, y un sueldo más no les vendría nada mal.

—No has creído nada de lo que te he dicho... —murmuró Jimena derrumbada.

—Claro que te creo. Estoy seguro de que has visto todo lo que me has contado, pero no creo que la explicación que le das sea la correcta. No habrá ido a verte por

algún motivo más sólido que porque Verónica lo haya castigado, y si no habla con sus padres tal vez sea porque haya discutido con ellos, y el ojo morado se deberá a algún golpe que se haya dado, que es exactamente lo que te dijo —señaló.

—Sé que no es así..., pero no puedo convencer a nadie —dijo desolada—. Lo está convirtiendo en una sombra de lo que era y nadie se da cuenta... —musitó, y de repente una chispa de esperanza iluminó sus ojos—. ¿Cuánto hace que no lo ves?

—No lo sé. Un par de meses, tal vez más. —Aunque, según lo decía, se dio cuenta de que hacía mucho más tiempo. Al menos, desde antes del verano.

El trabajo lo había mantenido tan ocupado que ya casi no paraba en la plaza, y, ahora que lo pensaba, Calix tampoco se prodigaba mucho por allí.

—Sube a verlo. Habla con él.

—¿Para qué?

—Porque es como lo de las ranas que nos han contado en biología... Si metes una en agua fría y la vas calentando, la rana se habitúa y no se da cuenta cuando el agua empieza a hervir y se muere, pero si la echas en agua hirviendo, intenta huir. Pues esto es igual. Como todos lo ven a diario unos minutos cuando baja a comprar, nadie se da cuenta de lo mucho que ha cambiado, de cómo camina con la mirada baja y de que ya no habla con nadie, porque ha ido transformándose poco a poco. Pero tú no lo has visto en mucho tiempo... Seguro que te das cuenta de lo que le pasa si lo ves —expuso desesperada agarrándose a un clavo ardiendo. Tenía que verlo, porque, si lo veía, la creería.

Rodrigo sonrió enternecido por su preocupación.

—Y ¿qué propones que haga? ¿Me presento en su casa y le pregunto amablemente si me deja entrar para ver si lo están maltratando?

—¿Cómo puedes bromear con algo así? —masculló Jimena mirándolo decepcionada.

—Perdona, tienes razón —se disculpó él. Puede que no la creyera, pero eso no era óbice para no comportarse con la seriedad requerida ante un tema tan serio—. No me importaría subir a verlo, pero lo cierto es que no me une a él ninguna amistad, por ligera que sea, que me dé la excusa para ir a su casa sin ser invitado...

—Podrías subir y pedirle huevos. No te vendrán mal, ya que tú no tienes —dijo enfadada al darse cuenta de que él tampoco iba a mover un dedo para ayudarla—. Gracias por nada.

Fue a la puerta, la abrió y salió al rellano, pero antes de cerrar lo miró muy seria.

—No le digas a mamá que hemos hablado de esto, no quiero que se lo diga a Verónica y ella le haga la vida más imposible aún a Calix —suplicó con el corazón en los ojos.

Rodrigo asintió, aceptando su petición.

Lunes, 27 de noviembre de 2017

—No creas que no sé lo mucho que te molesta hacer camisas chillonas —comentó Lavinia—. Se te nota en la cara. Es como si llevaras estreñado varias semanas y se te hubiera quedado el ceño fruncido de tanto apretar.

—Una descripción muy ilustrativa, tal vez demasiado —declaró Rodrigo mientras envolvía la camisa—. Me esforzaré en relajar el ceño cuando le muestre los nuevos tejidos —apuntó esbozando una sonrisa ladina. Esa mañana, Lavinia estaba muy dicharachera.

—No seas majadero, ni siquiera intentarás disimularlo —rebató ella—. Pero eso es lo que más me gusta de ti. Que eres sincero pese a quien le pese y jamás te molestas en aparentar otra cosa que lo que sientes. Y, a pesar de lo mucho que te escandalizamos con nuestras peticiones, lo cierto es que te caemos bien.

—No puedo negar que he aprendido a quererlos.

—Y nosotros a ti. Cuando entré aquí por primera vez pensé que eras un estirado insoportable, y reconozco que si me empeñé en que me hicieras las camisas fue por darme el gusto de demostrarte que una gitana rumana podía comprarte con su dinero..., pero entonces te transformaste y nos ofreciste lo mejor que tenías. Las mejores hechuras, los mejores géneros, toda tu maestría y tu atención..., y no has dejado de hacerlo desde entonces. Sin importarte que no entendiéramos de géneros, de hechuras ni de maestría. Nos has aconsejado y enseñado con paciencia y sin mentir. Y eso es algo que no he encontrado nunca.

—Me temo que está exagerando. ¿Tal vez la cercanía de la Navidad la hace sentirse más sensible?

—Me sobra el dinero, Rodrigo. Puedo comprar lo que quiera menos sinceridad y clase —prosiguió ella, ignorándolo—. La primera vez que entré aquí no te mentí. Llevaba meses buscando una camisería que me hiciera camisas para mi marido y mi esposo. Soy rumana y gitana, mala combinación para ser cliente de un negocio tan clasista como éste. Y, sin embargo, tú, a pesar del desagrado que te causaban nuestras peticiones, accediste y nos trataste como a reyes. Al principio pensé que te hacía falta el dinero.

—Algo que nunca viene mal.

—Pero ahora te sobra y sigues atendiéndonos igual. A mí y a cualquiera que entre aquí. Es intrínseco en ti. Das lo mejor en tu trabajo, sin importarte a quién vaya dirigido. Y muy pocas personas hacen eso. Te juzgué mal, y lo siento. Sólo quería decirte que te agradezco mucho que nunca te hayas dejado llevar por los prejuicios —

dijo yendo hacia la puerta—. Y, sí, has dado en el clavo, la Navidad me pone muy sensibilera.

Rodrigo sonrió al oír su última frase, aunque no pudo evitar pensar que tal vez sí se dejaba llevar por los prejuicios. Y que tal vez estaba ignorando la petición de ayuda de una niña porque tenía una opinión formada sobre un hombre al que apenas conocía.

* * *

Salió del ascensor y estaba a punto de abrir la puerta de su casa cuando lo pensó mejor y enfiló la escalera, decidido a demostrarle a Jimena que tenía huevos de sobra, aunque ésa fuera justo la excusa que iba a darle a Calix para entrar en su casa y echarle un vistazo.

Llegó al segundo exterior y llamó al timbre.

—¿Le ha pasado algo a Jimena? —inquirió Calix preocupado al abrir y verlo allí.

—No. —Rodrigo olvidó la excusa de los huevos al ver al hombre que estaba frente a él.

Tal vez Jimena tenía razón en su teoría de las ranas.

Calix estaba muy delgado; más que eso, parecía demacrado. Se le habían afilado los ángulos de la cara, los pómulos sobresalían y tenía oscuras ojeras. Pero fue su mirada huidiza y su postura encorvada lo que más lo impresionó. Era incapaz de reconocer en ese hombre de aspecto derrotado al joven atractivo y seguro de sí mismo que antaño había sido.

—¿Qué quieres? —le preguntó Calix mirándolo confundido.

—Venía a pedirte... —Se detuvo antes de decir «huevos»—. ¿Puedo pasar? No me gusta hablar en el rellano.

Calix lo pensó un instante antes de apartarse de la puerta invitándolo a entrar.

Rodrigo lo siguió hasta el salón, sorprendido de encontrarse la casa tan limpia y ordenada como un museo. Era lo último que había imaginado, dado lo que Verónica le contaba a Gala, y que ésta, a su vez, le trasladaba a él. Debía de haber tenido mucha suerte, porque, además de la casa limpia, también olía a comida recién hecha, y el olor era delicioso. Y eso a pesar de que, supuestamente, Calix no cocinaba y se pasaba el día tumbado.

—¿Te he pillado haciendo la comida?

—Más o menos —murmuró él señalándole el sillón para que se sentara—. Estoy preparando una empanada para comer mañana y un pastel de carne para esta noche.

—Huele muy bien.

—Gracias. Espero que sepa todavía mejor. ¿Necesitas algo? —le preguntó nervioso. A Verónica no le gustaba que dejara entrar a nadie en casa.

—Verás, no sé si Jimena te ha contado que...

—No veo a Jimena desde hace tiempo —lo interrumpió Calix poniéndose tenso—. Ya no coincidimos en la plaza y tampoco cuando voy a comprar. Si Gala te ha dicho otra cosa es mentira. Ya no veo nunca a Jimena —reiteró acorralado—. Siempre me mantengo lejos...

—Por supuesto. —Rodrigo lo miró atónito por su reacción. ¿A qué venía esa angustia? Un pensamiento se coló en su cabeza. ¿Y si Jimena no se equivocaba al pensar que Verónica lo amenazaba? ¿Y si sus sospechas no eran desvaríos de una niña con exceso de imaginación?—. Estoy buscando un aprendiz. Tengo mucho trabajo y necesito a alguien que me ayude a atender a los clientes a la vez que aprende el oficio. No sé si estarías interesado.

—¿En trabajar? —jadeó él atónito. ¿Le estaba ofreciendo trabajo? ¿A él?—. Claro que sí. Puedo hacer cualquier cosa, aprendo rápido —declaró entusiasmado.

—Estarías un mes a prueba para ver qué tal te desenvuelves y, si encajas en la camisería, te haría un contrato. ¿Te parece bien?

—Por supuesto —aceptó vehemente.

—Empezarías mañana...

—Sin problema. Sólo dime la hora y allí estaré —dijo ilusionado.

—Me alegro de que tengas tanta disponibilidad —comentó Rodrigo contagiándose de su entusiasmo—. Trabajamos de lunes a viernes de diez a dos y de cinco y media a ocho, y los sábados por la mañana.

—De cinco y media a ocho —musitó Calix perdiendo el entusiasmo. A Verónica no le iba a gustar nada ese horario.

—¿Algún problema? —inquirió Rodrigo al ver su gesto desanimado.

—No, en absoluto.

Conseguiría ese trabajo y lo conservaría costara lo que costase. No podía seguir dependiendo de Verónica, tenía que recuperar su autonomía y demostrarle que era un hombre que podía trabajar y no un pusilánime como ella pensaba.

—La camisería está a pocas paradas de metro, iremos juntos. Te espero mañana en el portal a las nueve y cuarto...

—¿Vamos a ir en metro? —preguntó Calix casi sin voz. No tenía dinero para pagar el billete, y por experiencia sabía que Verónica no iba a dárselo.

—Eso pretendo —contestó Rodrigo confundido. ¿Qué problema había en eso?

—Prefiero ir andando.

—Hay casi tres cuartos de hora hasta allí —dijo Rodrigo perplejo.

—No me importa. Me gusta andar.

—No puedes aparecer en la camisería vestido con un chándal... —le advirtió al intuir que tal vez pensara salir a correr y luego ir a la tienda.

—Claro que no. Iré bien vestido, pero dando un paseo —se empeñó Calix.

—Como prefieras. Apunta la dirección...

Calix buscó un folio y, mientras apuntaba, pensó que tendría que decírselo a Verónica. Y que ella se iba a poner como una fiera cuando le dijera el horario. Se

estremeció. Se enfadaría mucho..., o tal vez ya estaría enfadada. Quizá Gala lo supiera y se lo hubiera dicho. Y, si era así, Verónica, como era su amiga, se vería obligada a ser sincera y decirle lo desastroso que era y la poca cabeza que tenía, y entonces Gala se lo diría a Rodrigo y éste no le haría la prueba. Y nunca podría demostrarle que sí podía trabajar, que era capaz de aprender, a pesar de ser un estúpido cabeza hueca.

—¿Algún problema? —le preguntó Rodrigo al ver que sus manos comenzaban a temblar.

—¿Lo sabe Gala? —musitó Calix.

—¿El qué?

—Que vas a hacerme una prueba para trabajar...

—No. Ha sido algo imprevisto, no lo he pensado hasta hace unos minutos.

—No se lo digas, por favor.

—¿Por qué?

Calix paseó la mirada por el salón mientras pensaba una excusa a toda velocidad.

—Quiero que sea una sorpresa para Vero. —Y desde luego que iba a serlo—. Y si Gala se lo dice, ya no se sorprendería...

—Está bien, lo mantendré en secreto.

—Gracias —susurró Calix con tal expresión de alivio que Rodrigo no dudó ni por un momento de que le había mentado. Ese hombre no quería darle una sorpresa a su novia, más bien parecía lo contrario.

—Nos vemos mañana, en la tienda —dijo levantándose del sillón y tendiéndole la mano.

—Allí estaré —aseveró Calix estrechándosela. Se quedó paralizado en mitad del apretón cuando sonó el teléfono—. Es Verónica, tengo que contestar... Nos vemos mañana —se despidió nervioso yendo presuroso a por el teléfono—. Hola, cariño. Sí, claro que te he echado de menos. Sólo he bajado a comprar y me he dado prisa en subir, te lo prometo —murmuró mientras le dirigía una avergonzada mirada al albino.

Rodrigo lo miró extrañado. ¿Verónica lo llamaba para saber si había bajado a la calle y lo que tardaba en subir? Se despidió con un gesto y se marchó, pero, en vez de bajar a su casa, subió al tercero. Jimena ya habría salido del instituto y estaría comiendo en casa de Eva.

—¿Pasa algo? —inquirió Eva sorprendida cuando le abrió la puerta. Era la primera vez que el albino subía a su casa.

—Tengo una duda que sólo Jimena puede resolver...

—Está comiendo...

—¡Ya he acabado! —exclamó la niña asomándose a la puerta—. ¿Qué quieres?

—He ido a comprar huevos y quería comentarte un par de cosas sobre la manera de cocinarlos.

Jimena lo miró asombrada antes de agarrarle la mano y tirar de él haciéndolo pasar.

—¡Es para un trabajo de ciencias! —le gritó a Eva antes de encerrarse en su cuarto con él—. ¿Has visto a Calix?

—Enséñame la página sobre el maltrato que me comentaste el jueves —le pidió Rodrigo.

* * *

Calix colgó el teléfono y se pasó las manos por el pelo, sintiéndose culpable y mezquino. No le había dicho nada a Verónica del trabajo. Le había mentido por omisión y defraudado su confianza. Pero no podía arriesgarse a que hablara con Gala y Rodrigo y les dijera lo inútil que era. Aunque no era que fuera a tardar mucho en descubrir su despreciable engaño. En cuanto lo llamara un par de veces y no contestara, se percataría de que algo ocurría. Empalideció al darse cuenta de que no podía estar todo el día fuera de casa sin decírselo. Se preocuparía por él y se asustaría. No podía hacerle eso a Verónica, la quería. Pero tampoco podía decirle nada antes de intentar demostrarle a Rodrigo que podía hacer el trabajo.

Se meció en el sillón adelante y atrás, buscando una salida al conflicto. Pero sólo tenía esa oportunidad, y no podía desaprovecharla.

Se levantó presuroso y fue al armario. Eligió sus mejores prendas, se las probó y les cogió pinzas con alfileres al ver que le quedaban grandes. Las cosió ajustándoselas y luego las planchó, dejándolas de nuevo impecables. Luego buscó un cuaderno en el que apuntar las indicaciones que le diera Rodrigo. Así se aseguraría de no olvidar nada a pesar de su mala cabeza. No encontró ninguno, por lo que grapó un montón de folios; con eso valdría.

Martes, 28 de noviembre de 2017

—Hoy voy a pasar fuera todo el día —musitó Calix cuando Verónica se puso el abrigo, cogió su bolso y agarró el pomo para abrir la puerta, pues ya era la hora de irse a trabajar.

Ella se detuvo, mirándolo sorprendida.

—¿Qué has dicho? Creo que no te he oído bien. —A pesar del suave tono empleado, su voz sonó amenazadora.

—Me ha salido un trabajo y voy a pasar el día fuera, trabajando. Salgo a las ocho, así que estaré aquí sobre las ocho y media —dijo Calix con un hilo de voz.

—¿Te ha salido trabajo? No me habías dicho nada.

—Me salió ayer y quería darte una sorpresa, por eso no te lo he dicho. Pero he pensado que si no contestaba a tus llamadas te ibas a preocupar...

—Y ¿de qué vas a trabajar? ¿De barrendero o algo por el estilo? —preguntó burlona, recordándole la escasa capacitación que tenía.

—Rodrigo me ha ofrecido trabajo de ayudante en su camisería.

Ella lo miró de arriba abajo y se echó a reír.

—Pero ¿tú te has mirado al espejo? —le soltó sin parar de reír—. Rodrigo tiene una camisería artesanal y vende camisas para gente con clase, ¿qué pintas tú allí, vestido como un pobretón?

Calix bajó la mirada y observó su ropa. Se había esmerado en limpiar los zapatos hasta hacerlos brillar y planchado la ropa hasta dejarla perfecta. Pero ella tenía razón, parecía un pordiosero. La ropa le quedaba grande, estaba demasiado usada y no tenía clase. Igual que él.

—Y eso que llevas en la mano, ¿qué es?

—Un cuaderno...

—¿Esos folios mal grapados son un cuaderno? Dios santo, Calix, das vergüenza ajena —murmuró desdeñosa—. ¿Vas a apuntar en él todo lo que te diga como hacen los niños en el colegio? Por favor, no seas ridículo —se burló para luego ponerse muy seria—. Sabes que nunca conseguirás trabajar con Rodrigo, te falta su clase y su elegancia innata. Se reirá de ti y te echará a patadas. Haz lo que quieras, pero si quieres ahorrarte la humillación, llámalo ahora y dile que lo has pensado mejor —le aconsejó.

Abrió la puerta y se marchó sin esperar a que la acompañara como hacía cada mañana.

Calix observó su imagen en el espejo. Ella tenía razón. Iba a hacer el ridículo. Sólo era un cabeza hueca atractivo que lo único que sabía hacer bien era follar. Y,

últimamente, ni eso. Dejó los estúpidos folios grapados en el aparador y fue al dormitorio para cambiarse de ropa y salir a correr. Era lo único para lo que valía.

Acababa de desabrocharse el primer botón de la camisa cuando sonó el timbre. Regresó presuroso a la puerta, intuyendo que Verónica había olvidado algo.

—Rodrigo me ha dicho que hoy empiezas a trabajar con él —musitó Jimena ilusionada.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí, pero ya sé que es un secreto y no puedo decírselo a nadie, tranquilo —lo informó mirándolo de arriba abajo—. ¡Estás chulísimo! Se va a quedar pasmado cuando te vea —auguró entusiasmada dando vueltas a su alrededor—. Madre mía, si los zapatos brillan tanto que parecen de charol ¡qué fuerte! —Dio palmas encantada—. Se te va a dar de miedo. Ya lo verás...

—No sé yo... No tengo lo que se dice don de gentes.

—Claro que lo tienes, eres un vendedor nato. A mí me convenciste para que hablara con mi madre y eso era imposible, así que no te va a costar nada convencer a los clientes de que compren las camisas. Y menos vestido así, todos querrán parecerse a ti y te harán caso, ya lo verás —exclamó arrebatada a la vez que abría la mochila y sacaba algo—. Toma. Es para que te dé suerte —dijo tendiéndole un paquete—. Bueno, en realidad es para que apuntes las cosas... A mí me sirve de mucho cuando damos temas nuevos en clase. Tengo que irme al *insti* o llegaré tarde. ¡Mucha suerte! —le deseó antes de darle un beso en la mejilla y salir corriendo escaleras abajo.

Calix observó el paquete pasmado. Entró en casa y lo abrió. Dentro había un cuaderno tamaño cuartilla con las tapas duras. Y Jimena había escrito una frase en él y pintado un montón de corazones rodeándola:

Cuaderno para el éxito. No vale intentarlo, tienes que hacerlo.

Leyó la frase un par de veces y luego se abrochó el botón de la camisa, se puso la americana y, aferrando su nuevo amuleto entre los dedos, salió de casa.

* * *

Rodrigo llegó a la tienda a las nueve y media y se encontró con Calix mirando ensimismado el escaparate.

—Buenos días, veo que la puntualidad no va a ser un problema —apuntó complacido.

—No se tarda cuarenta minutos —dijo Calix sonriente—, sólo media hora a buen paso.

Rodrigo lo observó de arriba abajo, deteniéndose en el cuaderno infantil que sujetaba. Era muy del estilo de Jimena. Sonrió al recordar su alegría cuando le había

dado la noticia.

—Una forma de hacer el nudo muy original —comentó señalando su corbata antes de subir la reja y abrir la puerta.

—Sí, este verano no tenía mucho que hacer y me entretuve en replicar los nudos de las películas antiguas. Soy casi un experto —explicó Calix orgulloso.

—¿Lo sacaste tú solo?

—Sí, aunque me costó muchas pruebas —confesó.

—Impresionante. Es un nudo Eldredge, uno de los más complicados que hay —afirmó observándolo con atención. Parecía distinto, como tuviera más vida. Y menos miedo—. Me gusta tu elección de vestuario, es bastante adecuada —aprobó—. Buena combinación de colores, imprime seriedad sin resultar aburrida.

—Es mi uniforme para hacer entrevistas de trabajo —reconoció Calix sin pensar mientras recorría la tienda. Era magnífica. Aunaba clase, elegancia y cercanía. Era imposible no sentirse bien allí.

—Pensaba que no estabas buscando trabajo —dijo Rodrigo extrañado. Gala le había dicho lo contrario. Aunque estaba descubriendo que nada de lo que creían cierto era verdad.

—Sí, claro que busco. Pero es complicado encontrarlo. No tengo ninguna cualificación y los turnos que me ofrecen son incompatibles con el horario de Verónica —musitó Calix contemplado embelesado la vitrina que exponía las camisas—. ¿Las has hecho tú?

—Así es. Ceremonia, formal, *sport*, director... —Fue señalándolas—. ¿Qué tiene que ver el horario de Verónica con la dificultad en encontrar trabajo?

—A Vero no le gusta que falte de casa cuando está ella —respondió Calix observando intrigado la última camisa de la vitrina—. ¿Lleva los calzoncillos incluidos?

—Es una camisa de director de orquesta, debe quedarse en su sitio cuando éste alza la batuta —explicó Rodrigo intrigado por su respuesta. Había algo en la manera en que lo había dicho, como aceptando un hecho ineludible, que no le gustaba nada.

—¿Cuál será mi trabajo exactamente? —inquirió Calix al darse cuenta de que Verónica tenía razón. Allí no pintaba nada. Demasiada clase y elegancia para un simplón como él.

—Si te soy sincero, no lo sé —admitió Rodrigo—. Estoy desbordado de trabajo y necesito ayuda, pero tú no tienes aún los conocimientos necesarios para proporcionármela.

—Puedo aprender —afirmó Calix apretando el cuaderno entre los dedos.

—No lo dudo. Lo que no sé es si yo seré capaz de enseñarte. Nunca he tenido un aprendiz, y debo reconocer que mi paciencia no sólo es finita, sino también escasa. Pero eso no significa que no vaya a intentarlo —aseveró—. Acompáñame, te enseñaré el taller.

* * *

—Oxford, Royal Oxford y Oxford Pin Point —musitó Calix escribiendo en el cuaderno—. Hilo de trama en color y urdimbre blanca. La Royal es la más refinada. —Miró a Amalia, quien asintió arrancándole una sonrisa—. Parece que lo voy pillando. ¿Podrías darme algún retal de...? Gracias, Rosalía, estás en todo —comentó cuando ésta le tendió tres trozos de tela correspondientes a los tejidos que acababa de reseñar en el cuaderno. Los grapó en la hoja, cada uno en su apunte, y tocó ensimismado dos trozos de tela—. El Oxford es muy similar al popelín, ¿verdad?

—Así es —asintió Rodrigo—. El Oxford es un trenzado un poco más grueso y se utiliza en camisas informales, mientras que el popelín se usa en camisas formales y de ceremonia.

—Lo tengo. Y el viyela es una mezcla de algodón y lana, de invierno y perfecto para pieles sensibles —dijo mientras tocaba la tela correspondiente a ese trenzado—. Me falta un *fil-à-fil* —murmuró. Rodrigo se lo tendió—. Gracias. Para verano, ¿verdad? Perfecto para camisas de colores vivos..., éste seguro que es el favorito de tus clientes —bromeó.

—No lo dudes —convino Rodrigo mirando el reloj—. Vaya, son casi las ocho y cuarto...

—Tengo que irme. No puedo llegar muy tarde a casa —gimió Calix—. ¿Vengo mañana a la misma hora? —le preguntó nervioso, pues no sabía si estaba conforme con su trabajo.

—Por supuesto. Por cierto, anuncian lluvia, ¿vas a venir andando?

—Para algo están los paraguas. Estaré aquí a las nueve y media —anunció Calix antes de irse.

—Es una esponja —observó Amalia cuando Calix se fue—. Pilla los conceptos al vuelo.

—Y no los suelta —apuntó Rosalía.

—Y, además, es muy guapo y os tiene obnubiladas —señaló Rodrigo—. Será un vendedor estupendo si se lo propone y se esfuerza.

¡Lo había conseguido! Estaba seguro. Rodrigo estaba contento con él y no se había dado cuenta de lo inútil que era. Abrazó con fuerza el cuaderno, no podía perderlo, había escrito en él todo lo que le habían enseñado. Esa noche, en cuanto tuviera un segundo libre, lo estudiaría hasta aprendérselo. Lo iba a hacer tan bien que no querrían despedirlo nunca. Y Verónica tendría que darse cuenta de su logro y enorgullecerse de él.

Apresuró el paso deseando llegar a casa para contárselo.

* * *

—¿Cariño? ¿Dónde estás? —la llamó nada más entrar en el piso. No obtuvo respuesta, pero el olor a café recién hecho le dio la pista que necesitaba para encontrarla.

Dejó la americana en el respaldo de una silla del comedor para que no se arrugara ni se manchara, soltó el cuaderno en la mesa y fue directo a la cocina.

—Vero, ¿a que no sabes qué? —exclamó feliz al entrar. Su chica estaba cocinando algo delicioso y él había conseguido trabajo. No podía ser un momento más perfecto.

—¿Dónde coño te habías metido? —lo exhortó enfadada—. ¡Deberías haber llegado hace horas!

—Te dije que llegaría sobre las ocho y media —respondió perplejo por la regañina.

—Y son las nueve menos diez —lo increpó dándole un empujón.

—Me despisté y salí un poco más tarde. Lo siento muchísimo.

—¿Te despistaste? Sabes que estoy sola en casa, esperándote, ¿y te despistas? ¿Eso es todo lo que te importo?

—No, pero...

—Yo jamás me despisto. Vengo tan rápido como puedo para estar contigo. Y tú, en cuanto encuentras trabajo, te olvidas de mí... Ya veo lo mucho que me quieres.

—No he podido hacer nada por evitarlo...

—Claro que no. Eres un idiota con el cerebro de mosquito, no se te puede pedir más.

—Ya basta, Vero, por favor —suplicó abatido—. Estaba deseando llegar a casa para compartir contigo que tengo trabajo..., no para discutir por haber llegado tarde.

—A mí no te me pongas chulo —le reclamó dándole un bofetón, con tan mala suerte que uno de los anillos se le giró y la piedra le hirió la mejilla—. No eres más

que un niño consentido que sólo piensa en sí mismo. Ojalá no te hubiera conocido nunca.

Calix se dio media vuelta para marcharse, no le apetecía seguir escuchándola, sabía de sobra cómo iba a continuar la discusión y ya tenía una herida en la mejilla, no le apetecía acabar también con dolor de cabeza por los tirones de pelo.

—¡A mí no me des la espalda, cabrón! —gritó arrojándole lo que tenía más a mano.

Calix trastabilló al notar un fuerte golpe en el hombro y un intenso calor resbalando por su espalda. Se dio la vuelta confundido. ¿Qué coño le había tirado? Se volvió, vio la vieja cafetera de metal en el suelo y comprendió que lo que le quemaba la espalda era café.

—¡Joder!

—No seas quejica, no ha podido quemarte tanto, lleva hecho más de diez minutos —le espetó Verónica despectiva.

—Era mi único pantalón decente. ¿Qué voy a ponerme mañana para ir a trabajar? —jadeó desesperado al ver la ropa manchada. Camisas tenía más, pero pantalones de vestir, no.

—No digas chorradas, tienes un montón de ropa.

—¡Todo vaqueros!

—¡A mí no me grites! —estalló ella—. Todo esto es culpa tuya, si hubieras estado a tu hora no me habría enfadado y no te habría tirado la cafetera.

—No pasa nada —musitó Calix respirando hondo para calmarse.

De nada servía ponerse nervioso. Aún tenía tiempo. Podía lavarlos y colgarlos cerca de algún radiador. Se secarían durante la noche y a la mañana siguiente se levantarían un poco antes para plancharlos y quedarían perfectos. Se los quitó y fue al lavabo.

—¿Se puede saber qué haces? Has dejado el suelo hecho un asco y te pones a lavar los pantalones... ¿Eres idiota o qué?

—Ahora lo recojo —dijo Calix asegurándose de que no quedaran manchas para luego quitarse la camisa y lavarla también.

—Ya veo cómo lo recoges —se burló ella.

—Verónica, por favor, tengo que lavar las manchas de café antes de que se sequen o me costará el doble quitarlas. Déjame tranquilo, en cuanto acabe limpiaré el suelo.

Ella lo miró perpleja por su respuesta.

—Estamos respondones hoy... —masculló frustrada—. Muy bien, haz lo que te salga de las narices, voy a ver la tele. —Y se fue al salón.

Un rato después le gritó desde la puerta que iba a bajar la basura.

Calix la ignoró, acabó de lavar las prendas y las colgó con esmero. Limpió el suelo, el hombro golpeado lanzando dardos de dolor, y cuando terminó se metió bajo la ducha, tal vez el agua le calmara el golpe.

—Sé que eres superficial y voluble. Y lo acepto —expuso Verónica poco después, entrando con él en la ducha y colocándose a su espalda. Deslizó las manos por su vientre, las uñas trazando senderos de dolor y placer.

Calix apretó los labios asqueado al sentir que comenzaba a excitarse bajo sus caricias. Daba igual lo enfadado que estuviera o lo mal que se sintiera, siempre se excitaba. Era como si tuviera un chip en la cabeza y, cada vez que ella lo tocaba de cierta manera, se encendiera.

—Me enamoré de ti sabiendo la poca materia gris que tienes en el cerebro, pero eso no significa que no me sienta mal cuando me haces daño, aunque lo hagas de manera inconsciente —prosiguió Verónica. Le agarró la polla, apretándosela, y comenzó a masturbarlo.

Calix cerró los ojos avergonzado al notar que su pene se engrosaba aún más a pesar de que, mientras con una mano lo acariciaba dándole placer, con la otra le arañaba el torso causándole dolor. ¿Qué había mal en él para que se excitara con el dolor? Antes no era así.

Le pellizcó con fuerza una tetilla, instándolo a que se diera la vuelta, y él no dudó en obedecer.

—Te quiero —susurró Verónica lamiéndole el cuello mientras sus manos le trabajaban la polla—. He hablado esta tarde con Gala, le he comentado que Rodrigo te estaba haciendo una prueba como aprendiz y le he pedido que hable con él y le insista para que te trate bien y sea bueno contigo... —Acto seguido, se inclinó para lamerle los arañazos del torso.

—¿De verdad has hecho eso por mí?

—Te quiero, Calix, sólo deseo lo mejor para ti. ¿Cómo puedes dudarlo? —inquirió molesta antes de morderle con fuerza una tetilla.

No lo soltó hasta que él gimió de dolor.

—No vuelvas a dudar de mí, Calix —le advirtió arrodillándose despacio para lamerle el vientre.

Le dio suaves mordiscos en el pubis y el interior de los muslos, le sopló en los testículos y el glande y, cuando estuvo tan tenso y duro que no pudo evitar mecer las caderas buscándola, se lo metió en la boca.

Él apoyó las manos en la pared al sentir los dedos de Verónica escalando por sus costados mientras se la comía despacio. Incrementó la succión, mamándosela lujuriosa, y cuando Calix gruñó de placer le clavó las uñas en la espalda y bajó arañándole la piel, mezclando el placer y el dolor hasta que él se corrió entre espasmos.

Luego fue él quien se arrodilló para darle placer con la boca mientras el agua limpiaba de su espalda las líneas carmesís que había trazado.

* * *

Miércoles, 29 de noviembre de 2017

Calix miró desolado los pantalones. Tenían una enorme mancha de café en la entrepierna. ¿Cómo no se había dado cuenta al lavarlos? Había tenido mucho cuidado, pero por lo visto no el suficiente. Lo que no lograba entender era cómo se había manchado el delantero si la cafetera le había impactado en la espalda.

—No me has preparado la comida —lo acusó Verónica disgustada entrando en el salón.

—Te he hecho un sándwich club —repuso sin prestarle atención. La mancha estaba seca y quitarla iba a requerir más tiempo del que disponía. Lo mejor era buscarse otro pantalón.

—Y ¿crees que eso es suficiente para estar todo el día fuera de casa? Desde luego, ya veo lo mucho que me quieres. Tanto que no te molestas en hacerme un almuerzo decente.

—Lo siento, me ha pillado el toro, pero esta noche, nada más llegar, me pondré a hacer las cosas y lo dejaré todo preparado para mañana, te lo prometo —dijo sintiéndose mal.

Su trabajo era preparar la comida y se le había olvidado por completo, de ahí que le hubiera hecho un sándwich. Se acercó a ella para darle un beso con sabor a culpabilidad.

—Estás siendo aún más desastroso de lo habitual —lo acusó malhumorada—. ¿No vas a bajar a correr? —le preguntó extrañada al ver que no estaba aún vestido.

—No. Ayer no me dio tiempo a estudiar los apuntes, así que voy a aprovechar este rato para hacerlo —explicó mientras buscaba el cuaderno en la mesa. Pero no estaba donde lo había dejado. O donde recordaba haberlo dejado, porque con su mala cabeza era muy posible que lo hubiese dejado en cualquier otro lado.

—No estudiaste porque estuviste metido en actividades más interesantes —señaló ella repentinamente animada a la vez que le ponía la mano en la entrepierna para frotársela.

—Mucho más interesantes y placenteras —convino Calix desconcertado por su cambio de humor. Aunque no dudó en aprovecharlo y besarla como era debido. Despacio y con ganas, saboreándola—. Te voy a echar mucho de menos —susurró besándola de nuevo.

—Y yo a ti —replicó ella cogiendo el abrigo y el bolso.

—Vero, ¿has visto un cuaderno de tapas duras? No sé dónde lo dejé ayer...

—¿Con corazoncitos cutres y frases estúpidas en la tapa? —Esbozó una gran sonrisa.

—Sí, ése es —contestó temeroso. Había algo en su sonrisa que le erizaba la piel.

—Lo tiré ayer a la basura, por supuesto.

—¿Por qué has hecho eso? —jadeó atónito.

—Porque estaba claro que te lo había regalado Jimena, y no quiero nada suyo en mi casa —respondió ella poniéndose el abrigo—. Te pedí explícitamente que no volvieras a verla y me prometiste que no lo harías. No has cumplido tu palabra, así que paga las consecuencias. Ah, una cosa más. Intenta no demorarte mucho esta tarde o pensaré que estás follándotela y no me quedará más remedio que decírselo a su madre —le advirtió antes de salir de casa.

—Por lo que veo, hoy no estabas inspirado con la ropa —murmuró disgustado Rodrigo al llegar a la tienda y ver a Calix vestido con vaqueros negros—. En tu tiempo libre puedes vestir como quieras, pero cuando estés trabajando no llevarás vaqueros. Es una falta de respeto hacia mí y mis clientes —le reprochó subiendo la reja.

—Lo siento, ensucié sin querer los otros pantalones y no me dio tiempo a limpiarlos.

—¿No tienes más pantalones decentes que los de ayer? —preguntó sorprendido.

—No, lo siento. Pero cobro el paro el día 10, en cuanto me lo ingresen le pediré dinero a Verónica para comprar un par más —se justificó nervioso. No podía perder el trabajo por culpa de unos pantalones.

Rodrigo lo miró intrigado por su elección de palabras. No iba a esperar a cobrar para sacar dinero del banco, sino para pedírselo a su pareja...

—No te molestes en comprarlos, lo que necesitas para trabajar aquí es un buen traje. Cuando te contrate, si es que lo hago, te enviaré a la Sastrería Alcaide para que Antonio te haga un par. Es un sastre de los que ya quedan pocos: serio, atento, meticuloso y exigente, con una relación calidad-precio más que adecuada —señaló—. Mientras tanto, éstos tendrán que valer —le tendió el portatrajes que llevaba en la mano—, pasa al probador y pónelos para que veamos qué tal te quedan. Por cierto, ¿qué te ha pasado en la mejilla? —le preguntó observando el hinchado arañazo que la marcaba.

—Me golpeé sin querer —respondió sin especificar con qué antes de huir al probador.

* * *

Calix observó los trajes. Eran de muy buena calidad, uno azul cobalto y otro gris marengo.

—¿Qué te parecen? —preguntó Rodrigo al ver que los miraba con atención.

—Clásicos y elegantes, de los que no pasan de moda.

—Así soy yo, así es mi camisería y ésa es la imagen que quiero transmitir —declaró Rodrigo complacido—. Pruébatelos antes de que lleguen Amalia y Rosalía o aprovecharán la ocasión para manosearte —dijo con un gesto tan circunspecto que Calix no supo si bromeaba o hablaba en serio.

—No creo que Rosalía tenga ningún interés en... manosearme —comentó reticente.

—Puede que Rosalía no, pero dudo que Amalia se resista a pellizcar un trasero joven y prieto. Y el tuyo lo es —replicó Rodrigo, y esta vez permitió que sus labios se curvaran un poco, lo suficiente para que el rubio supiera que bromeaba.

Calix lo miró sorprendido. Lo último que esperaba de su estirado jefe era que tuviera sentido del humor. Menos aún, uno cáustico. Aunque la verdad era que le pegaba mucho.

Se colocó tras el biombo, cambió los vaqueros por el primer traje y salió.

—Te queda bastante bien —aprobó Rodrigo—. Los pantalones, un poco largos de tiro y la chaqueta habría que entallarla, nada que Amalia no pueda hacer en un par de ratos libres —comentó rodeándolo mientras le cogía alfileres aquí y allá.

—¿Vas a arreglarlo para mí? —inquirió perplejo.

—¿Prefieres que los pantalones te hagan bolsas y la americana te cuelgue? —repuso incrédulo.

—No, claro. Pero... son tuyos. Si los arreglas, ya no te valdrán.

—Tengo más —afirmó Rodrigo sin darle importancia—. El azul valdrá para hoy, déjate puesto —ordenó—. Quítate la camisa.

—¿Por qué?

—Porque estás trabajando en una camisería artesanal y no puedes llevar una camisa fabricada en cadena. Además de ser una incoherencia, es un funesto reclamo para el negocio, y mejor no hablar de lo estúpido que es desperdiciar una percha tan magnífica como la tuya en un género que no te hace justicia. Un vendedor vende con su imagen y la tuya es estupenda, saquémosle partido —señaló mirándolo con ojo crítico—. Te haremos un par a medida. Una azul *fil-à-fil*, otra blanca Oxford... y también una rosa en *twill* —añadió tras pensarlo un instante—. Entalladas y formales, aunque también deberías tener alguna *sport*. Pero eso lo dejaremos para cuando empieces a cortar y a coser. Te la harás tú mismo, así es como yo aprendí —contó ensimismado—. Lo principal ahora es proveerte de camisas dignas. —Cogió el metro—. Quítate la camisa para que pueda tomarte las medidas. Deberías tomar notas de cómo lo hago para ir aprendiendo el oficio. ¿Dónde está tu cuaderno?

—En la basura —respondió Calix esquivando su mirada.

—¿Por qué?

—Lo dejé donde no debía y Verónica lo tiró sin querer —contestó enfadado consigo mismo por ser tan descuidado.

—Lo siento, sé que le tenías aprecio. Te lo regaló Jimena, ¿verdad? —inquirió, intuyendo que detrás de ese suceso había mucho más de lo que le contaba.

Calix lo miró reticente antes de asentir despacio.

—Seguro que puede hacerte otro —trató de animarlo Rodrigo.

—Mejor no, prefiero utilizar folios —dijo Calix bajando la cabeza.

—Como prefieras. La camisa, quítatela, por favor.

—Mejor dejamos las camisas para más tarde, ahora no puedo pagarlas...

—No vas a pagarlas, son tu uniforme de trabajo —aseveró Rodrigo—. Vamos, no seas tímido, yo no soy Amalia, no pienso tocarte el culo —señaló con gran seriedad.

Calix no sonrió ante su broma. En lugar de eso, se quitó la camisa sin mirarlo.

—¿Qué te ha pasado? —gimió sorprendido Rodrigo. Tenía el pecho lleno de arañazos y lo que parecía una marca de mordisco en el brazo.

—Una noche de pasión que se nos fue un poco de las manos —se excusó él mirando al suelo.

—Y tanto que se os fue de las manos —masculló Rodrigo tomando el metro para comenzar a medirlo. Se quedó sin aliento cuando se colocó tras él y vio su espalda. Profundos arañazos comenzaban bajo los omóplatos y descendían hasta desaparecer bajo la cinturilla del pantalón—. ¿El enorme moratón del hombro también es fruto de la pasión? —preguntó enfureciendo. Ninguna noche de pasión acababa con un cuerpo tan marcado y lleno de heridas como el que tenía delante en ese momento.

—No. El moratón es porque me golpeé sin querer.

—¿Otra vez? Qué torpeza la tuya, primero la mejilla y luego el hombro. Sólo por curiosidad, ¿con qué te golpeaste para hacerte esa salvajada?

Calix se quedó en silencio varios segundos antes de responder evasivo:

—Se me cayó la cafetera cuando la estaba colocando.

En esta ocasión fue Rodrigo quien se mantuvo en silencio.

—Voy a fingir que te creo. Pero si quieres que nos llevemos bien no trates de engañarme. Si no quieres responder a mis preguntas, guarda silencio y no insistiré, pero no profanes nuestras conversaciones con mentiras —le advirtió furioso extendiendo el metro—. Antes de tomar la medida del cuello debes preguntarle al comprador si lo quiere llevar bajo o alto. En tu caso sugiero un italiano de palas abiertas y corte alto. Es importante que sepas aconsejar a los clientes, pues muy pocas veces lo que quieren se corresponde con lo que buscan. Con el tiempo aprenderás lo que mejor va a cada cabeza, cuello y complexión. Mientras tanto, observa y escucha...

* * *

—Está diluviando —comentó Amalia mirando preocupada al jovenzuelo—. Deberías ir en metro.

—Prefiero ir dando un paseo —comentó Calix.

—Pero ¡te vas a empapar!

—No te preocupes, el agua no hace daño —afirmó Calix echando a correr. Ese día había ido preparado y se había llevado las deportivas en una bolsa para cambiarse al salir. Así podría regresar corriendo, lo que le permitía llegar un poco antes a casa.

—Se va a pillar el constipado del siglo por no pagar un billete de metro —masculló Rosalía abriendo el paraguas.

—No sería un billete, sino cuatro, porque tiene que hacer cuatro viajes al día, y eso no es moco de pavo —apuntó Amalia mientras se anudaba el pañuelo al cuello.

Tomó a su hija del brazo, se despidieron de Rodrigo y echaron a andar hacia la estación de metro mientras comentaban los abusivos precios de los billetes y que, al estar a fin de mes, tal vez Calix no tuviera dinero para comprarlos. Porque, ya se sabía, la juventud no ahorra nunca y luego pasaba lo que pasaba, que los pillaba el toro.

Rodrigo se las quedó mirando mientras se alejaban. No les faltaba razón, aunque tal vez Calix ni siquiera tuviera posibilidad de ahorrar. No, si se cumplían las consignas que Jimena le había enseñado en esa web sobre el maltrato y Verónica le controlaba el dinero. Aunque tampoco tenía la certeza de que lo estuviera maltratando. Un moratón y unos pocos arañazos no significaban nada.

Calix era un hombre alto y atlético que sabía defenderse. No tenía sentido suponer que sus heridas se debieran a otra cosa que no fuera un accidente doméstico aderezado con una noche excesivamente pasional, pensó mientras se encaminaba a la estación de metro. Un pensamiento lo dejó paralizado en mitad de la calle.

Si hubiera visto esas mismas heridas y hematomas en el cuerpo de una mujer..., ¿pensaría también que no significaban nada?

Se mantuvo un instante inmóvil antes de echar a andar de nuevo, pero en lugar de dirigirse a la estación de metro giró a la izquierda. Eran poco más de las ocho, con un poco de suerte encontraría la papelería abierta.

* * *

—Así que al final Jimena te ha convencido y has contratado a Calix —le comentó Gala a Rodrigo mientras daba forma a las croquetas.

—En realidad, lo tengo a prueba este mes, aunque si continúa respondiendo como lo ha hecho hasta ahora lo contrataré antes de lo previsto —puntualizó él cortando con meticulosa simetría el tomate para la ensalada—. Imagino que te lo ha dicho Verónica.

—Así es. ¿Cuándo pensabas contármelo? —inquirió molesta.

—No pensaba hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque tenía curiosidad por saber cuánto tardaría Verónica en irte con el cuento... ¿Te ha comentado algo?

—Que le ha sorprendido mucho que Calix haya aceptado trabajar contigo, dice que es la primera entrevista a la que acude en todo el año.

—A mí, sin embargo, me sorprende la sorpresa de Verónica —replicó Rodrigo—. Calix sólo lleva dos días en mi tienda y en ese limitado espacio de tiempo he visto muchas evidencias de las ganas que tiene de trabajar. Más que ganas, casi diría de la

necesidad de trabajar, de sentirse útil. Me resulta muy extraño que no aprovechara la oportunidad que le ofreciste.

—Y entonces ¿por qué no vino a las entrevistas?

—Porque nadie le dijo que fuera.

—Verónica se lo dijo.

—¿Estás segura de eso? ¿Estabas presente cuando se lo dijo?

—Claro que no, pero ¿por qué no iba a decírselo? —planteó ella perpleja.

—No lo sé, no estoy en su mente. Tal vez no quería que Calix escapara a su control...

—Por favor, Rodrigo, no puedo creer que Jimena te haya convencido de su estúpida teoría del maltrato —gimió al percatarse de adónde quería ir a parar.

—Aún no me he formado una opinión, pero te aseguro que Calix no es el vago indolente que Verónica te ha descrito. Es voluntarioso, con una curiosidad insaciable y muchas ganas de aprender, también un poco tímido y bastante retraído, aunque Amalia y Rosalía ya están trabajando en eso —comentó esbozando una sonrisa.

—Te tiene bien engañado —masculló Gala molesta porque desconfiara de Verónica.

—O tal vez tú eres muy crédula cuando escuchas a mujeres y muy inclinada a pensar lo peor cuando se trata de juzgar a los hombres —apuntó cortando la cebolla en rodajas idénticas.

—¿Estás insinuando que estoy predispuesta contra Calix?

—No. Estoy aseverando que los hombres no te caen bien.

—Tú me caes bien —repuso ella dándole un pellizco en el trasero.

—Yo soy la excepción que confirma la regla —repuso enlazándole la cintura para estrecharla contra él y besarla.

—¿Podéis comportaros como adultos normales y besaros sólo cuando estemos dormidas? —los regañó Jimena entrando en la cocina seguida por su hermana, pues era miércoles y regresaban de pasar la tarde con su padre—. Es asqueroso entrar en casa y pillaros dándoos el lote.

—¿No te parece que estás exagerando? —dijo Gala sonrojándose—. Además, creo recordar que te he pedido varias veces que toques el timbre antes de entrar. Si lo hicieras, te evitarías ver escenas que ni te van ni te vienen —señaló antes de volverse hacia Gadea—. ¿Qué tal con vuestro padre?

—Bien, está tratando de recuperar a Angélica —le contó la niña, al tiempo que le daba un beso a su madre y otro a Rodrigo—. A mí no me importa que os besuqueéis todo lo que queráis.

—Eres una pelota —la acusó Jimena sintiéndose traicionada.

—Y tú una borde.

—Y yo no tengo paciencia para esto ahora —se interpuso Gala entre las hermanas—. Id a lavaros las manos y poned la mesa, la cena está casi hecha.

Rodrigo observó a Gala mientras acababa de freír las croquetas. Había pasado más de un mes desde que había hablado con su hija y todo había vuelto a su ser. Las niñas se metían la una con la otra como las hermanas que eran y Gala las contenía, las regañaba o las consentía según le pareciera. Y, cuando él se quedaba a cenar, algo que ocurría casi a diario, Gadea se mostraba encantada y lo mimaba como si fuera su peluche favorito, mientras que Jimena se comportaba y no lo atacaba demasiado. Rodrigo pensó sonriendo que quizá eso fuera debido a que su aversión por él se iba transformando poco a poco en aceptación, o incluso en simpatía, aunque esto último le resultaba algo casi imposible de creer.

—Me encanta cuando sonrías —musitó Gala dándole un rápido beso en los labios.

—¡Otra vez! ¡No voy a poder andar por casa cuando esté él! —exclamó Jimena.

—¡Lo haces aposta para pillarlos! —la acusó Gadea.

—¡Como si fuera muy difícil!

—¡Cotilla!

—¡Petarda!

—¡Se acabó! —las paró su madre—. ¿Habéis puesto la mesa?

—Veníamos a por las cosas, pero nos habéis entretenido —dijo Jimena abriendo el cajón de los cubiertos.

Gala miró enfadada a su hija mayor, pero sólo un segundo, porque enseguida tuvo que regresar su atención a la sartén para que no se le quemara la cena.

* * *

—Ya sé lo que les voy a pedir a los Reyes Magos —anunció Jimena tras comerse el último trozo de manzana—. Un antifaz de esos que te cubren los ojos para dormir...

Rodrigo la miró impresionado y, acto seguido, se echó a reír sin poder evitarlo.

—No le veo la diversión —lo regañó Gala, preocupada por lo que había dicho su hija—. ¿Tienes problemas para dormir, cariño? —Miró a la niña sólo para descubrir sorprendida que apenas podía contener la risa—. ¿Jimena?

—Creo que el antifaz lo quiere para poder pasear por la casa sin ver cómo nos... ¿Cómo lo ha expresado?

—Cómo os dais el lote —lo ayudó Gadea, que también se estaba riendo.

—Exactamente. Gracias por recordármelo. —Rodrigo le guiñó un ojo antes de mirar a Gala y decir—: Tu hija quiere el antifaz para no ver cómo nos damos el lote. En mi juventud se decía *darse el filete*, aunque supongo que esa expresión ya estará en desuso...

—¿Qué esperabas? Han pasado siglos desde que los dinosaurios pisaron la Tierra —comentó Jimena.

Y Rodrigo no pudo por menos que echarse a reír por su ácida respuesta.

Gala miró perpleja a su hija y a su amante. Parecía que esos dos por fin comenzaban a llevarse bien. O, al menos, a soportarse.

—Jimena, necesito que me hagas un favor —dijo Rodrigo cuando cesó la hilaridad.

—¡¿A estas horas?! ¿No podemos dejarlo para mañana? Quiero irme a la cama. —Aunque no porque tuviera sueño, si no porque quería hablar un rato por WhatsApp con las amigas. ¡No las había visto en toda la tarde y tendrían mil cosas que contarle!

—Sé que es tarde, pero me gustaría poder dárselo a Calix mañana, sé que lo animará —le comentó tendiéndole un cuaderno tamaño cuartilla con tapas duras—. ¿Podrías decorarlo un poco?

Jimena observó confundida el cuaderno y luego miró a su madre buscando una respuesta, pero Gala estaba tan sorprendida como ella.

—Calix ya tiene uno —lo informó turbada.

—Ya no...

—¡Claro que lo tiene! Se lo regalé ayer para que apuntara las cosas del trabajo.

—Lo sé, pero no lo guardó bien y Verónica se lo tiró a la basura —explicó Rodrigo con voz grave.

—¡¿Qué?! Será asquerosa, menuda cabrona...

—¡Jimena! No digas eso.

—Pero ¡le ha tirado el cuaderno a la basura! —gritó la niña.

—Es sólo un cuaderno, no puedes ponerte así por algo de tan poca importancia —la regañó Gala.

—No es sólo un cuaderno, se lo hizo Jimena con todo su cariño para que le diera suerte. No tenía derecho a tirarlo —afirmó Gadea haciendo frente común con su hermana.

—Seguro que lo hizo sin querer —rebatió Gala.

—¡No seas ingenua! —le espetó Jimena yendo a su habitación seguida por Gadea, el cuaderno fuertemente sujeto entre los dedos—. Dame media hora y te lo devuelvo —le dijo a Rodrigo antes de cerrar la puerta.

—Explícame qué ha pasado con el dichoso cuaderno... —le reclamó Gala a Rodrigo.

—Sólo puedo contarte la versión de Calix, la de Verónica no la sé —le advirtió él antes de relatarle que no lo había guardado y ella lo había tirado.

Gala, como ya esperaba, no le dio importancia al asunto, o al menos fingió no darle importancia, porque en su mirada la incredulidad batalló con el recelo, y este último pareció ganar la batalla.

Poco rato después, Jimena entró de nuevo en el comedor, con el cuaderno decorado y envuelto con un primoroso lazo.

—Espero que éste no se lo tire, porque como lo haga... —gruñó furiosa. Tras ella, Gadea asintió igual de enfadada.

—No lo haré, porque lo dejaremos en la camisería. No tiene sentido que lo lleve y lo traiga a casa si es un bloc de trabajo y éste lo realiza en la tienda —señaló Rodrigo—. Muchas gracias por la ayuda.

—Un placer, si necesitas algo más, dínoslo —le dijo Gadea muy seria.

—Eso haré, no lo dudes...

Gadea se acercó a él para darle un beso de buenas noches en tanto que Jimena se despidió desde la puerta antes de ir a su dormitorio. Gala fue tras las niñas, las arropó, las mimó y las besó como cada noche, y un buen rato después volvió al salón y cerró la puerta tras ella.

—¿Crees la teoría conspiranoica de Jimena según la cual Verónica maltrata a Calix? —preguntó sentándose junto a Rodrigo.

Él permaneció en silencio, pensativo.

—Hoy le he tomado medidas para hacerle una camisa —comenzó a explicar indeciso, sus ojos oscilando como siempre que se sentía nervioso—. Lo que te voy a contar ahora no puedes decírselo a nadie..., y menos que a nadie, a Verónica.

—Nada saldrá de mi boca —aseguró Gala sorprendida por la gravedad de su tono.

—Lo he visto desnudo... y tenía el cuerpo lleno de arañazos y un hematoma que le cubría el hombro izquierdo. Le he preguntado por ello y me ha dicho que se les había ido la mano en un momento de pasión. Y que el golpe era debido a que se le había caído encima una cafetera.

—Bueno, cada cual hace el amor como le parece. Tal vez les guste el BDSM —repuso Gala sin saber muy bien qué decir o qué pensar.

—Por supuesto —aceptó Rodrigo—. Deseo de todo corazón que la explicación que me ha dado él sea sincera y que tú tengas razón.

—Pero no te lo crees.

—Tengo mis dudas.

—¿Por qué? Tú también te has llevado algún arañazo mío en alguna ocasión —comentó acurrucándose contra él.

—Por supuesto. Los recibo con agrado en intervalos de dos semanas, aunque me complacería poder lucirlos más a menudo —replicó, refiriéndose a la prohibición de hacer el amor estando las niñas en casa.

—Paciencia, ya te falta poco para volver a sentir mis garras sobre la piel... —murmuró Gala lamiéndole el cuello, justo ese lugar en la garganta que la volvía loca.

—*Paciencia*, odiada palabra —musitó él antes de besarla.

Estuvieron entretenidos varios minutos, hasta que se vieron obligados a separarse para evitar perder el control.

Se mantuvieron en silencio unos instantes, la respiración agitada, los labios hinchados y las manos ansiosas por desobedecer las órdenes del cerebro y volver a tocarse.

—Es tarde. Debo irme... —musitó Rodrigo levantándose.

Gala miró con evidente deseo la erección que se marcaba en sus pantalones, aunque, en vez de aprovecharla, suspiró hondo y saltó del sofá para acompañarlo a la entrada.

—Buenas noches —susurró dándole un rápido beso.

—Buenas noches —le deseó él. Abrió la puerta, lo pensó un instante y volvió a cerrarla—. ¿Alguna vez se te ha caído una cafetera o algo similar cuando lo estabas colocando?

Gala resopló al oírlo.

—¿Ya vuelves con eso? Sí. Se me han caído un par de ollas y una batidora.

—Y ¿dónde te han golpeado?

—En la cabeza una vez, de refilón..., las demás veces me aparté a tiempo.

—¿Nunca te dieron en el hombro?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Es complicado que te den en el hombro si tienes los brazos alzados para colocar algo en alto...

—Tal vez se le cayó al abrir el armario...

—Podría ser —aceptó él girando el pomo, aunque no llegó a abrir la puerta—. ¿Una cafetera pesa tanto como para hacer un hematoma?

—Depende de si está llena o vacía —resopló Gala cansada de sus sospechas. Desde luego, entre Calix y Jimena le tenían bien comida la cabeza.

—Y... ¿para qué iba a guardar nadie una cafetera llena en el armario?

—No lo sé, tal vez no quería tirar el café...

—¿Y tomarlo más tarde recalentado? —Su mueca de asco dejaba claro lo que pensaba sobre eso—. Por supuesto, todos somos libres de envenenarnos como prefiramos —agregó antes de irse.

Y Gala no supo si su último comentario se refería al café recalentado o a ser la pareja de Verónica. Cerró la puerta y enfiló el pasillo, turbada por lo que acababan de hablar.

—Le ha pegado, ¿verdad? —preguntó Jimena saliendo como una sombra en el pasillo.

—Claro que no —rechazó Gala con un resoplido—. No deberías escuchar conversaciones entre adultos, no entiendes de lo que hablamos. Es muy tarde, vuelve a la cama, vamos.

—No es la primera vez que le pega. Lo he visto con un ojo morado y la boca magullada.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo? —le reclamó incrédula.

—La tarde que me defendió de David fui a darle las gracias y tenía un corte en el labio, y otra vez le vi un ojo morado y me dijo que se había caído en la bañera, pero no lo creí.

—No es raro tener accidentes en el baño.

—No vas a creerme, ¿verdad? Verónica te ha puesto en su contra y prefieres creerla a ella antes que a mí —musitó Jimena abatida—. No sé de qué me sorprendo...

—Jimena —la llamó Gala—. Siéntate conmigo y cuéntame por qué crees que Verónica le hace daño a Calix.

La niña se sentó a su lado y le contó todo lo que había sucedido en ese año tal como había hecho con Rodrigo, sin inventar nada, sin adornar y sin suponer. Sólo lo que había visto.

Gala no pudo por menos que quedarse pasmada al descubrir la amistad tan estrecha que esos dos mantenían, más aún cuando supo que él había hablado a favor de su relación con Rodrigo y cómo le había llevado la contraria con respecto a David. Por lo visto, el rubio se preocupaba por su hija y se comportaba como algo parecido a un hermano mayor.

Y, aunque esa charla no le hizo aceptar la teoría de Rodrigo y de Jimena, sí sembró en ella una duda razonable.

Jueves, 30 de noviembre de 2017

Calix se asomó a la terraza. Eran poco más de las siete de la mañana y la noche comenzaba a ceder ante el día. El cielo estaba despejado, las calles empezaban a llenarse de gente más dormida que despierta y era una hora maravillosa para salir a correr, sobre todo porque llevaba tres días sin hacerlo y lo echaba mucho de menos. Le daba tiempo a correr un rato y regresar para darse una ducha antes de salir pitando a la tienda.

Se ató las deportivas y fue a la puerta para calentar un poco mientras esperaba a que Verónica estuviera lista. Puso en movimiento cada articulación y, mientras daba saltitos, se dio cuenta de que sus llaves no estaban en la bandeja que había sobre el aparador. Extrañado, la volcó y comprobó que, efectivamente, no estaban. Se dirigió al dormitorio y las buscó en la chaqueta, sin encontrarlas. Sacó el traje del armario por si las había dejado en el pantalón, pero no. Buscó en la coqueta, en la mesilla y en los cajones y luego revisó el comedor. No estaban. Tampoco en la cocina ni en el baño.

—¿Se puede saber qué te pasa, que no haces más que dar vueltas como una peonza? —le preguntó Verónica poniéndose el abrigo.

—No encuentro las llaves, ¿las has visto?

—¿Las has perdido? Desde luego, eres de lo que no hay.

—No lo entiendo, siempre las dejo en la bandeja de la entrada.

—Por lo visto, ayer no. Y ¿ahora qué?, ¿me toca pagártelas? No soy millonaria, ¿sabes?...

—Tal vez Rodrigo me dé algo mañana por los días que he estado trabajando y pueda pagarlas yo —dijo sin pensar mientras las buscaba. ¿Dónde podría haberlas metido?

—¿Crees que Rodrigo te va a pagar por estar cuatro días haciéndole preguntas? —se burló ella—. Te pagaré cuando deje de enseñarte y hagas algo útil..., siempre y cuando se quede contigo, claro, porque Gala me dijo ayer que no está muy contento. No le gustó nada que fueras en vaqueros —mintió maliciosa, pues no había hablado con su amiga del tema.

—¿Por qué no me lo dijiste? —gimió Calix intranquilo.

—No quería preocuparte —repuso ella con indiferencia—. Es tarde, tenemos que irnos ya.

—No encuentro las llaves...

—Haber tenido más cuidado con ellas —lo reprendió abriendo la puerta—. No puedo esperarte más.

—Está bien, no pasa nada. Vete, yo me quedo. Ya iré a correr otro día.

—Como veas. Le comentaré a Gala lo que ha pasado para que se lo diga a Rodrigo y no se enfade mucho contigo, aunque, desde luego, razón para echarte no le va a faltar.

—¿Por qué se va a enfadar Rodrigo? —Calix la miró confundido.

—Porque no vas a ir a trabajar.

—Claro que voy a ir. Esperaré a que den las nueve y me iré, como siempre.

—Pero no tienes llave. No pretenderás salir de casa sin cerrar la puerta con llave...

Él la miró turbado, eso era exactamente lo que pensaba hacer.

—Pero ¡¿eres idiota o te lo haces?! —estalló ella—. ¿Quieres ponérselo fácil a los ladrones? Claro, como tú no tienes más que mierda, te da lo mismo, pero yo tengo cosas valiosas y no voy a arriesgarme a que me roben. Lo siento, pero no voy a irme sin echar la llave.

—Pero entonces me quedaré encerrado y no podré salir hasta que vuelvas por la tarde...

—Así aprenderás a no perderlas.

Calix la miró asustado. No sería capaz de hacerle eso. ¿O sí?

¡Por supuesto que sí!

—¡Dame un segundo!

Echó a correr al dormitorio, agarró el traje que había dejado sobre la cama, la camisa que estaba en el armario y los zapatos, y corrió hacia la entrada.

La pilló cerrando la puerta.

—¡Espera, joder! —Agarró el pomo y tiró con fuerza antes de que llegara a girar la llave dejándolo encerrado.

—¡A mí no me hables así! —lo increpó ella empujándolo—. Me merezco un respeto después de todo lo que hago por ti.

—Lo siento..., pero te he pedido que me esperaras.

—Y yo te he dicho que no podía perder más tiempo, ¿o acaso quieres que llegue tarde al trabajo? —masculló herida—. Eres un egoísta, sólo piensas en ti...

—Lo siento muchísimo, no volverá a pasar —musitó saliendo de casa.

—Desde luego que no. —Lo miró desdeñosa—. Cada día que pasa eres más idiota. No sé para qué vas a ir, harás el ridículo más espantoso y, lo que es peor, me dejas a mí en evidencia por salir con un imbécil sin cerebro como tú. Tu polla no vale tanto la pena como para soportar esto —le soltó antes de cerrar la puerta con llave y marcharse dejándolo solo en el rellano, vestido con las mallas, las deportivas y la camiseta de correr y con la ropa de vestir en las manos.

* * *

—¿No crees que los siete grados que hace ahora mismo en la calle se merecen una prenda de abrigo además de la chaqueta del traje? —comentó Rodrigo mirando sorprendido a Calix, quien lo esperaba junto a la reja de la tienda. Llevaba puesto el traje azul que le había dado el día anterior. Y nada más. Ningún abrigo que lo protegiera del frío.

—No calculé bien la temperatura al asomarme a la terraza —se justificó él frotándose las manos aterido.

—De eso no cabe duda —coincidió Rodrigo apresurándose a subir la reja—. Por cierto, que sea la última vez que te pones calcetines de deporte con zapatos y traje. Es aberrante.

—Lo siento, no tenía otros.

—¿De nuevo se te olvidó lavarlos? —preguntó enfadado. Por lo visto, Verónica no exageraba cuando le decía a Gala que era muy despistado y poco cuidadoso. Aunque lo cierto era que en la tienda era todo lo contrario, meticuloso y observador, siempre atento a todo.

—No volverá a ocurrir —musitó Calix bajando la mirada.

—Eso espero. Toma. —Le tendió una bolsa—. Jimena lo hizo anoche para ti.

Calix la abrió y se quedó perplejo al ver un cuaderno muy similar al anterior, pero con más corazoncitos en la tapa y una frase que le hizo arder los ojos:

Cuaderno para el éxito. Propiedad de mi mejor amigo.

Rodrigo se quedó pasmado cuando vio que Calix se llevaba la mano a la boca, tapándose la mientras los ojos se le llenaban de una emoción imposible de contener.

—Ve al taller a guardarlo, te esperaré aquí —le indicó incómodo.

Calix lo miró agradecido antes de obedecer. No le faltaba más que echarse a llorar delante de él para que le quedara claro lo calzonazos y sensiblero que era.

* * *

—Es gratificante ver que tienes tantas ganas de trabajar que llegas antes incluso que tu jefe —le comentó Rodrigo a Calix con buen humor al llegar a la camisería tras el descanso para comer y encontrárselo allí a pesar de que faltaban quince minutos para la apertura.

—No me gusta llegar tarde —señaló él metiendo las manos en los bolsillos para tratar de contener un escalofrío. Había pasado las horas de la comida paseando por El Corte Inglés de Serrano para no congelarse de frío, pero el trayecto hasta la tienda lo había dejado helado.

Rodrigo frunció el ceño al percatarse de que de nuevo vestía únicamente con el traje, y no sólo eso, también llevaba los calcetines de deporte, a pesar de que le había

advertido que no quería verlo con ellos. ¿Por qué narices no se había cambiado? Supo la respuesta en el mismo momento en que se hizo la pregunta.

—No has ido a casa a comer —afirmó. Calix se encogió de hombros—. ¿Por qué?

—He perdido las llaves... —confesó avergonzado de su torpeza.

—¿Por qué no le has pedido las tuyas a Verónica?

—Está trabajando.

—No trabaja lejos, podrías haberte acercado —señaló estrechando los ojos. Perdía las llaves, olvidaba el abrigo, se presentaba con calcetines de deporte..., demasiados despistes en un hombre que cuando estaba en la tienda jamás se distraía.

—No quería molestarla...

—Con algunas mujeres, y por lo visto Verónica es una de ellas, es preferible morirse congelado antes que molestarlas, pues el frío suele ser más compasivo —apuntó Rodrigo con acritud—. ¿Has comido?

—No tengo hambre.

—No es eso lo que te he preguntado.

Calix negó despacio con la cabeza.

—¿Te gusta el *sushi*? Lo probé hace unos meses y, pese a no ser más que un cadáver de pez sin cocinar, debo reconocer que está delicioso —afirmó Rodrigo dirigiéndose al restaurante asiático de la esquina—. Aunque primero tomarás una sopa de miso, te hará entrar en calor. ¿A qué esperas? Sígueme.

* * *

—¿Qué tal le va a Calix? ¿Te ha dicho algo Rodrigo? —le preguntó Verónica a Gala al salir del trabajo.

—Está muy contento —respondió ella encantada de que Verónica se preocupara por el trabajo de su chico, porque eso significaba que Rodrigo y su hija estaban equivocados con ella—. Le gusta cómo trabaja y dice que pone mucho interés.

—Por supuesto, cuando Calix se empeña en algo, pone toda su atención en ello —lo alabó—. Lástima que sea tan despistado y acabe metiendo la pata en las cosas más tontas. Pero bueno, al fin y al cabo, no es más que un crío irresponsable con muchas ganas de pasárselo bien y la cabeza llena de pájaros, no se le puede pedir más al pobre. Lo que me recuerda que... Me ha pedido que te dé esto. —Sacó un papelito del bolso.

—¿Un número de cuenta? —Gala miró el papel perpleja.

—Sí. Es nuestro número de cuenta, para que se lo des a Rodrigo y pueda ingresarle el sueldo. Debería dárselo Calix, pero como siempre tiene la cabeza en las nubes he preferido dártelo yo, así me aseguro de que no lo pierde y le llega a Rodrigo.

* * *

Calix llamó al timbre, las manos le temblaban y tenía tanto frío que dudaba que algún día pudiera entrar en calor.

—Pobrecito mío, qué frío debes de haber pasado... —observó Verónica al abrir la puerta.

—¿Has cogido la ropa que había bajo el felpudo? —inquirió preocupado. Era su ropa de correr, no podía permitirse el lujo de perderla.

—Claro, no la iba a dejar en la puerta hasta que llegaras, tontito —le dijo cariñosa—. Te he hecho un caldito de pollo para que entres en calor...

—Estupendo —musitó siguiéndola y, al pasar frente al aparador, descubrió perplejo que sus llaves estaban allí—. Las has encontrado. ¿Dónde estaban?

—En la bandeja de la entrada, donde siempre.

—Pero... esta mañana no estaban ahí.

—Claro que sí.

—No. Las he buscado y no las he visto.

—Habrás mirado mal.

—Pero...

—¿Vamos a discutir por esa tontería? —le recriminó.

—No, claro —convino, los ojos fijos en la bandejita de piel.

Esa mañana las llaves no estaban ahí. Estaba completamente seguro.

* * *

—Te he comprado una cosa... —canturreó Verónica cuando se metieron en la cama—. ¿Quieres que te lo dé? —murmuró melosa deslizando la mano por el vientre desnudo de Calix.

—Por favor —respondió él envolviéndola entre sus brazos.

Estaba más cariñosa que nunca, no había dejado de mimarlo desde que había llegado del trabajo. Le había preparado el caldo más rico que había probado nunca, se había duchado con él lavándole a fondo ciertas partes de su cuerpo con la boca y luego lo habían hecho sobre la mesa del comedor. Después habían cenado unos platos especiales que ella había cocinado sólo para él, y ahora estaban en la cama y ella seguía acariciándolo y besándolo mientras hablaban. Hacía meses que no se sentía tan amado. Tan feliz.

—Tienes que cerrar los ojos... —lo instó.

Y él no dudó en obedecer. Aunque volvió a abrirlos al sentir que le subía las manos por encima de la cabeza para atárselas al cabecero.

—¿Qué haces? —inquirió acobardado.

—Confía en mí..., te va a encantar —le aseguró antes de besarlo a conciencia.

Cuando se separó, le ató las muñecas al antiguo cabecero de forja con unos pañuelos para después sentarse a su lado y sacar algo de una caja que había guardado en el bolso.

—No mires... —le pidió juguetona.

Calix cerró los ojos y se obligó a no abrirlos al sentir algo frío, rígido, plano y suave deslizarse por su vientre hasta acabar posado sobre su pene semierecto. Verónica lo frotó con ello varias veces, hasta que comenzó a engrosarse, momento en el que ella apartó el objeto para sustituirlo por sus labios. Se entretuvo en chuparlo y acariciarlo hasta que su erección estuvo dura y turgente, y jugó con la lengua sobre el glande. Le arañó el tallo con los dientes para después calmarlo con los labios mientras sus dedos inquietos le amasaban las pelotas, volviéndolo loco. Hasta que él empezó a empujar las caderas contra su cara y ella se apartó dejándolo al borde del orgasmo.

—Quiero que me mires y escuches con atención —le ordenó antes de soplar sobre el pene humedecido por su saliva.

Calix asintió jadeante a la vez que un estremecimiento de placer lo recorría. Su chica era una diosa del sexo, sabía darle placer a niveles que nunca había sentido. Jugaba con los tiempos, con el deseo y con la impaciencia, provocándolo y deteniéndolo una y otra vez hasta que su voluntad desaparecía y el deseo lo era todo.

Verónica sonrió al verlo tan entregado, cogió su teléfono, marcó un número y pulsó la tecla de llamada mientras le ponía la cosa plana contra las pelotas. Ésta comenzó a vibrar, arrancándole un gemido.

—¿Sabes lo que es? —susurró ella trabajándole la polla con una mano mientras con la otra le frotaba el aparato contra los testículos.

—¿Un vibrador? —gimió Calix apretando el culo. No le gustaba que jugara con esas cosas tan cerca de su trasero.

—No. Es algo mucho más útil. Algo que te hace mucha falta y llevas deseando desde que estropeaste el tuyo al dejarlo en el borde de la bañera...

—¿Un móvil? —exclamó perplejo.

Verónica levantó la mano enseñándole aquello que había vibrado contra sus huevos, que no era otra cosa que un teléfono muy básico.

—¿Es para mí?

—¿Para quién, si no? —se burló ella. Cortó la llamada para que el móvil cesara de vibrar y lo dejó en la mesilla junto al suyo—. Para mi niño, siempre lo mejor de lo mejor —susurró subiéndose a horcajadas sobre él.

Le agarró el pene y lo montó, hundiéndolo en ella. Y, mientras lo cabalgaba, apretó la vagina, masajeándolo. Alternó caricias y arañazos sobre su torso con pellizcos y besos en las tetillas hasta hacerlo estremecer. Y lo folló lasciva para apartarse de él cuando estaba a punto de eyacular, obligándolo así a enfriarse para, una vez recuperado el temple, volver a montarlo hasta llevarlo de nuevo al abismo y

volver a detenerse, una y otra vez, hasta que el deseo, la frustración, el dolor y el placer se mezclaron de tal manera que sólo podía sentir.

Sentir y suplicar.

Hasta que por fin se apiadó de él, regalándole el orgasmo más intenso que había tenido nunca.

—Por cierto, ya le he dado a Gala nuestro número de cuenta para que Rodrigo pueda ingresarte el dinero —le hizo saber rato después, frotando mimosa la mejilla contra su torso.

—¿Qué dinero? —preguntó él adormilado.

—El que tal vez te pague por trabajar esta semana —señaló Verónica—. No creo que sea mucho, pero nos vendrá estupendo para tapar agujeros —comentó apagando la luz.

Calix permaneció despierto gran parte de la noche, los ojos abiertos mirando angustiado la oscuridad.

Viernes, 1 de diciembre de 2017

—Me ocuparé personalmente de localizar las telas que puedan interesarle y le haré llegar una muestra antes de cada cambio de estación para que pueda seleccionar las que mejor se adapten a sus gustos sin necesidad de tener que venir hasta aquí —aseveró Rodrigo apuntando con letra pulcra y estilizada el nombre del cliente en el cuaderno de encargos.

El hombre asintió encantado, cogió el paquete con las camisas y salió a la calle.

Rodrigo guardó el cuaderno y, aprovechando que Amalia y Rosalía estaban en el taller, sacó un tema que le producía cierto desasosiego.

—Gala me ha dado un número de cuenta, que a su vez le dio Verónica, para que te ingrese la nómina —le comentó a Calix—. No sabía que ella se ocupaba de tus finanzas...

—Sí, Vero se ocupa de las cuentas, yo no tengo cabeza para los números —murmuró él turbado por la mirada de su jefe. Nunca unos ojos violetas le habían parecido tan inquisidores.

—Yo diría lo contrario —lo contradijo Rodrigo disgustado. Si algo había comprobado era que Calix tenía muy buena cabeza para la organización y los números—. No obstante, me resulta extraño que no me dieras la cuenta a mí directamente. No alcanzo a comprender qué sentido tiene que tu novia la escriba y se la dé a la mía, y ésta a mí, cuando tú, que eres el sujeto directamente implicado en el asunto, trabajas aquí. ¿Tal vez Verónica, en su infinita sabiduría, pretendía que el papel con el número de cuenta se diera una vuelta por Madrid y conociera mundo? Otra explicación no cabe —apuntó molesto.

—No creo que fuese algo premeditado, seguramente se le ocurriría de repente y por eso apuntó el número y se lo dio a Gala —la defendió Calix.

—¿Con eso quieres decir que no te lo consultó antes?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Tal vez porque es tu dinero? —repuso sarcástico.

Calix lo miró atónito al percatarse de que tenía razón. Era su dinero. Siempre le había entregado a Verónica la totalidad del paro, pero si Rodrigo lo contrataba, el importe sería mayor, y tal vez podría disponer de una pequeña parte del sueldo para sus gastos.

—Sin embargo, creo que Verónica no es consciente de que estás a prueba y sin contrato y que, por tanto, no puedo ingresarte nada en el banco —prosiguió Rodrigo.

—Seguro que no lo ha pensado. No te preocupes —murmuró Calix nervioso. No quería molestarlo y quedarse sin trabajo por cobrar o no unos pocos euros.

El dinero no era lo que lo hacía adorar ese trabajo. Eran las risas compartidas con Amalia y su hija, los momentos de aprendizaje con Rodrigo, todas las horas que escapaba de la soledad asfixiante mientras estaba allí.

—No me preocupo en absoluto —afirmó Rodrigo tendiéndole un sobre—. Es lo que creo que te corresponde por esta semana —señaló al ver su perplejidad—. No obstante, estoy abierto a escuchar tus objeciones, si las tuvieras.

—No tengo ninguna —se apresuró a decir él.

—¿No quieres abrirlo antes de afirmar eso tan taxativamente? Te advierto que no tengo por costumbre aceptar reclamaciones *a posteriori*.

Calix miró el sobre dubitativo. Rodrigo jamás contaba el dinero cuando sus clientes mafiosos le daban sobres. Decía que era de pésimo gusto dudar de la palabra de un hombre.

—Está bien así —afirmó guardándose en el bolsillo interior de la chaqueta sin abrirlo.

Rodrigo esbozó una complacida sonrisa. Le gustaba ese hombre. Aprendía rápido.

—¿Vas a decirle a Gala que me has pagado? —preguntó Calix en voz baja, casi temeroso.

—No veo por qué debería hacerlo, es mi pareja, no mi socia —señaló desconcertado.

—Pero ¿y si te pregunta?

—¿Por qué iba a hacerlo? —inquirió sin entender adónde quería llegar.

—Tal vez Vero le pregunte si me has pagado y ella quiera contestarle —contestó evasivo.

—Lo lógico sería que tu mujer te preguntara a ti, no a Gala... A no ser que quiera comprobar si le dices la verdad —repuso Rodrigo atando cabos. Calix desvió la mirada avergonzado—. No vas a decirle que te he pagado... y te preocupa que yo te delate.

Él bajó la mirada al suelo, reticente a darle la razón a pesar de que la tenía. Sin embargo, ahora que había pensado en tener un poco de dinero para él mismo no podía resistirse a ello.

—¿Calix? —le reclamó Rodrigo.

—¿Podrías decirle que no me has pagado en caso de que te pregunte? —murmuró en un tono tan bajo que era casi inaudible.

—¿Por qué?

Porque quería tener su propio dinero y poder comerse un bollo si le apetecía, viajar en metro o llamar a su madre sin tener que sisar dinero de la compra y arriesgarse a que lo pillara y le echara la bronca por ser tan inútil de dejarse estafar en las cuentas.

—Quiero tener algo mío. Poder elegir en qué me lo gasto sin tener que pedirle permiso.

Rodrigo lo miró indignado. ¿Tenía que pedirle permiso? Era inaudito.

—No voy a mentirle a Gala, pero tampoco le diré que te he pagado si me pregunta. Simplemente callaré. Tu secreto está a salvo.

—Gracias.

—Un placer, te lo aseguro —dijo Rodrigo—. Por cierto, voy a contratarte, necesito que me facilites esta documentación. —Le tendió los papeles.

—¿Vas a contratarme? —jadeó Calix perplejo. Le había dicho un mes de prueba y no había pasado ni una semana.

—¿Tal vez me he expresado mal?

—No, en absoluto. Es sólo que... no lo esperaba.

—¿En serio? No lo he notado —comentó sonriente antes de ponerse serio—. Cuando te ingrese la nómina, ¿uso la cuenta de Verónica o prefieres que lo haga en otra?

—No tengo más cuenta que ésa.

—Hasta final de mes tienes tiempo de abrirte otra —señaló Rodrigo.

Calix lo miró pensativo. Si se abriera otra, Verónica se enfadaría mucho. Una cosa era estafarle el efectivo de esa semana y otra muy distinta robarle la mensualidad. No podía hacer eso, ella lo había mantenido sin importarle que sólo ingresara la miseria que cobraba del paro. No sería justo que ahora que tenía trabajo le escamoteara el sueldo. Aunque sí le pediría un poco para poder gastarse a su antojo.

—Prefiero usar esa cuenta —afirmó sorprendiendo a Rodrigo—. Mañana traeré los papeles y... —Se calló al notar el teléfono vibrar en el bolsillo—. Lo siento, me llama Vero, tengo que contestar —se excusó antes de salir corriendo a la calle.

Sábado, 9 de diciembre de 2017

—El canesú alto y estrecho nos permite una espalda limpia de arrugas, evitándonos así tener que recurrir a pinzas —explicó Rodrigo mientras le probaba la camisa a uno de los hombres de Alekseev—. Como ves, se ajusta perfectamente a la curva de la espalda.

Calix observó con interés lo que le señalaba. Esa mañana habían tomado medidas a un nuevo cliente y, al hacerlo, Rodrigo había insistido en que debía fijarse en su postura, pues cada persona poseía una postura, una complexión y una personalidad únicas y tenía sus propias necesidades de patronaje. Y se lo estaba demostrando con la camisa que ese hombre se estaba probando. Se apresuró a trasladar los detalles al dibujo que había hecho en el cuaderno.

—¿Damos por correcta esta camisa? —le preguntó Rodrigo al cliente, y éste asintió complacido—. Perfecto. Nos queda, pues, una última prueba. —Señaló la camisa de rayas granates que portaba el maniquí—. Si es tan amable...

La quitó del armazón y se la tendió. En cuanto el búlgaro la cogió, Calix y Rodrigo abandonaron el probador, pues a ese cliente le gustaba vestirse en privado.

—Veo que casi has llenado el cuaderno de apuntes —observó Rodrigo mientras esperaba a que saliera—. Le diré a Jimena que vaya preparando otro.

—¿Qué tal está? ¿Se ha echado novio? —inquirió Calix esbozando una gran sonrisa.

—Espero que no, con uno fue más que suficiente.

—Tuvo mala suerte... Pero seguro que esta vez escoge mejor. Es una gran chica, se merece lo mejor.

A Rodrigo no le pasó desapercibida la sonrisa nostálgica, casi triste, que esbozó su ayudante, y antes de que pudiera evitarlo un pensamiento se coló en su cabeza.

—¿Por qué no vienes a comer a casa el lunes? Jimena sale a las dos y diez del instituto, le pediré que nos acompañe y así podrás hacer de espía y sonsacarle si se ha echado novio...

Calix lo miró pasmado por el ofrecimiento... y por las condiciones de éste.

—Si voy a comer a tu casa no será para sonsacarle nada a Jimena, y si ella me contara algo, desde luego que no te lo contaría a ti —repuso ofendido.

—No esperaba otra respuesta —dijo Rodrigo complacido—. Mañana dejaré preparado el cocido para el lunes —afirmó antes de ir al probador, pues el cliente había abierto la puerta—. ¿Cómo siente la camisa, señor Dimov?

El hombre chequeó su espalda, observando aquello que tanto parecía importar a los camiseros, y asintió satisfecho.

—Quiero dos más. Alegres. Para una boda —informó, lo que en su rudimentario español significaba que las quería elegantes y alegres, llamativas pero no estafalarias.

—Como desee. ¿Algún color o estampado en particular? —inquirió Rodrigo, y en ese momento tocaron al timbre—. ¿Teníamos más citas previstas para hoy? —le preguntó a Calix.

—No. El señor Dimov es el último.

—Aún tengo que comprobar puños y cuello. Por favor, ocúpate tú —le pidió Rodrigo.

—Por supuesto —aceptó Calix encantado.

No era que pudiera hacer mucho, excepto tomar recado de lo que quisiera el cliente, o entretenerlo si insistía en esperar a Rodrigo, pero era gratificante saber que poco a poco iba ganándose la confianza de su jefe.

Atravesó la tienda con paso rápido y parpadeó perplejo al ver a la persona que estaba fuera. Se apresuró a abrir.

—¡Verónica! Has venido a verme —musitó encantado—. Deja que te enseñe la...

—¿Por qué no me coges el teléfono? —lo interrumpió enfadada entrando en el establecimiento—. Llevo toda la mañana llamándote...

—Ya te comenté que no puedo responder al teléfono delante de los clientes. —Y tampoco delante de Rodrigo, aunque eso prefirió omitirlo. Bastante tirria le tenía ya como para echar más leña al fuego.

—Pues avísame cuando estés con ellos y así sabré cuándo llamarte —le ordenó furiosa.

—¿Cómo?

—Mándame un whatsapp cuando estés con los clientes, así no me preocuparé si no me contestas. ¿O te cuesta mucho hacer eso por mí? —le reprochó enojada.

—No, claro. Sin problema. Te avisaré cada vez que llegue alguien. —«Sólo espero que Rodrigo no me descubra y me ponga de patitas en la calle».

—Estupendo. Sabía que podía contar contigo —aseveró ella dándole un beso. O intentándolo.

—No hagas eso —se apartó él molesto.

—¿Por qué no?

—Porque estoy trabajando y no es adecuado que nos besuqueemos.

—¿Ahora lo llamas así? —le soltó, alzando la mano súbitamente y agarrándole la polla.

—¡Vero, por favor! —gimió agarrándole la muñeca cuando ella apretó demasiado fuerte.

—Esto es mío, y lo uso, lo toco y lo disfruto cuando quiero, como quiero y donde quiero —afirmó dándole un último apretón—. Hola, Rodrigo..., pasaba por la zona y he pensado en haceros una visita para ver el lugar que mantiene a Calix alejado de mí...

Calix se volvió, encontrándose con la mirada penetrante de Rodrigo. Sintió verdadero desasosiego al pensar que podía haber visto cómo lo manoseaba, pero enseguida se dio cuenta de que eso era imposible, pues estaba de espaldas a él.

—Buenos días, Verónica —saludó Rodrigo antes de dirigirse con el búlgaro al mostrador principal—. Calix, por favor, ¿podrías preparar las camisas?

Él se apresuró a obedecer mientras Rodrigo ultimaba detalles con el cliente ignorando a Verónica, algo que a ésta no le sentó bien y lo demostró transitando por el local con fuertes pisadas que hacían que sus tacones crearan una desagradable cacofonía.

—Un placer tenerte aquí, a pesar de lo inesperado de tu visita —le dijo Rodrigo yendo hacia ella cuando el cliente se marchó.

—¿He llegado en mal momento? —preguntó pesarosa.

—No te voy a engañar diciendo que no —respondió Rodrigo sin creerse su aflicción—. ¿No te ha comentado Calix que estamos sobrepasados de trabajo y vamos contrarreloj?

—Oh, sí, pero como es tan exagerado no le he hecho mucho caso, la verdad.

—¿Lo es? No me había percatado, más bien me parece prudente, incluso contenido en ciertas ocasiones. Pero, por supuesto, tú lo conoces más y mejor que yo —comentó antes de indicarle con un gesto que lo siguiera—. Permíteme enseñarte la camisería.

—Muy bonita —comentó Verónica minutos después sin prestar mucha atención a lo que la rodeaba—. ¿Dónde están Amalia y Rosalía? —inquirió interesada—. Calix me ha comentado que son las costureras.

—El término correcto es *cosedoras* —apuntó Rodrigo—. Están en el taller, trabajando.

—¿Puedo verlas? Me encantaría conocerlas. Calix habla muy bien de ellas...

Y hubo algo en la manera en que lo dijo que hizo que Calix comenzara a preocuparse. ¿Las había mencionado más de lo debido? ¿Habría pensado Verónica que eran demasiado importantes para él? ¿Había dicho algo que podría no haberle gustado sobre ellas?

—Como te comentaba, están trabajando y vamos un poco retrasados —se excusó Rodrigo.

—Qué lástima, me hacía especial ilusión conocerlas. Sé por Calix que cuidan muy bien de él y quería agradecerérselo —insistió.

Rodrigo la miró impasible, luego dirigió su atención a Calix, que parecía bastante retraído, y acabó por claudicar.

—Ya es casi la hora de cerrar, no pasará nada si acabamos unos minutos antes.

La llevó hasta el taller, donde pudo por fin conocer a sus empleadas.

—Un placer —dijo Verónica cuando fue presentada—. Sois tal como Calix os había descrito —afirmó observándolas con atención.

—Y ¿cómo querías que fuéramos? —indagó divertida Rosalía.

—No sé, distintas. Tal vez más jóvenes... Pero sois perfectas —aseguró complacida antes de mirar a Calix—. Acompáñame fuera, este taller me agobia —le ordenó al tiempo que salía.

Calix bajó la mirada, avergonzado por el desplante que les había hecho a sus compañeras, y se apresuró a seguirla.

Rodrigo cabeceó pasmado, ¿tanto insistir para eso? Si apenas había estado con ellas dos minutos... Los justos para comprobar que eran tal como le había dicho Calix, es decir, entradas en años y carnes, y mucho menos atractivas que ella.

—No me gusta esa mujer, es una soberbia —comentó Amalia mirándolo enfurruñada.

—A mí tampoco me gusta... —masculló Rodrigo saliendo del taller, sólo para encontrarse a la parejita en actitud cariñosa en el probador.

Aunque mejor sería decir que ella estaba en actitud cariñosa mientras Calix trataba de apartarla de una forma sutil y poco efectiva.

—Os rogaría dejarais las carantoñas para vuestra casa, esto es una camisería, no un picadero —los regañó Rodrigo con voz severa atravesando el probador para salir a la tienda.

—Qué desagradable es tu jefe... —oyó decir a Verónica.

A ese comentario lo siguió el alegato de Calix defendiéndolo, lo que provocó un murmullo airado de la mujer.

Rodrigo sonrió desdeñoso, consciente de que Verónica ya había visto lo que quería y, por tanto, no iba a molestarse en seguir disimulando la aversión que le tenía. Y, dado que él tampoco había ocultado su antipatía hacia ella, le parecía una decisión estupenda. No había nada que le molestara más que un embustero.

Había sufrido una mentirosa en su vida y su recuerdo aún le escocía.

Fueron al mostrador y, como faltaban pocos minutos para el cierre, le dio permiso a Calix para salir antes.

—Te olvidas el móvil —le comentó sacando el teléfono del cajón cuando lo vio ponerse el chaquetón.

—¡Tienes el móvil en un cajón! ¡Por eso no contestabas! —exclamó Verónica colérica.

—Lo guardé yo —confesó Rodrigo—. Estamos trabajando de cara al público y no hay nada que cause peor impresión que un empleado atendiendo llamadas personales, más aún si éstas son continuas.

—No lo llamo continuamente.

—Una vez cada hora tal vez no sea continuamente, pero sí es demasiado a menudo —apuntó él con gesto serio, por lo que Verónica no supo interpretar su ironía, no así Calix, que se tapó la boca para que su chica no lo viera sonreír.

—A lo mejor no siempre soy yo...

—¿Lo comprobamos? —la desafió Rodrigo, seguro de que ese número de teléfono sólo lo tenía una persona: Verónica. Jamás había visto a Calix hablar con

nadie más.

—No seas infantil —masculló ella con mirada asesina.

—No soy yo quien llama a todas horas —repuso Rodrigo sin perder la calma. No obstante, se contuvo de seguir diciendo lo que pensaba, pues aunque ella fuera una arpía, él se preciaba de ser un caballero—. En horario de trabajo, ninguno de mis empleados tiene permitido recibir llamadas personales. Si contigo he hecho una excepción esta semana ha sido porque eres amiga de Gala, pero esto no puede continuar.

—No te preocupes, no volveré a llamarlo.

—No me preocupo, sólo te lo comento. A partir de ahora, el teléfono estará siempre en el cajón —afirmó con rotundidad.

Verónica lo miró con odio y luego le dio un empujón a Calix para que se pusiera en marcha y saliera de la tienda.

* * *

—Me parece increíble que no le pagues a Calix la semana de prueba —acusó Gala a Rodrigo.

Jimena y Gadea, que los escuchaban a escondidas tras la puerta del comedor, fruncieron el ceño disgustadas. Ese fin de semana les tocaba con su madre y se estaban poniendo al día de todos los cotilleos. Primero, durante la comida que su madre, Eva, Vicenta y Cruz celebraban cada sábado, y ahora en la merienda, cuando Gala y Rodrigo charlaban acurrucados en el sofá mientras ellas, supuestamente, jugaban a la consola en el cuarto.

—¿Ya te lo ha dicho? Ha tardado bastante. Nueve días exactamente —comentó Rodrigo—. No deja de ser curioso que te lo haya reclamado el mismo día que ha venido a la tienda y le he pedido que dejara de llamar compulsivamente a Calix...

—Deduzco que habéis discutido —musitó Gala.

—En absoluto, sólo nos hemos demostrado nuestro odio mutuo.

—Así que por eso estaba tan disgustada cuando me ha llamado... De todas maneras, no le falta razón para estar enfadada. Tienes que pagarle a Calix la semana de prueba. La trabajó, no pagársela sería estafarlo.

—Lo que me parece una estafa es que Verónica pase por mi tienda esta mañana y no me lo reclame a mí, que, al fin y al cabo, soy el responsable del pago, y que, sin embargo, te llame a ti para decírtelo...

—A mí me conoce, somos amigas. Tal vez crea que puedo influir en ti...

—O tal vez pretenda malmeter para provocar una discusión entre nosotros.

Gala se quedó pensativa; esa explicación cuadraba, y mucho, con la rabia con que le había hablado Verónica.

—Está bien, puede que esté molesta contigo y haya tratado de vengarse..., pero lo cortés no quita lo valiente, y tú no le has pagado a su novio. Es tan discordante con tu forma de ser que me cuesta creerlo —dijo disgustada—. ¿No vas a decir nada?

—Me conoces lo suficiente como para saber cuáles son mis principios y que jamás me justifico.

Gala entornó los ojos, estudiando sus palabras, y fue entonces cuando lo supo.

—Le has pagado...

Rodrigo curvó los labios en una sonrisa socarrona.

—Le has dado dinero en efectivo y Calix no se lo ha dicho a Verónica —jadeó ella intuyendo la verdad—. ¡Será asqueroso! Verónica lleva todo el año manteniéndolo sin que él dé un palo al agua, ¡y ahora que por fin está trabajando no tiene la decencia de darle ni un euro para cooperar con los gastos de la casa! ¡Es vergonzoso! —exclamó furiosa—. Aunque no es que eso me sorprenda viniendo de Calix, al fin y al cabo, es un vago aprovechado, pero que tú lo cubras y le permitas hacerlo me parece... ¡demencial!

—¡No lleva todo el año manteniéndolo! —estalló Jimena entrando en el comedor seguida por su hermana—. ¡Todos los meses le da su paro para que ella lo gaste como quiera!

—¡Jimena! Ésta no es una conversación que te interese. Regresa a tu cuarto —le exigió Gala.

—¡No!

—No le falta razón a tu hija —señaló Rodrigo—. Por lo que sé, comparten cuenta, y es en la que le ingresan el subsidio a Calix, por lo que cooperar, coopera. Con todo lo que tiene, de hecho.

—Creéis a pies juntillas todo lo que os dice —los acusó Gala disgustada.

—No tan ciegamente como tú crees a Verónica —replicó Rodrigo.

—No la creo ciegamente; de hecho, cada vez me gusta menos su actitud —masculló huraña—. Últimamente se comporta con una prepotencia que nunca le había visto. El lunes discutió con un agente y amenazó con despedirlo...

—Y, por curiosidad, ¿llevaba razón en la discusión? —indagó Rodrigo.

—No. Pero es muy cabezota y cuesta hacer que entre en razón —contestó Gala—. Lo cierto es que está demostrando un carácter que no le conocía...

Gadea pronto se aburrió de su conversación y regresó al cuarto con la Wii, no así Jimena, quien los escuchó con atención. Por lo visto, su madre por fin se estaba dando cuenta de cómo era Verónica, y mucha culpa de eso la tenía Rodrigo. Observó intrigada al albino. Ahora que había aceptado que sus padres jamás volverían a estar juntos, Rodrigo comenzaba a caerle más o menos bien. Era cierto que seguía siendo un estirado, pero ya no le parecía tan insufrible. Al contrario, una vez le pillabas el punto —y no era fácil—, resultaba hasta gracioso. También era fácil hablar con él. La escuchaba cuando hablaba y tenía en cuenta su opinión sin importarle su edad. De hecho, era el único que la había escuchado —y creído— con respecto a Calix.

—Por cierto, Jimena —dijo Rodrigo, sacándola de sus cavilaciones—. ¿Te apetece comer el lunes en mi casa?

—¿Contigo? —masculló la niña mirándolo pasmada. Ya no le caía mal del todo, pero ¡de ahí a comer en su casa como si fueran grandes amigos iba un abismo!—. No, gracias.

—¡Yo me apunto! —gritó Gadea apareciendo en la puerta. Por lo visto, jugaba con un oído puesto en la conversación.

—Tú tienes comedor en el colegio —le recordó Gala a su hija sin dejar de mirar sorprendida a Rodrigo. ¿A qué había venido eso?

—Es una pena que no quieras venir. Voy a hacer cocido y me sale riquísimo —afirmó Rodrigo—. En fin, ya te contará Calix el manjar que te has perdido.

—¿Calix va a comer el lunes en tu casa? —preguntó Jimena perpleja.

—Sí, ¿no te lo he dicho? Vaya despiste el mío —se lamentó Rodrigo.

—Lo has hecho a propósito —lo acusó Jimena.

—En absoluto. No es culpa mía ser un viejo con mala memoria.

—No disimules, que te conocemos —le advirtió Gadea divertida—. Además, tú no eres viejo —aseveró muy seria—. Eres genial.

—Dejémoslo en un viejo genial —apuntó Rodrigo guiñándole un ojo.

—Vaaale. ¿Puedo comer con vosotros el lunes? —le pidió poniendo esa mirada de corderito dulce a la que Rodrigo era incapaz de resistirse.

El albino dedicó a Gala exactamente la misma mirada, pero, tras un duro aprendizaje con sus hijas, ella ya estaba curtida en chantajes emocionales y ni siquiera se inmutó.

—No —se negó concisa y rotunda.

—Pero yo sí puedo, ¿verdad? —repuso Jimena—. Salgo del *insti* a las dos y diez, me da tiempo de sobra a llegar, comer y estar un rato con ellos antes de que se vayan.

—Si estás con ellos no estudiarás después de comer, y eso significa que no podrás bajar por la tarde a la plaza, pues te tocará hacer deberes... —le advirtió Gala.

—No me importa, a la calle bajo todos los días y a Calix hace un montón que no lo veo.

—Porque no quieres —señaló su madre—. Sólo tienes que acercarte a su casa para verlo.

—¿Estás loca? Si me meto en su casa, Verónica es capaz de acusarme de acosarlo o algo por el estilo. No soporta que nadie se acerque a Calix, y yo menos que nadie. Está tan majara que me ve como a una rival o algo así. ¡Como si Calix me gustara! —dijo desdeñosa.

—Pensaba que estabas loquita por él...

—Eso era antes, ahora ya no. Es muy viejo para mí y se comporta como si fuera mi hermano mayor. A veces hasta me da la charla —masculló ofendida.

—¡Qué delito! Mira que tratar de cuidarte. ¡Cómo se atreve! —exclamó Gala, imitando el humor de Rodrigo.

—Jo, mamá, tú también no —protestó Jimena haciendo que los demás estallaran en carcajadas.

* * *

—No permitas que te prohíba responder al móvil —masculló Verónica montándose sobre Calix para follarlo despacio—. Es un cerdo y un dictador. No puedes dejar que te domine así. Quiere separarnos, impedir que estemos juntos y tenerte controlado. — Se meció sobre él a la vez que apretaba su sexo en torno a su polla hasta hacerlo jadear de placer—. Quiero que lo mandes a la mierda.

—No te lo tomes tan a pecho, Vero. Ya encontraré la manera de contestarte y, si no, te mandaré whatsapps —repuso Calix alzando las caderas para salir a su encuentro.

—No quiero que me mandes mensajitos. Quiero oír tu voz —afirmó furiosa—. Despídete. No vuelvas a trabajar con él —le ordenó quedándose inmóvil y pellizcándole las tetillas con tal fuerza que convirtió el placer en dolor.

—No voy a despedirme, nos hace falta el dinero —gimió Calix revolviéndose a la vez que le agarraba las manos para detener sus violentos dedos.

—No me toques, desgraciado —le espetó con ferocidad, tirándole del pelo cuando la soltó—. Tu sueldo no nos hace falta, con lo que gano nos he mantenido estos meses sin problemas. Déjalo. No vayas a trabajar el lunes.

—No, Verónica —rechazó Calix con mayor contundencia que nunca—. No voy a dejar el trabajo. Me gusta lo que hago y me siento realizado.

—¿Te gusta lo que haces o te gusta ese jodido albino? —inquirió maliciosa—. Tal vez no quieres dejar de trabajar con él porque te pone cachondo...

—No digas tonterías, Vero.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te van las zorritas de trece años? ¿Ahora lo que te excita son los albinos? —lo acusó clavándole las uñas en el torso.

—Verónica, por favor...

—Me das asco. —Lo echó de la cama a empujones—. Acábate el trabajito tú solo...

Calix la miró abatido.

—¡Lárgate! —gritó ella tirándole el móvil a la cabeza.

Calix se agachó antes de que le diera, y, viendo que estaba demasiado enfadada para dialogar, ignoró su erección bamboleante y fue al comedor.

Esa noche durmió en el sofá.

No era la primera noche que lo hacía desde que había empezado a trabajar.

Lunes, 11 de diciembre de 2017

—¿Qué tal el insti? ¿Han vuelto a putearos con los exámenes? —le preguntó Calix a Jimena cuando Rodrigo salió del salón para ir a por el postre.

—Sí. Siempre van a pillar... Creo que me va a quedar mates otra vez.

—¿Por qué no vas a clases particulares con el Ogro como el año pasado?

—*Joer*, tío, pareces mi madre —repuso enfurruñada—. Ella también está pesadísima con eso... Paso de ir a clases privadas, son un rollazo.

—Más rollazo va a ser estudiar en Navidad si suspendes y te toca recuperar —replicó Calix, lo que provocó que Jimena lo mirara malhumorada—. Además, si vas con el Ogro seguro que Kini se apunta y no son tan aburridas.

—¿Tú crees? —preguntó ella, en sus ojos un brillo de interés.

—Estoy seguro.

—Anuja dice que está por mí...

—Eso ya lo sabías, ¿no? —preguntó Calix burlón—. La cuestión es, ¿estás tú por él?

La niña enrojeció violentamente y optó por cambiar de tema.

—Malena quiere salir en Nochevieja, pero no creo que mamá me deje.

—Eso te lo certifico —apuntó Rodrigo entrando en el salón con el postre.

Jimena dio un respingo al verlo. ¡Se había olvidado por completo de él! Esperaba que no hubiera estado escuchando a escondidas. Aunque lo dudaba, el albino era demasiado estirado para hacer eso.

—Por favor, contesta la pregunta de Calix. No puedes dejarme con la incógnita —dijo Rodrigo dejando los flanes en la mesa para luego sentarse y mirarla con atención.

—¿Qué pregunta? —musitó ella recelosa. No sería capaz...

—¿Cómo lo has expresado, Calix? —dijo Rodrigo mirándolo pensativo—. No querría parecer un anticuado... Ah, ya sé: ¿estás por Kini?

Jimena lo miró enfadada. ¡Sí había sido capaz!

—Eso a ti no te importa.

—Claro que sí, dudo que pueda dormir sin conocer la respuesta.

—¿Vas a cenar esta noche en mi casa? —le preguntó Jimena cambiando de tema.

—Eso pretendo... ¿Tiene eso algo que ver con el tema que nos ocupa? —planteó malicioso. Se lo estaba pasando demasiado bien como para olvidarse del asunto.

—Puede. Porque si te pones pesado tal vez me dé dolor de tripa y tenga que decirle a mi madre que me haga mimitos hasta que me duerma..., y quizá tarde mucho en dormirme...

—¿Me estás amenazando con fastidiarme la noche?

—Te estoy advirtiéndolo.

—No te esfuerces, Rodrigo —intervino Calix—. Llevas todas las de perder. Las mujeres siempre se salen con la suya, y si tienen trece años más todavía.

—No eres de gran ayuda —lo acusó Rodrigo.

—Lo siento, pero Jimena es mi mejor amiga —señaló Calix sonriente.

—Mientras que yo sólo soy tu jefe... Tomo nota —dijo con una mirada amenazante que ni Jimena ni Calix se tomaron en serio, pues comenzaban a conocerlo.

—¡Rodri, el flan está de muerte! —exclamó Jimena al probarlo.

—¿Rodri? No acortes mi nombre, por favor —le pidió molesto Rodrigo.

—Está bien, no lo acortaré, *Rodriguín*... —convino ella esbozando una sonrisa tan traviesa que a Rodrigo no le cupo la menor duda de que iba a oír muchas y muy variadas versiones de su nombre como penitencia por esa conversación.

—No seas capulla, Jime —la regañó Calix sonriendo como hacía tiempo que no lo hacía.

—¿Yo? Pero si soy una santa..., *Calistillo* —le dijo jugando con su nombre.

Él, por supuesto se quejó amargamente. Jimena le replicó burlona, y de repente Rodrigo se vio inmerso en una guerra de nombres en la que él también se llevó su parte. Y debía reconocer que sus invitados eran de lo más ocurrentes.

Sonrió encantado, era gratificante verse mezclado en esa batalla, no tanto por los apelativos que le dedicaban, sino porque lo hacía sentirse parte de la familia. Porque si algo le quedó claro durante esa comida fue que Jimena y Calix eran mucho más que amigos. Se conocían profundamente, como si fueran hermanos. De hecho, Calix adoptaba el rol del hermano mayor, cuidando, aconsejando y regañando cuando era necesario, mientras que Jimena adoptaba el de la hermana pequeña, pizpereta y rebelde, siempre preparada para meterlo en un lío.

Gala se alegraría cuando se lo contara esa noche, porque, desde luego, pensaba contárselo. De hecho, iban a tener una larga charla sobre Calix, sobre Jimena..., y sobre si estaba o no por Kini, pensó sonriendo ladino. Se estaba enterando de demasiadas cosas, y muy interesantes, por cierto, como para guardárselas para sí.

* * *

—Una buena hechura no significa que la camisa no haga arrugas —le explicó Rodrigo a Calix mientras le ajustaba la camisa a un cliente—. Si así fuera, no podríamos movernos libremente. Las camisas deben tener holgura, pero no parecer un saco. En el término medio está el acierto.

Calix escuchó con atención a la vez que lo anotaba en su cuaderno, después sacó el libro de probador y se apresuró a apuntar los requerimientos del cliente, las

observaciones de Rodrigo, las modificaciones que debían realizar y la fecha de entrega prevista. Luego creó una ficha para Amalia indicándole los arreglos y, tras pensarlo un instante, la adelantó en el planificador colocándola entre dos encargos de similar urgencia.

Rodrigo sonrió complacido, no sabía si Calix llegaría a ser un maestro camisero, pero desde luego sí que era un organizador nato. Desde que trabajaba allí, los ficheros estaban más al día que nunca, y el trabajo organizado de una manera tan eficaz que les permitía un ahorro de tiempo considerable.

—Son las ocho, ve cerrando mientras acabo con el señor Dimov, por favor —le pidió para poder irse en cuanto terminara, pues se les había echado el tiempo encima.

Calix salió del probador, comprobó que todo estuviera ordenado y preparó los muestrarios que Rodrigo había elegido para los clientes citados del día siguiente. Estaba a punto de terminar cuando alguien llamó al timbre.

Resopló molesto, pues ya había pasado la hora del cierre, no obstante, se acercó presuroso a abrir, más aún al ver que era uno de los mejores clientes de la camisería.

—Señor Alekseev... —saludó haciéndose a un lado para permitirle el paso.

Como siempre, sus gorilas lo precedieron revisando la tienda, aunque respetaron el probador cuando Calix les indicó que Rodrigo estaba allí atendiendo a un cliente.

—¿Rodrigo tardará mucho? —preguntó exigente Pavel Alekseev.

—No podría decirle, cada cliente requiere su tiempo y tenemos por norma no apresurarnos —contestó Calix respetuoso—. Si puedo serle de alguna ayuda...

* * *

Rodrigo salió del probador con el cliente y se sorprendió al encontrarse con Calix atendiendo al señor Alekseev. Aunque no debería, pues esa hora era la favorita del búlgaro.

—Señor Alekseev —lo saludó, al igual que hizo el cliente al que acompañaba, ya que era uno de los socios del búlgaro—. Deme unos minutos y estoy con usted.

—No tengas prisa, estoy manteniendo una charla muy interesante con tu ayudante.

Rodrigo asintió y acompañó al comprador a la salida para despedirlo, luego desanduvo sus pasos para regresar con Calix, aunque se quedó junto al arco, observando cómo éste se desenvolvía con un cliente tan especial como el señor Alekseev.

—La hombrera de la americana sobresale de la caída del hombro, por eso le hace esa forma tan poco favorecedora —comentó Calix observando con ojo crítico el traje del búlgaro.

—Me lo he comprado esta mañana en una tienda de las caras, y ¿me estás diciendo que está mal hecho? —inquirió Pavel amenazante.

—Lamento si mi sinceridad le molesta —se disculpó Calix tratando de imitar la seguridad con la que Rodrigo hablaba, a pesar de que no la sentía en absoluto. Ese hombre, con su pinta de mafioso, sus guardaespaldas y sus modales exigentes, era cuando menos intimidante.

—No me molesta, me gusta... Dime, ¿qué harías tú en mi lugar?

—Cambiar de sastrería, por supuesto. Puedo recomendarle el sastre de cabecera del señor Castro —dijo refiriéndose a Rodrigo—. Es un profesional serio y pulcro en su oficio que cuenta con muchos años de experiencia. No lo decepcionará.

—¿Estás seguro?

—Si no fuera así, no se lo recomendaría.

—Bien, arréglame una cita con él. Y rapidito. Ahora que me he acostumbrado a vestir camisas decentes no soporto los trajes imperfectos —ordenó. Calix lo miró pasmado. ¿Acaso pensaba que era su secretario?—. ¿Tienes algún problema, muchacho?

—En absoluto —reaccionó Calix—. Hablaré con don Antonio y me ocuparé personalmente de que lo reciba con la privacidad y la premura que usted requiere.

—Me gusta tu ayudante, Rodrigo —afirmó Pavel volviéndose hacia él—. Parece saber de lo que habla... y no se achanta.

—En mi camisería sólo admito los mejores profesionales —aseveró Rodrigo orgulloso, arrancándole una sonrisa resplandeciente a Calix—. ¿Podemos serle útiles en alguna otra cosa?

—Necesito dos camisas para una boda —contestó Pavel.

Calix fue a por el muestrario. Daba igual lo tarde que fuera o que ya hubieran cerrado, a un cliente como el señor Alekseev no se le hacía volver otro día.

Podía enfadarse y romperte las piernas.

O meterte en un bidón y tirarte al Manzanares.

—No te entretengas más y vete, ya termino yo de recogerlo todo —le dijo Rodrigo a Calix.

Eran más de las nueve de la noche, Amalia y Rosalía se habían ido hacía rato y Pavel y sus guardaespaldas acababan de salir por la puerta, dejando una buena cantidad de muestrarios de telas, botones, cuellos y puños sobre el mostrador.

—No me cuesta nada, y entre los dos tardaremos la mitad —contestó Calix remiso a sacar el móvil del cajón.

Sabía que, cuando lo encendiera, se encontraría una docena de llamadas perdidas de Verónica, si no eran más. Le había escrito un whatsapp para avisarla de que llegaría tarde, pero aun así estaba seguro de que se había preocupado. Era lo que siempre hacía. Preocuparse, impacientarse y, por último, enfadarse.

—Y a mí no me cuesta nada recoger. Aunque no lo creas, llevo haciéndolo toda mi vida —repuso Rodrigo—. Vete antes de que Verónica comience a escupir fuego por la boca...

—Vero no hace eso —rebatía Calix mientras tomaba varios muestrarios para colocarlos en sus correspondientes estantes.

—No sé si recuerdas que vivo debajo de vosotros —señaló Rodrigo, pues ellos vivían en el segundo exterior derecha y él en el primero exterior izquierda.

—¿Y?

—Que no estoy sordo, y tu pareja cada vez te grita más alto. —Aunque sabía por el tendero de sus continuas discusiones, no había sido hasta un par de semanas atrás que éstas habían subido tanto de intensidad que los gritos furiosos de Verónica traspasaban el suelo llegando a su piso—. No pierdas más tiempo y vete. No te interesa darle excusas al enemigo para que inicie la ofensiva —le ordenó quitándole los muestrarios.

—Vero no es el enemigo —masculló Calix cabizbajo antes de salir, avergonzado al comprender que su jefe estaba al corriente de lo desastroso que era y lo mucho que enfadaba a Verónica con su irresponsabilidad.

* * *

—¡Por fin llegas! —exclamó Verónica yendo hacia él en cuanto lo oyó entrar en casa.

—Lo siento muchísimo, se nos complicó la tarde. Vino un cliente a última hora y no pudimos rechazarlo —se excusó Calix angustiado sin acercarse a ella para así evitar que le tirara del pelo como acostumbraba a hacer últimamente cuando se enfadaba.

—No importa, me llegó tu whatsapp avisándome, y, como sabía que estabas bien, me quedé más tranquila —dijo comiéndoselo a besos mientras él parpadeaba sorprendido. Lo último que había esperado eran mimos—. Te he echado mucho de menos. Rodrigo es un explotador, te retiene en la tienda alejándote de mí —musitó deslizándose las manos por el cuerpo de Calix para acariciarlo ansiosa—. Te quiere sólo para él...

—Claro que no —resopló Calix, un poco hartado de que Verónica considerara a su jefe el origen de todo mal—. Ha venido el señor Alekseev a última hora, por eso llego tan tarde.

—Y ¿no podía ocuparse Rodrigo de él? Ni que fueras alguien importante en la camisería en vez de un simple aprendiz —replicó molesta lamiéndole el cuello a la vez que sus manos transitaban sobre la entrepierna de él para tratar de despertar el pene dormido.

—Lo he atendido yo —repuso Calix agitado, apartándose de ella para dirigirse nervioso al comedor, por lo que no vio la mueca furiosa de Verónica al verse rechazada—. ¡No te lo vas a creer, pero es verdad! Ha llegado cuando estábamos cerrando y le he ofrecido consejo sobre trajes. Y luego Rodrigo me ha dicho, ¡a mí! —redundó emocionado—, que lo atendiera y sacara los muestrarios que yo considerara oportunos...

—Qué maravilla...

—¿A que sí?! —exclamó Calix sin percatarse del tono indiferente de ella—. Es el primer cliente al que Rodrigo me deja atender..., ¡y era el señor Alekseev!

—Ni que fuera el rey de España —comentó desdeñosa.

—Rey no es, pero casi —replicó entusiasmado—. Es el mafioso, ya te he hablado de él, ¿recuerdas? Lo han convencido los tejidos que he elegido y ha aceptado mis propuestas sobre el cuello y los puños. Y, en lugar de encargarme dos camisas, ha encargado tres. ¡Ha sido increíble! Y cuando se ha ido Rodrigo me ha dicho que he estado muy acertado y que me dará un porcentaje por la venta... ¿Te lo puedes creer? —exclamó eufórico.

—Pues no, la verdad. Por lo visto, has tenido una racha de suerte.

—Sí, habrá sido eso —convino Calix un poco decepcionado por su apatía.

No era suerte, sino trabajo bien hecho. Llevaba semanas estudiando las fichas de todos los clientes, por lo que cuando Rodrigo había delegado en él la venta, sólo había tenido que repasar la ficha de Pavel para echarles un rápido vistazo a los tejidos y los tipos de cuello y los puños que solía elegir, y sobre eso basar su presentación. Aunque también era cierto que no era nada complicado de hacer. Sólo había que fijarse un poco y tener un mínimo de criterio. En realidad, tampoco era que hubiera hecho nada del otro mundo, pensó desanimado.

Apartó el tema de su cabeza y fue a cambiarse de ropa. Ya eran casi las diez de la noche, así que más les valía ponerse con la cena.

Cenaron y, mientras recogían, Verónica le contó las novedades en su trabajo. Su jefe estaba muy contento por cómo estaba llevando las campañas y ella estaba camelándose para que le diera un ascenso, pues ya era hora de que reconocieran su talento y lo premiaran, no en vano llevaba en la empresa varios años, primero en la central de Alicante y ahora en Madrid.

—Seguro que te lo dan, Vero. Eres maravillosa en tu trabajo, y tu jefe no es tonto y lo sabe —aseveró Calix terminando de fregar los platos mientras ella recogía la cocina.

—Eso espero. Por cierto, tal vez mañana llegue muy tarde. Mi jefe quiere que vayamos a tomar algo después del trabajo... Sólo para hablar, ya sabes —puntualizó con voz sugerente.

—Estupendo, tendré la cena preparada cuando vengas —dijo Calix secándose las manos.

—Tal vez no venga a cenar... —apuntó esbozando una maliciosa sonrisa.

—Entonces no te esperaré despierto —aceptó risueño colocando el paño estirado en el asa del horno para que se secase—. ¿Nos vamos a la cama? —dijo rotando el cuello. Había sido un día agotador y sólo tenía ganas de meterse entre las mantas y dormir.

—¿No te molesta que llegue de madrugada por estar tomando copas con otro hombre? —le preguntó molesta enfilando hacia el dormitorio.

—Pues no, la verdad —contestó divertido. Comprendía su pregunta, ella era muy celosa y tal vez esperaba que él también lo fuera, pero los celos no formaban parte de su naturaleza—. Además, tu jefe es gay, ¿no?

—Bisexual más bien.

—¿En serio? Hace tiempo me dijiste que era homosexual —señaló, aunque la palabra empleada por ella había sido *maricón*.

—No dije eso, me entenderías mal.

—Seguramente —cedió Calix quitándose el chándal y metiéndose en la cama—. Dios, estoy muerto...

—Ya lo veo —masculló ella haciendo lo mismo—. Pero no tan muerto como para no cumplir con tu obligación, ¿verdad? —musitó deslizando la mano sobre la entrepierna de él.

—Eso nunca —respondió Calix sintiendo que su pene despertaba a pesar de que se sentía tan cansado que le costaba centrar sus pensamientos.

Se volvió hacia ella y comenzó a besarle los pechos, aunque pronto deslizó los labios por su vientre buscando ese lugar entre sus piernas que la lanzaría al orgasmo.

—Cómo se nota que estás cansado. —Verónica le tiró del pelo para que se apartara—. No has tardado ni dos minutos en ir al grano. ¿Qué pasa? ¿No tienes ganas de preliminares?

—Claro que sí, cariño —se apresuró a mentir Calix.

—Mentiroso —musitó esbozando una peligrosa sonrisa. Lo empujó para que se tumbara de espaldas y se montó sobre él—. Deja que sea yo quien trabaje —le ordenó besándolo para luego dibujar un traje de saliva sobre su piel.

Jugó con él, acercándose a su erección para alejarse antes de tocarla. Le besó el vientre y las caderas, bajó por sus piernas y deslizó la lengua entre sus muslos, atrapando pellizcos de piel entre sus dientes antes de acercarse con provocativos lametones a los testículos. Se los metió en la boca, chupándolos golosa, y luego subió con los labios por su pene. Le arrancó gemidos al acariciarle el glande con la lengua y bruscas inhalaciones cuando fueron sus dientes los que lo rozaron. Y, cuando él alzó las caderas buscando penetrar su boca, se apartó.

—Mientras te esperaba, he estado dándole vueltas a una fantasía que me pone a cien —confesó sacando unos pañuelos del cajón.

Calix los observó con los párpados entornados por el placer y se agarró al cabecero. No era la primera vez que los usaban, y la experiencia siempre había sido muy... estimulante.

Verónica sonrió encantada por su docilidad mientras lo ataba.

—Están un poco apretados —comentó Calix tirando de los pañuelos. Normalmente los dejaba mucho más flojos, tanto, que sólo con tirar un poco conseguía soltarse.

—Mira que eres delicadito —se burló ella sin aflojarlos.

—¿Los tobillos también? —inquirió extrañado al sentir que lo ataba a los pies de la cama con las piernas muy separadas.

—Vamos a probar algo diferente —comentó mordisqueándole el empeine.

Calix descansó la cabeza en la almohada y cerró los ojos mientras ella ascendía de nuevo a su ingle entre besos y mordiscos, su polla palpitando impaciente, deseando que le prestaran atención.

Verónica la atrapó entre sus labios y comenzó a mamársela con ganas, y cuando lo notó tensarse a punto de eyacular se apartó de nuevo.

—Por favor, Vero... —musitó frustrado al comprender que iba a ser una de esas ocasiones en las que jugaba con él y lo torturaba retrasándole el orgasmo durante lo que parecía una eternidad. Y no era que lo disgustara, pero esa noche estaba muy cansado y no se sentía con ánimos.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, deja que me corra...

—No —rechazó ella abriendo el cajón de nuevo para sacar un vibrador.

Calix lo observó curioso. A Verónica le gustaban los juguetes sexuales, pero normalmente los elegía muy gruesos, mientras que ése era más bien delgado.

Ella se lamió los labios, lo encendió y le recorrió lasciva el torso, deteniéndose sobre las lisas tetillas de él.

Calix se estremeció al sentir la suave vibración sobre su piel.

—Te excita —afirmó Verónica, y él asintió, incapaz de negar la evidencia.

Ella sonrió lasciva y continuó atormentándolo, pasando la punta del vibrador alrededor de sus tetillas para luego deslizarlo por su estómago y su vientre y acabar presionándole el tallo del pene con él. Calix se removió incómodo al sentir el extraño roce. Verónica sonrió maliciosa y cedió, apartándolo para ascender sinuosa con él hasta los labios de Calix. Presionó, tratando de que lo chupara, pero él ladeó la cabeza rechazando su juego.

—¿No quieres?

—Paso de tener algo tan parecido a una polla en la boca.

—Oh, vaya, yo pensaba que era al contrario. Que te ponía muy cachondo chupar pollas —afirmó apartando el vibrador.

Calix la miró confundido, sin entender qué había querido decir, pero se le olvidó por completo al ver que ella se arrodillaba en la cama, a escasos centímetros de su cara, y frotaba el vibrador contra su vulva. Se excitó observando cómo se lo metía y se lo sacaba de la vagina mientras se acariciaba el clítoris con la mano libre, su esencia especiada llenándole la nariz, tan tentadora que comenzó a salivar por las ganas que tenía de degustarla.

Verónica sonrió al verlo sacudir las caderas, tan excitado que densas gotas blanquecinas resbalaban por su glande, y se metió el vibrador por última vez para luego llevarlo hasta la boca de su amante.

Calix volvió a ladear la cabeza, rechazándola.

—¿No quieres probar mi sabor? Vamos, no seas mojigato —le dijo con voz ronca frotando el juguete sobre sus labios cerrados.

Él se rindió al comprender que no iba a darse por vencida. Abrió la boca para darle el gusto y que lo dejara tranquilo.

—¿Te gusta?

—El sabor sí, el tacto no —confesó él apartándose.

Ella lo agarró del pelo y tiró con fuerza, obligándolo a dejar la cabeza quieta.

—No seas mentiroso, te encanta tener pollas en la boca —replicó apretando con fuerza el vibrador contra sus labios.

—No digas ton... —No le dio tiempo a acabar la palabra antes de que le metiera de nuevo el aparato en la boca.

—¿Crees que soy idiota? ¿Que no sé por qué te gusta tanto ese estúpido trabajo en la camisería? —masculló hundiéndoselo en la boca tan profundamente que le provocó una arcada.

Calix se revolvió, tratando de escupirlo a pesar de los fuertes tirones de pelo que le propinaba. Pero no era fácil apartarse estando atado de pies y manos.

—Te pone cachondo trabajar con el blanquito. ¿Le gusta cómo se la chupas? Aunque, viendo las arcadas que te dan, empiezo a pensar que es él quien te la chupa a ti. —Apartó el vibrador y Calix tomó una gran bocanada de aire, el estómago revuelto y la erección marchita—. ¿Eso es lo que te gusta del Estirado? ¿Te la chupa

fuerte y rápido? No hay problema, seguro que yo lo hago mejor. —Bajó hasta su polla, se la metió en la boca y comenzó a comérsela con pasión desbocada.

Calix cerró los ojos, asqueado al sentir que volvía a endurecerse. Pero no podía evitarlo, su polla iba por libre, siempre respondía a sus estímulos, sin importarle lo humillado y avergonzado que se sintiera. Cerró los ojos y se concentró en el placer, sabía por experiencia que cuanto antes se corriera antes acabaría todo.

—¿Qué hacéis en la tienda cuando os quedáis después del cierre? ¿Te la chupa hasta ponértela tan dura como yo te la he puesto y luego te folla? —inquirió penetrándole el ano con un dedo.

—Vero..., por favor, no hagas eso —jadeó consternado al sentir que lo movía en su interior mientras continuaba meneándosela con la mano libre.

—¿Por qué no? Si te gusta...

—No me gusta, joder —masculló revolviéndose, pero de nuevo las ataduras le impidieron apartarse lo suficiente para quitársela de encima.

—Claro que sí, mira lo dura que la tienes —repuso ella, y lo malo era que no le faltaba razón. Estaba duro como una piedra a pesar de que no se sentía en absoluto excitado.

—Vero, por favor... Déjame... —musitó angustiado.

—¿Quieres que te deje correrte? Claro que sí. Te voy a dar exactamente lo que quieres.

Sacó el dedo del ano, cogió de nuevo el vibrador y comenzó a chuparlo mientras le trabajaba la polla con la mano, llevándolo cada vez más cerca del orgasmo. Y, de repente, se quitó el vibrador de la boca y lo penetró con él.

Calix sintió un intenso dolor seguido de un molesto escozor e intentó apartarse, pero ella se lo impidió agarrándole las pelotas y apretándolas con fuerza hasta que se quedó quieto.

—Te va a gustar, no seas tonto. —Se metió en la boca la polla, que de nuevo comenzaba a marchitarse, y se dedicó con pericia a comérsela mientras el delgado dildo le follaba el culo casi con violencia.

No pasó mucho rato antes de que estuviera de nuevo duro y a punto de eyacular, las lágrimas brotando de sus ojos mientras ella lo acercaba a un orgasmo degradante al que no pudo resistirse.

* * *

Calix se removió disgustado cuando, mucho tiempo después, sonó el despertador y sintió las manos de Verónica deslizarse por su vientre buscándole la polla.

Estaban tumbados de lado, ella detrás de él, haciendo la cuchara. Le había soltado los pies antes de dormirse, pero no las muñecas, que le ardían todavía atadas al cabecero.

—¿Estás enfadado? —le preguntó al ver que se apartaba.

—¿Tú qué crees? —Tiró malhumorado de los pañuelos—. Suéltame de una vez.

—¿Estás insinuando que no lo pasaste bien ayer? —dijo burlona, manoseándolo.

—Me obligaste a hacer algo que no quería —gruñó tratando de alejarse de ella.

—¿En serio? Yo no lo recuerdo así..., al contrario, estabas duro como una piedra y gimoteabas suplicándome el orgasmo.

—No te suplicaba nada..., y suéltame de una vez —masculló avergonzado.

—Te recuerdo que te corraste jadeando como un cerdo.

—No jadeaba.

—Entonces gemías.

Calix se calló, no iba a decirle que lloraba. Bastante tenía con la humillación que suponía no poder controlar su cuerpo como para que ella se burlara por su infantil debilidad.

—¡Suéltame, joder! —la increpó frustrado.

—A mí no me hables así —lo regañó dándole un manotazo en la entrepierna que lo hizo encogerse sobre sí mismo—. Me esfuerzo en encontrar nuevas alternativas para complacerte y que no busques fuera de mi cama lo que yo puedo darte, ¿y así me lo pagas? Eres un hijo de puta desagradecido. —Le dio un fuerte tirón de pelo antes de coger la ropa y salir del dormitorio.

Calix se mordió el bíceps para ahogar un sollozo antes de intentar por enésima vez en esa noche desatar los pañuelos de sus muñecas con los dientes. Pero los nudos estaban tan apretados que de nuevo fue incapaz de liberarse.

—Vamos, Vero, suéltame —le pidió asustado al ver que pasaba el tiempo y ella no regresaba. No obtuvo respuesta, lo que lo puso aún más nervioso—. ¡Si no me sueltas voy a mojar la cama! —gimió desesperado, intuyendo que pensaba marcharse dejándolo allí.

—Por favor, Calix, no seas crío, ¿de verdad creías que te iba a dejar atado todo el día? —lo increpó ella entrando en el dormitorio con unas tijeras.

Cortó los pañuelos y lo acunó contra su pecho, diciéndole lo mucho que lo quería y lamentándose porque él la había sacado de quicio, obligándola a salir del dormitorio para tranquilizarse y no discutir más con él.

De lo que había pasado la noche anterior no habló. Mucho menos se disculpó.

Calix aceptó sus besos y sus caricias, la acompañó a la puerta y, cuando se marchó, fue al baño y se metió bajo la ducha de agua ardiendo hasta que el viejo calentador eléctrico se quedó sin agua caliente y ésta se tornó helada. Aún permaneció allí un buen rato más antes de salir y vestirse. Luego buscó entre las tablas sueltas del fondo del armario las llaves que cada tarde ocultaba allí para no volver a *perderlas* y salió de casa para ir a trabajar.

Miércoles, 13 de diciembre de 2017

—Cuando un cliente llama para solucionar un problema no tolera esperas. Nos exige inmediatez en la resolución y sobre eso valora el servicio —resumió Gala a los teleoperadores—. Dicho esto, debo anunciaros que tenemos la mejor tasa de resolución en la primera llamada de la planta y un nivel de satisfacción con el servicio valorado como sobresaliente por los clientes y por InBank. Enhorabuena a todos —dijo sin poder contener la emoción que le produjo ver que los agentes a los que tanto había exigido y por los que tanto había luchado estallaban en una alegre algarabía.

No en vano, esa noticia significaba que, gracias a sus esfuerzos, recibirían los incentivos prometidos. Cabeceó orgullosa y regresó a su mesa. Nada más sentarse sonó el teléfono. Descolgó y, un minuto después, volvía a levantarse para ir al despacho de su jefe.

—Has recibido el informe de satisfacción de InBank —le comentó cuando entró—. Estarás contenta.

—Cómo no estarlo, no podía ser más favorable.

—Que no se te suba a la cabeza, encanto, bastante insoportable eres ya —le advirtió él burlón—. Ayer me reuní con el director del centro y los representantes de InBank. Están muy satisfechos con nuestra gestión. —Gala torció el gesto al ver que se incluía a sí mismo, a pesar de no haber hecho nada por la campaña—. Debido a esto, InBank ha decidido unificar todas sus campañas en nuestra empresa.

—Eso es maravilloso —exclamó entusiasmada.

—Eso pensamos todos —coincidió el jefe—. Además, dado el gran resultado logrado con el WebChat, el cliente desea implementar una cobertura omnicanal —señaló, y Gala sonrió orgullosa, pues el WebChat había sido su apuesta personal—. En el primer trimestre de 2018 añadirá videollamada, *social media* y Click2Call a las campañas que tiene con nosotros.

—Estaremos preparados —afirmó Gala, su cabeza llenándose de ideas para afrontar el nuevo reto.

—InBank exige una baja rotación del personal para así mantener la cualificación adquirida —explicó él—. Nos ha impuesto como condición que el equipo de trabajo no cambie de responsable, lo que significa que tienes que seguir al mando de todo. Y por eso vas a seguir siendo supervisora —concluyó con una socarrona sonrisa.

Gala lo miró sin entender. Eso no era lo que habían acordado.

—Me aseguró que hablaría en mi favor para que ocupara su puesto —le reclamó.

—Las circunstancias mandan, y si el mejor cliente de la empresa te quiere dedicada en exclusiva a él, no podemos decepcionarlo.

—Es imposible llevar una cobertura omnicanal para un cliente tan grande con InBank siendo sólo supervisora —replicó Gala conteniendo las ganas de lanzarse contra su jefe y sacarle los ojos—. Lo haré mucho mejor siendo jefe de equipo y dirigiendo a mi propio grupo de supervisores.

—¿Y dejar que les demuestres que eres mejor jefe que yo y acaben sospechando que has tenido mucho que ver en los buenos resultados de mi trabajo? Ni de coña, princesa. Tengo mi orgullo —rechazó burlón—. Además, el puesto de jefe de servicio ya está adjudicado. Lo siento. Bueno, en realidad no lo siento, la verdad es que me alegro. Nunca me has caído bien.

—Pienso reclamar ante el gerente.

—¿Crees que te escuchará? Te recuerdo que nunca has tratado de caerle bien, mientras que la nueva jefa de servicio se ha esforzado muchísimo por ser, cuando menos, agradable. No tienes ninguna posibilidad de que atiendan tu reclamación.

—¿Quién ha ocupado el puesto? —le preguntó malhumorada.

—La señorita Pardo.

—¿Verónica? —jadeó asombrada.

—Una mujer encantadora, guapa, amable y voluntariosa que ha llevado con gran éxito tus campañas, lo que es un punto a su favor. Sois amigas, ¿verdad? No lo tomes como una traición, no quería el puesto, ni siquiera se postuló a él —mintió—, pero a los jefes les cae bien...

—No está formada como jefa de servicio...

—Sí lo está. Le dieron la formación en la central de Alicante. Es a ti a quien nunca hemos formado, algo que los jefes han tenido muy presente.

—No me he formado porque no lo he necesitado, hago todo su trabajo.

—Pero ellos no lo saben, ¿verdad? No te quejes tanto, te dejo muy bien situada como supervisora de InBank. —Se dirigió a la puerta—. Si me disculpas, tengo una reunión.

Gala lo observó perpleja mientras se marchaba y luego salió y fue a su mesa, donde se encontró con Verónica, que la estaba esperando.

—¡Gala, lo siento! Acabo de enterarme —la recibió su compañera llorosa—. Les he dicho que no podía aceptarlo, que el puesto debería ser para ti, pero no me han escuchado. Lo lamento tanto...

—No te preocupes, no pasa nada —aceptó ella aturdida.

* * *

—Verónica no se siente bien aceptando el puesto, pero no le han dado opción de rechazarlo —dijo Gala mientras cenaban. Aunque lo cierto era que llevaban toda la

tarde hablando del tema.

—Te está engañando, mamá. Estoy segura —repuso Jimena—. Rodrigo, ¿por qué no le preguntas a Calix si sabe algo del ascenso de Verónica? —le pidió al albino.

—Ya lo he hecho. Una de las mil veces que ella lo ha llamado esta tarde ha sido para darle la noticia, así que he aprovechado para preguntarle —dijo sorprendiéndolas a todas, pues no lo había mencionado. De hecho, apenas había abierto la boca desde que había llegado.

—Y ¿qué te ha dicho? —inquirió Gadea cogiéndole la mano.

—Que Verónica lleva tiempo esforzándose mucho para conseguir que la ascendieran.

—¡Ves cómo te lo ha robado! —estalló Jimena mirando a su madre—. ¡Tienes que hacer algo para quitárselo!

—Basta, Jimena. Que se esfuerce en que la tengan en cuenta y la asciendan no significa que tuviera la vista puesta en mi puesto —repuso Gala, harta de discutir sobre ese tema—. Acabad de cenar, es tarde y mañana hay colegio.

* * *

—Están dormidas, ya puedes soltarlo —le pidió Gala a Rodrigo al tiempo que se sentaba en el sofá junto a él.

—¿Qué quieres que suelte?

—Lo que te ha mantenido la boca cerrada y los ojos en movimiento toda la tarde —respondió ella fijando la mirada en sus ojos oscilantes.

—¿Tan evidente es? —masculló frustrado. Era complicado fingir tranquilidad si el nistagmo lo delataba cuando estaba nervioso.

—Mucho —contestó Gala acurrucándose contra él. Le desabrochó los botones de la camisa y deslizó la mano sobre la pálida piel de su torso.

Rodrigo cerró los ojos y se recostó en el sofá mientras ella lo acariciaba, relajándolo.

—No me creo la reacción de Verónica —musitó.

—No la has visto, sus lágrimas no eran fingidas. Lamentaba profundamente que le hubieran dado el puesto.

—Es una buena actriz.

—Y Calix un mentiroso que no hace más que malmeterte contra ella.

—Eres libre de pensar lo que quieras, por supuesto —aceptó—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué quieres que haga?

—Luchar por el ascenso que te han robado, obviamente.

—¿Cómo?

—Amenaza con irte.

—No puedo dejar mi trabajo —jadeó ella atónita. ¿Cómo se le había ocurrido esa locura?

—No vas a dejarlo, sólo a amenazarlos con hacerlo —puntualizó Rodrigo esbozando una artera sonrisa—. Tienes el poder en tus manos, Gala, y no te das cuenta —susurró besándola—. InBank te quiere a ti. Si amenazas con irte, tal vez se planteen marcharse contigo.

—No digas tonterías, nadie es imprescindible.

—Sin embargo, han puesto mucho empeño en que seas tú quien lleve sus campañas, no creo que les guste que desaparezcas. Aprovechate de ello. Habla con tus jefes y diles que no estás de acuerdo con tu cargo, que mereces más y que, si no reconsideran tu ascenso, te irás. Seguro que recapacitan.

—¡Seguro! —exclamó ella incrédula—. Y, si no recapacitan y me voy, lo hago sin paro y sin finiquito, pues al marcharme yo lo pierdo todo.

—No te costará encontrar trabajo en otra plataforma con tu currículum.

—Qué fácil es decirlo.

—No tanto como quedarse de brazos cruzados sin hacer nada. Quien no arriesga no gana.

—¡Como si tú arriesgaras mucho! —le reprochó Gala.

—Tienes razón, yo jamás arriesgo, por eso nunca gano —masculló disgustado fijando su mirada violeta en ella—. Quiero más, Gala.

—¿Quieres más de qué?

—De ti.

Ella lo miró confundida.

—¿A qué te refieres?

—Ya no es suficiente con dos noches robadas cada quince días y cuatro tardes al mes. Necesito más.

—Y, si no lo consigues, ¿te vas a despedir? —le planteó burlona.

—Quien no arriesga no gana —repitió él cerrando los ojos.

—Ten cuidado, Rodrigo, quien exige demasiado se arriesga a perderlo todo —le advirtió ella acomodándose contra su pecho.

Jueves, 14 de diciembre de 2017

—¿Qué nudo llevas hoy? —le preguntó Lavinia a Calix observando fascinada su corbata.

—Un Trinity —contestó él.

—Me encanta. Deberías dar clases a mi marido y a mis hermanos sobre cómo anudarse las corbatas. Tal vez así consiguieran tener un poco de estilo —apuntó risueña.

—Sería un placer —aceptó Calix con semblante pétreo sin seguirle la broma como acostumbraba a hacer—. Si me disculpa. —Salió del mostrador para ir a por su encargo.

—Tu ayudante no está hoy muy comunicativo —le comentó Lavinia a Rodrigo—. ¿Qué le has hecho?

—Nada —respondió él observando a Calix preocupado.

Lavinia no era la única que había notado el cambio obrado en él esa semana. Estaba apático. Apenas hablaba, no mostraba interés en nada y se pasaba el día abstraído. De hecho, cuando regresó, dejó el paquete en el mostrador y se mantuvo al margen de la conversación. Y eso era muy extraño, ya que Lavinia era su cliente favorita y solía bromear con ella.

Al terminar, Rodrigo la acompañó a la puerta y echó la llave, pues ya casi era la hora de cerrar. Al darse la vuelta comprobó malhumorado que Calix seguía en el mostrador, mirando sin ver la vitrina.

—¿Vas a decirme qué te pasa o prefieres seguir actuando como si fueras un alma en pena? —le preguntó acercándose a él.

—No me pasa nada —se excusó Calix sin cambiar de gesto.

—¿Debo aceptar, pues, que el carácter alegre y dicharachero con el que nos deleitas estos días forma parte de tu estado natural?

Calix bajó la cabeza, sin responder al desafío implícito en sus palabras.

—Está bien, cada cual es libre de estar amargado y solazarse con ello —señaló Rodrigo—. Pero debes ser consciente de que tu trabajo no sólo consiste en llevar el libro de probador y aprender el oficio. El trato con los clientes es uno de tus cometidos más importantes, y se está resintiendo con tu actitud.

—No hago nada que pueda molestarlos.

—No haces nada. Punto —replicó Rodrigo con voz acerada—. Un buen vendedor no se limita a aceptar lo que le dicen; al contrario, hace propuestas, aconseja, orienta, rebate incluso, pero no asiente apático como un muerto viviente. Incluso éstos muestran más interés que tú, pues al menos intentan comerse a la gente, mientras que

tú te limitas a quedarte en un rincón mirando las musarañas hasta que alguien reclama tu atención —masculló enfadado—. Y, sinceramente, Calix, reconozco que eres muy atractivo, pero si quisiera un adorno para la tienda habría comprado una estatua en lugar de contratarte —le advirtió.

—Lo siento, cambiaré mi actitud —murmuró él avergonzado.

—Eso espero, porque tu trabajo debe ser fiel reflejo de la Camisería Castro, y no me gusta nada la imagen indolente, distraída y negligente que transmites.

—No volverá a repetirse, te lo aseguro —se apresuró a prometer Calix, sus pulmones contrayéndose hasta dejarlo sin aire. No podía perder el trabajo, las horas que pasaba allí eran las únicas en las que no se sentía atrapado en el infierno.

—Tienes una semana para demostrármelo —lo exhortó Rodrigo, decidido a obligarlo a salir de su apatía como fuera—. Vete a casa.

Calix asintió, pero en lugar de salir apresurado como hacía siempre se entretuvo en ordenar las fichas que no necesitaban ser ordenadas, colocar su cuaderno, en el que llevaba sin escribir toda la semana, y organizar el muestrario de botones que ya estaba organizado.

—¿No está Verónica esperándote? —le preguntó Rodrigo extrañado al ver que no tenía prisa por irse.

—Sí —musitó Calix poniéndose el abrigo. Se despidió con un gesto y salió a la calle.

Por supuesto que estaba esperándolo, por eso prefería llegar tarde. Así le daba una excusa para que se enfadara con él y lo mandara al sofá a dormir. Prefería dormir allí que compartir cama con ella.

Recorrió el camino de vuelta a casa despacio, sin importarle que amenazara con llover y ajeno a las luces navideñas que adornaban las calles, y cuando llegó a la plaza alzó la mirada hacia la terraza del segundo exterior derecha. Verónica estaba allí, observándolo.

Hundió las manos en los bolsillos y, sin apresurarse, atravesó la plaza y entró en el portal. Tampoco tuvo prisa en subir la escalera hasta el segundo.

—Llevo llamándote toda la tarde —le reprochó ella asomándose a la puerta en el momento en que pisó el rellano.

—Me he quedado sin batería —se justificó él. Y era cierto, no se había molestado en cargar el móvil esa noche y había acabado por agotarse.

La esquivó para entrar en casa.

—Podrías haberlo cargado en la tienda.

—No me di cuenta.

—Claro que no, nunca te das cuenta de nada. Eres un desconsiderado que jamás tiene en cuenta cómo me siento —lo acusó enfadada.

—Por supuesto —aceptó indolente mientras atravesaba el pasillo.

—¿Por supuesto? —jadeó perpleja—. ¿Eres imbécil o te lo haces?

—Soy imbécil —murmuró encerrándose en el dormitorio para cambiarse.

Verónica lo siguió enfurecida.

—¡A mí no me des la espalda! —gritó abriendo con tal fuerza la puerta que ésta chocó contra la pared, haciendo saltar un poco de pintura.

Calix se obligó a darse la vuelta para quedar frente a ella, aunque su vista se clavó desenfocada en la pared mientras acababa de desvestirse.

Ella entornó los ojos confundida.

—¿Qué te pasa, Calix? Últimamente no pareces tú. ¿Estás preocupado por algo? —preguntó abrazándolo.

Él negó silente y, dando un paso atrás, se apartó de ella para ir al armario, colgar el traje y coger el chándal y la camiseta que usaba para estar en casa.

—Dime lo que te pasa, por favor. Te quiero y odio verte sufrir —declaró apoyando la mejilla contra su espalda a la vez que deslizaba las manos por su vientre musculado.

—Sólo estoy cansado, nada más —respondió él apartándose para ponerse los pantalones. Sabía lo que venía a continuación y no se sentía capaz de soportarlo.

—No me mientas, Calix —susurró ella poniéndose de nuevo tras él—. Llevamos toda la semana sin hacer el amor...

—No he sido yo quien ha decidido que debía dormir en el sofá —repuso apático.

—Pero sí has sido tú quien me ha provocado hasta conseguir que me enfadara tanto que no quisiera dormir contigo, aunque ahora entiendo que has estado manipulándome para mantenerte alejado de mi cama —señaló antes de morderle el hombro con más fuerza de la necesaria para causar placer—. No quieres hacer el amor conmigo... ¿Por qué?

—Nosotros no hacemos el amor —la contradijo Calix revolviéndose para ponerse la camiseta. Ya no soportaba estar desnudo delante de ella.

—Entonces ¿qué hacemos? —inquirió divertida por su estúpida respuesta.

—No tengo ni idea —contestó él esquivándola para salir del dormitorio.

—No me digas que todo esto es por lo que pasó el lunes... —le dijo siguiéndolo hasta la cocina.

Él se mantuvo en silencio.

—Vamos, por favor, no puedes estar enfadado por esa tontería... No pensaba dejarte atado a la cama —reconoció burlona.

—No es eso lo que me disgustó —replicó Calix, mirándola a los ojos por primera vez desde que había entrado en casa.

—Entonces ¿qué? —inquirió altiva.

—Me obligaste a hacer algo que no quería.

—¡Otra vez vuelves con eso! ¿No puedes inventarte nada mejor?

—No me estoy inventando nada.

—Está bien, te obligué a follar. ¡Lo siento! —exclamó sarcástica—. ¡Cómo iba a imaginar que no querías follar si estabas duro como una piedra y lloriqueabas por un orgasmo!

Calix sacudió la cabeza, frustrado porque ella no quería entenderlo.

—Nuestra relación no funciona —afirmó bajando la mirada. Tenían que hablar, sincerarse, ver qué fallaba y solucionarlo.

—¿Quieres dejarme? ¿Es eso? Has conseguido trabajo, vas a tener tu propio dinero y ya no te intereso...

—Siempre he tenido mi propio dinero. Aunque lo ingresara en tu cuenta, era mío —repuso él obligándose a creerlo.

—¿Hablas de esa miseria de paro que cobras? Con eso no podías mantenerte, por eso estás conmigo —lo acusó.

—Estoy contigo porque te quiero, pero no puedo seguir así.

—Así, ¿cómo? Lo dices como si te estuviera haciendo algo horrible, y lo único que hago es cuidar de ti lo mejor que sé.

—No necesito que me cuides, necesito que me quieras.

—¡Y te quiero!

—Pero ¡no me respetas! —estalló él—. Me tratas como si fuera un... muñeco sexual.

—¡Por favor! Eres el primer hombre que conozco que no está siempre disponible. ¿Qué pasa? ¿Ya no te gusto? O tal vez es que las mujeres ya no te atraen... Menudo maricón estás hecho —le espetó despectiva—. Aunque tampoco me extraña, si te has acostado conmigo para que te mantuviera, también habrás dejado que Rodrigo te folle para conseguir el trabajo.

Calix negó abatido al darse cuenta de que volvían al mismo punto de siempre.

—Da igual —musitó volviéndose para abrir la nevera y coger un refresco.

No llegó a agarrarlo, pues algo impactó contra su espalda y cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

Calix observó los trocitos de cerámica mezclados con fideos que cubrían las baldosas. Tardó un instante en comprender lo que había pasado y otro más en darse la vuelta hacia su pareja más confundido que asustado.

—¡Te he dicho mil veces que no me des la espalda, cabrón! —lo increpó Verónica, lanzándole a la cabeza el frasco de cerámica en el que guardaba los macarrones.

Calix sintió que el pómulo le estallaba en un dolor tan intenso que por un momento su visión se tornó borrosa, ennegreciéndose. Trastabilló hacia atrás, dagas afiladas clavándose en sus pies desnudos, hasta que se detuvo al chocar contra la encimera. Se apoyó en ella para no caer sobre los trozos de cerámica esparcidos por el suelo y fijó la mirada desenfocada en Verónica. Continuaba gritando mientras agarraba el bote de cristal en el que guardaban los garbanzos. La vio alzar la mano y se encogió sobre sí mismo tapándose la cabeza con los brazos.

* * *

Rodrigo soltó las cartas que estaba abriendo en la encimera de la cocina y alzó la mirada al techo al oír un fuerte ruido. Entornó los ojos, tratando de ubicar de dónde procedía. De una de las cocinas del piso de arriba, eso seguro, pues ambas estaban unidas por la misma pared. Pero ¿de cuál? Tal vez a la Morosa se le había caído el azucarero, pensó no muy convencido.

Desechó esa idea al oír un nuevo golpe seguido de una retahíla ininteligible e interminable de gritos. Por lo visto, Verónica volvía a estar enfadada. Y, esta vez, el enfado se le estaba yendo de las manos. Abrió la ventana y se asomó para tratar de escuchar lo que le gritaba a Calix, pues ella era la única que alzaba la voz.

* * *

—Vero, por favor, para —suplicó Calix arrinconado contra el mueble. A su alrededor, el suelo estaba sembrado de garbanzos, lentejas, arroz, pasta, cristales rotos, cerámica y sangre.

—Eres un hijo de puta. ¿Cómo te atreves a querer dejarme? ¡No eres nadie! ¡No eres nada! Sólo un desgraciado sin cerebro que ni siquiera saber usar bien la polla —le recriminó lanzándole el azucarero. Erró el tiro—. Ya ni siquiera me resultas atractivo. Eres poco más que un desecho —dijo hiriente—. ¡Quiero que te vayas de mi casa!

—Vero, por favor...

—¿Qué pasa? ¿Acabas de darte cuenta de que te falta medio mes para cobrar y no tienes dónde caerte muerto? ¡Pues jódete! —gritó saliendo furiosa de la cocina.

Calix se irguió despacio, temiendo que lo estuviera esperando tras la puerta para tirarle alguna cosa más. Esperó un segundo y, al ver que no era así, cogió un paño para apartar los cristales y abrirse camino hasta la puerta. Avanzó cojeando, las esquirlas que se había clavado en los pies al recular contra la encimera hundiéndose más a cada tambaleante paso que daba.

Salió al pasillo para ir al baño, no podía seguir andando por la casa, pues ensuciaría el suelo con la sangre de sus pies y Verónica se enfadaría aún más. Se lo curaría y recogería el desastre de la cocina. Después ya pensaría qué hacer. Aunque ella tenía razón, no tenía muchas opciones. De hecho, ninguna. No tenía dinero ni dónde caerse muerto. Pero... podía pedirle un adelanto a Rodrigo y, con lo que le diera, tal vez alquilar una habitación en una pensión. Aunque, por cómo se había comportado en el trabajo esa semana, tal vez no se sintiera muy inclinado a adelantarle el sueldo, pensó desesperado.

—¿Aún estás aquí? —lo exhortó Verónica saliendo del dormitorio con un montón de ropa en los brazos—. ¡Te he dicho que te largaras! —volvió a gritar al pasar junto a él para ir al salón.

Calix la siguió al percatarse de que lo que llevaba en los brazos era su ropa.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó perplejo.

—Deshacerme de la basura —contestó abriendo la terraza y tirando parte de la ropa a la calle.

Calix la miró aterrado, no podía hacerle eso.

—O te vas ahora mismo o llamo a la policía y te denuncio por acoso —lo amenazó Verónica agarrando el teléfono.

—Está bien, me voy, pero, por favor, no tires más ropa por la ventana. Deja que la recoja...

Ella esbozó una sonrisa demente, encendió el móvil y alzó el pulgar amenazante.

—Que te vayas. ¡Ya! —le ordenó.

Y Calix dio media vuelta y enfiló cojeando el pasillo en dirección a la puerta.

* * *

Rodrigo se asomó a la terraza al percatarse de que del cielo no sólo caían gotas de agua.

* * *

Calix se agarró a la barandilla y comenzó a bajar renqueante la escalera, afilados dardos de dolor clavándose en sus pies cada vez que éstos tocaban el suelo, la cabeza baja mientras se concentraba en dar un paso tras otro y no sucumbir a la desesperación.

—Dios santo, Calix, ¿qué te ha hecho?

Levantó la mirada del suelo al oír la voz de Rodrigo. Estaba frente a él, mirándolo perplejo.

—Me he caído —fue su sucinta respuesta.

—Por supuesto —masculló Rodrigo atrapándolo cuando uno de sus pies resbaló dejando un rastro de sangre en el escalón—. Entremos en casa.

—Mi ropa —dijo Calix. Era lo único que tenía, no podía perderla. No tenía dinero para comprarse más—. Los trajes, las camisas... —jadeó desesperado al darse cuenta de que Verónica también los habría tirado. Se estropearían y no podría ir a trabajar—. Los necesito...

—Iré a por ellos —se ofreció Rodrigo obligándolo a entrar en casa. Lo guió hasta el salón antes de ir a la cocina, coger un par de bolsas de rafia y bajar a la calle.

Recogió la ropa que encontró tirada en el suelo y, al alzar la cabeza buscando el origen de tanta irracionalidad, se encontró con la mirada demente de Verónica, que lo observaba furiosa desde su terraza.

La miró circunspecto y obligó a sus labios a curvarse en una sonrisa cáustica a la vez que inclinaba la cabeza en un irónico saludo que tuvo la propiedad de enfurecerla todavía más. Algo que ella demostró tirándole el móvil a la cabeza.

Rodrigo se apartó, dejando que se estrellara contra el suelo. Lo recogió, se lo guardó en el bolsillo y volvió a alzar la mirada esbozando una enorme sonrisa.

—¡Gracias por el regalo, Verónica! No puedes imaginarte el placer que me produce saber que no voy a volver a oír el aburrido tono de llamada de tu móvil dos docenas de veces al día —le hizo saber a voces golpeándose agradecido el pecho a la altura del corazón.

Sacudió la cabeza a modo de despedida y regresó al portal. Antes de que la puerta se cerrara pudo oír el alarido furioso de un animal desequilibrado y rabioso. ¿O tal vez era Verónica gritando?

Subió la escalera sin esperar el ascensor y entró en casa. Calix ya no estaba en el salón. Siguió sus huellas ensangrentadas hasta el baño y lo encontró sentado en el retrete, tratando de quitarse las esquiras que se hundían en sus pies.

—En cuanto acabe limpiaré el suelo —le dijo nada más verlo—. Dame un minuto.

—No hace falta que limpies nada —replicó Rodrigo dando media vuelta para ir al salón.

Regresó poco después con una linterna en la mano. Se arrodilló frente a él, se puso las gafas de cristales transparentes que usaba para coser y le tendió la linterna.

—Ilumínate los pies, necesito más luz para ver bien —le indicó cogiendo unas pinzas y un paquete de gasas del armario del baño.

Calix obedeció y Rodrigo apretó los dientes al ver la carnicería que tenía en los pies.

—Llamaré a Gala para que nos lleve al hospital —dijo sintiéndose incapaz de curarlo.

—Estoy bien. Son sólo unos pocos arañazos.

—Hay un par de heridas profundas. Además, tiene que verte un médico para que te haga un parte de lesiones. Lo vas a necesitar para denunciar a Verónica.

—No hay nada que denunciar. Se me ha caído un bote y me he cortado sin querer al pisar los añicos de cerámica —contó Calix.

Rodrigo alzó la vista, encontrándose con su mirada decidida.

—Estás cometiendo un gran error.

—Se me ha caído un bote y...

—Lo sé, te has cortado al pisarlo —acabó Rodrigo por él—. Vamos a ello.

Le agarró con cuidado el pie y comenzó a quitarle las esquiras.

Calix no emitió ni una sola queja mientras lo hacía. Tampoco cuando lo curó ni cuando lo guió hasta el salón y lo sentó en el sofá, donde se quedó silente y con la mirada fija en sus manos entrelazadas. Aunque sí levantó la vista asustado cuando sonó el timbre.

—Serán las niñas —comentó Rodrigo dándose cuenta de la hora que era—. Debería haber subido a cenar hace un buen rato.

—No dejes que me vean...

—Claro que no, no quiero que tengan pesadillas esta noche. Con que las tenga yo es más que suficiente —replicó huraño yendo hacia la puerta.

Habló con Jimena y Gadea, y las despidió con firmeza sin dejarlas pasar.

No pasaron ni cinco minutos cuando sonó el timbre de nuevo.

Calix lo miró asustado, intuyendo que podía ser la policía. Tal vez Verónica los había llamado y venían a detenerlo para hacerle pasar la noche en el calabozo...

—Tranquilo —le susurró Rodrigo dirigiéndose de nuevo a la puerta.

—¿Qué ha pasado? Las niñas me han dicho que había sangre en la escalera y en la entrada de tu casa —preguntó Gala preocupada entrando sin dudarle en cuanto le abrió la puerta. Rodrigo frunció el ceño al percatarse de la sangre que ensuciaba el rellano—. ¡No me mires así y dime qué ha pasado! —gritó histérica comenzando a desabrocharle la camisa para comprobar que no estuviera herido.

—No es mi sangre —dijo él deteniéndola.

—Entonces ¿de quién? —Lo miró perpleja siguiendo con la vista las huellas que se adentraban en la casa.

—De Calix.

—¿Qué ha ocurrido?

—Pregúntale a él, aunque estoy seguro de que te contará que se le ha caído un bote de garbanzos y al ir a recogerlo lo ha pisado, cortándose sin querer. Varias veces y en los dos pies. Y, tal como tiene la cara, tal vez el bote haya chocado con su pómulo antes de caer al suelo. Quién sabe, cualquier cosa es posible si se cuenta con la dosis de coerción adecuada, y en eso tu amiga es una experta —masculló enfilando el pasillo.

—¿De qué estás hablando? —inquirió ella siguiéndolo hasta el salón. No encontraron a Calix, pero sí las prendas que Rodrigo había recogido de la calle—. ¿Qué hace aquí esta ropa?

—No lo sé, Calix no me ha dado una versión para eso, aunque echándole imaginación podríamos inventar que Verónica estaba tendiendo la ropa en la terraza y se le ha caído a la plaza, que es de donde yo la he recogido hace menos de una hora.

—¿Quieres hablar claro? —lo increpó enfadada.

—Si abrieras los ojos no necesitarías pedirme explicaciones que no vas a querer creer —la acusó enfadado—. Lo siento... —musitó consciente de que no era justo—. Está siendo una noche complicada, no tengo las respuestas que me pides, y las que conozco no quieres oír las. Tal vez deberíamos hablar mañana...

Gala siguió con la mirada las huellas de sangre que recorrían el pasillo. Todas las puertas estaban abiertas. Todas, menos una. Se dirigió a ella y la abrió. La habitación estaba a oscuras, así que encendió la luz. Y deseó no haberlo hecho cuando sorprendió a Calix acurrucado en el suelo, con los pies vendados y el pómulo tan

hinchado que le deformaba la cara. Pero lo peor fue su mirada. Era la mirada suplicante de un animal indefenso herido de muerte.

—Vuelve a tu casa, por favor. Mañana hablaremos —oyó el susurro de Rodrigo tras ella.

Gala asintió con un gesto y se apartó de la puerta, obedeciéndolo.

Rodrigo entró en el dormitorio, cogió sábanas del armario, hizo la antigua cama de su abuelo y le tendió la mano a Calix para ayudarlo a levantarse. Él lo miró receloso antes de aceptar su ayuda. Lo metió en la cama, lo arropó como si fuera el hermano pequeño que nunca había tenido y, tras ordenarle que lo avisara si necesitaba cualquier cosa, se marchó dejándolo con sus demonios.

Se encontró a Gala en el comedor.

—No deberías estar aquí, Jimena y Gadea están solas en casa.

—He llamado a Vicenta y ha bajado con ellas —le informó Gala—. Cuéntame qué ha pasado.

—¿Qué versión quieres oír? ¿La de Calix o la mía?

—La de Calix ya me la has contado, ahora toca la tuya.

—No sé lo que ha pasado antes de encontrármelo en la escalera...

—Entonces cuéntame lo que ha pasado a partir de ese momento.

* * *

—Si es cierto lo que dices, y no dudo que lo sea —expuso Gala al ver que Rodrigo se disponía a protestar—, debe denunciar. Si no lo hace, tal vez es porque le estamos dando más importancia de la que tiene...

—Has visto la sangre en el suelo, su cara amoratada y su mirada aterrada y ¿te atreves a decirme que le estoy dando más importancia de la que tiene?

—No, claro que no. Pero ¿por qué se ha dejado pegar? —preguntó sin entenderlo—. Es mucho más grande y fuerte que Verónica. No se puede decir que esté indefenso...

—Y tal vez no se atreva a denunciar por eso mismo. Suena hasta ridículo pensar que ella le ha hecho eso. ¿Quién podría creer que un hombre se dejaría pegar por una mujer? Además, no le ha pegado, sólo le ha lanzado cosas, bien podría haberlo hecho en defensa propia... —apuntó Rodrigo, reflejando en sus palabras los pensamientos que no permitían conciliar el sueño a Calix.

Viernes, 15 de diciembre de 2017

Frágiles rayos de sol se colaron entre las rendijas de las persianas, iluminando con timidez a Calix, quien, tras pasar la noche mirando sin ver el techo, se incorporó despacio al comprobar que lo que lo rodeaba ya no era un abismo infinito.

Por fin había llegado la luz.

Y no sólo al dormitorio.

Apoyó los pies en el suelo con cuidado y avanzó un paso. No dolía tanto como había pensado; en realidad, no era nada que no pudiera soportar. Salió del dormitorio y enfiló el pasillo. Ya no quedaban rastros de sangre en el suelo. Tampoco en el baño, como comprobó al entrar para lavarse la cara. Se obligó a mirar su imagen en el espejo. Desde luego no estaba en su mejor momento, pensó al ver el hematoma bajo el ojo derecho. Iba a ser complicado buscar una excusa para ese golpe, aunque siempre podía decir que se había caído en la ducha. Estaba a punto de salir del baño cuando se dio cuenta de que había un medicamento, Thrombocid, en la repisa del lavabo. El prospecto y la crema estaban fuera de la caja. Entornó los ojos extrañado, sabía lo escrupuloso que era Rodrigo con el orden y dudaba mucho que se hubiera olvidado de colocarlos en su sitio. Si los había dejado allí era por algo. Leyó el prospecto; por lo visto, la crema servía, entre otras cosas, para aliviar los moratones.

Se quedó parado un instante y luego la cogió con manos temblorosas y se la dio en el pómulo. Después se dirigió al comedor, donde encontró su ropa. Estaba doblada en la mesa junto a las corbatas, los calcetines y los calzoncillos. Alineados en el suelo, los zapatos y las deportivas. Lo que no vio fueron los trajes y las camisas.

Gimió agitado, ¡no podía ir a trabajar en vaqueros!, aunque, lo mismo ya no los necesitaba. Dudaba que, tras la desagradable escena de esa noche, Rodrigo lo quisiera en su tienda. Debería recoger su ropa y marcharse. Se volvió para buscar una bolsa y a quien encontró fue a Rodrigo en el umbral de la puerta.

—Siento haber ensuciado el suelo y que tuvieras que limpiarlo —se disculpó.

—No importa. ¿Qué tal estás?

—Bien.

—Ya veo que puedes andar.

—Sí, las heridas no eran tan importantes como parecían.

—Me alegro. Tienes los trajes y las camisas en el armario de esa habitación. —La señaló con un gesto—. Vístete, nos vamos dentro de media hora.

—¿Adónde? —preguntó Calix receloso.

—A trabajar, ¿adónde, si no? —replicó Rodrigo—. ¿O vas a dejarme tirado ahora que ya sabes atender a los clientes?

* * *

—Salgo un minuto —le comunicó Rodrigo a Calix a media tarde—. Te quedas al cargo de la tienda.

—Claro, sin problema —aceptó él saliendo del taller para colocarse tras el mostrador.

Llevaba gran parte de la mañana en el taller, fingiendo que estaba allí para aprender lo que Amalia y Rosalía le enseñaban y no porque lo avergonzara que los clientes vieran su cara marcada y le preguntaran el motivo. Aunque la verdad era que nadie dudaba cuando explicaba que se había caído en la bañera.

—Regresaré pronto —le dijo Rodrigo abriendo la puerta—. Tal vez venga el técnico de Telefónica. El teléfono está dando fallos y he llamado para que lo revisen.

Calix asintió y luego miró a su alrededor en busca de algo que hacer. Sin embargo, la tienda estaba impoluta, como siempre. Revisó la agenda para averiguar quién era el siguiente cliente citado y luego buscó su ficha para echar un vistazo a sus preferencias. Sonrió al darse cuenta de que era el polaco que adoraba las telas con motivos animales. Cojeó hasta el mueble y separó un Oxford en fondo blanco con caballos silueteados en negro y un *fil-à-fil* granate con escarabajos verdes estampados que, dijera lo que dijese su jefe, a él le parecían de lo más joviales y modernos.

Estaba buscando un *pin point* azul Prusia con erizos blancos cuando sonó el teléfono.

—Camisería Castro, buenos días.

El auricular permaneció mudo, recordándole el comentario de Rodrigo acerca de que estaba estropeado. Estaba a punto de colgar cuando oyó una voz que no esperaba oír tan pronto.

—Lo siento, ahora no puedo atenderte —se excusó, los nudillos blancos por la fuerza con que apretaba el teléfono mientras el enfado de su interlocutor empeoraba de forma exponencial tras sus palabras—. Lo siento... —musitó obligándose a colgar.

Observó el auricular mientras descendía hacia el aparato, era como si se moviera a cámara lenta, recorriendo durante un segundo infinito el espacio mientras los susurros enfadados de la desconocida con la que había vivido ese último año le taladraban los oídos.

Esa noche había tomado una decisión, tal vez la única inteligente de su vida. Y no iba a echarse atrás.

—¿Ha llamado alguien? —preguntó Rodrigo cuando regresó poco después.

—No —mintió—. Ya he preparado los tejidos para el señor Niemiec.

Le enseñó las telas y Rodrigo no pudo evitar arrugar el ceño ante tamaña extravagancia, lo que consiguió arrancarle una sonrisa a Calix.

—Buena elección. No me cabe duda de que le va a encantar —afirmó el albino a la vez que sacaba un paquete del bolsillo.

—Éstas son las de casa y éstas las de la tienda —dijo tendiéndole dos pares de llaves—. Ya buscaremos en casa otros llaveros más adecuados, en la ferretería sólo me han ofrecido éstos y son aberrantes. ¿En qué mundo vivimos que venden las llaves amarradas a llaveros de plástico? ¿Cuándo se ha perdido el buen gusto? —se lamentó malhumorado.

Calix observó perplejo las llaves que le tendía.

—¿Vas a darme las llaves de tu casa y de tu tienda? —susurró casi sin voz.

—No tengo vocación de mayordomo, por lo que lo más oportuno es que tengas llaves con las que abrir la puerta, ¿no estás de acuerdo?

—Sí, claro..., pero... es tu casa...

—Y tu habitación está en ella, lo lógico es que puedas acceder aunque no me halle en casa para abrirte. Y lo mismo reza para la camisería. Eres el único de nosotros que no tiene llave, es hora de que asumas también esa responsabilidad.

—¿No temes que pueda robarte? —masculló perplejo.

Rodrigo lo recorrió con la mirada antes de esbozar una taimada sonrisa.

—Si lo haces, te suplico que no te olvides de llevarte las telas de animalitos. Así, el señor Niemiec no tendrá más remedio que elegir un estampado más afín a la Camisería Castro —señaló con voz seria.

—Yo... no sé cómo agradeceréte...

—Trabajando mucho y bien, por supuesto —contestó Rodrigo—. Ya está aquí el señor Niemiec, prepárate, serás tú quien lo atienda, no me veo capaz de fingir que esto es bonito... —Miró desdeñoso las telas que estaban en el mostrador.

—Pero, mi cara...

—No hay riesgo de la confunda con la de ningún animal, estás a salvo —dijo yendo hacia la puerta.

—Rodrigo, por favor...

El camisero se paró a mirarlo de arriba abajo, en sus ojos ni rastro de humor.

—No voy a permitir que sigas escondiéndote —le advirtió antes de abrir la puerta al polaco—. Un placer tenerlo aquí de nuevo, señor Niemiec.

Calix apenas tuvo tiempo de respirar profundamente para recomponerse antes de que el cliente atravesara la tienda hasta él. Lo saludó, respondió a la consabida pregunta sobre su pómulo con la consabida mentira sobre los peligros de las caídas en el baño y, tras esto, el cliente por fin se centró en las telas de animalitos.

Rodrigo estuvo presente los primeros minutos y luego, alegando una repentina indigestión, se marchó al taller dejándolo solo con el polaco.

* * *

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Rodrigo cuando Calix entró en el taller casi una hora después.

—Bien, le he vendido tres camisas —respondió nervioso yendo hacia la mesa de trabajo con el libro de mostrador en las manos—. Le he aconsejado cuello italiano, tapeta a dos pespuntos y puños sencillos.

—De *sport*, por lo que veo —comentó Rodrigo.

—Sí, para ese tipo de telas el *sport* es la única opción —señaló Calix abriendo el libro para mostrarle los apuntes—. Tal vez quieras revisar los detalles, creo que...

—Has hecho una venta con muy buen criterio a un cliente que suele ser bastante complicado. No pienso repasar lo que estoy seguro de que está más que correcto —lo interrumpió Rodrigo cerrando el libro.

* * *

—Necesito hablar contigo, ¿puedes venir a mi despacho? —le pidió Verónica a Gala tras acercarse a su mesa.

Ella levantó la cabeza y la miró arqueando una ceja. Llevaba todo el día tratando de hablar con ella en privado y Verónica no había hecho más que evitarla, y ¿ahora que faltaban cinco minutos para salir era cuando quería hablar? Se levantó huraña y acompañó a su amiga al flamante despacho que traía adscrito su nuevo puesto.

—No sé si has hablado con Rodrigo... —comenzó Verónica cerrando la puerta.

Gala asintió tratando de mantener a raya su mal genio. Había muchas cosas que necesitaba saber, y seguro que su amiga tenía una explicación para todas. La cuestión era si la creería. Porque, sinceramente, ya no sabía qué pensar.

—¿Te ha dicho que ayer Calix durmió en su casa? —musitó con la voz rota y los ojos arrasados de lágrimas. Gala volvió a asentir—. ¿Te ha contado lo que pasó ayer?

—No lo sabe, Calix no se lo ha dicho...

—Me atacó —dijo rompiendo a llorar.

—¿Qué? —exclamó incrédula. Eso no coincidía en absoluto con la teoría de Rodrigo.

—Descubrí algo horrible, discutimos, le dije que iba a contártelo y se puso como loco. Me amenazó con darme una paliza. Estaba muerta de miedo, Gala, no sabía qué hacer, así que le tiré un bote de garbanzos —explicó entre lágrimas incontenibles—. Le dio en la cara y cayó al suelo, rompiéndose, luego saqué el teléfono y lo amenacé con llamar a la policía. Sólo así pude conseguir que se fuera.

—¿Lo denunciaste? —inquirió Gala abrazándola consoladora.

—No. Él ya se había ido y no me pareció necesario. Tiré su ropa por la ventana para no volver a verlo y, al hacerlo, vi a Rodrigo en la calle, recogéndola.

—La vio caer, salió a ver qué pasaba y se encontró con Calix..., bajaba la escalera con los pies ensangrentados. —Se apartó al recordar el rastro de sangre en los peldaños.

—Imagino que pisaría los cristales rotos al seguirme por la casa...

—¿Por qué te siguió? —Gala la miró extrañada. Eso no cuadraba con el relato que acababa de hacer.

—Porque quería pegarme.

—Pero has dicho que lo amenazaste con llamar a la policía y se fue.

—Me siguió antes de que llamara —bufó Verónica molesta—. No entiendo dónde está el problema.

—No has dicho que te siguiera. Has dicho que le tiraste el bote de garbanzos y que llamaste a la policía... Si no te moviste de la cocina y, por tanto, no tuvo que perseguirte, ¿por qué no tuvo cuidado cuando se marchó para no pisar los cristales? Podría haberlos apartado con algo —inquirió confundida. Calix no era idiota, no pisaría cristales si podía evitarlo.

—¡Está bien, esa parte me la he comido, perdona! —repuso Verónica enfadada para luego contarle la versión extendida de la historia—. Le tiré el bote, corrí al comedor mientras llamaba a la policía y él me persiguió pisando los cristales y cortándose. ¿Te vale así?

—Lo siento, no quiero que parezca que dudo de ti, pero necesito entenderlo.

—¿Quieres entenderlo? ¿De verdad? Pues deja que te cuente por qué se enfadó tanto —dijo colérica—. Hace tiempo que sospecho que Calix y Jimena se ven en secreto...

Gala miró a Verónica intrigada, había hablado largo y tendido con su hija sobre Calix, y sabía que él iba a buscarla cuando salía del instituto. Eso no era verse en secreto, ¿o sí?

—Tu hija es muy guapa, Gala, se parece mucho a ti..., y Calix sigue colado por ti. Es un hombre muy activo sexualmente. Siempre está cachondo, pero últimamente era exagerado, quería hacerlo a todas horas y comencé a sospechar que había algo que lo excitaba. Así que ayer, mientras se estaba duchando, revisé su móvil y encontré cientos de fotos de Jimena y él en actitud cariñosa.

—¿Con mi hija? —jadeó Gala aterrada.

—Lo siento muchísimo... Si hubiera sabido lo que estaba pasando entre ellos, te lo habría dicho, pero no lo descubrí hasta ayer. Las estaba mirando cuando él salió de la ducha y me pilló con su móvil, le dije que iba a contártelo y entonces amenazó con matarme...

Gala la miró pasmada y, antes de pensar en lo que iba a hacer, corrió a su mesa, agarró el bolso y se marchó. Tenía que hablar con Jimena. Y matar a Calix.

Salió a la calle y tomó el primer taxi que vio, ordenándole que volara a la plaza de la Paja. En el momento en que buscó el móvil en el bolso para llamar a Jimena se dio cuenta de que se lo había dejado sobre la mesa. Se obligó a relajarse. No podía hacer nada hasta llegar a casa, pero Calix estaba en la tienda con Rodrigo, así que Jimena estaba a salvo.

Maldito cabrón degenerado. ¡Cómo se había atrevido a seducir a su hija! ¡Y a hacerle cientos de fotos! Pero... ¿cuándo se las había hecho? No se veían desde antes

de que empezara a trabajar en la camisería. Tal vez fueran anteriores a esa fecha, pero en aquel entonces él no tenía móvil. Además, dudaba mucho que Jimena se hubiera dejado fotografiar en actitud comprometida. Ella lo quería muchísimo, pero como a un hermano, no como a un novio. Se había percatado de ello cuando se habían sentado a hablar sobre él hacía menos de un mes. Y Rodrigo había corroborado esa impresión cuando comieron en su casa.

Había algo que no cuadraba en la afirmación de Verónica. Pero ¿por qué diría algo tan grave si no era cierto?

Entornó los ojos, tal vez su hija había respondido a esa cuestión hacía menos de un mes, cuando había asegurado que Calix no se atrevía a acercarse a ella porque Verónica lo amenazaba con algo que lo asustaba muchísimo.

Rodrigo también le había comentado algo similar en otra ocasión.

Un recuerdo fugaz cruzó de repente por su cabeza. Era de la única vez que había entrado en el piso de Verónica, cuando ella estaba negociando con la agente para alquilarlo. Estaba en la cocina curioseando y había visto algo que le había parecido un atentado al buen gusto... Gimió turbada, no era posible. Nadie mentía sobre algo tan grave...

—Disculpe, mejor lléveme a la plaza de Alonso Martínez, por favor —le pidió al taxista.

Rodrigo parpadeó sorprendido al abrir la puerta de la camisería y encontrarse con Gala.

—¿Ha pasado algo? —preguntó preocupado al ver su gesto colérico.

—¿Dónde está Calix? —Gala escudriñó la tienda conteniendo apenas la rabia.

—En el taller. ¿Qué mentiras te ha contado ahora Verónica? —inquirió Rodrigo intuyendo el motivo de su cólera. Esa arpía le había contado algo y Gala, siempre dispuesta a pensar lo peor de los hombres, la había creído.

—Que Calix tiene un lío con Jimena —gruñó dirigiéndose al taller.

—¿Un lío? —La miró pasmado antes de comprender el significado de sus palabras—. ¡Dios santo, Gala, no puedes creer eso! Para Calix ella es como...

—¡No se te ocurra decir nada! —lo increpó tapándole la boca—. No quiero saber lo que piensas, no me interesa. Sólo me interesa lo que pienso yo —afirmó entrando en el taller.

Calix levantó la cabeza de los patrones y palideció al ver el gesto furioso de Gala e intuir por qué estaba allí.

—Dejadnos solos —ordenó ella a las mujeres que estaban allí. Rodrigo asintió con un gesto, indicándoles que salieran—. Tú también, Rodrigo —le indicó al ver que se quedaba.

—Gala, por favor...

—Vete tú también, por favor —repitió irascible.

Él miró a Calix, luego a la mujer y después se marchó. Confiaba en Gala. También en Calix. Tenía que creer que podían arreglar ese entuerto.

Ella esperó a que cerrara la puerta y observó crispada al hombre que la miraba sumiso desde el otro extremo de la mesa. En absoluto parecía el tipo violento que Verónica le había descrito, tampoco el sádico pederasta que ella misma había imaginado tras la confesión de su amiga. No había maldad en sus ojos, sólo resignación. Una resignación tan llena de tristeza y docilidad que durante una milésima de segundo sintió compasión por él. Luego la rabia volvió. Más violenta. Más brutal. Más intensa. Una rabia ciega que comenzó a devorarla.

—Mírame a los ojos y dime qué es mi hija para ti. Qué sientes por ella.

* * *

—Gala, ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho? —la interpeló Rodrigo preocupado cuando salió del taller apenas un minuto después de haber entrado.

—Ahora no, Rodrigo, estoy demasiado enfadada para hablar. —Atravesó la tienda con pasos rápidos, salió a la calle y paró un taxi.

Él la observó marcharse y, tras pedirles con un gesto silencioso a Rosalía y a Amalia que le dieran un momento, entró en el taller.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Calix, quien tenía la apariencia de alguien que está esperando el golpe mortal y no entiende por qué éste no llega.

* * *

—¡Gala! —jadeó Verónica al abrir la puerta de su piso—. Estaba muerta de preocupación por ti. Te has ido tan de repente que...

—¿De qué era el bote de garbanzos que le lanzaste a Calix? —preguntó interrumpiéndola.

—¿Cómo que de qué era?...

—¿De cristal, de cerámica, de metal? ¿De qué era? —exigió Gala yendo a la cocina.

—De cristal. ¿Qué importancia tiene eso?

—Calix no tenía cristales clavados en los pies, sólo trozos de cerámica. ¿Cómo es posible que se le clavara cerámica si el bote que se rompió era de cristal? —le planteó abriendo la vitrina de la cocina. No había ningún frasco en ella. Ni de cristal ni de cerámica—. ¿Se los lanzaste todos? —jadeó asombrada. No sabía cuántos tenía, pero si era como ella, al menos seis o siete.

—¡No te imaginas cómo estaba, parecía un loco! Me dio verdadero pavor y tuve que defenderme como pude...

—No quiero que vuelvas a acercarte a mis hijas ni a mí —le dijo furiosa.

Verónica abrió unos ojos como platos y no pasó un segundo antes de que comenzara a verter gruesas lágrimas de cocodrilo.

—No me crees... Te digo la verdad y no me crees. Me ha atacado, me ha insultado, me ha amenazado y me ha robado...

—Eso es nuevo —la interrumpió Gala, tan furiosa que le costaba hablar.

—¿El qué? —inquirió Verónica mirándola perpleja.

—Lo de que te ha robado...

—No quise decírtelo porque sabía que no me creerías —se defendió.

—Desde luego, era mucho más fácil que, con la aversión que siento hacia los hombres, creyera que Calix había abusado de mi hija —afirmó percatándose de que Verónica había usado sus prejuicios para manipularla. La conducía contra él cada vez que le comentaba que era un vago, que tenía que mantenerlo, que no hacía nada en casa...

—Pero ¡¿qué dices?! ¡Qué equivocada estás! —estalló Verónica—. ¡Si hubieras visto las fotos que tenía en el móvil, no pensarías así!

—Enséñamelas.

—No puedo, eran tan horribles que tiré el móvil por la ventana.

—No importa, lo tiene Rodrigo.

—Se habrá roto, son dos pisos de altura...

—Le diré a Adán que recupere la memoria, seguro que sabe hacerlo.

—Las borré. Me parecieron tan espantosas que las eliminé para que no sufieras.

—Qué oportuno —musitó Gala—. Aunque no importa, Adán es policía, sabrá cómo recuperar información borrada de un móvil. Pero ¿sabes qué?, no le voy a pedir que pierda ni un solo segundo de su tiempo en buscarlas. Porque sé que esas fotos nunca existieron —afirmó rotunda—. Te lo advierto, Verónica, si vuelves a acercarte a mis hijas, a Rodrigo, a mí... o a Calix, iré a por ti y te destrozaré. Y yo no amenazo en vano.

—¿¿Cómo puedes creerlo a él antes que a mí?! —la exhortó.

—Porque cuando le he preguntado qué era mi hija para él su respuesta me ha hecho estremecer —contestó saliendo de la casa, la respuesta de Calix resonando en su mente.

«La única amiga que tengo».

Y, a pesar de ser su única amiga, se había alejado de ella para evitar que Verónica le hiciera daño con sus amenazas y sus rumores.

Martes, 19 de diciembre de 2017

—Con estas medidas marcamos la profundidad de sisa y el aplomo. Esto es muy importante porque... —Rodrigo levantó molesto la mirada del patrón que estaba confeccionando al oír el timbre del teléfono—. ¿Cuántas veces ha sonado hoy?

—Ya contesto yo —se ofreció Calix levantándose presuroso para ir al mostrador.

Rodrigo lo observó. Ya no cojeaba y el moratón de su cara se había transformado en una mancha amarillenta que cubría con maquillaje. Cuando atendía a los clientes desplegaba todo su encanto conquistándolos con su seguridad y su sonrisa. Nadie habría imaginado jamás que al llegar a casa se recluía en su habitación y no volvía a salir, ni a hablar con nadie, hasta el día siguiente.

Calix llegó al mostrador y miró reticente el teléfono. Era una imitación de los antiguos aparatos de principios de siglo xx, con dial, cables y sin pantalla en la que apareciera el número de quien llamaba. Tomó una gran bocanada de aire antes de contestar. La sonrisa se le petrificó en el rostro mientras respondía a su interlocutor con susurros contenidos. Colgó tras pocos minutos de conversación y regresó a la mesa en la que estaban trabajando.

—¿Quién era?

—Nadie importante —contestó, aguantando la mirada ceñuda de su jefe.

Rodrigo resopló frustrado antes de continuar enseñándole cómo marcar un patrón.

* * *

Miércoles, 20 de diciembre de 2017

—Te llevas muy bien con la señora Heresanu —comentó Rodrigo sin venir a cuento mientras se quitaba el abrigo, pues eran las cinco y media de la tarde y acababan de abrir la tienda.

—Es una mujer muy agradable —dijo Calix inquieto. ¿A qué venía ese comentario?

—Está citada esta tarde... —añadió Rodrigo mirándolo pensativo.

—Así es, viene a por las camisas que tiene encargadas —convino Calix, a quien la extraña expresión de su jefe comenzaba a preocuparlo.

Revisó mentalmente las conversaciones que había tenido con la mujer, buscando algo que pudiera considerarse inapropiado. Pero no lo había. Se había comportado

con profesionalidad y seriedad, aunque puede que en algún momento hubiera bromeado con ella. Pero eso no era pecado, ¿o sí?

—Hace casi un año que Lavinia pisó por primera vez esta camisería —comentó Rodrigo con melancolía—. No me gustaron sus matones, su falta de modales ni su aspecto extravagante. Por eso, a pesar de estar casi arruinado, cuando me hizo un encargo dudé en aceptarlo. Me daba miedo lo que podría significar para el buen nombre de la Camisería Castro trabajar con una gitana rumana. Pero, tras mucho pensar sobre ello, acepté. ¿Sabes por qué?

Calix negó con la cabeza.

—Porque quien no arriesga no gana. Y gané. Tengo más trabajo que nunca, me llueven los clientes y mi cuenta bancaria está saneada. Sin embargo, no he aplicado esa máxima en aquellos aspectos de mi vida que más me importan —señaló enfadado a la vez que asentía con la cabeza para sí, como si estuviera tomando una decisión muy importante—. Creo que ha llegado la hora de tomar las riendas y arriesgarme de nuevo. Salgo un momento, tengo que comprar algo muy importante. —Se quedó pensativo un instante para luego sonreír ufano—. Ahora que lo pienso, no voy a volver —rectificó—. Esta tarde te quedas al cargo de todo, Calix —le informó poniéndose de nuevo el abrigo para dirigirse a la puerta.

Calix lo siguió nervioso. ¡No podía dejarlo a cargo de todo! ¡No estaba preparado y nunca lo estaría! Sólo era un inútil con la cabeza llena de serrín que se limitaba a imitarlo y a fingir que sabía lo que hacía sin tener ni idea de nada.

—Pero Lavinia va a recoger sus camisas y las querrá pagar...

—Eso espero, nuestras pagas extras dependen de ello.

—Pero..., si te vas, ¿quién le va a cobrar?

—Dile que se acerque al pastelero de la esquina y le pague a él.

—¿A Felipe? —jadeó Calix con voz estrangulada.

—¿No te parece bien? Entonces mándala a la cafetería donde desayunamos. Seguro que Rosa le coge el dinero sin dudar.

—Estás bromeando, ¿verdad? —gimió Calix.

—¿Tú qué crees? —inquirió Rodrigo—. Por cierto, ¿sabes qué día es hoy?

—Claro, miércoles... —Lo miró confundido. ¿A qué venía eso ahora?

—Bien, parece que al menos eso sí lo tienes claro —bromeó—. Sube a casa de Gala sobre las nueve, hoy cenarás con nosotros.

—No voy a cenar con vosotros —dijo pasmado. ¿Qué narices le pasaba a su jefe esa tarde?

—Por supuesto que sí. Jimena está muerta de preocupación por ti y no hace más que preguntarme si puede bajar a verte. Así que, si no estás en su casa a las nueve, le daré las llaves y le diré que vaya a buscarte.

—No puedes hacer eso.

—¿No? Primera noticia que tengo de que no puedo darle las llaves de mi casa a la hija de mi futura esposa. —Se paró ante la puerta y lo miró pensativo—. Ahora que

lo pienso, seguro que ganaré puntos ante Jimena si le pido que vaya a por ti..., y eso es algo que no me vendría nada mal —asintió para sí—. Así que mejor no subas, bajarán las niñas a buscarte —le dijo marchándose sin apiadarse de la cara de absoluto pasmo de Calix.

* * *

—¿Sabes algo del *e-mail* que mandaste el lunes? —le preguntó Rodrigo a Gala a la vez que trazaba círculos sobre sus pezones fruncidos.

Estaban en la cama, ella tumbada de espaldas mientras él jugaba con su cuerpo. Como bien había dicho Calix, era miércoles, y puesto que tenía un empleado que podía sustituirlo, Rodrigo había decidido tomarse la tarde libre. Aunque, en este caso, libre no significaba ociosa. Había trabajado. Y mucho. Al fin y al cabo, habían pasado diez días desde la última vez y había que recuperar el tiempo perdido.

—¿Te refieres a ese que no debería haber mandado nunca?

El lunes, siguiendo un impulso violento e irracional, Gala se había sentado frente al ordenador a la hora de comer y había escrito un *e-mail* a su jefe de servicio presentándole su dimisión. Y, como de tanto escribir, gestionar y enviar los *e-mails* de su jefe se había aprendido los correos corporativos del gerente de la central y del director nacional, había añadido a éstos en copia saltándose todas las normas y los escalafones de la empresa. Al fin y al cabo, estaba enviándoles su carta de dimisión, no era que tuviera nada que perder.

—Intuyo que no te han contestado —musitó Rodrigo ante su tono bronco.

—Ni lo van a hacer. Nadie es imprescindible, y yo menos que nadie. Y, por muy contento que InBank esté conmigo, no va a interceder para que me asciendan. Quizá ni siquiera sabe que he amenazado con dimitir si no tienen en cuenta mi reclamación...

—Si ha puesto como condición que estés en su campaña, tendrán que comunicárselo —murmuró Rodrigo, sus dedos alejándose de las zonas calientes para abrazarla, pues eso era lo que ella necesitaba en ese momento.

—No tiene por qué, el director nacional debe de recibir cientos de *e-mails* a diario, dudo que preste atención al que le envíe, y el gerente de la central, que es quien debería informarlo, no creo que se moleste en hacerlo. Se lleva muy bien con mi jefe y éste lo habrá convencido de que no me necesitan. —Se removió hasta acurrucarse sobre su pecho.

—Dudo que tu jefe tenga tanto poder —rebatía Rodrigo—. Las cosas de palacio van despacio y sólo hace tres días que mandaste el *e-mail* —susurró envolviéndola entre sus brazos—. No te impacientes y dale tiempo.

—¿Para qué? Ya sé la respuesta, la he sabido siempre —replicó frotando la mejilla contra el torso desnudo de él—. No van a darme el ascenso. Y casi lo prefiero.

No quiero seguir trabajando allí. De hecho, ya he empezado a mandar currículos a otras empresas.

—¿Verónica te está acosando? —preguntó él, intuyendo que tal vez por eso no quería.

—En absoluto. Apenas cruzamos palabra y, cuando lo hacemos, es para resolver asuntos relacionados con el trabajo. Imagino que querrá evitar situaciones violentas, al menos por el momento. No quiero irme de la empresa por no coincidir con ella. O, mejor dicho, no sólo por eso. Estos últimos días he pensado mucho en todo lo que me he esforzado por conseguir el ascenso, todas las horas que he llegado tarde a casa, todo el cansancio, todas las noches planeando campañas, toda la ilusión que he puesto en el proyecto..., y nadie lo ha valorado. No han tenido en cuenta los sacrificios, la dedicación y los logros a la hora de conceder el ascenso, sólo cuál de las postulantes era más... agradable. Más sociable. Y, si es en eso en lo que siempre se van a basar para otorgar los ascensos, no voy a poder optar jamás a un puesto superior, porque no pienso cambiar mi carácter por nadie.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. ¿Qué sociedad es ésta que permite medrar a quien miente y manipula y, en cambio, ignora al que se esfuerza?

—Una que está bastante podrida.

—Eso no lo dudes. Ojalá todos recibieran lo que se merecen, empezando por Verónica y acabando por tu jefe —masculló Rodrigo furioso.

Gala lo miró sorprendida, no era normal en él mostrarse tan resentido. Y, por si tenía alguna duda, la oscilación frenética de sus ojos le dijo lo alterado que estaba.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan enfadado?

—No estoy enfadado, sino frustrado. Verónica ha conseguido robarte el ascenso, vas a despedirte gracias a su manipulación, está acosando a Calix y se va a ir de rositas...

—¿Ha ido a veros a casa o a la tienda? —preguntó asombrada al oírlo.

—No. Pero creo que está llamando a la tienda. Recibimos muchas más llamadas de lo habitual, y cuando contesto yo sólo responde el silencio, mientras que cuando lo hace Calix nunca es nadie importante, pero ese nadie consigue hacerlo palidecer.

—¿Le has preguntado si es ella?

—No necesito que me lo diga para saber que lo es. Su cara lo dice todo.

—Habla con Adán, tal vez él pueda decirte qué hacer...

—Ya lo he hecho. Y es complicado. Para poder hacer algo, el acoso debe ser reiterado y alterar gravemente la vida del acosado. Y sufrir varias llamadas en tres días no puede decirse que sea algo reiterado ni que altere la vida de nadie. Y, aunque cumpliera con las condiciones requeridas, dudo que Calix admita que está siendo acosado, menos aún que lo denuncie.

—No entiendo por qué no quiere denunciarla.

—Porque cree que él tiene la culpa de lo que ocurrió. No hemos hablado mucho sobre lo que pasó, pero, por lo poco que me ha contado, se siente culpable. Asegura

que la provocó y que por eso Verónica se enfadó tanto y se le fue un poco la mano con su mal genio.

—¿Un poco? —jadeó Gala al oírlo.

—Así es como lo define él. Por lo visto, estaba molesto por algo que ella le hizo, y que es incapaz de contarme, y llevaba toda la semana llegando tarde a propósito como venganza, por lo que él mismo se lo buscó y, por tanto, se tenía merecido lo que ocurrió.

—Es imposible que piense eso... —rebató incrédula.

—¿Por qué no?

—Pues... porque los hombres no pensáis así, no le dais tantas vueltas a la cabeza... ni os dejáis manipular de esa manera.

—Cierto, los hombres, tal como exigen las normas de esta sociedad en que vivimos, somos fuertes, jamás nos sentimos vulnerables ni tenemos miedo, ni mucho menos nos sentimos inseguros o nos sometemos al capricho de nadie. Y, cuando no eres fuerte, cuando te sometes o evitas las discusiones, entonces eres un calzonazos y tienes lo que te mereces por no haber sido un hombre de verdad.

—Eso no es cierto.

—¿No? ¿Cuántas veces te has reído al ver a un hombre recular humillado ante los gritos de su mujer? Hay un montón de gags que tratan sobre eso. Incluso humoristas famosos hacen chistes sobre ello...

Gala bajó la mirada avergonzada. No le faltaba razón.

* * *

—¿A que no sabes qué, mamá?! —gritó Gadea entrando eufórica en la casa—. ¡Papá ha vuelto con Angélica! ¡Es genial!

—Vaya, qué sorpresa —exclamó Gala. Y no mentía. Lo último que podía imaginarse era que Angélica perdonara las infidelidades de su ex.

—Se ha disculpado, le ha dicho que no iba a volver a hacerlo y le ha pedido otra oportunidad y ella lo ha creído y se la ha dado —dijo Jimena entrando en la cocina para ver qué había de cenar—. Es guay, porque hoy, en vez de quedarnos en casa de los abuelos, hemos ido a patinar a Colón. Papá es más divertido cuando está con Angélica. ¿Va a venir alguien a cenar? —preguntó al ver que había diez berenjenas rellenas cuando sólo se comían dos cada uno.

—He invitado a Calix, pero aún no ha subido —comentó Rodrigo buscando las llaves en el bolsillo.

Se detuvo sobresaltado al tocar el pequeño paquete que había comprado esa misma tarde. Era el regalo de Navidad de Gala. Si es que se atrevía a dárselo. Si no, se convertiría en el regalo de Reyes. Y si tampoco se atrevía a dárselo entonces... Sacudió la cabeza. Tenía que atreverse y punto. No tenía otra opción.

—¿Te pasa algo, Rodrigo? —inquirió Jimena al ver su gesto apesadumbrado.

—No, en absoluto. ¿Podrías bajar a buscar a Calix y obligarlo a subir? —le pidió tendiéndole las llaves.

* * *

—¡No entramos todos ni de coña! ¡Vamos a estar tan apretujados que se nos pondrá cara de sardinas en lata! —se lamentó Jimena. A su lado, Gadea asintió coincidiendo en sus impresiones.

—Ya verás cómo no. Nos las apañaremos como hemos hecho siempre —la tranquilizó Gala.

Estaban hablando de la cena de Nochebuena. Ese año iban a ser más que nunca, y la diminuta casa de Vicenta no estaba preparada para acoger a tantas personas, de ahí que estuvieran estudiando la logística para acoplar a todo el mundo.

—¿Cuántos vais a ser? —preguntó Rodrigo, quien todavía no se había planteado el asunto de la cena. Aunque ese año no sería tan deprimente como los anteriores, pues cenaría con Calix, y dos personas siempre eran mejor que una sola.

—Creo que quince —respondió Gala—. Eva y su jefe, Paco; Vicenta, Jimena y Gadea, Cruz, Bruno y la madre de éste, Rocío; Adán, su abuela y su padre con su nueva esposa; Calix, tú y yo.

—¿Estoy invitado? —Rodrigo la miró perplejo, pues no habían hablado sobre el tema.

—Por supuesto, eres mi novio y eso lleva acarreado unos derechos y unas obligaciones.

—Y ¿cenar en Nochebuena es un derecho o una obligación?

—Ambos, porque no sólo tienes que hacer acto de presencia, también tienes que traer algo de comer.

—Y tiene que ser algo especial, no vale cualquier cosa —apuntó maliciosa Jimena.

—Trataré de no envenenaros —aceptó Rodrigo encantado.

—Calix está exento de cocinar si ya lo haces tú —puntualizó Jimena dejando bien claro quién era su niño mimado.

El interpelado alzó la vista del plato, tal vez por primera vez en toda la cena, y miró turbado a quienes lo rodeaban.

—Muchas gracias por la invitación, pero creo que paso... —musitó volviendo a centrar los ojos en las berenjenas que aún no se había comido.

—Pero ¿qué dices? No puedes pasar. Tienes que venir, te lo vas a pasar genial —lo animó Jimena mirándolo preocupada.

No parecía él. Había cambiado muchísimo en los diez días que hacía que no lo veía. Estaba apático y a la vez inquieto. No levantaba la vista del plato, como si lo

avergonzara mirar a los demás. Se había recogido el pelo en una coleta floja y torcida, y vestía un chándal viejísimo que le quedaba enorme. Nunca lo había visto ir tan descuidado, como si no le importara su aspecto. Pero lo peor era que nada lograba hacerlo salir de su mutismo y participar en la conversación. Por mucho que ella insistiera sacando temas y haciéndole preguntas, sólo conseguía que contestara con monosílabos y frases cortas que no significaban nada. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué se comportaba como si fuera un zombi en vez de una persona?

—Sí, Calix, tienes que venir. Así conocerás a Paco, el jefe de Eva. Es la bomba, vas a alucinar cuando lo conozcas —señaló Gadea entusiasmada—. Es nudista y siempre va en bolas.

—En realidad, lleva un batín y deportivas —apuntó Gala.

—Pero como no le importa que lo vean en pelota picada se sienta de cualquier manera y se le acaba abriendo el batín y enseñándolo todo —agregó Jimena sin apartar la vista de Calix, quien parecía haber vuelto de nuevo a ese lugar en el que estaba perdido.

—Te aseguro que es algo digno de ser visto —prosiguió Gala con un brillo travieso en la mirada.

—Por lo que veo, va a ser una Nochebuena inolvidable —auguró Rodrigo.

—Lo sería si la pasáramos todos juntos —masculló Jimena mirando enfurruñada a Calix, que se removió incómodo.

—Sois muchos y casi no cabéis en la casa, yo sobro —se disculpó sin alzar la cabeza.

—Pues nos apretamos, pero nadie, y tú menos que nadie, sobra —replicó Gala decidida.

—No conozco a nadie, será incómodo para todos.

—¡Me conoces a mí! Y a mi madre, a mi hermana y a Rodrigo. Y a Cruz y a Bruno. Y a Adán, Eva, Vicenta y Dolores. ¡Los conoces a casi todos! —estalló Jimena enfadada.

—Lo siento... —murmuró Calix sin levantar la vista del plato.

No se sentía con fuerzas para mezclarse con la gente y fingir durante horas que se lo estaba pasando bien y era feliz. Una cosa era mostrarse agradable y activo en el trabajo, y otra muy distinta interactuar con catorce personas que estaban de fiesta mientras él sólo deseaba cerrar los ojos y hundirse en el amargo letargo en el que trataba de sobrevivir últimamente.

—¡No! No lo sientes. ¡Vas a tu bola y pasas de todo! ¡Sólo piensas en ti! —lo increpó Jimena disgustada saltando de la silla para irse a su cuarto dolida.

—Siento el desastre —dijo Calix levantándose—. Creo que es mejor que me vaya...

—¿Sabes ese refrán que dice que, si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña? —le preguntó Rodrigo deteniéndolo cuando estaba a punto de salir del comedor.

—Sí. —Calix lo miró alerta, comenzaba a conocer a su jefe y sabía que no daba puntada sin hilo, y últimamente todo lo que hacía parecía tener consecuencias directas sobre él.

—Creo que es la solución al problema —planteó Rodrigo.

—¿Llevar a un señor a una montaña? —inquirió Gadea confundida.

—No exactamente. —Rodrigo no pudo reprimir la risa ante la estupefacción de la niña.

—Rodrigo, no lo hagas... —le rogó Calix al intuir lo que iba a proponer.

—¿Por qué no? Es la solución perfecta. Si Calix no va a la cena, la cena irá a Calix —dijo con gesto serio—. Celebraremos la Nochebuena en mi casa.

—¿En tu casa? —Gala lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Mi salón es dos veces éste, tengo una mesa enorme y sitio para todo el mundo.

—Y Calix tendrá que estar por narices —dedujo Jimena encantada asomándose a la puerta.

—En realidad, no va a ser así exactamente —la contradijo Rodrigo—. Calix tiene su propio feudo en casa, y será libre de encerrarse en él si quiere —comentó mirando a su empleado, amigo y protegido—. De hecho, la única condición que os impondré será que nadie, y cuando digo nadie me refiero sobre todo a ti, Jimena, podrá molestar a Calix mientras esté en su habitación. La intención es que se sienta acompañado, no acosado.

—Te prometo que no entraré si tiene la puerta cerrada —aseguró Jimena muy seria.

—¿Qué te parece, Calix? ¿Estás de acuerdo con el trato? —preguntó Rodrigo. Él lo miró remiso—. Piénsalo bien, vas a tener lo mejor de los dos mundos, estarás en tu casa, arropado por la gente que te quiere, y a la vez podrás escaparte a tu cuarto y ponerte tapones en los oídos para no oír nuestros desafinados villancicos...

—Jo, eso sí que es tener suerte, porque todas las Nochebuenas Vicenta se empeña en ver el especial de Raphael y canta toooodas sus canciones —comentó Gadea arrugando la nariz.

—No me lo recuerdes, el año pasado se sentó a mi lado y juro que me reventó el tímpano —confirmó su hermana.

—No seas exagerada, Jimena —la regañó Gala—. Es un escándalo que digas eso... ¡«Escándalo, es un escándalo...»! —comenzó a cantar de repente, poniéndose en pie y gesticulando de forma exagerada.

Y Jimena y Gadea, que, a pesar de lo que decían, cada año veían encantadas el especial de Raphael, cogieron las cucharas a modo de micrófono, se subieron a las sillas y le hicieron los coros, porque, sí, se sabían la canción de pe a pa.

Rodrigo observó pasmado a esas tres féminas temperamentales, a ratos alocadas a ratos dulces, siempre pasionales y orgullosas, y pensó que no había hombre más afortunado que él sobre la faz de la Tierra.

Se levantó de la mesa y se acercó a Calix, que las miraba fascinado desde la puerta.

—No cantan nada mal... —observó parándose junto a él.

—Mis padres también ven el especial de Raphael cada año —musitó Calix con nostalgia.

—¿Quieres ir con ellos? Seguro que aún podemos comprar un billete de autobús o de tren a Segovia —se ofreció Rodrigo.

—Mejor no —se negó Calix—. Mi padre tiene ciertas expectativas que me gustaría cumplir cuando lo viera. Prefiero aguardar a un momento mejor —afirmó bajando la cabeza.

—Como prefieras —convino Rodrigo sin querer entrar en el tema, pues no sabía qué tipo de relación tenía con sus padres y, si era complicada, podía ser peor el remedio que la enfermedad—. Entonces... ¿vas a perderte el espectáculo de ver a Vicenta y compañía cantando a Raphael? Puede ser algo nunca visto...

—¿Cantarás también tú? —replicó Calix desafiante, sintiéndose seguro junto a Rodrigo.

Su jefe enarcó una ceja y, acto seguido, comenzó a aplaudir, pues las chicas habían acabado la canción.

—¡Bravísimas! —exclamó yendo hacia ellas—. Maravillosas.

—Gracias, gracias —dijo Gadea haciendo reverencias como si llevara un vestido de gala.

—¿Me permites el micrófono, por favor? —le pidió Rodrigo tendiéndole la mano.

La niña lo miró pasmada y le entregó la cuchara sin perder un segundo.

Él la sopesó, carraspeó para aclararse la garganta y luego se mantuvo en silencio unos segundos, armándose de valor, hasta que por fin fijó la mirada en la mujer que amaba.

Y sus ojos oscilantes le dijeron sin palabras a Gala lo nervioso que de repente estaba.

—«Como yo te amo..., como yo te amo..., convéncete, convéncete..., nadie te amará...».

Y Gala tuvo que sentarse al sentir que le fallaban las piernas. Porque ese hombre íntegro, responsable, leal a sí mismo y a los que quería, no estaba haciendo el tonto como ellas. En absoluto.

Él estaba abriéndole su corazón y cantándole a su alma.

* * *

Gadea miró pasmada a Rodrigo y luego a su madre. Y en ese momento se le ocurrió el regalo perfecto para Papá Noel.

—¡Estás loca! —susurró airada Jimena al oír la diabólica propuesta de su hermana. Había entrado sigilosa en su habitación mientras su madre y Rodrigo hacían manitas en el comedor y le había expuesto la idea más estúpida, peligrosa y horrible que había tenido nunca—. Además, no estoy segura de que a Rodrigo le haga gracia que le regalemos eso...

—¡Claro que sí! Le va a encantar. ¿Cómo va a resistirse a nosotras? Lo tenemos conquistado. Mira, he pensado que... —Gadea comenzó a desgranar su plan ante la cara cada vez más horrorizada de su hermana.

—No pienso hacerlo. ¡Me niego en redondo!

—Claro que lo harás. Hiciste un trato y tienes que cumplirlo. Tu honor te obliga.

—Pero ¡¿qué dices?! No hice ningún trato, Rodrigo no lo aceptó, acuérdate.

—Da igual que no lo aceptara, ha ayudado a Calix y sigue ayudándolo, así que te toca cumplir.

—¡Lo ayuda porque quiere, no porque yo se lo pidiera! —protestó Jimena sintiéndose acorralada.

—Y eso lo hace especial. Mamá lo quiere mucho y yo también. Y a ti te cae muy bien.

—Eso es mentira. Es un estirado y no lo soporto.

—Sí, es un estirado, pero es guay. Y sí lo soportas.

—No hacemos más que discutir.

—Porque no te sigue el rollo y eso te mola. Te cae muy bien y te gusta para mamá, confiésalo.

Y a Jimena no le quedó más remedio que bajar malhumorada la cabeza y callarse, porque Gadea tenía razón. Por mucho que tratara de disimularlo, Rodrigo se había ganado un trocito de su corazón.

—Vale..., le decimos eso a Rodrigo, y luego ¿qué? —aceptó enfurruñada.

—Luego vamos con mamá y... —Gadea se acercó para susurrarle al oído el resto de su plan.

—¡Estás loca! ¡Mamá nos va a matar!

—No grites. —Miró la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada.

—¡No grito! —protestó Jimena bajando la voz.

—Sí lo haces, y como nos oigan se nos chafa la sorpresa —la regañó enfadada.

—Sorpresa la que nos van a dar a nosotras cuando les demos el regalito —dijo desdeñosa—. No podemos hacer eso.

—¡Claro que podemos! ¡Es el regalo perfecto!

—¡Será para ti! ¡A mí me parece horrible!

—¡Mentirosa! Lo que pasa es que te da rabia que no se te haya ocurrido a ti porque sabes que va a ser genial y que mamá va a ser superfeliz.

—Pero ¡¿qué dices?! ¡Se va a pillar tal cabreo que no nos va a dar tiempo a escapar de su furia!

—Qué va... Le va a encantar.

—No jorobes, tía, pero ¿tú lo has pensado bien? ¡Es mamá! ¡Odia a los hombres!

—A Rodrigo no —replicó Gadea esbozando una ufana sonrisa.

—Bueno, va, a él no, pero de eso a... Nos va a matar —gimió.

—Ya verás cómo no. Al principio lo mismo se mosquea un poco...

—¡¿Un poco?!

—¡Vale! ¡Un mucho! —aceptó Gadea—. Tal vez tengamos que convencerla, pero en cuanto lo piense un poco se dará cuenta de que es lo mejor para ella. Ya lo verás. Y luego estará encantada, y todos seremos felices y comeremos perdices.

Jimena miró horrorizada a su hermana. Su plan no era un mal plan, y hasta podía tener éxito. Y si tenía éxito lo cambiaría todo..., y ella no sabía si quería que todo cambiara. Y eso la hacía sentir una persona horrible, porque Gadea tenía razón, ese regalo sería lo mejor para su madre y la haría muy feliz. Si no las mataba antes, claro, porque probablemente ésa sería su primera intención al «recibir la sorpresa».

—Madre mía, la que vamos a liar... —masculló negando con la cabeza.

Jueves, 21 de diciembre de 2017

Gala se paró ante la puerta de la sala de juntas, tomó una bocanada de aire y entró sin pensarlo más. Dentro, además de su futuro, estaban su jefe de servicio, el gerente de la central y otro hombre al que no reconoció. Fue él quien más nerviosa la puso, pues lo rodeaba un aura de poder tan intensa que casi era tangible, y sus ojos, esferas de puro hielo, estaban fijos en ella.

—Buenos días. —Cerró la puerta y se paró frente a la mesa tras la que estaban sentados.

—Señorita Aráoz —la saludó el desconocido levantándose, lo que obligó a los otros dos a imitarlo—. Así que usted es la mujer que ha tenido el valor, y también la inconsciencia, de saltarse las normas y acudir al director nacional directamente. Bien, aquí me tiene. Siéntese y expóngame su caso.

Gala lo miró con curiosidad, así que ése era el director nacional. Desde luego, su presentación no podía ser más agresiva. Pero si creía que con eso iba a amedrentarla estaba muy equivocado. Ella era Gala Aráoz y no se dejaba intimidar por un ningún hombre.

Apartó la silla y se sentó, el chaleco ajustándose a sus rotundos pechos y los pantalones de raya diplomática ciñéndose a sus largas y torneadas piernas cuando las cruzó.

El director se forzó en no desviar la mirada de los ojos de Gala, resistiendo la tentación de deleitarse con la belleza salvaje y voluptuosa de la mujer que tenía frente a él.

—No hay nada que exponer —dijo Gala con una seguridad que no sentía—. He presentado mi dimisión y ésta se hará efectiva el próximo día 2.

—¿Y los motivos son...? —le reclamó él.

—Los que reseño en el *e-mail*. No estoy de acuerdo con mi puesto de supervisora ni con el trato que se me ha dado. Creo que por mis logros y mi dedicación a esta empresa merezco un puesto que no se me ha concedido y por eso me veo en la obligación moral de renunciar a mi trabajo. No puedo, ni quiero, permitir que no se reconozcan mis méritos.

—Entiendo. Sin embargo, se le ha incrementado el sueldo de forma notable.

—Una chuchería con la que pretenden comprarme. Pero no es dinero lo que quiero, sino reconocimiento.

—Así que quiere un ascenso...

—No. Quería el ascenso que el señor Romero me prometió hace un año a cambio de que hiciera gran parte de su trabajo y llevara todas sus campañas —explicó Gala.

—No te prometí nada, Gala, y, por supuesto, ni haces mi trabajo ni llevas mis campañas —se apresuró a defenderse el jefe de servicio.

—Si no hago su trabajo ni envío sus correos, ¿cómo he conseguido el *e-mail* corporativo del director nacional, aquí presente? —repuso ella.

—No creo que eso sea relevante ahora, señorita Aráoz —replicó éste fijando una mirada furiosa en ella—. Por lo que infiero, con un ascenso se solucionaría el asunto.

—No. Como le he dicho, no quería un ascenso cualquiera, sino el que se me prometió.

—Pero ese ascenso ya está adjudicado.

—Lo sé. Por eso he dimitido.

—¿Cree que con su amenaza va a hacerme reconsiderar mi decisión? Sepa que...

—Disculpe —lo interrumpió Gala—, no es una amenaza. Es un hecho. Puede tomárselo como quiera y dar todas las vueltas que desee, pero yo tengo un trabajo que hacer y muy poco tiempo para hacerlo si quiero dejarlo cerrado para mi sustituta. Por cierto, no se demore en mandármela; lo que hago no se aprende en una semana..., y ése es el plazo que tengo para enseñarla. Un placer conocerlo, señor Abad —dijo levantándose, lo que hizo que los hombres se levantaran también—. Señor Romero, señor García, les deseo unas felices fiestas —se despidió.

—Ya les dije que las relaciones interpersonales no eran lo suyo —les comentó burlón el jefe de servicio cuando Gala salió del despacho.

—Una pena que una mujer tan guapa sea tan arisca —musitó el gerente, quien había tenido más de un encontronazo con ella.

—Y, a pesar de ello, tiene las mejores ratios del centro en resolución en la primera llamada, tiempo de respuesta, satisfacción del cliente, eficacia y nivel de servicio, además de una tasa de abandono cero y similar tiempo improductivo. Y a todo eso hay que sumarle campañas con mucha iniciativa y creatividad, y no pocos arrestos. Estos últimos, por cierto, acabo de experimentarlos en primera persona —expuso molesto el director nacional.

—Ella es siempre así, no sabe controlar su carácter —aseveró contrito el jefe de servicio.

—La señorita Aráoz es un gran activo de la compañía, no deberíamos tomar su marcha a la ligera —comentó el director observando la puerta malhumorado—. He hablado personalmente con el director de *marketing* de InBank...

* * *

Gala atravesó la planta con decisión. Estaba hecho. Ya no había vuelta atrás. Había renunciado al trabajo y estaba en el paro. Pero no importaba, tenía dinero ahorrado para mantenerse unos meses y le estaban llegando respuestas positivas de las empresas a las que había mandado el currículum, así que tal vez pronto tendría un

nuevo trabajo. Pasó frente al despacho del jefe de servicio y su mirada se cruzó con la de Verónica. Ésta esbozó una altiva sonrisa y Gala le respondió imitándola. Por mucho que su antigua amiga pensara que se marchaba con el rabo entre las piernas, era justo al contrario: se sentía bien con su decisión. Satisfecha. No había mentido al director, era un imperativo moral irse de donde no se le reconocían sus logros.

—Gala, perdona, pero nos ha surgido un problema con el terminal. —La paró una de sus coordinadoras antes de que llegara a su mesa.

—En fin, no era que no lo esperaríamos —masculló Gala yendo con ella.

Pasó el resto de la jornada corriendo de un lado a otro, solucionando entuertos, arreglando desaguisados y motivando a sus agentes, más o menos como siempre y, casi una hora después de su hora de salida, también como siempre, recogió su mesa para irse.

—Gala, acompáñame —le pidió su jefe sorprendiéndola al aparecer tras ella.

Lo siguió pasmada al comprobar que se dirigían de nuevo a la sala de juntas.

—Señorita Aráoz, siéntese, por favor —le pidió el director cuando entró—. Hemos decidido tener en cuenta su petición y nombrarla jefa de servicio. Al principio trabajará en exclusiva con InBank, aunque conforme se vaya haciendo con el puesto le iremos derivando otras campañas de menor importancia. El ascenso conlleva un incremento de sueldo de...

—Disculpe, tal vez antes no me expresé correctamente —lo interrumpió Gala, levantándose—. Dije que quería el puesto de jefe de servicio, en pasado. Ya no lo quiero. Lamento haberles hecho perder el tiempo.

El director la miró con los ojos entornados.

—Muy bien, exponga sus condiciones y ahórrenos este juego intolerable.

—No tengo ninguna condición, no hay nada más, excepto que no quiero quedarme —replicó ella, sorprendiéndolo. Y sorprendiéndose también a sí misma. ¿De verdad no quería?

No. No quería pasar un segundo más con Verónica, sabiendo que sólo con que sonriera y mintiera tendría todo lo que a ella tanto esfuerzo le costaba ganar.

—Sin embargo, hace cuatro días exigía un ascenso. Es usted una mujer valiente, directa, y quiero creer que también sincera. ¿Podría decirme por qué ha cambiado de opinión?

—Por supuesto. Me he dado cuenta de que un ascenso no iba a acabar con las desavenencias que mantengo con una compañera y, sinceramente, no me apetece encontrármela en la planta, en el ascensor o en los servicios, así que prefiero irme.

—¿No le parece un poco exagerado renunciar a su trabajo, a un importante ascenso y a un jugoso aumento de sueldo por una rencilla personal? —le recriminó.

—En absoluto, ser fiel a mis principios es mucho más valioso que un ascenso —respondió Gala—. Si me disculpan, debería haber salido hace una hora. Un placer hablar con ustedes.

Los tres hombres contemplaron asombrados su marcha.

—Desde luego, no tiene vergüenza alguna —afirmó el jefe de servicio.

—Yo diría que lo que tiene son los ovarios bien puestos —señaló el gerente sorprendido.

—Qué lástima que te hayas dado cuenta tan tarde —gruñó el director nacional—. Muy bien, Javier, quiero saber a quién se refiere y cuáles son los motivos de su desavenencia.

—¿Cómo voy a saberlos? —replicó pasmado el jefe de servicio.

—Igual que lo sabes todo... Uno de tus principales activos es el tráfico de rumores e influencias —le recordó el director burlón—. Empieza a hablar, no voy a perder un cliente como InBank por una pelea de gatas. Menos aún cuando la que está a punto de irse es una tigresa...

* * *

Gala atravesó la sala altiva, sus tacones chocando con determinación contra el suelo. Salió al vestíbulo, pero, en lugar de entrar en el ascensor, se dirigió a la puerta que daba a la escalera, bajó hasta el rellano intermedio y se sentó en un peldaño, abandonando su fachada orgullosa para soltar un suspiro que era casi un gemido. Se permitió unos segundos para recuperar el aliento, abrió el bolso con manos temblorosas, sacó el móvil y marcó un número.

—Me han ofrecido el ascenso —musitó en un angustiado susurro—. Y lo he rechazado.

—Bien por ti, Gala. Ahora sabrán la trabajadora íntegra, leal y diligente que han perdido por su incompetencia. No puedo sentirme más orgulloso de ti —afirmó Rodrigo, dándole las alas que necesitaba para sentirse de nuevo segura de sí misma.

Viernes, 22 de diciembre de 2017

Gala acabó de tomarse el café mientras escuchaba la lotería de Navidad. Debería regresar a la planta para estar pendiente de los agentes, las llamadas y los objetivos, pero la mañana estaba bastante tranquila. Al fin y al cabo, era 22 de diciembre y ese día España entera se paraba para latir al son que marcaban los niños de San Ildefonso y sus vocecitas infantiles.

—Gala, el señor Romero te está buscando —le comunicó una de sus coordinadoras llegando hasta la mesa de la sala de descanso en la que estaba desayunando.

—Voy ahora mismo, gracias por avisarme.

Apagó el móvil y se encaminó hacia el despacho que hasta el final de año compartían su jefe y Verónica. Llamó a la puerta y parpadeó extrañada al reconocer la voz que le pidió que pasara, pues no era de ninguno de los dos.

* * *

—¿Y si hago lombarda con manzanas y pasas? —planteó Rodrigo ensimismado—. A pesar de ser un guiso muy sencillo, es un plato lleno de color y con un sabor muy potente.

Calix lo miró sin saber si le estaba preguntando a él o si seguía hablando consigo mismo como llevaba haciendo los dos últimos días cada vez que se quedaban a solas.

—Aunque, si quiero causar sensación, debería optar por algo más elaborado y elegante. Tal vez una pularda del convento con una reducción de Pedro Ximénez...

—Eso, desde luego, suena muy pomposo —se arriesgó a apuntar Calix.

—Eso pienso yo. No se hable más, conozco a un pollero que me la podrá conseguir —dijo levantando el teléfono.

Un segundo después pedía un par de pulardas y le eran concedidas, a un precio desorbitado, eso sí.

—Yo no he dicho que debas hacerlas... —repuso Calix amedrentado. No quería que le echara la culpa si luego salía mal y no gustaba en la cena de Navidad.

—Lo sé, pero con que lo apruebes es suficiente. Y, si me ayudas, podríamos hacer las dos cosas, pularda y lombarda... ¿Cómo lo ves?

—No sé cocinar, pero si me dices lo que hay que hacer...

—Qué ridiculez. Por supuesto que sabes cocinar —repuso Rodrigo—. No he comido tan bien desde que vivía mi madre, que en paz descansa. ¿Por qué crees que

te toca hacer la comida todos los días?

—Porque es una especie de pago por ocupar la habitación...

Rodrigo lo miró enarcando una ceja.

—¿Crees que me dejaría envenenar sólo por cobrarte un alquiler que no necesito? No seas absurdo. Eres un buen cocinero, algo rudimentario en tus platos, pero eso cambiará cuando empieces a coger confianza en ti mismo.

—¿Crees que no confío en mí? —preguntó Calix imitando su tono.

—Creo que ella te ha arrebatado la seguridad que tenías y ahora debes recuperarla —contestó Rodrigo muy serio—. Y ¿qué mejor para ello que hacer una lombarda con manzanas y pasas? —señaló arqueando una ceja.

Y Calix no pudo por menos que esbozar una sonrisa, una tan suave que apenas curvó las comisuras de sus labios, pero, tras una semana sin apenas hablar ni sonreír con sinceridad, eso era todo un logro.

—Si me das un pequeño adelanto de mi sueldo puedo hacer un ponche segoviano. Siempre era yo quien ayudaba a mi madre a hacerlo, y nos salía muy rico...

—Lo he probado un par de veces y está delicioso, acepto el trato.

—Cuando salga de trabajar esta noche me pasaré por la cabina y llamaré a mi madre para que me recuerde cómo se hace —comentó Calix ampliando aún más su sonrisa, algo que no pasó desapercibido a Rodrigo.

—Llámalas desde aquí si quieres. Así puedes ir haciéndolo mientras ella te da la receta. —«Y, de paso, tal vez hablar con ella consiga animarte un poco».

—Sería genial, gracias —aceptó encantado, pues así, si le surgía alguna duda, podría solucionarla al momento.

—Entonces, pularda, lombarda con manzanas y pasas, y ponche segoviano. No cabe duda de que vamos a dar la campanada —aseguró complacido—. Mañana iremos a comprar... ¿Esperas a alguien? —inquirió intrigado al oír el timbre.

Calix negó con un gesto.

No eran ni las cuatro de la tarde, ¿quién podría ser?

Rodrigo abrió la puerta y a punto estuvo de caerse cuando Gala saltó sobre él.

—¿Gala? ¿Qué ocurr...? —trató de preguntarle, pero ella le invadió la boca con un beso salvaje con sabor a victoria.

Y él, como el caballero que era, no dudó un instante en responder. No iba a permitir que una dama que mostraba tanto entusiasmo no fuera correspondida.

¡Sería un verdadero sacrilegio!

Así que la abrazó y peleó con su lengua en un beso frenético que los dejó sin aliento.

—Me han propuesto un trato que no he podido rechazar —jadeó Gala al separarse—. Jefa de servicio asociada a todas las campañas de InBank y un aumento de sueldo totalmente desproporcionado...

—Muy bien, pero ¿qué es lo que no has podido rechazar? —preguntó Rodrigo, pues había llegado a conocerla lo suficiente para saber que sólo eso no la convencería

para quedarse.

—Mi jefe se ha disculpado formalmente conmigo por su actuación en todo el asunto, el director nacional me ha dado su palabra de que no volverán a infravalorarme y... —se calló reticente al ver a Calix asomado a la puerta.

—Felicidades, Gala —dijo él antes de dar media vuelta para marcharse discretamente a su dormitorio, las muestras de amor de Gala y Rodrigo grabadas amargamente en su retina, recordándole todo lo que nunca había llegado a tener con Verónica.

—Calix, espera. Esto te interesa —le pidió avanzando hasta él—. Han puesto el traslado de Verónica sobre la mesa de negociación.

—¿La van a echar de la empresa? —inquirió atónito.

—Dependerá de ella. Le van a ofrecer un traslado a Buenos Aires, con mi jefe... Si lo acepta se irá a principios de año, y si no lo acepta le rescindirán el contrato después de Reyes. Sea como sea, no continuará en mi planta. No es algo que yo haya pedido, pero me alegro de que lo incluyan en la oferta que me han hecho.

—Es lo justo —afirmó Calix—. Verónica merece un ascenso, lleva años trabajando por ello —aseveró cabizbajo—, pero no debería haber conspirado contra ti para arrebatarte el tuyo. Erais amigas y te traicionó. No debería haberlo hecho.

—Hizo muchas cosas que no debería —señaló Rodrigo—. Y tal vez ahora, con un poco de suerte, la perdamos de vista. Quién sabe, tal vez cruce el océano y no la veamos más...

—Sí, eso sería estupendo —convino Calix huyendo para dirigirse a su dormitorio.

Aunque no aguantó mucho allí. Se cambió de ropa con rapidez, cogió la chaqueta y las llaves y salió de nuevo. Se encontró con Rodrigo y Gala en el comedor y, en contra de lo esperado, no estaban en mitad de un arrebatado encuentro sexual. En absoluto. Estaban sentados uno junto al otro, las manos de Rodrigo sosteniendo las de Gala y sus cabezas tan juntas que sus frentes casi se tocaban mientras ella le desgranaba lo sucedido esa mañana y él la escuchaba con toda su atención.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que eso era amor. No los besos arrebatados que se habían dado hacía un instante, sino ese momento de íntima comunión.

—Me voy a la tienda —anunció, consciente de que su presencia era un estorbo.

—Espera, Calix. —Rodrigo se volvió hacia él—. ¿No te apetece acompañarnos y tomar una copa de vino?

—No, pero gracias. —En realidad él no tenía nada que celebrar, aunque agradecía el gesto más de lo que era capaz de mostrar—. Te veo más tarde. Aunque, si no quieres ir, puedo ocuparme de todo sin problemas. Hoy sólo tenemos citados a los señores Dimov y Niurev.

—Tal vez llegue un poco más tarde —aceptó Rodrigo para luego centrar toda su atención en Gala—. Me gustaría celebrar la buena noticia —susurró acariciándole los labios con el pulgar—. Jimena y Gadea están con Eva, ¿verdad?

Ella asintió con un gesto.

—Vamos a buscarlas, ésta es una noticia que debe celebrar la familia al completo...

Y Gala no pudo evitar derretirse entre los brazos de ese hombre maravilloso que iba a celebrar su ascenso amándola de la mejor manera posible. Y ésta no era disfrutando de un episodio de pasión, sino compartiendo ese momento con sus hijas.

—Sí, vayamos a buscarlas..., pero antes bésame —le exigió.

Calix esbozó una sonrisa forzada y abandonó el salón con la cabeza baja, para que, en caso de que se les ocurriera mirarlo, algo que dudaba, no pudieran ver la desesperación que abrasaba sus ojos.

Comprendía que Gala estuviera eufórica por la buena noticia, pero él sólo podía pensar en Verónica y en lo mucho que le habría dolido perder su ascenso, al fin y al cabo, llevaba todo el año trabajando para conseguirlo. Salió a la calle y, en vez de ir a la camisería, recorrió ese Madrid antiguo de calles enrevesadas que había aprendido a querer. Necesitaba pensar y para eso era imprescindible que dejara la mente en blanco. Y sólo sabía una manera de hacerlo, corriendo. O, en su defecto, andando.

Y, tal vez si caminaba lo suficientemente lejos olvidaría todo aquello que lo hacía sentirse como si fuera un hombre a medias. Como una marioneta sin cuerdas que trata de moverse y sólo lo consigue cuando tiran de ella. Sin voluntad, sin vida y sin fuerza para otra cosa que no fuera arrastrarse para tratar de encontrar al hombre que había sido y que ya no recordaba cómo volver a ser.

Envidiaba profundamente a su jefe.

Él también había tenido una mujer a la que abrazar como Rodrigo abrazaba a Gala. Una mujer a la que adoraba y por la que se despertaba cada día. Pero el amor que se profesaban Rodrigo y Gala era tan diferente del que había experimentado con Verónica que por fin comenzaba a comprender qué había fallado entre ellos.

Todo.

Amar no era dar y llevar la cuenta de lo que se daba; tampoco recibir y llevar la cuenta de lo que se recibía. Amar era compartir sin importar cuánto ni cómo. Era apoyar al otro para que consiguiera ser la persona que deseaba ser, alegrarse de sus logros y apuntalarlo en sus fracasos, escucharlo sin juzgar y aconsejar sin esperar obediencia. Era aceptar los errores y desechar las culpas. Era enfadarse y gritar, pero no amedrentar ni imponerse, mucho menos hacerse valer a golpes o insultos. Era conocer y ensalzar las virtudes del contrario, y aceptar y relativizar sus defectos. El amor inspiraba y motivaba, convertía lo normal en excepcional y sublimaba los sentidos. Pero nunca, jamás, hacía sufrir, dolía ni asustaba.

Y su historia de amor no sólo dolía, también lo había herido profundamente, lacerándole el alma, el corazón y la mente. Convirtiéndolo en alguien que no era y haciéndole olvidar la persona que había sido.

Su amor había sido tóxico, corrompido por los celos y la intolerancia de Verónica y alimentado por su incapacidad de hacerse valer y demostrarle que podía ser un

hombre mucho mejor del que era. En realidad, su fracaso no era culpa de ella, sino de él. Por no saber ser el hombre que ella necesitaba.

Y, aun así, no podía dejar de quererla, lo que daba muestras de lo estúpido y débil que era. Echaba de menos dormir abrazado a ella, sus palabras amables cuando hacía algo bien y los momentos en los que hacían el amor, sus caricias y sus besos, su forma apasionada de amarlo, su manera salvaje de follarlo. Había estado tan enganchado a ella que cuando estaba a su lado se sentía confortablemente aturdido. Y ahora que ya no podía tenerla se sentía patéticamente perdido, como si nada tuviera sentido y no pudiera encontrar un motivo para seguir adelante.

Tomó una brusca bocanada de aire y sacudió la cabeza para deshacerse de esos pensamientos. No podía permitírselos.

Retomó el camino hacia la tienda y abrió pocos minutos antes de la hora. Se puso tras el mostrador y, mientras sacaba los muestrarios, sonó el teléfono.

—Camisería Castro, buenas tardes. ¿Vero? ¿Qué te ocurre? No llores, por favor. Dime qué te pasa... No, en casa no. Elige otro lugar... Allí estaré...

No debería haber quedado allí, pensó al llegar al parque en el que había hecho el amor con ella por primera vez. Hacía casi un año de eso, pero los recuerdos seguían vívidos en su mente. Ella llevaba un corto y ajustado vestido negro con una cremallera lo recorría de arriba abajo. Le había parecido la mujer más hermosa del mundo. Y aún se lo parecía, pensó al verla llegar. Llevaba una cazadora roja, unas botas hasta las rodillas del mismo color y el vestido con el que lo había conquistado esa primera vez. Pero sus labios no esbozaban la sonrisa desafiante de aquel día y sus ojos no brillaban de excitación, sino por lágrimas no derramadas.

—Te he echado de menos —susurró ella abrazándolo.

Y él, tras un instante de duda, la envolvió entre sus brazos.

—La novia de tu jefe me ha arrebatado el trabajo —afirmó sollozante, pero no eran lágrimas de pesar, sino de pura rabia—. Le han dado el ascenso que yo había ganado.

—Gala no te ha arrebatado nada —repuso Calix. Rodrigo le había contado la versión de Gala y conocía la de Verónica. Sabía por lo que habían pasado ambas y lo mucho que se habían esforzado—. No le echas la culpa a ella, vuestro jefe ha jugado con vosotras.

Verónica lo miró como si pensara replicar, pero al final optó por dejarlo hablar.

—Os prometió a las dos el mismo ascenso para que trabajarais a destajo para él y le hicierais todo el trabajo. Ha jugado con vosotras.

—Puede que así sea, pero ¡fue a mí a quien le dio el puesto! —exclamó herida porque no se posicionara de su parte—. Y ahora lo he perdido por culpa de Gala. La única condición que ha puesto para no dimitir ha sido tener mi puesto y que yo no trabaje en Madrid. Y no entiendo por qué —musitó llorosa—. Yo no le he hecho nada, y ni siquiera quiere hablar conmigo para solucionarlo. —Alzó la cabeza para mirarlo furiosa—. Es por tu culpa, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Calix aturdido.

—Le has contado mentiras sobre nosotros... Sobre lo que pasó el día que te marchaste.

«No me marché, me echaste de tu casa», pensó él, aunque se cuidó mucho de decirlo, no quería hacer estallar el genio de Verónica.

—No le he contado nada a nadie —aseveró en cambio.

—Claro que no, y yo soy idiota. ¿Crees que no sé que le has ido llorando a Rodrigo para que te deje vivir en su casa?

—Eso no es así, Vero...

—Le has contado cosas que sólo nos pertenecen a nosotros y he perdido el trabajo por tu culpa. He pasado seis años de mi vida en esta empresa y ahora me han echado

porque tú has contado mentiras sobre nosotros. Lo he perdido todo —afirmó comenzando a llorar.

—Lo siento muchísimo, Vero —dijo Calix envolviéndola de nuevo entre sus brazos. Se sentía tan culpable que le costaba hasta respirar. Ella tenía razón, puede que no le hubiera contado nada a Rodrigo, pero había bajado a su casa con los pies ensangrentados y la cara amoratada y él le había dado más importancia de la que realmente tenía. Y se lo había contado a Gala y por eso ella se había enfadado tanto con Verónica—. Gala ha dicho que no te iban a despedir, que te habían ofrecido trasladarte con tu jefe —musitó desesperado.

—¿Has hablado con ella? —inquirió Verónica, y la pregunta sonó a acusación.

—No, me lo ha contado Rodrigo esta tarde en la tienda —se apresuró a mentir, decidido a no disgustarla más de lo que ya estaba.

Y ella pareció tranquilizarse al oír su mentira. Se acurrucó contra él y coló las manos bajo la sudadera, deslizándolas por su piel hasta hacerlo estremecer.

Y Calix no supo si se estremecía de placer o de angustia por los recuerdos que sus caricias le provocaban.

—Me lo han ofrecido, pero no quiero aceptarlo. Argentina está muy lejos, demasiado. Y no quiero vivir lejos de ti —musitó buscando sus labios—. Eres el único hombre al que he amado, no puedo irme y dejarte aquí. Eres un desastre andante que no sabe hacer nada a derechas, pero a pesar de eso te quiero. Y tú también me quieres, lo sé.

Calix dejó de resistirse y la besó con toda la rabia que llevaba conteniendo esa semana.

—Claro que te quiero, ¿cómo no iba a hacerlo? Has sido mi vida entera durante todo este año. Lo he dado todo por ti, todo lo he centrado en ti, en complacerte, en agradarte, en merecerte —expuso consciente de lo necesitado que sonaba, de lo dócil y sometido que parecía.

—¿No podemos comportarnos como si nada hubiera pasado y hacer que todo vuelva a ser como era? —planteó Verónica lamiéndole la garganta mientras sus manos lascivas se escurrían bajo el pantalón.

—Vero, por favor... —jadeó él al sentir sus dedos sobre el pene, amasándolo lujuriosos.

Y, a pesar de que sus caricias le revolvían el estómago, no pudo evitar que la excitación se apoderara de él, violenta y desapacible, amenazando con ahogarlo en un mar de asco y confusión. ¿Cómo podía excitarse cuando cada roce de sus dedos era amargura y tormento? ¿Qué clase de hombre era, que se endurecía sin desearlo? No tenía voluntad ni dignidad, sólo era un pelele libidinoso que trataba de comportarse como el hombre que no era y que tal vez jamás conseguiría ser.

—Por favor, ¿qué? ¿Quieres que te deje correrte? ¿Que me la meta en la boca y te la chupe hasta que grites mi nombre? —gimió lasciva mientras se afanaba en desabrocharle los vaqueros—. Hacíamos una pareja maravillosa, Calix. Los dos

guapos, los dos activos, los dos ardientes. ¿Cuántas mujeres crees que te follarían varias veces al día como yo lo hacía? —le planteó abriéndose la cremallera del vestido para mostrarle su cuerpo desnudo a pesar del frío que hacía—. ¿No quieres follarme? —se ofreció voluptuosa.

—Claro que quiero —aceptó él sin atreverse a tocarla. Por supuesto que quería follarla. Tenía la polla tan dura que le dolía, pero luego, ¿qué?

¿Sentiría más asco hacia sí mismo del que ya sentía? Sí. Y no podría soportarlo.

Nada había cambiado. Y nada cambiaría. Porque él era demasiado débil, inútil y conformista para ella, y ella... ella era demasiada mujer para él. Siempre lo sometería y lo atacaría. Incluso aunque no quisiera hacerlo. Iba en su carácter y él no era lo suficientemente hombre para combatirla.

Negó con la cabeza y dio un paso atrás, luchando contra la sensación de que estaba cometiendo el mayor error de su vida al alejarse de ella.

—¿No quieres?

—No debo.

—No me lo puedo creer, ¿tan poco me quieres que no eres capaz de echarme un polvo cuando te lo pido? ¿O tal vez es porque en la semana que llevas viviendo con Rodrigo habéis pasado a ser algo más que amigos?... —lo acusó furiosa al saberse rechazada.

—Verónica, por favor, no sigas por ahí...

—¿Te folla bien? ¿Cómo he podido ser tan ingenua? No sólo te folla él, también te folla Gala. Por eso me quiere lejos, para poder tenerte para ella. ¡Cabrón, hijo de puta! —gritó abofeteándolo—. Llevo toda la semana sufriendo por ti, y tú me la estás pegando con tu jefe y su amante... Qué asco me das.

—Estás enferma, Verónica —murmuró Calix mirándola horrorizado. ¿Cómo podía haberse enamorado de esa mujer? Y, lo que todavía era peor, ¿cómo podía quererla aún?—. Busca ayuda antes de que te hagas daño a ti misma —le aconsejó justo antes de dar media vuelta para irse.

No tardó en echar a correr, pues pronto comenzaron a llover piedras sobre él.

Estuvo horas corriendo. Necesitaba aclarar sus pensamientos, volver a ser él mismo y aprender a vivir sin ella... Pero, a pesar del tiempo, la distancia y el cansancio no halló las respuestas que buscaba.

Porque no existían.

Nunca volvería a ser él mismo, había tocado el cielo para luego hundirse en el infierno y eso lo había cambiado hasta tal punto que ya ni siquiera se reconocía.

* * *

Cuando regresó a casa pasaba de la medianoche y Rodrigo estaba sentado en el sillón, leyendo. O fingiendo leer. Lo examinó, asegurándose de que estaba bien y luego fue

hasta él, le apretó el hombro dándole su apoyo en silencio y se fue a dormir, dejándolo a solas con sus demonios.

Domingo, 24 de diciembre de 2017

—No pienso comerme esa cosa morada. —Jimena puso cara de asco al ver la lombarda que se cocía en el fuego.

Calix, que estaba en un rincón de la cocina de Rodrigo terminando de montar el ponche segoviano, asintió con un gesto. Tal como olía, él tampoco pensaba comérsela.

—Deberías probarla para saber si está rica o no —le aconsejó Gala a su hija dejando la ensalada junto a la fuente de gambas que estaba montando Rodrigo.

—Yo la probaré, Rodrigo —anunció Gadea armándose de valor, aunque trató de no respirar muy profundamente para no tener que oler demasiado el pestazo que echaba esa cosa.

—Gracias, querida, sabía que podía contar con tu apoyo —dijo él antes de irse con las gambas al comedor para liberar espacio en la cocina.

—Te vas a envenenar con tal de hacerle la pelota —resopló Jimena desdeñosa.

—No me voy a envenenar, mentirosa.

—Claro que sí, y te pondrás morada y parecerás una extraterrestre. —Estiró los brazos al frente y puso cara de muerta viviente.

—¡Eso lo hacen los zombis, *retromónquer!*

—¡Pues serás un zombi morado, petarda!

—Cuando dejéis de insultaros, ¿podéis abrir la puerta? Creo que han llamado —comentó Gala impasible mientras añadía las nueces y la granada a la ensalada.

Eran Cruz y Bruno con la madre de éste. Los seguía Vicenta con el cordero, que pensaban asar en el horno de Rodrigo.

—Calix, tú que eres segoviano, danos algún consejito —le pidió la anciana.

—Mi madre siempre le echa una ramita de romero —comentó él terminando nervioso el ponche segoviano.

Había demasiada gente en la cocina, rodeándolo. Demasiada gente apretándose en un espacio muy reducido. Demasiado ruido, demasiadas risas, demasiadas conversaciones. Y se estaba ahogando.

—¡Por favor, qué pintaza tiene esto! —exclamó Bruno aupándose tras él para ver el postre.

—¡Alejad los dulces de su camino o mi marido se los comerá todos! —gritó Cruz, tratando de apartarlo de un empujón cuyo efecto rebote mandó a Calix contra la encimera.

—Nunca he visto un hombre más goloso que mi hijo —confesó Rocío tendiéndole a Gala una fuente con pestiños que había hecho.

—Ni yo una madre tan severa, ¿te puedes creer que no me ha dejado probarlos?
—le dijo Bruno a Calix antes de esquivarlo y rebañar con el dedo la olla en que había hecho la crema.

—¡No seas guarro, hombre! —lo regañó Dolores abriéndose paso a codazos en la cocina—. Gala, no te pases echándole vinagre a la ensalada o no habrá quien se la coma...

—Calix, acércate al comedor a ayudarnos, por favor —lo llamó Rodrigo al asomarse a la puerta y ver la cara lívida y la expresión asustada de su ayudante.

Calix suspiró aliviado al tener la excusa de escapar de ese tormento, dejó el postre a buen recaudo y salió como pudo de la cocina. Sólo para encontrarse frente a un hombre de edad indeterminada vestido única y exclusivamente con un batín mal cerrado por el que asomaba un miembro de dimensiones descomunales.

No pudo evitar mirarlo absorto.

—Paco, por favor, ciérrate bien el batín o a alguno se le caerán los ojos esta noche —le pidió Adán al ver que Calix no era el único que lo miraba perplejo.

—Mis disculpas, Paco —musitó Rodrigo sacudiendo la cabeza para librarse de la abrumadora visión—. No tengo por costumbre encontrarme frente a semejante fenómeno de la naturaleza.

—Si estás interesado puedo enseñarte unos masajes que estimulan el crecimiento —se ofreció Paco tendiéndoles a él y a Calix un par de vasos con algo que parecía té.

—¡No lo bebáis! —bramó Adán. Sabía por experiencia que los bebedizos de Paco podían ser de lo más contundentes—. ¿Qué lleva? —Se lo dio a Eva.

Ella lo olió, dio un ligerísimo trago y miró acusadora a Paco.

—Es un cóctel estimulante, para animarlos un poco —se excusó éste.

—¡Un poco! Por favor, Paco, tengamos la fiesta en paz. —Eva miró a Calix y a Rodrigo—. Ni se os ocurra beberlo. Es un cóctel afrodisíaco, os iba a tener... contentos toda la noche.

Rodrigo miró intrigado el vaso. No era que a él le hiciera falta nada para animarlo, por supuesto, pero no le haría ascos a alguna pócima que le proporcionara algo de valor, pensó palpándose el bolsillo de la chaqueta, donde tenía guardado el regalo de Navidad de Gala desde que lo había comprado el miércoles. No sabía si iba a ser capaz de arriesgarse a dárselo.

Calix dio un paso atrás asustado. A él no le hacía falta ningún cóctel que se la pusiera dura, más bien al contrario, pensó disgustado y bastante humillado al recordar lo poco que había tardado Verónica en excitarlo.

—¿Qué hago ahora? —le preguntó a Rodrigo, pues era quien había reclamado su ayuda.

—Nada. Sólo quería liberarte del tormento de estar en la cocina con seis locas.

—Con siete —apuntó un anciano entrando en el salón—. Mi mujer se ha quedado con Dolores para ayudar a organizar la cena...

—Papá, no te he oído entrar —señaló Adán yendo hacia él para saludarlo.

—No me extraña, menudo alboroto tenéis aquí montado...

Y no mentía, pensó Rodrigo observando encantado el bullicio que lo rodeaba. La casa estaba llena de gente. Y de vida. La cocina estaba invadida por una horda de cocineros *amateurs* que apenas podían moverse en ella, y los pocos adultos que quedaban libres estaban decorando el comedor. Las niñas se habían apropiado de una de las habitaciones tras advertirle que iban a invitar a sus amigas a jugar, lo que significaba que, si cumplían su amenaza, la antigua habitación de sus padres se convertiría en el cuartel general de la juventud del edificio. Y, sinceramente, no había un uso que le pareciera mejor para ese cuarto.

Sí. Tenía montado en casa un alboroto considerable. Pero, tras muchas Navidades en soledad, ese alboroto le sonaba a gloria bendita.

* * *

—Te quiero un montón, papá. Pasa una Nochebuena estupenda —se despidió Jimena por el móvil a la vez que entraba en la habitación de Calix—. La cena ya está casi lista y me pregunta mamá si no te importa sentarte en las sillas plegables...

—No hay problema —aceptó él levantándose de la cama.

Se había encerrado unos minutos en su dormitorio para tratar de controlar sus emociones. Esa Navidad estaba siendo aún más dura que la anterior, más triste, más solitaria a pesar de estar rodeado de gente. Nunca se había sentido tan perdido. Estar con ellos, escuchando sus risas y sus chanzas, le traía recuerdos de las Navidades pasadas con su familia. Y el dolor era demasiado intenso para soportarlo, así que prefería mantenerse aparte.

—¿Has felicitado las fiestas a tus padres? —le preguntó Jimena al ir a guardar el móvil. Llevaba todo el día con él, ayudándolo a cocinar, y no lo había visto hablar con ellos. De hecho, apenas si había hablado con nadie, ni siquiera con ella.

—Hablé ayer con mi madre y aproveché para hacerlo.

—¿Y con tu padre?

—No. Pero le he dicho a mi madre que le dé recuerdos.

—Deberías llamarlo... —dijo tendiéndole el teléfono.

—No tenemos nada que decirnos. Además, si él quisiera hablar conmigo, me habría llamado —repuso resentido.

—No puede saber el número de Rodrigo —insistió Jimena acercándole el teléfono.

—Sólo tiene que marcar rellamada en el móvil de mi madre..., no es tan difícil.

—Seguro que piensa que has llamado desde la cabina, como siempre. Vamos, llámalo.

—Y ¿qué le digo?

—Que lo quieres y que lo sientes —le dijo las mismas palabras que él le había dicho a ella cuando insistió para que hablara con su madre—. A mí me dio resultado.

—No puedo decirle eso; tú no conoces a mi padre, seguro que aprovecha para echarme en cara que tenía razón en todo y que yo estoy equivocado y que por eso lo siento, porque lo he hecho todo mal...

Y tampoco era que fuera a faltarle razón, pero no le apetecía oírsele decir. Bastante se lo repetía él a diario.

—Pues entonces felicítale las fiestas y ya está. Pero habla con él —insistió Jimena sabiendo lo mucho que le dolía a Calix la ausencia de su padre.

Él la miró vacilante antes de aceptar el móvil.

—Estaré en el comedor, guardándote un sitio a mi lado en la mesa —le informó sonriente antes de salir para darle la privacidad que necesitaba.

Calix observó el móvil indeciso, no tenía por qué llamar, ella nunca sabría si lo hacía o no. Pero... hacía tanto tiempo que no hablaba con su padre. Y tampoco era que necesitara decirle muchas cosas, sólo desearle felices fiestas como Jimena le había aconsejado.

Sin darse más tiempo a pensar, marcó el número del móvil de su padre. No el fijo de casa ni el móvil de su madre. El de su padre. Su casa estaría llena de gente esa noche, y no quería arriesgarse a que otra persona le cogiera el teléfono.

Las manos le temblaron mientras aguardaba a que respondiera. Esperó un timbrazo, dos, cinco, y cuando estaba a punto de colgar oyó la voz grave que lo había acompañado durante toda su vida.

—Papá, soy Calix. Sólo quería felicitarte las fiestas. Y decirte que... —se calló, luchando contra la emoción que lo dominaba—. Que... te quiero mucho y que... tenías razón. No sabes cuánto lamento todo lo que te dije y cómo me comporté. Estaba equivocado y lo siento mucho... —musitó antes de contener su llorosa verborrea. Ahora que había empezado a hablar le costaba dejar de hacerlo—. No. No ha pasado nada. Estoy bien. Claro que no, son estas fiestas, que me dejan tonto —explicó al oír las preguntas de su padre y comprender que no podía responderlas más que con mentiras—. Tengo que colgar, estoy llamando por el móvil de una amiga y debo devolvérselo. —Cortó la llamada.

Dejó el teléfono en la mesilla, pegó la espalda a la pared y resbaló por ella. Antes de tocar el suelo, el móvil sonó. Lo cogió receloso, comprobando que sus sospechas no eran vanas. Era su padre. Cortó la llamada y lo puso en modo avión. No se sentía con fuerzas de contestar a las preguntas que sabía iba a hacerle.

* * *

—Feliz Nochebuena, señor Martín —saludaron a coro Jimena, Gadea, Neeja y Anuja cuando el profesor del bajo exterior derecha les abrió la puerta. Habían terminado de

cenar y habían bajado a buscar a sus amigos y, de paso, a dar los mensajes de su madre.

—Feliz Nochebuena, señoritas —correspondió el Ogro encantado—. ¿A qué debo el honor de esta visita?

—Mamá nos ha enviado para decirle que suba a tomar una copita de champán con nosotros.

—Me encantaría —aceptó el anciano sonriendo, y se volvió hacia el pasillo para preguntarle a su nieto—: Joaquín, ¿te apetece...? —se calló al ver que el chaval salía del cuarto con la cazadora puesta—. Ya veo que estabas esperando a las señoritas como agua de mayo —comentó burlón—. Id adelantándoos mientras me pongo la chaqueta.

—Id a buscar a Xiao y a Maylin —les dijo Jimena a sus amigas enfilando la escalera—. Nosotros vamos subiendo a casa de Rodrigo para preparar la consola.

—¿Por qué has tardado tanto en venir? Un poco más y me muero de aburrimiento. Me he tenido que tragar el discurso del rey, «Telepasión» y el especial de Raphael —masculló Kini.

—Quedamos en que me mandarías un whats para que bajara a buscarte y no lo has hecho, así que no te quejes...

—¡Te he mandado cientos! —replicó él mirando al suelo, no quería parecer tan desesperado como realmente se sentía. Era la primera Navidad que pasaba lejos de sus padres y se sentía... abandonado, como si no perteneciera a ningún lugar.

—Qué va, el móvil no ha sonado ni una sola vez —objetó Jimena sacándolo del bolsillo.

Kini observó intrigado la pantalla.

—No me extraña, lo tienes en modo avión.

Jimena miró extrañada el teléfono, hasta que recordó que la última persona que lo había usado era Calix. Lo que la hizo preguntarse si habría llamado a su padre. Quitó el modo avión, abrió el registro de llamadas y comprobó que el último número no estaba grabado en el terminal. Sonrió, sí lo había llamado. Y, por lo visto, su padre lo había rellamado, conjeturó al ver que ese número había telefoneado varias veces mientras estaba en modo avión. Aunque la primera de ellas estaba cortada. Tal vez Calix había discutido con él y por eso lo había dejado sin conexión. Se lo guardó en el bolsillo y, en el momento en que entró en casa, buscó a su amigo en el salón, pero él había huido de nuevo a su dormitorio.

Se dirigió allí decidida a ver qué le pasaba. Pero Rodrigo la atrapó cuando estaba a punto de entrar sin llamar, recordándole que había prometido dejarlo tranquilo si cerraba la puerta, por lo que no le quedó más remedio que dejarlo para más tarde. Así pues, montó la Wii mientras esperaba a sus amigas, que no tardaron en llegar.

—Veo que habéis cumplido vuestra amenaza —comentó Rodrigo asomándose al dormitorio. Dentro, siete críos de entre once y catorce años se amontonaban frente a

la tele—. ¿Debo temer por la integridad de mi casa o no sois tan peligrosos como parece?

—Mientras haya palomitas y refrescos no seremos peligrosos —contestó Jimena burlona.

—No te preocupes, Rodrigo, yo cuidaré de que no rompan nada —lo tranquilizó Gadea aupándose para darle un beso en la mejilla que lo dejó indefenso, por lo que la marabunta de niños se adueñó impunemente del antiguo dormitorio.

—Eres demasiado blando, tienes que imponerte o mis hijas harán contigo lo que quieran, Rodrigo —le advirtió Gala abrazándolo.

—No hables en futuro cuando lo correcto es el presente, Gala. Ya hacen conmigo lo que quieren —afirmó sonriente—. Y me alegro. Esta casa jamás ha estado más viva. Ni siquiera cuando era joven había tanta alegría y bullicio. Éramos una familia pequeña, sólo mis padres, mis abuelos y yo, sin tíos ni primos con los que compartir estas fechas. Y mucho menos con amigos con los que reunirme después de cenar. Esta risueña algarabía de voces infantiles es quizá la más importante de las asignaturas que dejé pendientes en mi niñez. Es un regalo inesperado poder experimentarla hoy —reconoció observando embelesado a las personas que llenaban cada rincón de su casa.

Doce meses antes, la soledad había sido su única compañera. Ahora todo había cambiado, y mucha culpa de eso la tenía la magnífica mujer que estaba a su lado.

—Confíésalo, te encantan los niños —murmuró Gala al ver su mirada soñadora.

—De pequeño los odiaba y los envidiaba a partes iguales. Quería tener amigos y compartir juegos, pero era un bicho raro y un estirado, y no le caía bien a los demás. Conforme fui creciendo, todo ese resentimiento continuó a mi lado, convirtiendo a los niños en un amargo recordatorio de lo que nunca pude tener.

—Y por eso no quisiste tener hijos...

—No me pareció buena idea tenerlos.

—Que no te pareciera una buena idea no significa que no quisieras tenerlos —repuso Gala dándose cuenta de que ésa era siempre la fórmula que usaba. No que no hubiera querido tenerlos, sino que no le había parecido buena idea.

—No siempre sabemos lo que queremos —replicó Rodrigo esquivando el tema—. Hemos abandonado a nuestros invitados, somos unos pésimos anfitriones —dijo acto seguido yendo al salón.

Jimena se asomó al pasillo y, al ver que los adultos estaban entretenidos en el comedor, dejó a Kini a cargo de la Wii y fue a ver a Calix. El móvil vibró en su bolsillo, lo sacó y parpadeó asombrada al ver quién era, pero en lugar de contestar se dirigió presurosa al dormitorio de su amigo.

—¿Calix? —Llamó a la puerta, el móvil saltando en su mano.

Él no contestó, así que, tras comprobar que no había moros en la costa, abrió y entró.

Estaba en la cama con los ojos fijos en el techo, la luz de las farolas se colaba a través de la ventana, iluminándolo y haciéndolo parecer aún más demacrado de lo que ya estaba.

Volvió la cabeza al oír sus pasos y fijó en ella una mirada de insondable tristeza.

—¿Estás bien? —preguntó Jimena guardando el móvil, pues éste había dejado de vibrar.

—Claro —mintió él quitándose los auriculares de los oídos.

Jimena cerró la puerta tras de sí y encendió la lámpara, incapaz de soportar la palidez cadavérica que dibujaban las sombras en la cara del joven. No obstante, su aspecto no mejoró. Parecía incluso más delgado que una semana antes, tenía las ojeras muy marcadas y su rostro se veía macilento. Pero lo peor eran sus ojos. Vacíos. Apagados. Marchitos.

—¿Por qué no estás en el salón con todos?

Él se encogió de hombros y volvió a fijar la mirada en el techo.

—¿Te apetece venir a jugar a la Wii con nosotros? Vamos a poner el *Mario Kart*...

—Gracias, pero no estoy de humor.

—¿Has hablado al final con tu padre? —le preguntó a pesar de conocer la respuesta. Él asintió—. ¿Habéis discutido?

Calix tardó un momento en contestar, los labios apretados para contener la emoción mientras negaba con la cabeza.

—Pero he visto en el móvil que ha vuelto a llamarte y has cortado la llamada... ¿Por qué?

—No me apetecía seguir hablando.

—¿Te dijo algo que no te gustó?

—Me hizo preguntas que no podía responder.

—¿Por qué?

—Porque a él no puedo mentirle, siempre me pilla... Me preguntó si estaba bien —confesó antes de poder contenerse.

—Tal vez deberías decirle la verdad. A mí me funcionó con mi madre.

—Tú no has decepcionado a tu madre tanto como yo a mi padre.

—Si vuelve a llamar..., ¿hablarás con él?

—No llamaré más. Le he cortado una vez y mi padre no da segundas oportunidades —aseveró Calix tomando una fuerte inhalación a la vez que se cubría los ojos con el brazo.

—Si piensas así, ¿por qué has puesto el móvil en modo avión?

«Porque la esperanza nunca se pierde y, aunque deseo hablar con él, también soy un cobarde incapaz de enfrentarme a él».

—Estoy cansado, apaga la luz y vete, por favor —le pidió sin descubrir su cara.

Jimena lo miró dolida. Cuando Calix estaba con más gente se esforzaba en parecer razonablemente alegre, pero cuando se quedaba solo se convertía en una

sombra. Silencioso. Distante. Malhumorado.

Y estaba harta de que la echara de su lado cada vez que intentaba animarlo.

—Está bien, quédate aquí y pasa la noche amargado... Tal vez siga el ejemplo de tu padre y deje de darte oportunidades para que me las tires a la cara.

Salió dando un portazo y enfiló el pasillo malhumorada. Estaba a punto de entrar en el cuarto con sus amigos cuando el móvil vibró en su bolsillo. Lo sacó, intuyendo que sería Malena para decirle que ya volvía de casa de sus abuelos y que la esperaran para jugar. Pero la llamada no era ella. Miró pensativa la pantalla antes de entrar en el cuarto de baño y responder huraña.

—¿Quién es?

El hombre que contestó le exigió con voz firme que le dejara hablar con Calix.

—Dime quién eres o cuelgo y te bloqueo —repitió hosca Jimena.

* * *

Marcial entornó los ojos al oír el tono beligerante de la niña. Porque de lo que no tenía dudas era de que su interlocutora era una cría. ¿La amiga que le había dejado el móvil a su hijo era una niña? ¿Qué demonios estaba pasando ahí? ¿Por qué Calisto no lo llamaba desde su propio teléfono? ¿Por qué sólo usaba cabinas y los móviles de sus amigos, que eran niños?

—Soy Marcial, el padre de Calix, y quiero hablar con él —exigió, sintiendo que la preocupación ganaba a la paciencia.

—Está dormido.

—No son ni las once, mi hijo jamás se ha acostado tan pronto en Nochebuena. Pásamelo, por favor. Necesito hablar con él.

—No quiere hablar contigo.

—Me lo imaginaba... Mi hijo nunca quiere hablar conmigo —masculló herido.

—Últimamente no quiere hablar con nadie. Tampoco conmigo, y soy su mejor amiga...

—¿Podrías decirme al menos cómo está? —susurró muerto de preocupación. Hacía más de un año que no hablaba con su hijo, y cuando éste por fin lo llamaba lo hacía llorando—. Necesito saber cómo está. ¿Se encuentra bien?

Se hizo el silencio en la línea. Un silencio denso, lleno de inquietud y dudas, antes de que una sola sílaba, tan contundente como angustiosa, lo rompiera.

—No.

—¡No me lo puedo creer! ¡Me han matado! —se lamentó Jimena horrorizada—. ¡No me queda ni una sola vida! ¡No es justo! ¡Corre, Anuja, aún podemos conseguirlo! —jaleó a su amiga.

Y Anuja, la última integrante en juego del equipo formado por Jimena, Xiao y ella misma, apretó los dedos sobre el volante e hizo volar el coche a través de la pista de carreras de *Mario Kart*..., sólo para perder el control en la última curva, salirse de la carretera y caer al abismo, donde perdió su última vida.

—¡No! —gimió Anuja mirando perpleja la pantalla—. No es posible...

—No os desaniméis, a Maylin le queda la curva de la muerte, seguro que se estrella —afirmó Xiao mirando a su hermana, que giraba el volante nerviosa.

—Vamos, Maylin —la animó Gadea.

Era la última corredora con vida de la carrera y también su única esperanza de proclamarse vencedoras contra el grupo de las hermanas mayores por primera vez en su vida.

—¡Eso es, Maylin! —gritó Neeja frenética—. Ya estás en la última vuelta. Salta la rampa..., pasa el puente... y... ¡ganamos! —chilló histérica.

Kini, que había declinado participar en la carrera, sonrió al ver que Gadea, Neeja y Maylin se levantaban del suelo, donde habían sido relegadas a sentarse por su estatus de pequeñas, y comenzaban a hacer su particular baile de la victoria, que consistía en meter las manos bajo las axilas y pavonearse como gallinas frente a sus hermanas, hasta que éstas, cansadas de la humillación, se levantaron de la cama y fueron a por ellas. Por supuesto, las pequeñas no se quedaron quietas y corrieron al comedor en busca de la protección de los adultos que continuaban allí, a saber, todos los que tenían menos de ochenta años.

—¡Alto ahí, señoritas! —las detuvo el Ogro, quien se había quedado hasta tan tarde por su nieto, pues éste, tras la marcha de sus padres, sólo parecía sonreír cuando estaba con la hija de Gala—. ¿A qué vienen esas carreras?

—Las mayores quieren matarnos... —los acusó Neeja.

—Y ¿puede saberse a qué se debe ese afán homicida? —inquirió Rodrigo.

—Se están riendo de nosotras —señaló Jimena enfurecida.

—¡Mentira! Sólo estamos haciendo la danza de la victoria —replicó Neeja, comenzando a bailar para gran diversión de los adultos y mayor fastidio de las mayores, que no dudaron en lanzarse a por ella.

—Alto ahí, señoritas —las paró Gala con el sencillo método de interponerse entre ambos grupos—. Tengamos la fiesta en paz. ¿O preferís arriesgaros a quedaros sin regalos por portaros mal a pocas horas de la llegada de Papá Noel?

Las mayores miraron malhumoradas a las pequeñas y, dándose cuenta de que llevaban las de perder, decidieron dejar la venganza para más tarde.

—Vale, ya hablaremos luego —dijo Jimena mirando amenazante a su hermana—. ¿Os apetece jugar al *Cluedo*?

Todos los niños asintieron encantados y regresaron al cuarto, donde, tras darse unos cuantos empujones más maliciosos que dolorosos, comenzaron a preparar el juego. Acababan de extender el tablero sobre la cama cuando sonó el telefonillo.

—¡Ésa es Malena! Hace un rato me ha dicho que ya venía de casa de sus abuelos —exclamó Jimena saliendo a la carrera del cuarto.

Rodrigo miró el reloj al oír su grito.

—Son más de las doce —observó perplejo—. ¿No es un poco tarde para hacer visitas?

—Estamos en Navidad, no seas quejica, tío —repuso Jimena pasando por su lado a una velocidad endemoniada.

Se detuvo derrapando junto a la puerta y descolgó el telefonillo.

—¿Malena?

* * *

Rodrigo supo que pasaba algo cuando vio que la sonrisa entusiasmada de la niña mutaba en una mueca de sorpresa que pronto se convirtió en una de puro pasmo.

—No puedo abrirte. Tengo que... —Jimena buscó con la mirada a alguien que pudiera ayudarla. Y lo encontró en Rodrigo, que en ese momento caminaba presuroso hacia ella—. Tengo que pedirle permiso al novio de mi madre para que entres. Espera un poco.

Tapó el micrófono del telefonillo y miró espantada al albino. De entre todos los adultos que había allí, era su mejor opción. Desde luego, era mejor que su madre, quien seguro que montaría en cólera cuando se enterara.

—¿Qué ocurre, Jimena? ¿Algún problema con Malena?

—No es ella —respondió la niña encogiéndose contra la pared.

—¿Quién es entonces? ¿Algún gracioso haciéndose el listillo? Dame el telefonillo, que le voy a reír las gracias —le ordenó enfadado. Nadie molestaba a Jimena y se iba de rositas.

—Es el padre de Calix —anunció ella con voz casi inaudible.

—¿Perdona? Creo que no te he oído bien...

—Es el padre de Calix —repitió ella un poco más alto, pero no mucho más.

—Vaya, es justo lo que había oído la primera vez —murmuró turbado—. Calix no me ha dicho que fuera a venir.

—Es que no lo sabe...

—¿Ah, no? Y ¿entonces...? —Se calló al oír la voz de un hombre, el padre de Calix, a tenor de la información recibida, al otro lado del telefonillo—. ¿Conoces a su padre?

Jimena negó con la cabeza.

—Entonces ¿por qué sabe tu nombre? —inquirió suspicaz.

—He hablado con él esta noche... —contestó contrita.

Rodrigo arqueó una ceja instándola a hablar.

—Calix lo llamó por mi móvil... y luego lo puso en modo avión..., y cuando lo quité su padre llamó... —dijo nerviosa ante su mirada penetrante mientras desde el auricular les llegaba la voz preocupada del hombre.

—¿Contestaste una llamada que no era para ti? —la acusó Rodrigo.

—Era mi móvil... y estaba enfadada con Calix porque se comporta como un zombi...

—Y contestaste a su padre —insistió Rodrigo.

La niña asintió reticente.

—Y ¿le diste la dirección de mi casa sin preguntárselo antes a Calix?

—¡Me la pidió! ¿Cómo iba a imaginar que iba a venir? —jadeó indignada.

—No sé, ¿tal vez porque es de lógica suponer que alguien pretende hacerte una visita cuando te pide la dirección?

—Bueno, sí..., pero ¡no tan rápido! Pensé que vendrían mañana, o pasado, o yo qué sé, pero ¡no hoy! —se excusó Jimena enfadada al saberse pillada. Rodrigo enarcó una ceja ante su ataque de furia—. Lo siento, ¡vale!, pero Calix está mal, tenía que hacer algo. No puede seguir así. ¡Parece que va a morir de pena!

—Tranquila —la calmó Rodrigo poniendo las manos sobre sus hombros en un gesto de consuelo—. No va a morir, no lo voy a..., no lo vamos a permitir —se corrigió—. ¿Cuándo hablaste con el padre de Calix?

—Después de cenar. Hará una hora y pico. —Miró nerviosa el telefonillo, pues el hombre no dejaba de exigirle que lo dejara entrar.

—Ábrele la puerta y dile que suba.

—¿Seguro?

—Ese hombre ha pasado una hora y media en la carretera, en plena Nochebuena, para venir a ver a su hijo. Por supuesto que estoy seguro. No lo hagas esperar más.

—Vale —aceptó Jimena pulsando el botón que abría el portal—. ¿Qué le vas a decir?

—¿Yo? Absolutamente nada. Eres tú quien ha hablado con él y le ha dado la dirección, por tanto, serás tú quien deshaga este entuerto.

—Pero... yo no sé qué tengo que hacer. Seguro que quiere ver a Calix...

—No sé por qué, pero creo que aciertas en tu suposición.

—¡No estoy de humor para tus estúpidas ironías! —lo increpó enojada—. Va a querer ver a Calix y está encerrado en su cuarto y... —Se detuvo esbozando una

petulante sonrisa—. Y tú me has prohibido entrar si tiene la puerta cerrada..., así que es cosa tuya.

—No voy a asumir tu responsabilidad, Jimena —afirmó Rodrigo muy serio.

—Pero Calix se va a enfadar mucho conmigo...

—Creo que no me equivoco si digo que en este caso específico tu inconsciencia va a ser muy beneficiosa para él. Y eso bien vale una bronca entre amigos, ¿no crees?

—Si tú lo dices —masculló la niña abriendo la puerta, pues acababan de tocar al timbre.

Marcial observó a la cría que le abrió la puerta. No se había equivocado en su suposición. Era una adolescente de unos catorce años, morena y con cara de pilla que lo miraba recelosa. Tras ella, un albino vestido con un impecable traje los observaba con curiosidad tras sus gafas de cristales amarillos.

—¿Jimena? ¿Eres tú? —se adelantó su mujer al ver que él no decía nada.

—Sí... Y ¿tú quién eres? —inquirió ella suspicaz.

—Gely, la madre de Calix. ¿Dónde está mi hijo?

—Está durmiendo... —respondió Jimena mirándolos asustada por su impaciencia.

—Podrías ir a su cuarto y comprobarlo, tal vez sólo esté escuchando música —apuntó Rodrigo, quien se mantuvo justo detrás de ella, apoyándola.

—Sí, claro. A Calix le gusta mucho escuchar música. Esperad aquí —les indicó Jimena.

Por supuesto, ninguno de los progenitores le hizo caso, por lo que Rodrigo se paró en mitad del estrecho pasillo, impidiéndoles seguir a la niña.

—Dejen que hable primero con él. Aunque pueda parecer inusual, es su mejor amiga y tiene un efecto tranquilizante sobre su hijo —les pidió—. No querrán entrar en su dormitorio como un elefante en una cacharrería y ponerlo a la defensiva, ¿verdad?

—Claro que no —aceptó Marcial conteniendo la impaciencia de su mujer—. ¿Podría decirme quién es usted? No me gusta ignorar el nombre de las personas con las que hablo.

—Mi nombre es Rodrigo, y soy el dueño de esta casa. También el jefe de su hijo.

—¿Usted es el camiserero? —preguntó la mujer observando inquieta la puerta del dormitorio en el que acababa de entrar la niña.

—Veo que le ha hablado de mí —comentó Rodrigo dirigiéndose hacia allí.

—Lo admira mucho —declaró Gely siguiéndolo nerviosa—. ¿Cómo está Calix?

—Ahora lo verá. Y, si me permiten un consejo, les sugiero que no lo agobien a preguntas. Últimamente no le gusta mucho hablar...

—No lo agobiaremos —convino Marcial, impidiendo que su mujer interrogara al albino al ver que éste se detenía frente a la puerta de la habitación para escuchar lo que decían tras ella.

* * *

—Calix..., ¿estás despierto? —musitó Jimena al entrar en el cuarto.

Dejó la puerta entornada para que Rodrigo pudiera oírlos y echarle una mano si se torcían las cosas. Porque si algo tenía claro era que este no iba a dejarla tirada. Puede que fuera un estirado, pero era un estirado legal y razonable que le había demostrado con creces que podía confiar en él.

—Sí... —Calix la miró desde la cama, donde continuaba en la misma postura en que lo había dejado dos horas antes—. ¿Ocurre algo? —preguntó sentándose al ver su cara preocupada.

—Sí..., más o menos —contestó Jimena con voz temblorosa a la vez que bajaba la cabeza. Lo que consiguió que Calix se preocupara de verdad y saltara de la cama para ir hacia ella.

—¿Más o menos? ¿Qué significa eso?

—Tu padre ha vuelto a llamar a mi móvil... —dijo la niña con voz atormentada.

—¿Le ha pasado algo? —gimió él asustado por la manera en que su osada y siempre directa amiga se estaba comportando.

—Está aquí...

Calix se detuvo antes de llegar hasta ella.

—¿Cómo que está aquí? ¿A qué te refieres con «aquí»?

—En el pasillo...

Miró pasmado a Jimena, y luego abrió la puerta y salió del cuarto.

—Mamá...

—¡Cariño! —Gely se lanzó a abrazarlo—. Dios mío, pero qué delgado estás... —gimió perpleja. No parecía su hijo. Con lo presumido que siempre había sido, esa noche iba como un pordiosero, vestido con unos pantalones de chándal y una sudadera enorme y el pelo recogido en una coleta mal hecha. ¿Dónde estaba el hombre apuesto y seguro de sí mismo que se había marchado de casa hacía dieciocho meses?—. ¿Qué te ha pasado?

—Gely, deja al chico tranquilo y no empieces a interrogarlo —masculló Marcial manteniéndose apartado, consciente de que tal vez a su hijo no le hiciera mucha gracia verlo.

—Papá..., ¿qué haces aquí? —preguntó Calix mirándolo pasmado.

—¿¡Cómo que qué hace aquí?! —repuso Gely enfadada—. Ha sido idea suya venir. Ha hablado con tu amiga y, en cuanto le ha sacado la dirección, no ha tardado ni un minuto en ponerse el abrigo y decir que venía a verte. Ha salido tan rápido de casa que ni siquiera me ha dado tiempo a despedirme de los invitados. Menos mal que eran tus hermanas y sus maridos.

—Pero... ¿por qué? —gimió Calix tan sorprendido que apenas conseguía procesar lo que estaba oyendo.

—¿¡Por qué?! —exclamó Marcial perdiendo la paciencia—. Si mi hijo me llama en Nochebuena y me dice que me quiere y que lo siente, yo no me quedo en casa —estalló yendo hacia él—. Atravieso España, Europa y el mundo entero si es necesario y voy a verlo. —Le pasó la mano por la nuca, acercándolo—. Porque es mi hijo y lo

quiero más que a nada en el mundo. Aunque no me hable, aunque me mire como si estuviera loco. Voy con él y me aseguro de que está bien. Y, si no lo está, hago lo que sea para arreglarlo y que esté bien. Porque para eso soy su padre.

—Papá..., te quiero —musitó Calix con la voz rota antes de abrazarse a él y romper a llorar.

Y no fue el único.

* * *

—¿Estará bien? —le preguntó Jimena a Rodrigo saliendo del dormitorio cuando Calix y sus padres entraron en él.

—Ahora sí —contestó el albino limpiándose los ojos con disimulo—. Ve con tus amigos y diles que tenéis que trasladar los juegos al dormitorio pequeño. Recogedlo todo, abrid las ventanas para que se airee la habitación y luego sacad las sábanas y la manta del armario y haced la cama. Los padres de Calix necesitan un lugar donde dormir estos días...

Jimena asintió con un gesto, pero antes de hacer lo que le había ordenado observó con atención al hombre del que su madre se había enamorado y que estaba ayudando a su antiguo rival sin pedir nada a cambio.

—Eres un estirado —le dijo—, pero no importa, porque también eres un tío genial. Me alegro un montón de que mamá te quiera, se merece a alguien tan bueno como tú. Y... me caes bien. Muy bien. Bueno, va, la verdad es que me gustas bastante —reconoció a la vez que se ponía de puntillas y le besaba la mejilla—. Voy a preparar el cuarto.

—Claro... —murmuró Rodrigo acariciándose la mejilla sin saber qué decir.

—Rodrigo... —lo llamó Gala, sobresaltándolo.

Se volvió sólo para ver que ella lo miraba intrigada apoyada en la jamba de la puerta del comedor. Sonrió agradecido de llevar las gafas porque, tal como se sentía de emocionado, sus ojos debían de estar recorriendo frenéticos sus cuencas oculares.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —inquirió yendo hacia ella.

—He salido cuando he visto a dos desconocidos seguiros a ti y a mi hija por el pasillo. Aunque, dado el parecido que guarda Calix con su padre, no me ha costado mucho imaginar su identidad. Lo que no me explico es cómo han llegado a tu casa.

—Jimena habló con él y se lo dijo —le explicó Rodrigo pasándole las manos por la cintura para atraerla hacia sí.

—Ah, vaya... Tendré que hablar con Jimena muy seriamente, no puede...

—Es Navidad y todo ha salido bien... Déjalo estar —la interrumpió bajando la cabeza hasta besarle el hombro.

—Ya veo...

—¿Qué ves?

—Que ya no es sólo Gadea quien te tiene en palmitas —dijo burlona—. Con un solo beso Jimena te ha convertido en su más ferviente defensor.

—Mañana se me pasará el embrujo... —musitó Rodrigo esbozando una cálida sonrisa.

—Lo dudo. Tienes el corazón demasiado tierno y mis hijas lo saben y se aprovechan vilmente —señaló divertida.

—Menos mal que son buenas chicas.

—Te quiero.

—No más que yo a ti —susurró él antes de besarla.

—¡Ya estáis otra vez! ¿Es que no podéis hacer eso en otro sitio menos público que el pasillo? —estalló Jimena avergonzada al salir del dormitorio con sus amigos y encontrárselos.

—Creo que, en contra de tus suposiciones, ya se me está pasando el embrujo —reconoció Rodrigo molesto, haciendo que Gala estallara en carcajadas.

Lunes, 25 de diciembre de 2017

Rodrigo se obligó a abrir los ojos cuando el molesto e insistente tono de su teléfono móvil siguió sonando sin parar, ajeno a su necesidad de descanso. Lo buscó a tientas por la mesilla y, al encenderlo, vio que eran poco más de las siete de la mañana. No habían pasado ni tres horas desde que se había metido en la cama. También vio que quien llamaba era Jimena, lo que lo asustó de forma considerable, por lo que se apresuró a responder.

—Jimena, ¿qué ocurre? —inquirió—. ¡¿Qué?! Está bien, ya voy.

Saltó de la cama, se puso el batín y caminó medio dormido a la puerta. La abrió. Y tras ella se encontró a dos diablillos con mono y zapatillas de unicornio llevando una bolsa.

—¡Anda que no has tardado! —lo regañó Jimena entrando en la casa—. Un poco más y nos quedamos pajarito... —se quejó yendo hacia el salón.

—¡Feliz Navidad! —exclamó Gadea dándole un beso antes de seguir a su hermana.

Rodrigo las miró pasmado. ¿Qué narices hacían despiertas a esas horas intempestivas el día de Navidad? Nada bueno, eso seguro, pensó siguiéndolas.

—Cierra la puerta —le ordenó Jimena cuando se reunieron los tres en el salón—. No queremos despertar a Calix y a sus padres.

—Por supuesto. A ellos no, pero a mí sí —murmuró él obedeciéndola.

Aunque dudaba que nada pudiera despertarlos, pues cuando él se había acostado ellos seguían hablando. No de lo que le había pasado a Calix con Verónica, mucho se temía que eso se quedaría para siempre enterrado en el corazón de su amigo, sino de cualquier cosa que sus padres tuvieran a bien contarle.

No se había equivocado al aconsejarles que no le hicieran preguntas. Calix no quería responder a nada, y posiblemente nunca lo haría. Sólo quería sentirse arropado por sus padres, y eso habían hecho durante toda la noche. Mimarlos. Envolverlos en su cariño y devolverle parte de la alegría que había perdido. Rodrigo esperaba que ése fuera el comienzo de su recuperación. Ahora sólo hacía falta darle tiempo al tiempo.

—¿Me vais a contar qué ocurre o debo tratar de averiguarlo? —dijo entornando los ojos, pues le costaba enfocarlos bien. Estaba demasiado cansado y su vista se había resentido.

—Date la vuelta y no mires —le ordenó Jimena con gesto huraño.

—No seas mandona, y sonrío un poco, jopé, es su regalo de Navidad —la regañó Gadea.

—Voy a hacer el ridículo, no me pidas que esté feliz —replicó su hermana.

—¿Podría alguna alma caritativa explicarme qué pasa antes de que os enzarcéis en una discusión sin fin? —musitó Rodrigo sentándose en el sillón.

—Vamos a entregarte tu regalo de Navidad, pero para que sea una sorpresa tienes que darte la vuelta y no mirar... *Porfa...* —le pidió Gadea.

Él suspiró, se levantó renqueante del sillón y se dio la vuelta. Estuvo mirando a la pared casi cinco minutos, oyendo los murmullos, los quejidos y los gruñidos de las niñas, que no parecían tener muy claro cómo iba empaquetado su regalo. Se sintió tentado de apoyar la frente en la pared y echar una cabezadita. De hecho, estaba a punto de hacer eso cuando le anunciaron que por fin podía girarse.

Se le quitó el sueño de golpe al ver cuál era el regalo que le tenían preparado.

—¡Sorpresa! —gritaron al unísono, aunque con distinto entusiasmo, pues mientras Gadea estaba encantada, Jimena estaba roja como un tomate y miraba malhumorada a su hermana.

Rodrigo parpadeó sin saber qué decir. Las niñas estaban frente a él y una cinta roja las rodeaba, anudándose en un maltrecho lazo que sujetaban entre sus manos unidas.

—Lo siento..., pero no comprendo que... —musitó ofuscado.

—¿Ves?! Te lo dije, ¡no era buena idea! —repuso Jimena soltando el lazo y saliendo del lío de cintas.

—¡Claro que sí es buena idea! Y le gusta mucho..., ¿a que sí? —exhortó Gadea a Rodrigo.

—Por supuesto —contestó él en el acto—. Es un lazo precioso. Y muy bien hecho, desde luego. Puede servirme para... decorar la casa.

Las niñas lo miraron como si se hubiera vuelto loco.

—No se ha enterado de nada —le reprochó Jimena a Gadea.

—Pero de nada de nada —convino ésta.

Se miraron la una a la otra meditabundas. Luego Gadea arrugó la nariz, lo que no presagiaba nada bueno, y volvió a envolverlas a ambas con el lazo rojo. En esta ocasión, Jimena no se quejó. O, al menos, no demasiado.

—Éste es nuestro regalo... Nosotras mismas —dijo Gadea señalándolas a ambas.

Rodrigo las miró turbado.

—Deberíamos haber esperado un poco más para bajar, es un hombre mayor y necesita dormir varias horas para que su cerebro funcione bien —se lamentó Gadea contrariada.

—Qué va —replicó Jimena—. Lo que pasa es que está tan flipado que no sabe qué decir.

—Prefiero la hipótesis del asombro a la de mi senilidad, si no os importa —replicó él aturdido—. Sólo para que me aclare ¿qué me estáis regalando exactamente?

Las niñas se miraron la una a la otra antes de responder.

—Una familia postiza..., ya sabes, para que vivas en casa con mamá y con nosotras como si fuéramos una familia de verdad y todo eso —le aclaró Gadea

avergonzada, aunque no tanto como Jimena.

—No es que tengas que adoptarnos ni nada por el estilo, no te asustes —puntualizó Jimena, sólo para que quedara muy claro.

—De hecho, es al contrario, somos nosotras quienes te adoptamos como *padrovia* postizo —señaló Gadea sonriente.

—Lo de *padrovia* es una palabra que se ha inventado esta idiota, y es una mezcla entre *padre* y *novio* —explicó Jimena al ver el gesto turbado de Rodrigo. Con lo estirado que era, seguro que no le gustaba que se inventaran cosas.

—Lo de novio es porque, como eres el novio de mamá..., pero si te parece muy serio podemos ser tus sobrinas hermanas —le propuso Gadea al ver que él la miraba pasmado.

—Eso tampoco existe, idiota —le espetó Jimena poniendo los ojos en blanco—. Pero, vamos, que si no nos quieres de regalo, te compramos una corbata y todos tan contentos —añadió nerviosa al ver que, como imaginaba, no le hacía ninguna gracia que le propusieran vivir con ellas.

Rodrigo dio un paso atrás y se sentó en el sillón, las rodillas temblándole de tal manera que temió dar con sus huesos en el suelo.

—O, si no quieres una corbata porque tienes muchas, pues unos gemelos o un pañuelo —propuso Gadea disgustada al ver que su regalo había fallado tan estrepitosamente.

—Dadme un momento, por favor —les pidió Rodrigo bajando la cabeza para esquivar sus miradas.

—¿Está bien? —preguntó Jimena perpleja al ver que se llevaba las manos a la cara ocultándose de ellas.

—Creo que no. —Gadea se arrodilló frente a él—. Ya eres mayor, no tienes que disgustarte tanto porque no te guste un regalo —le dijo preocupada al ver que se quitaba las gafas y se limpiaba los ojos—. De verdad que no importa, te compramos otra cosa y ya está...

—¡Ni se os ocurra, por Dios! ¡Acepto encantado! —exclamó envolviéndola entre sus brazos y escondiendo la cabeza contra su hombro hasta que consiguió tranquilizarse. Luego alzó la mirada y vio que Jimena se mantenía a distancia, observándolo reticente—. ¿No vas a dar un abrazo a tu *padrovia* postizo?

Jimena sonrió encantada y, sin dudarle un instante, se acercó y le dio un beso y un breve abrazo, tampoco era cuestión de ser tan pegajosa como su hermana.

—¡Genial! —aplaudió Gadea apartándose de él—. Ve a vestirte y ven a casa con nosotras.

—¿Puedo tomarme antes un café? —pidió Rodrigo, pues necesitaba recuperarse un poco.

—Mamá no sabe que hemos bajado y si se despierta se va a asustar. Así que, cuanto menos tardemos, mejor.

—¿Tu madre no sabe que estáis aquí? —gimió asombrado.

—¡Claro que no! No podía saberlo si queríamos que fuera una sorpresa.

—¿No sabe que me habéis ofrecido formar parte de la familia?

—¡Claro que no! No podíamos decírselo, ¡la sorpresa de ella eres tú!

—¿Yo? —jadeó perplejo.

—Sí. Vístete y ponte guapo, no podemos regalarte vestido en pijama —le ordenó Gadea.

—¿Me vais a regalar?

—No seas pesado y vístete, que ya es muy tarde —lo instó Jimena empujándolo para echarlo del salón mientras Gadea recogía la cinta roja.

—No se entera de nada —comentó apesadumbrada Gadea—. Deberíamos haberlo dejado dormir un poco más, es muy mayor para este ajetreo a estas horas de la mañana —apuntó malhumorada.

—No creo que sea de buena *hijovia* hablar así de su *padrovio* —replicó Rodrigo asomándose al salón.

—¡Ve a vestirte ya! —estalló Gadea, demostrándole que, a pesar de su dulzura, era digna hermana de Jimena.

—¡Mamá, mamá! ¡Ya ha llegado Papá Noel! —gritó Gadea saltando en la cama de Gala.

—Qué maravilla... —Ésta se estiró perezosa antes de levantarse—. No habéis sido muy buenas, ¿hay muchos o pocos regalos? —preguntó burlona.

—Hay uno muy grande para ti —anunció Jimena.

—Está envuelto con un lazo rojo —agregó Gadea.

—Si es que no se ha roto más... —dijo Jimena frunciendo el ceño—. La próxima vez tenemos que comprar uno un poco mejor.

—No importa el envoltorio, cariño, lo importante es la intención.

—Ya verás, te va a encantar —auguró Gadea apartándose para que su madre entrara la primera al salón.

—Oh... —fue lo único que pudo articular Gala al encontrarse con Rodrigo en mitad del salón, vestido con el mismo traje de la noche anterior y envuelto, por así decirlo, con una cinta roja cuyo lazo medio deshecho sujetaba entre las manos.

—¡Sorpresa! —gritaron Jimena y Gadea a la vez.

Él se limitó a arquear una ceja.

—Qué regalo más... inesperado —dijo Gala—. Me regaláis a... Rodrigo.

—¡No! Te regalamos un marido —puntualizó Gadea, haciendo que Jimena mirara a su madre esperando su más que previsto alarido. Porque, para qué engañarse, su madre ya no odiaba tanto a los hombres, pero el tema maridos la superaba por completo.

—Un... marido —repitió Gala observando la sorpresa reflejada en la cara de Rodrigo—. No sabías nada de esto, ¿verdad? —le preguntó.

—Lo cierto es que me he enterado hace cinco minutos de que era tu regalo. Justo después de saber que ellas eran el mío —respondió Rodrigo soltando el lazo y saliendo de él.

—¿Mis hijas se han regalado a sí mismas...?

—Ahora soy su *padrovio*.

—Porque, como es tu novio, se ha convertido en nuestro *padrovio*. Jimena y yo lo hemos adoptado en la familia —explicó Gadea.

—Qué interesante... —Gala sacudió la cabeza sin saber cómo reaccionar—. Muchas gracias por la intención, cariños —les dijo a sus hijas—, pero un marido no es algo que se pueda regalar. Seguramente Rodrigo tenga algo que opinar al respecto, ¿no creéis? —Lo miró sonriente—. Y casarse es un paso muy importante que no puede darse sin haberlo pensado mucho antes. Así que lo siento, pero...

—En realidad, ya tengo una opinión al respecto —la interrumpió Rodrigo acercándose a ella—. Estoy total y absolutamente de acuerdo con vuestra madre. El

matrimonio es un contrato muy importante que no se puede contraer sin haberlo meditado antes —afirmó parándose frente a Gala—. Y yo lo he pensado mucho. De hecho, he imaginado mil veces cómo te lo pediría. En un restaurante íntimo, a la luz de las velas, tras una cena romántica..., pero creo que el mejor momento es éste —anunció hincando una rodilla en el suelo y sacando algo del bolsillo interior del traje—. Te quiero, Gala. Más que a nada en el mundo. Me harías el hombre más feliz de la Tierra si aceptaras casarte conmigo... —Abrió la caja enseñándole el anillo.

Gala se llevó una mano a los labios, tan asombrada que le costaba hasta pensar.

—¿Quieres casarte conmigo? —repitió perpleja sus palabras.

—Eso pretendo, sí —afirmó Rodrigo esbozando una tímida sonrisa.

—Mi primer matrimonio fue un desastre... No es que me apetezca mucho repetir la experiencia.

—Yo no soy Eduardo.

—Pero...

—Jimena, Gadea, dejadnos un minuto, por favor —les pidió Rodrigo.

Las niñas, que de tontas no tenían un pelo y sabían que ése era un momento muy delicado, se apresuraron a salir cerrando la puerta tras de sí.

Aunque eso no evitó que pegaran la oreja a la madera para tratar de escuchar la conversación.

* * *

—Agradezco la intención, pero no veo la necesidad de casarnos —comentó Gala a la defensiva.

—Tampoco el impedimento para hacerlo —replicó Rodrigo acercándose a ella.

—Estamos muy bien como estamos...

—¿Tú en tu casa, yo en la mía y Dios en la de todos? —Arqueó una ceja.

—Es el arreglo perfecto... Así, todos tenemos nuestro propio espacio y no debemos soportar nuestras neuras.

—Te echo de menos cada segundo del día que estamos separados, Gala. Vivir tan cerca de ti y no poder estar contigo es una tortura. Para mí no es el arreglo perfecto. Y creo que para ti tampoco —dijo desafiante.

—Así que éste es el «quiero más» del que me hablabas el otro día. —Dio un paso atrás para poner distancia entre ellos—. Te advertí que quien exige demasiado se arriesga a perderlo todo...

—Así es, pero quien no arriesga no gana, y yo estoy harto de perder —aseveró él acercándose de nuevo a ella.

—¿Qué sabes tú de perder? —repuso desdeñosa—. Tú no sabes lo que es amar sin medida y confiar ciegamente en tu marido. Tú no has forjado todos tus sueños en torno a tu amor para un mal día descubrir que todo era mentira. Que la persona con la

que compartes tu vida y a la que le has dado tu corazón te está engañando. Que te ha arrebatado el futuro que habías soñado a su lado. No sabes lo que es encontrarte sola de la noche a la mañana. Muerta de miedo y de impotencia. Obligada a empezar de cero. Lo siento, Rodrigo, pero no volveré a poner mi vida, ni mi corazón, en manos de un hombre.

—¿Crees que no sé lo que es la traición? —susurró acorralándola contra el mueble—. ¿Que no sé lo que es entregar el corazón y que te lo pisoteen? Yo también he estado enamorado, Gala. Sé lo que es sentir la delirante necesidad de complacer, de entregarte por completo. Y también sé perfectamente a qué sabe la traición. A desesperación. A amargura. A rencor. La he saboreado hasta hartarme, hasta convertirme en un ermitaño y olvidar cómo sonreír —afirmó, sus ojos oscilando sin parar, demostrando lo alterado que estaba—. Cada cual afronta el dolor a su manera. Yo me aislé de todos. Tú aprendiste a odiarnos. Pero ya no soporto más esta soledad autoimpuesta. Te quiero. No me pidas que renuncie a ti.

—No te lo pido —repuso desesperada—. Sólo quiero seguir como estamos.

—Ya no es suficiente. Necesito más... Y tú también.

—¡No! Yo estoy bien así. No deseo más.

—¿En serio? Dime que no te duele tanto como a mí cuando, al llegar la medianoche, me marché de tu casa —la reclamó agitado—. Dime que no piensas en mí cuando ves algo gracioso y quieres comentarlo con la persona que amas, que no deseas leerme esa escena especialmente bonita del libro que estás leyendo, que no me buscas cuando la melancolía te invade, que no echas de menos mis brazos cuando te sientas en el sillón ni nuestras conversaciones cuando estás en la cocina preparando una ensalada. Porque yo sí te echo de menos en todos esos momentos, y en muchos más, y me duele no poder compartirlos contigo.

—¡Claro que te echo de menos! —estalló ella—. Te busco sin darme cuenta, sonrío al pensar en ti, me desespero cuando no estás a mi lado..., y todo eso me aterra porque no quiero necesitarte. ¡Me da miedo quererte tanto!

—Y ¿crees que a mí no me da miedo? A ti tu marido te traicionó engañándote con otras, y a mí la mujer a la que amaba me ofreció un futuro a su lado a cambio de vivir separados y no perpetuar mi estirpe. Acepté. Y años después ella descubrió que deseaba descendencia y me dejó para casarse con otro hombre con quien no le daba vergüenza que la vieran pasear y con el que ha tenido hijos de pelo castaño y piel aceitunada. ¿De verdad crees que no me aterra poner mi corazón a tus pies?

—Rodrigo... —Lo miró espantada sin saber qué decir—. Lo siento tanto...

—¡No! —exclamó con rabia—. No lo sientas, yo no lo hago. Tomé una decisión y la asumo. Pero lo que no soporto es saber que, si no hubiera cedido y me hubiera arriesgado a exigirle que me quisiera tal como soy, sin condiciones y sin ocultarnos, tal vez no me habría dejado. O tal vez sí, no lo sé, pero no me habría sentido tan impotente y estúpido como me sentí. —Clavó su oscilante mirada en ella—. No voy a ceder, Gala. No voy a continuar como estamos porque sé que ya no es suficiente para

ninguno de los dos. Y no quiero perderte por no arriesgarme a forjar juntos el futuro que nos merecemos.

—Me da miedo desear un futuro contigo... —musitó.

—¿Me vas a hacer pagar por los pecados de tu ex? —susurró él tendiéndole la mano.

—No. Pero si me fallas no podría soportarlo —dijo abrazándose para no tomar su mano.

—No voy a fallarte —aseveró—. Te quiero, Gala. Eres toda mi vida. Si no te atreves a confiar en mí, confía en tus hijas. Ellas saben que soy de fiar.

—Eso es jugar sucio...

—Quien no arriesga no gana..., y yo quiero ganar. Cásate conmigo.

Ella bajó la cabeza abrazándose indecisa durante un minuto que se hizo eterno antes de volver a fijar la mirada en él, sus labios apretados con furia antes de curvarse en una sonrisa desdeñosa.

—Debo de haberme vuelto loca —masculló con rabia antes de estallar en un gruñido—. ¡Sí! Joder, sí. Sí...

—Dios santo, Gala, ha faltado poco para que me diera un infarto —gimió Rodrigo abrazándola.

Buscó su boca, y ella paró su letanía para besarle como si no hubiera un mañana. Se unieron de tal manera que ni siquiera un suspiro habría cabido entre ellos mientras se besaban sobrecogidos, olvidándose incluso de respirar. Las manos volaron sobre el cuerpo del otro, buscando el tacto de la piel y el calor del deseo. Gala le desabrochó la chaqueta, subiéndole la camisa para descubrir su vientre mientras le lamía la pálida garganta, y Rodrigo se apresuró a bajarle la cremallera del mono para acariciar excitado sus pechos turgentes.

—¿Eso significa que mamá ha dicho que sí?! —preguntó Gadea entrando en el salón seguida de Jimena.

—Por el morreo que se están dando, yo diría que sí —contestó Jimena, que al ser la mayor y la más experimentada se las daba de entender más de besos que su hermana.

—¡Gadea! ¡Jimena! —exclamó Gala apartándose sobresaltada de Rodrigo para subirse con disimulo, y bastante sonrojada, por cierto, la cremallera del mono.

Rodrigo, sin embargo, guardó la compostura y continuó dándoles la espalda hasta que se abrochó la chaqueta para ocultar cierta parte de su anatomía. Había evidencias que no estaba dispuesto a mostrar a sus *hijovias*.

—No podéis entrar si está la puerta cerrada —las regañó Gala nerviosa.

—No vaya a ser que os encontremos dándoos el lote y se nos caigan los ojos del susto —apostilló Jimena burlona—. Bueno, ¿qué?, ¿te casas o no?

—Por supuesto que sí —afirmó Rodrigo volviéndose al fin hacia ellas.

Jimena y Gadea lo miraron como si fuera el mayor héroe del mundo mundial.

—¡Te lo dije! —le gritó Gadea a su hermana antes de salir escopetada hacia Gala y Rodrigo para comérselos a besos.

—Eres una sabionda —la acusó Jimena yendo con su madre para darle un abrazo de oso. O, mejor dicho, de osa.

—Deberías poner fecha para la boda cuanto antes, no vaya a ser que mamá se asuste y trate de escaquearse —le aconsejó Gadea a Rodrigo.

—Yo no me escaqueo nunca —se defendió Gala indignada.

—Me pondré a ello mañana mismo, en cuanto sepa los pasos que hay que seguir —aceptó Rodrigo, quien, aunque no iba a decirlo, pensaba exactamente igual que Gadea. Más valía no darle mucho tiempo para que lo pensara mejor.

—Cruz se casó hace nada, seguro que sabe lo que tienes que hacer —sugirió Jimena.

—¡Tienes razón! ¡Vamos a preguntarles! —dijo Gadea echando a correr hacia la puerta seguida muy de cerca por su hermana.

Gala las miró perpleja durante un segundo antes de ser capaz de reaccionar.

—No son ni las ocho de la mañana, no podéis ir a casa de nadie a...

—No te esfuerces, ya se han ido —la interrumpió Rodrigo abrazándola—. Propongo que aprovechemos el momento de soledad que nos han regalado y lo empleemos en fines gozosos —musitó, sus labios dibujando un sendero de besos por su cuello mientras le bajaba de nuevo la cremallera del mono para poder acceder a sus pechos.

—Te vas a quedar peor que estabas... —le advirtió Gala escurriendo las manos bajo su camisa para acariciarle el torso. Adoraba sentir su suavidad bajo las yemas de los dedos.

—No te creas. Tal como estoy, dudo que dure mucho —gimió Rodrigo. No pensaba hacer el amor con Gala, no estaba tan loco, pero sí quería disfrutar un poco de sus besos y sus caricias—. Las niñas han salido de casa tan rápido que es imposible que se hayan acordado de coger las llaves, por lo que si vuelven demasiado pronto tendrán que aguantarse y esperar hasta que les abramos.

—Me encanta cuando te muestras tan ardiente —admitió ella esbozando una perversa sonrisa a la vez que se frotaba maliciosa contra él.

—Me da miedo esa sonrisa —gruñó Rodrigo haciendo rodar sus endurecidos pezones entre los dedos—. ¿Qué sabes tú que yo no sé?

—Ya lo averiguarás —susurró Gala empujándolo contra el sofá para luego sentarse a horcajadas sobre él y besarlo.

No habían pasado ni cinco minutos cuando oyeron que llamaban al timbre. Hicieron caso omiso, pero no les sirvió de nada, pues un segundo después oyeron abrirse la puerta de la calle, lo que los hizo separarse sobresaltados, Rodrigo más que Gala, pues ella sabía que eso iba a ocurrir.

—Lo que no sabes, y yo sí, es que mis amigas tienen llave de mi casa y no dudan en utilizarla —le susurró ella poniéndose en pie en el mismo instante en que Cruz

entraba en el salón seguido de Gadea y de Jimena.

—¡Me han dicho las niñas que te casas! —bramó eufórico—. ¡Es maravilloso! ¡Portentoso! ¡Fantabuloso! —gritó histérico dando saltitos para luego abrazarla frenético mientras las pequeñas bailaban la danza de la victoria en mitad del salón.

Eva entró poco menos de un minuto después.

—¡¿De verdad te casas?! Pensaba que Cruz me estaba tomando el pelo cuando ha mandado el whatsapp al grupo —comentó risueña uniéndose al abrazo.

—¡Pues claro que se casa! ¡Estaba cantado! —exclamó Vicenta entrando en el comedor con su bata de boatiné, el pelo recogido en una redecilla y unas zapatillas de borreguito. Rodrigo, al verla, dudó incluso que se hubiera molestado en lavarse la cara antes de saltar de la cama y bajar—. Lo supe en cuanto te vi con él y comprobé que no podías quitarle los ojos de encima...

—Y digo yo —masculló Adán acercándose somnoliento a Rodrigo—, ¿no podrías habérselo pedido a una hora más prudencial? No sé, tal vez a las diez o las once de la mañana.

—Estoy con él. Es decir, felicidades y todo eso, pero, joder..., ¿tanta prisa había? No hace ni cuatro horas que nos metimos en la cama —se lamentó Bruno ahogando un bostezo.

—¡No seas desagradable, Bruno! —lo regañó Rocío antes de acercarse a felicitar a Gala.

—En realidad también ha sido una sorpresa para mí —se disculpó Rodrigo observando perplejo a su novia, sus *hijovias* y sus... ¿*amigovios*?—. No lo había planeado así, pero Jimena y Gadea me han dado la entrada y no he podido desaprovecharla.

—Enhorabuena, Rodrigo, te llevas tres guerreras..., que la Fuerza te acompañe —dijo Adán guasón.

—Pero qué gracioso eres, poli —le espetó Jimena enfurruñada antes de dirigirse a Rodrigo—: Nos ha dicho Cruz que tienes que ir al ayuntamiento y pedir cita para casarte. No te despistes mucho, no vaya a ser que mi madre se raje —le advirtió conspiradora.

—Iré el martes sin falta —aceptó él.

* * *

Varias horas, muchos abrazos e innumerables chistes sobre matrimonios después, Gala y Rodrigo se quedaron de nuevo solos. O todo lo solos que se podía estar con dos niñas en casa. Pero como esas dos niñas estaban en su cuarto disfrutando de los regalos que acababan de recibir de Papá Noel, se puede decir que tuvieron un momento de respiro, el cual aprovecharon para sentarse un ratito en el sofá, él con su

traje milagrosamente impecable y ella con su mono de gatita con el rabo chafado y las orejas caídas.

Rodrigo extendió los brazos para acogerla entre ellos y Gala no dudó un segundo en acurrucarse contra su pecho.

—¿Sigues estando tan convencido de querer casarte conmigo? —le preguntó burlona—. Te advierto que mis amigas también van incluidas en el trato...

—Mientras tenga a Gadea y a Jimena para protegerme, nada me parecerá demasiado arriesgado —contestó él—. Además, a tus amigas les caigo bien, sería un idiota si no aprovechara eso en mi favor. Es más, acabo de decidir que voy a adoptarlas como *amigovias*.

—¿*Amigovias*? ¿Esa palabra también se la ha inventado mi hija?

—No. Ha sido cosa mía —afirmó orgulloso.

—Oh, Dios mío..., cada vez te pareces más a Gadea.

—No en vano soy su *padrovio* —dijo orgulloso antes de besarla.

Epílogo

Sábado, 20 de octubre de 2018

Veo a Gala ataviada con su vestido de novia y me cuesta creer que sea real, que de verdad vaya a casarse. Pero así es. Está nerviosa, aunque su mirada es fiera, desafiante. Una mirada que dice: «Aquí estoy, prepárate».

Y el hombre que está a mi lado, vestido con un sobrio traje negro, está preparado para recibirla. Y para amarla.

Sus ojos se encuentran y todo lo que los rodea desaparece. La mirada de Gala se dulcifica, la de Rodrigo se serena. Sus bocas se curvan en sonrisas embelesadas y, como si fueran dos partes del mismo ser, ambos echan a andar a la vez para encontrarse en mitad de los jardines de Cecilio Rodríguez y darse un beso apasionado.

Están locamente enamorados. Se nota en su silencio y en el temblor que los recorre cuando se toman de la mano, en cómo sus pasos se acompañan y sus cuerpos se acercan. Como diría la canción, el amor está en el aire, rodeándolos y expandiéndose a todos los que están cerca de ellos, acariciándolos con su aroma como si de un perfume de los caros se tratara. Por eso yo, a pesar de ser el padrino, opto por dar varios pasos atrás y alejarme del peligroso embrujo que los tiene subyugados. No creo que el amor sea contagioso, al menos no por el aire, pero por si acaso prefiero mantenerme lejos.

Hay algunas personas que nacen para ser amadas. Otras que nacen para amar. Y unas pocas tienen la suerte de nacer para amar y ser amadas, como Gala y Rodrigo. Y luego estoy yo, que nací estrellado. No valgo para ser amado, soy demasiado lerdo y superficial para que nadie se fije en mí más allá de mi cara bonita y mi físico imponente. Y tampoco valgo para amar. No sé hacerlo. Me entrego sin medida y no soy capaz de discernir si la persona a la que amo es buena para mí. Si no me va a hacer daño. Si no me va a romper.

Me he enamorado una vez, y no quiero volver a hacerlo nunca más.

Duele demasiado.

El amor es peligroso. Te desgarras, te destruye, te cambia.

Me enamoré y ella me rompió. Destrozó mi cabeza, usó mi cuerpo, acabó con quien era y me convirtió en quien no soy.

He tardado casi un año en aprender otra vez a ser yo mismo. Un yo extraño al que me cuesta reconocer. Un yo diferente del que era pero que consigue caminar con la cabeza erguida y mirar a los ojos a la gente. Y no pienso arriesgarme a que el amor vuelva a destruirme, porque no creo que esta vez consiguiera resurgir de mis cenizas.

—¡Oh, por Dios, Calix! ¡No me digas que ya estás otra vez dándole vueltas a la cabeza!

Me vuelvo al oír la voz de quien se ha convertido en uno de mis dos mejores amigos, Uriel. El otro es Rodrigo.

Uriel se acerca a mí, una sonrisa astuta en sus labios mientras me mira con compasión.

—Estamos en una boda, Calix, no seas idiota y disfruta. Esto está lleno de mujeres exuberantes y hombres guapísimos con los que nos los podemos pasar muy bien. No pongas esa cara de amargado y vamos a deleitarnos con la vista mientras esperamos a que llegue la hora del banquete y podamos disfrutar con el champán. — Me echa la mano al hombro y, a pesar de mi reticencia, me obliga a meterme entre los invitados para llegar hasta mi jefe y su casi esposa. Atravesamos los jardines en dirección al pabellón y no puedo evitar estremecerme al ver a una mujer de pelo rubio y trasero voluptuoso parada junto a las escaleras, dándonos la espalda. Me detengo petrificado por el temor de que sea Verónica. Hace casi un año que no la veo, desde que se marchó al otro lado del océano, pero su imagen sigue vívida en mi mente. Es imposible olvidarla cuando me llama puntualmente cada semana para seguir atormentándome.

—No seas idiota, el amor no es contagioso —me susurra Uriel burlón, sobresaltándome. En ese momento la mujer se da la vuelta. No es Verónica. Y yo vuelvo a respirar de nuevo—. ¿Has visto a Iskra? Hoy se ha puesto un vestido rojo de Jessica Rabbit y está para mojar pan... y lenguas —prosigue malicioso ajeno a mi repentino ataque de pánico—. Vamos a verla.

Me guía a través de la marabunta de personas que nos rodean sin importarle que intente resistirme. No quiero ver a Iskra, no me interesa cómo va vestida ni cómo le sienta la ropa ni si parece una sirena, una diosa o una loca que se ha escapado del manicomio. Prefiero mantenerme alejado de ella. Porque ella es peligrosa para mí. Mucho.

Pero no puedo evitar localizarla al otro lado de la fuente, es como un faro para mí. Como un imán. Esté donde esté, mis ojos la encuentran y...

Uriel tiene razón. Es tan hermosa que duele mirarla.

Nota de la autora

Cuando estaba escribiendo *No lo llames amor* y Calix y Rodrigo comenzaron a crecer como secundarios, me di cuenta de que tenía en mis manos unos personajes con una historia que podía llegar a ser muy intensa.

Cuando me puse manos a la obra con *No lo llames pasión* supe que iba a ser un reto complicado, duro incluso. Pero lo que no podía imaginarme ni por asomo era que estos dos hombres maravillosos fueran a robarme un trocito de mi alma, como han hecho.

Yo he sido niña, como lo son Jimena y Gadea, he jugado en la plaza, he hecho travesuras (¡muchas!) y he sido un poco (bastante) trasto. Recuerdo con añoranza y no poca felicidad esos días de mi infancia en los que nos contábamos secretos sentadas como gallinas en el respaldo de un banco. El primer amor, el primer cigarrillo, la primera decepción, el primer suspenso... La intensidad con la que vivía cada momento, cada drama, cada risa. Y recuerdo también a la familia de albinos que vivía en el barrio. No se prodigaban mucho en la plaza, pero cuando los veía me recordaban a ángeles. Tan blancos. El pelo y las cejas parecían algodón, y las pestañas copos de nieve sobre sus párpados. Ellos fueron el germen del que nació Rodrigo..., y mucho me temo que la atracción que siente Gala por este albino en particular la ha heredado de mí.

Calix, en cambio, nace de los rincones ingratos de la sociedad en la que vivo, se forja en conversaciones con mi hermano y con mis amigas y se nutre de las preguntas que me hago y de los miedos que tengo..., hasta que toda su historia se presenta ante mí, obligándome a hacerlo crecer en *No lo llames amor* para poder hacerlo caer en *No lo llames pasión* y que, cual ave fénix, renazca de sus cenizas. Pero ésa ya es otra historia...

Referencias a las canciones

- *Escándalo*, Parlophone Music Spain, interpretada por Raphael. (*N. de la E.*).
- *Como yo te amo*, Parlophone Music Spain, interpretada por Raphael. (*N. de la E.*).



NOELIA AMARILLO nació en Madrid el 31 de octubre de 1972. Creció en Alcorcón (Madrid) y cuando tuvo la oportunidad se mudó a su propia casa, en la que convive en democracia con su marido e hijas y unas cuantas mascotas. En la actualidad trabaja como secretaria en la empresa familiar, disfruta cada segundo del día de su familia y amigas y, aunque parezca mentira, encuentra tiempo libre para continuar haciendo lo que más le gusta: escribir novela romántica.

Notas

[1] Oscilación incontrolable e involuntaria del globo ocular alrededor de su eje horizontal o de su eje vertical. <<

[2] Vasija pequeña para guardar las lágrimas. <<